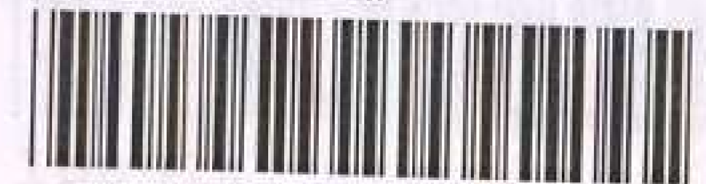
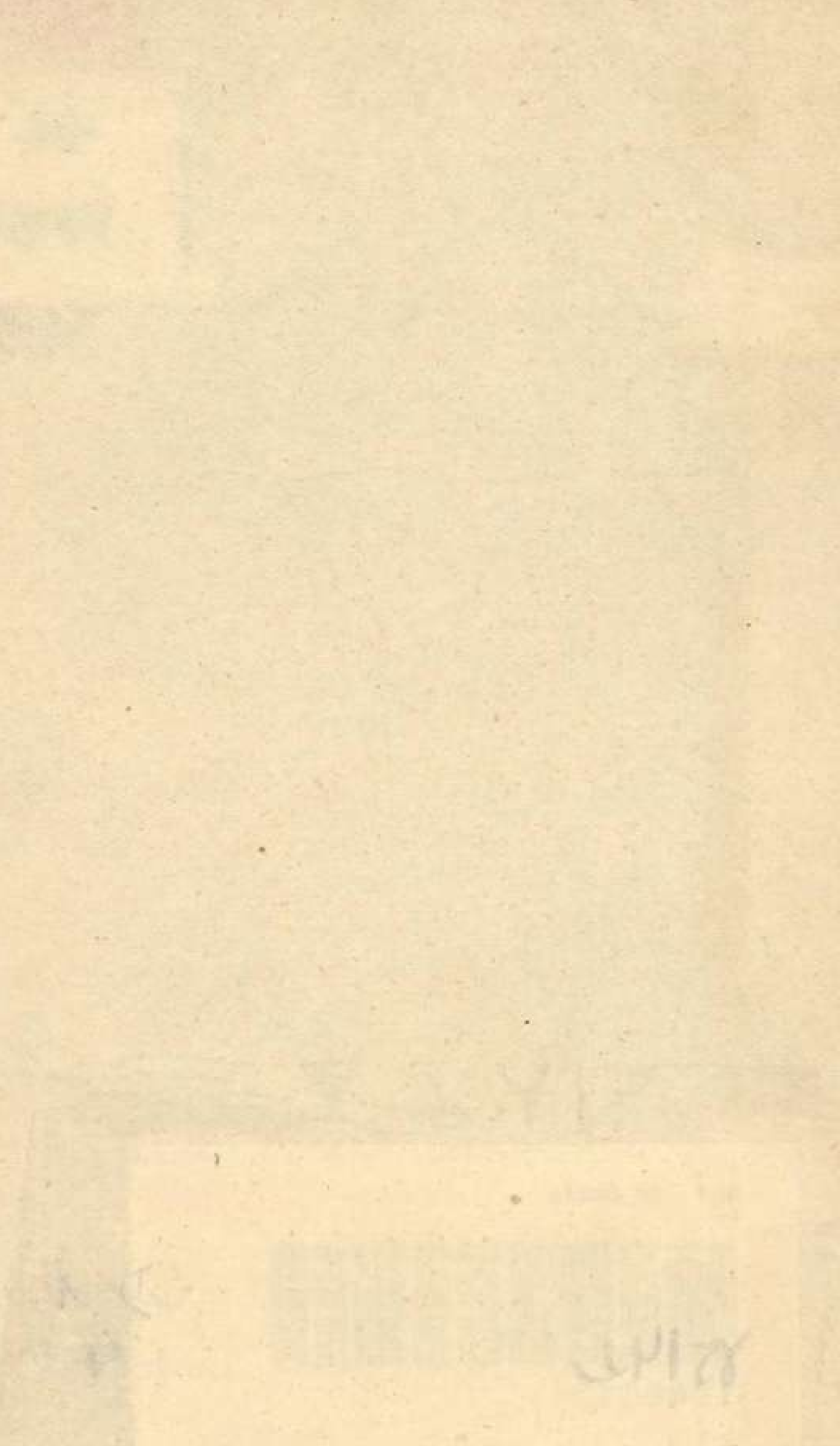


HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE INGLATERRA.





HISTORIA
DE LA
REVOLUCIÓN DE INGLATERRA.

BIBLIOTECA CLASICA.

TRES PESETAS CADA TOMO.—CUATRO ENCUADERNADO.

OBRAS PUBLICADAS.

Obra	Tomos
HOMERO.—*La Iliada*, traducción directa del griego en verso y con notas de D. José Gómez Hermosilla	3
CERVANTES.—*Novelas ejemplares y viaje del Parnaso*	2
HERODOTO.—*Los nueve libros de la historia*, traducción directa del griego, del padre Bartolomé Pou	2
ALCALA GALIANO.—*Recuerdos de un anciano*	1
VIRGILIO.—*La Eneida*, traducción directa del latín, en verso y con notas de D. Miguel Antonio Caro	2
— *Las églogas*, traducción en verso, de Hidalgo.—*Las geórgicas*, traducción en verso, de Caro; ambas traducciones directas del latín, con un estudio del Sr. Menéndez Pelayo	1
MACAULAY.—*Estudios literarios.—Estudios históricos.—Estudios políticos.—Estudios biográficos.—Estudios críticos.* Traducción directa del inglés de M. Juderías Bénder	5
— *Historia de la Revolución de Inglaterra*, traducción directa del inglés de M. Juderías Bénder	3
QUINTANA.—*Vidas de españoles célebres*	2
CICERON.—*Tratados didácticos de la elocuencia*, traducción directa del latín de D. Marcelino Menéndez Pelayo	4
SALUSTIO.—*Conjuración de Catilina.—Guerra de Jugurta*, traducción del Infante D. Gabriel.—*Fragmentos de la grande historia*, traducción del Sr. Menéndez Pelayo, ambas directas del latín	
TACITO.—*Los anales*, traducción directa del latín de don Carlos Coloma	2
— *Las historias*, traducción del mismo	
PLUTARCO.—*Las vidas paralelas*, traducción directa del griego por D. Antonio Ranz Romanillos	5
ARISTOFANES.—*Teatro completo*, traducción directa del griego por D. Federico Baráibar	3
POETAS BUCOLICOS GRIEGOS (*Teócrito, Bión y Mosco*).	
Traducción directa del griego, en verso, por D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de Linares (Méjico)	1
ODAS DE PINDARO.—Traducción del mismo	1
MANZONI.—*Los Novios*	1
— *La Moral Católica*	1
ESQUILO.—*Teatro completo*	1
QUEVEDO.—*Obras satíricas y festivas*	1
DUQUE DE RIVAS.—*Sublevación de Napoles*	1
CALDERON DE LA BARCA.—*Teatro selecto*	4
HURTADO DE MENDOZA.—*Obras en prosa*	1
SCHILLER.—*Teatro completo*	3
JULIO CESAR.—*Los Comentarios*	2
XENOFONTE.—*Historia de la entrada de Cyro el Menor en Asia*	1
— *La Cyropedia ó Historia de Cyro el Mayor*	1
MILTON.—*Paraiso perdido*	2
LAMARTINE.—*Civilizadores y conquistadores*	2
LUCIANO.—*Obras completas*	1
ARRIANO.—*Expediciones de Alejandro*	1
HEINE.—*Poemas y fantasias*	1

MADRID.—IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE V. SAIZ, COLEGIATA, 6.

BIBLIOTECA CLÁSICA.
TOMO LXIII

HISTORIA
DE LA
REVOLUCIÓN DE INGLATERRA

POR

LORD MACAULAY

TRADUCIDA DIRECTAMENTE DEL INGLÉS
POR
DANIEL LÓPEZ



TOMO III



MADRID
LUIS NAVARRO, EDITOR
CALLE DE LA COLEGIATA, 6
1883

HISTORIA
DE LA
REVOLUCIÓN DE INGLATERRA.

CAPÍTULO V.

Rebelión del Duque de Monmouth.

I. Los whigs refugiados en el continente.—II. Sus amigos en Inglaterra.—III. Descripción de los refugiados de más nota: Ayloffe, Wade.—IV. Ricardo Goodenough y Rumbold.—V. Lord Grey.—VI. El Duque de Monmouth.—VII. Roberto Ferguson.—VIII. Los emigrados escoceses. El Conde de Argyle.—IX. Sir Patricio Hume. Sir Juan Cochrane. Fletcher de Saltoun.—X. Conducta de los emigrados escoceses.—XI. Tentativas de sublevación en Inglaterra y Escocia.—XII. Juan Locke.—XIII. Preparativos del Gobierno para atender á la defensa de Escocia. Conferencia de Jacobo con los Embajadores holandeses.—XIV. Inténtase inútilmente impedir la expedición de Argyle.—XV. Logra hacerse á la vela. Su llegada á Escocia.—XVI. Desavenencias entre Argyle y los expedicionarios.—XVII. Estado de la opinión pública en Escocia.—XVIII. Dispersión de los rebeldes. Argyle prisionero.—XIX. Su ejecución.—XX. Ejecución de Rumbold.—XXI. Muerte de Ayloffe.—XXII. Devastación del condado de Argyle.—XXIII. Inútiles tentativas para impedir la expedición de Monmouth.—XXIV. Su llegada á Lyme.—XXV. Su popularidad en el Occidente de Inglaterra.—XXVI. Encuentro de los rebeldes con la milicia en Bridport.—XXVII. Encuentro de Axminster.—XXVIII. Llega á Londres la nueva de la

I.

LOS WHIGS REFUGIADOS EN EL CONTINENTE.

Hacia el fin del reinado de Carlos II, algunos whigs complicados en la conjuración que tan fatal fué para su partido, sabiendo que su muerte estaba decretada, se habían refugiado en los Países Bajos.

Eran por punto general estos refugiados hombres de arrebatado carácter y corto entendimiento. Hallábanse además bajo la influencia de aquella alucinación especial que parece ser propia de su situación. Un político á quien una facción hostil envía al destierro, ve generalmente la sociedad que ha abandonado á tra-

vés de un falso medio. Preséntansele los objetos fuera de su sitio y empalidecidos por sus pesares, sus ansias de volver y sus resentimientos. El más insignificante descontento le parece anunciar la revolución. Cualquier tumulto es una rebelión general, y no puede convencerse de que su patria no sufre por él lo que él sufre por su patria. Imagina que todos sus antiguos asociados que viven aún en sus casas y disfrutan sus haciendas se ven atormentados por los mismos sentimientos que para él hacen de la vida carga enojosa. Y á medida que se hace largo el destierro, mayor es esta alucinación. El trascurso del tiempo, que enfría el ardor de los amigos que ha dejado en su país, inflama el suyo. Hácese mayor cada mes la impaciencia de volver á ver la tierra natal, y cada mes su tierra natal se acuerda menos de él y nota menos su falta. Esta alucinación llega á convertirse casi en locura cuando son muchos los desterrados que por la misma causa sufren juntos en tierra extraña. Su principal ocupación es entonces hablar de lo que fueron en otro tiempo y de lo que aun pueden llegar á ser, encender su mutua animosidad contra el enemigo común y alimentarse de extravagantes planes de victoria y venganza. De este modo llegan á acometer empresas que desde luego calificaría de imposibles todo hombre á quien la exaltación de las pasiones no hubiese cegado el entendimiento, privándole de la facultad de calcular las probabilidades.

II.

SUS AMIGOS EN INGLATERRA

En tal situación se hallaban muchos de los refugiados á quienes la común desgracia reuniera en el Continente, y la correspondencia que mantenían con Inglaterra sólo servía, en su mayor parte, para exacerbar aún más sus pasiones y extraviar su juicio. Los informes que relativamente á la opinión pública recibían, llegábanles principalmente por conducto de los más empedernidos miembros del partido whig, de conspiradores y libelistas de profesión, perseguidos por los tribunales de justicia, obligados á ocultarse tras un disfraz y no salir de las más apartadas callejuelas, y á veces á permanecer ocultos por espacio de semanas enteras en sótanos y desvanes. Los hombres de Estado que habían sido ornamento del partido nacional, los que después guiaron el Consejo de la Convención, hubieran dado opinión muy distinta de la emitida por hombres como Juan Wildman y Enrique Danvers.

Wildman había servido cuarenta años antes en el ejército parlamentario; pero se había distinguido más como agitador que como soldado, dejando muy pronto la profesión de las armas por empresas más adecuadas á su carácter. Su odio á la monarquía le había inducido á entrar en una larga serie de conspiraciones, primero contra el Protector, y después contra los Estuardos. Pero unía Wildman á su fanatismo, extraordinario amor á la vida. Tenía maravillosa habilidad para detenerse siempre al borde de la traición. Nadie

mejor que él sabía instigar á los otros á acometer desesperadas empresas, valiéndose para ello de palabras que, repetidas ante un Jurado, podrían parecer inocentes, ó cuando más ambiguas. Era tal su habilidad, que, no obstante haberse pasado la vida conspirando, á pesar de ser conocido siempre como conspirador y de estar por mucho tiempo bajo la celosa vigilancia de un Gobierno vengativo, había logrado eludir todo peligro, y murió tranquilamente en su lecho después de haber visto perecer en la horca dos generaciones de cómplices suyos (1).

Danvers era de la misma laya, muy exaltado, pero muy cobarde, puesto siempre al borde del peligro por su entusiasmo, y constantemente detenido en aquel borde por su cobardía. Tenía gran influencia con una parte de los baptistas, en defensa de cuyas opiniones había escrito mucho, atrayéndose la severa censura de los más respetables puritanos por haber intentado disculpar los crímenes de Matías y Juan de Leyden. Es muy probable que á no ser él tan cobarde, hubiera seguido las huellas de los malvados que defendía. Por este tiempo tenía que andar ocultándose de la justicia, pues con motivo de haber llegado á conocimiento del Gobierno que era el autor de un libelo calumnioso, habíase dado orden de prenderle (2).

---

(1) Clarendon's *History of the Rebellion*, lib. XIV; Burnet's *Own Times*, I, 546-625. *Relaciones* de Wade y de Ireton, Lansdowne, MS., 1152. *Revelaciones* de West en el Apéndice á la *Verídica relacion* de Sprat.

(2) *London Gazette*, enero 4, 1684-5; Manuscrito de Ferguson en la *Historia* de Eachard, III, 764; Grey's *Narrative*; Sprat's *True Account*; Danvers's *Treatise on baptism*; Danvers's *Innocency and Truth Vindicated*; Crosby's *History of the English Baptists*.

III.

DESCRIPCIÓN DE LOS REFUGIADOS DE MÁS NOTA: AYLOFFE, WADE.

Figuraba entre los refugiados de más nota Juan Ayloffe, abogado, unido por lazos de parentesco con los Hydes, y por mediación de éstos con Jacobo. Habíase hecho notar Ayloffe desde el principio por un extraño insulto inferido al Gobierno. En una época en que el ascendiente de la corte de Versalles excitaba general descontento, había llegado á colocar un zueco, símbolo entre los Ingleses de la tiranía francesa, en la Presidencia de la Cámara de los Comunes. Posteriormente había entrado en la conjuración de los whigs, pero no hay razón para creerle partidario del asesinato de los regios hermanos. Era hombre de talento y de valor, pero su carácter moral no estaba á la altura de sus otras prendas. Los teólogos puritanos murmuraban que era un Gallio ó algo peor, y que fuese cualquiera su celo por la libertad civil, los *Santos* harían bien en evitar todo trato con él (1).

Nataniel Wade era, como Ayloffe, abogado. Durante mucho tiempo había residido en Bristol, donde

(1) Sprat's *True Account;* Burnet, I, 634; Wade's *Confession*, Harl. MS. 6.845.

Lord Howard de Escrick acusaba á Ayloffe de haber propuesto asesinar al Duque de York; pero lord Howard era un embustero abyecto, y este cuento no forma parte de la confesión original, sino que fué añadida después por vía de suplemento, por lo cual no merece absolutamente crédito.

era conocido como entusiasta republicano. En otro tiempo había formado el proyecto de emigrar á la Nueva Jersey, donde esperaba encontrar instituciones más conformes á sus ideas que en Inglaterra. Su actividad en las elecciones habíale hecho conocer de algunos nobles whigs, que le emplearon profesionalmente, y al fin le admitieron en sus más secretos conciliábulos. Había tomado gran parte en el plan de insurrección, encargándose de capitanear el levantamiento en su ciudad natal. También había tenido conocimiento de la odiosa conjuración contra las vidas de Carlos y Jacobo. Pero siempre declaró que aunque había tenido conocimiento de ella, la había mirado con horror, intentando disuadir á sus asociados de la ejecución de sus designios. Para ser hombre dedicado á la carrera civil, Wade parece haber tenido en grado eminente aquella especie de habilidad y energía que hacen el buen soldado. Desgraciadamente sus principios y su valor no bastaron á sostenerle después de terminada la lucha, cuando reducido á prisión tuvo que elegir entre la muerte y la infamia (1).

IV.

RICARDO GOODENOUGH Y RUMBOLD.

Otro de los refugiados era Ricardo Goodenough, antiguo vicesheriff de Londres. Por espacio de mu-

---

(1) Wade's *Confession*, Harl. MS. 6.845; Lansdowne Manuscrito 1.152; Relacion de Holloway en el Apéndice de Sprat's, *True Account*. Wade declaró que Holloway no habia dicho nada que no fuese cierto.

cho tiempo su partido le había confiado servicios muy poco honrosos, y especialmente la elección de jurados de ancha conciencia en las causas políticas. Había tomado gran parte en las más oscuras y atroces tramas de la conjuración whig, que cuidadosamente habían ocultado á los más respetables del partido. Y no puede decirse como atenuación de su falta que el excesivo celo por el bien público le extraviaba, porque se verá que después de haber manchado con sus crímenes una noble causa, no vaciló en venderla por escapar á su bien merecido castigo (1).

Muy diferente era el carácter de Ricardo Rumbold. Había sido oficial en el regimiento de Cromwell, y el día de la gran ejecución había estado de guardia en el cadalso frente á la Sala del Banquete; peleó en Dunbar y Worcester, y había mostrado siempre en el más alto grado las cualidades distintivas del invencible ejército en que servía; valor del más fino temple, ardiente entusiasmo político y religioso, y con aquel entusiasmo el completo dominio de sí mismo que caracteriza á los hombres acostumbrados, en bien disciplinados campos, lo mismo á mandar que á obedecer. Cuando se desbandaron las tropas republicanas, Rumbold se hizo fabricante de cerveza, dedicándose á su oficio cerca de Hoddesdan en aquel edificio que dió nombre á la conspiración de Rye House. Se había proyectado, sin llegar á un acuerdo definitivo, en las conferencias de los más arrebatados y poco escrupulosos descontentos, que algunos hombres armados se colocarían en Rye House para atacar á los guardias de la escolta de Carlos y Jacobo al ir éstos de Newmarket á Londres. La conducta de Rumbold en estas

(1) Sprat's *True Account and Appendix*, *passim*.

conferencias, á él mismo le hubiera causado horror á no estar oscurecido su claro entendimiento y corrompido su varonil corazón por el espíritu de partido (1).

V.

LORD GREY.

De rango muy superior á todos los mencionados era Ford Grey, lord Grey de Wark. Había sido exclusionista acérrimo y partidario de la insurrección, por lo cual fuera enviado preso á la Torre; pero como lograse embriagar á sus carceleros, se fugó y buscó refugio en el Continente. Era hombre de buen talento y encantadores modales, pero su vida había sido manchada por un gran crimen doméstico. Su esposa pertenecía á la noble casa de Berkeley, y con su cuñada lady Enriqueta Berkeley tenía la misma familiaridad y confianza que si fuese su hermano. Estas relaciones engendraron una pasión fatal. El altivo espíritu y arrebatadas pasiones de lady Enriqueta rompieron por todo freno de virtud y decoro. Una fuga escandalosa descubrió á toda la nación la vergüenza de dos ilustres familias. Grey y algunos de los agentes que le habían servido en sus amores fueron acusados de conspiración y llevados ante los tribunales. Una escena sin segundo en nuestra historia jurídica pudo verse en el Tribunal del Banco del Rey. El seductor,

(1) Sprat's *True Account and Appendix; Proceedings agains Rumbold*, en la *Colección de causas de Estado;* Burnet's *own Times*, I, 633; Apéndice á la *Historia* de Fox, núm. IV.

con el más altivo descaro, se presentó acompañado de su amada, y aun en tan extrema situación no se apartaron de su lado los grandes lores del partido whig. Aquellos á quienes él había ofendido y que estaban allí para declarar en contra suya, al verle, sintieron renacer su furor. El viejo Conde de Berkeley prorrumpió en insultos y denuestos contra la infeliz Enriqueta La Condesa declaró medio ahogada por los sollozos, y al fin, no pudiendo resistir más, cayó sin conocimiento. El Jurado pronunció veredicto de culpabilidad. Cuando el Tribunal se levantó, lord Berkeley llamó á todos sus amigos para que le ayudasen á arrancar á su hija de manos del seductor. Los partidarios de Grey la rodearon. Ambas facciones desnudaron las espadas, y en la misma sala de Westminster se dió una batalla, logrando con gran dificultad los jueces y alguaciles separar á los combatientes. En nuestro tiempo, un proceso como éste hubiera sido fatal á cualquier hombre público; pero en aquella época, el nivel moral entre los grandes estaba tan bajo, y era tan violento el espíritu de partido, que Grey siguió teniendo considerable influencia, aunque los puritanos, que formaban una fuerte sección del partido whig, le miraron desde entonces con alguna frialdad (1).

Una parte del carácter ó más bien de la fortuna de Grey merece especial mención. Era general la creencia de que en todas partes menos en el campo de batalla daba muestras de gran valor. Más de una vez, en circunstancias difíciles, cuando su vida y su libertad estaban en peligro, la dignidad de su porte y el pleno dominio de sus facultades le habían merecido alabanzas aun de aquellos que no le amaban ni le

(1) Grey's *Narrative;* su proceso en la *Colección de causas de Estado;* Sprat's *True Account.*

estimaban. Pero como soldado, menos tal vez por culpa suya que por mala suerte, había incurrido en la degradante imputación de cobardía.

VI.

EL DUQUE DE MONMOUTH.

Difería en esto completamente de su amigo el Duque de Monmouth. Ardiente é intrépido en el campo de batalla, era Monmouth en cualquiera otra parte afeminado é irresoluto. Su rango, su valor personal y su gallarda figura le habían colocado en un puesto de todo punto superior á sus facultades. Después de presenciar la derrota del partido á cuyo frente había figurado como jefe, se retiró á Holanda. Cesaron entonces los Príncipes de Orange de considerarle como un rival, dándole hospitalaria acogida porque esperaban que tratándole con bondad se harían acreedores á la gratitud de su padre. Sabían que el cariño paternal no había disminuído, que secretamente llegaban al retiro de Monmouth cartas y socorros de la corte de Whitehall, y que Carlos fruncía el ceño cuando algún cortesano, creyendo halagarle, se atrevía á hablar mal del hijo desterrado. Habíase hecho creer al Duque que si no daba nueva causa de disgusto sería llamado muy pronto á la patria, recobrando todos sus honores y empleos. Animado de esta esperanza, había sido el más brillante cortesano del Haya en el último invierno, figurando en primera línea en todos los bailes del espléndido salón de Orange, cuyas paredes ostentan las brillantes composicio-

nes de Jordaens y Hondthorst (1). Había hecho conocer á las damas holandesas la contradanza inglesa, y ellas, en cambio, le habían enseñado á patinar en los canales. La Princesa le acompañaba en sus paseos sobre el hielo, y su aspecto y el verla patinar con solo un pie en el suelo, con faldas más cortas de las que generalmente llevan las damas, causaba no poca maravilla y regocijo á los Ministros extranjeros. La austera gravedad que antes caracterizaba la corte del Stathouder, parecía haberse desvanecido ante la influencia del fascinador inglés, y hasta el austero y reflexivo Guillermo tenía arranques de buen humor, no bien su ilustre huésped se presentaba (2).

Monmouth entre tanto evitaba cuidadosamente cuanto pudiera indisponerle con aquellos cuya protección solicitaba. Veía muy poco á los whigs, y nunca se reunía con los exaltados que habían tomado parte en lo más criminal de la conspiración, por lo cual sus antiguos asociados le acusaban de volubilidad é ingratitud (3).

---

(1) En la colección de Pepys hay un grabado que representa uno de los bailes que por este tiempo daban Guillermo y Maria en la Sala de Orange.

(2) Avaux, Neg., enero, 25, 1685. Carta de Jacobo á la Princesa de Orange, de enero 1685, en los *Extracts* de Birch existentes en el Museo Británico.

(3) Grey's *Narrative;* Wade's *Confession* Lansdowne, MS. 1.152.

VII.

ROBERTO FERGUSON.

Ninguno de los desterrados acusaba con más acritud y vehemencia á Monmouth, que Roberto Ferguson, el Judas de la gran sátira de Dryden. Era Ferguson natural de Escocia, pero la mayor parte de su vida había residido en Inglaterra. En la época de la Restauración había sido cura en el condado de Kent. Fuera educado en la religión presbiteriana, pero muy pronto esta secta le arrojó de su seno, y entonces se hizo independiente. Había sido profesor de una academia que los disidentes establecieron en Islington para rivalizar con las escuelas de Westminster y Charter House, y muchas veces había predicado ante numerosas congregaciones reunidas en Moorfields. También publicó algunos trabajos zoológicos que aun pueden verse en los empolvados estantes de viejas bibliotecas; pero aunque siempre tenía en los labios los textos de la Escritura, los que han tenido con él relaciones en que mediase el interés, pronto echaron de ver que era pura y simplemente un estafador.

Pero al fin, apartándose casi por completo de la teología, dedicó toda su atención á la parte más baja de la política. Era de aquellos fanáticos cuyo principal oficio en tiempos de revuelta, consiste en prestar á los partidos exasperados cierto linaje de servicios, que el hombre honrado rehusaría con disgusto, y el prudente con temor. Violento, malicioso, embustero, insensible á la vergüenza, amigo de la intriga y del tumulto aun cuando redundase en su propio daño,

trabajó durante muchos años en las más tenebrosas tramas de los partidos. Vivía entre libelistas y falsarios, y estaba encargado de una bolsa secreta con que pagaba los infames servicios de agentes cuya vileza exigía el secreto; y era al mismo tiempo director de una imprenta clandestina, de donde diariamente salían libelos anónimos. Se jactaba de haber intentado arrojar inmundas sátiras en la azotea de Windsor, y hasta de colocarlas bajo la almohada del Rey. Viviendo de este modo hallábase en constante peligro, viéndose obligado con frecuencia á cambiar de nombre, á no tener residencia fija, y hasta ocasión hubo que tenía al mismo tiempo cuatro casas en diferentes barrios de Londres. Tomó gran parte en la conjuración de Rye House, y aun puede creerse que él fué el inventor de los sanguinarios proyectos que tanto contribuyeron al descrédito de todo el partido whig. Cuando se descubrió la conjuración y empezaron á desmayar sus colegas, se despidió de ellos con la sonrisa en los labios diciéndoles que eran novicios, que él estaba acostumbrado á ocultarse, á la fuga y al disfraz, y que mientras viviese no cesaría de conspirar. Con esto se refugió en el Continente, pero aun allí no parecía estar seguro, pues los Embajadores ingleses en las cortes extranjeras tenían orden de vigilarlo, y el Gobierno francés ofreció quinientas pistolas de recompensa al que lo entregase. Agréguese á esto que no le era á él muy fácil ocultarse, porque su acento escocés muy marcado, su alta estatura, la extremada demacración de su rostro, sus vivos y penetrantes ojos á que siempre daba sombra una inmensa peluca, sus mejillas encendidas por el fuego de una erupción, sus desiguales hombros y su modo de andar que se distinguía por un movimiento especial, le atraían las miradas de todos do quiera

se presentase; pero aunque al parecer se le perseguía con peculiar animosidad, murmurábase que todo esto era fingido, y que los oficiales de justicia tenían orden secreta de no verle. Que era realmente de los más temibles descontentos, apenas puede dudarse; pero hay razones muy poderosas que nos inducen á creer que atendía á la propia seguridad, fingiéndose en la corte espía de los whigs, y teniendo al Gobierno al corriente de lo que ocurría, si no de todo, lo suficiente al menos para que no dudase de su adhesión al Monarca. Esta suposición explica ya claramente lo que á sus colegas parecía sobrenatural maldad y audacia, pues estando él fuera de peligro, siempre opinaba por las medidas más violentas y peligrosas, burlándose con gran complacencia de la falta de valor de los que, careciendo de las infames precauciones que él había tomado, no estaban prontos, sin reflexionarlo antes, á arriesgar la vida y aun algo más que la vida á un simple azar (1).

No bien se halló Ferguson en los Países Bajos, empezó á formar nuevos proyectos contra el Gobierno inglés, notando con placer que entre sus compañeros de emigración había muchos que prestaban atento oído á sus malos consejos. Monmouth, sin embargo, se negó obstinadamente á todo trato con él, y sin la ayuda de la inmensa popularidad de Monmouth no se podía hacer nada. Pero era tal la impaciencia y el furor de los emigrados, que se decidieron á buscar nuevo jefe, y al efecto enviaron una embajada á aquel solitario retiro, á orillas del lago Leman, donde

(1) Burnet, I, 542; Wood, Ath. Ox. con el nombre de Owen, *Absalom y Aquitofel*, part, II; Eachard, III, 682-697; Sprat's *True Account, passim; Nonconformist's Memorial;* North's *Examen*, 399.

Edmundo Ludlo, famoso un tiempo entre los jefes del ejército parlamentario y entre los miembros del Tribunal Supremo de Justicia, había huído durante muchos años á la venganza de la Restauración. El anciano y austero regicida se negó, sin embargo, á abandonar su retiro. Su obra, decía, estaba consumada. Si Inglaterra podía aún salvarse, á los jóvenes tocaba acometer la empresa (1).

La inesperada muerte de Carlos II cambió por completo el aspecto de las cosas. Toda esperanza de regresar tranquilamente á la patria se extinguió entre los whigs con la muerte de un Rey indiferente y bondadoso, á quien sucedía un Príncipe que, si en todo era obstinado, éralo principalmente en la venganza.

Ferguson se hallaba, pues, en su elemento. Privado de los talentos así del escritor como del hombre de Estado, tenía en grado eminente las poco envidiables dotes del tentador á quien nada resiste; y entonces, con la malévola actividad y destreza del espíritu maligno, corría de uno en otro de los emigrados, murmuraba en su oído palabras de venganza y encendía en todos los corazones salvaje animosidad y feroces designios.

Ya no desesperó de seducir al mismo Monmouth. La situación del infeliz joven había cambiado totalmente. Mientras sólo pensaba en bailar y patinar en el Haya, esperando de un día á otro ser llamado nuevamente á Londres, llegó la noticia de la muerte de su padre y del advenimiento de su tío al trono. Durante la noche que siguió á la llegada de tales noticias, los que habitaban cerca de él pudieron oir distintamente sus sollozos y sus agudos gritos. Al día siguiente salió del Haya, habiendo empeñado antes

(1) Wade's *Confession;* Harl. MS. 6.845.

solemnemente su palabra al Príncipe y á la Princesa de Orange de no intentar nada contra el Gobierno inglés, y recibiendo también dinero de los Príncipes para atender á lo más preciso (1).

La perspectiva que se presentaba á Monmouth no tenía nada de risueña. No había probabilidades de que se le levantase el destierro, y en el Continente su vida no podía seguir, como hasta aquí, en medio del esplendor y las continuas fiestas de una corte. Sus primos los Príncipes de Orange parece que realmente le miraban con cariño, pero no podían continuar favoreciéndole abiertamente sin exponerse á un rompimiento entre Inglaterra y Holanda. En tal alternativa, Guillermo le dió un consejo prudente. La guerra, que á la sazón devastaba la Hungría entre el Emperador de Alemania y los turcos, inspiraba en toda Europa casi tanto interés como las guerras de las Cruzadas, quinientos años antes. Muchos valientes caballeros, así protestantes como católicos, peleaban como voluntarios, defendiendo la causa común de la cristiandad. El Príncipe de Orange opinaba que Monmouth debía partir al campo imperial, asegurándole que si lo hacía así, no le faltarían medios de presentarse como á un noble inglés convenía (2). El consejo era excelente, pero el Duque no se resolvió á seguirlo; antes bien se retiró á Bruselas acompañado de Enriqueta Wentworth, baronesa de Nettlestede, dama de alto rango y pingüe fortuna, que le amaba apasionadamente y que no había vacilado en sacrificarle su honor y la esperanza de un espléndido enlace, que le había seguido al destierro y á quien él miraba

(1) Avaux, Neg. feb. 20 y 22, 1685; Carta de Monmouth á Jacobo, fechada en Ringwood.

(2) *Historia de Guillermo III*, segunda edición, 1703, tomo I, 160.

como su esposa ante Dios. La dulce influencia del amor curó bien pronto su alma lacerada, y aun parecía haber encontrado la dicha en la oscuridad y el reposo, olvidando que había sido el ornamento de una espléndida corte, que había mandado ejércitos y aspirado al trono.

Pero no le dejaron permanecer tranquilo. Ferguson desplegó todas sus mañas para tentarlo, y Grey, que no sabía cómo allegar recursos, y estaba pronto á cualquier empresa, por desesperada que fuese, le prestó su ayuda. Nada se omitió de cuanto pudiera contribuir á sacar á Monmouth de su retiro. Al recibir las primeras invitaciones de sus amigos, su respuesta fué negativa. Hízoles presente la imposibilidad de un desembarco en Inglaterra, añadiendo que estaba cansado de la vida pública y sólo deseaba que le dejasen disfrutar en paz su nueva dicha. Pero estaba muy poco acostumbrado á resistir con firmeza y á hacer valer su opinión. Dícese también que fué inducido á abandonar su retiro por aquella misma dulce influencia que se lo había hecho delicioso: lady Wentworth quería que fuese rey, para lo cual le ofrecía sus rentas, sus diamantes y su crédito. Monmouth vacilaba todavía, mas al cabo no tuvo firmeza para resistir á tantas súplicas (1).

(1) Welwood's *Memoirs*. Apénd. xv; Burnet, I, 630. Grey lo cuenta de otro modo; pero hay que tener presente que al hacerlo así, trataba de salvar su vida. El Embajador de España en la corte británica, D. Pedro de Ronquillo, en una carta que por este tiempo escribió al Gobernador de los Países Bajos, acusa á Monmouth de vivir de las liberalidades de una mujer enamorada, y aun deja traslucir infundadas sospechas de que la pasión del Duque fuese sólo inspirada por el interés. «Hallándose hoy tan falto de medios, que ha menester transformarse en Amor con Miledi, en vista de la necesidad de poder subsistir.»—Ronquillo á Grana, marzo 30 (abril 9), 1685.

VIII.

LOS EMIGRADOS ESCOCESES.—EL CONDE DE ARGYLE.

Los emigrados ingleses le recibieron con gran alegría, y unánimemente le reconocieron como jefe; pero había otros emigrados que no se hallaban igualmente dispuestos á reconocer su supremacía. Los desaciertos del Gobierno, que habían llegado en Escocia hasta un punto totalmente desconocido en las provincias meridionales, habían llevado al Continente muchos emigrados escoceses, cuyo fanático celo, lo mismo en religión que en política, era proporcionado á la opresión que habían sufrido. Ninguno de ellos estaba dispuesto á obedecer á un jefe inglés, pues ni la destitución ni el destierro habían sido parte á disminuir su orgullo nacional, y así, no querían en manera alguna contribuir con su obediencia á que su patria se viese reducida á la mísera condición de cualquiera otra provincia. Habían elegido por jefe á su compatriota Archibald, noveno Conde de Argyle, quien, como jefe supremo de la gran tribu de Campbell, era muy conocido entre la población de las montañas (Highlands) con el altivo nombre de Mac Callum More. Su padre, el Marqués de Argyle, había sido jefe de los *covenantarios* escoceses y uno de los que más habían contribuído á la ruina de Carlos I, no bastando en opinión de los realitas á hacer olvidar tan gran ofensa que concediese á Carlos II el vano título de Rey y un palacio por prisión. Después del regreso de la familia real, el Marqués fué condenado á muerte. Privósele del marquesado, permitiéndole tan sólo dejar á su

hijo el antiguo título de conde, á pesar de lo cual aun pudo éste figurar entre los primeros nobles de Escocia. La conducta del Conde en los veinte años que siguieron á la Restauración, fué, según él mismo la calificó andando el tiempo, criminalmente moderada. Cierto que algunas veces había tratado de oponerse á los atropellos de la infame administración que afligía á su país; pero habíalo hecho con poca energía y tomando toda suerte de precauciones. Sus complacencias en materia de religión habían escandalizado á los rígidos presbiterianos, y tan distante se hallaba de favorecer la resistencia, que, cuando los covenantarios, exasperados por la persecución, se levantaron en armas, él salió al frente de sus colonos á sustentar la causa del Gobierno.

Tal había sido su carrera política, cuando el Duque de York vino á Edimburgo investido con todo el poder de la regia autoridad. Pronto conoció el despótico Virey que no podía contar con la incondicional ayuda de Argyle, y no pudiendo granjearse la voluntad del caudillo más poderoso del país, decidió su destrucción. Fundándose en motivos tan frívolos, que aun el espíritu de partido y la habitual trapacería de los magistrados los mencionaban con vergüenza, fué acusado de traición, llevado ante el tribunal, convicto y sentenciado á muerte. Los partidarios de los Estuardos afirmaron después que nunca se pensó en llevar á efecto la sentencia, siendo el único objeto del proceso atemorizar al Conde y obligarle á ceder su extensa jurisdicción en las montañas. Que tal fuese en realidad la intención de Jacobo, ó que, como sus enemigos sospechaban, intentase deshacerse del Conde, es lo que aun no ha podido averiguarse. «*Yo no conozco las leyes de Escocia*, decía Halifax con motivo del proceso al Rey Carlos; *pero sí puedo afirmar que en Inglaterra*

no había motivo para ahorcar á un perro con lo que ha bastado para sentenciar á lord Argyle» (1).

El Conde huyó disfrazado á Inglaterra, y de allí pasó á Frisia. En aquella apartada provincia, su padre había comprado algunas tierras á fin de tener un sitio de refugio para su familia en las discordias civiles. Decían los Escoceses que hizo esta compra á consecuencia de la predicción de un adivino celta á quien había sido revelado que llegaría día en que Mac Callum More sería arrojado de su antigua casa de Inverary (2). Pero lo probable es que el astuto Marqués hubiera obedecido más bien á la marcha de los negocios y á la turbación de los tiempos que á las visiones de ningún profeta. En Frisia vivió el Conde Archibaldo, durante algún tiempo tan retirado y tranquilo, que generalmente se ignoraba su paradero. Desde su retiro estaba en correspondencia con sus amigos de la Gran Bretaña, ayudó á la conspiración de los whigs y concertó con los jefes del partido un plan de invasión de Escocia (3). Fracasó el proyecto cuando se descubrió la conspiración de Rye House; pero á la muerte de Carlos II trató nuevamente de llevarlo á cabo.

En el tiempo que residió en el Continente, se ocupó con más atención en materias religiosas que en los años anteriores de su vida, y en cierto respecto fuéle pernicioso el estudio especial de esta materia. Su par-

---

(1) *Proceedings against Argyle* en la *Colección de causas de Estado;* Burnet, I, 521; *A true and plain Account of the Discoveries made in Scotland*, 1684; *The Scotch Mist cleared;* sir George Mackenzie's *Vindication;* lord Fountainhall's *Chronological Notes*.

(2) Información de Roberto Smith en el Apéndice á Sprat's *True Account*.

(3) *True and plain Account of the Discoveries made in Scotland*.

cialidad por la forma presbiteriana en el gobierno eclesiástico rayó entonces en fanatismo, y cuando recordaba que por largo tiempo había estado conforme con el culto establecido, la vergüenza y los remordimientos que se apoderaban de él mostraban claramente cuán dispuesto se hallaba á expiar la que él juzgaba tan terrible falta por medio de la intolerancia y de la violencia. Sin embargo, antes de mucho tiempo tuvo ocasión de mostrar que el temor y el amor al poder supremo habían exaltado su mente, en términos de hacerle apto para soportar con valor las más terribles pruebas á que puede verse sujeta la naturaleza humana.

A sus compañeros de infortunio fué su asistencia de la mayor importancia. Aunque proscrito y fugitivo, era, como antes, en cierto modo, el súbdito más poderoso de la Gran Bretaña. Su fortuna, aun antes de ser procesado era inferior, no sólo á la de algunos nobles ingleses, sino á la de los más opulentos *esquires* de Kent y Norfolk. Pero su autoridad patriarcal, autoridad que ninguna riqueza puede dar y de que ningún tribunal podía despojarle, hacía de él, como jefe de insurrección, formidable enemigo. Ningún gran señor del Mediodía podía confiar si se aventuraba á resistir al Gobierno en la ayuda de sus guardabosques y cazadores, y ni el Conde de Bedford ni el de Devonshire podían presentar diez hombres en el campo. Mac Callum More, sin dinero y despojado de su condado, podía en cualquier momento promover un serio levantamiento. No tenía más que presentarse en la costa de Lorn, y en pocos días se vería rodeado de un ejército. Las fuerzas que en circunstancias propicias le seguirían al campo, ascenderían á 5.000 hombres fieles á su servicio, prácticos en el tiro y en el manejo del sable, que no temían el encuentro de tropas re-

gulares aun en campo raso, y tal vez les aventajaban en la defensa de las difíciles posiciones de sus ásperas montañas, ocultas por la niebla y cruzadas de bramadores torrentes. Que con tales fuerzas bien dirigidas se podía luchar con regimientos veteranos y hábiles caudillos, pudo verse, algunos años después, en Killiecrankie.

IX.

SIR PATRICIO HUME.—SIR JUAN COCHRANE.—FLETCHER DE SALTOUN.

Pero, por mucha confianza que inspirase á los emigrados escoceses el nombre de Argyle, había una facción entre ellos que no le miraba con muy buenos ojos, la cual deseaba tan sólo hacer uso de su nombre é influencia, sin confiarle ningún poder real. El jefe de este partido era un caballero de las tierras bajas (Lowlands), el cual había tomado parte en la conspiración whig, logrando con gran dificultad eludir la venganza de la Corte. Llamábase sir Patricio Hume, y era natural de Polwarth, en el condado de Berwick. Hase puesto en duda, sin razón suficiente, su integridad. Debe, sin embargo, admitirse que sus maldades arrojaron tan negra mancha sobre la causa que defendía, como si se hubiera hecho reo de traición. No servía para mandar ni obedecer, y era además embustero, suspicaz y testarudo; charlatán interminable, irresoluto é indeciso contra el enemigo, activo y diligente sólo contra sus propios aliados. Hallábase estrechamente unido con Hume, emigrado escocés de gran nota, que tenía muchos de sus defectos, si bien

en menor grado. Era éste sir Juan Cochrane, hijo segundo del Conde de Dundonald.

Mucho más noble y distinguido era el carácter de Andrés Fletcher, hombre notable, así por su ilustración como por su elocuencia; valiente, desinteresado y amante de la vida pública, mas que por su carácter irascible era de muy difícil ó imposible trato. Como muchos de sus más ilustres contemporáneos, como, por ejemplo, Milton, Harrington, Marvel y Sidney, Fletcher había concebido gran aversión á la monarquía hereditaria, á lo cual le movía principalmente el mal gobierno de algunos soberanos. Sin embargo, no era demócrata. Era jefe de una antigua familia normanda, y estaba orgulloso del rango de sus ascendientes; buen orador y buen escritor, tenía orgullo de su superioridad intelectual, y en su doble carácter de caballero y hombre ilustrado miraba con desdén al vulgo, y tan lejos estaba de querer confiar al pueblo el poder político, que no lo consideraba siquiera apto para disfrutar de libertad personal. Es en verdad circunstancia curiosa que este hombre, siendo el republicano más honrado, más valiente y más libre de compromisos de su tiempo, haya sido autor de un proyecto encaminado á reducir gran parte de las clases trabajadoras de Escocia á la esclavitud. Tenía en esto viva semejanza con aquellos senadores romanos que al mismo tiempo que odiaban el nombre de rey, defendían los privilegios de su orden con inflexible orgullo contra las pretensiones de la multitud, y gobernaban sus esclavos, no vacilando en recurrir para castigarlos al azote y á los tormentos.

En Amsterdam fué donde se reunieron los jefes de los emigrados escoceses é ingleses. Argyle abandonó su retiro de Frisia, y Monmouth llegó allí procedente de Brabante. Muy pronto pudo verse que los

emigrados apenas estaban conformes más que en su odio á Jacobo, y en el deseo de poner término á su destierro. Los Escoceses tenían celos de los Ingleses, y los Ingleses de los Escoceses. Las grandes pretensiones de Monmouth ofendían á Argyle, que orgulloso de su antiguo rango y de ser descendiente legítimo de reyes, no se hallaba en modo alguno dispuesto á rendir homenaje al fruto de un amor ilícito é innoble. Pero de todas las disensiones que apartaban de su principal objeto al pequeño grupo de emigrados, ninguna fué tan seria ni tan importante como la que estalló entre Argyle y algunos de sus partidarios.



X.

CONDUCTA DE LOS EMIGRADOS ESCOCESES.

Algunos emigrados escoceses en su larga lucha con la tiranía habían llegado á tal estado de exacerbación y apasionamiento, que no podían soportar el más justo y necesario freno. Sabían que sin Argyle no podían hacer nada, y debían también tener presente que, á no correr á ojos cerrados á su perdición, debían confiar plenamente en él, ó abandonar por completo todo proyecto de expedición militar. La experiencia ha demostrado plenamente que todas las operaciones de la guerra, desde la más grande á la más pequeña, deben hallarse sometidas á la absoluta dirección de una sola inteligencia, y que todos los subordinados, cada uno en su grado respectivo, deben obedecer, sin réplica y aun con muestras de alegría y entusiasmo, aquellas mismas órdenes que en su interior juzguen

poco acertadas, ó cuyas razones no les son conocidas. Las asambleas representativas, las discusiones públicas y todas las demas restricciones que en los negocios civiles impiden á los gobernantes abusar del poder, son absolutamente impracticables en el campo. Con justicia ha achacado Maquiavelo muchos de los desastres de los Venecianos y Florentinos á la recelosa política que inducía á aquellos gobiernos á mezclarse constantemente en las operaciones de sus generales (1). No menos perniciosa era la práctica de los Holandeses que enviaban diputados al ejército, sin cuyo consentimiento no podía llevarse á cabo nada importante. Cierto que no puede admitirse, en modo alguno, que un general á quien en el momento del peligro se ha confiado el mando dictatorial, se preste á ceder el poder en el momento del triunfo, y esta es una de las muchas consideraciones que han de tenerse en cuenta antes de resolverse á confiar la vindicación de las libertades públicas á la espada. Pero una vez decididos á correr los riesgos de la guerra, si se ha de obrar discretamente, ha de confiarse al jefe la autoridad absoluta, sin la cual la guerra no puede ser bien dirigida. Es muy posible que una vez investido de tal autoridad se convierta el general en un Cromwell, ó en un Napoleón, pero es casi seguro que, de no contar con ella, su empresa tendrá el mismo fin que la de Argyle.

Algunos de los emigrados escoceses, llenos de entusiasmo por la república, y careciendo por completo de la habilidad necesaria á la dirección de toda empresa ardua, empleaban su ingenio y habilidad, no en reunir los medios necesarios para atacar á un formidable enemigo, sino en poner trabas al poder de

(1) *Discorsi sopra la prima Deca di Tito Livio*, lib. II, c. XXXIII.

su jefe y prevenirse contra su ambición. La estúpida complacencia con que se obstinaban en organizar un ejército como si se tratara de organizar una república, parecería increíble, si uno de ellos no lo dejara consignado con toda claridad y aun con orgullo (1).

XI.

TENTATIVAS DE SUBLEVACIÓN EN INGLATERRA Y ESCOCIA.

Logróse al fin poner término á todas las diferencias, y se decidió intentar una sublevación en la costa occidental de Escocia, á que había de seguir inmediatamente un desembarco en Inglaterra.

Argyle tendría el mando nominal en Escocia; pero estaba sujeto á la vigilancia de una Comisión, que se reservaba la parte casi más importante de la administración militar. A cargo de esta Comisión estaba el determinar dónde había de verificarse el desembarco, nombrar los oficiales, dirigir las levas de nuevas tropas, y, en fin, distribuir los víveres y municiones.

Quedaba, pues, tan sólo al general la dirección de las operaciones en el campo, obligándole á prometer que aun allí, excepto en caso de sorpresa, no haría nada sin el asentimiento de un Consejo de guerra.

El mando en Inglaterra estaba á cargo de Monmouth. Los que le rodeaban habían logrado, como siempre, influir en su débil carácter, haciendo renacer en su pecho aquellos planes de ambición que parecían extinguidos para siempre. Recordaba entonces

(1) Véase sir Patrick Hume's *Narrative, passim*.

el cariño con que siempre le aclamaba el pueblo, así en la ciudad como en el campo, y no dudaba que se levantarían en masa á su llegada. Recordaba también la buena voluntad que siempre le mostraron los soldados, lisonjeándose de que se le incorporarían por regimientos. Contribuían á dar crédito á estas ilusiones los mensajes que continuamente le llegaban de Londres. Asegurábanle que la violencia é injusticia con que se hicieran las elecciones, de tal modo habían exaltado á la nación, que toda la prudencia de los principales whigs había logrado difícilmente evitar un sangriento motín el día de la coronación, y que los grandes lores que habían defendido el *bill* de exclusión ardían en impaciencia por reunírsele. Wildman, á quien gustaba hablar de la traición valiéndose de parábolas, envió á decir que, justamente dos siglos antes, el Conde de Richmond había desembarcado en Inglaterra con un puñado de guerreros, siendo coronado algunos días después en el campo de batalla de Bosworth con la diadema de que había despojado á Ricardo. Danvers estaba dispuesto á levantar la *City*. Engañó al Duque la creencia de que tan pronto desplegase su estandarte, los condados de Bedford y Buckingham, el Hampshire y el Cheshire se levantarían en armas (1). De aquí su impaciencia en llevar á cabo la empresa que algunas semanas antes se negaba á acometer. No le sujetaron sus compatriotas á las absurdas restricciones que los emigrados escoceses habían impuesto á su jefe. Lo único que se le hizo prometer, fué que no tomaría el título de rey hasta que sus pretensiones fuesen sometidas al juicio de un Parlamento libre. Decidióse, además, que dos Ingleses, Ayloffe y Rumbold, acom-

---

(1) Grey's *Narrative;* Wade's *Confession;* Harl. MS. 6.845.

pañasen al Conde de Argyle á Escocia, y que Fletcher siguiese á Monmouth á Inglaterra. Fletcher desde el principio había augurado mal término á la empresa; pero sus sentimientos caballerescos no le permitieron rehuir el peligro que sus amigos parecían deseosos de buscar. Cuando Grey repetía en medio de la aprobación general lo que Wildman decía de Richmond y Ricardo, el sabio y reflexivo escocés notaba muy acertadamente que había gran diferencia entre el siglo XV y el siglo XVII. Richmond contaba con la ayuda de los barones, cada uno de los cuales podía presentar en el campo un ejército compuesto de sus vasallos, mientras que Ricardo no tenía un solo regimiento de tropas regulares (1).

Los emigrados podían reunir entre sus propios recursos y la ayuda de sus amigos en Holanda una suma suficiente para llevar á cabo ambas expediciones. De Londres recibieron muy poco, pues en vez de seis mil libras que les habían prometido, envió Wildman muchas excusas, que debían haber abierto los ojos á todos los que no se empeñasen en cerrarlos á la luz. El Duque puso lo que faltaba, empeñando sus joyas y las de lady Wentworth. Compráronse armas y municiones de boca y guerra, y se fletaron algunos buques de los que á la sazón se hallaban fondeados en Amsterdam (2).

---

(1) Burnet, I, 631.
(2) Grey's *Narrative*.

XII.

JUAN LOCKE.

Es digno de notarse que el más ilustre de los emigrados ingleses, contra quien había sido más dura é injuriosa la calumnia, se mantuviese alejado de los impremeditados planes de sus compañeros. Juan Locke, á fuer de filósofo, odiaba la tiranía y la persecución; pero su inteligencia y su carácter le apartaban y le hacían huir de las violencias del sectario. La buena amistad en que siempre había vivido con Shaftesbury habíale hecho incurrir en el desagrado de la Corte. Sin embargo, era tal su prudencia, que hubiera sido inútil someter su conducta al examen de los corrompidos y parciales tribunales de la época. En un punto era, no obstante, vulnerable. Formaba parte del *Colegio de Cristo* de la Universidad de Oxford, y se decidió separar de aquel célebre establecimiento al más egregio maestro de cuantos lo han ilustrado. Mas no era esto fácil. Locke se había abstenido en Oxford de manifestar sus opiniones políticas. Estaba rodeado de espías; doctores en teología y maestros de artes no se avergonzaban de ejercer cerca de él el más vil oficio, espiar á un compañero y dar cuenta de todas sus palabras, y aun llegaron muchas veces á hacer girar la conversación expresamente sobre cuestiones políticas, como el *bill* de exclusión y la conducta del Conde de Shaftesbury; mas como Locke estaba preparado, habían sido vanas todas estas tentativas. El filósofo nunca se exaltaba ni disentía del parecer de sus compañeros. antes los escuchaba siempre con tal silencio

y compostura, que los viles instrumentos del poder tuvieron que confesar con gran sentimiento que no había habido nunca hombre que ejerciese tan completo dominio sobre su lengua y sus pasiones. Viendo, pues, que la traición no daba resultado, se acudió á la arbitrariedad, y después de intentar vanamente hacer cometer á Locke alguna falta, el Gobierno resolvió castigarle aunque no pudiera justificar tal medida. Vino de Whitehall la orden de degradarle, y el deán y los canónigos se apresuraron á darle cumplimiento.

Hallábase Locke viajando en el Continente para restablecer su salud, cuando supo que se le había despojado de su casa y de los medios de atender á su subsistencia, sin sujetarlo antes á un proceso, ni menos darle el menor aviso. La injusticia de tal medida hubiera bastado á excusarle aun cuando para obtener reparación hubiese acudido á la violencia. Pero no era él de aquellos á quienes ciega el resentimiento personal. No auguró buen resultado á los planes de los emigrados de Amsterdam, y partió tranquilamente para Utrecht, donde, mientras sus compañeros de infortunio trazaban el plan que había de servir para su propia destrucción, él se ocupaba en escribir la famosa *Carta sobre la tolerancia* (1).

---

(1) Le Clerc's *Life of Locke;* lord King's *Life of Locke;* lord Grenville's *Oxford and Locke.* No debe confundirse este Locke con el anabaptista Nicolás Look, cuyo nombre en la *Confesión* de Grey aparece escrito siempre Locke como el de aquél, y el cual también se menciona en la relación de Buccleuch, que figura como apéndice en la disertación de Mr. Rose. Casi innecesaria juzgaría yo esta observación, á no haber visto que la semejanza de ambos nombres indujo en error, á lo que parece, á persona tan familiarizada con la historia de aquella época como el *Speaker* Onslow. Véase su nota en Burnet, I, 629.

XIII.

PREPARATIVOS DEL GOBIERNO PARA ATENDER Á LA DEFENSA DE ESCOCIA. —CONFERENCIA DE JACOBO CON LOS EMBAJADORES HOLANDESES.

Muy pronto llegó á noticia del Gobierno inglés que algún nuevo plan se agitaba entre los emigrados. No pareció al principio probable que efectuasen un desembarco en Inglaterra; pero se temía mucho que Argyle apareciese muy pronto en armas con sus montañeses. Expidióse en consecuencia una proclama, en la que se ordenaba que Escocia se pusiese en estado de defensa. Mandóse que la milicia estuviera pronta, que todos los *clanes* enemigos de Campbell se pusieran en movimiento. Nombróse á Juan Murray, marqués de Athol, lord lugarteniente del condado de Argyle, y á la cabeza de una fuerte división ocupó el castillo de Inverary. Fueron reducidas á prisión algunas personas sospechosas, y á otras se les obligó á entregar rehenes; algunos buques de guerra recibieron orden de situarse á la entrada de la isla de Bute, al mismo tiempo que parte del ejército de Irlanda marchaba hacia la costa de Ulster (1).

Mientras se hacían estos preparativos en Escocia, Jacobo llamaba á su gabinete á Arnold Van Citters, que llevaba mucho tiempo en Inglaterra como embajador de las Provincias Unidas, y Everardo Van Dickvelt, quien, después de la muerte de Carlos II,

(1) Wodrow, lib. III, c. IX; *London Gazette*, mayo 11, 1685; Barillon, mayo 11 (21).

había sido enviado en misión especial por los Estados generales á dar el pésame al nuevo Rey por la muerte de su predecesor, y al mismo tiempo á felicitarle por su advenimiento al trono. El Rey dijo á los Embajadores que tenía noticia por muy buenas fuentes de los designios que formaban contra su trono los súbditos ingleses refugiados en Holanda. Algunos de ellos eran asesinos, á quien sólo la Providencia divina había impedido llevar á cabo un horrendo crimen, y entre ellos se hallaba el dueño del lugar elegido para la matanza. «*No hay hombre en el mundo*, decía el Rey, *que pueda hacerme tanto daño como Argyle, ni lugar más adecuado que Holanda para dirigir el golpe contra mí.*» Citters y Dickvelt aseguraron á Su Majestad que pondrían en seguida en conocimiento del Gobierno holandés cuanto les había dicho, manifestando al mismo tiempo completa confianza en que se haría todo lo posible por complacerle (1).

XIV.

INTÉNTASE INÚTILMENTE IMPEDIR LA EXPEDICIÓN DE ARGYLE.

No eran mentidas las protestas de adhesión que los Embajadores hacían al Rey. Así el Príncipe de Orange como los Estados Generales, tenían gran interés por este tiempo en que no se abusara de la hospitalidad de su nación en contra del Gobierno inglés. El lenguaje que últimamente empleaba Jacobo ha-

(1) *Actas de las sesiones de los Estados Generales*, 5 (15) de mayo, 1685.

ciales esperar que no se sometería con paciencia al ascendiente de Francia. Parecía probable que consintiese en formar estrecha alianza con las Provincias Unidas y la casa de Austria. Había, por tanto, en el Haya gran deseo de evitar cuanto pudiera ofenderle, siendo también en esta ocasión idéntico el interés personal de Guillermo y el de su suegro.

Pero exigían las circunstancias que se obrase rápida y vigorosamente, siendo así que la naturaleza de las instituciones bátavas hacía tal acción casi imposible. La unión de Utrecht, formada atropelladamente en los postreros instantes de una revolución con el fin principal de atender á las exigencias del momento, no había sido aún revisada ni perfeccionada desde que se restableciera la tranquilidad. Cada una de las siete repúblicas que habían entrado á formar la unión conservaba casi todos los derechos de soberanía, que hacía siempre valer, aun en cuestiones de poca monta, contra el Gobierno central; y así como las autoridades federales no tenían medios de exigir pronta obediencia de las provinciales, éstas á su vez se hallaban en el mismo caso respecto de los municipios. Sólo en Holanda había diez y ocho ciudades, cada una de las cuales era en muchas cuestiones Estado independiente, celoso de toda intervención del exterior. Si los magistrados de una de estas ciudades recibían del Haya una orden que no fuese de su agrado, ó bien descuidaban por completo su cumplimiento, ó la ejecutaban tarde y mal; y si bien es cierto que en los Consejos de algunas ciudades era incontrastable la influencia del Príncipe de Orange, desgraciadamente el sitio donde se habían reunido los emigrados ingleses y donde tenían los buques era la rica y populosa Amsterdam, cuyos magistrados eran precisamente jefes del partido hostil al Gobierno federal y

á la casa de Nassau. La administración naval de las Provincias Unidas estaba á cargo de cinco dependencias del Almirantazgo. Una de estas dependencias residía en Amsterdam, y las personas que la componían eran en parte nombradas por las autoridades de aquella ciudad, y, á lo que parece, estaban completamente animadas del mismo espíritu del partido que allí prevalecía.

Todos los esfuerzos del Gobierno federal para cumplir los deseos de Jacobo viéronse frustrados por las evasivas de los funcionarios públicos de Amsterdam y las torpezas del coronel Bevil Skelton, que acababa de llegar al Haya como enviado extraordinario de Inglaterra. Había nacido Skelton en Holanda en el tiempo en que las guerras civiles devastaban la Inglaterra, y se le juzgaba por esto especialmente dotado para aquel puesto (1), pero en realidad, ni servía para aquel ni para ningún otro empleo diplomático. Jueces muy entendidos en materia de carácter le han declarado el más superficial, voluble, apasionado, presuntuoso y hablador de todos los hombres (2). No supo nada cierto de los planes de los emigrados, hasta que tres bajeles equipados para la expedición de Escocia estuvieron en salvo fuera del Zuyder Zee, hasta que las armas, municiones y víveres estuvieron á bordo, y hasta que los pasajeros hubieron embarcado. Entonces, en vez de acudir, como debía haberlo hecho, á los Estados Generales, cuyo edificio estaba al lado de su casa, envió sus mensajes á los magistrados de Amsterdam solicitando que se impidiese la salida de los buques sospechosos. Los magistrados contestaron

---

(1) Hácese mención de esto en sus credenciales fechadas en 16 de marzo de 1684-65.

(2) Bonrepaux á Seignelay, feb. 4 (14), 1686.

que la entrada del Zuyder Zee caía fuera de su jurisdicción, debiendo por tanto acudir al Gobierno federal. Á nadie se ocultaba que esto era una mera excusa, y que si realmente hubieran deseado los magistrados impedir la salida de Argyle, no hubieran puesto la menor dificultad. Dirigióse, pues, Skelton á los Estados Generales, que se mostraron dispuestos á complacerle; y como el caso era urgente, desplegaron inusitada actividad, separándose de lo que ordinariamente observaban en el despacho de los negocios. En el mismo día se expidió una orden redactada en exacta conformidad con la petición de Skelton, y se envió al Almirantazgo de Amsterdam. Pero esta orden, á consecuencia de algunos errores del Ministro inglés, estaba equivocada en lo relativo á la situación de los buques. Decíase que estaban en el Texel y se hallaban en el Vlie. Sirvió de pretexto este error al Almirantazgo para no hacer nada, y antes que se rectificase, los tres buques se habían hecho á la vela (1).

XV.

LOGRA HACERSE Á LA VELA.—SU LLEGADA Á ESCOCIA.

Las últimas horas que pasó Argyle en la costa de Holanda fueron de gran ansiedad. Cerca de él había un navío holandés, cuyos cañones podían en un momento poner fin á la expedición, y muy cerca de su

(1) Avaux, *Negociaciones*. abril 30 (mayo 10), mayo 1.° (11), mayo 5 (15), 1685; sir Patrick Hume's *Narrative; Carta del Almirantazgo de Amsterdam á los Estados Generales*, de 20 de junio de 1685; *Memorial* de Skelton, presentado á los Estados Generales en 10 de mayo de 1685.

pequeña flota veíase un bote donde había algunas personas provistas de anteojos, que á lo que parecía eran espías. No se dió, sin embargo, el menor paso para impedir su salida, y en la tarde del 2 de mayo se hizo á la mar impulsado por una favorable brisa.

El viaje fué feliz; el día 6 se hallaban á la vista de las Orcadas, y Argyle, obrando en esto con muy poca prudencia, mandó fondear en Kirkwall, permitiendo á dos de los expedicionarios ir á tierra. El Obispo los hizo arrestar, lo cual fué motivo de un largo y animado debate entre los emigrados; pues, desde el principio hasta el fin de su expedición, por irresoluta y lánguida que pueda parecer su conducta, nunca les faltó ingenio ni constancia para discutir. Mientras unos opinaban porque se atacara á Kirkwall, otros creían que se debía continuar sin dilación hasta el condado de Argyle. Por fin el Conde, apoderándose de algunos caballeros que vivían cerca de la costa de la isla, propuso un canje de prisioneros al Obispo, y como éste no respondiese á su demanda, la flota, después de haber perdido allí tres días, se hizo de nuevo á la vela.

Esta dilación les fué fatal. Súpose muy pronto en Edimburgo que los rebeldes habían tocado en las Orcadas, y en seguida se pusieron las tropas en movimiento; y cuando el Conde llegó á su provincia, se encontró con que ya estaban preparados para rechazarle. En Dunstaffnage envió á tierra á su hijo segundo, Carlos, á fin de llamar á las armas á los Campbells, pero Carlos volvió con muy malas noticias. Los pastores y pescadores estaban prontos á ponerse al lado de Mac Callum More, pero de los jefes del *Clan*, algunos estaban presos y otros habían huído. Los caballeros que aun permanecían en sus casas eran afectos al Gobierno ó temían favorecer la rebelión, y no quisie-

ron ver siquiera al hijo de su jefe. De Dunstaffnage continuó la pequeña escuadra su viaje á Campbelltown, cerca de la extremidad meridional de la península de Kintyre. Al llegar aquí, publicó el Conde un manifiesto redactado en Holanda, bajo la dirección de la Comisión, por Jacobo Stewart, abogado escocés, cuya pluma, algunos meses más tarde, se empleaba en la defensa de muy distinta causa. Dábase cuenta en este manifiesto, en lenguaje que rayaba á veces en lo ridículo, de muchos daños reales y aun de algunos imaginarios. Indicábase que Carlos II había muerto envenenado, añadiendo que uno de los principales objetos de la expedición era la supresión completa no sólo del catolicismo sino de los prelados, á quienes se llamaba la más amarga raíz y el más amargo fruto del catolicismo, y se exhortaba á todos los buenos escoceses á defender valientemente la causa de su patria y de su Dios.

Aunque era Argyle celoso partidario de la que consideraba religión pura, no tuvo el menor escrúpulo en practicar un rito medio católico y medio pagano. Envióse la misteriosa cruz de madera de tejo, puesta primero al fuego y empapada luego en la sangre de un macho cabrío, para convocar á todos los Campbells, desde los diez y seis años hasta los sesenta. El istmo de Tarbet era el lugar designado para reunirse. El número de los que acudieron, aunque corto en comparación de lo que sería si el espíritu y la fuerza del *Clan* se hubieran mantenido como antes, era todavía formidable. El total de la fuerza reunida ascendía á mil ochocientos hombres. Argyle dividió sus montañeses en tres regimientos, y procedió á nombrar oficiales.

XVI.

DESAVENENCIAS ENTRE ARGYLE Y LOS EXPEDICIONARIOS.

Las disputas que habían comenzado ya en Holanda entre los emigrados, no habían cesado en todo el curso de la expedición, pero al llegar á Tarbet se hicieron más violentas que nunca. Pretendía la Comisión intervenir hasta en el dominio patriarcal que ejercía el Conde de Argyle sobre los Campbells, y no quería permitirle que de propia autoridad distribuyese los cargos militares del ejército de sus deudos. Al mismo tiempo que trataban de anular de este modo su influencia en las montañas, mantenían activa correspondencia con los habitantes de las Tierras Bajas (Lowlands), y recibían y mandaban cartas de que nunca tenía conocimiento el que sólo de nombre era su general. Hume y sus confederados se habían reservado la superintendencia de los almacenes, y su conducta en ramo tan importante de la administración militar era tan negligente, que apenas si se distinguía de la mala fe. Veían con indiferencia que se destrozase el armamento, que se inutilizasen las provisiones, y vivían en continua francachela cuando debieran con su sobriedad dar ejemplo á todos sus inferiores.

La gran cuestión era determinar cuál había de ser el teatro de la guerra, si las montañas (Highlands), ó las Tierras Bajas. El principal deseo del Conde era apoderarse de sus propios dominios, marchando con los *clanes* del condado de Perth sobre el Argyleshire, y tomando posesión en Inverary de la antigua morada señorial de su familia. Podría entonces contar

con cuatro ó cinco mil montañeses, y con tales fuerzas defender aquel país áspero y quebrado contra todo el ejército de Escocia, al propio tiempo que tenía base segura para las operaciones ofensivas. Y este era al parecer el mejor partido que se podía tomar. Rumbold, que había estudiado en escuela militar y á quien en su calidad de inglés puede considerarse como juez imparcial entre los diferentes partidos escoceses, hizo cuanto estaba en su mano por secundar los planes del Conde. Pero con Hume y Cochrane no se podía contar para nada, pues podía más en ellos la envidia que Argyle les inspiraba que el deseo de que la expedición tuviese feliz término. Veían que entre sus montañas y sus lagos, y á la cabeza de un ejército compuesto en su mayor parte de sus deudos, podría vencer toda oposición y ejercer plena autoridad de general. Murmuraban que los únicos que tenían en el corazón la buena causa eran los campesinos de las Tierras Bajas, y que si los Campbells tomaban las armas no lo hacían por la libertad ni por la Iglesia de Dios, sino tan sólo por Mac Callum More. Cochrane declaró su resolución de marchar al Ayrshire, aun cuando tuviese que ir solo y sin más armas que una horca. Argyle tras larga resistencia consintió, bien á pesar suyo, en dividir su pequeño ejército, y mientras él quedaba en las montañas acompañado de Rumbold, Cochrane y Hume á la cabeza de los emigrados se embarcaban para invadir las Tierras Bajas. El principal objeto de Cochrane era ocupar el Ayrshire; pero la costa de aquel condado estaba guardada por fragatas inglesas, lo cual obligó á los aventureros á remontar la embocadura del Clyde hasta Greenok, que era entonces una pequeña aldea de pescadores compuesta sólo de un montón de chozas de paja, mientras en la actualidad es un puerto

grande y floreciente cuyas aduanas producen más del quíntuple de todas las rentas que sacaban los Estuardos del reino de Escocia. Un cuerpo de milicianos defendía á Greenok, lo cual no impidió que Cochrane, que se hallaba ya falto de provisiones, determinase desembarcar. Hume intentó oponerse; mas Cochrane, que era de carácter arrebatado, ordenó á un oficial llamado Elphinstone que tomase veinte hombres consigo en un bote y fuese á tierra. Pero el espíritu de discordia que reinaba entre los jefes se había extendido á todo el ejército, y Elphinstone contestó que él no estaba dispuesto á obedecer más que órdenes razonables, que ésta no la consideraba él así, y, en fin, que no quería ir. El mayor Fullarton, bravo militar, estimado igualmente de todos los partidos y uno de los más adictos partidarios de Argyle, intentó desembarcar con solos doce hombres, y así lo hizo á pesar del fuego de los de la costa. Hubo una ligera escaramuza, se retiraron los de la milicia, y Cochrane entró en Greenock, donde pudo procurarse provisiones, si bien no halló el pueblo dispuesto á secundar la insurrección.

XVII.

ESTADO DE LA OPINIÓN PÚBLICA EN ESCOCIA.

No era, en verdad, el estado de la opinión pública en Escocia tal como los emigrados, extraviados por la ilusión común en todo tiempo al que vive en el destierro, habían imaginado. Cierto que todos odiaban igualmente al Gobierno, pero los descontentos estaban divididos en distintos partidos, tan hostiles el

uno para el otro como todos lo eran para el Gobierno; y era aún lo peor de todo que ninguna de aquellas distintas facciones estaba dispuesta á unirse á los invasores. Muchos creían que la insurrección no tenía probabilidades de éxito, mientras otros, á quienes la larga opresión y las continuas vejaciones habían hecho más prudentes, evitaban con temor toda revuelta. Cierto que no faltaban algunos entusiastas de esos que no se detienen á calcular las probabilidades y á quienes la persecución y los atropellos, lejos de amansar, habían, por el contrario, exacerbado y puesto fuera de sí. Mas para éstos había muy poca diferencia entre Argyle y Jacobo. Su furor había llegado á tal extremo, que lo que cualquier otro hubiese llamado ardiente entusiasmo, parecíales á ellos tibieza laodicense. La vida pasada del Conde estaba manchada por lo que juzgaban la más vil apostasía; y aquellos mismos montañeses á quienes ahora llamaba para acabar con los prelados, algunos años antes le habían seguido para defenderlos. ¿Y eran acaso aquellos esclavos que nada sabían ni nada se les importaba de la religión, que estaban prontos á pelear lo mismo por el Gobierno sinodal que por los episcopales ó papistas, como pluguiese á Mac Callum More, eran estos esclavos dignos aliados del pueblo de Dios? El Manifiesto, á pesar de estar redactado en términos indecentes é intolerantes, era á los ojos de estos fanáticos muestra de cobardía y de miras esencialmente mundanas, y el arreglo á que Argyle estaba pronto, y que hizo después un libertador más poderoso y feliz, no les parecía digno de la menor tentativa. Querían no sólo la libertad de conciencia para ellos, sino el dominio absoluto de la conciencia de los demás; no sólo la doctrina y el culto, y aun la política presbiteriana, sino el *Covenant* en todo su rigor. Nada les con-

tentaba como no fuese que todos los fines á que tiende la sociedad civil se sometiesen al Gobierno de un sistema teológico. Los que no creían ninguna forma de gobierno eclesiástico digna de que por ella se infringiesen los preceptos de la caridad cristiana, antes al contrario, recomendaban sobre todo la tolerancia, dudaban, según ellos, entre Jehová y Baal. El que condenaba actos como el asesinato del Cardenal Beatoun y del Arzobispo Sharpe, cometía el mismo pecado que había privado á Saúl del reino de Israel. Todas las reglas que sirven entre los cristianos y los pueblos civilizados eran abominaciones á los ojos del Señor. No se debía dar ni recibir cuartel. Un malayo furioso, un perro rabioso perseguido por la multitud; tales eran los modelos dignos de ser imitados por guerreros que peleaban, con la justicia de su parte, en propia defensa. No le cabían en la cabeza á ninguno de aquellos fanáticos las razones á que obedece la conducta de políticos y capitanes, y cuando alguno se aventuraba á hacer presentes tales razones, era esto, sin más, prueba suficiente de que no pertenecía al número de los fieles. De no contar con la bendición divina, poco podrían hacer los más hábiles políticos, los generales veteranos, los armamentos que pudieran llegar de Holanda ó los regimientos de celtas no regenerados por la ver dadera fe, venidos de las montañas de Lorn. Mas si, por el contrario, era llegada la plenitud de los tiempos, podrían, como en las antiguas edades, los ignorantes confundir á los sabios, y para salvar al mundo no importaría que fuesen pocos ó muchos. Los sables de Athol y las bayonetas de Claverhouse tendrían que huir ante armas tan insignificantes como la honda de David ó el cántaro de Gedeón.

No pudiendo conseguir Cochrane que se sublevase

la población al Sur del Clyde, se incorporó á Argyle, que á la sazón se hallaba en la isla de Bute. El Conde entonces propuso nuevamente hacer una tentativa sobre Inverary, y nuevamente encontró obstinada oposición por parte de su gente. Los marineros sostenían la parte de Hume y Cochrane; los montañeses se hallaban absolutamente á las órdenes de su jefe. A tal punto llegaron las cosas, que se temía, y no sin razón, que ambos partidos viniesen á las manos, lo cual obligó à la Comisión, para evitar que esto sucediera, á hacer algunas concesiones. Eligióse el castillo de Ealan Ghierig, situado en la embocadura de Loch Riddan, como centro principal del ejército. Se desembarcaron allí las municiones, y la pequeña escuadra fondeó cerca de las murallas, en un sitio protegido por rocas y arrecifes, donde se creía que ninguna fragata podría entrar. Empezaron las obras de defensa, y se organizó una batería con algunos cañones de poco calibre, que al efecto trajeron de los barcos. Dióse el mando del fuerte, obrando con muy poco acierto, á Elphinstone, que ya había dado pruebas de estar más dispuesto á discutir con sus jefes que á combatir al enemigo.

Durante algunas horas lucharon bravamente. Rumbold tomó el castillo de Ardkinglass. El Conde batió las tropas de Athol, y ya se disponía á avanzar sobre Inverary, cuando noticias alarmantes llegadas de la escuadra y de las facciones de la Comisión le obligaron á retroceder. Las fragatas del Rey se habían acercado al Ealan Ghierig mucho más de lo que los emigrados creían. Los caballeros de las Tierras Bajas se negaban á continuar más lejos por las montañas; Argyle, pues, se apresuró á volver á Ealan Ghierig, donde propuso atacar las fragatas. Cierto que sus barcos no eran muy á propósito para tal encuentro,

si bien serían apoyados por una flotilla de treinta grandes lanchas pescadoras, guarnecidas de montañeses bien armados. La Comisión no quiso prestar oídos á este plan, impidiendo que se llevase á efecto, para lo cual no vacilaron en promover un tumulto entre los marineros.

Todo era entonces confusion y desorden. Las provisiones habían sido tan mal administradas por la Comisión, que ya no había víveres para la tropa. Los montañeses, á consecuencia de esto, desertaban á centenares, y el Conde, desalentado por tantas desgracias, cedió á los deseos de los que aun insistían tenazmente en que marchase á las Tierras Bajas. Púsose, pues, el pequeño ejército en marcha á toda prisa para las orillas del Loch Long. Pasaron aquel estrecho de noche en barcas y desembarcaron en el condado de Dumbarton. A la mañana siguiente llegó la noticia de que las fragatas habían forzado el paso, que los barcos del Conde habían caído en poder del enemigo y que Elphinstone había huído de Ealan Ghierig sin disparar un solo tiro, dejando el castillo y los almacenes en poder de las tropas reales.

No quedaba más solución que invadir las Tierras Bajas aun en condiciones tan desventajosas, y Argyle resolvió con temeraria audacia hacer una tentativa para apoderarse de Glasgow. Pero no bien se anunció esta resolución, los mismos que más habían insistido con él hasta entonces para que invadiese las Tierras Bajas, llenos de temor trataron de oponerse con discusiones y argumentos á su nuevo plan, y viendo que toda objeción era inútil, se valieron de un pretexto para apoderarse de los botes y emprendieron la fuga, abandonando al general con sus *clanes*, para que venciesen ó muriesen sin su ayuda. Mas desgraciadamente no pudieron llevar á efecto su intentada

fuga, y los cobardes que habían trazado este plan viéronse obligados á compartir con hombres valerosos el azar de la última tentativa. Mientras atravesaban el país situado entre Loch Long y Loch Lomond, los insurgentes eran hostigados constantemente por fuerzas de la milicia. Hubo algunas escaramuzas, en que la ventaja estuvo de parte del Conde, pero las mismas fuerzas que batía huyendo delante de él, esparcían las nuevas de su marcha, y no bien había atravesado el río Leven, se encontró con un gran cuerpo de tropas regulares, dispuesto á cortarle el paso.

Opinaba Argyle que se debía presentar batalla al enemigo. Ayloffe era de la misma opinión, mientras por otra parte Hume declaraba que intentar hacer frente sería locura. Tenían á la vista un regimiento de casacas rojas, detrás del cual podía haber otros, y por tanto, atacar tales fuerzas era correr á una muerte cierta. Lo mejor que se podía hacer era aguardar á la noche, y entonces, á favor de las tinieblas, huir sin que el enemigo lo advirtiese. Siguióse á esto un caluroso altercado, á que con gran dificultad puso término la mediación de Rumbold. A todo esto había llegado la tarde, y los ejércitos enemigos habían acampado á corta distancia el uno del otro. El Conde se aventuró á proponer un ataque nocturno, y nuevamente fué rechazada su proposición.

XVIII.

DISPERSIÓN DE LOS REBELDES. — ARGYLE PRISIONERO.

Una vez decididos á no pelear, no quedaba otro recurso que seguir el parecer de Hume. Además de la probabilidad de que levantando el campo secreta-

mente y caminando toda la noche por los pantanos y malezas, podía el Conde adelantarse muchas millas al enemigo y llegar á Glasgow sin encontrar ningún obstáculo. Dejáronse ardiendo los fuegos del vivac para engañar al enemigo, y empezó la marcha, y con ella una serie de desastres. Los guías se perdieron entre los pantanos, y guiaron al ejército por un terreno cenagoso, donde la disciplina y el orden militar no pudieron ya mantenerse entre soldados indisciplinados llenos de desaliento, obligados á caminar en la oscuridad por terreno resbaladizo é inseguro. Muy pronto se esparció el pánico entre las desordenadas filas. Cualquier ruido, la más leve apariencia les indicaba la aproximación de sus perseguidores. Algunos oficiales, en vez de combatir el terror del soldado, como era su deber, contribuían á aumentarlo. El ejército no era ya más que una multitud desordenada, que empezó á disminuir rápidamente. A favor de la oscuridad, muchos emprendían la fuga. Rumbold y un puñado de valientes que no retrocedían ante ningún peligro, se extraviaron y no pudieron ya reunirse al cuerpo del ejército. Cuando por fin amaneció, sólo quedaban del ejército de la víspera 500 fugitivos desalentados y exhaustos por la fatiga, reunidos en Kilpatrick. Todo pensamiento de continuar la guerra había terminado, y todos conocían que los mismos jefes de la expedición lograrían difícilmente escapar con vida: huyeron, pues, en distintas direcciones. Hume consiguió ponerse en salvo en el Continente. Cochrane fué cogido y enviado á Londres. Argyle creía hallar asilo seguro bajo el techo de uno de sus antiguos criados que vivía cerca de Kilpatrick; mas como le saliese fallida esta esperanza, vióse obligado á atravesar el Clyde. Se disfrazó de aldeano, pasando como guía del mayor Fullarton,

cuya animosa fidelidad estaba á prueba de todo peligro. Los amigos continuaron juntos su viaje por el Renfrewshire hasta llegar á Inchinnan. En aquel punto el Blaccart y el Whilecart, ríos que ahora corren entre prósperas ciudades dando impulso á las ruedas de muchas fábricas, y que entonces deslizaban su mansa corriente entre pantanos y praderas, se juntan antes de desembocar en el Clyde. El único sitio por donde podían los viajeros atravesar, estaba guardado por un destacamento de milicianos, quienes les hicieron algunas preguntas. Fullarton trató de hacer recaer toda sospecha sobre sí á fin de que su compañero pudiera pasar inadvertido. Mas bien pronto las respuestas del guía hicieron sospechar á los soldados que no era un rudo aldeano como el traje indicaba. Se apoderaron del Conde, quien logró desasirse de sus enemigos y arrojarse al río, pero en seguida lo cogieron otra vez. Por algún tiempo sostuvo un combate contra cinco soldados, pero no tenía más arma que sus pistolas, y como se habían mojado al tirarse él al río, no hacían fuego. Por fin fué derribado de un sablazo, y entonces se apoderaron de él.

Declaró que era el Conde de Argyle, probablemente en la esperanza de que tan gran nombre excitaría respeto y lástima en los que le habían cogido. Y en verdad, al saberlo se conmovieron mucho, porque eran Escoceses de humilde rango, que aunque habían cogido las armas en defensa de la Corona, tal vez preferían en su fuero interno el gobierno y el culto de la Iglesia calvinista, y se les había acostumbrado á reverenciar al que ahora era su prisionero, como cabeza de una ilustre casa y campeón de la religión protestante. Pero aunque evidentemente estaban emocionados, y aun algunos de ellos llegaron á derramar lágrimas, no se hallaban dispuestos á renunciar á una gran

recompensa, incurriendo además en la venganza de un Gobierno implacable. Llevaron por tanto su prisionero á Renfrew. El que tomó parte más activa en el arresto del Conde se llamaba Riddell, por lo que toda la raza de los Riddells fué durante más de un siglo tenida en aborrecimiento por la gran tribu de Campbell, y aun hay quien recuerda que cuando un Riddell iba á alguna de las ferias del condado de Argyle se veía obligado á cambiar de nombre.

Y entonces comenzó la parte más brillante de la carrera de Argyle. Hasta ahora su empresa no le había valido más que burlas y censuras. Su gran error había consistido en no negarse resueltamente á aceptar el nombre de general sin el poder que debe siempre acompañarle. Si hubiera permanecido tranquilo en su retiro de Frisia, al cabo de algunos años hubiera podido regresar con honor á la patria, figurando en primer término entre los próceres y magnates, ornamento de la monarquía constitucional. Si hubiera dirigido la expedición haciendo sólo lo que su inteligencia le dictaba, y no llevando consigo sino aquellos que estuvieran dispuestos á obedecer puntualmente sus órdenes, tal vez hubiera llevado á cabo algo grande, pues, según parece, lo que le faltaba para ser un buen general no era valor, ni actividad, ni pericia, sino tan sólo autoridad. Debía saber, ciertamente, que de cuantas cualidades pueden faltar á un buen caudillo, esta es la más fatal. Ejemplos hay de ejércitos que han triunfado obedeciendo las órdenes de generales no muy eminentes. Pero ¿cuándo un ejército mandado por una reunión tumultuosa ha escapado á la destrucción y á la derrota?

La gran desgracia que ahora pesaba sobre Argyle tenía para él de ventajoso darle ocasión de mostrar

de una manera incontestable qué clase de hombre era. Desde el día de su salida de Frisia, hasta la dispersión de sus secuaces en Kilpatrick, no había podido obrar nunca libremente, haciéndosele responsable de gran número de errores que su entendimiento había combatido. Mas al fin ya se hallaba solo, y el cautiverio le había devuelto la más noble de todas las libertades, la libertad de acomodar sus palabras y acciones al propio concepto del derecho y de las conveniencias sociales. A partir de aquel momento, parecía como inspirado por nuevo ingenio y virtud. Su inteligencia parecía haberse fortificado y concentrado, mientras su carácter mostraba al mismo tiempo más elevación y templanza. La insolencia de los vencedores no había perdonado nada de cuanto pudiera mortificar á un hombre orgulloso de su antigua estirpe y del dominio patriarcal. El prisionero fué conducido triunfalmente por las calles de Edimburgo. Iba á pie, con la cabeza descubierta, y así recorrió en toda su extensión la soberbia calle que á ambos lados limitan gigantescos y ennegrecidos caserones de piedra, y que conduce desde Holyrood House hasta el castillo. Delante de él marchaba el verdugo llevando el horrible instrumento de su profesión. El partido victorioso no había olvidado que treinta y cinco años antes, el padre de Argyle había sido jefe de la facción que condenó á muerte á Montrose. Antes de aquel acontecimiento no eran muy amigas las casas de Graham y Campbell, mas desde entonces se profesaban odio mortal. Túvose especial cuidado en hacer que el prisionero pasase por la misma puerta y recorriese las mismas calles que Montrose cuando fué condenado á la misma pena que él. Al mando de las tropas que escoltaban al reo iba Claverhouse, el más feroz y sanguinario de la raza de Graham. Cuando

llegó el Conde al castillo, cargaron sus piernas de grillos, informándole de que sólo le quedaban algunos días de vida. Habíase determinado no sentenciarle por su último delito, sino darle muerte en virtud de la sentencia pronunciada contra él algunos años antes, sentencia tan notoriamente injusta, que los más cínicos y serviles abogados de aquella infeliz edad no podían mencionarla sin rubor.

Pero ni la ignominiosa procesión de la calle principal (High-Street), ni la aproximación de la muerte, tuvieron poder para alterar la tranquila y majestuosa resignación que mostraba Argyle. Sin embargo, una prueba aun más dura estaba reservada á su fortaleza. Sujetósele á un interrogatorio de orden del Consejo privado. Contestó á todas las preguntas en que no resultaba ningún peligro para sus amigos, negándose á decir nada más. Díjosele que de no contestar cuanto supiese, se le sujetaría al tormento, y Jacobo, que sin duda sentiría no poder regocijar sus ojos viendo á Argyle sufrir la tortura, envió á Edimburgo órdenes terminantes de que no se omitiese nada de cuanto pudiera contribuir á arrancar del traidor noticias y declaraciones concernientes á sus cómplices. Pero todas las amenazas fueron en vano. Teniendo á la vista los tormentos y la muerte, Mac Callum More se ocupaba menos de su suerte que de la de sus pobres *clanes*. «*Hoy he estado ocupado*, escribía desde su prisión, *tratando en favor de ellos, y aun abrigo alguna esperanza; pero esta tarde han venido órdenes de que debo morir el lunes ó el martes, y que me sujetarán á la tortura si no respondo á todas las preguntas bajo juramento. Espero, con todo, que Dios me sostendrá.*»

No se le sujetó á la tortura. Tal vez la magnanimidad de la víctima había despertado en los vencedores inusitada compasión. Y él mismo ha notado que á pe-

sar de mostrarse al principio muy duros con él, bien pronto empezaron á tratarle con respeto y benevolencia. «*Dios*, dice él, *ha ablandado sus corazones*.» Debe también notarse que no hizo traición á ninguno de sus amigos, para evitar así que los contrarios ejerciesen en él todo el rigor de su crueldad, y la última mañana de su vida escribió estas palabras: «*No he nombrado á ninguno para perjudicarle. Doy gracias á Dios que me ha sostenido maravillosamente.*»

Compuso él mismo su epitafio, breve poema lleno de intención, en sencillo y agradable estilo, y escrito en versos no despreciables. Quéjase en esta pequeña composición de que si bien sus enemigos habían decretado repetidas veces su muerte, sus amigos se habían mostrado aun más crueles. A estas frases puede servir de comentario una carta que dirigió á una dama residente en Holanda, la cual le había prestado una suma bastante crecida para la expedición, y á quien por tanto juzgaba él acreedora á una franca y completa explicación de las causas que le condujeran á tan desastroso término. Absolvió de traición á sus compañeros; pero hizo ver sus locas pretensiones, su ignorancia y su obstinada maldad, en términos que el propio testimonio de los acusados ha demostrado en lo sucesivo haber merecido plenamente.

Manifestaba luego su temor de haber usado lenguaje muy duro para sentar bien en boca de un cristiano próximo á la muerte, y en un papel aparte suplicaba á su amiga que omitiese cuanto le decía de aquellos hombres. «*Sólo una cosa debo declarar*, añadía, *que eran ingobernables*.»

Pasó gran parte de las horas que le quedaban de vida entregado á la devoción y en afectuosa plática con algunas personas de su familia. No mostraba arrepentimiento por su última empresa; mas decla-

raba con gran emoción su criminal conducta anteriormente en materias religiosas, sólo por no privarse del placer de gobernar, por lo que, añadía, había sido justamente castigado, pues quien por tanto tiempo fuera reo de cobardía y disimulo, no era digno de ser el instrumento de salvación de la Iglesia y del Estado. La causa, sin embargo, repetía con frecuencia, era la causa de Dios, y seguramente había de triunfar. «*No pretendo*, decía, *echármelas de profeta; pero tengo la firme convicción de que muy pronto ha de venir la libertad.*» No es extraño que algunos celosos presbiterianos grabasen esta frase en su corazón, atribuyéndola posteriormente á inspiración divina.

Tan eficazmente habían contribuído la fe religiosa y la esperanza á aumentar su natural valor y la serenidad de su espíritu, que en el mismo día en que había de morir comió con apetito, conversando alegremente en la mesa, y terminada su última comida, se acostó, como acostumbraba, á dormir una breve siesta, á fin de que su cuerpo y su espíritu pudieran hallarse en pleno vigor cuando llegase el momento de subir al cadalso. Mientras aun dormía Argyle, uno de los lores del Consejo, que probablemente fuera educado en las doctrinas presbiterianas, más que seducido por el interés, se había unido á los perseguidores de la Iglesia á que, en otro tiempo, había pertenecido, vino al castillo con un mensaje de sus colegas y solicitó ver al Conde. Contestáronle que estaba durmiendo, y como creyese el consejero que este era un pretexto, insistió en que había de entrar. Abrieron muy despacio la puerta del calabozo, y entonces pudo ver á Argyle en el lecho, y, á pesar de los grilletes, durmiendo tranquilamente el plácido sueño de la infancia. Tan sublime espectáculo hizo volver en sí la conciencia del renegado. El corazón le latía con tanta

violencia, que sintiéndose muy mal, corrió fuera del castillo, y se refugió en casa de una dama de su familia, que vivía muy cerca de allí. Arrojóse sobre una cama, entregándose por completo á la horrible angustia del remordimiento y la vergüenza. Su parienta, alarmada por sus miradas y gemidos, creyó que se había puesto malo repentinamente, y le pedía que bebiese una copa de licor. «*No, no,* dijo él; *eso no me hará bien.*» Y como ella le preguntase la causa de su aflicción: «*He estado en la prisión de Argyle y le he visto, una hora antes de entrar en la eternidad, durmiendo con tal tranquilidad, como si nada hubiera de acontecerle. Pero yo...*»

Ya por este tiempo se había levantado el Conde del lecho, y se preparaba á sufrir el rigor del destino. Lleváronle primero por la calle principal (High-Street) á la Casa del Consejo, donde había de permanecer el poco tiempo que faltaba aún para la ejecución. En este intervalo pidió papel y pluma, y escribió á su esposa. «*Corazón mío,* le decía, *Dios es inmutable, siempre ha sido bueno y bondadoso conmigo, y nada puede hacerle variar. Perdóname todas mis faltas y consuélate en Aquél en quien tan sólo se halla verdadero consuelo. El Señor sea contigo, y te bendiga y te consuele, amada mía. Adiós.*»

XIX.

EJECUCIÓN DE ARGYLE.

Llegó por fin la hora de abandonar la Casa del Consejo. Los ministros que acompañaban al prisionero no eran de su propia secta, pero él los escuchaba con gran cortesía, exhortándoles á prevenir sus ovejas contra aquellas doctrinas que todas las Iglesias pro-

testantes condenan unánimemente. Subió al cadalso, donde la ruda y antigua guillotina de Escocia, llamada *la doncella*, le esperaba, y dirigió al pueblo un discurso, expresándose en la peculiar fraseología de su secta, pero respirando el espíritu de la más serena piedad. Perdonaba á sus enemigos, dijo, como á su vez esperaba que le perdonasen. Sólo una expresión algo dura se escapó de sus labios, pues como uno de los clérigos episcopales que le asistían, adelantándose hacia la multitud, dijese en voz alta: «*Milord muere en el seno de la religión protestante*,—*Sí*, dijo el Conde adelantando un paso, *no sólo muero protestante, sino con el corazón lleno de odio al papismo, á los prelados y á todo género de supersticiones.*» Abrazó entonces á sus amigos, poniendo en sus manos algunos objetos para que se los llevasen en recuerdo á su esposa y á sus hijos, dobló la rodilla, puso la cabeza en el tajo, y después de orar breves instantes dió la señal al verdugo. Su cabeza estuvo expuesta en lo más alto del Tolbooth, donde antes había estado la cabeza de Montrose (1).

---

(1) Los autores de quienes he tomado la historia de la expedición de Argyle, son: sir Patricio Hume, fué testigo ocular de lo que relata, y Wodrow, que tuvo á su disposición materiales de grandísimo valor, entre los que se cuentan los papeles del mismo Conde. Siempre que he encontrado alguna diferencia entre las relaciones de Argyle y Hume, no he vacilado en seguir la del Conde, por no parecerme dudosa su fidelidad.

Véase también Burnet, I, 631, y la vida de Bresson publicada por el Dr. Mac Crie. La descripción de la rebelión de Escocia que trae la *Historia de Jacobo II* de Clarke, es una novela ridícula compuesta por un jacobista que ni siquiera se tomó el trabajo de echar una ojeada al mapa del teatro de la guerra..

XX.

EJECUCIÓN DE RUMBOLD.

Ya por este tiempo se veía en el West Port de Edimburgo la cabeza del bravo y sincero, aunque no del todo inocente, Rumbold. Rodeado de amigos divididos y cobardes, habíase portado en toda la compaña como un soldado educado en la escuela del gran Protector; en el Consejo siempre había sostenido la autoridad de Argyle, y en el campo se había distinguido por su serena intrepidez. Después de la dispersión del ejercito, fué detenido por un destacamento de la milicia. Se defendió desesperadamente, y se hubiera abierto paso á través de sus contrarios á no haberle matado el caballo. Trajéronle á Edimburgo mortalmente herido. El deseo del Gobierno era que fuese ejecutado en Inglaterra, pero su situación era tan desesperada que como no lo ahorcasen en Escocia, no podrían ahorcarle en parte alguna, y era éste un placer de que no se privarían fácilmente los vencedores. No era de esperar que se mostrasen muy blandos con el que consideraban como jefe de la conspiración de Rye House, el cual era además dueño del edificio que diera nombre á la conspiración; pero la crueldad con que se ensañaron en el infeliz moribundo, parece en nuestra época casi increíble. Uno de los del Consejo privado de Escocia le calificó de un miserable condenado, á lo que Rumbold contestó tranquilamente: *«Si estoy en paz con Dios, ¿cómo puedo estar condenado?»*

Juzgósele con gran rapidez, se le declaró convicto, sentenciándole á ser ahorcado y descuartizado de allí

á algunas horas, cerca de City Cross, en la calle principal (High-Street). Aunque no podía sostenerse sin la ayuda de dos hombres, mostró gran fortaleza hasta lo último, y al llegar al pie de la horca, levantó su débil voz contra los papistas y los tiranos con tal vehemencia, que los oficiales mandaron redoblar á los tambores para que el pueblo no le oyese. Dijo que era partidario de la monarquía limitada, pues nunca creería que la Providencia había enviado á algunos hombres al mundo con botas y espuelas como dispuestos á montar, y á millones de infelices ensillados y con brida para que los montasen. «*Deseo*, exclamaba, *bendecir y ensalzar el santo nombre de Dios, declarando que si estoy aquí no es por ningún mal que le haya hecho, sino por haber abrazado su causa en mal día. Si cada uno de los cabellos de mi cabeza fuera un hombre, no vacilaría en aventurarlos todos en la contienda.*»

Así ante los jueces como en la ejecución, habló del asesinato con el aborrecimiento que conviene á un buen cristiano y á un valiente soldado. Protestó, á fe de moribundo, no haber nunca abrigado el pensamiento de cometer tal villanía; mas declaraba francamente que en conversación con los otros conspiradores había mencionado su casa como lugar á propósito desde donde se podría atacar con ventaja á Carlos y á Jacobo, y que si bien habían hablado mucho acerca del asunto, no se había llegado á resolver nada. Puede parecer á primera vista que esta declaración se contradice con lo que anteriormente había afirmado, que el asesinato le causaba horror. Pero es lo cierto que establecía él, según parece, una distinción que alucinó á muchos de sus contemporáneos. Nada hubiera podido inducirle á envenenar á los dos Príncipes ó á darles de puñaladas cuando estuviesen durmiendo; pero arrojarse inopinadamente

sobre los Guardias de Corps que rodeaban el coche real, y tras un breve combate dar ó recibir la muerte, era, en su opinión, un ardid militar legal á todas luces. Las emboscadas y sorpresas figuraban entre los incidentes ordinarios de la guerra. Todos los veteranos, *caballeros* ó cabezas redondas habían tomado parte en tales empresas. Si en la escaramuza el Rey caía, sería en lucha leal y no asesinado. Precisamente el mismo razonamiento empleaban, después de la revolución, Jacobo y sus más valientes y celosos partidarios para justificar un infame atentado contra la vida de Guillermo III. Una banda de jacobistas tenía orden de atacar al Príncipe de Orange en sus cuarteles de invierno. La intención oculta bajo esta frase especiosa, era que le cortasen la cabeza cuando fuese en su coche de Richmond á Kensington. Parecerá extraño que los artificios de la casuística jesuita tuviesen poder bastante para arrastrar á hombres animosos, así toríes como whigs, á un crimen sobre el cual las leyes divinas y humanas han arrojado con justicia peculiar nota de infamia. Mas no hay sofisma grosero en demasía para no alucinar á la inteligencia extraviada por el espíritu de partido (1).

---

(1) Wodrow, III, IX, 10; *Western Martyrology;* Burnet, I, 633; Fox's *History*, apéndice IV. No hallo otro medio que el indicado en el texto de conciliar la negativa de Rumbold á haber admitido nunca ni la idea del asesinato, con su confesión de haber indicado él mismo su propia casa como lugar conveniente para atacar á los reales hermanos. La distinción que yo supongo establecía Rumbold, hállase en otro conspirador de Rye House, antiguo soldado también de la República, el capitán Walcot. En su proceso, West, testigo de la Corona, dijo: «*Habéis declarado, capitán, ser uno de los que habían de atacar á los guardias.—¿Por qué razón, pues,* preguntó el Chief Justice Pemberton, *no había también de matar al Rey?—Dijo,* contestó West, *que era una acción baja matar á un hombre desarmado, y que él no lo haría.*»

Argyle, que sobrevivió á Rumbold alguras horas, dejó al morir testimonio de las virtudes del valeroso inglés. «*El pobre Rumbold*, dijo, *me sirvió de mucho: fué valiente soldado y murió como cristiano*» (1).

XXI.

MUERTE DE AYLOFFE.

Ayloffe mostró igual desprecio á la muerte que Argyle ó Rumbold, pero su fin no sirvió, como el de aquéllos, á edificar las almas piadosas. Aunque la simpatía política le había atraído hacia los puritanos, en religión no opinaba como ellos, por lo que le miraban casi como ateo. Pertenecía á aquella fracción de los whigs que buscaba sus modelos más bien entre los patriotas de Grecia y Roma que entre los profetas y jueces de Israel. Fué cogido prisionero y conducido á Glasgow. Allí intentó poner fin á su vida, valiéndose de un cortaplumas; pero aunque se hizo algunas heridas, ninguna de ellas resultó mortal, y se le consideró bastante fuerte para resistir hasta llegar á Londres. Lleváronle ante el Consejo privado, donde fué interrogado por el mismo Rey; pero tenía él demasiada entereza para salvarse declarando en contra de otros. Contábase entre los whigs, que como el Rey le dijese: «*Mejor os sería ser franco conmigo Mr. Ayloffe. Sabéis que en mi poder está el perdonaros,*» el prisionero, rompiendo su obstinado silencio, contestó: «*Tal vez esté en vuestro poder, mas no así en vuestra naturaleza.*»

(1) Wodrow, III, IX, 9.

Fué ejecutado frente á la puerta del Temple, en virtud de la antigua sentencia pronunciada contra él, y murió con estoica compostura (1).

XXII.

DEVASTACIÓN DEL CONDADO DE ARGYLE.

Al mismo tiempo la venganza de los vencedores se ejercía sin piedad en la población del condado de Argyle. Muchos de los cómplices fueron ahorcados sin formación de causa por Athol, y aun costó gran trabajo al Consejo privado impedir que sacrificase mayor número de víctimas. Todo el país, en treinta millas á la redonda de Inverary, fué entregado á la devastación. Quemaron las casas; hicieron pedazos las piedras de los molinos, derribaron los árboles frutales y llevaron la barbarie hasta quemar las raíces. Las redes y lanchas de los pescadores, único medio de subsistencia de gran número de habitantes de la costa, fueron destruídas por completo. Más de trescientos rebeldes y descontentos fueron deportados á las colonias, y entre ellos hubo muchos condenados á sufrir horribles mutilaciones. En un solo día, el verdugo de Edimburgo cortó las orejas á treinta y cinco prisioneros. Gran número de mujeres fueron enviadas al otro lado del Atlántico, marcándolas antes con un hierro candente en la mejilla; y no contentos aún con esto, trataban de obtener una ley del Parlamento

(1) Wade's *Narrative*, Harl. M.S. 6.845; Burnet, I. 634; Citters *Despacho* de 30 de octubre (9 de nov.) 1685; Luttrell *Diary* de igual fecha.

proscribiendo el nombre de Campbell, de igual modo que ochenta años antes fuera proscrito el de Mac-Gregor (1).

La expedición de Argyle produjo poca sensación, á lo que parece, en el Mediodía de la Isla. Aún no se había reunido el Parlamento inglés, cuando llegó á Londres la nueva de su desembarco. Anunció el Rey la noticia desde el trono, y las Cámaras protestaron que estarían á su lado contra cualquier enemigo. Nada más podía pedírseles. En Escocia no tenían autoridad, y una guerra cuyo teatro se hallaba tan distante y cuyo desenlace, casi desde el principio, era fácil prever, despertaba muy poco interés en Londres.

XXIII.

INÚTILES TENTATIVAS PARA IMPEDIR LA EXPEDICIÓN DE MONMOUTH.

Pero una semana antes de la total dispersión del ejército de Argyle llevó la agitación á Inglaterra la noticia de que un invasor más formidable había desembarcado en sus propias costas. Habíase convenido entre los emigrados que Monmouth se hiciese á la vela seis días después de la partida de los Escoceses. Había diferido el Duque por breve tiempo su salida, probablemente en la esperanza de que la mayor parte de las tropas del Sur de Inglaterra se trasladarían al Norte, no bien comenzase la guerra en las *tierras altas*, permitiéndole de este modo efectuar su desem-

(1) Wodrow, III, IX, 4, y III, IX, 10. Wodrow copia de las *Actas del Consejo* los nombres de todos los prisioneros que fueron deportados, mutilados ó marcados en la mejilla.

barco sin encontrar fuerzas dispuestas á oponérsele. Mas cuando por fin deseaba emprender el viaje, el viento, á más de ser muy fuerte, le era contrario.

Mientras su pequeña flota luchaba con las olas en el Texel, surgía una disputa entre las autoridades holandesas. De una parte estaban los Estados Generales y el Príncipe de Orange, y de la otra los magistrados y el Almirantazgo de Amsterdam. Skelton había presentado á los Estados Generales una lista de los emigrados cuya residencia en las Provincias Unidas inquietaba en gran manera á su amo. Los Estados Generales, deseosos de acceder á toda petición razonable de Jacobo, enviaron copias de la lista á las autoridades provinciales. Las autoridades provinciales se las enviaron á su vez á las municipales. Los magistrados de todas las ciudades recibieron orden de tomar las medidas convenientes, para evitar que los proscritos whigs molestasen al Gobierno inglés. En general, estas órdenes fueron obedecidas; particularmente en Rotterdam, donde la influencia de Guillermo era omnipotente, se desplegó tal celo y actividad, que mereció las más calurosas protestas de agradecimiento por parte de Jacobo. Pero Amsterdam era la principal residencia de los emigrados, y la Municipalidad de Amsterdam no quiso ver nada, ni oir nada, ni saber nada. El primer *Bailio* de la ciudad que estaba en comunicación diaria con Ferguson, escribió al Haya que no había podido dar con ninguno de los emigrados, y con esta excusa hubo de contentarse el Gobierno federal. Lo cierto del caso era que los emigrados ingleses eran tan conocidos en Amsterdam, que la gente se les quedaba mirando en la calle como si hubieran sido chinos (1).

---

(1) La carta de Skelton es de 7 (17) de mayo de 1686. Se hallará

Pocos días después Skelton recibió orden de la corte, diciendo que á consecuencia de los peligros que amenazaban al trono de su amo, los tres regimientos escoceses al servicio de las Provincias Unidas fuesen enviados sin dilación á la Gran Bretaña. Dió parte Skelton de lo que ocurría al Príncipe de Orange, el cual trató de dirigir la negociación, si bien predijo que Amsterdam opondría algunas dificultades. La predicción resultó cierta. Los diputados de Amsterdam negaron su consentimiento, consiguiendo de este modo ganar tiempo. Mas no era esta cuestión de aquellas en que según la Constitución de la República una sola ciudad podía contrarrestar é impedir que se llevase á efecto el deseo de la mayoría. La influencia de Guillermo prevaleció al fin, y las tropas se embarcaron á toda prisa (1).

---

juntamente con una carta del *Schout* ó primer Bailío de Amsterdam en un pequeño volumen publicado algunos meses después, que lleva por título: *Histoire des evénements tragiques d'Angleterre*. Los documentos que publica son copia exacta, al menos cuantos he examinado, de los existentes en los archivos holandeses, á excepción de algunas leves correcciones en el francés de Skelton, que no era muy puro. Véase también Grey's *Narrative*.

Goodenough, en su declaración después de la batalla de Sedgemoor, dijo: «*El Schout de Amsterdam era especialmente partidario de este último designio.*» Lansdowne M.S. 1.152.

No me parecen dignos de refutación los escritores que presentan al Príncipe de Orange como cómplice en la empresa de Monmouth. Fúndanse principalmente en la circunstancia de no haber dado ningún paso las autoridades de Amsterdam para impedir la salida de los expedicionarios. Esta circunstancia es, por el contrario, la mayor prueba que pudiera aducirse para demostrar que Guillermo no favorecía la expedición. Nadie, á no desconocer por completo las instituciones y la política de Holanda, haría responsable al *Stathouder* de lo que hacían los jefes del partido de Loevestein.

(1) Avaux, *Neg*. junio 7 (17), 8 (18), 14 (24), 1685; *Carta del Príncipe de Orange á lord Rochester*, junio 9, 1685.

Al mismo tiempo trataba Skelton, con muy poco acierto en verdad, de impedir la salida de los buques que habían fletado los emigrados. Solicitó, en los términos más vehementes, la ayuda del Almirantazgo de Amsterdam. La negligencia, decía, de aquella autoridad había permitido ya á una banda de rebeldes efectuar una invasión en Inglaterra. No había, pues, excusa para incurrir de nuevo en el mismo error. Pedía con toda urgencia que se impidiese la salida de un gran navío llamado el *Helderenbergh*. Se le contestó que aquel navío estaba fletado para Canarias. Pero la verdad es que quien lo había fletado era Monmouth, y que montaba veintiseis cañones y estaba cargado de municiones y armas. El Almirantazgo de Amsterdam contestó que no podía infringir, fundándose en tan leves razones, la libertad de comercio y navegación, y que, por tanto, sin una orden de los Estados Generales no se atreverían á detener el *Helderenbergh*. Skelton, quien, según parece, tenía por costumbre empezar por lo peor, acudió entonces á los Estados Generales; y como éstos diesen las órdenes necesarias, el Almirantazgo de Amsterdam se disculpó objetando que no había en el Texel suficiente fuerza naval para apoderarse de un barco tan grande como el *Helderenbergh*, dando así tiempo á Monmouth para hacerse á la vela sin que nadie le molestase (1).

Hacía muy mal tiempo; el viaje era largo, y algunos navíos de guerra ingleses guardaban el paso del Canal. Pero Monmouth logró escapar felizmente del doble peligro que le ofrecían el mar y el enemigo. Al

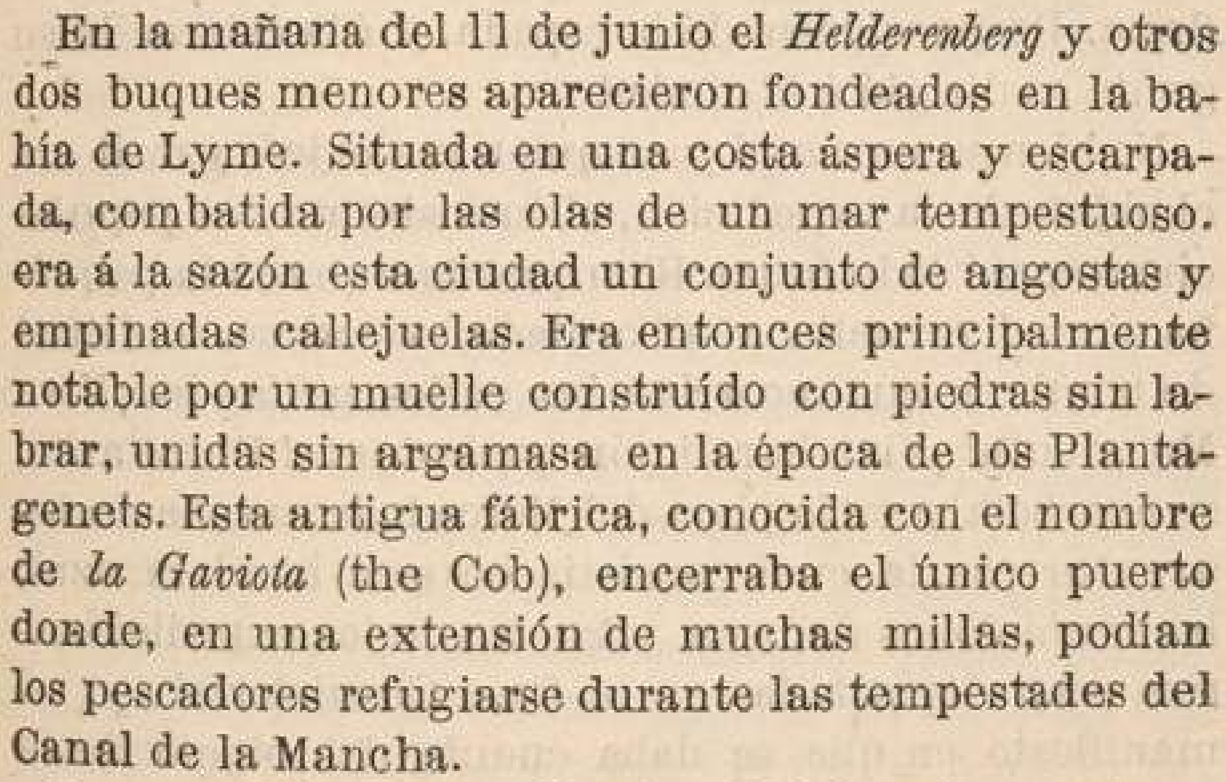
---

(1) Citters, junio 9 (19), junio 12 (22) 1685. La correspondencia de Skelton con los Estados Generales y con el Almirantazgo de Amsterdam se conserva en los archivos del Haya. Algunos de estos documentos se hallarán en los *Evénemens tragiques d'Angleterre*. Véase también Burnet, I, 640.

pasar por la escarpada costa del Dorsetshire, creyóse oportuno enviar á tierra, en una lancha, á uno de los emigrados llamado Tomás Dare. Aunque ordinario y de cortos alcances, tenía este hombre gran influencia en Tauton. Llevaba orden de recorrer apresuradamente la comarca, anunciando á sus amigos que muy pronto estaría Monmouth en territorio inglés (1).

XXIV.

SU LLEGADA Á LYME.



En la mañana del 11 de junio el *Helderenberg* y otros dos buques menores aparecieron fondeados en la bahía de Lyme. Situada en una costa áspera y escarpada, combatida por las olas de un mar tempestuoso. era á la sazón esta ciudad un conjunto de angostas y empinadas callejuelas. Era entonces principalmente notable por un muelle construído con piedras sin labrar, unidas sin argamasa en la época de los Plantagenets. Esta antigua fábrica, conocida con el nombre de *la Gaviota* (the Cob), encerraba el único puerto donde, en una extensión de muchas millas, podían los pescadores refugiarse durante las tempestades del Canal de la Mancha.

La aparición de aquellos tres bajeles, de construcción extranjera y sin pabellón, alarmó en gran manera á los habitantes de Lyme, y su inquietud aumentó al saber que los empleados de la aduana que, según costumbre, habían ido á bordo no regresaban. Acudió

(1) Wade's *Confession* en los *Papeles* de Hardwicke; Harl. MS. 6.845.

la gente de la ciudad á la costa, y por mucho tiempo observaron con gran ansiedad los bajeles, sin poder hallar solución al misterio. Al fin, siete botes partieron del mayor de los tres en dirección á la costa. De estos botes desembarcaron unos ochenta hombres, bien apercibidos y armados. Entre ellos, se hallaban Monmouth, Grey, Fletcher, Ferguson, Wade y Antonio Buyse, oficial que había estado al servicio del Elector de Brandemburgo (1).

Monmouth, después de imponer silencio, se arrodilló en la orilla, dió gracias á Dios por haber librado de los peligros del mar á los amigos de la libertad y la religión pura, implorando igualmente la bendición divina para lo que aun restaba que hacer en tierra firme. Después desnudó la espada, y á la cabeza de su gente se dirigió á la ciudad.

No bien se supo en Lyme quién era el jefe y cuál era el objeto de la expedición, el entusiasmo del populacho rompió todo freno. Bien pronto se halló la pequeña ciudad revuelta y alborotada, viéndose multitud de hombres que recorrían las calles gritando: ¡Viva Monmouth! ¡Viva la religión protestante! Entretanto, se enarbolaba en la plaza del Mercado la enseña de los aventureros, la cual consistía en una bandera azul; las municiones de boca y guerra de los expedicionarios eran depositadas en la Casa Consistorial, y un manifiesto en que se daba cuenta del objeto de la expedición, era leído á la multitud en la plaza pública (2).

Este manifiesto, obra maestra del genio de Fergu-

---

(1) Véase la declaración de Buyse contra Monmouth y Fletcher en la *Colección de causas de Estado.*

(2) *Diario de la Cámara de los Comunes*, 13 de junio de 1685; Harleian MS., 6.845; Lansdwne MS., 1.152.

son, no estaba escrito en aquel tono grave y levantado estilo que era de esperar en un caudillo que desnuda la espada por una gran causa nacional, antes bien, era uno de los más bajos é indignos libelos, así por los sentimientos en que parecía inspirarse, como por la manera de manifestarlos (1). Cierto que contenía muchos y muy justificados cargos contra el Gobierno; pero estos cargos se expresaban en el prolijo é hinchado estilo de un mal libelo, y además se establecían otras acusaciones contra los gobernantes cuya deshonra sólo alcanza á sus inventores. Afirmábase allí con toda certeza que el Duque de York había incendiado la ciudad de Londres, que había hecho estrangular á Godfrey, que había mandado cortar la cabeza á Essex, y había envenenado al difunto Monarca. Por tan villanos é infames crímenes, mas principalmente por aquel hecho execrable, por aquel horrible y bárbaro parricidio, según le calificaba la ingeniosa y feliz frase de Ferguson, se declaraba á Jacobo enemigo mortal é irreconciliable, tirano, asesino y usurpador. No podría terminarse con él ningún tratado. La espada no debería volver á la vaina hasta que hubiera sufrido el digno castigo de su traición. El Gobierno se restablecería siendo los nuevos principios favorables á la libertad. Se tolerarían todas las sectas protestantes, volverían á ponerse en vigor las abolidas cartas, el Parlamento se reuniría anualmente, y en lo sucesivo no bastaría el regio capricho á prorrogarlo ó disolverlo. No habría otro ejército permanente que la milicia, la cual estaría mandada por *Sheriffs*

---

(1) Burnet, I, 641; *Confesión de Goodenough* en Lansdowne MS. 1.152. Son muy raros los ejemplares de la *Declaración* tal como se imprimió primeramente; hállase, sin embargo, uno de éstos en el Museo Británico.

nombrados por los electores *(freeholders)*. Finalmente, Monmouth declaraba poder demostrar que era hijo de legítimo matrimonio, siendo por tanto el verdadero Rey de Inglaterra, mas por el presente olvidaba sus pretensiones, que sometería más adelante al juicio de un Parlamento libre; entretanto sólo aspiraba al título de capitán general de los protestantes ingleses que se levantasen en armas contra la tiranía y el papismo.

XXV.

SU POPULARIDAD EN EL OCCIDENTE DE INGLATERRA.

No obstante lo deshonroso de este manifiesto para los que lo publicaban, habíase redactado con bastante habilidad para estimular las pasiones del vulgo. En el Occidente produjo grande y extraordinario efecto. La *gentry* y el clero de aquella parte de Inglaterra, con muy contadas excepciones, pertenecían al partido *tory*. Pero los propietarios, los mercaderes, campesinos y artesanos profesaban, en general, las doctrinas de los antiguos *cabezas redondas*. Muchos de ellos eran disidentes, á quienes las continuas vejaciones habían irritado en términos de estar dispuestos á acometer cualquiera empresa desesperada. La gran masa de la población aborrecía el papismo y adoraba á Monmouth, que no era un extraño para ellos. Aun estaba reciente en la memoria de todos su viaje por el Somersetshire y el Devonshire en el verano de 1680. Fué ahora suntuosamente alojado por Tomás Thynne en Longleat Hall, que era á la sazón, y tal vez lo es todavía, la más espléndida residencia campestre de toda

Inglaterra. De Longleat á Exeter era aclamado el Duque con entusiasmo por el gran número de espectadores que de todas partes acudían á su paso. Los caminos estaban cubiertos de flores y follaje. La multitud, en su afán de ver y tocar á su favorito, derribaba los cercados de los parques y ponía sitio á las casas donde era recibido y festejado. Cuando llegó á Chard formaban su escolta cinco mil jinetes, y en Exeter se hallaba reunido todo el Devonshire para darle la bienvenida. En el recibimiento que le hicieron en esta ciudad llamaba especialmente la atención una compañía de novecientos jóvenes, vestidos todos de uniforme blanco, que delante del Duque entraron en la ciudad (1). El cambio de fortuna que había apartado de su causa á la *gentry* no había producido el menor efecto ni había influído en el cariño que el pueblo bajo le profesaba. Para ellos era, como siempre, el buen Duque, el Duque protestante, el legítimo heredero, á quien una vil conspiración había privado de su herencia, y así, acudían en tropel á alistarse bajo su bandera, en términos de no dar abasto cuantos escribientes podía emplear á inscribir los nombres de los reclutas. Aun no habían trascurrido veinticuatro horas desde que se hallaba en territorio inglés, y ya se encontraba á la cabeza de mil quinientos hombres. Dare llegó de Taunton seguido de cuarenta jinetes de no muy bélico aspecto, trayendo al mismo tiempo muy buenas noticias acerca del estado de la opinión pública en el Somersetshire, de manera que todo parecía anunciar el más feliz desenlace (2).

---

(1) *Historical Account of the Life and magnanimous Actions of the most illustrious Protestant Prince James, Duke of Monmouth*, 1683.

(2) Wade's *Confession; Hardwicke Papers; Axe Papers;* Harl. MS. 6.845.

Pero ya se reunían fuerzas en Bridport para combatir á los insurgentes. El 13 de junio el Regimiento Rojo de la milicia del Dorsetshire llegó á toda prisa á aquella ciudad, y al día siguiente se esperaba también el Somersetshire ó Regimiento Amarillo, cuyo coronel, sir Guillermo Portman, era un caballero *tory* de gran nota (1). Resuelto el Duque á dar un golpe inmediato, había ordenado que parte de sus tropas se preparasen á partir sobre Bridport, cuando un desastroso acontecimiento vino á sembrar la confusión en todo el campo. Fletcher de Saltoun había sido designado para mandar la caballería á las órdenes de Grey. Fletcher estaba mal montado, á lo cual se agregaba que en todo el campamento eran contados los caballos que no hubieran sido sacados del arado. Cuando se le ordenó salir para Bridport, juzgó que la urgencia del caso le autorizaba á echar mano, sin pedir permiso, de un hermoso caballo que pertenecía á Dare. Este se ofendió de tal libertad é insultó á Fletcher sin la menor consideración. Fletcher logró dominarse más de lo que esperaban cuantos conocían su carácter, hasta que Dare, achacando sin duda á cobardía la paciencia con que el otro escuchaba sus insultos, amenazó con el látigo al noble y valeroso escocés. A tal afrenta, Fletcher sintió que la sangre le ardía en las venas, y sacando una pistola hizo fuego sobre Dare, dejándole muerto en el acto. Tan súbita y violenta venganza no hubiera parecido extraña en Escocia, donde siempre la ley ha sido débil para reprimir tales abusos, donde el que no podía tomarse la justicia por la mano no lograba ver respetado su derecho, y donde, por consecuencia, la vida del hombre tenía menos importancia que en las provincias peor

(1) Harl. MS. 6.845.

gobernadas de Italia. Pero la gente del Mediodía de la Isla no estaba acostumbrada á que se hiciera uso de armas mortales y se llegase á derramar sangre sólo por una mala palabra ó por un gesto insultante, como no fuese en duelo entre caballeros con armas iguales. Todos á una voz clamaban venganza contra el extranjero que había asesinado á un inglés. Monmouth no pudo resistir al clamor general, y el mismo Fletcher, que una vez pasado el primer arrebato estaba arrepentido y lleno de remordimiento y tristeza por lo que había hecho, tuvo que refugiarse á bordo del *Helderenbergh*, huyendo al Continente y encaminándose á Hungría, donde peleó como bueno contra el común enemigo de la cristiandad (1).

XXVI.

ENCUENTRO DE LOS REBELDES CON LA MILICIA EN BRIDPORT.

Dada la situación de los insurgentes, la pérdida de un hombre de talento y energía no era fácil de reparar. Al día siguiente, 14 de junio, muy de mañana, Grey, acompañado de Wade, marchó con unos 500 hombres á atacar la ciudad de Bridport. La lucha fué desordenada y revuelta, é indeciso el resultado, como no podía menos de suceder siendo los combatientes dos bandas de labradores mandados por abogados y caballeros del campo. Al principio, la gente de Monmouth hizo retirar á la milicia; pero no bien ésta

(1) Declaración de Buyse en la *Colección de causas de Estado*; Burnet, I, 642; MS. de Ferguson, citado por Eachard.

intentó resistir á sus contrarios, los soldados de Monmouth se retiraron en desorden. Grey y su caballería no pararon hasta verse otra vez en salvo en Lyme; pero Wade, reuniendo la infantería, consiguió hacer la retirada en buen orden (1).

Todos en el campo de Monmouth censuraban duramente la conducta de Grey, y algunos aventureros incitaban al Duque á castigarle severamente. Monmouth, sin embargo, no quiso seguir este consejo, falta de energía atribuída por algunos escritores á su buen natural, que muchas veces rayaba ya en debilidad perniciosa. Otros han supuesto que no quería mostrarse duro con el único Par que servía en su ejército. Lo probable, sin embargo, es que el Duque, aun sin ser un gran general, conociese la guerra mucho mejor que los predicadores y legistas, empeñados siempre en hacer prevalecer su opinión cerca de él, y aconsejándole una conducta que ni aun hubiera merecido la aprobación de los más inexpertos en los asuntos de la guerra. Si hemos de ser justos con quien ha tenido tan pocos defensores, debemos observar que la misión encomendada á Grey en todo el curso de la campaña era tal, que aun cuando hubiera sido el más valeroso y hábil caudillo, apenas le hubiera hecho ganar crédito y nombradía. Hallábase á la cabeza de la caballería, y es por demás notorio que un soldado de á caballo necesita más largo aprendizaje que un infante, á lo cual se agrega además que el caballo que ha de ir á la guerra requiere aun más larga práctica para servir debidamente que el mismo jinete. Algo sin duda puede hacerse con infantería mal organizada, si no carece

(1) *Gaceta de Londres*, junio 18, 1685; Wade's *Confession*; Hardwicke *Papers*.

de entusiasmo y valor salvaje; pero nada hay más inútil que un cuerpo de caballería sin organización ni disciplina, formada de campesinos y artesanos mal montados en caballos de tiro y de posta; y tal era la caballería que mandaba Grey. Lo que hay en esto de admirable es, no que sus jinetes no pudiesen arrostrar el fuego con serenidad, y menos aun que no hicieran uso de sus armas con vigor, sino que pudieran siquiera sostenerse en la silla.

Entre tanto concurrían á centenares los reclutas, y el día entero se pasaba en enseñarles los principios de la disciplina militar. Al mismo tiempo la nueva de la insurrección había cundido por todas partes. En la tarde del día que desembarcó el Duque, Gregorio Alford, mayor de Lyme, celoso tory y terrible perseguidor de los disidentes, envió sus criados á dar la voz de alarma á la *gentry* de los condados de Somerset y Dorset, mientras él partía á caballo en dirección al Oeste. A hora muy avanzada de la noche llegó á Honiton, y de allí despachó un emisario para Londres, dando cuenta en breves líneas de la mala nueva (1). De allí se encaminó á Exeter, donde encontró á Cristóbal Monk, duque de Albemarle. Era este aristócrata hijo y heredero de Jorge Monk, el restaurador de los Estuardos; estaba entonces de lord *Lieutenant* del Devonshire, y á la sazón se ocupaba en reunir la milicia, llegando ya á cuatro mil hombres los que actualmente se hallaban á sus órdenes. Creyendo con esta fuerza poder concluir de una vez con la rebelión, á la cabeza de su gente se puso en marcha para Lyme.

(1) *Lords' Journals*, junio 13, 1685.

XXVII.

ENCUENTRO DE AXMINSTER.

Pero cuando en la tarde del 15 de junio llegó á Axminster, se halló con que los insurgentes habían acudido allí á cerrarle el paso. El campo rebelde presentaba un frente bien ordenado. Cuatro piezas de campaña estaban apuntadas contra las tropas reales, y los espesos cercados que por todas partes coronan los estrechos senderos estaban guarnecidos de mosqueteros. Sin embargo, más alarmó á Albemarle el espíritu que parecía animar á sus gentes, que los preparativos del enemigo, pues tal era la popularidad de Monmouth entre el pueblo del Devonshire, que si los soldados de Albemarle llegaban á descubrir su rostro y su figura, que les eran tan familiares, probablemente acudirían como un solo hombre á engrosar las filas de los rebeldes.

Albemarle, por tanto, creyó, á pesar de ser muy superior en fuerzas al enemigo, que debía retirarse. Pronto la retirada se convirtió en derrota, viéndose en seguida todo el campo cubierto de armas y uniformes, que al huir arrojaban al enemigo los de Albemarle; y á haber Monmouth picado la retirada con vigor, probablemente se hubiera apoderado de Exeter sin disparar un solo tiro. Pero se contentó con la ventaja alcanzada, y prefirió que sus reclutas se adiestrasen algo más antes de emplearlos en ninguna empresa arriesgada. Partió, pues, hacia Taunton, á

donde llegó el 18 de junio, precisamente una semana después del día de su desembarco (1).

XXVIII.

LLEGA Á LONDRES LA NUEVA DE LA REBELIÓN.— FIDELIDAD DEL PARLAMENTO.

Las noticias que llegaron del Oeste habían alarmado en gran manera la Corte y el Parlamento. A las cinco de la mañana del sábado 13 de junio, el Rey recibió la carta que el Mayor de Lyme había despachado de Honíton. Reunióse inmediatamente el Consejo privado; dióse orden de aumentar la fuerza de todas las compañías de infantería y de todos los escuadrones de caballería; nombráronse comisiones para la leva de nuevos regimientos, y presentóse á la Cámara de los Lores la comunicación enviada por Alford, de la cual también se dió cuenta á los Comunes por medio de un mensaje. Los miembros de la Cámara popular, despues de interrogar á los correos que habían llegado del Oeste, propusieron inmediatamente un *bill* acusando á Monmouth de alta traición. Al mismo tiempo se votaban también varias proposiciones, asegurando al Rey que así los lores como el pueblo estaban resueltos á defenderle, aun á riesgo de la vida y de la hacienda, contra todos sus enemigos. En la sesión inmediata las Cámaras acordaron que la declaración de los rebeldes fuese quemada por el verdugo,

---

(1) Wade's *Confession*; Ferguson MS.; Axe, *Papers*; Harl. M.S. 6.845; Oldmixon, 701, 702. Oldmixon que era entonces niño, vivía muy cerca de la escena de estos sucesos.

haciendo pasar, y aprobando en todos sus trámites, el *bill* de alta traición. En el mismo día obtuvo el *bill* la sanción real, é inmediatamente se anunció una recompensa de cinco mil libras esterlinas al que se apoderase de la persona de Monmouth (1).

Era tan notorio el hecho de que Monmouth se había levantado en armas contra el Gobierno, que el *bill* acusándole de alta traición pasó á ser ley sin más que una débil muestra de oposición por parte de uno ó dos lores, y apenas ha merecido severa censura á ningún historiador whig. Sin embargo, cuando consideramos la importancia de que las funciones legislativas y judiciales se mantengan en su distinta esfera de acción; si se atiende á la trascendencia de que la pública voz y fama, por más fuerte y general que sea, no se reciba nunca como prueba legal de criminalidad, y sobre todo, cuánto importa mantener la regla de que ningún hombre sea condenado á muerte sin que le sea dado defenderse, y cuán fácil y rápidamente, una vez abierta brecha en los grandes principios, aquélla crece y amenaza concluir con los más sagrados derechos; probablemente nos sentiremos inclinados á creer que la medida adoptada por el Parlamento era motivada á algunas objeciones. Ninguna de las dos Cámaras tenía el más leve fundamento con el cual un juez, aun cuando fuera tan corrompido como Jeffreys, pudiese obligar al Jurado á considerar como plenamente probado el crimen de Monmouth. Los emisarios interrogados por los Comunes no habían declarado bajo juramento, pudiendo, por tanto, haber referido meras ficciones, sin incurrir siquiera

---

(1) *London Gazette*, 18 de junio, 1685; *Lords' and Commons' Journals*, 13 y 15 de junio: *Despacho de los embajadores holandeses*, junio 16 (26).

en la pena de perjurio. Los lores, que podían haber exigido juramento, según parece, no interrogaron á ningún testigo y no tenían más prueba que la carta del Mayor de Lyme, que á los ojos de la ley no podía, en absoluto, admitirse como tal. Cierto que el extremo peligro justifica también remedios extremos; pero la acusación de alta traición era un remedio que no podía operar hasta que hubiera desaparecido todo peligro, y que sería superfluo en el mismo momento que dejaba de ser nulo. Mientras Monmouth estuviese en armas era imposible ejecutarlo, y si era vencido y preso, no habría dificultad ni riesgo en hacerlo juzgar por un tribunal. Recordábase posteriormente, como circunstancia curiosa, que entre los celosos toríes encargados de llevar el *bill* de la Cámara de los Comunes á la barra de la de los Lores, se hallaba sir Juan Fenwick, diputado por Northumberland (1). Algunos años más tarde este caballero tuvo ocasión de examinar nuevamente el mismo caso, y entonces vino á concluir que las leyes acusando de alta traición eran de todo punto injustificables. El Parlamento dió aún otras pruebas de lealtad en aquella hora de peligro. Los Comunes concedieron al Rey una suma extraordinaria de 400.000 libras para atender á las necesidades del momento, y á fin de que no le fuese difícil hallar dinero, se procedió á establecer nuevos impuestos. Renació entonces el proyecto de imponer contribución á las casas recién construídas en la capital, sosteniendo vigorosamente el nuevo plan los caballeros del campo (*country gentlemen*). Resolvióse no sólo que tales casas fuesen gravadas, sino que se pro-

(1) Oldmixon se equivoca al decir que fué Fenwick quien propuso el *bill* en la alta Cámara, pues según resulta del *Diario de Sesiones*, lord Ancram fué el encargado de hacerlo.

pondría un *bill* prohibiendo la construcción de nuevos edificios en la circunscripción de Londres. Esta resolución, sin embargo, no pudo llevarse á efecto. Hombres poderosos que tenían tierras en los arrabales y esperaban ver nuevas calles y plazas en sus fincas, hicieron uso de toda su influencia en contra del proyecto. Por otra parte, á nadie se ocultaba que, aun cuando se aprobáse, sería obra de mucho tiempo fijar los detalles relativos á su aplicación, y las necesidades del Rey eran tan apremiantes, que se vió precisado á excitar el celo de la Cámara, exhortándola blandamente á despachar este asunto con la mayor rapidez posible. Abandonóse, por tanto, la idea del impuesto de los edificios, estableciendo, en cambio, nuevos gravámenes por espacio de cinco años sobre las sedas, lienzos y alcoholes que venían del extranjero (1).

Los toríes de la Cámara popular trataron de hacer pasar un *bill* que llamaban de salvación para la persona y el gobierno del Soberano. Proponían que fuesen considerados crímenes de alta traición el decir que Monmouth era hijo legítimo de Carlos II, hablar del Gobierno ó de la persona del Monarca en términos que pudiesen revelar odio ó desprecio, y finalmente, toda proposición hecha en el Parlamento á fin de alterar el orden de sucesión á la corona. Algunas de estas medidas inspiraron general disgusto, y sólo sirvieron á hacer cundir la alarma. Los whigs, á pesar de ser pocos y débiles, trataron de reunir sus fuerzas, que vinieron á aumentar considerable número de *caballeros* de la sección más blanda y moderada del partido contrario. Puede muy bien suceder, decían, que

---

(1) *Commons' Journals* de 17, 18 y 19 de junio, 1685; Reresby's *Memoirs*.

un hombre honrado ignore el cabal significado de las palabras, ó que algún mal intencionado las construya como mejor convenga á su propósito; que se entienda al pie de la letra lo que se ha dicho en sentido metafórico; que se tome en serio lo que se dijo en broma. El mismo Salvador de la humanidad, en cuya vida sin mancha nada tiene que censurar la malicia, había sido llevado ante los jueces tan sólo por algunas palabras que habían salido de sus labios, y como los testigos falsos suprimiesen una sílaba que hubiera hecho ver claramente su sentido figurado, tuvo ya el Sanhedrín pretexto para llevar á cabo el más horrible de todos los asesinatos judiciales. Al recuerdo de tan notable ejemplo, ¿quién podría afirmar, si con solo hablar de cierto modo se incurría en la pena de alta traición, que el súbdito más leal se podía contar seguro? Estos argumentos produjeron tan gran efecto, que en la comisión de la Cámara (1) al discutirse el *bill* se introdujeron algunas enmiendas que en gran manera disminuían su severidad. Pero la cláusula en la cual se establecía que todo miembro del Parlamento que propusiese la exclusión del trono de un príncipe de la sangre, fuese declarado reo de alta traición, parece no haber dado lugar á ningún debate, y se conservó. En realidad, era completamente innecesaria, y sólo sirvió á probar la ignorancia é inexperiencia de los fanáticos realistas que llenaban la Cámara de los Comunes. Si hubieran aprendido los primeros rudimentos de legislación, habrían visto que aquello á que daban tanta importancia era de todo punto superfluo, mientras el Parlamento se hallase dispuesto á mantener el actual orden de sucesión, y que, al contrario, se rechazaría tan pronto hubiese un Par-

(1) Véase el Apéndice al tom. II, pág. 331.—N. del T.

lamento que se sintiese inclinado á alterar aquel orden (1).

Aprobóse el *bill* así enmendado en la Cámara popular y pasó á la de los Lores, pero no llegó á convertirse en ley. El Rey había obtenido del Parlamento cuanta asistencia pecuniaria podía esperar, y comprendía que mientras durase la rebelión, aquellos individuos de la nobleza y de la *gentry*, con cuya lealtad podía contar, le serían más útiles en sus condados que en Westminster. Por tanto, apresuró el fin de los debates, y el 2 de julio se suspendieron las sesiones. Aquel mismo día recibía la regia sanción una ley poniendo nuevamente en vigor la censura de la prensa, que desde 1679 había dejado de existir. Llevóse esto á cabo sólo por medio de algunas palabras al final de un estatuto que prorrogaba la duración de distintas leyes, cuyo término se hallaba entonces próximo á espirar. Los cortesanos no pensaron siquiera que habían conseguido un triunfo; entre los whigs no hubo ni el más leve murmullo; ni en la Cámara de los Lores ni en la popular hubo división ni debate, al menos según los datos existentes, acerca de una cuestión que en nuestro tiempo hubiera conmovido todo el cuerpo social. La verdad es que los efectos de esta ley eran entonces tan leves, que casi podrían calificarse de nulos, pues desde la conspiración de Rye House, la libertad de imprenta sólo de nombre existía. Por espacio de muchos meses apenas se había publicado un grosero libelo, como no fuese clandes-

(1) *Commons' Journals*, junio 19 y 20 de 1685; lord Lonsdale's *Memoirs*, 8, 9; Burnet, I, 639. El *bill* con las enmiendas de la comisión puede verse en la *Historia* de Mr. Fox, Apéndice III. Si la relación de Burnet es exacta, los delitos que en las enmiendas se castigan con incapacidad civil, tenían en el *bill* original pena de la vida.

tinamente, y claro es que de este modo podrían igualmente publicarse ahora (1).

Suspendiéronse entonces las deliberaciones en ambas Cámaras. No se disolvía la legislatura, sino simplemente se aplazaban las sesiones, á fin de que, cuando de nuevo se reuniesen, continuasen sus trabajos exactamente en el punto en que los habían dejado (2).

XXIX.

RECIBIMIENTO DE MONMOUTH EN TAUNTON.

Mientras en el Parlamento se inventaban y discutían leyes contra Monmouth y sus parciales, era éste recibido en Taunton con tales muestras de entusiasmo que muy bien podrían hacerle augurar á su empresa el más próspero desenlace. Era Taunton en aquel tiempo, como la mayor parte de las ciudades del Mediodía de Inglaterra, mucho más importante que al presente. No es esto decir que hayan decaído aquellas ciudades de su antiguo esplendor, antes al contrario, con muy contadas excepciones, son hoy mayores y más ricas, hállanse mejor edificadas y cuentan mayor número de habitantes que en el siglo XVII (3). Pero si bien en absoluto es indudable su adelanto, relativamente es hoy su situación inferior á la de aquel tiempo. Las grandes ciudades y centros manufactureros y mercantiles del Norte las han dejado muy

(1) Jac. II. c. 17; *Lords' Journals*, 2 de julio 1685.
(2) *Lords and Commons' Journals*, 2 de julio 1685.
(3) Toulmin, *Historia de Taunton*, edición de Savage.

atrás en riqueza y población, y estas ciudades en tiempo de los Estuardos apenas eran conocidas como centros industriales. Cuando Monmouth entró en Taunton, era próspera en alto grado la situación de aquella ciudad. Sus mercados se hallaban abundantemente surtidos; era además famosa por las manufacturas de lana, y el pueblo se jactaba de vivir en un país en que se nadaba en miel y leche. Y no eran sólo los naturales quienes usaban lenguaje tan encomiástico, pues todo forastero que una vez subía á la graciosa torre de Santa María Magdalena, confesaba haber visto á su sombra el valle más feraz de toda Inglaterra. Era la comarca rica en hortalizas, y verdes pastos cubrían la llanura, donde se mezclaban en alegre confusión, moradas señoriales, campanarios y rústicas chozas. Los habitantes de la ciudad habían sido por mucho tiempo partidarios de la religión presbiteriana y defensores del partido whig. A través de las vicisitudes de la guerra civil, Taunton habíase mantenido siempre fiel al Parlamento, lo cual le valió por dos veces ser puesta en estrecho asedio por Goring, siendo también defendida con heroico valor por Roberto Blake, renombrado más tarde como almirante de la República. Las granadas y morteros de los *caballeros* habían convertido en montón de humeantes pavesas calles enteras. El alimento había llegado á escasear en términos de hacer que el intrépido Gobernador anunciase su intención de distribuir entre los soldados carne de caballo; pero el animoso espíritu de la ciudad no decayó nunca, ni aun al ser combatida por todos los horrores del hambre y del fuego.

La Restauración no había logrado hacer mudar de opinión á los habitantes de Taunton, y como antes, continuaron celebrando el aniversario del día feliz en que el ejército real levantó el sitio de la ciudad. Su

obstinado apego y adhesión á la antigua causa habían excitado tal temor y resentimiento en la corte de Whitehall, que por una Real orden se mandó cegar el foso y demoler hasta los cimientos las murallas que defendían la heroica población (1). El espíritu puritano habíase mantenido en todo su apogeo entre ellos, merced á los preceptos y al ejemplo de uno de los más famosos miembros del clero disidente, llamado José Alleine. Era éste autor de un folleto titulado *Voz de alarma á los no convertidos*, que aun hoy es popular en Inglaterra y América. Desde la cárcel donde le habían encerrado los *caballeros*, dirigía á sus devotos amigos de Taunton multitud de epístolas respirando verdadera y heroica piedad. Su cuerpo cedió pronto al excesivo estudio, al trabajo y á las persecuciones; pero su memoria querida y venerada vivió por mucho tiempo entre todos aquellos á quienes había exhortado y convertido (2).

Los hijos de los que cuarenta años antes habían defendido las trincheras de Taunton contra los realistas, saludaban á Monmouth con trasportes de alegría y cariño. Todas las puertas y ventanas ostentaban guirnaldas de flores. No se veía en la calle un solo hombre que no llevase en el sombrero la verde rama, distintivo de la causa popular. Las hijas de las mejores familias de la ciudad hacían banderas para los insurgentes, y una hubo en particular ricamente bordada con las insignias de la dignidad real, que fué ofrecida á Monmouth por una comisión de jóvenes de Taunton. Recibió la dádiva con aquella peculiar cortesía que le ganaba todas las voluntades; y cuando la

---

(1) Sprat's *True Account*; Toulmin's *History of Taunton*.

(2) *Life and Death of Joseph Alleine*, 1672; *Nonconformist's Memorial*.

dama que presidía la procesión le presentó también un pequeño ejemplar de la Biblia, de gran precio, tomándolo con muestras de gran veneración dijo: *«Vengo á defender las verdades contenidas en este libro y á sellarlas, si fuera preciso, con mi sangre»* (1).

Pero al mismo tiempo que disfrutaba Monmouth el aplauso de la multitud, no podía menos de advertir con inquietud y recelo que las clases más elevadas se mostraban, con raras excepciones, contrarias á su empresa, y que ningún movimiento había secundado su tentativa á excepción de aquellas provincias donde se había presentado. Habíanle asegurado algunos agentes, los cuales declaraban deber tales informes á Wildman, que toda la aristocracia whig anhelaba con ansia tomar las armas. Sin embargo, más de una semana había trascurrido desde que el estandarte azul fuera desplegado en Lyme. Jornaleros, pequeños propietarios, mercaderes, aprendices, predicadores, disidentes, habían acudido en tropel al campo rebelde; pero ni un solo par, barón ó caballero, ni un solo miembro de la Cámara de los Comunes, y apenas algún que otro *Esquire* de suficiente nota, para haber sido siquiera designado juez de paz, se habían unido á los invasores. Ferguson, que desde la muerte de Carlos II había sido el ángel malo de Monmouth, encontró pronto explicación á lo que pasaba. El Duque se había colocado en una posición falsa al no tomar el título de rey. Si se hubiese proclamado soberano de Inglaterra, su causa habría tomado apariencias de legalidad. Al presente era imposible poner de acuerdo su manifiesto con los principios constitucionales, pues á nadie se ocultaba que, una de dos, ó Monmouth ó su tío era el legítimo rey. Monmouth

(1) Harl. MS. 7.006; Oldmixon, 702; Eachard, III, 763.

no se atrevía á proclamarse rey legítimo, y sin embargo, negaba que su tío lo fuese. Los que peleaban en defensa de Jacobo, combatían por la única persona que se aventuraba á hacer valer sus derechos al trono, y por esto cumplían lealmente con su deber según las leyes del reino. Los que combatían por Monmouth, defendían una política desconocida, que había de establecerse según una convención que aun no existía. A nadie debía maravillar que hombres de alto rango y gran fortuna se apartasen de una empresa que amenazaba destruir aquel mismo sistema cuyo sostenimiento y duración les interesaba más que á nadie. Si el Duque, al contrario, intentase hacer valer su legitimidad y apoderarse de la corona, no daría lugar en absoluto á tales objeciones. No se trataría ya de una contienda entre la antigua Constitución y la que nuevamente se quería implantar. Sería tan sólo cuestión de herencia entre dos príncipes.



XXX.

MONMOUTH TOMA EL TÍTULO DE REY.

Tales eran los argumentos con que Ferguson, no bien habían desembarcado, instaba al Duque á que se hiciese proclamar rey, á cuya opinión se mostraba también Grey favorable. De muy buena gana hubiera seguido Monmouth tal consejo, pero Wade y otros republicanos se habían opuesto, y el jefe con su acostumbrada debilidad había cedido á sus razones. Al llegar á Taunton volvió á suscitarse de nuevo la cuestión. Monmouth conferenció privadamente con los republicanos, les aseguró que no veía otro medio

de obtener la ayuda de una parte siquiera de la nobleza, y al fin consiguió que, si bien con repugnancia, accediesen á sus deseos. En la mañana del 20 de junio de este año 1685, Monmouth fué proclamado rey en la plaza del mercado de Taunton. Sus partidarios se complacían en repetir su nuevo título; mas como se originase alguna confusión si hubiera de llamársele Jacobo II, generalmente para distinguirlo de su tío le designaban con el extraño nombre de *el rey Monmouth*, nombre que se conservó en los Condados de Occidente, y con que aun recuerdan haberle oído nombrar los naturales de aquellas provincias (1).

Veinticuatro horas después de su proclamación, publicó Monmouth varias disposiciones autorizadas con su firma. Por una de ellas se ponía á precio la cabeza de su rival. Otra declaraba el Parlamento, á la sazón reunido en Westminster, asamblea ilegal, ordenando á sus miembros que inmediatamente se separasen. La tercera prohibía al pueblo pagar los impuestos al usurpador; y la cuarta declaraba traidor á Albemarle (2).

El cual envió aquellas proclamas á Londres, sólo como ejemplo de la locura é impremeditación de los sublevados. No produjeron el menor efecto, como no fuese maravilla y desprecio, y Monmouth pudo convencerse de que el nuevo título no había mejorado su posición. Una semana tan sólo había trascurrido desde que solemnemente se comprometiera á no

---

(1) Wade's *Confession*; Goodenough's *Confession*; Harl. MS. 1.152; Oldmixon, 702. La negativa de Ferguson no es absolutamente digna de crédito. Puede verse una copia de esta proclama en el Harl. MS. 7.006.

(2) En el Museo Británico se conservan copias de las tres últimas proclamas. Harl. MS. 7.006. La primera no la he llegado á ver, pero Wade la menciona.

apoderarse de la corona hasta que un Parlamento libre hubiese reconocido sus derechos. Al faltar á su compromiso, había merecido ser acusado de ligereza, si no de perfidia. La clase que había esperado atraerse con tal medida permanecía, como antes, alejada de sus banderas, pues las razones que impedían á los grandes señores y á los caballeros whigs reconocerle como rey, eran por lo menos tan poderosas como las que habían impedido que se incorporasen á su ejército y le reconociesen como capitán general. Cierto que á todos disgustaban la persona, la religión y la política de Jacobo. Pero Jacobo era ya viejo, y su hija mayor había alcanzado justa popularidad. Profesaba la religión protestante, y estaba casada con un príncipe jefe hereditario de los protestantes del Continente, con un príncipe educado en una república, y cuyas ideas se suponían favorables al régimen constitucional. ¿Era prudente traer sobre la nación los horrores de la guerra civil, tan sólo para llevar á efecto inmediatamente lo que la naturaleza, sin derramamiento de sangre, sin infracción de la ley, efectuaría, según toda probabilidad, antes de muchos años? Podría, tal vez, haber razón para destronar á Jacobo. Pero ¿qué razón podía alegarse para proclamar á Monmouth? El excluir á un príncipe del trono, á causa de su ineptitud, era una medida muy conforme á los principios whigs; pero ningún principio podía invocarse para excluir herederos legítimos que no sólo se hallaban exentos de toda culpa, sino tenían de su parte la confianza del pueblo. Sin contar con que á nadie podría hacerse creer en la legitimidad de Monmouth, ni siquiera en que él mismo así lo creyese en su fuero interno. No era, pues, solamente usurpador, sino un usurpador de la peor especie, ya que también era impostor. Si hacía

semblante de acudir á la defensa de la causa popular, hacíalo tan sólo con intento de engañar á cuantos le creyesen. Ningún hombre honrado se prestaría á un fraude que de ejercerse para la posesión de una finca sería castigado con el látigo y la picota, y que, por especiales circunstancias, de salir bien, tendría por recompensa la corona de Inglaterra. La antigua nobleza del reino no podía soportar que el bastardo de Lucía Walters fuese antepuesto á los legítimos descendientes de los Fitzalans y De Veres. Los que miraban á lo futuro no podían menos de observar que si Monmouth lograba echar abajo el gobierno existente, tendría en seguida que sostener una guerra con la casa de Orange, guerra que podía durar más tiempo y ser causa de mayores calamidades que la de las dos Rosas, guerra que probablemente dividiría los protestantes europeos en hostiles facciones, que armaría á Inglaterra contra Holanda, haciendo que de este modo ambas naciones se convirtiesen en fácil presa de la Francia. La opinión, por tanto, de casi todos los jefes del partido whig parece haber sido que la empresa de Monmouth terminaría irremediablemente en un gran desastre para la nación, pero que, á no dudar, su derrota no lo produciría tan grande como su victoria.

Ni fué el único desengaño de los invasores la indiferencia de la aristocracia whig. La riqueza y poderío de la ciudad de Londres habían bastado en la generación precedente, y podían bastar de nuevo á inclinar la balanza en una guerra civil. Los londonenses habían dado anteriormente repetidas pruebas de su odio al catolicismo y del afecto que sentían por el Duque protestante, el cual por su parte había creído con demasiada ligereza que, no bien desembarcase, la capital se levantaría á defenderle. Pero aunque se

le anunció que muchos millares de ciudadanos se habían alistado como voluntarios para acudir á la defensa de la buena causa, nada hasta entonces se había llevado á cabo. La verdad era que los agitadores que le habían incitado á efectuar la invasión, prometían levantarse á la primera señal, imaginando tal vez, cuando el peligro estaba aún distante, que tendrían valor para cumplir su promesa, mas se desalentaron y cobraron miedo no bien se acercó el momento crítico. Wildman de tal modo se acobardó, que parecía haber perdido la cabeza. El disoluto Danvers excusó primero su inacción diciendo que no tomaría las armas hasta que Monmouth fuese proclamado rey, y cuando Monmouth fué proclamado rey se volvió atrás, declarando que los buenos republicanos estaban libres de todo compromiso con un jefe que tan vergonzosamente había faltado á su palabra. En todo tiempo se hallarán entre los demagogos los más viles ejemplos de cuánto puede descender la naturaleza humana (1).

Al otro día de haberse hecho proclamar rey, salió Monmouth de Taunton, encaminándose á Bridgewater. Notóse que el Duque parecía hondamente preocupado y no muy animoso y lleno de esperanzas. Las aclamaciones de sus fieles partidarios que á millares le rodeaban por donde quiera no fueron parte á disipar la tristeza que anublaba su rostro. Cuantos recordaban haberle visto cinco años antes, en su visita al condado de Somerset, observaban llenos de lástima las huellas que la angustia y la ansiedad habían dejado en aquella dulce y agradable fisonomía que le había ganado tantos corazones (2).

(1) Grey's *Narrative*; Ferguson's MS.; Eachard, III, 754.
(2) *Persecution Exposed*, por Juan Whiting.

Muy distinto era el estado de ánimo de Ferguson. Mezclábase por modo extravagante á la natural malicia de este hombre, tan singular vanidad que ya tenía apariencias de locura. La idea de haber sido él autor de una rebelión y de haber concedido una corona, le había trastornado la cabeza. Veíasele de un lado á otro blandiendo la espada y gritando á la multitud de espectadores reunidos para ver desfilar el ejército cuando salían en dirección á Taunton: «*¡Miradme! Ya habréis oído hablar de mí. Yo soy Ferguson, el famoso Ferguson, el Ferguson por cuya cabeza se han ofrecido tantos centenares de libras.*» ¡Y este hombre sin instrucción ni juicio sano era el encargado de dirigir y aconsejar al infortunado Monmouth! (1).

XXXI.

LLEGADA Á BRIDGEWATER.

Era Bridgewater una de las pocas ciudades regidas aún por magistrados whigs. El mayor y los *aldermen* salieron vistiendo largas togas á recibir al Duque, y marcharon delante de él en corporación hasta la plaza principal, donde le proclamaron rey. Dióse á las tropas excelentes cuarteles, y se les suministró lo necesario á poca ó ninguna costa por los habitantes de la ciudad y de las cercanías. Monmouth eligió para su residencia el castillo, edificio que ya anteriormente había albergado regios huéspedes. En el campo del castillo *(Castle-field)* acampó el ejército, compuesto á la sazón de unos seis mil hombres, número que fácil-

(1) Harl. MS. 6845.

mente se hubiera podido duplicar á no hallarse faltos de armamento. El Duque había traído consigo del Continente muy pequeña cantidad de picas y mosquetes. Muchos de sus parciales no tenían, pues, otras armas que las que buenamente habían podido procurarse, valiéndose de las herramientas que empleaban en el trabajo de las minas, y hasta de los útiles destinados al servicio doméstico. Entre estos rudos instrumentos de guerra, eran los más formidables los que se hacían sujetando la hoja de una hoz en el extremo de un fuerte garrote (1).

Los cabos ó capataces de las pequeñas subdivisiones de diez familias, á los cuales se da el nombre de *tithingmen*, recibieron orden, en el término de Taunton y Bridgewater, de buscar por todas partes hoces, y traer cuantas hallasen al campamento. Era imposible, aun acudiendo á tales extremos, encontrar armas para todos, y muchos que deseaban alistarse en el ejército rebelde no eran admitidos por falta de armamento (2).

Habíase dividido la infantería en seis regimientos. Los que habían servido antes en la milicia aun llevaban sus antiguos uniformes rojos y amarillos. La caballería constaba próximamente de 1.000 jinetes, pero la mayor parte sólo tenían grandes rocines, de los que entonces se criaban en grandes yeguadas en los pantanos del Somersetshire, y que abastecían á Londres de caballos de tiro. Tan lejos se hallaban estos animales de prestarse á las necesidades del servicio militar, que aun no habían aprendido á obedecer á la brida, y no había medio de regirlos no bien lle-

(1) Aun puede verse una de estas armas en la Torre de Londres.

(2) Grey's *Narrative*; Paschall's *Narrative* en el *Apéndice* á la *Vindicación* de Heywood.

gaban á oir el disparo de un fusil ó el redoble de las cajas. Servía en calidad de cuerpo de guardia de Monmouth un escuadrón de 40 jóvenes, bien armados y montados cada uno á sus expensas. Los habitantes de Bridgewater, á quienes había enriquecido el próspero comercio de cabotaje, hicieron donación al Duque de una pequeña cantidad de dinero (1).

XXXII.

PREPÁRASE EL GOBIERNO Á COMBATIR Á LOS REBELDES.

Durante todo este tiempo, reuníanse á toda prisa las tropas del Gobierno. Al Occidente del ejército rebelde, Albemarle aun tenía reunido un gran cuerpo de milicianos del Devonshire. Por la parte oriental, las milicias de Wiltshire se habían reunido á las órdenes de Tomás Herbert, conde de Pembroke. Al Nordeste se hallaba en armas Enrique Somerset, duque de Beaufort. El poderío de Beaufort tenía alguna semejanza con el de los grandes barones del siglo XV. Era Beaufort presidente de Gales, y lord lugarteniente de cuatro Condados de Inglaterra. Sus viajes oficiales por la extensa región en que representaba la majestad del trono, apenas eran inferiores en pompa á los del mismo Rey. Su casa en Badminton se regía según la antigua usanza. Perteneciále, en gran extensión, la tierra que rodeaba sus sitios de placer, y los labradores que la cultivaban formaban parte de su servidumbre. Servíanse diariamente bajo su techo hasta nueve mesas, donde comían doscientas perso-

(1) Oldmixon, 702.

nas. Una multitud de caballeros y pajes se hallaba á las órdenes de su mayordomo. Un verdadero escuadrón de caballería obedecía á su caballerizo. La fama de su mesa, de su bodega, de sus jaurías y de sus caballerizas habíase extendido por toda Inglaterra. La *gentry*, en muchas millas á la redonda, estaba orgullosa de la magnificencia de su gran vecino, cuya afabilidad y buen natural les tenía á todos encantados. Era celoso *caballero* de los de la antigua escuela, y por tanto, en la ocasión actual empleaba toda su autoridad é influencia en defensa de la Corona, ocupando á Bristol con las milicias del Condado de Gloucester, que, según parece, se hallaban mejor disciplinadas que casi todas las demás del reino (1).

En los Condados más distantes del Somersetshire, los partidarios del trono estaban también prontos á la defensa. La milicia de Sussex se puso en marcha hacia el Occidente á las órdenes de Ricardo, lord Lumley, el cual, aunque recién convertido al protestantismo, se mantenía firme en su obediencia al Rey católico. Jacobo Bertie, conde de Abingdon, organizaba las fuerzas del Condado de Oxford; Juan Fell, obispo de Oxford, que era también deán de Christchurch, llamó á los estudiantes de su Universidad á tomar las armas en defensa de la Corona. La gente de toga acudió en multitud á alistarse, y sólo de Christchurch salieron cerca de cien piqueros y mosqueteros. Jóvenes aristócratas y *gentlemen* servían en calidad de oficiales, y el hijo del lord Lugarteniente era coronel (2).

(1) North, *Vida de Guildford*, 132. En los números de la *Gaceta de Londres* de julio de 1684 puede verse la relación de los viajes de Beaufort por Gales y los Condados vecinos. Véase también la *Carta de Beaufort á Clarendon* de 19 de junio de 1685.

(2) El obispo Fell á Clarendon, junio 20; Abingdon á Clarendon, 20, 25 y 26 de junio 1685; Lansdowne, MS. 846.

Pero confiaba principalmente el Monarca en las tropas regulares. Churchill había sido enviado al Oeste con los Azules, y Feversham le seguía con todas las fuerzas que había podido sacar de las cercanías de Londres. Habíase enviado también un correo á Holanda con una carta, ordenando á Skelton que inmediatamente hiciese embarcar los tres regimientos ingleses al servicio de los Países Bajos con dirección al Támesis. Cuando se hizo tal petición, el partido hostil á la casa de Orange, capitaneado por los diputados de Amsterdam, trató nuevamente de dilatar su cumplimiento; pero la energía de Guillermo, á quien la destrucción de los rebeldes interesaba casi tanto como á Jacobo, y á quien los progresos de Monmouth inspiraban las más serias inquietudes, logró vencer toda oposición, y de allí á pocos días las tropas se hicieron á la vela (1). Los tres regimientos escoceses estaban por fin en Inglaterra. Habían llegado á Gravesend en excelente estado, y Jacobo les pasó revista en Blackheath. Repetidas veces declaró á los Embajadores holandeses que en toda su vida había visto soldados mejor disciplinados, haciendo al mismo tiempo las más vivas protestas de gratitud al Príncipe de Orange y á las Provincias Unidas por tan valioso y oportuno refuerzo. Su satisfacción, sin embargo, no era completa. A pesar del buen porte de aquellos soldados, no en balde habían visto de cerca la política y la religión de Holanda. Uno de ellos fué arcabuceado, y otro sufrió la pena de azotes por beber á la salud del Duque de Monmouth. No se creyó, pues, conveniente enviarlos al puesto de peligro, haciéndoles permanecer en las cercanías de Londres hasta el fin de la campaña. Sin embargo, la llegada de estas fuerzas permitió

---

(1) Avaux, julio 5 (15), 6 (16), 1685.

al Rey enviar alguna infantería al Oeste, que de otro modo hubiera tenido que permanecer en la capital (1).

Al mismo tiempo que el Gobierno hacía estos preparativos para vencer la rebelión en el campo, no descuidaba otras precauciones de muy distinta índole. En Londres sólo, fueron detenidas doscientas personas de las más significadas del partido whig. Contábanse entre los detenidos algunos comerciantes de gran nota, y bien pronto cundió el pánico entre todos los que no eran bien mirados de la Corte. La capital parecía llena de luto y desolación; los negocios languidecían en la Bolsa; y en los teatros era tan escasa la concurrencia, que una ópera nueva escrita por Dryden y exornada con decoraciones de inusitada magnificencia, tuvo que retirarse por no poder cubrir los gastos de la representación (2). Los magistrados y el clero desplegaban por doquiera el más activo celo, y en todas partes se veían los disidentes sujetos á la más estrecha vigilancia. En el Cheshire y Shropshire eran perseguidos sin descanso; en el condado de Northampton se habían hecho ya numerosas prisiones, y la cárcel de Oxford estaba completamente llena de prisioneros. Ningún sacerdote puritano, por moderadas que fueran sus opiniones, por reservada que fuera su conducta, podía abrigar la menor confianza de no ser arrancado del seno de su familia y arrojado en un calabozo (3).

En tanto Mommouth había salido de Bridgewater

---

(1) Citters, junio 30 (julio 10), julio 3 (13), julio 21 (31), 1685; Avaux Neg. julio 5 (15); *Gaceta de Londres*, 6 de julio.

(2) Barillon, julio 6 (16) 1685; Scott, en el prefacio á *Albión y Albanio*.

(3) Abingdon á Clarendon, 29 de junio, 1685; *Vida de Philip Henry* por Bates.

y avanzaba al frente de sus fuerzas, viéndose hostigado en toda la marcha por Churchill, quien según parece hacía cuanto con un puñado de hombres puede hacer un oficial valeroso y entendido. El ejército rebelde, muy molestado, así por el enemigo, como por la lluvia que no cesaba de caer á torrentes, hizo alto en la tarde del 22 de junio en Glastonbury. Las casas de la pequeña ciudad no bastaban á alojar fuerza tan numerosa, por lo que parte de las tropas se acuartelaron en las iglesias, mientras otros encendían las hogueras entre las venerables ruinas de la Abadía, que un tiempo fuera la casa religiosa más rica en nuestra Isla. De Glastonbury, el Duque se puso en marcha para Wells, y de aquí se dirigió á Shepton Mallet (1).

XXXIII.

INTENTA EL DUQUE MARCHAR SOBRE BRISTOL.

Hasta aquí parecía que las marchas de los rebeldes no tuviesen otro objeto que reunir tropas. Era ya necesario formar algún plan de operaciones y emprender la campaña. Su primer proyecto fué apoderarse de Bristol. Muchos de los principales habitantes de aquella importante plaza eran whigs y habíase extendido hasta allí una de las ramificaciones de la conjuración whig. Formaban la guarnición las milicias del Gloucestershire, de modo que si Beaufort y sus rústicos soldados eran vencidos antes de la llegada de tropas regulares, los rebeldes se hallarían de pronto en la po-

(1) *London Gazette* de 22 y 25 de junio de 1685; Wade, *Confession*; Oldmixon, 703; Harl. MS. 6.845.

sesión de amplios recursos pecuniarios, y sus amigos de todo el reino tal vez se arriesgarían á declararse en su favor. Las fortificaciones que por la parte del Norte del Avon hacia el Gloucestershire defendían á Bristol eran de escasa importancia, pero las del Medio día por la parte del Somersetshire eran de gran cuenta. Decidióse, por tanto, atacar del lado del Gloucestershire; mas para esto era preciso dar un rodeo y atravesar el Avon en Keynsham. El puente de Keynsham fuera destruído en parte por la milicia y á la sazón estaba intransitable. Mandóse, pues, delante un destacamento para hacer las reparaciones necesarias. El resto de las tropas seguían detras más despacio, y al anochecer del 24 de junio hicieron alto para descansar en Pensford. Desde aquí sólo les separaban cinco millas del lado de Bristol que mira al Somersetshire, pero del lado de Gloucester, á donde solo podían llegar pasando por Keynsham, les separaba aún una larga jornada (1).

Fué aquella noche de gran tumulto y expectación para los habitantes de Bristol. Los partidarios de Monmouth sabían que el Duque estaba casi á la vista de la ciudad, y creían que antes del alba se hallaría entre ellos. Como una hora después de la puesta del sol, se declaró fuego á bordo de uno de los barcos mercantes surtos en el puerto. Como era consiguiente en bahía tan frecuentada en todo tiempo, causó el suceso general alarma. En todo el río reinaba la mayor agitación; las calles al mismo tiempo se llenaron de gente, y entre las tinieblas y la confusión oíanse gritos sediciosos. Según después declararon whigs y tories, los autores del incendio fueron algunos partidarios de Monmouth, esperando que la milicia acudiría á

(1) Wade, *Confession*.

evitar que el fuego se propagase, y dando así ocasión al ejército rebelde para hacer una valiente acometida, entrando en la ciudad por la parte del Somersetshire. Si tal era el designio de los incendiarios, les salió completamente fallido; pues Beaufort, en vez de mandar sus gentes al muelle, los tuvo toda la noche sobre las armas rodeando la hermosa iglesia de Santa María Redcliff, al Mediodía del Avon. Antes vería arder la ciudad, dijo, y lo que aun es más, antes la incendiaría él mismo, que permitir cayese en poder de los traidores. Pudo, sin embargo, con ayuda de alguna caballería regular que, procedente de Chippenham, se le había incorporado algunas horas antes, evitar una insurrección, pero le hubiera sido imposible contener al mismo tiempo á los descontentos de la ciudad y rechazar un ataque de fuera; mas por fortuna, tal ataque no se llevó á efecto. El fuego, causa de tan gran tumulto en Bristol, se veía distintamente desde Pensford, lo cual sin embargo no fué parte á hacer que Monmouth juzgase oportuno alterar su plan, permaneciendo allí hasta el alba y marchando entonces hacia Keynsham. Al llegar allí encontró el puente reparado, y determinó dejar descansar al ejército toda la tarde, continuando tan pronto se hiciese noche la marcha sobre Bristol (1).

Pero era ya demasiado tarde; las tropas reales se hallaban tan cerca, que el coronel Oglethorpe, á la cabeza de unos cien jinetes de la guardia de Corps, cayendo sobre Keynsham dispersó dos escuadrones rebeldes que se atrevieron á hacerle frente, retirándose después de haberles causado grandes pérdidas y

(1) Wade, *Confession;* Oldmixon, 703; Harl. MS. 6.845; *Acusación hecha por Jeffreys ante el gran jurado de Bristol*, 21 de setiembre, 1685.

sin haber tenido por su parte que sentir. En tal estado las cosas, se creyó necesario abandonar la idea de marchar sobre Bristol (1).

Pero ¿qué habían de hacer? Varios proyectos fueron propuestos y discutidos. Indicábase que Monmouth podía marchar á toda prisa hacia Gloucester, atravesar allí el Severn, cortar el puente que quedaba á sus espaldas, y teniendo el flanco derecho protegido por el río, atravesar el condado de Worcester entrando en el Shropshire y Cheshire. Había visitado en otro tiempo aquellos condados, y en todas partes fuera recibido con tanto entusiasmo como en los de Somerset y Devon. Su presencia haría renacer el celo de sus antiguos amigos, y era seguro que en pocos días se hallaría al frente de doble número de fuerzas.

Considerado más atentamente, pudo verse que este plan, al parecer inmejorable, era de imposible realización. Los rebeldes se hallaban casi descalzos á efecto de las continuasmarchas, sin contar con que el mucho caminar un día y otro día pisando siempre lodo y fango y aguantando la lluvia, les tenía exhaustos y rendidos. Además, la caballería enemiga les molestaría y hostigaría sin cesar en todas las paradas, y no podrían llegar á Gloucester sin ser alcanzados por el grueso del ejército real, viéndose entonces en el caso de dar una acción general en condiciones muy desventajosas. Propúsose á continuación internarse en el Wiltshire. Los que conocían aquel condado aseguraban al Duque, sin vacilar, que se le incorporarían tan numerosos refuerzos, que podría con toda confianza presentar batalla al enemigo (2).

Siguiendo tal consejo, retrocedió hacia el Wiltshire,

(1) *London Gazette* de 29 de junio, 1685; Wade, *Confession*.
(2) Wade, *Confession*.

llegando primero á Bath. Pero estaba la plaza muy bien guarnecida por el Rey, y Feversham se aproximaba á toda prisa. Los rebeldes, por tanto, no intentaron siquiera atacar las murallas, antes se apresuraron á continuar hacia Philip's Norton, donde hicieron alto al anochecer del 26 de junio.

Feversham les siguió allí, y en la madrugada del 27 llegaron alarmantes nuevas de que el enemigo estaba cerca. Dióse orden para la pelea, y cubrieron los senderos que conducían á la ciudad.

Pronto apareció la vanguardia del ejército real. Constaba de unos quinientos hombres mandados por el Duque de Grafton, joven de ánimo esforzado y rudos modales, deseoso probablemente de hacer ver que no había tenido parte en los desleales proyectos de su medio hermano. Pronto se encontró Grafton en un estrecho y hondo sendero que por ambos lados limitaban dos pendientes, de donde los rebeldes hacían vivo fuego de mosquetería. Continuó sin embargo valerosamente hasta llegar á la entrada de Philip's Norton donde el camino estaba cortado por una barricada, de la cual recibía un tercer fuego de frente. Sus gentes entonces se desalentaron y emprendieron la retirada á toda prisa, no sin que antes de salir del sendero cayesen más de ciento entre muertos y heridos. Acudieron á cortar la retirada á Grafton algunos destacamentos de caballería, pero él, batiéndolos animosamente, logró escapar sano y salvo (1).

Rechazada así la vanguardia, se replegó sobre el grueso del ejército real. Halláronse entonces frente á frente ambas huestes, y se cambiaron algunos tiros que apenas produjeron efecto. Ni los rebeldes ni las

---

(1) *London Gazette*, julio 2, 1685; Barillon, 6 (16) de julio; Wade, *Confession*.

tropas reales parecían deseosos de trabar batalla. Feversham no quiso pelear mientras no llegase su artillería, y se retiró á Bradford. Monmouth, tan pronto cerró la noche, abandonó sus posiciones, marchando en dirección al Mediodía, y al amanecer llegó á Frome, donde esperaba encontrar refuerzos. Erale aquella ciudad tan devota como Tauntom ó Bridgewater, mas no pudieron los habitantes hacer nada en su favor. Habíanse amotinado algunos días antes, fijando la declaración de Monmouth en la plaza Mayor, mas al llegar el tumulto á noticia del Conde de Pembroke, que á poca distancia de allí se hallaba al frente de la milicia del Wiltshire, había marchado inmediatamente sobre Frome, puesto en fuga una indisciplinada multitud de campesinos que con hoces y horcas intentaron oponérsele, logrando entrar fácilmente en la ciudad y desarmar á los habitantes. No había, pues, allí armas, y Monmouth tampoco las tenía (1).

XXXIV.

DESALIENTO DE MONMOUTH.

El ejército rebelde se hallaba, pues, en situación difícil. La marcha de la noche precedente había sido fatigosísima; la lluvia no había cesado de caer á torrentes, y los caminos se habían convertido en pantanos. Nada se sabía de los prometidos socorros del Wiltshire. Un mensajero trajo la nueva de que las fuer-

(1) *London Gazette*, 29 de junio, 1685; Citters, 20 de junio (10 de julio).

zas de Argyle se habían dispersado en Escocia. Otro refirió que Feversham, á quien al fin se había incorporado la artillería, se disponía á avanzar. Monmouth conocía demasiado la guerra, para no saber que sus gentes con todo su valor y su celo no podían hacer frente á tropas regulares. Hasta aquí habíale animado la lisonjera esperanza que alguno de aquellos regimientos que en la época anterior habían servido á sus órdenes se pasaría á sus banderas, mas ya al presente no era posible hacerse tales ilusiones. Apoderóse el desaliento de su corazón. Apenas podía mostrar firmeza suficiente para el mando. En su miseria quejábase amargamente de los malos consejeros que le habían inducido á abandonar su feliz retiro en Brabante, prorrumpiendo especialmente contra Wildmand en violentas imprecaciones (1). Y entonces un pensamiento ignominioso cruzó por su débil y agitada mente. Quería dejar á merced del Gobierno aquellos millares de infelices que, obedeciendo á su llamamiento y con el solo fin de secundar sus planes, abandonaran sus tranquilos campos y moradas. Él, en tanto, se daría á la fuga con los principales jefes, ganaría un puerto de mar antes que sospechasen su huída, se refugiaría en el Continente, y allí olvidaría su ambición y su vergüenza en brazos de lady Wentworth. Sériamente discutió estos proyectos con sus principales consejeros, algunos de los cuales, temblando por sus cabezas, aprobaron su resolución; pero Grey, quien según sus detractores era intrépido en todas partes con tal que no viese brillar las espadas ni los mosquetes entrar en acción, se opuso con gran ardor á plan tan vergonzoso, implorando de Monmouth que antes arrostrase todos los peligros que

(1) Harl. MS. 6.845; Wade, *Confession*.

pagar con ingratitud y traición el generoso celo del paisanaje del Oeste (1).

Abandonóse, pues, el proyecto de fuga; mas no era ya empresa fácil formar un plan de campaña. Avanzar hacia Londres fuera locura, porque el camino atravesaba la llanura de Salisbury; y en aquel vasto y abierto espacio, las tropas regulares, y sobre todo la caballería, tendrían en su favor todas las ventajas luchando con gente indisciplinada. Así las cosas, llegó al campo la noticia de que los campesinos de los pantanos inmediatos á Axbridge se habían levantado en defensa de la religión protestante, y armándose como pudieron con garrotes, horcas y mayales, acudían á millares á reunirse en Bridgewater. Monmouth determinó, pues, volver allí y reforzar sus tropas con los nuevos aliados (2).

Siguieron por tanto los rebeldes en dirección á Wells, á donde llegaron en actitud no muy pacífica. Eran, con pocas excepciones, enemigos de los prelados, y mostraban su hostilidad de un modo que les hacía muy poco honor. No sólo sacaron el plomo del techo de la magnífica catedral para hacer balas, acto que podrían disculpar las necesidades de la guerra, sino que por mero capricho mutilaron los ornamentos del edificio. Grey logró, con gran trabajo, librar el altar de los insultos de algunos rufianes que deseaban convertirlo en teatro de sus excesos, permaneciendo ante él con la espada desnuda (3).

---

(1) Wade, *Confession*; Eachard, III, 766.

(2) Wade, *Confession*.

(3) *London Gazette*, 6 de julio, 1685; Citters, 3 (13) de julio; Oldmixon, 703.

XXXV.

REGRESA Á BRIDGEWATER.

El martes, 2 de julio, entró Monmouth nuevamente en Bridgewater, en circunstancias mucho menos lisonjeras que al partir de allí diez días antes. El refuerzo que se le incorporó era de poca importancia. El ejército real se acercaba en su persecución. Por un momento pensó en fortificar la ciudad, y centenares de trabajadores recibieron orden de levantar trincheras y barricadas. Mas luego acudió á su mente el plan de internarse en el Cheshire, plan que había rechazado como impracticable cuando se hallaba en Keynsham, y que seguramente no era más practicable ahora que estaba en Bridgewater (1).

XXXVI.

ACAMPAN LAS TROPAS REALES EN SEDGEMOOR.

Mientras así vacilaba entre proyectos igualmente imposibles, las tropas reales se hallaban á la vista. Constaban de unos dos mil quinientos hombres de tropas regulares y mil quinientos milicianos del Wiltshire. En la madrugada del domingo, 5 de julio, salieron de Somerton, y aquel mismo día plantaron sus

(1) Wade, *Confession.*

tiendas á tres millas próximamente de Bridgewater, en la llanura de Sedgemoor.

Acompañábales el Dr. Pedro Mew, obispo de Winchester, que en su juventud había peleado por Carlos I contra el Parlamento. Ni los años ni su profesión habían extinguido por completo su bélico entusiasmo, y probablemente creería que la presencia de un padre de la Iglesia protestante en el campo real podría afirmar la lealtad de algunos que dudaban entre su horror al papismo y su horror á la rebelión.

Dícese que el campanario de la iglesia parroquial de Bridgewater es el más alto de todo el Condado de Somerset, y desde allí se descubre en una vasta extensión el país que le rodea. Monmouth, acompañado de algunos oficiales, subió á la cima de la torre cuadrada en que se asienta el campanario, y observó de allí con un anteojo la posición del enemigo. A sus pies se extendía un valle, cubierto hoy de campos de trigo y árboles frutales, pero que á la sazón, según lo indica su nombre (1), era en su mayor parte cenagoso pantano. Cuando llovía mucho y el Parret y sus tributarios se desbordaban, esta región era casi siempre inundada. Formaba parte antiguamente de aquella vasta llanura, famosa en nuestras más antiguas crónicas por haber detenido la marcha de dos razas sucesivas de invasores. Por mucho tiempo había protegido á los Celtas contra las agresiones de los reyes de Wessex, y había servido de refugio á Alfredo contra la persecución de los Daneses. En aquellas edades remotas sólo en barcas se podía atravesar el país. Era un inmenso estanque donde se veían esparcidos multitud de islotes de suelo resbaladizo é inseguro, cubiertos de espesa maleza, abundantísima en venados

(1) *Sedge-moor, pantano de juncos.*—N. del T.

y jabalíes. Aun en tiempo de los Tudors, el viajero que iba de Ilchester á Bridgewater veíase obligado á dar un rodeo de algunas millas para evitar el encuentro de las aguas. En el momento en que Monmouth dirigía la vista á Sedgemoor, ya el terreno había sufrido alguna alteración, viéndose cortado por anchas y profundas zanjas, á que dan en el país el nombre de *rhines*. Veíanse en mitad del llano, agrupadas en derredor de las torres de las iglesias, algunas aldeas, cuyos nombres parecen indicar que un tiempo habían estado rodeadas por las aguas. En una de éstas, llamada Weston Zoyland, estaba acampada la caballería del Rey, siendo además el lugar elegido por Feversham para su cuartel general. Aun viven algunas personas que han conocido á la hija de la muchacha que aquel día le sirvió la comida, y en la vecindad se conserva una gran fuente de loza que estuvo sobre su mesa. Es de notar que la población del Somersetshire no se componía, como la de los distritos manufactureros, de emigrados de distintos lugares, no siendo en modo alguno extraordinario encontrar aldeanos que hoy trabajan la misma tierra cultivada por sus antepasados, cuando los Plantagenets reinaban en Inglaterra. Las tradiciones del Somersetshire tienen, por tanto, gran importancia á los ojos del historiador (1).

Algo más distante de Bridgewater está la aldea de Middlezoy. En aquella aldea y sus inmediaciones

(1) Matt. West. Flor. Hist., A. D. 788; Crónica manuscrita, citada por Sharon Turner en la *Historia de los Anglo-Sajones*, lib. IV, cap. XIX; Drayton, Polyolbion, III; Leland, *Itinerary;* Oldmixon, 703. Oldmixon se hallaba entonces en Bridgewater, y probablemente vió al Duque en la torre de la iglesia. El foso mencionado en el texto es propiedad de Mr. Stradling, quien, con diligencia digna de todo elogio, ha procurado conservar los restos y tradiciones de la insurrección del Oeste.

había acampado la milicia del Wiltshire, á las órdenes de Pembroke.

En mitad del llano, no lejos de Chedzoy, veíanse acampados algunos batallones de infantería regular. Monmouth los contempló con tristeza. No podía menos de recordar que algunos años antes, á la cabeza de una columna compuesta de aquellos mismos soldados, había hecho huir en confusión á los feroces sectarios que defendían el puente de Bothwell. Fácilmente podía distinguir entre las filas enemigas aquella tropa valerosa llamada entonces, del nombre de su coronel, el regimiento de Dumbarton; mas en lo sucesivo fué denominado el primero de línea, y en las cuatro partes del mundo ha mantenido gloriosamente su antigua fama. «*Conozco aquellos hombres,* dijo Monmouth; *se batirán como buenos; si pudiese contar solamente con ellos, todo iría bien*» (1).

Sin embargo, el aspecto del enemigo no era para infundir gran desaliento. Las tres divisiones del ejército real estaban acampadas á grandes distancias. Notábanse como apariencias de descuido é indisciplina en todos sus movimientos. Decíase que los soldados sólo pensaban en embriagarse con la cidra de Zoyland. Era además notoria la ineptitud de Feversham, que mandaba en jefe, el cual, aun en este momento supremo, no hacía más que comer y dormir. Churchill era ciertamente caudillo capaz de empresa más ardua que dispersar una multitud de paisanos mal armados y sin organización. Pero el genio que en época posterior humilló á seis mariscales de Francia, no se hallaba en el puesto que le correspondía. Feversham apenas dirigió la palabra á Churchill, ni siquiera le preguntó su opinión. El lugarteniente, que

(1) Oldmixon, 703.

sabía cuán superiores eran sus aptitudes y su ciencia, impacientado por la conducta de su jefe, á quien despreciaba, y temblando por la suerte del ejército, conservó, sin embargo, su peculiar sangre fría, disimulando sus sentimientos con tal arte, que Feversham, alabando su sumision, prometió hablar del asunto al Rey (1).

Monmouth, que había observado la disposición de las tropas reales y no ignoraba el estado de abandono en que se hallaban, imaginó que un ataque nocturno podría tal vez tener buen éxito, y, decidido á correr el azar, mandó inmediatamente disponerlo todo.

Era domingo; y los rebeldes, en su mayor parte educados en las ideas puritanas, pasaban muchas horas del día entregados á prácticas religiosas. *Castlefield*, donde estaba acampado el ejército, presentaba un espetáculo como no se había visto en Inglaterra desde la dispersión de los soldados de Cromwell. Los predicadores disidentes que habían tomado las armas contra el catolicismo, y algunos de los cuales habían tomado parte en la gran guerra civil, oraban y predicaban, vestidos de rojas casacas, con grandes botas de rodillera y la espada al costado. Ferguson era uno de los que arengaban. Eligió para texto de su sermón la imprecación horrible con que los israelitas que habitaban allende el Jordán se libraron de la culpa que por ignorancia les achacaban sus hermanos de la otra orilla del río. «*El señor Dios de los Dioses, el señor Dios de los Dioses lo sabe é Israel lo sabrá, si es rebelión ó si es transgresión contra el Señor, que no nos salve en este día*» (2).

(1) Churchill á Clarendon, 4 de julio de 1685.
(2) Oldmixon, 703; *Observator* de 1.º de agosto, 1685.

No ignoraban en Bridgewater que á favor de las tinieblas de la noche se iba á atacar al enemigo. La ciudad estaba llena de mujeres, que habían acudido á centenares de toda la comarca á ver á sus maridos, á sus hijos, á sus amantes ó á sus hermanos. Hubo aquel día muchas y muy tristes despedidas, y gran parte de los que se despidieron no habían de volverse á ver más (1). La noticia del proyectado ataque llegó á oídos de una joven partidaria entusiasta del Rey. Aunque de carácter tímido, tuvo valor de decidirse á llevar por sí misma la noticia á Feversham. Salió, pues, de Bridgewater y se encaminó al campo real. Mas no era aquel campamento lugar á propósito para que una doncella inocente se considerase segura, y los mismos oficiales, mostrando igual desprecio á las fuerzas irregulares contra que iban á combatir y al negligente general que los mandaba, se habían entregado completamente á la bebida, hallándose en estado de cometer cualquier exceso de licencia y crueldad. Uno de ellos detuvo á la infeliz doncella y negándose á escuchar su mensaje, la ultrajó brutalmente. Ella huyó angustiada de rabia y de vergüenza, abandonando el depravado ejército á su suerte (2).

Llegó por fin la hora de jugar el gran azar. La noche no era mal apropiada para tal empresa. Es verdad que el cielo estaba sereno. La luna lucía en toda la fuerza del plenilunio, y los resplandores boreales brillaban como nunca encendidos en viva luz. Pero la

---

(1) Paschal's *Narrative* en el *Apéndice* de Heywood.

(2) Kennet, edición de 1719, III, 432. No puedo menos de admitir como verdadera tan lamentable historia. El Obispo declara que le fué comunicada en 1718 por un bravo oficial de los Azules, que había peleado en Sedgemoor y había visto á la pobre muchacha al partir llena de desolación.

niebla del llano era tan espesa en Sedgemoor, que á cincuenta pasos no se distinguía absolutamente ningún objeto (1).

XXXVII.

BATALLA DE SEDGEMOOR.

El reloj dió las once, y el Duque, acompañado de su guardia de Corps, salió del castillo. No era el estado de su espíritu muy á propósito para dar un golpe decisivo. Los mismos chicos que se atropellaban para verle pasar observaron y recordaron por mucho tiempo que su mirada era triste, y parecía presagiar un desenlace funesto. El ejército se puso en marcha por

(1) *Relación de un oficial de guardias de á caballo*, en Kennet, ed. 1719, III, 432; *Diario de la Rebelión del Oeste*, manuscrito que posee Mr. Eduardo Dummer; Dryden, *La Cierva y la Pantera*, parte II.

Los versos de Dryden son muy notables.

Such were the pleasant triumphs of the sky
For James's late nocturnal victory,
The pledge af his almighty patron's love
The fireworks which his angels made above.
I saw myself the lambent easy light
Gild the brown horror and dispel the night.
The messenger with speed the tidings bore
News which three labouring nations did restore;
But heaven's own Nuntius arrived before.

«Tales fueron las señales de triunfo con que el cielo mostró su regocijo por la victoria nocturna de Jacobo, las prendas de amor de su omnipotente Señor, los fuegos artificiales que los ángeles hicieron brillar en las alturas. Yo mismo ví la luz rauda y ligera dorar las negras tinieblas, haciendo huir la noche. Veloz fué el mensajero portador de la nueva que devolvió la calma á tres naciones, pero el nuncio celeste había llegado antes.»

un camino de rodeo que tendría unas seis millas de extensión hacia el campamento real de Sedgemoor. Parte del camino aun lleva hoy el nombre de Sendero de la Guerra (War Lane). A la cabeza de la infantería habíase puesto el mismo Duque. La caballería fuera confiada á Grey, á pesar de las objeciones de algunos que recordaban la desgracia de Bridport. Dióse orden que todos marchasen en silencio, sin que se oyese ni un tambor, sin disparar un solo tiro. La palabra que debía de servir á los insurgentes para reconocerse en la oscuridad era *Soho*. Habíase elegido, indudablemente, en recuerdo de Sohofields en Londres, donde estaba el palacio de su caudillo (1).

A eso de la una de la mañana del lunes 6 de julio, los rebeldes se hallaban en el campo abierto. Pero les separaban del enemigo tres anchos fosos llenos de agua y lodo. De dos de éstos llamados *Black Ditch*, y *Langmoor Ditch*, Monmouth tenía conocimiento. Pero, cosa extraña, ninguno de sus espías le había anunciado la existencia de una zanja llamada *Bussex Rhine*, situada en las inmediaciones del campamento real. Los carros que conducían las municiones quedaron á la entrada del pantano. La caballería y la infantería pasaron en larga y estrecha columna el *Black Ditch* por un sendero. Otro semejante había para atravesar el *Langmoor Rhine*, pero el guía á causa de la niebla equivocó el camino. Hubo alguna dilación y desorden mientras se rectificaba el error; al fin se efectuó el paso, pero en medio de la confusión que esto

---

(1) Muchos escritores han dicho, y Pennant es uno de ellos, que el distrito denominado Soho, en Londres, debe su nombre al santo y seña del ejército de Monmouth, en Sedgemoor. Hácese mención de Soho Fields en libros impresos anteriormente á la rebelión del Oeste, por ejemplo, en el *Estado de Inglaterra en* 1684, de Chamberlayne.

produjo se disparó una pistola. Algunos jinetes de la guardia que estaban de vigilancia, oyeron el tiro y pudieron descubrir una gran multitud que avanzaba á través de la niebla. Dispararon sus carabinas y partieron en distintas direcciones á dar la voz de alarma. Algunos se dirigieron á Weston Zoyland, donde estaba la caballería. Uno de ellos se encaminó al campamento de la infantería gritando con todas sus fuerzas que el enemigo estaba encima. Los tambores del regimiento de Dumbarton llamaron á las armas, y los soldados se apresuraron á acudir á las filas. Ya era tiempo, pues Monmouth disponía su ejército para la batalla. Ordenó á Grey que abriese paso con la caballería, mientras él le seguía á la cabeza de la gente de á pie. Grey continuó avanzando hasta que inesperadamente se encontró detenido por el foso de Bussex. En el lado opuesto la infantería real se formaba apresuradamente en orden de batalla.

¿Por quién peleáis? gritó un oficial de la infantería de la guardia.—*Por el Rey*, replicó una voz en las filas de la caballería rebelde.—*¿Por qué Rey?* se les preguntó entonces. La respuesta fué una entusiasta aclamación al «*Rey Monmouth*,» mezclado con el grito de guerra que cuarenta años antes ostentaban las banderas de los regimientos parlamentarios, «*Dios está con nosotros*.» Las tropas reales hicieron en seguida tan vivo fuego de mosquetería, que la caballería rebelde salió huyendo en todas direcciones. Todos convienen en atribuir tan ignominiosa derrota á la cobardía de Grey. Sin embargo, no está absolutamente demostrado que Churchill hubiera logrado hacerlo mejor á la cabeza de una tropa que no había manejado nunca armas á caballo y cuyos caballos no tenían hábito, no sólo de hacer frente al fuego, pero siquiera de obedecer á la brida.

Algunos minutos después que la caballería del Duque se había dispersado por el llano, acudieron los infantes corriendo á la pelea, sirviéndoles de guía entre las tinieblas las antorchas del regimiento de Dumbarton.

Monmouth quedó anonadado al ver que un ancho y profundo foso le separaba del campo que esperaba sorprender. Los rebeldes hicieron alto al llegar al borde de la zanja y dispararon sus fusiles. Parte de la infantería real, situada al lado opuesto, contestó al fuego, y por espacio de tres cuartos de hora se oyó incesantemente el ruido de los disparos de la mosquetería. Los paisanos del Somersetshire se portaron como veteranos, á excepción tan sólo que levantaban demasiado los fusiles al hacer fuego.

Entretanto, poníanse en movimiento las otras divisiones del ejército real. Los guardias de Corps y los Azules acudieron apresuradamente de Weston Zoyland y dispersaron en un instante parte de la caballería de Grey, que intentaba reunirse. Los fugitivos esparcieron el pánico entre sus camaradas de la retaguardia, á cuyo cargo estaban las municiones. Los carreteros huyeron á todo correr y no se detuvieron hasta muchas millas de distancia del campo de batalla. Monmouth hasta aquí había cumplido como bravo y entendido guerrero. Habíasele visto de pie blandiendo la pica y animando á su infantería con la voz y el ejemplo. Pero conocía demasiado las cosas de la milicia para no saber que todo estaba perdido. Sus gentes habían inutilizado la ventaja que la oscuridad y la sorpresa les daban en el ataque. Veíanse abandonados de la caballería y de los carros de municiones; las tropas reales, por el contrario, estaban unidas y en buen orden. Feversham, á quien despertara el ruido del fuego, se había arrojado del lecho, habíase

puesto la corbata con todo esmero y después de mirarse bien al espejo, había venido á ver qué hacía su gente. Al mismo tiempo, y esto era mucho más importante, Churchill había ordenado con gran rapidez de otro modo la infantería real. Muy pronto iba á amanecer, y el resultado de una batalla en campo abierto, á la luz del sol, no podía ser dudoso. Sin embargo, Monmouth debía haber pensado que no estaba bien el huir, mientras muchos á quienes el afecto á su persona había llevado á morir peleaban aún valerosamente en su defensa; pero vanas esperanzas y el excesivo amor á la vida, prevalecieron al fin. Vió que si se retardaba, la caballería enemiga pronto le cortaría la retirada. Decidido á salvarse, montó á caballo y huyó del campo.

En tanto, la infantería, aunque abandonada y sola, peleaba animosamente. Los guardias de Corps les atacaron por la derecha; pero los paisanos del Somersetshire, con sus hoces y las culatas de los mosquetes resistieron á la caballería real como soldados viejos. Oglethorpe intentó vigorosamente romper las filas, mas fué rechazado; Sarsfield, oficial irlandés de los más valientes, cuyo nombre alcanzó más adelante triste celebridad, atacó el otro flanco, mas sus soldados, tras vigorosa resistencia, tuvieron que batirse en retirada. Él mismo fué derribado, y por algún tiempo le tuvieron por muerto. Pero la resistencia de los obstinados paisanos no podía prolongarse mucho. Acabáronseles la pólvora y las balas, y se oían gritos pidiendo *¡municiones! ¡municiones por Dios!* pero las municiones no venían, y ya entonces llegaba al campo la artillería real. Habíanla apostado á media milla de distancia en la carretera de Weston Zoyland á Bridgewater. Tan defectuosa era entonces la organización del ejército inglés, que hubiera sido muy difícil trasportar

los cañones al lugar de la batalla, á no haber ofrecido el Obispo de Winchester los caballos y arneses de su coche. Esta intervención de un prelado cristiano, tratándose de derramar sangre, ha parecido muy digna de censura á algunos escritores whigs que no veían nada criminal en la conducta de los numerosos ministros puritanos que había entonces en armas contra el Gobierno. Aun después que llegaron los cañones era tal la falta de artilleros, que un sargento del regimiento de Dumbarton hubo de encargarse del manejo de varias piezas (1). La artillería, sin embargo, aunque mal servida, aceleró el término del combate. Las picas de los batallones rebeldes empezaron á cejar; rompiéronse las filas, cargó de nuevo la caballería real derribando cuanto se le oponía, y los infantes del Rey atravesaron el foso. Aun reducidos á tal extremidad, los mineros de Mendip lucharon heroicamente, vendiendo caras sus vidas. Pero en muy pocos minutos la derrota fué completa. Trescientos soldados del ejército real habían sido muertos ó heridos; de los rebeldes, más de mil yacían tendidos en el campo (2).

(1) Queda una orden de Jacobo mandando pagar 40 libras esterlinas al sargento Weems, del regimiento de Dumbarton, «por sus buenos servicios en la acción de Sedgemoor, disparando los cañones contra los rebeldes.»—*Historical Record of the First or Royal Regiment of Foot.*

(2) *Relación de la batalla de Sedgemoor por Jacobo II* en Lord Hardwicke, *State Papers;* Wade, *Confesión;* Relación manuscrita en Eachard, III, 768; *Relación de un alférez de Guardias de á caballo,* en Kennet, ed. 1719, III, 432; *London Gazette,* 9 julio, 1685; Oldmixon, 703; Paschall, *Narrative;* Burnet, I, 643; Evelyn, *Diary,* 8 de julio; Citters, julio 7 (17); Barillon, julio 9 (19); Reresby, *Memoirs; La Batalla de Sedgemoor,* por el Duque de Buckingham, comedia; *Diario manuscrito de la Rebelión del Oeste,* por mister Eduardo Dummer, que á la sazón servía en el tren de artillería, *enviado por S. M. para la conclusión de la misma.* Este manuscrito, existente en la biblioteca de Pepys, es de la mayor impor-

Así terminó el último combate, que aun merece el nombre de batalla, dado en territorio inglés. Honda

---

tancia, no por la descripción del combate, en que apenas hay nada digno de cuenta, sino por los planos que representan cuatro ó cinco lugares distintos de la batalla.

«La historia de una batalla, dice el más grande de los generales contemporáneos, apenas difiere de la historia de un baile. Algunas personas pueden recordar todos aquellos pequeños acontecimientos que dan por resultado el triunfo ó la derrota; pero nadie puede recordar el orden ó el momento preciso en que ocurrieron, y esto es á lo que deben su valor ó importancia... Para demostraros el crédito que ha de darse aun á las descripciones de batallas que pasan por mejores, os diré que hay algunas circunstancias, mencionadas en la relación del General ***, que no ocurrieron como él las refiere. Es imposible decir cuándo ó en qué orden sucedieron los acontecimientos más importantes». —Wellington, *Papers*, 8 y 17 de agosto, 1815.

Aludía el Duque de Wellington, al escribir las líneas precedentes á la batalla de Waterloo, que se había dado sólo algunas semanas antes, en pleno día, á su vista experimentada y perspicaz. ¿Cuál, pues, no será la dificultad de ordenar, con doce ó trece narraciones, la descripción de una batalla que se dió más de ciento sesenta años ha, en medio de tales tinieblas que los combatientes no se veían á cincuenta pasos de distancia? Y aumenta la dificultad, la circunstancia de que los testigos que mejor oportunidad tuvieron para saber la verdad, en modo alguno quisieron decirla. El documento que pongo á la cabeza de mi lista de autoridades debía ser en extremo parcial á Feversham. Wade escribía cohibido por el temor á la horca. Ferguson, que era muy poco escrupuloso acerca de la verdad de sus aserciones, mintió en esta ocasión como Bobadil ó Parolles. Oldmixon, muchacho á la sazón, cuando se dió la batalla estaba en Bridgewater, donde pasó gran parte de su vida; pero tan sujeto estaba á la influencia de las pasiones locales, que de nada le sirvieron cuantas noticias pudo adquirir allí. Su afán de ensalzar el valor de los paisanos del Somersetshire, valor reconocido por sus enemigos y que no necesitaba el realce de la hipérbole y la ficción, le llevó á componer una novela absurda. El elogio que Barillon, francés, acostumbrado á mirar con desprecio las bandas de paisanos, tributó al ejército vencido, es de gran importancia. «Son infanterie fit fort bien. On eut de la peine á les rompre, et les soldats combattoient avec les crosses de mousquet

y duradera impresión dejó en los sencillos habitantes de las cercanías, impresión que se renovó con frecuencia en lo sucesivo. Pues aun en nuestros días no es raro que el arado y la azada tropiecen con espantables recuerdos de la matanza, cráneos, huesos y armas extrañas, construídas con los instrumentos de labranza. Los ancianos de la comarca relataban aun no ha mucho que en su niñez jugaban á la batalla entre las gentes del Rey Jacobo y las del Rey Monmouth, y que los partidarios de Monmouth acometían al grito de *Soho!* (1)

Lo que parece más extraño en la batalla de Sedgemoor es que el resultado haya sido por un momento dudoso, y que los rebeldes hayan podido resistir tanto tiempo. Que cinco ó seis mil carboneros y labriegos hayan luchado durante una hora con la mitad menos de caballería é infantería regular, se tendría hoy por milagroso. Sin embargo, nuestra admiración tal vez disminuiría al recordar que en tiempo de Jacobo II la disciplina del ejército regular estaba completamente relajada, y que, por otra parte, el paisanaje servía generalmente en la milicia. La diferencia, pues, entre un regimiento de guardias de á pie y un regimiento de paisanos alistados en el momento, aunque á no dudar considerable, no era, ni

---

et les scies qu'ils avoient au bout de grands bastons au lieu de picques.»

Poco puede aprenderse, actualmente, visitando el campo de batalla, porque el aspecto del país ha cambiado mucho, y el antiguo Bussex Rhine, en cuyas márgenes fué lo más recio de la pelea, ha desaparecido hace ya mucho tiempo.

Me ha servido de mucho la descripción de la batalla que trae Mr. Robert. *Vida de Monmouth*, c. XXII. Confirman su narración, en lo más importante, los planos de Dummer.

(1) He sabido estos detalles por algunas personas que viven cerca de Sedgemoor.

con mucho, tan grande como en nuestros días. Monmouth no se puso al frente de una turba para ir á luchar con buenos soldados, porque sus gentes no carecían por completo de nociones de milicia, y las tropas de Feversham, comparadas con las de nuestro tiempo, casi merecerían el nombre de multitud.

Eran las cuatro de la mañana: el sol lanzaba sus primeros rayos, y los restos del ejército derrotado entraban corriendo en desorden por las calles de Bridgewater. El estrépito, la sangre, los lamentos, la vista de los que caían para no levantarse más, esparcieron el horror y el desaliento por toda la ciudad. Los perseguidores, además, les seguían muy de cerca. Los habitantes que habían favorecido la insurrección, á la idea del saqueo y la matanza, imploraban protección de los vecinos que profesaban la religión católica ó eran conocidos por su adhesión al partido *tory*, y el más implacable de todos los historiadores whigs ha reconocido que se les concedió leal y generosamente la protección que imploraban (1).

XXXVIII.

PERSECUCIÓN DE LOS REBELDES.—EJECUCIONES MILITARES.

Todo aquel día, los vencedores continuaron el alcance de los fugitivos. Los aldeanos de las cercanías recordaron por mucho tiempo el atronador ruido de caballos y la horrible tormenta de maldiciones con que pasaba el torbellino de la caballería. Antes de la

(1) Oldmixon, 704.

noche, quinientos prisioneros estaban encerrados en la iglesia parroquial de Weston Zoyland. Ochenta estaban heridos, y cinco espiraron en el sagrado del templo. Dióse orden que gran número de labriegos se ocupasen en dar sepultura á los muertos, y algunos, cuya adhesión al partido vencido era notoria, fueron colocados aparte para el horrible oficio de descuartizar á los prisioneros. Los subconstables de las parroquias vecinas se ocupaban en levantar horcas y preparar cadenas. Al mismo tiempo las campanas de Weston Zoyland y Chedzoy eran lanzadas á vuelo alegremente, y los soldados cantaban y triunfaban, en el campo, en medio de los cadáveres; pues los pequeños propietarios de la vecindad, no bien se supo el resultado de la batalla, se habían apresurado á enviar odres de la mejor cidra, como oferta de paz á los vencedores (1).

Feversham pasaba por hombre de buen natural; pero era extranjero, ignoraba las leyes de Inglaterra y era del todo indiferente á los sentimientos del pueblo inglés. Habíase acostumbrado á la licencia que reinaba en los ejércitos franceses, y de su gran pariente el conquistador del Palatinado había aprendido, no en verdad á vencer, sino á devastar. Designóse inmediatamente un número considerable de prisioneros que debían ser ejecutados. Entre ellos había un joven, famoso por su agilidad en la carrera, al cual se hizo entrever la esperanza de salvar la vida con tal de vencer en la carrera á uno de los caballejos del pantano. El espacio que debían recorrer él y el caballo aun puede verse, pues las señales que hasta hoy se conservan en el llano son bien conocidas, y su extensión es como unos tres cuartos de milla. Fever-

(1) Locke, *Western Rebellion;* Stradling, *Chilton Priory.*

sham no se avergonzó después de asistir á la carrera de enviar al desdichado andarín á la horca. Al día siguiente, en el camino que va de Bridgewater á Weston Zoyland, se veía una larga fila de horcas. De cada una colgaba un prisionero. Cuatro de aquellos infelices permanecieron en los hierros hasta que sus cadáveres se pudrieron (1).

XXXIX.

FUGA DE MONMOUTH.—ES COGIDO PRISIONERO.

En tanto, Monmouth, acompañado de Grey, Buyse y otros amigos, huía del campo de batalla. En Chedzoy se detuvo un momento para cambiar de caballo y ocultar su cinta azul y la condecoración de San Jorge, continuando en seguida hacia el canal de Bristol. Desde la eminencia que se eleva al Norte del campo de batalla, aun pudo ver el fogonazo y el humo de la última descarga que hicieron sus abandonados amigos. Antes de las seis de la mañana estaba á veinte millas de Sedgemoor. Algunos de sus compañeros le aconsejaban atravesar el agua y refugiarse en Gales, y esto indudablemente era lo mejor que podía haber hecho. Llegaría á Gales mucho antes que las nuevas de su derrota, y en país tan poco habitado y tan distante de la capital podría permanecer mucho tiempo sin ser descubierto. El Duque, sin embargo, determinó continuar por el Hampshire, esperando hallar medio de ocultarse en las chozas de los

(1) Locke, *Western Rebellion;* Stradling, *Chilton Priory;* Oldmixon, 704.

cazadores furtivos entre las encinas de New-Forest, mientras se le proporcionaba medio seguro de pasar al Continente. Así, pues, seguido de Grey y del alemán Buyse, se volvió hacia el Sudeste; pero el camino estaba cubierto de peligros. En el país que tenían que atravesar los tres fugitivos, todos sabían el resultado de la batalla, y ningún viajero de aspecto sospechoso podía escapar sin sufrir examen detenido. Caminaron todo aquel día, evitando el pasar por las ciudades y aldeas, lo cual no era entonces tan difícil como hoy pudiera parecer, pues muchos contemporáneos recordaban el tiempo en que los venados corrían libremente por una sucesión de selvas, desde las orillas del Avon en el Wiltshire, hasta la costa meridional del Hampshire (1). Al fin, en Cranbourne-Chase, los caballos no pudieron resistir más. Tuvieron, pues, que dejarlos sueltos, ocultando las bridas y las sillas, y Monmouth y sus amigos, habiéndose procurado trajes de aldeanos, continuaron á pie hacia New-Forest. Pasaron la noche al raso; pero antes del amanecer se hallaban rodeados de peligros por todas partes. Lord Lumley, que estaba en Ringwood con un numeroso cuerpo de milicianos de Sussex, había enviado destacamentos en todas direcciones. Sir Guillermo Portman, con la milicia de Somerset, había formado una cadena de puestos desde el mar hasta la extremidad septentrional de Dorset. A las cinco de la mañana del día 7, Grey, que se había separado de sus amigos, fué cogido por dos espías de Sussex. Se sometió á su suerte con la tranquilidad de aquel para quien la duda es más intolerable que la desgracia cierta. «*Desde que hemos desembarcado,* dijo, *no he comido á gusto una sola vez, ni he pasado una noche tran-*

(1) Aubrey, *Natural History of Wiltshire,* 1691.

quila.» Nadie dudaba ya que el jefe de los rebeldes no podía estar lejos. Redobláronse la actividad y vigilancia de los perseguidores. Las cabañas, esparcidas en la verde comarca que divide el Dorsetshire del Hampshire, fueron minuciosamente examinadas por Lumley, y al fin lograron descubrir al aldeano que había cambiado de traje con Monmouth. Portman acudió al frente de un numeroso cuerpo de caballería é infantería á ayudar en las pesquisas. Lo primero que les llamó la atención fué un sitio muy á propósito para servir de albergue á los fugitivos. Era una gran extensión de terreno que una cerca dividía del campo abierto y subdividida á su vez por numerosos cercados en pequeños campos. En algunos de éstos, la cebada, la avena y los guisantes, estaban tan altos que podían perfectamente ocultar un hombre. Los otros, estaban cubiertos de helechos y maleza. Una pobre mujer refirió que había visto dos forasteros que trataban de ocultarse en el campo. La idea de la recompensa inmediata redobló el celo de las tropas. Convínose en que todo aquel que ayudase bien en las pesquisas tendría parte en las cinco mil libras prometidas. La cerca exterior era estrechamente vigilada, mientras por todas partes se registraba el campo cercado con infatigable diligencia, y sabuesos puestos en el rastro revolvían la maleza. El día terminó antes de que la empresa pudiera llevarse á cabo, mas durante toda la noche el lugar fué vigilado cuidadosamente. Hasta treinta veces se aventuraron los fugitivos á dirigirse á la cerca exterior, mas por todas partes encontraban un centinela vigilando atentamente. En una de estas tentativas fueron vistos é hicieron fuego sobre ellos. Entonces se separaron, ocultándose en distintos sitios.

Al amanecer del día siguiente comenzaron de nue-

vo las pesquisas, y por de pronto lograron dar con Buyse, el cual declaró que sólo hacía algunas horas se había separado de Monmouth. Registráronse entonces con más cuidado que nunca el trigo y la maleza, y al fin descubrieron un rostro demacrado en una zanja. Los perseguidores se arrojaron sobre su presa, y algunos se disponían á hacer fuego, á no impedir Portman toda violencia. Vestía el prisionero traje de pastor, y su barba, prematuramente gris, no fuera afeitada desde hacía algunos días. Estaba temblando y no podía hablar. Aun aquellos que le habían visto con frecuencia dudaban al principio si sería aquél realmente el brillante y agraciado Monmouth. Portman le registró, encontrando en sus bolsillos, entre algunos guisantes cogidos en el furor del hambre, un reloj, una bolsa de oro, un pequeño tratado de fortificación, un álbum en que había canciones, recibos, plegarias y fórmulas de magia y las insignias de San Jorge, con que muchos años antes el Rey Carlos II había condecorado á su hijo favorito. Inmediatamente se despacharon correos á Whitehall con la buena nueva y la condecoración de San Jorge, en prueba de que la noticia era cierta. El prisionero, custodiado por numerosa guardia, fué conducido á Ringwood (1).

Todo estaba perdido; sólo le restaba prepararse á morir como convenía á quien no se había juzgado indigno de ceñir la corona de Guillermo el Conquistador y de Ricardo *Corazón de León*, del héroe de Cressy y del héroe de Agincourt. Fácilmente podía el cautivo invocar otros ejemplos sacados de la historia de su

---

(1) *Relación de cómo fué preso el difunto Duque de Montmouth, publicada de orden de Su Majestad. Gazette de France*, 18 (28) de julio 1685; Eachard, III, 770; Burnet, I, 644, y la nota de Dartmouth, Citters, 10 (20) de julio 1685.

familia, más adecuados á su condición presente. En el espacio de cien años, dos soberanos cuya sangre corría por sus venas, entre ellos una delicada mujer, se habían visto en situación idéntica á la suya: pero así en la prisión como en el cadalso habían dado muestras de valor de que en la época de prosperidad parecían incapaces, y casi habían redimido grandes crímenes y grandes errores sufriendo con cristiana dulzura y dignidad soberana cuantos males al enemigo victorioso plugo causarles. Nunca fuera Monmouth acusado de cobardía, y aunque no hubiera sido de natural animoso, era de esperar que el orgullo y la desesperación compensarían ampliamente este defecto. Los ojos de todo el mundo se hallaban fijos en él. Las generaciones futuras sabrían cómo se había conducido en aquella extremidad. Tenía que demostrar á los bravos campesinos del Oeste que no habían derramado su sangre por un caudillo indigno de tan leal adhesión, y en obsequio á aquella que por él lo había sacrificado todo, su conducta debía ser tal, que aunque tuviese que llorarle, nunca tuviese que avergonzarse de él. No le tocaba á él suplicar ni lamentarse. Su razón además le hubiera dicho que las súplicas y lamentaciones eran inútiles. Lo que había hecho no se perdona nunca, y había caído en poder de un enemigo que no había perdonado jamás.

Pero la fortaleza de Monmouth no pertenecía á aquella noble especie de fortaleza que tiene su origen en la reflexión y en el propio decoro, y la naturaleza tampoco le había dotado de uno de aquellos corazones animosos á los que ni la adversidad ni el peligro pueden arrancar el más leve signo de debilidad. Menguaba y crecía su valor á impulsos tan sólo de la impresión del momento, que encendía su entusiasmo ó lo extinguía totalmente. Sosteníale en el

campo de batalla la excitación del momento, la esperanza de la victoria, la extraña influencia de la simpatía. Mas ahora todo esto había desaparecido. El desdichado favorito de la Corte y del populacho, acostumbrado á ser amado y adorado por doquiera, veíase al presente rodeado de carceleros de severo aspecto, en cuyos ojos podía leer su sentencia. Después de algunas horas de triste reclusión, debía sufrir violenta y vergonzosa muerte. Á esta idea su corazón desfallecía. Erale tan cara la vida, que la hubiera comprado á costa de cualquier humillación, ni podía su inteligencia, siempre débil, y extraviada ahora por el terror, comprender que el humillarse serviría tan solo á degradarle sin obtener por eso la salvación.

XL.

SU CARTA AL REY.

Tan pronto llegó á Ringwood, escribió al Rey. Su carta era la de un hombre que, anonadado por el temor, se ha hecho insensible á la vergüenza. Declaraba en términos vehementes su remordimiento y su traición. Afirmaba que cuando prometió á sus primos en el Haya no alterar la paz en Inglaterra, se proponía con todo su corazón cumplir su palabra. Desgraciadamente habíase apartado después de lo prometido, dejándose llevar de las sugestiones de hombres malvados que habían encendido su corazón, valiéndose de calumnias, y extraviado su juicio con indignos sofismas. Pero ahora los aborrecía; se aborrecía á sí mismo. Pedía en términos lastimeros ser admitido á la presencia real. Había un secreto que no podía

confiar al papel, secreto que consistía en una sola palabra, que una vez pronunciada por él aseguraría el trono contra todo peligro. Al día siguiente despachó cartas implorando á la Reina viuda y al lord Tesorero, á fin de que intercediesen por él (1).

Cuando se supo en Londres hasta qué punto se había rebajado el Duque, todos quedaron grandemente sorprendidos; mas ninguno lo fué tanto como Barillon, que en el tiempo que llevaba en Inglaterra había presenciado dos sangrientas proscripciones, y había visto numerosas víctimas de la oposición y de la Corte someterse á su destino sin súplicas ni lamentaciones, propias sólo de mujeres (2).

XLI.

ES CONDUCIDO Á LONDRES.

Monmouth y Grey permanecieron aún dos días en Ringwood, siendo conducidos en seguida á Londres, custodiados por un fuerte destacamento de tropas regulares y milicia. En el mismo coche del Duque iba un oficial que tenía orden de matarle si se hacía alguna tentativa para volverle la libertad. En todas las ciudades del tránsito se habían reunido las milicias de las cercanías á las órdenes de las personas de más cuenta de la *gentry*. Duró tres días el viaje, terminan-

(1) La carta al Rey se imprimió á la sazón de orden del Gobierno; la dirigida á la Reina viuda se hallará en sir H. Ellis, *Original Letters;* la de Rochester en la *Correspondencia de Clarendon*.

(2) «On trouve, escribia, fort a redire icy qu'il ayt fait une chose si peu ordinaire aux Anglois.» Julio 13 (23), 1685.

do en Vauxhall, donde un regimiento mandado por Jorge Legge, lord Darmouth, estaba esperando para encargarse de los prisioneros. Allí se embarcaron en una lancha de la corte, siendo conducidos por el río á la gran escalera de Whitehall. Lumley y Portman habían vigilado alternativamente al Duque día y noche, hasta que estuvo dentro de los muros del Palacio (1).

El contraste entre la conducta de Monmouth y la de Grey en todo el trayecto llenó de sorpresa á cuantos pudieron observarlos. Monmouth estaba completamente abatido. Grey, por el contrario, no sólo estaba sereno, sino jovial, hablando alegremente de caballos, perros y cacerías, y aun haciendo chistosas alusiones á la peligrosa situación en que se hallaba.

No puede censurarse al Rey por haber decidido que Monmouth recibiese la muerte. Todo el que se pone al frente de una rebelión contra el Gobierno establecido ya sabe que juega la vida, y la rebelión era el menor de todos los crímenes de Monmouth. Había declarado guerra sin cuartel á su tío. En el manifiesto publicado en Lyme, Jacobo había sido arrojado á la execración popular como incendiario, como asesino que había estrangulado á un inocente y cortado la cabeza á otro; y finalmente, como envenenador de su propio hermano. Perdonar á un enemigo que no había tenido escrúpulos en acudir á tales recursos, hubiera sido acto de bien rara y tal vez censurable generosidad. Pero verlo y no perdonarle era un ultraje á la humanidad y al decoro (2). Y este ultraje, el Rey

---

(1) *Relación de cómo fué preso el Duque de Monmouth; Gazette* de 16 de julio, 1865; Citters, julio 14 (24).

(2) A Barillon extrañó mucho la conducta del Rey. «Il se vient, dice, de passer icy une chose bien extraordinaire et fort opposée a l'usage ordinaire des autres nations.» Julio 13 (23), 1685.

estaba resuelto á hacerlo. El prisionero, atados los brazos á la espalda con un cordón de seda, fué introducido á presencia del implacable pariente á quien había ofendido.

XLII.

SU ENTREVISTA CON EL REY.

Entonces Monmouth se arrojó al suelo y se arrastraba á los pies del Monarca. Lloraba, y quería abrazar las rodillas de su tío con sus atados brazos. Pedía la vida, tan sólo la vida, la vida á cualquier precio. Declaraba haber cometido un gran crimen, mas tratando de echar la culpa á otros y en particular á Argyle, que antes hubiera puesto él mismo sus piernas en el potro que salvar la vida con tales bajezas. El desdichado imploraba compasión de Jacobo, invocando los lazos del parentesco, la memoria del difunto Rey, que había sido el mejor y más leal de los hermanos. Jacobo respondió gravemente que el arrepentimiento era tardío; que lamentaba la desgracia que el prisionero había traído sobre su cabeza, mas que la ocasión no era oportuna para obrar con blandura. Había publicado una declaración llena de las más atroces calumnias; había usurpado el título real: para traiciones de tal importancia, no había perdón como no fuese después de la muerte. El pobre Duque, lleno de terror, declaró que nunca había deseado usurpar la corona, mas que los otros le habían inducido á tan fatal error. Y en cuanto á la declaración, él no la había escrito, ni menos la había leído; la había firmado sin pasar siquiera la vista por el papel: todo era obra

de Ferguson, de aquel miserable villano de Ferguson. *«¿Queréis hacerme creer,* dijo Jacobo con desprecio muy merecido, *que en tales momentos habéis puesto vuestra firma en un papel, ignorando su contenido?»* Sólo quedaba un abismo de infamia, y aun hasta allí descendió el prisionero. Había sido, ante todo, campeón de la religión protestante, y la defensa de aquella religión habíale servido de pretexto para conspirar contra el Gobierno de su padre y para traer sobre su patria las desgracias de la guerra civil. Sin embargo, no se avergonzó de indicar que estaba dispuesto á reconciliarse con la Iglesia de Roma. El Rey, con entusiasmo le ofreció asistencia espiritual, pero no dijo nada de perdón ó disminución de la pena. *«¿No hay, pues, esperanza?»* preguntó Monmouth. Jacobo volvió la espalda sin decir nada. Entonces Monmouth, tratando de recobrar su valor, se levantó, y salió con una firmeza de que no había dado muestras desde su caída (1).

Grey fué introducido en seguida, mostrando en su porte tal serenidad y entereza, que hasta el severo y resentido Monarca se conmovió. Confesó francamente su culpa sin excusarse, y ni una sola vez se rebajó á pedir la vida. Ambos prisioneros fueron enviados por el río á la Torre. La tranquilidad no se alteró; pero muchos miles de personas, con la ansiedad y la tristeza pintadas en el rostro, trataban de ver á los presos. La resolución del Duque le abandonó tan pronto saliera de la presencia real. En el trayecto hasta la prisión se lamentaba de su suerte, acusando á sus partidarios é imploraba de una manera abyecta la inter-

---

(1) Burnet, I, 644; Evelyn, *Diary*, julio 15; *sir J. Bramston's Memoirs, Reresby's Memoirs; Carta de Jacobo al Príncipe de Orange*, 14 de julio, 1685; Barillon, julio 16 (26); Buccleuch, MS.

cesión de Dartmouth. «*Milord, yo sé que vos amabais á mi padre; por su memoria, por Dios, ved si aun puede haber esperanza.*» Dartmouth replicaba que el Rey había dicho la verdad, que un súbdito que toma el título de rey debe renunciar á toda esperanza de perdón.

Poco después de haber entrado Monmouth en la Torre, supo que su esposa, de orden del Rey, iba á verle. La acompañaba el Conde de Clarendon, canciller privado. Su marido la recibió con mucha frialdad, dirigiendo la palabra casi especialmente á Clarendon, cuya intercesión imploraba con gran vehemencia. Clarendon no le dió la más leve esperanza, y aquella misma noche dos Prelados, Turner, obispo de Ely, y Ken, obispo de Bath y Wells, llegaron á la Torre con un solemne mensaje de parte del Rey. Era entonces la noche del lunes, y el miércoles por la mañana, Monmouth debía morir.

Grande fué la agitación del Duque al escuchar la triste nueva. La sangre huyó de sus mejillas, y durante algún tiempo no pudo pronunciar palabra. La mayor parte del breve tiempo que le quedaba lo desperdició en vanas tentativas para alcanzar, si no completo perdón, al menos disminución de la pena. En vano escribió lastimeras cartas al Rey y á los cortesanos. Enviáronle de la corte algunos teólogos católicos; mas pronto se convencieron de que, si bien de buena gana hubiera comprado la vida renegando de la religión cuyo campeón había sido en cierto modo, caso de tener que morir, le era indiferente morir con su absolución ó sin ella (1).

No estaban Ken y Turner mucho más complacidos

(1) Buccleuch MS.; Clarke, *Life of James the Second*, II, 37; *Orig. Mem.*; Citters, julio 14 (24), 1685; *Gazette de France*, 1 (11) de agosto.

del estado de su espíritu. La doctrina de la obediencia *(non resistance)* era á sus ojos, como á los de la mayor parte de sus colegas, el carácter distintivo de la Iglesia anglicana. Los dos Obispos insistían en que Monmouth declarase que al sacar la espada contra el Gobierno había cometido un gran pecado; mas en este punto le encontraron obstinadamente heterodoxo. Y no era esta su única herejía: empeñábase en sostener que sus relaciones con lady Wentworth eran inocentes á los ojos de Dios. Le habían casado, decía, cuando aun era niño. Nunca había querido á la Duquesa. La felicidad que no había encontrado en el hogar, habíala buscado en libres amoríos que la religión y la moral condenan. Enriqueta le había apartado de aquella vida de vicio; á ella le había sido siempre constante, y ambos de común acuerdo habían implorado con fervientes plegarias que la Providencia les iluminase. Después de aquellas oraciones, su mutuo afecto, lejos de disminuir, había aumentado, no pudiendo, pues, dudar por más tiempo que á los ojos de Dios su unión era legítima. De tal modo escandalizó á los Obispos tal concepto del lazo conyugal, que se negaron á administrar la Eucaristía al prisionero. Lo único que pudieron alcanzar de él fué la promesa de que durante la sola noche que aún le quedaba pediría á Dios le iluminase si estaba en error.

El miércoles por la mañana solicitó que el doctor Tomás Tenison, vicario á la sazón de San Martin, en cuyo importante puesto había alcanzado la estimación del pueblo, viniese á la Torre. De Tenison, cuyas opiniones moderadas eran bien conocidas, esperaba el Duque más indulgencia que de Turner y Ken. Pero Tenison, fueran cualesquiera sus ideas respecto á la obediencia en abstracto, consideraba la última rebelión censurable y mala, y creía además

que el concepto de Monmouth acerca del matrimonio era extravío peligroso. Monmouth, sin embargo, continuaba obstinado en sus ideas. Había implorado, decía, la dirección divina, y puesto que sus sentimientos habían permanecido invariables, no podía dudar de que eran conformes á los divinos preceptos. Tenison le exhortaba con más blandura que los Obispos, pero, como ellos, no se creía autorizado á administrar la Eucaristía á un pecador cuya penitencia era tan poco satisfactoria (1).

La hora, en tanto, se acercaba: no había ni la más leve esperanza, y Monmouth había pasado del temor pusilánime á la apatía de la desesperación. Trajeron sus hijos á su cámara para que se despidiera de ellos, y fueron seguidos de su esposa. A ella le habló con benignidad, pero sin emoción; y aunque era mujer de gran fuerza de espíritu y tenía pocos motivos para quererle, su dolor fué tal, que ninguno de los circunstantes pudo contener las lágrimas. Él solo no se conmovió (2).

XLIII.

SU EJECUCION.

Eran las diez. El coche del Gobernador de la Torre estaba pronto. Monmouth solicitó de sus consejeros espirituales que le acompañasen al lugar de la ejecución, y ellos consintieron, pero diciéndole que en su

(1) Buccleuch MS.; Clarke, *Life of James the Second*, II, 37, 38; *Orig. Mem;* Burnet, I, 645; *Relación de Tenison* en Kennet, III, 432, edición de 1719.

(2) Buccleuch MS.

opinión iba á morir en estado de ánimo muy peligroso, y si le acompañaban, su deber les ordenaba exhortarle hasta lo último. Al pasar por entre las filas de los guardias los saludó con una sonrisa, y con paso firme subió al cadalso. Tower Hill estaba literalmente cubierta hasta las mismas chimeneas por una innumerable multitud de espectadores, que en temeroso silencio, interrumpido sólo por suspiros y sollozos, escuchaba las últimas palabras del favorito del pueblo. «*Poco tengo que deciros*, empezó el Duque; *no he venido aquí á hablar sino á morir. Muero en el seno de la iglesia protestante de Inglaterra.*» Y como los obispos le interrumpiesen diciéndole que si no declaraba culpable la resistencia no era miembro de aquella Iglesia, él continuó hablando de su Enriqueta. Era, decía, una joven dama honrada y virtuosa; la amaría hasta el último instante y no podía morir sin dar rienda suelta á sus sentimientos. Los obispos le interrumpieron nuevamente, suplicándole no emplease tal lenguaje. A esto siguió un ligero altercado, que valió á los teólogos la acusación de dureza con el moribundo, si bien, según parece, sólo son culpables de haber cumplido lo que á sus ojos era deber sagrado. Monmouth conocía los principios religiosos de los que le asistían, y si hubiera deseado evitar sus interrupciones, no debía haber solicitado su compañía. Sus argumentos contra la resistencia no le produjeron el menor efecto; mas cuando le hicieron presente la ruina que había traído sobre sus bravos y celosos partidarios, la sangre que por él se había derramado, las almas que sin preparación habían ido á comparecer ante el gran Juez, se sintió conmovido, y dijo con blando acento: «*Eso sí lo confieso y me lamento de que haya sucedido.*» Ellos rezaban con él fervorosamente, y él se unía á sus peticiones hasta que invoca-

ron la bendición divina para el Rey. El Duque entonces permaneció silencioso. «*Señor*, dijo uno de los asistentes, *¿no rezáis por el Rey con nosotros?*» Monmouth permaneció un momento en silencio, y después de una lucha interna exclamó: «*Amén.*» Mas en vano imploraban de él los ministros que dirigiese á los soldados y al pueblo algunas palabras excitándoles á obedecer al Gobierno. «*No quiero pronunciar discursos,*» exclamó. «*Sólo algunas palabras Milord.*» Mas no haciendo caso, volvió la espalda, llamó á su criado, y poniéndole en la mano una caja de mondadientes, última prueba de malogrado amor. «*Dásela,* decía, *á aquella persona.*» Acercóse entonces á Juan Ketch el ejecutor, pobre desgraciado que había dado la muerte á muy valientes y nobles víctimas, y cuyo nombre por espacio de siglo y medio ha servido para designar vulgarmente á todos los que le sucedieron en su odioso oficio (1). «*Aquí hay seis guineas para tí,* dijo el Duque. *No me trates como á lord Russell. He oído que le diste tres ó cuatro golpes. Mi criado te dará más oro, si cumples bien con tu deber.*» Se despojó entonces de los vestidos que le estorbaban, probó el filo del hacha manifestando algún temor de que no estaba bien afilada, y puso la cabeza en el tajo. Los teólogos al mismo tiempo grita-

---

(1) El nombre de Ketch vese con frecuencia unido al de Jeffreys en las sátiras de aquellos dias.

> While Jeffreys on the bench, Ketch on the gibbet sits.
> (En el tribunal reina Jeffreys y en el patíbulo Ketch.)

dice un poeta. En el año siguiente á la ejecución de Monmouth, Ketch fué privado del empleo por haber insultado á uno de los *Sheriffs*, sucediéndole un carnicero llamado Rose. Pero á los cuatro meses el mismo Rose fué ahorcado en Tyburn, siendo entonces repuesto Ketch. Luttrell's *Diary*, enero 20 y mayo 28, 1686. Véase una curiosa nota del doctor Grey en el *Hudibras*, part. III, canto II, verso 1.534.

ban con gran energía: «*¡Que Dios acepte vuestro arrepentimiento; que Dios acepte vuestro imperfecto arrepentimiento!*

El verdugo se dispuso á cumplir su oficio, pero estaba desconcertado por lo que le había dicho el Duque, y el primer golpe sólo produjo una ligera herida. El Duque se agitó violentamente, levantó la cabeza del tajo y dirigió al ejecutor una mirada de reconvención. Nuevamente dobló la cabeza; repitióse el golpe una y otra vez, sin poder cortarle el cuello, mientras él continuaba agitándose. La multitud lanzaba gritos de rabia y horror. Ketch, profiriendo una maldición, arrojó al suelo el hacha, diciendo: «*No puedo, me falta valor.—¡Coge el hacha!* esclamó el Sheriff.—*¡Arrojadlo á la plaza!*» rugía la multitud. Por fin el verdugo cogió nuevamente el hacha y otros dos golpes extinguieron el último resto de vida, pero hubo de emplear un cuchillo para separar la cabeza de los hombros. De tal manera había enfurecido á la multitud la torpeza del ejecutor, que corrió inminente peligro de ser hecho pedazos, y salió de la plaza escoltado por fuerte guardia (1).

Entre tanto, muchos empapaban sus pañuelos en la sangre del Duque, pues á los ojos de una gran parte de la multitud era un mártir que había muerto por la religión protestante. La cabeza y el cuerpo fueron colocados en un ataúd cubierto de terciopelo negro, y sepultados secretamente bajo la mesa de comunión de la capilla de San Pedro, en la Torre. Cuatro años después, nuevamente se removía el pavimento, y

(1) *Descripción de la ejecución de Monmouth, firmada por los teólogos que le asistieron;* Buccleuch MS.; Burnet, I, 646; Citters, julio 17 (27), 1685; Luttrell's *Diary;* Evelyn's *Diary*, julio 15; Barillon, julio 19 (29).

muy cerca de los restos de Monmouth eran depositados los de Jeffreys. En verdad, no hay lugar más triste en la tierra que aquel pequeño cementerio. La muerte no se ve allí asociada, como en la Abadía de Westminster ó San Pablo, con el genio y la virtud, con la veneración pública é imperecedero renombre, y menos aún, como en las más humildes iglesias y cementerios, con los más caros sentimientos de la vida social y doméstica, antes al contrario, vese allí cuanto hay de más sombrío en la naturaleza humana y en el humano destino, unido al salvaje triunfo de enemigos implacables, á la inconstancia, á la ingratitud, á la cobardía de los amigos, con todas las miserias de la grandeza caída y de la fama empañada. Allí fueron conducidos en épocas sucesivas por las rudas manos de los carceleros, sin que parientes ni amigos acompañasen el fúnebre cortejo, los sangrientos restos de ínclitos capitanes, jefes de partido, oráculos del Senado y ornamentos de las cortes. Allí fué sepultado, frente á la ventana donde oraba Juana Grey, el mutilado cadáver de Guilford Dudley. Eduardo Seymour, duque de Somerset y Protector del Reino, descansa allí junto á su hermano, á quien asesinó. Allí se descompuso el descabezado tronco de Juan Fisher, obispo de Rochester y cardenal de Saint Vitalis, hombre digno de haber alcanzado mejores tiempos y haber muerto en defensa de mejor causa. Allí yacen sepultados Juan Dudley, duque de Northumberland, gran almirante, y Tomás Cromwell, conde de Essex, gran Tesorero. Allí yace también otro Essex, á quien la fortuna prodigó en vano todos sus dones y á quien el valor, la gentileza, el genio, el favor real y el popular aplauso, condujeron á temprana é ignominiosa muerte. No lejos de él duermen el último sueño dos jefes de la gran casa de Howard, Tomás, cuarto duque de

Norfolk, y Felipe, undécimo conde de Arundel. De cuando en cuando, entre las tumbas de inquietos y ambiciosos hombres de Estado se encuentra el sepulcro de seres más amables y delicados: Margarita de Salisbury, última que llevó el altivo nombre de Plantagenet, y aquellas dos bellas reinas que perecieron á impulsos de la celosa rabia de Enrique. Tal era el polvo con que iba á confundirse el polvo de Monmouth (1).

Algunos meses después la tranquila aldea de Toddington, en el condado de Bedford, asistía á un funeral todavía más triste. Cerca de la aldea había una antigua y señorial morada, dominio solariego de los Wentworths. El coro de la iglesia parroquial había sido por mucho tiempo el panteón de aquella familia. En la primavera que siguió á la muerte de Monmouth, era conducido á aquel panteón el ataúd que contenía los restos de la joven Baronesa Wentworth de Nettlestede. Su familia le erigió un suntuoso mausoleo; pero más profundo interés despertaba una memoria menos costosa, que por mucho tiempo acudieron á contemplar los habitantes de la comarca. El nombre de la joven dama, esculpido por la mano de aquel á quien ella había amado de todo corazón, era, hasta hace muy pocos años, perfectamente legible en un árbol del vecino parque.

---

(1) No puedo menos de expresar mi disgusto por la bárbara estupidez que ha trasformado iglesia tan interesante en algo parecido á una capilla disidente de una ciudad manufacturera.

XLIV.

LA MEMORIA DE MONMOUTH CONSERVADA CARIÑOSAMENTE POR EL PUEBLO.

No era lady Wentworth la única persona que conservaba la memoria de Monmouth con idólatra ternura. Su recuerdo vivió en el corazón del pueblo hasta la completa desaparición de la generación que le habia visto. Cintas, hebillas y otros objetos insignificantes de su atavío eran mirados como preciosas reliquias por los que habían peleado con el en Sedgemoor. Muchos ancianos que le sobrevivieron largo tiempo, ordenaban al morir que aquellos objetos fuesen enterrados con sus cadáveres. Un botón de hilo de oro que á duras penas pudo conservarse, aún se enseña en una casa inmediata al campo de batalla. Y era tal la devoción del pueblo á su infortunado favorito, que á pesar de la completa certidumbre con que siempre se mostró el hecho de su muerte, muchos continuaban alimentando la esperanza de que aún vivía, y nuevamente volvería á presentarse en armas. Decíase que una persona que tenía extremado parecido con Montmouth se había sacrificado para salvar al héroe protestante. Entre el vulgo continuó por mucho tiempo, siempre que algo importante ocurría, murmurándose que el tiempo se acercaba y muy pronto se presentaría el Rey Monmouth. En 1686, un tunante que había pretendido pasar por el Duque y había levantado tributos en algunas aldeas de Wiltshire, fué reducido á prisión y azotado desde Newgate á Tyburn. En 1698, cuando desde mucho tiempo dis-

frutaba Inglaterra de la libertad constitucional bajo una nueva dinastía, el hijo de un posadero pasaba entre los *yeomen* de Sussex, por su amado Monmouth, y aun engañó á muchos que ciertamente no pertenecían á la clase más humilde. Reuniéronse para él quinientas libras esterlinas; los aldeanos le proporcionaron un caballo; sus mujeres le enviaban cestas de pollos y gansos, y aun le prodigaban, según se decía, favores más tiernos, pues, en galantería al menos, el impostor no representaba indignamente el original. Cuando fué arrojado en una prisión por su engaño, sus partidarios le sostuvieron con gran lujo. Muchos de entre ellos comparecieron en la barra ante el tribunal para animarle cuando fué juzgado en Horsham. Por tanto tiempo se conservó esta creencia, que ya llevaba Jorge III algunos años en el trono de Inglaterra cuando aun Voltaire creía necesario refutar gravemente la hipótesis de que el hombre de la máscara de hierro fuese Monmouth (1)

---

(1) *Observator*, 1.° de agosto, 1685; *Gazette de France*, 2 de noviembre, 1686; *Carta de Humphrey Wanley* de 25 de agosto 1698 en la *Colección* de Aubrey; Voltaire, *Dictionnaire philosophique*. En la *Pepysian Collection* hay algunas baladas escritas después de la muerte de Monmouth, que le representan aún vivo y anuncian su pronto regreso. He aquí dos ejemplos:

Though this is a dismal story
Of the fall of my design,
Yet I'll come again in glory,
If I live till eighty-nine;
For I'll have a stronger army
And of ammunition store.

(Y aunque tal es la triste historia del mal éxito de mi empresa, de nuevo volveré, lleno de gloria, si vivo hasta el ochenta y nueve; pues vendré entonces al frente de ejército más poderoso, con buena provisión de municiones.)

Es tal vez circunstancia digna de igual atención que aun hoy los habitantes de algunas comarcas del Oeste de Inglaterra, cuando se presenta en la Cámara de los Lores algún *bill* que afecte sus intereses, se creen autorizados á reclamar la ayuda del Duque de Buccleuch, descendiente del infortunado caudillo por quien sus antecesores derramaron su sangre.

La historia de Monmouth bastaría por sí sola á refutar la imputación de incostancia tan frecuentemente arrojada sobre la clase más humilde del pueblo. El pueblo es algunas veces inconstante porque se compone de seres humanos; pero decir que es inconstante, si se le compara con las clases educadas, con la aristocracia ó con los príncipes, puede desde luego negarse rotundamente. Fácil sería nombrar demagogos cuya popularidad no ha disminuído, mientras soberanos y parlamentos pueden citarse que retiraron su confianza á una larga sucesión de hombres de Estado. Muchos años después de haber perdido Swift la razón, el populacho irlandés aún continuaba encendiendo hogueras el día de su cumpleaños en

---

Then shall Monmouth in his glories
Unto his English friends appear,
And will stifle all such stories
As are vended everywhere.

They'll see I was not so degraded
To be taken gathering pease,
Or in a cock of hay up braided.
What strange stories now are these!

(Entonces Monmouth, en todo el esplendor de su gloria, se aparecerá á los ingleses, sus amigos, y se desmentirán las mil historias que se refieren por do quiera.)

(Verán cómo no estaba yo tan degradado que me prendiesen cogiendo guisantes ó escondido en un montón de heno. ¡Cuán extraños parecerán entonces tales cuentos!)

conmemoración de los servicios que imaginaban había hecho á su patria mientras se halló en la plena posesión de sus facultades. Al mismo tiempo que siete administraciones subían al poder y tenían que dejarlo á consecuencia de intrigas cortesanas ó de mudanza en los sentimientos de las altas clases sociales, el disipado Wilkes conservaba íntegra la afición de una multitud á quien saqueaba y ponía en ridículo. Hombres políticos que en 1807 habían tratado de congraciarse con Jorge III, defendiendo á Carolina de Brunswick, no se avergonzaban en 1820 de solicitar el favor de Jorge IV, persiguiéndola. Pero así en 1820 como en 1807, la gran masa de obreros y trabajadores defendía fanáticamente su causa. Y así sucedió con Monmouth. En 1680 era adorado por la *gentry* y el paisanaje del Oeste. En 1685 se presentó de nuevo, y mientras la *gentry* le miraba con aversión, los paisanos le amaban con amor más potente que la misma muerte, con un amor que no bastaron á extinguir los infortunios ni los errores, la fuga de Sedgemoor ni la carta de Ringwood, ni las lágrimas y las abyectas súplicas de Whitehall. El cargo que con justicia puede hacerse al pueblo es, no de inconstante, sino de elegir casi siempre tan mal sus favoritos, que su constancia es vicio, no virtud.

XLV.

EXCESOS DE LA SOLDADESCA EN EL OESTE.

Mientras la ejecución de Monmouth ocupaba la atención de los londonenses, los condados que se habían levantado contra el Gobierno sufrían todos los males de que es capaz la más feroz soldadesca. Feversham había sido llamado á la corte, donde le esperaban honores y recompensas que no merecía. Hiciéronle caballero de la Jarretiera y capitán de la primera compañía de Guardias de Corps, empleo muy lucrativo; pero así la corte como la City se reían de sus hazañas militares, y el ingenio de Buckingham lanzaba sus últimos destellos á expensas del general que había ganado una batalla en el lecho (1). Feversham entregó el mando en Bridgewater al coronel Percy Kirke, militar aventurero, cuyos vicios se habían desarrollado en la peor de todas las escuelas, en Tánger. Por espacio de algunos años había estado Kirke al frente de la guarnición de aquella ciudad, ocupado constantemente en luchar con tribus bárbaras é ignorantes de las leyes de la guerra entre naciones cristianas y civilizadas. Dentro de los muros de su fortaleza era un príncipe despótico. La única defensa á su tiranía era el temor de que le llamasen á dar cuenta de sus actos ante un Gobierno apartado y ne-

(1) *London Gazette*, 3 de agosto, 1685; *The Battle of Sedgemoor*, a Farce.

gligente. Podía, por lo tanto, cometer á mansalva los más atroces excesos de rapacidad, licencia y crueldad. Vivía entregado á la más completa disipación, valiéndose de todo género de violencias para obtener ilícitas ganancias; no podían venderse las mercancías mientras Kirke no se negaba á adquirirlas, ni podía decidirse ninguna cuestión de derecho hasta que Kirke había sido sobornado. En una ocasión y sólo por satisfacer un infame capricho, derramó todo el vino encerrado en la bodega de un cosechero. Otra vez expulsó todos los judíos de Tánger, enviando dos de ellos á la Inquisición española, que en seguida los hizo quemar. Apenas se escuchaba una queja contra su férrea dominación, porque el odio era acallado por el terror. Dos personas que habían intentado resistírsele, aparecieron asesinadas, y fué opinión general que habían recibido la muerte de orden de Kirke. Cuando los soldados incurrían en su desagrado, los azotaba con despiadada crueldad; pero en cambio les perdonaba el dormir estando de guardia, recorrer las calles borrachos, robar, maltratar é insultar á los mercaderes y labradores. A consecuencia del abandono de Tánger, Kirke regresó á Inglaterra, continuando al frente de sus antiguos soldados, á quienes indistintamente se daba el nombre de primer regimiento de Tánger, ó regimiento de la Reina Catalina. Y como habían sido organizados para hacer la guerra á una nación infiel, ostentaba su bandera á modo de emblema cristiano el Cordero Pascual. Aludiendo á esta enseña y al mismo tiempo con amarga ironía llamaban á esta tropa, que era la soldadesca más ruda y feroz del ejército inglés, los *Corderos* de Kirke. Aquel regimiento, que hoy es el segundo de línea, aun conserva su antigua divisa, que casi ha desaparecido bajo las condecoraciones honrosamente

ganadas en Egipto, en España y en el corazón de Asia (1).

Tal era el capitán y tales los soldados que iban ahora á disponer á su arbitrio de los habitantes del condado de Somerset. De Bridgewater, Kirke se encaminó á Taunton. Seguíanle dos carros de heridos rebeldes, cuyas heridas aún no fueran curadas, y una larga cuerda de prisioneros á pie encadenados dos á dos. Antes de llegar á Taunton hizo ahorcar algunos de éstos sin formación de proceso, no permitiéndoles siquiera despedirse de sus más próximos parientes. El poste que sostenía la muestra de la posada del *Ciervo Blanco* sirvió de horca. Dícese que la obra de destrucción se llevó á cabo frente á las ventanas donde los oficiales del regimiento de Tánger celebraban alegre francachela, siendo cada brindis acompañado de la muerte de un desdichado. Cuando las piernas de los moribundos se agitaban en la última agonía, el coronel mandaba redoblar á los tambores. No quería que los rebeldes bailasen sin música. La tradición refiere que uno de los cautivos no pudo siquiera alcanzar la indulgencia de morir de muerte rápida. Dos veces fué suspendido del poste, y por dos veces cortaron la cuerda preguntándole si se arrepentía de su traición, á lo cual respondió una y otra vez, que si lo hecho pudiera volver á hacerse, no vacilaría. Entonces, suspendiéndole por última vez, le dieron muerte. Tantos eran los cadáveres descuartizados, que el ejecutor estaba completamente cubierto de sangre. Asistíale un pobre hombre de lealtad sospechosa, el cual hubo de salvar su vida haciendo hervir en un gran caldero los restos de sus amigos El aldeano que había consentido en

(1) Véase el *Diario* de Pepys, redactado en Tánger; *Historical Record of the Second or Queen's Royal Regiment of Foot.*

desempeñar tan horrible oficio, volvió más tarde á sus antiguas faenas, pero una marca semejante á la de Caín había caido sobre él. Era conocido en su aldea con el horrible nombre de *Tomás cuece-hombres*, y los rústicos relataban aún mucho tiempo después, que á pesar de haber evitado la venganza de los *Corderos* por medio de acción tan culpable y vergonzosa, no había podido escapar á la venganza de un poder superior. Durante una gran tempestad trató de guarecerse bajo un roble, y á los pocos momentos cayó muerto herido de un rayo (1).

No puede fijarse el número de los que perecieron en aquella carnicería. Nueve figuran en el registro parroquial de Taunton, pero allí sólo se mencionan los nombres de los que tuvieron sepultura cristiana. Grande debe haber sido el número de los ahorcados y de aquellos cuyas cabezas y miembros eran enviados á las aldeas vecinas. Era en Londres en aquel tiempo común opinión que en la semana siguiente á la batalla, Kirke hizo morir á cien prisioneros (2).

La crueldad, sin embargo, no era la única pasión de aquel hombre. Gustábale el dinero, y no era novicio en las artes de obtenerlo. Un salvoconducto podía alcanzarse por treinta ó cuarenta libras esterlinas; y si bien tal documento carecía de valor legal, servía al comprador para atravesar sin molestia los puestos de los Corderos, llegar á un puerto de mar y huir á país extraño. Los barcos que á la sazón se disponían á zarpar para la Nueva Inglaterra, llevaban tan gran número de pasajeros, fugitivos de Sedgemoor,

(1) *Bloody Assizes*; Burnet, I. 647; Luttrell's *Diary*, julio 15, 1685; Locke, *Western Rebellion*; Toulmin, *History of Taunton*, edicion de Savage.

(2) Luttrell's *Diary*, 15 de julio, 1685; Toulmin. *Historia de Taunton*.

que se temía que el agua y las provisiones fueran insuficientes (1).

Kirke era también, por manera feroz y salvaje conforme á su naturaleza, aficionado á los placeres, y nada hay más probable que emplease su poder con el propósito de satisfacer sus licenciosos apetitos. Referíase que había logrado vencer la virtud de una mujer hermosa, prometiéndola salvar la vida de un prisionero á quien ella estaba estrechamente unida, y después de haber satisfecho sus deseos, le mostró colgado de una horca el inanimado cuerpo de aquel por quien había sacrificado su honor. Este cuento debe ser rechazado por todo juez imparcial por carecer de prueba, pues su primera autoridad es un poema escrito por Pomfret. Los historiadores más respetables de aquella edad, al extenderse refiriendo los crímenes de Kirke, ó no hacen absolutamente mención de tan horrible maldad, ó la mencionan únicamente como cosa que se decía, pero que no llegó á probarse. Los que refieren la triste historia, por tal manera difieren entre sí, que la privan de todo título de crédito. Unos hacen de Taunton el lugar de la escena, mientras otros la colocan en Exeter. Dicen unos que la heroína del cuento era una doncella, mientras otros aseguran que era una mujer casada; y en cuanto á la persona por quien pagó el vergonzoso rescate, dicen unos que fué su padre, otros su hermano y otros su marido. Últimamente, esta historia mucho antes de nacer Kirke se había atribuído á otros opresores, siendo tema favorito de novelistas y autores dramáticos. Dos políticos del siglo XV, Rhynsault, favorito de Carlos el Temerario de Borgoña, y Oliver el Ciervo, que lo fué de Luis XI de Francia, habían sido acusados de igual

---

(1) Oldmixon, 705; *Vida y errores de Juan Dunton*, c. VII.

crimen. Cintio se valió de este asunto para una de sus novelas: Whetstone, aprovechando la narración de Cintio, escribió aquella ruda comedia de *Promos y Casandra*, y Shakespeare tomó de Whetstone el plan de su noble tragi-comedia *Medida por medida*. Y así como Kirke no había sido el primero, tampoco fué el último á quien se atribuyó popularmente este exceso de perversión. Durante la reacción que siguió á la tiranía de los jacobinos en Francia, acusábase de un crimen semejante á José Lebón, uno de los más odiosos agentes del Comité de Salvación pública, y después de examinado el asunto, declararon aún sus perseguidores que el cargo era infundado (1).

El Gobierno estaba descontento de Kirke, no por la barbarie con que había tratado á sus infelices prisioneros, sino á causa de la interesada blandura que había mostrado á los delincuentes ricos (2).

Pronto le llamaron del Oeste. Una matanza menos irregular, pero más cruel, iba á llevarse á cabo. Difirióse la venganza durante algunas semanas, por juzgar oportuno que la visita de los jueces á la región

---

(1) El silencio de Oldmixon y de los compiladores del *Martirologio de Occidente*, bastaría, á mi ver, para resolver la cuestion. Merece también notarse que fué Steele quien refirió la historia relativa á Rhynsault, en el número 491 del *Spectator*. Por otra parte, casi no puede creerse que si alguien conservase memoria en Inglaterra de crimen tan parecido al de Rhynsault, cometido por un oficial de Jacobo II, Steele, tan aficionado en todas ocasiones, viniere ó no á cuento, á hacer gala desus opiniones whigs, lo hubiese pasado por alto. Por lo que respecta á Lebón, véase el *Moniteur* de 4 messidor, año III.

(2) *Sunderland á Kirke*, julio 14 y 28, 1685. «Su Majestad, dice Sunderland, me ordena os manifieste el disgusto con que ha visto vuestra conducta en este particular, y desea cuidéis de que ninguno de los complicados en la rebelión se escape.» Justo es también añadir que en la misma carta se reconviene á Kirke por permitir á sus soldados vivir sin la menor sujeción á la disciplina.

occidental no comenzase hasta terminar en los otros distritos. Al mismo tiempo millares de prisioneros llenaban las cárceles de los condados de Somerset y Dorset. El principal amigo y protector de estos infelices en tal extremidad, era uno que aborrecía sus opiniones políticas y religiosas, cuya jerarquía ellos á su vez odiaban, y á quien habían hecho mal inmerecido; era, en suma, el obispo Ken. Aquel buen prelado empleaba toda su influencia en ablandar á los carceleros, separando cuanto podía de los beneficios episcopales á fin de aumentar y mejorar el insuficiente y mal acondicionado alimento de aquellos que habían mutilado su idolatrada catedral. Su conducta en esta ocasión estaba en perfecto acuerdo con toda su vida anterior. Cierto que oscurecían su inteligencia muchas supersticiones y prejuicios, pero su carácter moral, considerado imparcialmente, puede parangonarse con el más ilustre de la Iglesia católica, y parece acercarse, al menos en cuanto permite la imperfección humana, á la ideal perfección de cristiana virtud (1).

---

(1) Mucho me alegraría poder dar crédito á la tradición popular, según la cual, Ken, no bien terminada la batalla de Sedgemoor, hizo presente á los jefes del ejército real la ilegalidad de las ejecuciones militares. No dudo que á encontrarse allí emplearía todo su poder en defensa de la ley y la clemencia. Pero no hay ningún testimonio digno de crédito que haga constar su presencia en el Oeste á la sazón. Vese, por el contrario, que el martes anterior á la batalla estaba en Westminster, según certifica el *Diario de la Cámara de los Lores*; y es igualmente cierto que el lunes después de la batalla estaba con Monmouth en la Torre.

XLVI.

JEFFREYS ENCARGADO DE JUZGAR Á LOS REBELDES.

Su obra de amor no fué de larga duración. Acercábase el momento de juzgar á los detenidos en las cárceles. A principios de setiembre, Jeffreys, acompañado de otros cuatro jueces, empezó aquella famosa visita del distrito occidental, cuya memoria durará tanto como nuestra raza y nuestra lengua. Los oficiales encargados del mando de las tropas en los distritos que iba á recorrer tenían orden de facilitarle toda ayuda militar que solicitase. Su feroz carácter no necesitaba acicate; sin embargo, en esta ocasión tampoco le faltó. La salud y la fuerza de ánimo comenzaban á abandonar al lord Canciller, á quien había mortificado en extremo la frialdad del Rey y la insolencia del Chief Justice, no quedándole siquiera el consuelo de recordar su vida pasada, que si no estaba ennegrecida por ningún crimen atroz, habíase manchado con la cobardía, el egoísmo y la servidumbre. Tan humillado se veía el infeliz, que cuando por última vez se presentó en Westminster, ocultaba el rostro tras un ramillete, porque, según después confesó, no podía resistir las miradas de los jueces y del público. El espectáculo de su próximo fin parece haberle inspirado inusitado valor. Determinó descargar su conciencia, para lo cual solicitó una audiencia del Rey, en la que se expresó con gran energía, hablando de los peligros inseparables de las medidas violentas y arbitrarias, y condenando las ilegales crueldades cometidas por los soldados en el Somersetshire. Poco

después se retiró de Londres y murió. Exhaló el último aliento á los pocos días de salir los jueces para el Oeste. Inmediatamente se notificó á Jeffreys que podía esperar el gran sello como recompensa de fieles y leales servicios (1).

XLVII.

PROCESO DE ALICIA LISLE.

Winchester fué el lugar elegido por el Chief Justice para dar principio á su cometido. No había sido el Hampshire teatro de la guerra, pero muchos de los vencidos rebeldes habían huído allí, siguiendo el ejemplo de su jefe: dos de estos fugitivos, Juan Hickes, teólogo disidente, y Ricardo Nelthorpe, abogado, que había sido declarado fuera de la ley por su participación en la conjura de Rye House, se habían refugiado en casa de Alicia, viuda de Juan Lisle. Este Juan Lisle había sido miembro del Parlamento largo y del Tribunal Supremo de Justicia; fué Comisario del Gran Sello en tiempo de la república, y había sido hecho lord por Cromwell. Los títulos concedidos por el protector no habían sido reconocidos por ningún Gobierno de cuantos rigieron los destinos de Inglaterra desde la caída de su casa. Mas, á lo que parece, se usaban con frecuencia en la conversación aun por los mismos realistas. La viuda de Juan Lisle era generalmente conocida con el nombre de lady

---

(1) North, *Vida de Guildford*, 260, 263, 273; Mackintosh, *Reseña del reinado de Jacobo II*, pág. 16, nota; *Carta de Jeffreys á Sunderland*, 5 de setiembre, 1685.

Alicia. Estaba emparentada con muchas familias respetables, algunas de las cuales pertenecían á la aristocracia, y era generalmente estimada aun de los *caballeros* tories de su Condado, pues de todos era bien sabido que había lamentado mucho algunos actos de violencia en que su marido había tomado parte, que había derramado acerbo llanto por Carlos I y había protegido y ayudado á muchos *caballeros* en los días de desgracia. Y aquella misma ternura femenil que le había hecho tratar como amigos á los realistas en la época de su desdicha, no le permitía negar alimento y un sitio donde esconderse á los desgraciados que ahora acudían á ella en busca de protección. Ella les recibió en su casa, les dió de comer y beber, y les señaló un sitio para que descansasen. A la mañana siguiente su casa estaba rodeada de soldados. Verificóse escrupuloso registro; Hickes fué encontrado oculto en la bodega de la cerveza, y Nelthorpe en la chimenea. Si lady Alicia sabía que sus huéspedes estaban complicados en la insurrección, era indudablemente reo de lo que en todo el rigor de la ley constituye un crimen capital. Pues la ley que establece distinción entre lo principal y lo accesorio, en lo relativo á alta traición, se hallaba entonces y se halla aún en nuestros días, en estado deshonroso para la jurisprudencia inglesa. En todos los demás crímenes establece la ley una distinción entre lo principal y lo accesorio, fundada en la razón y la justicia. El que oculta á las pesquisas de la autoridad á un asesino, si bien merece castigo, no merece ser castigado como el que ha cometido el asesinato; pero el que alberga á un traidor es, según todos nuestros juristas, reo de alta traición. No es necesario hacer ver el absurdo y crueldad de una ley que comprende bajo la misma definición y castiga con la misma pena delitos colocados en

los extremos opuestos de la escala de la criminalidad. El sentimiento que hace retroceder al súbdito más leal ante la idea de entregar á vergonzosa muerte al rebelde que, acosado, perseguido y lleno de mortal angustia, le pide un pedazo de pan y un vaso de agua, puede ser una debilidad que se acerca mucho á la virtud; debilidad que, dada la naturaleza humana, apenas podemos suprimir sin suprimir con ella muchos de los más nobles y delicados sentimientos. Un gobernante bueno y sabio no puede, en justicia, sancionar tal debilidad; pero debe, en general, tolerarla ó castigarla muy levemente. En ningún caso deberá tratarla como si fuera un crimen de la peor especie. Compréndese que entre los legistas se dispute si es ó no justificable el proceder de Flora Macdonald al ocultar al heredero de los Estuardos, acusado de alta traición, ó, viniendo á nuestros días, que se califique diferentemente la conducta del bravo soldado que contribuyó á la fuga de Lavalette; pero asimilar tales hechos á los crímenes de Guy Faux y Fieschi, es un ultraje á la humanidad y al sentido común. Y sin embargo, tal es la clasificación de nuestra ley. Es evidente que sólo una administración blanda podía hacer tolerable tal estado de la ley, y en justicia debe decirse que, por espacio de muchas generaciones, ningún Gobierno inglés, á excepción de uno solo, ha tratado con rigor á aquellos cuya falta consistía solamente en haber dado albergue á insurgentes desertados y fugitivos. Las mujeres especialmente habían gozado, por una especie de prescripción tácita, el derecho de ejercer, en medio del furor y la venganza, aquella compasión que es el más preciado de todos sus encantos. Desde el principio de la gran guerra civil, numerosos rebeldes, algunos de mucha más importancia que Hickes ó Nelthorpe, habían sido protegidos contra la severidad

de Gobiernos victoriosos, por la destreza y generosidad femeniles. Pero ningún gobernante inglés que de este modo vió burlados sus propósitos, á excepción tan sólo del salvaje é implacable Jacobo, había incurrido en la barbarie ni aun de pensar en condenar á una dama á muerte cruel y vergonzosa por tan venial y disculpable delito.

No obstante ser la ley tan odiosa, aún llegaron á torturarla con el solo fin de causar la ruina de Alicia Lisle. No podía, según la doctrina sustentada entonces por la más alta autoridad, ser declarada convicta hasta después de haberlo sido los rebeldes á quienes había dado asilo (1). Sin embargo, fué llevada ante el Tribunal antes que Hickes y Nelthorpe fuesen juzgados. No era empresa fácil en ocasión semejante encontrar quien declarase contra la Corona. Los testigos prevaricaron. El Jurado, compuesto de los principales habitantes del Hampshire, retrocedía ante la idea de enviar una débil mujer á la muerte por una conducta que más parecía digna de elogio que de censura. La rabia puso á Jeffreys fuera de sí. Este era el primer caso de traición del distrito, y, según parecía, era muy probable que la presa se le escapase de entre las garras. Juraba, maldecía y empleaba un lenguaje que ningún hombre bien nacido hubiera usado ni aun en las carreras de caballos ni en las riñas de gallos. Un testigo llamado Dunne, en parte por lo que respetaba á Alicia Lisle, y en parte por miedo á las amenazas y maldiciones del Chief Justice, se aturdió en términos de no poder pronunciar una palabra. «*¡Oh cuán dura es la verdad y cuánto le cuesta decirla á un tunante embustero presbiteriano!*» El tes-

(1) Véase el preámbulo á la ley del Parlamento que revocaba su acusación.

tigo, después de una pausa de algunos minutos, balbució algunas palabras sin sentido. «*¿Hase visto*, exclamó el juez con una imprecación, *hase visto nunca villano como éste en toda la haz de la tierra? ¿Crees en Dios? ¿Crees en el fuego del infierno? Muchos testigos he visto, pero nunca encontré ninguno como tú.*» Y como el pobre hombre, completamente trastornado, permanecía en silencio, Jeffreys prorrumpió nuevamente: «*Espero, señores del Jurado, que no olvidéis el horrible comportamiento de este individuo. ¿Cómo es posible no aborrecerlos á ellos y á su religión? Un turco pasaría por santo, comparado con un tuno como éste. Un pagano se avergonzaría de acción tan infame. ¡Oh buen Jesús! ¿Entre qué generación de víboras vivimos?—Milord, yo no sé qué decir,*» balbució Dunne. El juez prorrumpió de nuevo en una lluvia de imprecaciones. «*¿Hase visto jamás*, exclamaba, *tuno más desvergonzado? Acercadle la luz al rostro para que podamos ver su faz de bronce. Vosotros, señores abogados de la Corona, haced que se formule acusación de falso testimonio contra ese miserable.*» Después de haberse portado de este modo con los testigos, hízose llamar á lady Alicia para que se defendiese. Empezó diciendo, lo cual puede muy bien ser cierto, que si bien sabía que Hickes andaba perseguido, cuando le recibió en su casa no tenía noticia, ni aun sospechaba, que estuviese complicado en la rebelión. Era sacerdote, y como tal, hombre de paz, por lo que nunca se le había ocurrido á ella que se hubiese levantado en armas contra el Gobierno. Había supuesto que él deseaba ocultarse por haber dado orden de prenderle á causa de sus predicaciones en el campo. El Chief Justice empezaba ya á enfurecerse. «*Pero vamos á ver, ¿hay acaso uno solo de esos embusteros aulladores miserables presbiterianos, que de un modo ó de otro no haya tenido parte en la rebelión? El presbiterianismo lleva en sí toda maldad. Sólo tales doctrinas*

podían haber hecho de Dunne tunante tan redomado. Enseñadme un presbiteriano, y yo os enseñaré un pícaro embustero.» Y así continuó, en el mismo estilo, declamando por espacio de una hora contra whigs y disidentes, y recordando al Jurado que el marido de la acusada había tenido parte en la muerte de Carlos I, hecho que por ningún testimonio se había probado, y que, aun cuando fuese cierto, no tenía nada que ver con la acusación actual. El Jurado se retiró, permaneciendo largo rato en consulta. El Juez se impacientaba diciendo que no concebía cómo en una cuestión tan clara se hubieran siquiera levantado de los bancos. Envió á decirles que si no volvían inmediatamente aplazaría el juicio y los dejaría encerrados toda la noche. Hostigados de este modo, vinieron solamente á decir que la acusación no resultaba probada. Jeffreys disputó con ellos con gran vehemencia, y después de nueva consulta, dieron con gran repugnancia el veredicto de culpabilidad.

A la mañana siguiente se pronunció la sentencia. Jeffreys lo dispuso todo para que aquella misma tarde Alicia Lisle fuese quemada viva. Este exceso de barbarie sublevó la piedad é indignación aun de la clase más devota á la Corona. El clero de la catedral de Winchester reclamó ante el Chief Justice, quien, aun que muy brutal, no era tan loco que se arriesgase á una querella por tal asunto con una corporación tan respetada del partido tory. Consintió, pues, en aplazar la ejecución para de allí á cinco días, en cuyo tiempo los amigos de la sentenciada imploraron de Jacobo merced para ella. Damas de alto rango interpusieron toda su influencia; Feversham, cuya reciente victoria había aumentado su valimiento en la corte, y quien, según se dice, fuera sobornado, habló también en su favor, y hasta el mismo Charendon,

cuñado del Rey, intercedió por ella. Pero todo fué en vano; lo más que pudo obtenerse fué una conmutación de la pena, ordenando que en vez de ser quemada fuese decapitada. Ejecutóse la sentencia en un cadalso levantado en la plaza de Winchester, y la desdichada sufrió la muerte con sereno valor (1).

XLVIII.

EL TRIBUNAL SANGRIENTO.

(The Bloody Assizes.)

En el Hampshire, Alicia Lisle fué la única víctima; pero al día siguiente de su ejecución Jeffreys llegaba á Dorchester, principal ciudad del condado donde desembarcó Monmouth, y la matanza judicial empezó entonces.

De orden del Chief Justice, las paredes de la sala del Tribunal estaban cubiertas de tela escarlata, innovación que la multitud juzgó alusiva á los sangrientos propósitos del juez. Corría también el rumor que cuando el clérigo encargado de pronunciar el sermón antes que el Tribunal empezase sus tareas, les hacía presente el deber de la indulgencia, la más horrible sonrisa había contraído la feroz boca del Chief Justice. Todas estas cosas parecían al pueblo otros tantos augurios de lo que iba á suceder (2).

---

(1) Proceso de Alicia Lisle, en la *Colección de causas de Estado;* Stat, 1 Gul y Mar.; Burnet, I, 649; *Caveat against the whigs.*

(2) *Bloody Assizes.*

Más de 300 prisioneros debían comparecer ante el Tribunal. La tarea parecía pesada, pero Jeffreys encontró medio de aligerarla. Dió á entender que el único modo de alcanzar perdón ó mejora en la sentencia era declararse culpables. Veintinueve acusados que apelaron al Jurado fueron sentenciados, y ahorcados sin dilación. Los demás prisioneros se declararon culpables casi en masa. Doscientos noventa y dos fueron condenados á muerte. El número total de los ahorcados en el condado de Dorset ascendió á setenta y cuatro.

De Dorchester se encaminó Jeffreys á Exeter. La guerra civil apenas había pasado de la frontera del Devonshire. Aquí, por lo tanto, comparativamente, pocos sufrieron la pena capital. El condado de Somerset, principal asiento de la rebelión, había sido reservado para la última y más temible venganza. En este condado doscientos treinta y tres prisioneros fueron en espacio de pocos días ahorcados y descuartizados. Doquiera se cruzaban dos caminos, en todas las plazas donde se celebraban mercados, en las verdes praderas inmediatas á las aldeas que habían dado soldados al ejército de Monmouth, cadáveres encadenados pendían de la horca, haciendo al agitarlos el viento temeroso ruido, ó cabezas y miembros fijos en largas estacas envenenaban el aire y llenaban de horror al viajero. En muchas parroquias no podían reunirse los aldeanos en la casa de Dios sin ver el lívido rostro de algún vecino, que sobre el pórtico parecía contemplarlos. El Chief Justice estaba como nunca en su elemento, y á medida que la obra de destrucción iba adelante, parecía aumentar su regocijo y crecer su buen humor. Se reía, gritaba, bromeaba y juraba de tal modo, que muchos le creían ébrio de la mañana á la noche. Pero en él no era fácil distinguir

la locura producida por las malas pasiones de la locura producida por el alcohol. Un prisionero afirmó que no podía concederse crédito á los testigos que se presentaron á declarar contra él. Uno de ellos era papista y otro una prostituta. «*¿Cómo es eso, desvergonzado rebelde?* exclamó el juez. *¡Objetar contra los testigos del Rey! Ya te estoy viendo, villano, ya te estoy viendo con la cadena al cuello.*» Otro produjo testimonio de ser buen protestante. «*¡Protestante!* dijo Jeffreys. *Querréis decir presbiteriano. Apostaría cualquier cosa. ¡Si á cuarenta millas conozco yo á un presbiteriano!*» Un desdichado llegó á inspirar lástima aun á los más exaltados toríes. «*Milord,* dijeron, *este infeliz vive de las limosnas de la parroquia.—No os inquieteis,* dijo el juez; *yo libraré á la parroquia de la carga.*» Y no solo mostraba su furia en los prisioneros. Caballeros y nobles de alto rango é inmarcesible lealtad que se atrevían á comunicarle cualquier circunstancia atenuante, casi podían estar seguros de recibir lo que él llamaba en el grosero dialecto que había aprendido en las tabernas de Whitechapel, «una caricia con el lado áspero de la lengua.» Lord Stawell, gran señor tory, que no podía disimular su horror ante la indiferencia con que se hacía la más espantosa carnicería de sus vecinos, fué castigado colocando un cadáver suspendido de las cadenas á la puerta de su parque (1). Tales espectáculos dieron origen á multitud de terroríficas historias, que se referían entre los aldeanos del condado de Somerset, después de la cidra, sentados en torno de las hogueras de Navidad. Hace cuarenta años aun había en algunos distritos muchos paisanos conocedores de cuantos sitios conservaban sangrientas memorias de aquel tiempo, y después de la puesta

(1) Locke's *Western Rebellion.*

del sol apenas se atrevían á cruzar por tan tristes lugares (1).

Jeffreys se alababa de haber ahorcado más traidores que todos sus predecesores juntos, desde la conquista normanda. Es cierto que el número de personas ejecutadas en un mes y en solo un condado era mucho mayor que el de todos los reos políticos ejecutados en nuestra Isla desde la revolución. Las rebeliones de 1715 y 1745 fueron de mayor duración, más importantes y de aspecto más formidable que la vencida en Sedgemoor. Generalmente nadie ha creído que así después de la rebelión de 1715, como después de la de 1745, haya pecado la casa de Hannover de exceso de clemencia, y sin embargo, el número de ejecuciones de 1715 y 1745 reunidas, parecerá muy corto comparado con las que deshonraron el *Tribunal Sangriento*. El número de rebeldes que en su visita hizo ahorcar Jeffreys ascendió á trescientos veinte (2).

Tan horrible matanza se haría repugnante aun en el caso de ser los pacientes empedernidos criminales. Pero en su mayor parte eran hombres de vida intachable, y profesaban las más altas ideas religiosas. Eran considerados por ellos mismos y por gran parte de sus vecinos, no como malhechores, sino como mártires que habían sellado con su sangre la verdad de la religión protestante. Muy pocos entre los convictos manifestaron arrepentimiento por lo que habían hecho. Muchos, animados del antiguo espíritu purita-

(1) Puedo certificar la verdad de esto con los recuerdos de mi niñez.

(2) Lord Lonsdale dice que fueron setecientos; Burnet seiscientos. He seguido la lista que los jueces enviaron al Tesoro y que aun puede verse en el *Letter book* de 1685. Véanse *Bloody Assizes*; Locke *Western Rebellion*; *The Panegyric on Lord Jeffreys*; Burnet, I, 648; Eachard, III, 775; Oldmixon, 705.

no, iban á la muerte, no sólo con serenidad, sino llenos de entusiasmo. En vano los ministros de la Iglesia anglicana les amonestaban acerca del pecado de la rebelión y de la trascendencia de la absolución sacerdotal. El poder del Rey, cuya autoridad no tiene límites en las cosas temporales, y la pretensión del clero en cuanto al poder espiritual de atar y desatar, excitaba el más acerbo desdén en los más intrépidos sectarios, algunos de los cuales componían himnos en el calabozo, que entonaban en el trance fatal. «Cristo—cantaban al despojarse de sus vestidos para sufrir la muerte—vendrá muy pronto á rescatar á Sión y hacer la guerra á Babilonia, desplegará su estandarte, hará sonar su trompeta, y sus enemigos sufrirán diez veces todo el mal que han hecho sufrir á sus siervos.» Las últimas palabras de aquellos hombres se anotaban, guardábanse como tesoros sus cartas de despedida, y de este modo, ayudando algo la fábula y la exageración, se formó un copioso suplemento al martirologio de la Reina María (1).

XLIX.

ABRAHAM HOLMES.—CRISTOBAL BATTISCOMBE.

Algunos de los procesados merecen particular mención. Abraham Holmes, oficial del ejército parlamenrio, y uno de aquellos fanáticos que no conocían otro rey que Jesús, había caído prisionero en Sedgemoor. En la batalla se había mutilado horriblemente un

(1) Pueden verse algunas oraciones, himnos y exhortaciones de los reos en las *Bloody Assizes.*

brazo, y como no se encontrase ningún cirujano, el bravo veterano se lo había amputado por sí mismo. Fué llevado á Londres é interrogado por el mismo Rey en el Consejo, pero no quiso someterse á los deseos del Soberano. «*Soy ya viejo,* exclamó, *y lo que me queda de vida no vale la pena de una falsedad ó una bajeza. Siempre he sido republicano y continúo siéndolo.*» Fué enviado al Oeste, donde le ahorcaron. El pueblo notó con terror y admiración que las bestias que tiraban de la carreta donde le conducían á la horca se negaron á andar, y al contrario retrocedieron. El mismo Holmes no dudaba que el Angel del Señor, como en los antiguos tiempos, se había aparecido en mitad del camino con la espada desnuda, invisible á los ojos humanos, pero visible á los animales inferiores. «*Deteneos, señores,* exclamó, *dejadme ir á pie. Hay en esto más de lo que pensáis. Acordaos de aquel asno que vió lo que no podía ver el profeta.*» Y echó á andar con varonil esfuerzo. Arengó sonriendo al pueblo, pidió á Dios con fervor que apresurase la caída del Antecristo y la liberación de Inglaterra, y subió la escala disculpándose de la torpeza de sus movimientos, diciendo: «*Ya lo veis, no tengo más que un brazo*» (1).

No fué menos animosa la muerte de Cristobal Battiscombe, joven estudiante de leyes de buena familia y posición desahogada, el cual en Dorchester, ciudad de provincia orgullosa de su cultura y refinamiento, era mirado por todos como acabado modelo de caballeros. Mediaron grandes influencias para salvarle, y se creía en todo el Oeste que estaba en relaciones con

---

(1) *Bloody Assizes;* Locke's *Western Rebellion;* Lord Lonsdale's *Memoirs; Relación de la batalla de Sedgemoor,* en Hardwicke, *Papers.*

Lo que refiere Clarke en su *Vida de Jacobo II,* tomo II, 43, no pertenece al manuscrito del Rey, y por sí sólo se refuta.

una joven dama de noble sangre, hermana del Sheriff, la cual se arrojó á los pies de Jeffreys implorando merced, y á quien Jeffreys contestó con un chiste tan grosero y horrible que repetirlo sería una ofensa á la humanidad y al decoro. El infortunado amante sufrió en Lyme la muerte con piedad y buen ánimo (1).

L.

LOS HERMANOS HEWLING.

Más profundo interés excitó todavía la suerte de dos valerosos hermanos, Guillermo y Benjamín Hewling. Ambos eran jóvenes, galanes, corteses y de buena familia. Su abuelo materno, llamado Kiffin, era uno de los primeros comerciantes de Londres, y generalmente se le consideraba como jefe de los Baptistas. El comportamiento del Chief Justice con Guillermo Hewling en el proceso fué por todo extremo brutal. «*Tenéis un abuelo*, le dijo, *que merece ser ahorcado como vos*.» El pobre mancebo, que sólo tenía diez y nueve años, sufrió la muerte con tal resignación y fortaleza, que un oficial del ejército que asistía á la ejecución, y era conocido por su natural severo y cruel, se retiró conmovido diciendo: «*No creo que el mismo milord Chief Justice podría contemplar sin emoción tal espectáculo*.» Algunos abrigaban la esperanza de que Benjamín sería perdonado, juzgando bastante sacrificio para una sola familia una víctima de pocos años, y aun el mis-

---

(1) *Bloody Assizes*; Locke's *Western Rebellion*; *Humilde Petición de las viudas y huérfanos del Occidente de Inglaterra*; *Panegírico de lord Jeffreys*.

mo Jeffreys parecía inclinado, ó al menos así lo fingía, á la indulgencia. Lo cierto es que uno de sus parientes, de quien esperaba un rico legado y al cual, por tanto, no podía tratar como á cualquier otro intercesor, mostraba gran interés por la afligida familia. Se concedió tiempo para acudir á Londres, y la hermana del prisionero se presentó en Whitehall con una petición. Muchos cortesanos le deseaban buen éxito, y Churchill, entre cuyas numerosas faltas no ha de contarse la crueldad, obtuvo una audiencia para ella. «*Deseo con todo mi corazón que salgáis bien de vuestro empeño*, le dijo, mientras estaban en la antecámara; *pero no abriguéis muy lisonjeras esperanzas. Este mármol*, y puso la mano sobre el de la chimenea, *no es más duro que el corazón del Rey.*» La predicción salió cierta. Jacobo fué inexorable. Benjamín Hewling murió con sereno valor en medio de las lamentaciones de la multitud, á las que se unían las de los mismos soldados que daban guardia alrededor de la horca (1).

Y aun no eran tan dignos de lástima los rebeldes condenados á muerte como los que les sobrevivían. Algunos prisioneros, contra los cuales no pudiera Jeffreys hacer constar el delito de alta traición, fueron convictos de desacato y sentenciados á flagelaciones no menos terribles que las sufridas por Oates. Una mujer, por algunas palabras sin importancia, semejantes á las que, sin duda, habían pronunciado casi todas las mujeres de los distritos donde había estalla-

(1) Respecto á los Hewlings, he seguido las *Memorias* de Kiffin y la narración de Mr. Hewling Luson, que se hallará en la segunda edición de la *Correspondencia* de Hughes, tom. II, Apéndice. Las descripciones que traen Locke, *Western Rebellion*, y el *Panegírico de lord Jeffreys*, estan llenas de errores. Gran parte de la descripción de las *Bloody Assizes* fué escrita por Kiffin, y palabra por palabra conviene con sus *Memorias*.

do la guerra, fué condenada á la pena de azotes en todos los mercados del condado de Dorset. La infeliz sufrió parte de su castigo antes que Jeffreys volviese á Londres; mas no bien partió del Oeste, los carceleros, con la humana connivencia de los magistrados, no vacilaron en cargar con la responsabilidad de evitarla nuevos tormentos. Más terrible fué aún la sentencia que recayó en un mancebo llamado Tutchin, acusado de haber proferido palabras sediciosas. Como de ordinario, fué interrumpido por el juez al defenderse de los cargos de sedición y malas costumbres. «*Sois un rebelde, y todos en vuestra familia lo han sido desde Adán. Dícenme que sois poeta: recitaréis versos conmigo.*» Fué sentenciado el joven á siete años de prisión, en cuyo tiempo debía ser azotado anualmente por todos los mercados del Condado de Dorset. Las mujeres que asistían al juicio no pudieron contener el llanto. El secretario que anotaba la sentencia se levantó lleno de turbación, y dijo: «*Milord, el prisionero es muy joven. En nuestro Condado hay muchas ciudades donde se celebran mercados, y esta sentencia significaría que por espacio de siete años habría que azotarle cada quince días.—Si el acusado es joven*, dijo Jeffreys, *es muy viejo en picardías. Señoras, vosotras no conocéis al miserable tan bien como yo. El castigo no es ni la mitad de lo que él se merece. Toda Inglaterra que intercediera por él, no lograría alterar la sentencia.*» Tutchin, en su desesperación, solicitó, y tal vez su petición era sincera, ser ahorcado. Por fortuna para él, precisamente entonces fué atacado de la viruela, siendo desahuciado por los médicos. Como en modo alguno parecía probable que la sentencia se ejecutase, el Chief Justice consintió en modificarla, gracias á un donativo que redujo al prisionero á la indigencia. El carácter de Tutchin, ya no de suyo muy blando, fué exasperado hasta el frenesí por el trato reci-

bido. Vivió aún mucho tiempo, siendo conocido entre los más exaltados é implacables enemigos de la casa de los Estuardos y del partido tory (1).



LI.

REBELDES DEPORTADOS.

El número de rebeldes deportados por Jeffreys ascendió á ochocientos cuarenta y uno. Estos infelices, pues lo fueron aún mucho más que los condenados á muerte, fueron distribuídos en bandas y cedidos á personajes que disfrutaban gran favor en la corte. Las condiciones de la donación eran trasportarlos como esclavos allende el mar, no pudiendo ser emancipados antes de diez años, y siendo el lugar de su destierro cualquier isla en las Indias Occidentales. Este último artículo había sido redactado con todo intento para agravar la desdicha de los desterrados. En la Nueva Inglaterra ó en la Nueva Jersey encontrarían una población que les daría benévola acogida y un clima no desfavorable á su salud y vigor. Y por esto mismo se determinó enviarlos á colonias donde un puritano podía esperar muy pocas simpatías, y donde el clima destruye en poco tiempo la salud del labrador nacido en la zona templada. Era tal el estado del mercado de esclavos en aquella época, que estos infelices, con ser tan largo el viaje y hallarse expuestos á tantas enfermedades, fueron considerados como de gran valor. Jeffreys calculaba que des-

(1) Véase en las *Bloody Assizes* la descripción de su causa, escrita por el mismo Tutchin.

pués de cubiertos todos los gastos, vendría á salir cada uno á diez ó quince libras esterlinas. Había, por tanto, muy ruda competencia para las concesiones, y algunos toríes del Oeste creían que por sus servicios y sufrimientos durante la insurrección tenían derecho á participar de los beneficios de que con tal avidez se apoderaban los cortesanos de Whitehall, los cuales, sin embargo, quedaron victoriosos (1).

La desgracia de los desterrados no era menor que la de los negros que actualmente (2) son conducidos del Congo al Brasil. Resulta de las más fidedignas noticias que nos es dado consultar, que más de la quinta parte de los embarcados fueron á servir de pasto á la voracidad de los tiburones, antes de terminar el viaje. Los cargamentos de carne humana eran amontonados en las bodegas de pequeños bajeles, y tan limitado era el espacio destinado á aquellos infelices, que muchos, cuyas heridas aun no estaban curadas, no podían acostarse al mismo tiempo, á menos de amontonarse unos sobre otros. No se les permitía en absoluto subir á cubierta. La escotilla estaba constantemente vigilada por centinelas armados de sables y carabinas. Abajo, en el calabozo, todo era oscuridad, hedor, lamentaciones, enfermedad y muerte. De noventa y nueve deportados que iban en el mismo barco, veintidos murieron antes de llegar á Jamaica, á pesar de haber hécho el viaje con inusitada rapidez. Los demás, cuando llegaron á su destino parecían esqueletos. Por espacio de algunas semanas, su único alimento había consistido en galleta de la peor clase y agua corrompida, y aun esto con tal escasez,

(1) *Sunderland á Jeffreys*, set. 14, 1685; *Jeffreys al Rey*, set. 19, 1685, en el *State Paper Office*.

(2) Esto se escribía en 1849.—N. del T.

que uno solo podía fácilmente consumir la ración de cinco de sus compañeros. Y así fué el llegar de tal modo, que el comerciante á quien iban consignados se vió en el caso de hacerlos engordar antes de ponerlos á la venta (1).

LII.

CONFISCACIONES Y VIOLENCIAS EJERCIDAS CON LOS REBELDES.

En tanto, la hacienda, así de los rebeldes que habían sufrido la muerte, como la de aquellos desgraciados cuya salud se marchitaba bajo el sol tropical, era devastada y entrada á saco por una multitud de ávidos acusadores. Según la ley, todo reo de alta traición quedaba sujeto á la pérdida de sus bienes; y esta ley se extremó después del Tribunal Sangriento con rigor al mismo tiempo cruel y ridículo. Las desoladas viudas y abandonados huérfanos de los labradores cuyos cadáveres se veían colgados en las encrucijadas de los caminos, eran llamados por los agentes del Tesoro á responder de un cesto, de un ganso, de un tocino, de un odre de cidra, de un saco de avena ó de un haz de heno (2). Mientras los em-

(1) La mejor descripción de los sufrimientos de los rebeldes deportados se hallará en la curiosísima narración escrita por Juan Coad, carpintero honrado y temeroso de Dios que formaba en las tropas de Monmouth: fué mal herido en Philip Norton, juzgado por Jeffreys y enviado á Jamaica. A la bondad de Mr. Phippard, su actual poseedor, debo el conocer el manuscrito original.

(2) En los libros del Tesoro se conservan algunas cartas del otoño de 1685, mandando hacer pesquisas por insignificancias como las citadas.

pleados inferiores del Gobierno saqueaban las familias de los paisanos asesinados, el Chief Justice acumulaba apresuradamente una fortuna, fruto del despojo de los acomodados whigs. Traficaba en gran escala con los perdones, y el negocio más lucrativo de esta clase lo hizo con un caballero llamado Edmundo Prideaux. Cierto que éste no se había levantado en armas contra el Gobierno, y es probable que su solo crimen fuese la riqueza heredada de su padre, eminente legista que había ocupado altos puestos en tiempo del Protector. Nada se omitió para formular acusación contra Prideaux, y se ofreció el perdón á algunos prisioneros con tal de declarar en contra suya. El desdichado estuvo mucho tiempo en la cárcel, y, por último, vencido del temor de la horca, consintió en pagar quince mil libras esterlinas á cambio de la libertad. Recibió Jeffreys esta gran suma, y con ella compró una finca, á que el pueblo dió el nombre de «Aceldama,» en recuerdo del campo maldito comprado con el precio de sangre inocente (1).

Asistíanle hábilmente en sus despojos la multitud de parásitos que de ordinario le acompañaban en sus orgías. Era la ocupación de estos hombres hacer buenos negocios con los acusados, para lo cual se valían del imponente terror de la muerte, y negociar también con los padres, que temblaban por la suerte de sus hijos. Una parte del despojo fué abandonada por Jeffreys á sus agentes. Dícese que durante una orgía arrojó por encima de la mesa á uno de sus compañeros de francachela el perdón de un rico traidor. No había otro recurso ni intercesión más segura que la de sus parásitos, pues guardaba el lucrativo monopo-

(1) *Commons' Journals*, oct. 9, nov. 10, dic. 26, 1690; Oldmixon, 106; *Panegyric on Jeffreys*.

lio del perdón con celoso cuidado, y aun se sospecha que envió á algunas personas á la horca, solamente por haber implorado la real clemencia valiéndose de mediadores que no estaban en relación con él (1).

LIII.

RAPACIDAD DE LA REINA Y DE SUS DAMAS.

Algunos cortesanos, sin embargo, intentaron obtener participación en tan infame tráfico. Distinguíanse principalmente las damas de la Reina por la rapacidad y dureza de corazón. Parte de la deshonra que cayó sobre ellas, corresponde á su señora, pues solamente á causa de la relación en que estaban con ella pudieron enriquecerse con tan odioso comercio, y no puede haber la menor duda que con un gesto ó una palabra hubiera podido la Reina recordarles el cumplimiento de su deber; pero en realidad ella las alentaba con el mal ejemplo, si no con su aprobación expresa. Según parece, era la Reina de aquellas personas que sobrellevan la adversidad mejor que la buena fortuna. Mientras su marido fué súbdito y desterrado, y no podía aspirar á ningún empleo público, y se halló en gran peligro de verse privado de la herencia á que su nacimiento le daba derecho, la humildad y suavidad de su maneras le granjeaban la benevolencia aun de aquellos que más aborrecían su religión. Mas no bien llegó el tiempo de la prosperidad, desapareció su buen carácter. La humilde y afa-

(1) *Vida y muerte de Lord Jeffreys*; *Panegírico de Jeffreys*; Kiffin's *Memoirs*.

ble Duquesa se tornó en altiva y orgullosa Reina (1). Las desgracias que posteriormente hubo de sufrir, la hicieron en cierto modo interesante; pero ¡cuánto no hubiera crecido aquel interés si pudiera demostrarse que en la época de su grandeza salvó ó siquiera intentó salvar una sola víctima de la más devastadora proscripción que jamás se ha visto en Inglaterra! Desgraciadamente, la única petición, tocante á los rebeldes, de que hay noticia, fué que se le concediesen ciento de los sentenciados á esclavitud (2). El provecho que ella obtuvo del cargamento humano, aun descontando por largo los que murieron de hambre y fiebre durante la travesía, no puede estimarse en menos de mil guineas. No debe, pues, admirarnos que sus damas imitasen conducta tan indigna de una princesa y crueldad tan impropia de una mujer. Lograron obtener mil libras esterlinas de Rogerio Hoare, comerciante de Bridgewater, que había contribuído con su dinero á la caja militar del ejército rebelde. Pero la presa en que más ávidamente se cebaron, hubiera encontrado gracia aun en el corazón más duro é insensible. Ya habían expiado cruelmente su falta algunas doncellas de las que presentaron el estandarte á Monmouth en Taunton. Una de ellas había sido arrojada en una prisión donde reinaba horrible epidemia, y, atacada del mal, había muerto allí. Otra se había presentado en el Tribunal ante Jeffreys, implorando mer-

(1) Burnet, I, 368; Evelyn's *Diary*, feb. 4, 1684-85, jul. 13, 1686. En una sátira de la época se leen los siguientes versos:

When Duchess, she was gentle, mild and civil
When Queen, she proved a raging furious devil.

(Mientras fué Duquesa, era afable, benigna y cortés; mas al ser Reina, se tornó en demonio fiero y arrebatado.)

(2) *Sunderland á Jeffreys*, 14 de set., 1685.

ced. *«¡Cógela, carcelero!»* vociferó el juez con aquel ceño que tantas veces había helado de terror á corazones más animosos que el de la desdichada. Se echó á llorar, y cubriéndose el rostro con la capucha, siguió al carcelero fuera del Tribunal; enfermó de terror, y algunas horas después era cadáver. Pero aun vivían la mayor parte de las doncellas que habían asistido á la procesión. Algunas aun no habían llegado á los diez años, y todas no habían hecho sino obedecer las órdenes de sus maestras, sin saber que estaban cometiendo un crimen. Las damas de honor de la Reina pidieron real permiso para obtener dinero de los padres de las infelices niñas, y tal permiso les fué concedido. Envióse orden á Taunton que todas aquellas niñas fuesen reducidas á prisión. Sir Francisco Warre, de Hestercombe, diputado tory por Bridgewater, fué el encargado de negociar el rescate. Recibió orden de declarar en los términos más formales que las damas de honor no sufrirían la menor dilación, que estaban dispuestas á hacerlas declarar fuera de la ley, á menos que entregasen una suma razonable, entendiendo por tal la cantidad de siete mil libras esterlinas. Warre se excusó de tomar parte en tan escandaloso contrato. Las damas de honor pidieron entonces á Guillermo Penn que las representase, y Penn aceptó la comisión. No parecería fuera de lugar, en la ocasión presente, dar siquiera leve muestra de aquellos escrúpulos con que anteriormente se resistía á quitarse el sombrero, si bien es probable que habría impuesto silencio á las reconvenciones de su conciencia repitiéndose que ninguna parte del dinero que iba á exigir entraría en su bolsillo, que si se negaba á ser agente de las damas encontrarían otros menos humanitarios que él, y, en fin, que mostrándose complaciente aumentaría su influencia en la corte, influencia

que ya le había permitido, y podía permitirle de nuevo, prestar grandes servicios á sus oprimidos hermanos. Las damas de honor hubieron de contentarse, al fin, con menos de la tercera parte de la suma pedida (1).

Ningún soberano inglés ha dado nunca mayores pruebas de natural cruel que Jacobo II, y aun su crueldad no era más odiosa que su indulgencia, ó tal vez será más exacto decir que su crueldad y su indulgencia eran tales que cada una refleja nueva infamia sobre la otra. El horror que la suerte de sencillos campesinos, amables mancebos y débiles mujeres, con los cuales se mostró inexorablemente severo, nos inspira, aumenta al considerar á quién y por qué razones concedió su perdón.

El principio que establece que un príncipe debe consagrar particular atención al elegir los rebeldes que han de ser castigados después de una rebelión, es perfectamente obvio. Los caudillos, los hombres de rango, fortuna y educación, cuya influencia y artificios han inducido en error á la multitud, son los más merecedores de severo castigo. El alucinado populacho, una vez terminada la matanza en el campo de batalla, debe ser tratado con toda indulgencia. Esta regla tan evidente y conforme á los principios de justicia y humanidad, lejos de ser observada en aquella sazón, se practicó en sentido inverso. Mientras los que debían ser perdonados perecían á centenares, los pocos que en realidad debieran haber sufrido todo el rigor de la ley hallaban indulgencia. Tan extraña

---

(1) Locke *Rebelión del Oeste;* Toulmin *Historia de Taunton,* edición de Savage; *Carta del Duque de Somerset á sir F. Warre; Carta de Sunderland á Penn,* 13 de feb., 1685-86, del *State Paper Office* en la colección Mackintosh.

blandura ha dejado perplejos á algunos escritores, obteniendo de otros los más ridículos elogios. Y sin embargo, no es en modo alguno ni misteriosa ni digna de alabanza tal conducta. Para cada uno de aquellos casos extraordinarios hállase explicación en motivos de sórdida avaricia ó refinada maldad, de sed de dinero ó sed de sangre.

LIV.

SENTENCIA DE LOS PRINCIPALES CAUDILLOS DE LOS REBELDES.

Respecto de Grey no había circunstancias atenuantes. Su ilustración y talento, el rango que había heredado en el Estado, y el mando superior que había tenido en el ejército rebelde, le señalaban á los ojos de todo Gobierno justo como más digno merecedor de castigo que Alicia Lisle, Guillermo Hewling, ó los centenares de ignorantes paisanos cuyas cabezas y miembros, á manera de horrible trofeo, se veían en el Somersetshire. Pero Grey poseía extensos dominios que en modo alguno eran confiscables. Sólo tenía una renta vitalicia sobre su hacienda, y á esto se reducía cuanto podían sacarle los opresores. Si moría, pasarían sus tierras al más próximo heredero, mientras que si le perdonaban podría pagar un gran rescate. Alcanzó, pues, el perdón mediante una obligación de cuarenta mil libras al lord Tesorero y menores sumas á otros cortesanos (1).

(1) Burnet, I, 646 y la nota del Presidente Onslow; *Clarendon á Rochester*, 8 de mayo, 1686.

Sir Juan Cochrane había tenido entre los rebeldes de Escocia idéntico mando al de Grey en el Occidente de Inglaterra. Increíble parece que fuese perdonado Cochrane por un príncipe vengativo más allá de todo ejemplo. Pero Cochrane era hijo menor de una rica familia, de modo que sólo perdonándole podría sacársele dinero. Su padre, lord Dundonald, ofreció cinco mil libras esterlinas á los capellanes de la Casa Real, y el perdón fué concedido (1).

Samuel Storey, uno de los más acérrimos partidarios de la sedición, que había sido comisario del ejército rebelde, seduciendo al ignorante populacho del Somersetshire con vehementes arengas en que se calificaba á Jacobo de incendiario y envenenador, fué también perdonado, gracias á la importante ayuda que prestó á Jeffreys al obtener este quince mil libras por el perdón de Prideaux (2).

De todos los traidores, ninguno tenía menos derecho á esperar indulgencia que Wade, Goodenough y Ferguson. Estos tres jefes de la rebelión habían huído juntos del campo de Sedgemoor, logrando ganar la costa con toda felicidad; pero como encontrasen una fragata de crucero cerca del sitio donde esperaban embarcar, resolvieron separarse. Wade y Goodenough fueron descubiertos muy pronto y conducidos á Londres. A pesar de la participación que habían tenido en la conjura de Rye House, y de haberse hecho tan notables entre los jefes de la insurrección del Oeste, se les concedió la vida, sólo porque en su mano estaba dar ciertos informes que permitieron al Rey matar y

(1) Burnet, I, 634.

(2) Calamy's *Memoirs; Commons' Journals*, dic. 26, 1690; *Sunderland á Jeffreys*, set. 14, 1685; *Libro del Consejo privado*, febrero 26, 1685-86.

despojar á algunas personas á quienes aborrecía, pero á las cuales no había podido hasta entonces acusar de ningún crimen (1).

El cómo Ferguson logró escapar, fué entonces un misterio, y aun hoy continua siéndolo. De todos los enemigos del Gobierno, él era el más criminal. Él era autor de la conjuración para asesinar á los reales hermanos. Él había escrito aquella declaración sin rival aún entre los libelos de aquellos borrascosos tiempos, por lo insolente, infame y calumniosa. Él había instigado á Monmouth á invadir el reino primero, á usurpar la corona después. Razonable era, por tanto, esperar que las más exquisitas pesquisas se llevasen á cabo para dar con el *archi-traidor*, como á menudo se le llamaba. Pesquisas á que apenas hubiera podido escapar quien, como él, se distinguía no sólo por su singular aspecto, sino por el dialecto en que se expresaba. En los cafés de Londres decíase en secreto que Ferguson había sido cogido, rumor que halló crédito aun entre personas que se hallaban en las mejores circunstancias para saber la verdad. Díjose después que estaba sano y salvo en el Continente; y entonces se tuvieron las más vehementes sospechas de que había estado en constante comunicación con el Gobierno, contra el cual incesantemente conspiraba, y que al mismo tiempo que excitaba á sus amigos á cometer los mayores excesos, enviaba á Whitehall noticia de los movimientos de los rebeldes, para en caso de apuro salvar su cabeza, siendo ésta la causa de haberse dado orden de dejarle escapar (2).

---

(1) Lansdowne, MS. 1.152, Harl. MS. 6.845; *London Gazette*, 20 de julio, 1685.

(2) Muchos escritores han asegurado, sin el más leve fundamento, que Ferguson fué perdonado por Jacobo. Algunos han llevado el absurdo hasta citar este imaginario perdón, que á ser

LV.

JEFFREYS NOMBRADO LORD CANCILLER.

Por este tiempo la obra de Jeffreys estaba terminada, y así volvió á Londres en busca de su recompensa. Llegó á Windsor del Oeste, dejando tras sí carnicería, luto y terror. Es imposible hallar parangón al odio con que le miraba el pueblo del Condado de Somerset, odio que ni el tiempo ni los cambios políticos bastaron á extinguir, que se trasmitió de generación en generación, y se desencadenó ferozmente contra su inocente progenie. Muchos años después de su muerte, cuando su nombre y título habían desaparecido, su nieta la Condesa de Pomfret al cruzar

---

cierto sólo probaría que Ferguson era espía de la Corte, en prueba de la magnanimidad y clemencia del príncipe que hizo decapitar á Alicia Lisle y á Isabel Gaunt. Ferguson, además de no alcanzar perdón especial, fué excluído, haciendo mención expresa de su nombre, del perdón general que publicó la *Gaceta* en la primavera siguiente. *(London Gazette*, mar. 15, 1685-86.) Si, según todos sospecharon, se le trató con indulgencia, lo cual, por otra parte, es muy probable, Jacobo, no sin razón, se avergonzó de su conducta, procurando, por tanto, en lo posible que nada se supiese. La opinión corriente en Londres por aquel tiempo puede verse en el *Observador* de 1.° de agosto de 1685.

Sir Juan Reresby, que debía estar bien enterado, afirma positivamente que Ferguson fué cogido á los tres días de la batalla de Sedgemoor. Pero no hay duda que sir Juan erró en la fecha, y muy bien puede haberle sucedido lo mismo con toda la historia. Resulta claramente de la *Gaceta de Londres* y de la confesión de Goodenough (Lansdowne, MS. 1.152), que quince días después de la batalla aun no habia sido cogido Ferguson, suponiéndose que andaría oculto en Inglaterra.

los caminos del Oeste era insultada por el populacho, no pudiendo aventurarse sin peligro entre los descendientes de los que presenciaran el Tribunal Sangriento (1).

Pero en la corte Jeffreys obtuvo la más cordial bienvenida. Era un juez adecuado al corazón de su amo. Jacobo había seguido con delicia el curso de la visita de Jeffreys. En su gabinete y en la mesa había hablado con frecuencia de la matanza de súbditos desleales con una alegría que espantaba á los Ministros extranjeros. Escribió con su propio puño relaciones de la que llamaba chistosamente *campaña del Chief Justice en el Oeste*. Algunos centenares de rebeldes, escribía S. M. al Haya, han sido condenados. Unos habían sido ahorcados; otros lo serían en breve; y el resto irían deportados á las plantaciones. En vano escribió Ken implorando merced para el pueblo extraviado, y describiendo con patética elocuencia la triste situación de su diócesis. Quejábase de que era imposible viajar por las carreteras sin contemplar algún terrible espectáculo, y que el aire en el Condado de Somerset estaba impregnado de mortíferos miasmas. El Rey leía, y, según la frase de Churchill, permanecía duro como el mármol de las chimeneas de Whitehall. En Windsor recibió Jeffreys el gran Sello de Inglaterra; y en el primer número de la *Gaceta de Londres* se anunciaba solemnemente que este honor era recompensa de los muy eminentes y fieles servicios prestados por él á la Corona (2).

Posteriormente, cuando hombres de todos los partidos hablaban con horror del Tribunal Sangriento, el

(1) Granger's *Biographical History*, «Jeffreys.»

(2) Burnet, I, 648; *Jacobo al Príncipe de Orange*, set. 10 y 24, 1685; lord Lonsdale's *Memoirs; London Gazette*, oct. 1.°, 1685.

malvado juez y el malvado rey trataban de vindicarse echándose la culpa el uno al otro. Jeffreys en la Torrre protestaba que aun cuando se había mostrado muy cruel no había excedido un punto las órdenes expresas de su amo, ni siquiera las había cumplido estrictamente. Jacobo en San Germán quería hacer creer que él se había inclinado á la clemencia, y que la violenta conducta de su Ministro había traído sobre él inmerecida deshonra. Pero ninguno de estos dos hombres de duro corazón debe ser absuelto á expensas del otro. Que la defensa de Jacobo era falsa, puede probarse con escritos de su propio puño; y en cuanto á la de Jeffreys, aun cuando fuese realmente cierta, carece por completo de valor.

LVI.

PROCESO Y EJECUCIÓN DE CORNISH.

La matanza en el Oeste había terminado, y estaba á punto de empezar en Londres. El Gobierno deseaba especialmente hallar víctimas entre los grandes comerciantes whigs de la City. En el último reinado habían ayudado con formidable fuerza á la oposición. Eran ricos y su riqueza no estaba, como la de muchos nobles y caballeros del campo, protegida por la ley contra la confiscación. En casos como el de Grey y hombres de su rango no había medio de satisfacer la crueldad y la rapacidad al mismo tiempo; pero en cambio un rico comerciante podía ser al mismo tiempo ahorcado y despojado de sus bienes. Sin embargo, los grandes comerciantes, aunque hostiles en general al catolicismo y al poder arbitrario, habíanse mostra-

do entonces demasiado escrupulosos ó tímidos para incurrir en el delito de alta traición. Entre ellos era Enrique Cornish de los más notables. Había sido alderman bajo la antigua carta de la City, y cuando la opinión pública se ocupaba del *bill* de exclusión desempeñaba él el puesto de sheriff. En política era whig; sus opiniones religiosas le inclinaban hacia los presbiterianos, pero era de carácter prudente y moderado. No está probado con testimonios dignos de crédito que llegase nunca ni en la sospecha de traición, y mientras fué sheriff habíase mostrado muy reacio en emplear en calidad de representante suyo hombre tan violento y sin principios como Goodenough. Cuando se descubrió la conjuración de Rye House creían muy firmemente en Whitehall que Cornish resultaría complicado, pero tales esperanzas salieron fallidas. Y aunque uno de los conspiradores, Juan Rumsey, estaba dispuesto á jurarlo todo, un solo testigo no bastaba, y no pudo encontrarse otro. Más de dos años habían trascurrido desde entonces. Cornish se creía ya en salvo, pero los ojos del tirano estaban fijos en él. Goodenough, lleno de terror ante la inminencia de la muerte y aborreciendo á su antiguo jefe á causa de la desfavorable opinión en que siempre le había tenido, consintió en dar el otro testimonio que hasta entonces había faltado. Cornish fué reducido á prisión cuando se ocupaba de sus negocios en la Bolsa, llevado apresuradamente á la cárcel, donde por algunos días permaneció incomunicado, y de este modo sin poderse preparar en absoluto le hicieron comparecer ante el Tribunal de Old Bailey. Fundábase la acusación formulada contra él tan sólo en los testimonios de Rumsey y Goodenough. Ambos eran, según propia confesión, cómplices en el complot de que acusaban al preso. Y al obrar así, ambos

eran impelidos por la esperanza y el temor, creyendo salvarse á sus expensas. Trajéronse también testimonios de que Goodenough obraba bajo la influencia de enemistad personal. La relación de Rumsey se contradecía con lo que había declarado cuando se presentó de testigo contra lord Russell. Pero en vano fué alegar estas cosas. En el banco se sentaban tres jueces que habían estado con Jeffreys en el Oeste, y los que con particular atención observaban su conducta, notaron que parecían haber regresado más iracundos y crueles de la carnicería de Taunton. Es en realidad bien cierto que la afición á la sangre, aun en aquellos que no son de natural cruel, se adquiere rápidamente con el hábito. Jueces y jurados se unieron para condenar al infortunado whig. Los miembros del Jurado habían sido elegidos por un sheriff partidario de la Corte; así que prontamente dieron su veredicto de culpabilidad, y á pesar de los murmullos de indignación del público, Cornish fué ejecutado á los diez días de haber sido preso. Y á fin de que no faltase ninguna circunstancia degradante, levantóse el patíbulo entre King Street y Cheapside, frente á la casa donde había vivido respetado de todos, de la Bolsa donde siempre su crédito se había mantenido á gran altura, y de la casa consistorial donde se había distinguido como magistrado popular. Murió con valor, pronunciando frases piadosas, pero demostrando, así en la mirada como en el gesto, tan hondo sentimiento de la barbarie é injusticia con que se le había tratado, que sus enemigos propalaron un rumor calumnioso respecto á él. Dijeron que estaba borracho ó loco cuando fué ejecutado. Guillermo Penn, sin embargo, que estaba cerca del patíbulo y cuyas preocupaciones le ponían del lado del Gobierno, dijo posteriormente que nada había notado en el porte de

Cornish, como no fuese la natural indignación de un inocente muerto con apariencias de legalidad. La cabeza del magistrado asesinado fué expuesta en la Casa Consistorial (1).

LVII.

PROCESO Y EJECUCIÓN DE FERNLEY É ISABEL GAUNT.

Si puede parecer horrible la ejecución precedente, aun no fué la más ignominiosa de las que en aquel otoño deshonraron las sesiones del Tribunal de Old Bailey. Entre las personas complicadas en la conspiracion de Rye House, hallábase un individuo llamado Jacobo Burton. Según propia confesión, habíase hallado presente mientras sus cómplices discutían el plan de asesinato. Cuando se descubrió la conspiración ofrecióse una recompensa al que lo prendiera, logrando salvarse de la muerte gracias á una anciana llamada Isabel Gaunt, que profesaba las doctrinas de los baptistas. Unía esta mujer á las maneras peculiares y á la fraseología especial que entonces distinguía á su secta, el más ferviente espíritu de caridad. Su vida entera habíala pasado en ayudar y consolar á los infelices de todas las religiones, y era muy conocida por sus constantes visitas á las cárceles. Sus opiniones religiosas y políticas, así como su natural compasivo, hicieron que desde luego tratase de ayudar con todas sus fuerzas á Burton. Logró procurarse un bote que le condujese á Gravesend,

(1) Proceso de Cornish en la *Colección de causas de Estado;* sir J. Hawles, *Observaciones acerca del proceso de Mr. Cornish;* Burnet, I, 651; *Bloody Assizes;* Stat. 1 Gul. y Mar.

donde se embarcó en un buque pronto á hacerse á la vela para Amsterdam. En el momento de partir le metió en la mano una suma muy crecida para su situación. Burton, después de haber vivido algún tiempo en el destierro, volvió á Inglaterra con Monmouth, peleó en Sedgemoor, huyó á Londres y se refugió en casa de Juan Fernley, que era barbero en Whitechapel. Fernley era muy pobre; estaba literalmente sitiado por los acreedores. Sabía que el Gobierno había ofrecido por la aprehensión de Burton cien libras esterlinas, pero el pobre hombre era incapaz de hacer traición á quien en la hora del peligro había venido á acogerse á la sombra de su techo. Desgraciadamente pronto empezó á cundir la noticia de que la ira de Jacobo se ensañaba con más furor contra los que albergaban á los rebeldes que contra los mismos rebeldes. El Rey había declarado públicamente que de todas las formas de traición, la más imperdonable á sus ojos era la de ocultar traidores. Burton sabía esto, y entregándose al Gobierno declaró contra Fernley é Isabel Gaunt. Ambos fueron llevados ante los jueces. El villano, cuya vida habían salvado, tuvo valor y descaro suficientes para presentarse como principal testimonio contra ellos. Ambos fueron declarados convictos. Fernley fué sentenciado á la horca; Isabel Gaunt, á la hoguera. Aun después de todos los horrores de aquel año, muchos creían imposible que la sentencia se ejecutase. Pero el Rey permaneció inexorable. Fernley fué ahorcado; Isabel Gaunt fué quemada viva en Tyburn el mismo día que en Cheapside, Cornish recibía la muerte. Dejó un papel, escrito no en gallardo estilo por cierto, pero que excitó compasión y horror en muchos miles de personas que lo leyeron. «*Mi falta*, decía, *cualquier príncipe podía muy bien haberla perdonado. Lo único que hice fué*

socorrer á una pobre familia, y ¡mísera de mí! por eso tengo que morir.» Quejábase de la insolencia de los jueces, de la ferocidad del carcelero y de la tiranía de aquel, el principal de todos, por cuyo capricho ella y muchas otras víctimas habían sido sacrificadas. Perdonaba á todos el mal que le habían hecho, pero entregaba al juicio del Rey de los Reyes su implacable enemistad á la buena causa, la cual al fin había de renacer y prosperar. Conservó hasta el último momento tan sereno valor, que recordaba á los espectadores las más heroicas muertes cuya descripción habían leído en Fox. Guillermo Penn, que según parece tenía gran afición á los espectáculos que en general evitan todos los hombres de corazón y sentimientos humanitarios, corrió apresuradamente de Cheapside, donde había visto ahorcar á Cornish, á Tyburn, á fin de ver á Isabel Gaunt en la hoguera. Después refirió que cuando ella disponía tranquilamente la paja á fin de abreviar sus sufrimientos, todos los circunstantes se echaron á llorar. Llamó mucho la atención que mientras se perpetraba el más horrible de cuantos asesinatos judiciales deshonraron aquellos tiempos, sobrevino una tempestad tan violenta como no se había conocido desde el gran huracán que se desencadenó alrededor del lecho de muerte de Cromwell. Los oprimidos puritanos enumeraban no sin triste satisfacción las casas derribadas, los barcos que se habían ido á pique, consolándose en cierto modo al pensar que el cielo manifestaba con tan temible testimonio su indignación por las iniquidades que afligían á la tierra. A contar de aquel terrible día, ninguna mujer recibió la muerte en Inglaterra por delitos políticos (1).

(1) **Procesos de Fernley é Isabel Gaunt en la** *Colección de cau-*

LVIII.

SENTENCIA Y EJECUCIÓN DE BATEMAN.

No se creía aún que Goodenough hubiese ganado su perdón. El Gobierno quería librarse de una víctima, no de alto rango, un cirujano de la City, llamado Bateman. Había asistido profesionalmente á Shaftesbury, y fuera además celoso exclusionista. Muy bien puede ser que tuviera conocimiento de la conjuración whig; pero es indudable que no había sido de los principales conspiradores, porque en el gran número de declaraciones publicadas por el Gobierno, sólo una vez aparece su nombre, y aun entonces no es para acusarle de ningún crimen que se acerque siquiera al de alta traición. De su acusación, y de las escasas noticias que nos quedan de su proceso, parece resultar en claro que ni aun se le acusó de tener parte en el designio de asesinar á los reales hermanos. La maldad con que hombre tan oscuro, por haber cometido falta tan ligera, fué condenado á muerte, mientras traidores mucho más criminales y notorios lograban salvarse por declarar contra él, parecía exigir explicación, y al fin apareció una bien deshonrosa. Cuando Oates, después de ser azotado, fué trasportado sin conocimiento á Newgate, y, según todos creían, en la última agonía, había sido sangrado y sus heridas fueron curadas por Bateman. Esta falta era de aquellas que no se perdonan. Bateman fué deteni-

---

sas de Estado; Burnet, I, 649; *Bloody Assizes;;* sir J. Bramston's *Memoirs;* Luttrell's *Diary*, 23 de oct., 1685.

do y acusado; los testigos que declararon contra él eran en su mayoría hombres infames, que además juraban para salvar la propia vida. Ninguno de ellos había alcanzado el perdón, y era entonces expresión popular que pescaban la presa como los corvejones amaestrados, con la cuerda al cuello. El preso, atontado por la enfermedad, no pudo hablar ni darse cuenta de lo que pasaba. Su hijo y su hija estaban á su lado en la barra. Leyeron lo mejor que les fué posible algunas notas escritas por su padre y examinaron los testigos de la acusación. Todo fué en vano; declarósele convicto y fué ahorcado y descuartizado (1).

LIX.

CRUEL PERSECUCIÓN DE LOS PROTESTANTES DISIDENTES.

Nunca, ni aun bajo la tiranía de Laud, había sido tan deplorable la condición de los puritanos como en aquel tiempo. Nunca se habían empleado tan activamente los espías en descubrir congregaciones, ni la magistratura y los grandes jurados, rectores y eclesiásticos habían desplegado tan gran celo y diligencia. Muchos disidentes eran citados para comparecer ante tribunales eclesiásticos. Otros tenían que comprar la connivencia de los agentes del Gobierno, regalándoles odres de vino y guantes llenos de guineas. Los separatistas no podían congregarse para orar, si no empleaban idénticas precauciones que los monede-

(1) Proceso de Bateman en la *Col. de causas de Estado;* sir John Hawles *Observaciones*. Merece compararse la declaración que Tomás Lee dió entonces con la confesión publicada anteriormente de orden del Gobierno.

ros falsos y los ocultadores de bienes robados. Cambiaban con gran frecuencia los puntos de reunión, y unas veces las ceremonias del culto se efectuaban antes del alba y otras en las altas horas de la noche. En torno al edificio donde se congregaba el pequeño rebaño había apostados centinelas, que daban la señal de alarma no bien se acercaba algún extraño. El ministro, oculto por un disfraz, entraba por el jardín ó por el patio. En algunas casas había trampas, donde, en caso de peligro, podían ocultarse. En aquellos sitios donde varios disidentes eran vecinos puerta con puerta, perforábanse con frecuencia las paredes, abriendo pasajes secretos de una á otra morada. No se cantaban los salmos, y se valían de mil industrias para evitar que la voz del predicador en los momentos de ferviente entusiasmo se oyese fuera de los muros. Sin embargo, á pesar de tantos cuidados, hacíase á menudo imposible eludir la vigilancia de los espías. En los arrabales de Londres, especialmente, era donde se extremaba el rigor de la ley. Varios caballeros opulentos fueron acusados de albergar en sus moradas congregaciones de disidentes. Sus casas fueron registradas escrupulosamente, y hubo multas que ascendieron á muchos miles de libras esterlinas. Los más fanáticos y atrevidos sectarios, al verse de este modo arrojados del hogar y no pudiendo congregarse en recinto cubierto, se reunían al aire libre, determinándose á rechazar la fuerza con la fuerza. Un magistrado de Middlesex, al saber que se reunían á orar de noche en una zanja, como á dos millas de Londres, algunos disidentes, haciéndose acompañar de buen número de constables, sorprendió la reunión y se apoderó del predicador. Pero los congregantes, que serían unos doscientos, pronto rescataron su pastor, obligando al magistrado y á sus oficiales á darse á la

uga (1). Esto, sin embargo, no era lo más frecuente, y en general el espíritu puritano pareció verse sujeto á más duras pruebas en aquella sazón que en todos los períodos de su historia, antes y después. Los libelistas toríes hacían gala de que ni un solo fanático se atrevía á mover la lengua ó la pluma en defensa de sus opiniones religiosas. Los ministros disidentes de vida más intachable, eminentes por su saber y talento, no podían aventurarse á recorrer las calles por temor á los ultrajes, que lejos de hallar reprensión, encontraban ayuda en aquellos cuyo primer deber era conservar la paz. Algunos teólogos de gran fama fueron reducidos á prisión. Entre ellos, estaba Ricardo Baxter. Otros, que por espacio de veinticinco años habíanse mantenido animosos contra la opresión, llenos ahora de desaliento abandonaban el reino. Contábase entre ellos Juan Howe. Gran número de los que frecuentaban las congregaciones religiosas asistían ahora á las iglesias parroquiales. Notábase que los cismáticos, en quienes el terror había influído hasta imponerles esta aparente ortodoxia, se conocían enseguida por la dificultad con que encontraban las plegarias en el libro y la torpeza con que se inclinaban al nombre de Jesús (2).

---

(1) Citters, oct. 13 (23) 1685.

(2) Neal's *History of the Puritans*, Calamy's *Account of the ejected Ministers* y el *Nonconformist Memorial* contienen abundantes pruebas de la crueldad con que se llevó á cabo la persecución. La carta de despedida de Howe á sus feligreses se hallará en la interesante vida de aquel grande hombre, escrita por Rogers. Howe se queja de no poder presentarse en las calles de Londres, y de que su salud se había resentido de la falta de aire y ejercicio. Pero la pintura más animada y viva de los sufrimientos de los disidentes fué obra de su mortal enemigo Lestrange, y puede verse en los números del *Observador* de setiembre y octubre de 1685.

Durante muchos años recordábase entre los disidentes el otoño de 1685 como época de desgracia y terror. Sin embargo, ya entonces podían descubrirse las primeras y todavía débiles indicaciones de un gran cambio de fortuna, y aun no había trascurrido año y medio, cuando el intolerante Rey y la Iglesia intolerante luchaban furiosamente entre sí, disputándose la primacía en sostener y ayudar al partido que por tal manera ambos habían oprimido.

CAPÍTULO VI.

Reacción católica y absolutista.

1685-1686.

I. El poder de Jacobo II llega á su apogeo en el otoño de 1685.—II. Su política exterior.—III. Planes de régimen interno. Ley del *Habeas Corpus.* Ejército permanente.—IV. Designios del Rey en favor de la religión católica.—V. Violación de la ley del *Test.*—VI. Halifax en desgracia.—VII. Descontento general.—VIII. Persecución de los hugonotes franceses, y sus efectos en Inglaterra.—IX. Reúnese el Parlamento. Discurso del Rey.—X. Organízase un partido de oposición en la Cámara de los Comunes.—XI. Designios de las otras naciones.—XII. El discurso del Rey discutido en la Cámara de los Comunes.—XIII. Derrota del Gobierno.—XIV. Reconviene Jacobo á los Comunes.—XV. Oposición al Gobierno en la Alta Cámara. El Conde de Devonshire.—XVI. El Obispo de Londres.—XVII. El Vizconde de Mordaunt.—XVIII. Clausura del Parlamento.—XIX. Procesos de lord Gerard y Hampden.—XX. Proceso de Delamere.—XXI. Efectos de su absolución.—XXII. Divisiones en la corte. Los toríes protestantes—XXIII. Publicación de los papeles encontrados en el cofre secreto de Carlos II.—XXIV. Opinión de los católicos de más cuenta.—XXV. Cábala de los más exaltados católicos. Castelmayne, Jermyn, White.—XXVI. El Conde de Tyrconnel.—XXVII. Política de los Embajadores y Ministros extranjeros.—XXVIII. El Papa y la Orden de Jesús.—XXIX. El Padre Petre. Carácter y opiniones del Rey.—XXX. Excítale Sunderland á continuar por el mal camino.—XXXI. Perfidia de Jeffreys.—XXXII. Godolphin y la Reina. Amoríos del Rey.—XXXIII. Catalina Sedley.—XXXIV. Intrigas de Rochester en favor de Catalina Sedley.—XXXV. Rochester en desgracia.—XXXVI. Conducta de Jacobo II con los hugonotes.—XXXVII. La prerrogativa de dispensa.—XXXVIII. Separación de los jueces contrarios á aquella prerrogativa.—XXXIX. Sir Eduardo Hales.—XL. Autorízase á los católicos

I.

EL PODER DE JACOBO II LLEGA Á SU APOGEO EN EL OTOÑO DE 1685.

Hallábase entonces Jacobo en el apogeo del poder y de la prosperidad. Había vencido á sus enemigos en Inglaterra y en Escocia, castigándolos con severidad tal, que había despertado en ellos el odio más impla-

cable, pero al mismo tiempo logrando abatir su valor. El partido whig parecía muerto, y el nombre de whig no se usaba nunca como no fuese en són de insulto y desprecio. El Parlamento era devoto al Monarca, y podía hacer que aquel Parlamento durase hasta el fin de su reinado. Nunca con más entusiasmo que ahora había hecho alarde la Iglesia de su adhesión á la Corona, y durante la pasada rebelión había demostrado por la obra que sus protestas no se reducían á vanas palabras. Los jueces eran instrumentos de su poder, y si alguno pretendía emanciparse de su tutela, nadie le impedía arrojarlo de su puesto. Formaban la gran mayoría de los municipios gentes que le debían su posición. Sus rentas excedían en mucho á las de sus predecesores. Hízose como nunca orgulloso. No era el mismo hombre que algunos meses antes, cuando á cada momento temía verse arrojado del trono, había implorado extraña ayuda con súplicas indignas de un rey, derramando lágrimas de gratitud al recibirla. Ante sus ojos ofreciéronse entonces fantásticas visiones de poder y gloria. Veíase ya con la imaginación convertido en libertador y árbitro de Europa, en campeón de multitud de naciones humilladas y vencidas por una monarquía poderosísima. Y así fué que, sin aguardar á más, en el mes de junio había asegurado á las Provincias Unidas que tan pronto arreglase los asuntos de Inglaterra, haría ver al mundo entero cuán poco temía el poder de Francia. De acuerdo con tales afirmaciones, apenas transcurriera un mes desde la batalla de Sedgemoor, concluyó con los Estados Generales un tratado defensivo, informado principalmente en el espíritu de la Triple Alianza. Miróse como circunstancia muy significativa en el Haya y en Versalles que Halifax, enemigo mortal y constante de la influencia france-

sa, el cual hasta entonces apenas había sido consultado en ningún asunto grave, tomase la iniciativa en aquella sazón, pareciendo contar con la aprobación del Monarca. No menos significativa era la circunstancia de no haberse comunicado nada previamente á Barillon. Así él como su amo recibieron la nueva con sorpresa. Luis XIV se irritó en extremo, manifestando la más grave inquietud, y no sin razón, por los designios ulteriores del Príncipe que poco ha era su pensionado y vasallo. Corría el rumor que Guillermo de Orange se ocupaba en organizar una gran confederación en la que entrarían las dos ramas de la casa de Austria, las Provincias Unidas, el reino de Suecia y el Electorado de Brandemburgo. Creíase, además, que á la cabeza de esta confederación se pondrían el Rey y el Parlamento de Inglaterra (1).

II.

SU POLÍTICA EXTERIOR.

Era cierto que habían empezado las negociaciones para llegar á aquel resultado. España proponía formar estrecha alianza con Jacobo, y él se mostraba favorable á la proposición, á pesar de no ocultársele que tal alianza era casi una declaración de guerra á Francia. Pero el Rey aplazó su decisión final hasta que nuevamente se reuniese el Parlamento. Dependía, pues, la suerte de la cristiandad del estado de ánimo

(1) Avaux, *Neg.*, agosto 6 (16), 1685; *Despacho de Citters y sus colegas*, conteniendo el tratado, agosto 14 (24); *Luis XIV á Barillon*, agosto 14 (24), 20 (30).

en que para entonces encontrase á los Comunes. Si estaban dispuestos á aprobar sus planes de gobierno interior, nada podría ya impedirle intervenir con vigor y autoridad en la gran contienda que bien pronto debía llegar á su desenlace en el Continente. Si, por el contrario, hallaba oposición en la Cámara, debía abandonar todo pensamiento de intervenir como árbitro entre naciones rivales. Debía otra vez implorar el socorro de Francia; tendría que someterse de nuevo á la dictadura francesa; se vería reducido á monarca de una potencia de tercero ó cuarto orden, contentándose, en venganza del desprecio con que sería mirado en el exterior, á fuerza de triunfos sobre la ley y la opinión pública en Inglaterra.

III.

PLANES DE GOBIERNO INTERIOR.—LEY DEL «HABEAS CORPUS.»—EJÉRCITO PERMANENTE.

Parecía, en efecto, que no le sería fácil pedir á los Comunes más de lo que ellos estaban dispuestos á dar. Plenamente habían demostrado ya que deseaban mantener en toda su integridad las prerrogativas de la Corona, y en manera alguna extremaban su adhesión á los derechos del pueblo. Ciento treinta y dos diputados eran, ó dependientes de la Corte, ó adictos caballeros del campo. Pocas eran, pues, las exigencias del Soberano que tal asamblea se osbtinase en rehusar; mas, felizmente para la nación, en aquellas pocas tenía Jacobo el mayor empeño.

Uno de sus deseos era conseguir la revocación de la ley del *Habeas Corpus*, que odiaba, como era natural

que un tirano odiase el más duro freno que los legisladores han impuesto jamás á la tiranía. Esta idea permaneció hondamente arraigada en su mente hasta lo último, y la encontramos en las instrucciones que redactó en el destierro para servir de guía á su hijo (1). Pero la ley del *Habeas Corpus*, aunque aprobada en tiempo de los whigs, no era más cara á este partido que á los toríes. No es, pues, extraño que tan gran ley fuese tenida en alto aprecio por todos los Ingleses, sin distinción de partido, por contribuir, no indirectamente, sino por modo inmediato y directo, á la seguridad y bienestar de todos los habitantes del Reino (2).

Jacobo tenía otro designio odioso al partido que le había colocado en el trono y que le había sostenido en él. Deseaba organizar un gran ejército permanente. Habíase aprovechado de la última insurrección para aumentar considerablemente las tropas que su hermano había dejado. Los cuerpos designados hoy con los nombres de primeros seis regimientos de Dragones de la Guardia, el tercero y cuarto de Dragones, y los nueve regimientos de infantería de línea, desde el séptimo al décimoquinto inclusive, habían sido organizados entonces (3). A consecuencia de este aumento de fuerzas, y de hacer venir la guarnición de Tánger, el número de tropas regulares en Inglaterra habíase elevado en pocos meses de seis mil á cerca de veinte mil. Ningún rey inglés había tenido nunca en

---

(1) Véanse las instrucciones encabezadas así: *Para mi hijo el Príncipe de Gales*, 1692, en los *Stuart Papers*.

(2) *El Habeas Corpus*, decía á Boswell, Johnson, el más fanático de todos los toríes, *es lo único en que nuestro gobierno aventaja á los de las demás naciones*.

(3) Véanse los *Historical Records of Regiments*, publicado bajo la dirección del Ayudante General.

tiempo de paz ejército tan numeroso. Y aún Jacobo, con tal ejército, no estaba contento. Repetía á menudo que no se podía confiar en la fidelidad de las milicias, que siempre simpatizaban con las pasiones de la clase á que pertenecían; que en Sedgemoor había más milicianos entre los rebeldes que en el ejército Real, y si sólo hubiera contado el trono en su defensa con las milicias, Monmouth hubiera marchado en triunfo desde Lyme á Londres.

La renta, con ser muy cuantiosa comparada con la de los monarcas anteriores, apenas alcanzaba á cubrir las nuevas cargas. Gran parte del producto de los últimos impuestos fué absorbido por la marina. A fines del reinado anterior, el coste total del ejército, contando también con los regimientos de Tánger, no llegaba á trescientas mil libras anuales, mientras que ahora no bastarían seiscientas mil (1). Si aun se aumentaba el ejército, sería preciso demandar nuevos subsidios al Parlamento, y no era probable que el Parlamento diese buena acogida á la petición. El solo nombre de ejército permanente hacíase odioso á toda la nación, pero nadie lo miraba con mayor aborrecimiento que los *Caballeros*, que componían la gran mayoría de la Cámara popular. En su mente iba asociado, por modo inseparable, el ejército permanente con el Parlamento de la *rabadilla (Rump)*, con el Protector, con el despojo de la Iglesia, con la expurgación de las universidades, con la abolición de la nobleza, con el asesinato del Rey, con el triste reinado de los *Santos*, con el ayuno y el ascetismo, las secuestraciones y

(1) Barillon, dic. 3 (13), 1685. El embajador francés había estudiado mucho el asunto. «*C'est un détail*, dice, *dont j'ai connoissance.*» Según resulta del *Treasury Warrant Book*, el presupuesto del ejército para el año de 1687 se había fijado el 1.° de enero en 623.104 libras esterlinas, 9 chelines y 11 dineros.

despojos, con los insultos, en fin, que generales salidos de la hez y escoria del pueblo habían prodigado á las familias más nobles y antiguas del Reino. Además de que apenas había un barón ó *squire* (1) en la Cámara que no debiese algo de su importancia, en su Condado, al mando que tenía en la milicia, y si el ejército nacional era suprimido, la *gentry* de Inglaterra tendría que perder gran parte de su dignidad é influencia. Era, pues, muy probable que aun le fuese al Rey más difícil obtener fondos para el sostenimiento del ejército permanente, que obtener de la Cámara la revocación de la ley del *Habeas Corpus*.

IV.

PLANES DEL REY EN FAVOR DE LA RELIGIÓN CATÓLICA.

Pero los dos proyectos mencionados dependían y estaban subordinados á otro de mayor importancia, en el cual cifraba el Rey todas sus esperanzas, pero que era igualmente aborrecido de aquellos caballeros toríes, prontos á derramar su sangre por la regia prerrogativa, de aquella Iglesia que durante tres generaciones de discordias civiles habíase siempre mantenido fiel á la casa de Estuardo y de aquel ejército que en la última extremidad debía ser su única salvación.

Su religión continuaba proscrita. Figuraban en el libro de los Estatutos muchas y muy severas leyes que recientemente se habían aplicado con todo rigor. La ley del *Test* excluía á todo linaje de disidentes de los empleos civiles y militares, y una ley posterior,

(1) Véase el Apéndice al tomo II.—N. del T.

aprobada cuando las ficciones de Oates habían exasperado á la Nación, establecía que para ser miembro de cualquiera de las Cámaras del Parlamento era condición precisa abjurar solemnemente la doctrina de la transustanciación. Era natural y justo que el Rey desease obtener para su iglesia completa tolerancia, y no puede dudarse que con alguna paciencia, discreción y justicia lograse ver cumplido su deseo.

La extremada antipatía y terror con que el pueblo inglés miraba la religión católica, no há de atribuirse única ó principalmente á odio inspirado por las diferencias de doctrina. Que podía hallarse la salvación en las doctrinas de la Iglesia de Roma y aun más; que algunos miembros de aquella Iglesia merecían ser contados entre los más gloriosos ejemplos de cristiana virtud, era admitido por todos los teólogos de la comunión anglicana y por los más ilustres disidentes. Es notorio que las leyes penales contra los católicos encontraban obstinada defensa por parte de muchos en cuya opinión el arrianismo, el cuakerismo y la religión hebrea eran mucho más peligrosos, desde el punto de vista espiritual, que el catolicismo, á pesar de lo cual, en modo alguno parecían dispuestos á sancionar tales leyes contra arrianos, cuákeros y judíos.

Fácil es explicar por qué no alcanzaban los católicos tanta indulgencia como los que no reconocían las doctrinas del Concilio Niceno, y aun otros que no fueran admitidos por el bautismo en la congregación de los fieles cristianos. Entre los Ingleses había echado hondas raíces la convicción de que los católicos, siempre que se trataba de los intereses de su religión, se consideraban exentos del cumplimiento de las reglas ordinarias de moral, considerando hasta meritorio violar aquellas leyes, si de ese modo podían

evitar injuria ó daño á la Iglesia á que pertenecían. Y no estaba del todo desprovista de fundamento esta opinión. Era imposible negar que eminentes casuistas católicos habían escrito en defensa del engaño, de las reservas mentales, del perjurio y aun del asesinato. Y lo peor era, según entonces se decía, que no habían sido estériles las especulaciones de esta odiosa escuela de sofistas. La matanza de la noche de San Bartolomé, el asesinato del primer Guillermo de Orange, el de Enrique III de Francia, las numerosas conspiraciones formadas contra la vida de Isabel, y, sobre todo, el complot de la pólvora, citábanse continuamente como ejemplos de la íntima conexión que siempre existe entre viciosas teorías y práctica no menos viciosa. Alegábase que todos estos crímenes habían encontrado ayuda ó aplauso por parte de los teólogos católicos. Las cartas que Everardo Digby escribió con zumo de limón en la Torre á su esposa, habían sido publicadas recientemente, y á menudo iban acompañadas de comentarios. Decíase en ellas que era caballero y hombre de letras; que siempre había cumplido como tal en las ocasiones ordinarias de la vida, y que principalmente le distinguía el alto concepto de sus deberes para con Dios. Y, sin embargo, era de los que habían tomado parte más activa en el complot para hacer volar al Rey, á los Lores y á los Comunes, declarando ya en las puertas de la eternidad que no comprendía cómo podría ser culpable tal designio á los ojos de ningún católico. De estos principios habíase deducido vulgarmente la consecuencia de que por bueno y apreciable que un católico pudiera ser, no había exceso de fraude ó crueldad capaz de hacerle retroceder cuando la salvación y el honor de su Iglesia estaban de por medio.

El extraordinario éxito de las fábulas de Oates ha

de atribuirse principalmente á lo muy extendida que se hallaba esta opinión. En vano apelaban los acusados católicos á la integridad, humanidad y lealtad de que habían dado muestras en todo el curso de su vida. En vano hicieron comparecer multitud de testigos respetables de su religión para contradecir las monstruosas patrañas inventadas por el más infame de todos los hombres. Y en vano fué que invocasen, con la cuerda al cuello, la venganza de Dios, ante quien muy pronto debían comparecer, si eran reos de haber intentado hacer daño á su príncipe ó á sus compatriotas protestantes. Los testimonios que presentaban en su favor, probaban tan sólo cuán poco valían los juramentos de los católicos. Sus mismas virtudes daban aún más probabilidad á su crimen. El tener la muerte y el juicio divino tan cerca, serviría tan sólo á afirmarles aún más en la negativa de aquello que sin faltar á la más santa de todas las causas no podían confesar.

Entre los infelices sentenciados á causa del asesinato de Godfrey, hallábase un protestante de no muy buenos antecedentes, cuyo nombre era Enrique Berry. Es circunstancia muy curiosa, y plenamente demostrada, que las últimas palabras de Berry contribuyeron más poderosamente á hacer dudar de la verdad del complot, que las declaraciones hechas al morir por los católicos piadosos y honrados que sufrieron la misma pena (1).

No era sólo el populacho ignorante y los sectarios en quienes el fanatismo había matado toda razón y caridad los que consideraban á los católicos como hombres á quienes la misma escrupulosidad de conciencia podía convertir en testigos falsos, incendia-

(1) Burnet, I, 447.

rios ó asesinos, como hombres, en fin, que tratándose de los intereses de su Iglesia, no retrocedían ante ninguna atrocidad, ni se consideraban ligados por ningún juramento. Si hubo en aquellos tiempos dos personas inclinadas por su inteligencia y su carácter á la tolerancia, fueron, indudablemente, Tillotson y Locke. Y, sin embargo, Tillotson, cuya indulgencia á diferentes cismas y herejías le valió la acusación de heterodoxia, excitaba á la Cámara de los Comunes desde el púlpito, diciendo que era su deber tomar medidas inmediatas contra la difusión de aquellas doctrinas más perniciosas que la misma irreligión, de una doctrina que exigía á sus partidarios servicios en completa oposición con los primeros principios de moral. Añadía que por temperamento (y en esto decía verdad) era inclinado á la benevolencia; pero su deber en pro de los demás le obligaba á mostrarse en esta ocasión severo. En su opinión, los paganos, que nunca habían oído el nombre de Cristo, y que sólo se dejaban guiar por las luces de la naturaleza, merecían más confianza en calidad de miembros de la sociedad civil, que cuantos se habían formado en las escuelas casuistas católicas (1). Locke, en el famoso tratado en que procuraba demostrar que aun las formas más groseras de idolatría no debían estar sujetas á la sanción penal, sostenía que la Iglesia que enseñaba á sus fieles á no cumplir lealmente con los herejes, no tenía derecho á la tolerancia (2).

Es evidente que, en tales circunstancias, el mayor servicio que un católico inglés podía hacer á sus hermanos, era convencer al público de que, á pesar de

---

(1) *Sermón de Tillotson*, pronunciado ante la Cámara de los Comunes, 5 de nov., 1678.

(2) Locke, *Carta primera sobre la tolerancia*.

cuanto hubieran hecho ó escrito algunos hombres de exagerado fanatismo en tiempos de violenta excitación, su Iglesia no admitía que, fuese cualquiera el fin, pudiese, por sí solo, santificar los medios, si estaban en oposición con la moral. Tan gran servicio podía hacer Jacobo á sus hermanos, pues no sólo era rey, sino que era el rey más poderoso de cuantos recordaban los ancianos de aquel tiempo. De él dependía, pues, que aquella mancha que había caído sobre su religión desapareciese ó quedase indeleblemente.

Si hubiera obrado de conformidad con las leyes, si hubiese cumplido sus promesas, si se hubiera abstenido de emplear en la propaganda de sus principios religiosos todo procedimiento injusto, si hubiera inutilizado el cumplimiento de las leyes penales por el amplio ejercicio de su incuestionable prerrogativa de gracia, absteniéndose al mismo tiempo cuidadosamente de violar la Constitución civil y eclesiástica del Reino, es indudable que se hubiera verificado un gran cambio en las opiniones dominantes en su pueblo. Ejemplo tan notable de buena fe observada religiosamente por un príncipe católico para con una nación protestante, hubiera calmado y hecho desaparecer las aprensiones y temores del público. Cuantos viesen que un católico podía dirigir en pro del .pueblo toda la administración ejecutiva, mandar el ejército y la armada, convocar y disolver la legislatura, nombrar obispos y deanes de la Iglesia anglicana, pronto abandonarían todo temor de que forzosamente hubieran de seguirse grandes daños encargando á un católico el mando de una compañía ó haciéndole alderman de un distrito. Es probable que al cabo de pocos años la secta por tanto tiempo aborrecida de la Nación, fuese admitida con general aplauso en los empleos públicos y en el Parlamento.

Si, al contrario, intentaba Jacobo ayudar á la prosperidad de su Iglesia violando las leyes fundamentales del Reino y las solemnes promesas que repetidamente había hecho á la faz del mundo entero, era casi seguro que los cargos generalmente formulados contra la religión católica tendrían plena demostración á los ojos de todos los protestantes. Pues si algún católico debía alguna vez cumplir lealmente con los herejes, Jacobo debía haberlo hecho con el clero de la Iglesia anglicana. A ellos debía su corona, y á no haber sido por su obstinada oposición al *bill* de exclusión, aun seguiría en el destierro. Repetidas veces había reconocido con gran énfasis su obligación para con ellos, declarando que sostendría todos sus derechos legales. Si lazos como éstos no bastaban á sujetarle, era evidente que siempre que de su superstición se tratase, no habría lazos de gratitud ó de honor capaces de obligarle. Sería imposible fiarse de él en lo sucesivo; y si su pueblo no confiaba en él, ¿en qué miembro de su Iglesia podría confiar? No se le suponía traidor por condición ni por hábito. A sus bruscos modales, á su falta de miramiento á las ideas de los demás, debía una fama de sinceridad que en modo alguno merecía. Sus apologistas llegaban hasta llamarle Jacobo el Justo. Si pues resultaba que al hacerse papista se había hecho también disimulado y había adquirido el hábito de faltar á sus promesas, ¿cuál sería la consecuencia que deduciría la nación, ya dispuesta á creer que el catolicismo ejercía perniciosa influencia en el carácter moral?

V.

VIOLACIÓN DE LA LEY DEL TEST.

Atendiendo á estas razones, muchos de los más eminentes católicos del tiempo, y entre ellos el Sumo Pontífice, eran de opinión que nada contribuiría á promover los intereses de su Iglesia, en nuestra Isla, como una política constitucional y moderada. Pero tales razones no producían el menor efecto en la corta inteligencia é imperioso carácter de Jacobo. En su afán por hacer desaparecer las trabas que sujetaban á sus hermanos de religión, se resolvió á adoptar un partido que hubo de convencer á los más ilustrados y benévolos protestantes de cuán necesarias eran aquellas trabas á la seguridad del Estado. A la política del Rey fueron deudores los católicos ingleses de tres años de insolente é ilegal triunfo, y de ciento cuarenta de esclavitud y degradación.

Muchos miembros de su Iglesia figuraban entre los oficiales de los regimientos recién organizados. Esta infracción de la ley pudo por algún tiempo pasar sin censura, pues nadie iba á notar todas las irregularidades cometidas por el Rey, que súbitamente había tenido que acudir á la defensa de su corona y de su vida contra los rebeldes. Pero ahora el peligro había pasado. Los insurgentes fueran vencidos y castigados. Su desgraciada tentativa había afianzado el gobierno que esperaban derribar. Y, sin embargo, Jacobo seguía concediendo mandos militares á personas que, según la ley, no podían desempeñarlos. Y muy pronto corrió la nueva de que estaba resuelto á no res-

petar por más tiempo la ley del *Test*, que esperaba inducir al Parlamento á derogar aquella ley, y que si el Parlamento se resistía, él encontraría modo de hacerlo.

VI.

HALIFAX EN DESGRACIA.

Tan pronto se supo esto, una sorda marejada, anuncio de la tempestad, advirtió al Rey que el espíritu público, ante el cual su abuelo, su padre y su hermano habían tenido que ceder, aunque aletargado, no estaba del todo extinguido. Las primeras muestras de oposición aparecieron en el seno del Gabinete. Halifax no trató de ocultar su disgusto y alarma. En el Consejo expresó valerosamente sus opiniones, que, como se vió muy pronto, eran las de toda la Nación. Ninguno de sus colegas le secundó, quedando la cuestión en tal estado. Llamósele al gabinete del Rey y celebró dos largas conferencias con su amo. Jacobo trató de vencer su obstinación con suavidad y blandura, mas todo fué en vano. Halifax declaró positivamente que no prometía dar su voto en la Cámara de los Lores á la revocación de la ley del *Test* ó del *Habeas Corpus*.

Algunos de los que estaban cerca del Rey le aconsejaban no desprenderse, en vísperas de la reunión del Parlamento, del más elocuente y profundo hombre de Estado del siglo el cual iría á engrosar las filas de la oposición. Hacíanle presente que Halifax gustaba de la dignidad y emolumentos de su empleo; que mientras continuase de lord Presidente no podría em-

plear todas sus fuerzas contra el Gobierno, mientras que privarle de su alto puesto valía tanto como emanciparle de toda restricción. El Rey fué inexorable: informóse á Halifax que sus servicios no eran ya necesarios, y su nombre fué borrado del Libro del Consejo (1).



VII.

DESCONTENTO GENERAL.

La separación de Halifax produjo gran sensación, no sólo en Inglaterra, sino también en París, en Viena y en el Haya; porque era de todos sabido que siempre había trabajado para contrarrestar la influencia de la corte de Versalles en los asuntos de Inglaterra. Luis XIV dió muestras de gran contento al recibir la noticia. Los Ministros de las Provincias Unidas y de la casa de Austria, por el contrario, elogiaron el saber y la virtud del caído hombre de Estado, por tal manera, que la Corte se ofendió grandemente. Jacobo mostró en especial su enojo al secretario de la Legación Imperial, que no tuvo el menor reparo en decir que el eminente servicio prestado por Halifax en el debate del *bill* de exclusión, fuera pagado con la más negra ingratitud (2).

Pronto pudo verse que Halifax tendría muchos partidarios. Una parte de los tories, con su antiguo jefe

---

(1) *Council Book*. Su nombre fué borrado en 21 de octubre de 1685. *Halifax á Chesterfield;* Barillon, oct. 19 (29.)

(2) Barillon, oct. 26 (nov. 5), 1685; *Luis XIV á Barillon*, 27 de oct. (6 de nov), nov. 6 (16).

Danby á la cabeza, empezaron á hablar en sentido whig, y hasta los prelados indicaban que había un caso en el que la lealtad debida al Príncipe debía ceder á consideraciones de mayor importancia. Más extraordinario y formidable era aún el descontento de los jefes del ejército. Ya empezaban á aparecer los primeros síntomas de aquel sentimiento que tres años más tarde hizo que tantos oficiales de alto rango abandonasen el estandarte real. Los que hasta entonces no habían mostrado el menor escrúpulo, tornáronse de pronto extrañamente escrupulosos. Churchill murmuraba que el Rey había ido demasiado lejos. Kirke, recién llegado de la matanza del Oeste, juraba defender la religión protestante, y caso de abjurar la fe en que había sido educado, nunca se haría católico. Ya en esto había sido amonestado, mas si alguna vez hubiera de apostatar, una solemne promesa empeñada al Emperador de Marruecos le obligaba á hacerse musulmán (1).

VIII.

PERSECUCIÓN DE LOS HUGONOTES FRANCESES, Y SUS EFECTOS EN INGLATERRA.

Mientras la Nación, agitada por tan fuertes emociones, esperaba ansiosamente la reunión de las Cámaras, vinieron á aumentar la agitación reinante las noticias recibidas de Francia.

---

(1) Hállase notablemente descrita la aparición de los primeros síntomas de descontento entre los tories en una carta de Halifax á Chesterfield, escrita en octubre de 1685. Burnet, I, 684.

La prolongada y heroica lucha sostenida por los hugonotes contra el Gobierno francés, había al fin terminado merced al talento y energía de Richelieu. Aquel gran hombre de Estado logró vencerlos, si bien ratificó la libertad de conciencia que les fuera concedida por el edicto de Nantes. Permitióseles, pues, con algunas restricciones adorar á Dios según el ritual de sus doctrinas, y escribir en defensa de sus principios religiosos. Podían desempeñar empleos políticos y militares, y por mucho tiempo su herejía no fué obstáculo á su prosperidad. Algunos tuvieron el mando de ejércitos del Gobierno, y otros llegaron á presidir la administración civil en departamentos de gran importancia. Pero al fin se efectuó un gran cambio. Luis XIV había mirado desde la infancia á los calvinistas con aversión, que á la vez se inspiraba en sus principios religiosos y políticos. En su calidad de celoso católico, detestaba sus dogmas teológicos. Como príncipe amante del poder arbitrario, aborrecía aquellas teorías republicanas que se mezclaban con la teología de Ginebra. Gradualmente había ido suprimiendo todos los privilegios que disfrutaban los herejes. Intervino en la educación de los niños protestantes. Confiscó los bienes legados á consistorios de aquella Iglesia, y fundándose en frívolos pretextos, cerró los templos de los hugonotes. Los recaudadores del impuesto hostigaban sin cesar á los ministros protestantes, y los magistrados protestantes fueron privados de los honores aristocráticos. Anuncióse á los oficiales al servicio de la casa Real que S. M. les dispensaba del servicio. Dióse orden de que ningún protestante fuese admitido en las profesiones legales. La secta oprimida apenas daba muy débiles muestras de aquel valor que en el siglo precedente había desafiado todo el poderío de los Valois. Siguiéronse matanzas y

ejecuciones. Los dragones estaban acuartelados en las ciudades donde los herejes eran más numerosos y en las residencias campestres de la nobleza hugonote. Y la crueldad y licencia de aquellos rudos misioneros contaba con la sanción, ó por lo menos merecía muy blanda censura al Gobierno. En tanto, aunque se había violado de hecho en lo más esencial el edicto de Nantes, no había sido revocado formalmente, y el Rey declaró repetidas veces en públicas solemnidades que estaba resuelto á mantenerlo. Pero los devotos y aduladores á quienes prestaba oídos, le indicaban lo que él más que ninguno deseaba. Hiciéronle presente que aquella política rigurosa había producido gran resultado; que poca ó ninguna resistencia había encontrado su voluntad; que millares de hugonotes se habían ya convertido, y si se resolvía á dar el golpe decisivo, los que aun resistían obstinadamente se someterían en seguida. Francia se vería libre de la acusación de herejía, y su Príncipe habría ganado una corona celestial no menos gloriosa que la de San Luis. Estos argumentos prevalecieron, y se descargó el golpe final. Fué revocado el edicto de Nantes, y en rápida sucesión aparecieron una multitud de decretos contra los hugonotes. Niños y niñas de tierna edad, arrancados del seno de sus familias, fueron enviados á recibir educación en los conventos. Todos los ministros calvinistas recibieron orden de abjurar su religión ó abandonar la patria en término de quince días. A los demás partidarios de la religión reformada se prohibía salir del Reino, y á fin de impedirles la fuga, se sujetaron á estrecha vigilancia los puertos y fronteras. De este modo creíase que las ovejas, libres de los malos pastores, volverían pronto al verdadero redil. Pero á despecho de toda la vigilancia de la policía militar, emigraron gran número de hugonotes. Calcu-

lóse que, en espacio de algunos meses, cincuenta mil familias abandonaron la Francia para siempre. Y no eran emigrados de aquellos cuya pérdida puede suplirse fácilmente en una nación. En general eran personas inteligentes, laboriosas y de moral austera. Encuéntranse en la lista de los fugitivos nombres eminentes en la milicia, en la ciencia, en la literatura y en las artes. Algunos de los desterrados ofrecieron sus espadas á Guillermo de Orange, y se distinguían por la saña con que peleaban contra su perseguidor. Otros emplearon para vengarse armas aun más formidables, y por medio de las prensas de Holanda, Inglaterra y Alemania excitaron durante treinta años la opinión pública de Europa contra el Gobierno francés. Otros de condición más pacífica establecieron manufacturas de seda en Londres, en el arrabal de Levante. Un grupo de emigrados enseñó á los sajones á hacer telas y sombreros, en lo que hasta entonces había tenido Francia el monopolio. Otros, en fin, plantaron las primeras viñas en las cercanías del Cabo de Buena Esperanza (1).

En circunstancias ordinarias, las cortes de España y Roma hubieran aplaudido con entusiasmo al príncipe que tan vigorosa guerra hacía á los herejes. Pero tal era el odio inspirado por la injusticia y altivez de Luis XIV, que cuando se convirtió en perseguidor las cortes de España y Roma, poniéndose del lado de la libertad religiosa, reprobaron altamente la crueldad de arrojar, libre de todo freno, una soldadesca licenciosa y salvaje sobre un pueblo indefenso (2). Un

(1) Son innumerables los folletos de la época publicados en varias lenguas sobre este asunto. De todos ellos se hallará un sumario eminentemente claro, terso é ingenioso en Voltaire, *Siecle de Louis XIV*.

(2) *Misioneros embotados*, dice Ronquillo; *Apostoli armati*, dice

grito de furor y rabia resonó en todos los paises protestantes de Europa. La nueva de la revocación del edicto de Nantes llegó á Inglaterra como una semana antes del día en que debía reunirse el Parlamento. Todos veían claramente que el espíritu de Gardiner y el Duque de Alba seguía aún predominando en la Iglesia católica. No era inferior Luis XIV á Jacobo en nobleza y humanidad, y ciertamente le era muy superior en todas las facultades y condiciones de hombre de Estado. Como Jacobo, Luis XIV había prometido repetidas veces respetar los privilegios de sus súbditos protestantes, y sin embargo, Luis XIV se mostraba ahora enemigo declarado de la reforma. ¿Qué razón, pues, había para dudar que Jacobo esperase tan sólo ocasión oportuna de seguir su ejemplo? Estaba ya organizando, á despecho de lo establecido en la ley, un ejército mandado en gran parte por católicos. ¿Qué extraño, pues, el temor de que este ejército se emplease en hacer lo mismo que los dragones franceses?

Tanto como á sus súbditos inquietaba á Jacobo la conducta de la corte de Versalles. En realidad diríase que aquella corte había obrado como si solo tratase de suscitarle obstáculos y dificultades. Era aquel precisamente el momento en que iba á pedir á una legislatura protestante plena tolerancia para los católicos. Nada, por tanto, podía causarle mayor disgusto que la noticia de que en una nación vecina un Gobierno católico había prescindido de toda tolerancia con los protestantes. Y aun aumentó su disgusto el discurso

---

Inocencio. Hay en la *Colección de Mackintosh* una notable carta de Ronquillo relativa á esta cuestión, fechada á 25 de marzo (5 de abril) 1686. Véase Venier *Relatione di Francia*, 1689, citada por el profesor Ranke en sus *Romischen Papste*, lib. VIII.

que el Obispo de Valence, en nombre del clero francés, dirigió por este tiempo á Luis XIV. El piadoso soberano de Inglaterra, decía el orador, solicitaba ayuda del Rey cristianísimo contra una nación hereje. Notóse que los miembros de la Cámara de los Comunes mostraron particular interés en procurarse ejemplares del discurso que excitaba indignación y escándalo en cuantos Ingleses lo leyeron (1). Jacobo deseaba contrarrestar la impresión producida por estos sucesos, y al mismo tiempo deseaba en aquella ocasión hacer ver á los ojos de toda Europa que no era esclavo de Francia. Declaró, por tanto, públicamente que no aprobaba la manera como habían sido tratados los protestantes. Concedió algunos auxilios de su bolsillo particular á los desterrados, invitando por cartas, en que se veía el gran sello, á sus súbditos á imitar su liberalidad. Al cabo de pocos meses vióse claramente que todas estas muestras de compasión eran puro fingimiento á fin de engañar á las Cámaras, y que en realidad miraba á los refugiados con odio mortal, sintiendo tan sólo que su impotencia no le permitiese imitar la conducta de Luis XIV.

IX.

REÚNESE EL PARLAMENTO.—DISCURSO DEL REY.

El 9 de noviembre se reunieron las Cámaras. Los comunes fueron citados á la barra de los lores, y el Rey habló desde el trono. Él mismo había com-

---

(1) «Mi dicono che tutti questi parlamentarii ne hanno voluto copia, il che assolutamente avra causate pessime impressioni.»—Adda, nov. 9 (19), 1685. Véase el *Diario* de Evelyn, 3 de nov.

puesto su discurso. Felicitaba á sus amados súbditos por la terminación de la guerra del Oeste, añadiendo que la rapidez con que aquella rebelión había llegado á tomar aspecto formidable, amén de su larga duración, debían convencer á todos de la poca confianza que debía ponerse en la milicia. Por esto había aumentado el ejército regular. El presupuesto del ejército ascendía en lo sucesivo á más del doble de lo que era anteriormente, y él confiaba que los Comunes le proporcionarían los medios de atender á tal aumento de gastos. Informó luego á sus oyentes haber echado mano de algunos oficiales contraviniendo á la ley del *Test*, mas á él le constaba que eran dignos de la pública confianza. Temía que hombres arteros se aprovechasen de esta irregularidad para alterar la armonía que reinaba entre él y su Parlamento. Pero diría en voz alta cuáles eran sus opiniones en el asunto. Estaba resuelto á no privarse de servidores en cuya fidelidad podía confiar y cuya ayuda podría serle tal vez muy pronto necesaria (1).

X.

ORGANÍZASE UN PARTIDO DE OPOSICIÓN EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES.

Esta explícita declaración de haber infringido las leyes que toda la Nación consideraba como principal salvaguardia de la religión anglicana, y el decir que

(1) *Lords' Journals*, 9 de nov. 1685. «*Vengo assicurato*, dice Adda, *che S. M. stessa abbia composto il discorso.*»—Despacho de 16 (26) de nov. 1685.

estaba resuelto á persistir en infringirlas, no era ciertamente lo más propio y adecuado para calmar los excitados ánimos de sus súbditos. Los Lores, rara vez prontos en tomar la iniciativa en todo lo que sea contrario al Gobierno, consintieron en emitir un voto de gracias por el discurso del Rey. Pero no estaban los Comunes tan complacientes. Cuando terminado el discurso del Rey volvieron á su cámara, hubo un largo silencio, y en los rostros de muchos de los más respetados miembros se leía la más honda inquietud. Por fin Middleton se levantó y propuso que la Cámara se constituyese inmediatamente en comité, para tratar del discurso del Rey; pero sir Edmundo Jennings, celoso tory del condado de York á quien suponían inspirado por Danby, protestó contra esta medida, pidiendo algún tiempo para su examen. Sir Tomás Clarges, tio materno del Duque de Albemarle, que por mucho tiempo se había distinguido en el Parlamento por su práctica en los negocios y su diligente celo en la superintendencia del Tesoro público, fue de la misma opinión. Cuanto á los sentimientos de la Cámara no podía abrigarse la menor duda. Sir Juan Ernley, canciller de Hacienda, insistió en que la dilación no excediese de cuarenta y ocho horas, mas fué vencido, resolviéndose que la discusión se aplazase para de allí á tres días (1).

El intervalo fué bien aprovechado por los que tomaron la iniciativa contra la Corte. No era ciertamente empresa fácil la que intentaban llevar á cabo. Tratábase de organizar en tres días un partido nacio-

---

(1) *Commons' Journals*; Bramston, *Memorias*; Jacobo de Leeuwen á los Estados Generales, nov. 10 (20), 1685. Leeuwen era secretario de la embajada holandesa, y llevaba la correspondencia cuando faltaba Citter. Respecto á Clarges véase *Burnet*, I, 98.

nal. La dificultad de la empresa apenas puede apreciarse debidamente en nuestro tiempo; pues hoy puede decirse que toda la Nación asiste á las deliberaciones de ambas Cámaras. Lo que después de media noche dicen los jefes del Gobierno y de la oposición, puede leerlo toda la metrópoli al amanecer, los habitantes de Northumberland y Cornwall por la tarde, y los de Irlanda y las montañas de Escocia al día siguiente. En nuestra época, por tanto, los procedimientos legislativos, las reglas del debate, la táctica de los partidos, las opiniones, carácter y estilo de todo miembro activo de cualquiera de las dos Cámaras son familiares á la multitud. Todo el que ahora entra en el Parlamento posee lo que en el siglo XVII se llamaría gran caudal de conocimientos parlamentarios. Tales conocimientos obteníanse tan sólo formando parte del mismo Parlamento; de modo que la diferencia entre un diputado viejo y otro recién llegado á la Cámara, era tan notoria, como la que existe entre un soldado veterano y un recluta que acabase de dejar el arado. Y el Parlamento de Jacobo contenía, en proporción inusitada, gran número de diputados nuevos que de sus aldeas no habían traído á Westminster el menor asomo de conocimientos políticos, sino muchas y muy violentas preocupaciones. Odiaban estos caballeros á los papistas, sin que por eso fuera menos intenso su odio á los whigs, y miraban al Rey con supersticiosa veneración. Formar en tales condiciones un partido de oposición, era empresa que requería el más exquisito y delicado tacto. Hombres de gran peso é influencia, sin embargo, pusieron manos á la obra y la terminaron con feliz éxito. Algunos whigs experimentados en política, que no pertenecían al Parlamento, dieron útiles consejos y noticias. La víspera del día fijado para el debate celebraron

varias reuniones, en que los jefes instruían á los novicios, y pronto pudo verse que sus lecciones no fueran perdidas (1).

XI.

DESIGNIOS DE LAS OTRAS NACIONES.

En tanto reinaba la mayor agitación en las embajadas extranjeras. A ninguno se ocultaba que en pocos días iba á decidirse la gran cuestión, esto es, si el Rey de Inglaterra era ó no vasallo del Rey de Francia. Los Ministros de la casa de Austria mostraban los más ardientes deseos de que Jacobo contentase á su Parlamento. Inocencio había enviado á Londres dos agentes encargados de inculcar la mayor moderación en el ánimo del Monarca, no sólo aconsejándoselo así, sino haciéndoselo ver con el ejemplo. Era uno de los enviados el inglés Juan Leyburn, dominico que había sido secretario del Cardenal Howard, el cual á cierta instrucción unía rica vena de natural ingenio, siendo además el hombre más precavido, hábil y reservado. Recientemente fuera instituído obispo de Adrumetum y nombrado vicario apostólico en la Gran Bretaña. Fernando, conde de Adda, italiano, de facultades no muy eminentes, pero de blando carácter y maneras cortesanas, había sido nombrado Nuncio. Ambos obtuvieron la más cordial acogida por parte de Jacobo. Ningún obispo católico había ejercido funciones espirituales en la Isla durante más de medio siglo, ni

---

(1) Barillon, nov. 16 (26), 1685.

había sido recibido aquí ningún Nuncio en los ciento veintisiete años trascurridos desde la muerte de María. Leyburn fué instalado en Whitehall, y recibió una pensión de mil libras anuales. Adda no asumió todavía carácter oficial. Pasaba por un extranjero de alto rango, á quien sólo la curiosidad había traído á Londres; presentábase diariamente en la Corte y era tratado con gran consideración. Ambos emisarios del Papa hacían los mayores esfuerzos para disminuir en lo posible el odio que inseparablemente acompaña los empleos que desempeñaban, tratando, además, de calmar el entusiasta celo de Jacobo. El Nuncio, especialmente, declaró que nada sería más perjudicial á los intereses de la Iglesia de Roma que una ruptura entre el Rey y el Parlamento (1).

Barillon trabajaba activamente en sentido contrario. Las instrucciones que en la ocasión presente recibió de Versalles son muy dignas de estudio, pues dan la clave de la política sistemáticamente adoptada por su amo respecto de Inglaterra en los veinte años anteriores á nuestra revolución. Las noticias de Madrid, escribía Luis XIV, eran alarmantes. Había muy fundadas esperanzas de que Jacobo haría estrecha alianza con la casa de Austria no bien tuviese la seguridad de que el Parlamento se prestaría á sus planes. En tales circunstancias, importaba evidente-

(1) Dodd, *Historia de la Iglesia;* Leeuwen, nov. 17 (27), 1685; Barillon, dic. 24, 1685.—Dice Barillon, hablando de Adda: «On l'avoit fait prévenir que la sureté et l'avantage des catholiques consistoient dans une réunion entière de sa Majesté Britannique et de son Parlement». Véanse las cartas de Inocencio á Jacobo II, de 27 de julio (6 de agosto) y 23 de set. (3 de oct.) de 1685; los *Despachos* de Adda de 9 (19) y 16 (26) de nov., 1685. Puede verse en el Museo Británico la interesantísima correspondencia de Adda, copiada del original que se conserva en el Archivo Pontificio, *Additional MSS.* Núm. 15.395.

mente á los intereses de Francia que el Parlamento mostrase oposición á Jacobo. Ordenábase, pues, á Barillon que con las mayores precauciones, para no ser descubierto, hiciese alianza con las oposiciones. En la Corte debía aprovechar cuantas ocasiones se le ofreciesen de estimular el celo religioso y el soberano orgullo de Jacobo, pero al mismo tiempo era preciso estar en secreta inteligencia con los descontentos. Tal inteligencia, sin embargo, sería peligrosa y exigía el más exquisito tacto; pero tal vez podría el embajador, sin comprometerse ni comprometer á su Gobierno, animar el celo de la oposición en pro de las leyes y libertades inglesas, dando al mismo tiempo á entender que aquellas leyes y libertades no eran miradas con enemiga por su amo (1).

Al dictar Luis XIV estas instrucciones, no preveía cuán rápida y cumplidamente harían desaparecer su inquietud la pertinacia y estupidez de Jacobo.

XII.

EL DISCURSO DEL REY DISCUTIDO EN LA CÁMARA DE LOS COMUNES.

El 12 de noviembre de aquel año 1685, la Cámara de los Comunes se constituyó en comité para discutir el discurso del Rey. Presidía el *Solicitor general*, Heneage Finch. El debate fué conducido con rara habilidad y tacto por los jefes del nuevo partido nacional. No se pronunció ninguna frase que pudiera

(1) Va fechado este notabilísimo despacho á 9 (1?) de nov. 1685, y se hallará en el Apendice á la *Historia* de Mr. Fox.

indicar desacato al Soberano ó simpatía por los rebeldes. La insurrección del Oeste se mencionaba siempre con aborrecimiento. Nada se dijo de las atrocidades de Kirke y Jeffreys. Admitióse que los muchos gastos ocasionados por los últimos disturbios justificaban la petición del Rey de un nuevo subsidio; pero cuando se trató de aumentar el ejército y de la infracción de la ley del *Test*, la oposición hizo muy fuertes objeciones. Los partidarios de la Corte parecían evitar con cuidado la discusión de la ley del *Test*. Hablaron, sin embargo, con algún éxito de la gran superioridad del ejército regular sobre la milicia, y aun hubo uno que preguntó irónicamente si había de confiarse la defensa del reino á los *tragones de carne* (1). Otro dijo que se alegraría mucho de saber cómo las milicias del Devonshire, que habían huído en confusión ante los campesinos mal armados de Monmouth, harían frente á las tropas de Luis XIV. Pero estos argumentos apenas producían efecto en los *Caballeros*, que aun recordaban con pesar la severa dominación del Protector. La opinión general fué expresada en toda su fuerza por Eduardo Seymour, el primero de los caballeros del campo, que tenía el partido tory en Inglaterra. Admitía que la milicia no se hallaba en estado satisfactorio; pero á esto objetaba que podía reorganizarse. La reorganización exigiría gastos; mas por su parte, antes daría un millón para el sostenimiento de un ejército del cual no había nada que temer, que la mitad de aquella suma para el sostenimiento de una fuerza de quien siempre habría que temerlo todo. Que se disciplinasen las milicias, que se aumentase la armada, y el país estaría asegurado. Un

(1) Llamábase así popularmente á los que servían en los regimientos de guardias.—N. del T.

ejército permanente era, aun en las mejores circunstancias, una mera sangría á los recursos públicos. El soldado no hacía ningún trabajo útil, no producía nada: consumía los frutos de la industria de otros hombres, y dominaba y mandaba á los mismos que le sostenían. Pero actualmente la Nación estaba amenazada no sólo de un ejército permanente, sino de un ejército católico, de un ejército cuyos oficiales, aun cuando fuesen discretos y honrados, eran, en principio, enemigos de la Constitución del Reino. Sir Guillermo Twisden, diputado por Kent, habló en el mismo sentido con gran perspicacia y aplauso. Sir Ricardo Temple, uno de los pocos whigs de la Cámara, acomodó hábilmente su discurso al carácter del auditorio, recordando que la experiencia demostraba ser tan peligrosos los ejércitos permanentes á la autoridad legal de los príncipes como á la libertad de las naciones. Intervino también en el debate sir Juan Maynard, el más sabio abogado de su tiempo. Tenía á la sazón más de ochenta años, y recordaba las luchas políticas del reinado de Jacobo I. Había pertenecido al Parlamento Largo, figurando entre los *cabezas redondas*, si bien siempre se había mostrado partidario de medidas suaves, esforzándose continuamente por llegar á una reconciliación general. Sus facultades, que la edad no había disminuído, y sus conocimientos profesionales, que por mucho tiempo respetó todo Westminster, hicieron que la Cámara le escuchase con gran atención. Declaróse también contrario al aumento del ejército.

Tras larga discusión, se resolvió conceder un subsidio á la Corona, acordando también redactar un *bill* de reorganización de la milicia. Equivalía esto último á una declaración contra el ejército permanente. El Rey se mostró muy disgustado, y se decía que si

las cosas seguían así, las sesiones no durarían mucho (1).

Al día siguiente se renovó la lucha, y pudo notarse que el lenguaje del partido nacional era más atrevido, y más directos sus ataques que el día anterior. El párrafo del discurso de Jacobo referente al subsidio precedía al relativo al juramento. Middleton, fundándose en esto, propuso que el subsidio se discutiese antes en comité. La oposición sostenía lo contrario, objetando que la práctica razonable y constitucional era no conceder dinero mientras hubiese cuestiones de derecho, y que tal práctica terminaría si la Cámara se creía servilmente obligada á adoptar el orden seguido por el Rey al pronunciar su discurso desde el trono.

Procedióse á votar si la proposición de Middleton debía tomarse en consideración. Los que votaron en contra tuvieron que salir al pasillo de orden del Speaker. Mostráronse muy resentidos por esto, quejándose en voz alta del servilismo y parcialidad del presidente; porque comprendían que según las in-

(1) *Commons' Journals*, 12 de nov. 1685; Leeuwen, 13 (23) de nov.; Barillon, nov. 16 (26), *Memorias de sir Juan Bramston*. No deja de ser curiosa la historia de la mejor relación que se conserva de los debates de la Cámara popular durante el mes de noviembre de 1685. Hay dos copias manuscritas en el Museo Británico, Harl. 7.187; Lans. 253. En ambas figuran con todas sus letras los nombres de los oradores. El autor de la *Vida de Jacobo II*, publicada en 1702, trascribió toda la relación, dando sólo las iniciales de los nombres de los oradores. Los editores de los *Debates* de Chandler y de la *Historia parlamentaria* se equivocaron al interpretar algunas de estas iniciales, y así se ve que atribuyen á Waller un discurso muy notable de que en breve se hará mención, cuando en realidad pertenece á Windham, diputado por Salisbury. Con gran disgusto me vi obligado á renunciar á la creencia de que las últimas palabras pronunciadas en público por Waller fuesen tan honrosas para él.

trincadas y sutiles reglas en vigor á la sazón, y á que en nuestro tiempo ha sustituído una práctica más racional y conveniente, tenían derecho á permanecer en sus asientos, y sostenían todos los tácticos parlamentarios del tiempo que el partido que permanecía en la Cámara tenía ventaja sobre el que salía, porque los bancos eran tan deficientes, que ninguno que tuviese la fortuna de coger un buen asiento quería perderlo. Sin embargo, con gran pesar de los Ministros, muchos diputados con cuyos votos contaba la Corte se dirigieron á la puerta. Entre ellos se hallaba Carlos Fox, primer pagador general del ejército, hijo de sir Esteban Fox, secretario de la Real Casa. El pagador general fuera inducido por sus amigos á ausentarse de la Cámara mientras duraba la discusión. Pero su ansiedad habíase hecho insoportable. Entró en la habitación del presidente, y como de allí oyese parte del debate, se retiró, y después de una ó dos horas de dudas y vacilaciones, luchando entre la conciencia y sus cinco mil libras de sueldo, adoptó al cabo una resolución varonil, y entró en la Cámara precisamente en el momento de la votación. Dos jefes del ejército, el coronel Juan Darcy, hijo de lord Conyers, y el capitán Jacobo Kendall, se retiraron á los pasillos. Middleton bajó á la barra, y saliéndoles al encuentro les interpeló con vehemencia. Dirigíase particularmente á Kendall, cortesano sin bienes de fortuna, que en virtud de regio mandato fuera enviado al Parlamento por una corporación adicta de Cornwall, y al cual se habían concedido recientemente cien rebeldes de los condenados á deportación. «*Caballero,* le dijo Middleton, *¿no mandáis un escuadrón de caballería en el ejército de S. M?...—Sí, milord,* contestó Kendall; *pero acaba de morir mi hermano mayor dejándome una renta anual de setecientas libras esterlinas.*»

XIII.

DERROTA DEL GOBIERNO.

Verificado el escrutinio, vióse que había ciento ochenta y dos votos en pro y ciento ochenta y tres en contra de la proposición. En aquella Cámara de los Comunes, cuyos miembros fueran elegidos merced al empleo de todo género de fraudes, corrupciones y violencias; en aquella Cámara de la cual había dicho Jacobo que once docenas de sus miembros le eran tan devotos, que él mismo los hubiera nombrado; llegado, sin embargo, el momento crítico, había sido derrotada la Corte en una cuestión vital (1).

A consecuencia de este voto, el 13 de noviembre fueron puestas á discusión las frases pronunciadas por el Rey en lo relativo á la ley del *Test*. Resolvióse tras largo debate presentarle una solicitud recordándole que no podía continuar legalmente sirviéndose de oficiales que no reunían las condiciones exigidas por la ley, é instándole á tomar las medidas necesarias para acallar los temores y recelos de su pueblo (2).

Hízose entonces una proposición para suplicar á los lores que se adhiriesen á la petición. No es posible

---

(1) *Commons' Journals*, 13 de nov. 1685; *Memorias de Bramston; Memorias de Reresby*; Barillon, 16 (26) de nov.; Leeuwen, 13 (23) noviembre; *Memorias de sir Esteban Fox*, 1717; *Estado de la Iglesia Anglicana, expuesto con toda lealtad;* Burnet, I, 666, con la nota del Presidente Onslow.

(2) *Diario de sesiones de la Cámara de los Comunes*, nov. 1685; Harl. MS. 7187; Lansdowne, MS. 253.

afirmar si esta proposición fué hecha lealmente por las oposiciones en la esperanza de que la concurrencia de los lores añadiría peso á la reclamación, ó si fué arteramente urdida por los cortesanos creyendo que la consecuencia sería un conflicto entre ambas cámaras. La proposición fué rechazada (1).

Constituyóse entonces la Cámara en comité para fijar el importe del nuevo subsidio en favor de la Corona. El Rey necesitaba un millón cuatrocientas mil libras, pero los Ministros conocieron que sería inútil pedir suma tan exorbitante. El Canciller de Hacienda pidió un millón doscientas mil, á lo cual objetaron los jefes de la oposición, que conceder tal suma valía tanto como votar la permanencia de la actual organización militar. Estaban dispuestos á dar solamente lo necesario para sostener las tropas regulares de infantería mientras se reorganizaba la milicia, y por lo tanto proponían cuatrocientas mil libras.

---

(1) Es de todo punto extraordinaria la diversidad de testimonios acerca de este asunto; y después de largo examen debo declarar que en mi juicio está en el fiel la balanza entre unas y otras. En la *Vida de Jacobo II*, 1702, se dice que la proposición procedía de la Corte, lo cual confirma un notable pasaje de los *Papeles de los Estuardos*, corregido por el mismo Pretendiente (Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 55). Por otra parte, Reresby, testigo presencial, y Barillon que debía estar bien informado, dicen que la proposición fué presentada por las oposiciones. Los manuscritos de Harley y Lansdowne difieren en la única palabra que resolvería la cuestión. Desgraciadamente Bramston no asistió á la Cámara aquel día, y Jacobo Van Leeuwen que menciona la proposición y la lucha no agrega una palabra que arroje la menor luz sobre la actitud de los partidos. Debo declarar que no he podido sacar conclusión alguna de los nombres de los encargados del escrutinio, sir José Williamson y sir Francisco Russell por la mayoría, y lord Ancram y sir Enrique Goodricke por la minoría. Yo hubiera creído que lord Ancram estaría por la Corte, y sir Enrique Goodricke por la oposición.

Los partidarios de la Corte calificaron tal propuesta de indigna de la Cámara é irrespetuosa para el Rey, mas encontraron viril resistencia por parte de sus contrarios. Distinguióse especialmente uno de los diputados del Oeste, Juan Windham, representante de Salisbury, el cual dijo que siempre había mirado con terror y aversión los ejércitos permanentes, y que la última experiencia había contribuído á afirmarle en sus ideas. Aventuróse entonces á tocar una cuestión que hasta aquí todos habían puesto especial cuidado en evitar. Describió la desolación de las provincias occidentales. El pueblo, dijo, estaba cansado de la opresión de las tropas, de los alojamientos, de las depredaciones y de crímenes aun más odiosos, que la ley califica de capitales, mas para los que, cometidos por esta clase especial de culpables no había medio de obtener reparación. Cierto que los servidores del Rey habían dicho á la Corona que se habían establecido excelentes reglamentos para el mando del ejército, pero ninguno se atrevió á decir que se hubieran observado. ¿Cuál era, pues, la inevitable consecuencia de todo esto? ¿No se había probado, por el contraste entre las medidas paternales emanadas del trono y la insoportable tiranía de los soldados, que el ejército era, aun entonces, demasiado fuerte así para el príncipe como para el pueblo? Los Comunes podían seguramente con perfecta lógica, al mismo tiempo que depositaban entera confianza en las intenciones de S. M., negarse á todo aumento de fuerzas que, según á todos era notorio, no había de manejar el mismo Rey.

La proposición de que la suma concedida al soberano no debía exceder de cuatrocientas mil libras, cayó por doce votos. Esta victoria de los Ministros fué poco menos que una derrota. Los jefes del partido nacional sin desalentarse conferenciaron brevemente; se pre-

sentaron de nuevo, y propusieron que la suma se fijase en setecientas mil libras. Procedióse nuevamente á votar, y los cortesanos fueron derrotados, pudiendo oponer tan solo ciento setenta votos á doscientos doce que tuvo la oposición (1).



XIV.

RECONVIENE JACOBO Á LOS COMUNES.

Al día siguiente la Cámara de los Comunes fué en corporación á Whitehall con su solicitud á propósito del juramento. Recibióles el Rey sentado en el trono. Presentóse la solicitud empleando lenguaje respetuoso y lleno de afecto, pues la gran mayoría de los que la habían votado eran celosa y aun supersticiosamente leales, y sin dificultad habían convenido en añadir algunas frases de cumplimiento, evitando toda expresión que los cortesanos juzgasen malsonante. La respuesta de Jacobo fué una fría y áspera reprensión. Dijo que le disgustaba en gran manera y le sorprendía cuán poco habían aprovechado los Comunes sus advertencias. «*Pero,* añadió, *sea cualquiera vuestro proceder, mantendré con firmeza todas las promesas que os he hecho*» (2). Los Comunes volvieron á reunirse en su Cámara descontentos y aun algo arrepentidos. La mayor parte de ellos aun miraba al Rey con filial reverencia. Tres años más, llenos de

(1) *Commons' Journals*, nov. 16, 1685; Harl. MS. 7.187; Lans. MS. 235.

(2) *Commons' Journals*, nov. 17 y 18, 1685.

toda suerte de atropellos é insultos que aun lastiman más que las vejaciones, bastaron casi á romper los lazos que ataban al trono á los *caballeros* de la *gentry*.

El presidente repitió en sustancia la respuesta del Rey. Hubo por algún tiempo solemne silencio, leyéndose luego la orden del día como de ordinario, y procediendo la Cámara en comité á tratar del *bill* de reorganización de la milicia.

Algunas horas bastaron, sin embargo, para que la oposición saliese de su abatimiento. Cuando al anochecer volvió el *Speaker* á ocupar la presidencia, Wharton, el más atrevido y orgulloso de todoslos whigs, propuso que se fijase un día para tomar en consideración la respuesta del Rey. Juan Coke, diputado por Derby, aunque figuraba entre los toríes apoyó la proposición de Wharton. «*Supongo*, dijo, *que todos somos ingleses y no nos asustarán, apartándonos del cumplimiento de nuestro deber, algunas palabras dichas con altanería.*»

Valientes eran estas frases, pero no oportunas en la ocasión presente. Toda la Cámara le interrumpió con las más vivas protestas. «*¡Que se escriban esas palabras! ¡A la barra! ¡A la Torre!*» eran los gritos que se oían de todas partes. Los más blandos proponían que se le reprendiese, pero los Ministros insistían con vehemencia en reducirlo á prisión. La Cámara, decían ellos, podía perdonar las ofensas que se la hicieran, pero nadie tenía derecho á perdonar los insultos hechos á la Corona. Coke fué enviado á la Torre. La indiscreción de un solo hombre había desconcertado toda la táctica de ataque tan hábilmente combinada por los jefes de la oposición. En vano intentaba Eduardo Seymour en aquel momento reunir sus parciales exhortándoles á fijar un día para discutir la respuesta del Rey, y expresando su confianza en que

la discusión se conduciría con el respeto debido al Soberano. De tal modo había impresionado á los diputados el disgusto del Rey y tanto les había exaltado la brusca réplica de Coke, que no hubiera sido conveniente proceder entonces á votación (1).

Aplazóse la sesión, y los Ministros se lisonjeaban de que por fin el espíritu de oposición fuera vencido; pero al día siguiente, 19 de noviembre, presentáronse nuevos y alarmantes síntomas Era entonces el tiempo fijado para tomar en consideración las reclamaciones presentadas en todas partes de Inglaterra contra las últimas elecciones. Cuando en la primera sesión del Parlamento se había quejado Seymour de las violencias y fraudes empleados por el Gobierno para imponerse á los Cuerpos constituyentes, no había encontrado quien le ayudase. Pero muchos que entonces habían huído de su lado, cobraran valor posteriormente, y con sir Juan Lowther, diputado por Cumberland, á la cabeza, antes de reunirse el Parlamento habían indicado que debía abrirse una información acerca de los abusos que tanto habían indignado la opinión pública. La Cámara se hallaba actualmente mucho más irritada que en aquella ocasión, y muchas voces se levantaron atrevidamente profiriendo acusaciones y amenazas. Díjose á los Ministros que la nación esperaba reparación cumplida, y la tendría. En tanto, dábase á entender hábilmente que la mejor rehabilitación para cuantos debían su puesto en el Parlamento al empleo de medios ilegales, era hacer uso de su mal adquirido poder en defensa de la religión y de las libertades patrias. Ninguno de cuantos cumplieran su deber en aquella crisis, tendría nada que

(1) *Commons' Journals*, nov. 18, 1685; Harl. MS. 7.187; Lans. MS. 253; Burnet, I, 667.

temer. Tal vez sería preciso anular su elección; pero la oposición haría uso de toda su influencia para hacerle reelegir (1).

XV.

OPOSICIÓN AL GOBIERNO EN LA CÁMARA DE LOS LORES. EL CONDE DE DEVONSHIRE.

Aquel mismo día pudo notarse claramente que la oposición se había extendido de la Cámara popular á la de los Lores, y aun al banco de los Obispos. Guillermo Cavendish, conde de Devonshire, se puso al frente de la oposición en la alta Cámara, y era á no dudar el que se hallaba en mejores condiciones para aquel puesto. En poder y riquezas no era inferior á ningún aristócrata inglés, y la voz general le designaba como el más cumplido caballero de su tiempo. Sus mismos enemigos tenían que reconocer su magnificencia, su talento, su gusto, sus estudios clásicos, su alto entendimiento y la gracia y urbanidad de sus maneras. Desgraciadamente ni aun sus apologistas podían librarle de la inmoralidad que parecía contagiosa en aquella época. Aunque enemigo del catolicismo y del poder arbitrario, habíase mostrado siem-

---

(1) *Memorias de Lonsdale*. Según Burnet (I, 667), después del arresto de Coke se suscitó en la Cámara de los Comunes un acalorado debate con motivo de las elecciones. Debe, pues, haber sido en la sesión del 19 de noviembre, porque Coke fué reducido á prisión el 18 á última hora, y el 20 se cerró el Parlamento. La narración de Burnet viene confirmada en el *Diario de Sesiones*, donde se lee que el 19 se discutieron las actas de algunos diputados.

pre contrario á las medidas extremas, deseando cuando la derrota del *bill* de exclusión llegar á una avenencia, y nunca había entrado en los ilegales é imprudentes planes que tanto desacreditaron al partido whig. Pero, aunque lamentando en esta parte la conducta de sus amigos, no por eso había dejado de cumplir con gran celo los más arduos y peligrosos deberes que la amistad impone. Había acompañado á Russell, cuando compareció en la barra, separándose de él en la triste mañana de la ejecución con estrechos abrazos y acerbas lágrimas, y aun llegó á ofrecerle medios de fugarse arriesgando la propia vida (1). Ahora, pues, el gran aristócrata propuso que se fijase un día para examinar el discurso del Rey. Objetaba el partido contrario que los lores, al dar un voto de gracias por el discurso, habían perdido el derecho á toda queja; pero tal objeción fué tratada con gran desprecio por Halifax. «El voto de gracias, dijo con la sarcástica ironía que le era peculiar, no significa en modo alguno aprobación. Nosotros quedamos agradecidos á nuestro augusto Soberano siempre que se digna hablarnos, y más especialmente cuando, como en la presente ocasión, se expresa con toda claridad y nos da útil aviso de lo que habremos de sufrir» (2).

---

(1) Burnet, I, 560; *Oración fúnebre del Duque de Devonshire*, pronunciada por Kennet, 1708; *Viaje de Cosme III á Inglaterra.*

(2) *Memorias de Bramston*. Burnet se equivoca respecto al momento en que se hizo la observación y en el nombre de la persona que la hizo. En la *Carta á un disidente*, de Halifax, se halla una notable alusión á este debate.

XVI.

EL OBISPO DE LONDRES.

El doctor Enrique Compton, obispo de Londres, habló con gran energía en favor de la proposición. Aunque no estaba dotado de grandes facultades ni muy versado en los conocimientos de su profesión, era siempre escuchado con respeto por la Cámara, por ser de los pocos eclesiásticos de aquel tiempo por cuyas venas corría noble sangre. Habían dado señaladas muestras de su lealtad él y su familia. Su padre, segundo Conde de Northampton, había peleado bravamente por el Rey Carlos I, y rodeado de soldados parlamentarios, había caído espada en mano, negándose á dar ó recibir cuartel. También el Obispo, antes de recibir las sagradas órdenes, había servido en la Guardia, y aunque generalmente trataba de conservar la gravedad y serena calma que convienen á un Prelado, alguna que otra vez daba muestras de su natural belicoso. Habíasele confiado la educación de las dos Princesas, y logró desempeñar deber tan importante de manera que había dejado contentos á todos los protestantes, asegurándole considerable influencia sobre sus discípulas, especialmente sobre lady Ana (1). Declaró entonces hallarse autorizado para manifestar la opinión de sus colegas; y así ellos como él juzgaban que la Constitución civil y eclesiástica del Reino corrían peligro.

(1) Wood, Ath. Ox., Gooch, *Oración fúnebre del Obispo Compton.*

XVII.

EL VIZCONDE DE MORDAUNT.

Uno de los más notables discursos de aquel día fué pronunciado por un joven cuya vida, llena de excentricidades y rarezas, había de ser en lo sucesivo causa de admiración y asombro en toda Europa. Era éste Carlos Mordaunt, vizconde de Mordaunt, muy renombrado muchos años después con el nombre de Conde de Peterborough. Ya había dado repetidas muestras de valor, de inteligencia y de aquel extraño aturdimiento que hacía casi inútiles para su patria su talento y su valor. Habíase ya distinguido como hombre de ingenio y saber, como á buen soldado y buen marino, y hasta había llegado á rivalizar con Bourdaloue y Bossuet. Aunque librepensador declarado, pasara noches enteras en el mar componiendo sermones, y con gran dificultad le habían impedido edificar piadosamente la chusma de un navío de guerra con su piadosa oratoria (1). Hablaba ahora en la Cámara de los Lores por primera vez con característica elocuencia, vivacidad y audacia. Censuraba á los Comunes por no haber mostrado más valor. «Han tenido miedo, decía, de hablar claro. Han hablado de recelos y temores. ¿Qué significan en este caso recelo y temor? El recelo y temor se experimentan cuando expresamos nuestra opinión respecto de males inciertos y futuros. Pero el mal que ahora se considera no es futuro ni incierto. Existe el ejército permanente. Sus

(1) *Diario* de Teonge.

oficiales son católicos. No tenemos enemigos de fuera. No hay rebelión en el país. ¿Para qué, pues, se sostiene ese ejército sino con el propósito de conculcar nuestras leyes y establecer el poder arbitrario, tan justamente aborrecido de los Ingleses?» (1)

Habló Jeffreys en contra de la proposición en aquel estilo burdo y salvaje en que era maestro. Mas pronto conoció que no era tan fácil vencer á los altivos barones de Inglaterra en su propio recinto, como intimidar abogados cuyo sustento dependía de su favor, ó reos cuyas cabezas se hallaban á su merced. El hombre que se pasa la vida en insultar y dominar, sean cualesquiera su talento y valor, hace generalmente la más triste figura cuando se ve vigorosamente atacado, pues faltándole costumbre de permanecer á la defensiva, se desconcierta y cae muy pronto en gran confusión, que aumenta la idea de que todos aquellos á quienes ha insultado se gozan en verle así. Jeffreys se hallaba ahora, por primera vez desde que era gran señor, luchando en igualdad de condiciones con adversarios que no le temían. Con gran placer y contentamiento de todos, pasaba repentinamente de la insolencia más procaz á la más extrema bajeza, no pudiendo al cabo contener el llanto de rabia y despe-

---

(1) A Barillon somos deudores de la mejor descripción de este debate. Copiaré lo referente al discurso de Mordaunt. «Milord Mordaunt, quoique jeune, parla avec éloquence et force. Il dit que la question n'étoit pas reduite, comme la Chambre des Communes le prétendoit, á guérir des jalousies et défiances, qui avoient lieu dans les choses incertaines; mais que ce qui se passoit ne l'étoit pas, qu'il y avoit une armée sur pied qui subsistoit, et qui étoit remplie d'officiers catholiques, qui ne pouvoit etre conservée que pour le renversement des loix, et que la subsistance de l'armée, quand il n'y a aucune guerre, ni au dedans ni au dehors, étoit, l'établissement du gouvernement arbitraire, pour lequel les Anglois ont une aversion si bien fondée.»

cho (1). Nada faltó para que su humillación fuese completa, pues se agrupaban en la Cámara como hasta un centenar de lores, número mucho mayor de los que habían votado el gran día del *bill* de exclusión. El Rey también se hallaba presente. Su hermano tenía costumbre de asistir á las sesiones de los Lores por pura diversión, y con frecuencia se le oía decir que un debate era tan entretenido como una comedia. Jacobo había venido, no á divertirse, sino esperando que su presencia serviría á poner alguna traba á la discusión; mas pronto vió cuánto se había engañado. La opinión de la Cámara se manifestaba tan claramente, que después de un habilísimo discurso final pronunciado por Halifax, los partidarios de la Corte no se atrevieron á pedir que se procediera á votación. Fijóse uno de los días inmediatos para tratar del discurso del Rey, ordenando que todos los lores que no se hallasen muy distantes de Londres ocupasen sus puestos (2).

---

(1) Lloraba con gran facilidad. Según el autor del *Panegírico* no «*podía contener el llanto cuando recibía alguna ofensa*.» Y luego añade: *Hablan de su condición orgullosa y de su porte altanero, ¿qué mayor humillación para un hombre colocado en puesto tan eminente que las lágrimas y sollozos?*» En la respuesta al *Panegírico*, se dice «que el no poder contener las lágrimas le impidió ser hipócrita acabado.»

(2) *Lords' Journals*, nov. 19, 1685; Barillon, 23 nov. (3 dic.); *Despachos de los Embajadores holandeses*, nov. 20 (30); *Diario* de Luttrell, 19 de nov.; Burnet, I. 665. El discurso de clausura pronunciado por Halifax se menciona en el *Despacho* del Nuncio de 16 (26) de nov. Próximamente un mes más tarde, daba Adda brillante testimonio del talent de Halifax.

«Da questo uomo che ha gran credito nel Parlamento, e grande eloquenza, non si possono attendere che fiere contradizioni, e nel partito Regio non vi é un uomo da contrapporsi.» Dic. 21 (31).

XVIII.

CLAUSURA DEL PARLAMENTO.

A la mañana siguiente, el Monarca, cubierto de las regias vestiduras, se presentó en la Cámara de los Lores. El ujier de la negra varilla convocó á los Comunes para que se presentasen en la barra de la alta Cámara, y el Canciller anunció que se suspendían las sesiones del Parlamento hasta el 10 de febrero (1). Los que habían votado contra la Corte fueron privados de sus empleos. Carlos Fox salió de la Tesorería. El Obispo de Londres dejó de ser deán de la capilla Real, y su nombre fué borrado de la lista de los consejeros privados.

El efecto de la suspensión fué terminar un proceso de la mayor importancia. Tomás Grey, conde de Stamford, descendiente de una de las familias más ilustres de Inglaterra, había sido últimamente arrestado, encerrándole en estrecha prisión en la Torre, por el delito de alta traición. Acusábanle de haber tomado parte en la conjuración de Rye House, y era cierto que se había formulado acusación contra él por el gran Jurado de la ciudad de Londres, trasladándose la acusación á la alta Cámara, único tribunal ante el cual podía acusarse á un lord, mientras estuviese reunido el Parlamento, de cualquier falta que pasase de la categoría de delito. Habíase fijado el 1.° de diciembre para la vista de la causa, dándose orden que la gran sala de Westminster estuviese preparada al

(1) *Lord' and Commons' Journals*, nov. 20, 1685.

efecto con colgaduras y asientos. A consecuencia de la suspensión, aplazóse por tiempo indefinido la vista de la causa, y Stamford recobró en seguida la libertad (1).

Otros tres whigs de gran cuenta estaban presos cuando la suspensión de las sesiones: Carlos Gerard, lord Gerard de Brandon, hijo mayor del Conde de Macclesfield; Juan Hampden, nieto del famoso jefe del Parlamento Largo, y Enrique Booth, lord Delamere. Gerard y Hampden fueran acusados de haber tomado parte en la conspiración de Rye House, y Delamere de haber favorecido la insurrección del Oeste.

XIX.

PROCESOS DE LORD GERARD Y HAMPDEN.

No tenía intención el Gobierno de hacer morir á Gerard ni á Hampden. Grey había estipulado que se les perdonaría la vida antes de consentir en declarar contra ellos (2). Pero había una razón más poderosa para perdonarles. Eran herederos de extensos dominios y aun vivían sus padres. Poco podía aprovechar la Corte empleando sangrientas medidas, al paso que podía ganar mucho por medio del indulto. Gerard fué juzgado, y á creer las incompletas noticias que han llegado hasta nosotros, parece haberse defendido con gran entereza y energía. Hacía gala de los esfuerzos y sacrificios hechos por su familia en pro de la causa de Carlos I, y demostró que Rumsey, el testigo

(1) *Lords 'Journals* de 11, 17 y 18 de nov. de 1685.
(2) Burnet, I, 646.

causa de la muerte de Russell por haber referido una falsedad, y Cornish por haber referido otra, no merecían absolutamente el menor crédito. El Jurado, no sin alguna vacilación, le declaró culpable, y después de larga prisión consiguió Gerard comprar la libertad (1). Hampden había heredado las opiniones políticas y gran parte de los talentos de su abuelo, si bien no conservaba en igual grado la integridad y valor que tanto distinguieron á su célebre predecesor. Parece que el preso fué con cruel astucia engañado durante mucho tiempo, haciéndole sufrir la angustia de la incertidumbre, á fin de que su familia se decidiese á comprar su perdón. Abatióse por completo su espíritu á la idea de la muerte, y cuando compareció ante el tribunal de Old Bailey, no sólo se declaró culpable, sino manchó el nombre ilustre que llevaba con abyectas súplicas y bajezas. Protestó no haber tenido conocimiento del intentado asesinato, pero al mismo tiempo confesaba haber pensado en rebelarse, manifestando el más profundo arrepentimiento por esta falta, implorando la intercesión de los jueces, y declarando que, si lograba alcanzar la real clemencia, su vida entera sería testimonio de su gratitud. Los whigs estaban furiosos por su falta de valor, y donde quiera le declaraban mucho más digno de censura que Grey, el cual, aun al convertirse en testimonio de la Corona, había conservado cierto decoro. Perdonósele la vida á Hampden, pero su familia hubo de pagar algunos miles de libras al Canciller. Otros cortesanos de menor importancia consiguieron sacar menores sumas. El infeliz tenía suficiente talento para comprender en toda su extensión cuánto se había degradado, y sobrevivió muchos

(1) *Memorias de Bramston;* Lutrell, *Diario.*

años al día de su ignominia. Vivió para ver triunfante á su partido, para ser uno de sus miembros importantes, para ocupar altos puestos en el Estado y hacer á su vez temblar á los que le habían perseguido. Pero su prosperidad fué amargada por un insoportable recuerdo. Nunca más recobró la alegría, y al fin, él mismo se dió la muerte (1).

XX.

PROCESO DE DELAMERE.

No es muy probable que si Delamere hubiera necesitado la real indulgencia hubiese encontrado al Monarca propicio. Cierto que contra él se emplearon todas las ventajas que la letra de la ley daba al Gobierno, sin escrúpulo ni decoro. Su situación era muy distinta de la de Stamford. La acusación contra Stamford había sido presentada á la Cámara de los Lores cuando aun duraban las sesiones del Parlamento, no pudiendo por tanto proseguir mientras no volvieran á reunirse las Cámaras. Todos los lores tendrían entonces voto, y serían jueces de hecho y de derecho. Pero la acusación contra Delamere no había sido pronunciada hasta después de la suspensión de las sesiones (2). Hallábase por tanto bajo la jurisdicción del Tribunal del lord gran Senescal. Compete á este Tribunal, cuando no está reunido el Parlamento, el

---

(1) Véase el proceso en la *Colección de causas de Estado*; Bramston, *Memorias*; Burnet, I, 647; *Lords 'Journals*, 20 diciembre, 1689.

(2) *Lord's Journals*, nov. 9, 10 y 16, 1685.

conocimiento de las traiciones y crímenes cometidos por miembros de la alta Cámara, y en aquella sazón estaba constituído de tal modo, que ningún preso acusado de delitos políticos podía esperar sentencia imparcial. El Rey nombraba el presidente del Tribunal, el cual á su vez nombraba los lores que le parecía para que defendiesen á su acusado colega. El número de éstos no estaba fijado por la ley. No había lucha posible, bastando para declarar convicto al reo la simple mayoría de doce votos. El presidente era el único juez de derecho, formando los otros lores un mero jurado para declarar en lo relativo al hecho. Jeffreys fué nombrado presidente del Tribunal, y eligió treinta jueces, siendo su elección digna de él y de su tiempo. Los treinta elegidos eran, en política, enemigos declarados del procesado. Quince eran coroneles á quienes el Rey podía privar de sus lucrativos mandos cuando le pluguiese. Entre los otros quince se contaban, el lord Tesorero, el principal secretario de Estado, el mayordomo de la casa Real, el contador también de Palacio, el capitán de la compañía de caballeros pensionados, el chambelán de la Reina y otras personas unidas á la corte por los más fuertes lazos de interés. Sin embargo, Delamere tenía grandes ventajas sobre los más humildes acusados que habían comparecido ante el tribunal de Old Bailey. Allí los jurados, violentos sectarios á quienes sólo por un día llamaban los sheriffs partidarios de la Corte, separándoles así de la masa social, pero enviándolos nuevamente á confundirse con el vulgo, una vez cumplido su servicio, no se sentían cohibidos por la vergüenza, y careciendo de costumbre de pesar debidamente los testimonios, seguían sin escrúpulo las indicaciones del Juez. Pero en el Tribunal del gran Senescal cada uno de los jueces era hombre de alguna experiencia en asuntos

graves. Todos ocupaban puestos importantes, atrayendo por tanto la atención pública. Todos, empezando por el más humilde, tenían que levantarse uno á uno y dar su fallo, jurando por su honor ante numeroso concurso. Aquel fallo, acompañado de su nombre, iría á todas las partes del mundo y viviría en la historia. Además, aunque los nobles elegidos eran toríes y casi todos deseaban servir á la Corte, muchos empezaban á mirar con inquietud la conducta del Rey, y ya se les ocurría si no podrían verse muy pronto en igual caso que Delamere.

Jeffreys, como de ordinario, se mostró insolente é injusto. Cierto que contribuía á dar nuevo estímulo á su celo un antiguo resentimiento. Había sido Chief Justice de Chester cuando Delamere, á la sazón mister Booth, tan solo, representaba aquel condado en el Parlamento. Habíase quejado Booth con gran acritud n la Cámara de los Comunes de que el más alto interés de sus representados se confiase á un bufón, borracho por añadidura (1). El vengativo juez no se avergonzó de echar mano de un recurso que aun en un abogado hubiera sido culpable. Recordó á los lores del Jurado, en lenguaje muy significativo, que Delamere se había opuesto en el Parlamento al *bill* de acusación de Monmouth, hecho que no estaba ni podía sujetarse á prueba. Mas no alcanzaba el poder de Jeffreys á imponerse á un sínodo de lores, como estaba acostumbrado á hacerlo con jurados ordinarios. La acusación de la Corona hubiera parecido suficientemente probada en uno de aquellos tribunales que había presidido en el Oeste ó en los tribunales ordinarios de la City, mas no podía ni por un momento imponerse á

---

(1) *Discurso sobre la corrupción de los jueces* en las *Obras de Delamere*, 1694.

hombres como Rochester, Godolphin y Churchill; ni á pesar de sus faltas estaban ellos tan depravados que sin más ni más condenasen á muerte á un semejante suyo, faltando á las más claras reglas de justicia. Comparecieron también Grey, Wade y Goodenough, pero sólo pudieron repetir lo que habían oído á los emisarios de Monmouth y Wildman. El principal testigo contra el acusado era un miserable llamado Saxton, que había figurado entre los rebeldes, y el cual ahora trabajaba para alcanzar su perdón declarando contra todos los que estaban mal vistos del Gobierno, probándosele de manera irrefutable haber dicho una serie de falsedades. Todos los jueces, desde Churchill, que como más joven habló primero, hasta el Tesorero, declararon *por su honor* que Delamere no era culpable (1). La gravedad y pompa de todo el procedimiento hizo impresión aun en el Nuncio, el cual estaba acostumbrado á las ceremonias de Roma, que en solemnidad y esplendor aventajan á las del resto del mundo (2). El Rey, que se hallaba presente, no pudiendo quejarse de una decisión justa á todas luces, se enfureció con Saxton, declarando que el malvado sería puesto primero en la picota frente á la gran sala de Wesminster, por perjuro, enviándole después al Oeste á que en pena de su traición le ahorcasen y descuartizasen (3).

---

(1) Véase en el Apéndice al t. II la manera de proceder en el *impeachement*, pág. 312.—N. del T.

(2) «Fu una funzione piena di gravitá, di ordine e di gran speciositá.» Adda, enero 15 (25), 1686.

(3) Véase el proceso en la *Colección de causas de Estado*, Leeuwen, enero 15 (25), 19 (29), 1686.

XXI.

EFECTOS DE LA ABSOLUCIÓN DE DELAMERE.

Grande fué la pública alegría cuando se supo que Delamere había sido absuelto. El imperio del terror había terminado; los inocentes empezaban á respirar libremente, y á temblar los falsos acusadores. Apenas puede leerse sin derramar lágrimas una carta escrita en aquella ocasión. Al llegar la noticia á oídos de la viuda de Russell, sintióse en su retiro presa de encontrados sentimientos. «Bendigo á Dios, escribía, que al fin ha hecho cesar, siquiera sea por breve espacio, el derramamiento de sangre en esta desdichada nación. Y, sin embargo, cuando debiera alegrarme con los que se alegran, busco un rincón para llorar. Bien conozco que ya nunca recobraré la alegría; mas cada nueva circunstancia, haciéndome comparar la noche de tristeza que para mí siguió á tal día, con el regocijo de los otros más felices que yo, tortura con bien amargas reflexiones mi mente intranquila. Aunque estoy muy lejos de desear que la ajena alegría termine por siempre, como terminó para mí, no puedo menos de lamentar que mi desdicha no acabase tan felizmente como la de ellos» (1).

Por fin empezaba á cambiar la marea. La muerte de Stafford, acompañada de muestras de ternura y remordimiento por parte del populacho, á cuya furia había sido inmolado, marca el fin de una proscripción. La absolución de Delamere señala igualmente

(1) Lady Russell al Dr. Fitzwilliam, 15 de enero, 1686.

el fin de otra. Los crímenes que mancharon la tempestuosa dominación de Shaftesbury, fueron expiados con creces. La sangre de inocentes católicos había sido vengada con diez veces más sangre de celosos protestantes. Empezaba otra gran reacción. Las facciones se apresuraban á adoptar nuevos principios. Separábanse antiguos aliados. Uníanse antiguos enemigos. El descontento cundía rápidamente por todas las filas del partido dominante. Una esperanza, débil ciertamente é indefinada todavía, de victoria y venganza animaba al partido que poco ha parecía muerto para siempre. En medio de tales circunstancias terminaba el año de 1685, fecundo en acontecimientos y disturbios, y empezaba el de 1686.

XXII.

DIVISIONES EN LA CORTE.—LOS TORÍES PROTESTANTES.

La suspensión de las sesiones había librado al Rey de las respetuosas protestas de las Cámaras, pero aun le faltaba escuchar protestas semejantes, si bien pronunciadas aún en tono más cauteloso y sumiso. Algunos que hasta entonces le habían servido con excesivo celo, así por el bien público como por la propia fama, empezaron á sentir graves temores, aventurándose á indicar algo de lo que sentían.

Por espacio de muchos años el celo de los toríes ingleses por la monarquía hereditaria y su amor á la religión anglicana habían crecido juntos prestándose mutua fuerza. Nunca había imaginado el Monarca que aquellos sentimientos, que parecían inseparables y aun idénticos, pudieran un día ser no solo dis-

tintos, sino incompatibles. Desde el principio de la lucha entre los Estuardos y los Comunes, la causa de la Corona y la de la jerarquía eclesiástica habían sido en apariencia una misma. Carlos I fué mirado por la Iglesia anglicana como un mártir, y si Carlos II había conspirado contra ella, habíalo hecho en secreto. En público siempre se había declarado hijo agradecido y devoto de aquella Iglesia, se había arrodillado ante sus altares, y á pesar de su falta de moralidad había conseguido persuadir á la gran mayoría de sus miembros que sentía por ella sincera predilección. Cualesquiera, pues, que fuesen las luchas que los honrados *caballeros* tuvieran que mantener contra los whigs y los cabezas redondas, al menos hasta entonces habían luchado con tranquilidad de conciencia, pues que hasta el presente no habían hecho más que cumplir con su deber. A tuertas ó derechas, su deber les mandaba ser fieles á su Iglesia y á su Rey. Pero si aquellos augustos y venerados poderes, que hasta aquí parecían tan estrechamente unidos que no era posible ser fiel á uno de ellos sin serlo también al otro, se dividían y separaban por mortal enemistad, ¿qué tocaba hacer á los realistas ortodoxos? ¿Qué situación más terrible que la en que se hallarían, inciertos entre dos deberes igualmente sagrados, entre dos afecciones igualmente poderosas? ¿Cómo habían de dar al César todo lo que era del César privando á Dios de lo que era suyo? Ninguno de cuantos pensaban de este modo podía mirar sin honda inquietud y tristes presentimientos la lucha entre el Rey y el Parlamento con motivo de la ley del *Test*. Sin embargo, si aun fuera posible inducir á Jacobo á cambiar de política, y convocando nuevamente las Cámaras, accedía á sus deseos, todavía el mal tendría remedio y todo podría ir bien.

Tal era la opinión de los dos parientes del Rey, el Conde de Clarendon y el Conde de Rochester. Grande parecía ciertamente el poderío y favor de que disfrutaban ambos nobles. El hermano más joven era lord Tesorero y primer Ministro, y el mayor, después de haber sido Canciller privado durante algunos años, fué investido del cargo de Lugarteniente de Irlanda. Esta era también la opinión del venerable Ormond; y se mostraban partidarios de la moderación Preston y Middleton, que en su calidad de *managers* de la Cámara de los Comunes habían tenido ocasión de ver recientemente cuán arraigado se hallaba en la *gentry* de Inglaterra el amor á la religión nacional.

El mismo día de año nuevo de aquel de 1686, todos estos hombres de Estado y el gran partido que representaban tuvieron que sufrir una cruel mortificación. Habíase sospechado, y aun se había dicho durante algunos meses, que el Monarca difunto había sido católico de corazón, mas no se había anunciado oficialmente; y á la verdad, la publicación de tal noticia no podía menos de producir gran escándalo. Carlos habíase declarado protestante en infinidad de ocasiones, y acostumbraba á recibir la Eucaristía de manos de los Obispos de la Iglesia anglicana. Aquellos protestantes que le habían ayudado en las circunstancias difíciles y que aún guardaban de él cariñosa memoria, se llenarían de vergüenza é indignación al saber que toda su vida había sido un impostor; que mientras se declaraba miembro de su Iglesia, teníalos realmente por herejes, y que los demagogos que le habían representado como papista encubierto fueran los únicos que habían tenido idea exacta de su carácter. Hasta á Luis XIV era notorio, por lo que del estado de la opinión pública en Inglaterra sabía, que el divulgar la verdad podría ser muy perjudicial, prome-

tiendo, sin que á ello nadie le incitase, guardar el más profundo secreto en lo relativo á la conversión de Carlos (1). Jacobo, mientras aun era nuevo en el poder, creyó que lo más conveniente en este caso era la prudencia, no atreviéndose á enterrar á su hermano según los ritos de la Iglesia de Roma. Así pues, durante algún tiempo todos pudieron creer lo que se les antojaba. Los papistas decían que el difunto Príncipe había profesado su religión, los whigs le execraban por hipócrita y renegado; los toríes miraban como una calumnia el rumor de apostasía, que por distintas razones, católicos y whigs tenían igual interés en propalar.



XXIII.

PUBLICACIÓN DE LOS PAPALES ENCONTRADOS EN EL ARCA DE HIERRO DE CARLOS II.

Así las cosas, Jacobo adoptó una determinación, que en gran manera desconcertó á todo el partido anglicano. Habíanse encontrado en el arca de hierro de Carlos dos documentos, escritos al parecer de su propio puño, en los que se contenían muy concisamente los argumentos que de ordinario empleaban los católicos en sus controversias con los protestantes. Enseñó Jacobo triunfalmente estos papeles á varios protestantes, declarando él saber que su hermano había vivido y había muerto en el seno de la Iglesia católica (2). Entre las personas que vieron el manus-

(1) Luis XIV á Barillon, feb., 10 (20), 1685-86.
(2) Evelyn, *Diario*, 2 de octubre, 1685.

crito se contaba el Arzobispo Sancroft, el cual los leyó lleno de emoción, permaneciendo luego en silencio. Aquel silencio era tan sólo el natural efecto de la lucha entre el respeto y el despecho. Pero Jacobo, suponiendo que el Primado había enmudecido á efecto de la irresistible fuerza de las razones expuestas en el manuscrito, le desafiaba con entusiasmo á que produjese, con ayuda de todos los Obispos que se sentaban en la Cámara, respuesta satisfactoria á los argumentos de su hermano. «*Dadme una sólida respuesta y como conviene á un caballero, y tal vez produzca el efecto que tanto deseais de hacerme abrazar las doctrinas de vuestra Iglesia.*» El Arzobispo respondió con dulzura que tal respuesta sin gran dificultad podría escribirse, por más que renunciaba á la controversia por respeto á la memoria de su difunto amo. Consideró el Rey tal homenaje como un subterfugio del vencido Arzobispo (1); mas si hubiera conocido bien las polémicas que habían agitado el país en los ciento cincuenta años anteriores, debería saber que los documentos á que daba tanta importancia podían muy bien haber sido compuestos por cualquier mancebo de quince años en el colegio de Douay, y que no contenían nada que, en opinión de todos los teólogos protestantes, no hubiera sido refutado ya diez mil veces. En su ignorante entusiasmo mandó imprimir el manuscrito con toda la pompa del lujo tipográfico, agregando, á manera de apéndice, una declaración firmada, en que certificaba que el original era de puño y letra de su hermano. El mismo Jacobo distribuyó toda la edición entre sus cortesanos y el pueblo que se apiñaba en torno de su coche. Dió un ejemplar á una joven de clase humilde, á quien suponía correligionaria suya, asegurándole que aquella

---

(1) Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 9, *Memorias originales*.

lectura la edificaría y consolaría en gran manera. En pago de su bondad, ella le entregó algunos días después una epístola, conjurándole á salir de la mística Babilonia y apartar de sus labios la copa de la impureza (1).

XXIV.

OPINIÓN DE LOS CATÓLICOS DE MÁS CUENTA.

Grandemente inquietaban estos sucesos á los tories partidarios de la Iglesia anglicana; y no estaban mucho más complacidos los nobles católicos de más cuenta. Pudiera ciertamente excusárseles si en aquella ocasión la pasión les hubiera hecho sordos á la voz de la prudencia y la justicia, porque habían sufrido mucho. El odio de los protestantes habíales hecho descender ignominiosamente del rango en que habían nacido, había cerrado las puertas del Parlamento á los descendientes de Barones que habían firmado la Magna Carta; había calificado de confianza excesiva entregar el mando de una compañía de infantes á los descendientes de los generales que habían vencido en Flodden y San Quintín. Apenas había un solo Par de cuantos profesaban la antigua fe, cuyo honor, cuya hacienda, cuya vida no hubieran estado en peligro, que no hubiera pasado algunos meses en la Torre y no hubiera temido sufrir la misma suerte de Stafford.

(1) Leeuwen, enero 1 (11) y 12 (22), 1688.—Aunque muy larga y muy absurda, su carta mereció ser enviada á los Estados Generales como signo característico del tiempo.

A los que tanto tiempo y con tanta crueldad se había hecho sufrir todo linaje de vejaciones y atropellos, muy bien podía excusárseles si ávidamente aprovechaban la primera oportunidad de obtener, al mismo tiempo que la perdida grandeza, venganza de sus opresores. Pero ni el fanatismo, ni la ambición, ni el resentimiento de pasadas injurias, ni la embriaguez producida por la inesperada fortuna fueron parte á impedir que los más eminentes católicos no advirtiesen que la prosperidad que al fin disfrutaban era sólo transitoria, y que, de no usarla con gran discreción, podría serles fatal. Habíales enseñado cruel experiencia que la antipatía del país á su religión no era pasajero capricho que desaparecería ante el mandato de un príncipe, sino sentimiento arraigado y profundo que había crecido con cinco generaciones, se había extendido á todas las clases y á todos los partidos, y estaba unido no menos estrechamente á los principios políticos de los toríes que á los de los whigs. Cierto que á la regia prerrogativa competía suspender los efectos de las leyes penales, y aun podría después el Monarca con hábil tacto obtener del Parlamento la revocación de las leyes que imponían incapacidad civil á los que profesaban su religión. Pero si intentaba humillar los sentimientos protestantes de Inglaterra, fácil era prever que la consecuencia de oprimir violentamente resorte tan elástico y poderoso sería una sacudida no menos violenta.

Los pares católicos, por intentar prematuramente llegar al Consejo privado y á la Cámara de los Lores, se exponían á perder sus palacios y sus extensas posesiones, y aun á terminar la vida como traidores en Tower Hill, ó como mendigos á la puerta de los conventos de Italia.

Tal era la opinión de Guillermo Herbert, conde

de Powis, el cual era generalmente mirado como jefe de la aristocracia católica, y el cual, según Oates, debía ser primer Ministro si la conjuración papista hubiera conseguido su objeto. A este parecer se inclinaba también lord Bellasyse, que en su juventud había peleado valerosamente por Carlos I, recibiendo en premio de su conducta, cuando la Restauración, honores y mandos importantes, que había tenido que abandonar al aprobarse la ley del *Test*. Seguían la opinión de tan distinguidos jefes todos los más nobles y más opulentos miembros de su Iglesia, á excepción de lord Arundell de Wardour, anciano á quien los años hacían volver nuevamente á la infancia.

XXV.

CÁBALA DE LOS MÁS EXALTADOS CATÓLICOS. CASTELMAINE, JERMYN, WHITE.

Pero había en la Corte un pequeño grupo de católicos, cuyo corazón había sido ulcerado por antiguas injurias, cuyas cabezas trastornara la elevación reciente y que con impaciencia deseaban escalar los más altos puestos del Estado, pues, teniendo poco que perder, no les inquietaba la idea de lo que pudiera venir detrás. Era uno de estos Rogerio Palmer, conde de Castelmaine, en Irlanda, casado con la Duquesa de Cleveland. Era notorio que su título había sido comprado á costa de su honor y del de su esposa; no tenía gran fortuna, y su carácter, naturalmente irritable, habíase exasperado aún más por sus desgracias domésticas, por la pública censura y por lo que había tenido que sufrir en tiempo de la conjuración

papista. Por largo tiempo había estado en prisión, siendo, al fin, sometida su causa al tribunal; mas, felizmente para él, cuando hubo de presentarse en la barra había pasado el primer arrebato de la furia popular, y nadie daba crédito á las declaraciones de los testigos falsos. Logró, pues, escapar, si bien con gran dificultad (1). Estaba unido á Castelmaine uno de los más favorecidos entre los cien amantes de su esposa, y éste era Enrique Jermyn, á quien Jacobo últimamente había hecho Par con el título de lord Dover. Habíase distinguido Jermyn más de veinte años antes por sus ilícitos amores y sus duelos temerarios. A la sazón estaba arruinado por el juego, y deseaba reparar su perdida fortuna en empleos lucrativos, de que estaba excluído por las leyes (2). Pertenecía también al mismo partido un irlandés intransigente y vividor llamado White, el cual había pasado mucho tiempo en el extranjero, sirviendo á la casa de Austria como una especie de agente diplomático y espía, servicios que le valieron al fin el título de Marqués de Albeville (3).

XXVI.

EL CONDE DE TYRCONNEL.

Poco después de la suspensión de las sesiones del Parlamento, vino á añadirse á esta insignificante fracción un importante refuerzo. Ricardo Talbot, con-

(1) Véase su proceso en la *Coleccion de causas de Estado*, y su curioso manifiesto impreso en 1681.

(2) *Memoires de Grammont; Diario de Pepys*, agosto 19, 1662. Bonrepaux á Seignelay, 1 (11) feb. 1686.

(3) Bonrepaux á Seignelay, feb. 1 (11), 1686.

de de Tyrconnel, el más orgulloso y fanático de cuantos odiaban la libertad y la religión de Inglaterra, llegó á la corte procedente de Dublín. Descendía Talbot de una antigua familia normanda, que por mucho tiempo había vivido en Leinster, donde había venido á menos, adoptando las costumbres de los Celtas, y, como ellos, adhiriéndose á la antigua religión y peleando á su lado en la rebelión de 1641. En su juventud habíase hecho famoso entre los estafadores y espadachines de Londres. Fuera presentado á Carlos y á Jacobo, cuando estaban desterrados en Flandes, como hombre á propósito y dispuesto al infame servicio de asesinar al Protector. Poco después de la restauración, trató Talbot de alcanzar el favor de la Real familia por medio de un servicio aun más infame. Se necesitaba una prueba para que el Duque de York pudiese justificar la falta de cumplimiento á aquella promesa de matrimonio que le valiera alcanzar de Ana Hyde la última prueba de amor que puede dar una mujer. Talbot, de concierto con algunos de sus disolutos compañeros, se propuso presentar aquella prueba. Convinieron en presentar á la infeliz dama como una mujer sin virtud, vergüenza ni delicadeza, é inventaron multitud de cuentos en que se referían entrevistas amorosas y secretos favores. Talbot, especialmente, relataba que en una de sus secretas entrevistas había tenido la poca suerte de volcar el tintero del Canciller sobre un montón de papeles, y la habilidad con que ella había evitado toda sospecha, echando la culpa del incidente al mono que tenía en su habitación. Estos cuentos, que á ser ciertos no los hubiera referido sino el hombre más bajo de toda la humanidad, eran pura invención, y el mismo Talbot se vió obligado á declararlo bien pronto así, y lo hizo sin que el rubor le asomase

al rostro. La injuriada dama llegó á ser Duquesa de York, y á ser su marido realmente hombre de honor, debiera haber arrojado de su presencia con indignación y desprecio los miserables que intentaron deshonrarla. Pero una de las particularidades de Jacobo era que ningún acto, por muy infame y vergonzoso, con tal de haberlo hecho para ganar su favor, le parecía digno de censura. Talbot continuó frecuentando la Corte, presentándose diariamente con impúdica frente á la Princesa cuya ruina había intentado, consiguiendo alcanzar el lucrativo puesto de principal tercero de su marido. No pasó mucho tiempo sin que toda la Corte oyese con estupor la noticia de que Dick Talbot, como se le llamaba comunmente, había trazado un plan para asesinar al Duque de Ormond. El *bravo* fué enviado á la Torre, pero á los pocos días nuevamente se paseaba por las galerías de palacio con su aire de matón, y llevaba y traía billetes de su amo á las más feas damas de honor. En vano los ancianos y discretos consejeros imploraban de los regios hermanos no tolerar por más tiempo á aquel infame, á quien nada recomendaba como no fuese la gallardía de su persona y su elegancia en el vestir. Talbot no sólo era bien recibido en palacio cuando se vaciaban las botellas ó corrían los dados, sino que era oído con atención en asuntos de importancia. Se las echaba de patriota irlandés, y defendía con gran audacia, y á veces con éxito, la causa de sus compatriotas, cuyas haciendas habían sido confiscadas. No por eso descuidaba el hacerse pagar bien sus servicios, y consiguió adquirir, ya por la venta de su influencia, ya con el juego, ya con mil trapacerías, una renta de tres mil libras al año. Pues con la apariencia de disipación, imprevisión, esplendidez y excéntrico descaro, era realmente uno de los hombres más interesados

y hábiles que se conocían. No era ya joven, y expiaba con penosos sufrimientos la vida disoluta que había llevado en la juventud; pero ni la edad ni las enfermedades habían alterado esencialmente su carácter ni sus costumbres. Lo mismo que antes, siempre que abría la boca era para murmurar, maldecir y jurar con tan frenética violencia, que aun el más superficial observador le clasificaba desde luego entre los libertinos de peor ralea. Nadie podía concebir que hombre que, aun estando sereno, era más iracundo y fanfarrón que muchos borrachos, y que parecía completamente incapaz de disfrazar la más leve emoción ó guardar el más insignificante secreto, pudiese realmente conservar la serenidad, perspicacia é ingenio que caracterizan al vividor de talento. Y sin embargo, así sucedía con Talbot. Cierto que su hipocresía era de clase muy superior y mucho más rara que la que había florecido cuando el Parlamento de Barebone. Porque el hipócrita consumado no es el que oculta el vicio, bajo la apariencia de la virtud, sino el que finge un vicio de que no le importa hacer alarde, sirviéndose de él para encubrir otro más infame y lucrativo, el cual, por tanto, le interesa ocultar.

Talbot, elevado por Jacobo al condado de Tyrconnel, había tenido el mando de las tropas en Irlanda durante los nueve meses trascurridos desde la muerte de Carlos hasta que Clarendon se puso al frente del virreinato. Cuando el nuevo lord Lugarteniente se disponía á salir de Londres para Dublín, el General fué llamado de Dublín á Londres. Dick Talbot era muy conocido en todo el camino que tenía ahora que recorrer, pues entre Chester y la capital no había una sola posada donde no hubiera celebrado alguna orgía. Donde quiera que llegaba exigía caballos á despecho de la ley, cubría de injurias á los cocineros y posti-

llones, llegando casi á suscitar tumultos por sus insolentes fanfarronadas. La reforma, decía él al pueblo, lo había echado todo á perder, pero ya se acercaban mejores tiempos; los católicos volverían pronto al poder, y entonces los herejes pagarían todas las que habían hecho. Insultando y blasfemando continuamente como un endemoniado, llegó á la corte (1), donde lo primero que hizo fué aliarse estrechamente con Castelmaine, Dover y Albeville. Los cuales, á una voz, clamaban guerra contra la constitución de la Iglesia y el Estado, diciendo á su amo que á su religión y á la dignidad de su corona debía el oponer firme resistencia á las reclamaciones de los heréticos demagogos, haciendo ver al Parlamento, desde el principio, que á pesar de la oposición, él era el amo, y que el único efecto de la oposición sería convertirle en amo más cruel.

XXVII.

POLÍTICA DE LOS EMBAJADORES Y MINISTROS EXTRANJEROS.

Contaban, cada uno de los dos partidos en que estaba dividida la Corte, con celosos aliados entre los extranjeros. Los Ministros de España, del Imperio y de los Estados Generales mostraban ahora igual deseo de sostener á Rochester, que el que antes habían

(1) *Mémoires de Grammont; Vida de Eduardo, Conde de Clarendon; Correspondencia de Enrique, Conde de Clarendon, passim*, y particularmente la carta fechada á 29 de diciembre, 1685; *Manuscrito de Sheridan* en los *Papeles de los Estuardos;* Ellis, *Correspondencia*, 12 de enero, 1686.

mostrado en defensa de Halifax. Toda la influencia de Barillon se empleaba en sentido contrario, y á Barillon ayudaba otro agente francés, que si bien le era inferior en rango, le era muy superior en talento, Bonrepaux. No carecía Barillon de capacidad, y poseía en alto grado las gracias y modales que entonces distinguían á la nobleza francesa; pero su capacidad no llegaba á lo que su importante puesto requería. Habíase hecho algo perezoso y comodón; gustaba de los placeres de la sociedad y de la mesa, con preferencia á los negocios; y en las grandes ocasiones prefería aguardar avisos y aun reprimendas de Versalles antes que desplegar mucha actividad (1). Bonrepaux había logrado salir de la oscuridad merced tan sólo á la inteligencia y habilidad que había mostrado en el departamento de Marina, y generalmente se le miraba como uno de los iniciados en el misterio de la política mercantil. A fines de 1685 fué enviado á Londres con encargo de cumplir varias comisiones especiales de gran importancia. Llevaba el encargo de establecer las bases de un tratado de comercio, de averiguar con toda certeza y referir el estado de la flota y de los arsenales ingleses, y al mismo tiempo hacer proposiciones á los hugonotes refugiados, á quienes, según se creía, de tal modo habían abatido la miseria y el destierro, que llenos de gratitud aceptarían cualquier propuesta de reconciliación. El nuevo enviado era de origen plebeyo; su estatura excesivamente pequeña; su rostro ridículamente feo, y su acento trascendía á la legua á Gascuña, su patria; pero su buen

(1) Véase su última correspondencia, *passim*; Saint Evremond, *passim*; Cartas de Madame de Sévigné de principios de 1689. Véanse también las instrucciones á Tallard después de la paz de Ryswick, en los Archivos franceses.

sentido, su aguda penetración y la viveza de su ingenio le hacían irreemplazable en el puesto que iba á ocupar. A pesar de todas las desventajas de su nacimiento y figura, pronto adquirió fama de buen camarada y habilísimo diplomático; y mientras hablaba de galanteos con la Duquesa de Mazarino, y discutía cuestiones literarias con Waller y Saint Evremond, y se escribía con Lafontaine, trataba de penetrar y ahondar en el conocimiento de la política inglesa. Su habilidad en los asuntos marítimos le hacía recomendable á Jacobo, quien por espacio de muchos años había estudiado con atención lo relativo al Almirantazgo, llegando á dominar aquel ramo cuanto era posible, dadas sus facultades. Diariamente conversaban largo y tendido, con toda franqueza, del estado de los barcos y de los arsenales. Como era de esperar, consecuencia de esto fué que el agudo y perspicaz francés llegase á concebir el mayor desprecio por la inteligencia y el carácter del Rey. *El mundo*, decía él, *ha sido muy bondadoso con S. M. Británica, que tiene menos talento que Carlos, sin tener más virtudes* (1).

Los dos enviados de Luis XIV, aunque persiguiendo el mismo objeto, tomaron muy juiciosamente distintos caminos. Dividiéronse la Corte, y mientras Bonrepaux estaba constantemente con Rochester y sus amigos, las relaciones de Barillon figuraban, en general, en el partido contrario. Consecuencia de esto fué que algunas veces viesen el mismo asunto desde diferentes puntos de vista, y la mejor relación existente de la contienda que por este tiempo agitó á Whitehall se encuentra en sus despachos.

---

(1) Saint-Simon, *Mémoires* 1719, 1719; Saint-Évremond; La Fontaine; Bonrepaux á Seignelay, enero 28 (7 de feb.), feb. 8 (18), 1686.

XXVIII.

EL PAPA Y LA ORDEN DE JESÚS.

Así como los dos partidos en que estaba dividida la Corte de Jacobo contaban con la ayuda de príncipes extranjeros, del mismo modo tenían cada uno en su favor una utoridad eclesiástica á la que el Rey mostraba gran deferencia. El Sumo Pontífice era partidario de la moderación y de los procedimientos legales, y en tal sentido se expresaban el Nuncio y el Vicario Apostólico (1). En el lado contrario había una corporación cuya importancia llegó á igualar aun la del mismo Pontificado. La poderosa orden de Jesús.

Es circunstancia importantísima y muy digna de nota que dos grandes poderes espirituales, que un tiempo parecieron inseparablemente unidos, apareciesen en esta coyuntura uno enfrente del otro. Casi por espacio de mil años, el clero regular había sido el principal apoyo de la Santa Sede. Cierto que aquella Sede los había protegido contra las pretensiones de los Obispos, pero la protección recibida la habían pagado cumplidamente, y á no ser por sus esfuerzos, es probable que el Obispo de Roma hu-

(1) Adda, nov. 16 (26), dic. 7 (17) y 21 (31), 1685. En estos despachos presenta Adda razones de gran peso para establecer un compromiso aboliendo las leyes penales y dejando en vigor la del *Test*. Califica la contienda con el Parlamento de *gran disgrazia*. Indica repetidas veces que el Rey podría, adoptando una política constitucional, hacer mucho en favor de los católicos, al paso que su intento de protegerlos ilegalmente traería sobre ellos grandes calamidades.

biera sido tan sólo presidente honorario de una gran asistocracia de Prelados. A la ayuda de los benedictinos debió Gregorio VII el poder luchar juntamente contra los Césares de Franconia y contra el sacerdocio secular. Merced á la ayuda de los dominicos y franciscanos, logró Inocencio III destruir los sectarios albigenses. En el siglo XVI el Pontificado, expuesto á nuevos peligros, más formidables que cuantos hasta entonces le amenazaran, debió su salvación á una nueva orden religiosa animada por el más intenso entusiasmo y organizada con la más exquisita habilidad. Cuando los jesuitas acudieron á la defensa del Papado, su situación era desesperada, mas á partir de aquel momento, cambió por completo el estado de las cosas. El protestantismo, que durante toda una generación se había mostrado victorioso por do quiera, tuvo entonces que detenerse en su marcha triunfal y retirarse apresuradamente, roto y maltrecho, desde el pie de los Alpes á las orillas del Báltico. Aun no contaba cien años de existencia, y ya en todo el mundo se repetían y eran memorables los grandes hechos y los sufrimientos de la orden en defensa de la fe. Ninguna comunidad religiosa podría presentar una lista de hombres tan distinguidos en todos los ramos del saber. Ninguna se había extendido en tan vasto espacio, y, sin embargo, ninguna había tenido nunca tan perfecta unidad así de pensamiento como de acción. No había región del globo ni campo de la especulación ó de la vida activa donde no se encontrasen los jesuitas. Dirigían los consejos de los reyes, descifraban inscripciones latinas, observaban los movimientos de los satélites de Júpiter, publicaban bibliotecas enteras, libros de controversia, casuística, historia, tratados de óptica, odas alcaicas, ediciones de los Padres de la Iglesia, madrigales, cate-

cismos y sátiras. La educación liberal de la juventud pasó casi por completo á sus manos, y fué conducida por ellos con notable habilidad. Parece que habían descubierto el punto preciso á que puede llegar la cultura intelectual sin riesgo de la emancipación del entendimiento. Sus mismos enemigos tenían que confesar que en el arte de formar y manejar la inteligencia de los niños no tenían rival. En tanto, con asiduidad y buen éxito cultivaban la elocuencia del púlpito, y aun con más asiduidad y mejor éxito se dedicaban al confesonario, y en toda la Europa católica eran dueños de los secretos de casi todos los Gobiernos y de casi todas las familias de cuenta. Deslizábanse de un país protestante á otro á favor de innumerables disfraces, ya vestidos de alegres caballeros, ya de simples rústicos, ya de predicadores puritanos. Vagaban por países que ni la mercantil avidez, ni la liberal curiosidad había hecho explorar á ningún extraño. Encontrábaseles bajo el traje de mandarínes dirigiendo el Observatorio de Pekín; hallábaseles azada en mano enseñando los rudimentos de la agricultura á los salvajes del Paraguay. Y sin embargo, cualquiera que fuese su residencia ó su empleo, su espíritu era el mismo: entera devoción á la causa común; implícita obediencia á la autoridad central. Ninguno de ellos había elegido el lugar de su residencia ni la ocupación á que se dedicaba. Que el jesuita viviese en el Círculo Ártico ó en el Ecuador, que hubiera de pasar su vida arreglando joyas y coleccionando manuscritos en el Vaticano, ó persuadiendo á los desnudos bárbaros del hemisferio austral á que no se comiesen los unos á los otros, eran materias que con profunda sumisión dejaba decidir á sus jefes. Si su presencia era necesaria en Lima, en la primera flota se embarcaba y cruzaba el Atlántico; si se le

necesitaba en Bagdad, con la primera caravana salía á compartir las penalidades del desierto. Si era necesario su ministerio en algún país donde su vida estuviese más insegura que la de un lobo, donde fuese un crimen albergarle, donde las cabezas y miembros de sus hermanos, expuestos en las plazas públicas, le hiciesen ver la suerte que le esperaba, salía sin vacilar ni hacer la más leve objeción á su destino. Ni hoy se ha extinguido este heroico espíritu: cuando en nuestros días una nueva y terrible pestilencia se extendía por el globo, cuando en algunas grandes ciudades el temor había roto cuantos lazos unen y mantienen la sociedad, cuando el clero secular había abandonado á sus feligreses, cuando el oro no servia para comprar los socorros de la medicina, cuando las más fuertes afecciones naturales habían cedido ante el amor á la vida, aun entonces se encontraba al jesuita al lado del moribundo que obispos y curas, médicos y enfermeros, padre y madre habían abandonado, inclinándose á recoger de infectos labios los débiles acentos de la confesión, teniendo constantemente hasta lo último, ante los ojos del penitente espirante, la imagen del moribundo Redentor.

Pero á la admirable energía, desinterés y devoción que caracterizaban á la Sociedad, iban mezclados grandes vicios. Alegábase, y no sin fundamento, que el ardiente espíritu público que hacía á los jesuitas mirar con indiferencia la propia comodidad, la libertad y aun la vida, les hacía también mirar con igual indiferencia la verdad y la clemencia; que nada de cuanto pudiera contribuir al beneficio de su religión les parecía ilegal, y que con demasiada frecuencia entendían por interés de su religión el interés de su orden. Alegábase que en las más atroces conjuraciones consignadas en la historia, se descubría muy

á las claras su intervención, y que constantes únicamente en su adhesión á la fraternidad de que formaban parte, eran en algunos países los más peligrosos enemigos de la libertad, y en otros los enemigos más temibles del orden. Las grandes victorias que se alababan de haber conseguido en defensa de la Iglesia, eran, en opinión de miembros muy ilustres de aquella misma Iglesia, más aparentes que reales. Cierto que habian trabajado con maravillosa fortuna por reducir el mundo á las leyes de la Iglesia católica; pero esto lo habían logrado haciendo que las leyes de la Iglesia se adaptasen al estado de la sociedad. En vez de trabajar por que la naturaleza humana se elevase hasta el noble modelo fijado por el divino precepto y el divino ejemplo, habían hecho descender aquel modelo hasta ponerlo aun por bajo del común nivel de la humana naturaleza. Citaban con orgullo las multitudes que en remotos países del Oriente habían recibido el bautismo; pero se refería que habían ocultado astutamente á algunos de los convertidos los principios en que se basa toda la teología del Evangelio, y que á otros se les permitía evitar la persecución, inclinándose ante las imágenes de falsos dioses, mientras interiormente repetían Padre-nuestros y Ave-Marías. Y no era sólo en países idólatras donde, á lo que se decía, practicaban tales artes. No era extraño que gentes de todos rangos, y especialmente de los más elevados, se agrupasen en torno de los confesonarios en los templos jesuitas, pues era sabido que de aquellos confesonarios nadie salía descontento. Allí el sacerdote sabía adaptarse al carácter y estado de ánimo de todos los fieles. Mostrábase riguroso lo suficiente nada más para que ninguno de cuantos se arrodillaban en su tribunal espiritual, volviese al templo de los dominicos ó de los

franciscanos. Si tenía que habérselas con un devoto de corazón, le hablaba en aquel tono de santidad propio de los antiguos Padres de la Iglesia; pero con la gran mayoría de las gentes que tienen sólo religión bastante para inquietarse cuando obran mal, si bien no la suficiente para no hacerlo, adoptaban sistema muy diferente. Desde el momento que no podían librarles de la culpa, trataban de evitarles el remordimiento. Contaban para ello con buena provisión de anodinos para calmar las conciencias laceradas. En los libros de casuística escritos por sus hermanos é impresos con aprobación de sus superiores, debían encontrarse doctrinas consolatorias para toda clase de pecadores. Allí se enseñaba cómo el comerciante quebrado podía, sin pecar, ocultar sus bienes á sus acreedores. Cómo podía sin pecado huir el sirviente llevándose la vajilla de su amo. Asegurábase al tercero que un cristiano puede inocentemente ganarse la vida llevando cartas y mensajes entre mujeres casadas y sus amantes. Complacíase á los altivos y quisquillosos caballeros franceses por medio de una decisión en favor del duelo; y los italianos, acostumbrados á más bajas y tenebrosas venganzas, oían con alegría que sin cometer ningún delito podían, ocultos tras de una mata, hacer fuego sobre sus enemigos. Dióse licencia y se justificó al engaño para quitar todo valor á los contratos y testimonios humanos; y en verdad puede decirse que si la sociedad no se disolvía, si la vida y la hacienda tenían aún algunas seguridades, era porque el sentido común y la humanidad impedían que los hombres hiciesen aquello mismo que con tranquilidad de conciencia hubieran podido hacer según la orden de Jesús. Por tan extraño modo se mezclaban el bien y el mal en el carácter de los celebrados hermanos, mezcla que preci-

samente era el secreto de su gigantesco poder. Aquel poder no hubiera podido nunca pertenecer á meros hipócritas ni á rígidos moralistas; sólo podía alcanzarse por hombres sinceramente entusiastas en la persecución de un gran fin, y al mismo tiempo libres de todo escrúpulo en la elección de los medios.

Desde los principios de su Orden los jesuitas habían estado especialmente unidos y subordinados al Papa. Era su misión no sólo rechazar la hostilidad de los enemigos declarados de la Iglesia, sino también apaciguar las disensiones que pudieran originarse en su seno. Su doctrina era en grado eminente lo que entre nosotros se ha llamado ultramontana, y difería de la doctrina de Bossuet casi tanto como de la de Lutero. Condenaban las libertades galicanas, la idea de los concilios ecuménicos para examinar los actos de la Santa Sede, y la pretensión de los Obispos á una comisión independiente recibida del cielo. Lainez, en nombre de toda la fraternidad, proclamaba en Trento, en medio de los aplausos de los amigos de Pío IV, y á pesar de los murmullos de los Prelados franceses y españoles, que el gobierno de los fieles fuera encomendado por Cristo al Papa tan sólo, que sólo en el Papa residía toda autoridad sacerdotal, y que los Obispos y sacerdotes debían al Papa solamente cualquiera autoridad divina que poseyesen (1). Por espacio de muchos años la unión entre los Pontífices y la Orden de Jesús había permanecido inquebrantable, y á continuar aquella unión todavía cuando Jacobo II subió al trono de Inglaterra, la influencia de los jesuitas, así como la del Papa, se hubieran empleado en favor de una política constitucional y moderada, siendo, por tanto, probable que la gran revolución,

(1) Fra Paolo, lib. VII; Pallavicino, lib. XVIII, cap. XV.

que en poco tiempo cambió completamente el estado de Europa, no se hubiera llevado nunca á efecto. Pero ya antes de la mitad del siglo XVII la Sociedad, orgullosa de sus servicios y confiada en sus fuerzas, habíase mostrado impaciente bajo el antiguo yugo. Salió entonces una generación de jesuitas que prefirió buscar guía y protección en la corte de Francia á humillarse ante la Santa Sede, y la situación se hizo aún más tirante cuando Inocencio XI subió al trono Pontificio.

Hallábanse por aquel tiempo los jesuitas empeñados en guerra á muerte contra un enemigo á quien, si al principio habían desdeñado, habían tenido al fin que mirar con respeto y temor. Precisamente en la época de apogeo de su prosperidad viéronse retados por un puñado de contrarios que, si bien es cierto carecían de influencia con los poderosos de la tierra, eran fuertes en fe religiosa y energía intelectual. Siguióse entonces una larga, extraña y gloriosa lucha del genio contra el poder. Los jesuitas llamaron en su ayuda á gabinetes, tribunales y universidades, y todos respondieron al llamamiento. Port Royal apeló, y no en vano, á los corazones y conciencias de millones de personas. Los dictadores de la cristiandad se encontraron repentinamente en el banco de los acusados. Imputábaseles el haber rebajado sistemáticamente el modelo de la moral evangélica á fin de acrecentar la propia influencia: y la acusación era sustentada de tal manera, que en seguida logró atraerse la atención del mundo entero, y es que el principal acusador era Blas Pascal. Eran tales las prendas de su inteligencia como muy rara vez se conceden á los hijos de los hombres, y la vehemencia del celo que le animaba bien se demuestra con las crueles penalidades y vigilias que llevaron prematuramente á

la tumba su cuerpo lacerado. Alentaba en él el espíritu de San Bernardo; pero la delicadeza de su ingenio, la pureza, la energía, la sencillez de su dicción, no fueron nunca igualadas, á no ser por los grandes maestros de la elocuencia ateniense. Toda Europa leía y se admiraba, reía y lloraba. Los jesuitas intentaron replicar, pero sus débiles respuestas fueron recibidas en medio de las burionas aclamaciones del público. Cierto que no les faltaba talento ni ninguna de aquellas facultades que pueden crecer y desarrollarse en la sujeción de severa disciplina; pero tales trabas, aunque pueden contribuir al desarrollo de facultades ordinarias, tienden á sofocar más bien que á dar impulso al genio original. Reconocióse esto universalmente en la contienda literaria, donde los jansenistas quedaron completamente victoriosos. Los jesuitas hubieron de contentarse con oprimir la secta, cuyos argumentos no podían refutar. Era á la sazón su principal ayuda Luis XIV, cuya conciencia, desde la niñez, había estado bajo su custodia, y que de ellos había aprendido á aborrecer el jansenismo tanto como el protestantismo y mucho más que el ateísmo. Por otra parte, Inocencio XI se inclinaba á la doctrina jansenista, siendo consecuencia de esto que la Orden se hallase en situación nunca imaginada por su fundador. Los jesuitas fueron expulsados de la presencia del Sumo Pontífice y se aliaron estrechamente con un príncipe que se proclamaba campeón de las libertades galicanas y enemigo de las pretensiones de los ultramontanos. De este modo llegó á ser la Orden en Inglaterra instrumento de los designios de Luis XIV y trabajó, con éxito que durante mucho tiempo deploraron amargamente los católicos, por exacerbar la contienda entre el Rey y el Parlamento, por oponerse al Nuncio, por minar el poder del lord

Tesorero y favorecer los más desatentados planes de Tyrconnel.

Estaban, pues, de una parte los Hydes y todos los anglicanos toríes, Powis y los más respetables nobles y caballeros correligionarios del Rey, los Estados Generales, la Casa de Austria y el Papa. De la otra, había algunos católicos aventureros de quebrantada fortuna y mala reputación, detrás de los cuales estaban Francia y los jesuitas.

XXIX.

EL PADRE PETRE. — CARÁCTER Y OPINIONES DEL REY.

El principal representante de los jesuitas en Whitehal era un inglés hermano de la Orden, que por algún tiempo había sido viceprovincial, y á quien Jacobo había mirado siempre con especial favor, haciéndole últimamente secretario de cámara. Llamábase el jesuita Eduardo Petre, y descendía de noble familia. Sus modales eran cortesanos, fácil y siempre dulce su palabra, pero era débil y vano, avaro y ambicioso. De todos los malos consejeros á quienes prestaba oídos el Monarca, á él corresponde, tal vez, la mayor parte en la ruina de los Estuardos.

El obstinado é imperioso carácter del Rey presentaba grandes ventajas á cuantos le aconsejaban mantenerse firme, no ceder en un ápice y hacerse temer. Una máxima de gobierno se había posesionado de su corta inteligencia, de tal modo, que no habría razón bastante poderosa á hacérsela abandonar. Cierto que no acostumbraba á atender á la razón. Su manera de argüir, si así puede llamarse, suele ser común en-

tre aquellas personas estúpidas y cerradas de entendimiento, que generalmente se encuentran rodeadas de inferiores. Establecía una proposición, y siempre que alguno más discreto se aventuraba respetuosamente á hacerle ver que era errónea, la repetía de nuevo exactamente en los mismos términos, creyendo que al hacerlo así había deshecho, sin más, toda objeción (1). «*No haré concesiones*, repetía con frecuencia; *mi padre las hizo y le cortaron la cabeza*» (2). Si fuera cierto que las concesiones habían sido fatales á Carlos I, á ningún hombre discreto se hubiera ocultado que no basta un solo experimento para establecer una regla general, aun en ciencias mucho menos complicadas que la del gobierno; que desde el principio del mundo no se han hecho dos experimentos políticos en condiciones exactamente iguales, y que la única manera de deducir prácticas enseñanzas de la historia es examinar y comparar gran número de casos. Pero si el solo ejemplo en que el Rey se fundaba podía probar algo, era que estaba en error. Apenas puede dudarse que si Carlos hubiera hecho con toda franqueza al Parlamento breve, convocado en la primavera de 1640, la mitad de las concesiones que algunos meses después hizo al Parlamento largo, hubiera vivido y muerto como rey poderoso. Por otra parte, nadie pondrá en duda que si se hubiera negado á hacer concesiones de cualquier género al Parlamento largo y hubiera acudido á las armas en defensa del impuesto marítimo y de

---

(1) Esta era también la costumbre de su hija Ana; y Marlborough decía que la había heredado de su padre.—*Vindicación de la Duquesa de Marlborough*.

(2) Hasta la época del proceso de los Obispos, Jacobo incesantemente repetía á Adda que todas las calamidades de Carlos I fueran motivadas *per la troppa indulgenza*.—*Despacho* de 29 de junio (9 de julio) de 1688.

la Cámara estrellada, habría visto en las filas contrarias á Hyde y Falkland dándose la mano con Hallis y Hampden. Pero en realidad no hubiera podido acudir á las armas, porque no encontraría ni veinte *Caballeros* que siguiesen su estandarte. Sólo á las grandes concesiones que hizo entonces debió la ayuda de aquel gran número de nobles y caballeros que por tanto tiempo y con tan gran bizarría defendieron su causa. Pero hubiera sido completamente inútil hacer presentes todas estas cosas á Jacobo. Habíase apoderado de su mente otra fatal alucinación, que no desapareció hasta que su ruina era ya completa. Creía firmemente, fuese cualquiera su conducta, que los miembros de la Iglesia anglicana obrarían siempre de conformidad con los principios de aquella Iglesia. Sabía que desde diez mil púlpitos se había dicho, siendo además solemnemente confirmado por la Universidad de Oxford, que aun una tiranía tan temible como la del más depravado de todos los Césares no justificaba la resistencia de los súbditos á la autoridad real, de donde su débil entendimiento sacaba por conclusión, que todos los caballeros y clérigos toríes se dejarían despojar, oprimir é insultar sin levantar siquiera el brazo contra él. Extraño parece que haya habido un hombre que hubiese cumplido los cincuenta años sin advertir que las gentes algunas veces obran mal á sabiendas; y Jacobo no tenía más que mirar á su propio corazón para tener abundantes pruebas de que aun el más poderoso sentimiento religioso no es bastante, en todos los casos, para evitar á la humana fragilidad la satisfacción de pasiones contrarias á las leyes divinas, aun á riesgo de sufrir después horribles tormentos. No debía ignorar que no obstante ser pecado el adulterio, él era adúltero; y sin embargo, nada podía convencerle de que un hombre, para quien la

rebelión fuese un pecado, pudiera nunca, ni en la mayor extremidad, llegar á la rebeldía. Era á sus ojos la Iglesia anglicana víctima pasiva, á quien podía sin peligro ultrajar y torturar á su gusto. Y no llegó á advertir su error hasta que las universidades se prepararon á acuñar la plata de que disponían para contribuir á la caja militar de sus enemigos, y hasta que un Obispo, muy renombrado por su lealtad, despojándose de la sotana, ciñó la espada y tomó el mando de un regimiento de insurgentes.

XXX.

SUNDERLAND EXCITA AL REY Á CONTINUAR POR EL MAL CAMINO.

Animaba al Rey artificiosamente á proseguir en tan fatales locuras un ministro que había sido exclusionista y aun continuaba llamándose protestante: el Conde de Sunderland. Los motivos y la conducta de este político sin principios se han presentado con frecuencia á la luz del error. Acusábanle en su tiempo los jacobistas de haber resuelto, aun antes del advenimiento de Jacobo, promover una revolución en favor del Príncipe de Orange, aconsejando siempre con aquella mira una sucesión de ultrajes á la constitución civil y eclesiástica del reino. Tan absurdo cuento se ha venido repitiendo desde entonces hasta nuestros días por escritores ignorantes; pero ningún historiador bien informado, fuesen cualesquiera sus preocupaciones, le ha prestado el menor crédito, porque no se funda en testimonio alguno y apenas podría hallarse prueba, capaz de convencer á hombres discre-

tos, de que Sunderland incurriese deliberadamente en el crimen y la infamia con el solo objeto de promover un cambio, en el cual á nadie se ocultaba que no podría salir ganancioso, antes al contrario le haría perder inmensas riquezas, además de su gran influencia. Ni hay tampoco razón alguna para acudir á tan extraña hipótesis, pues la razón salta á la vista. A pesar de lo tortuoso de su conducta, la ley á que obedecía es bien sencilla. Su conducta debe atribuirse á la alternada influencia de la avidez y el temor en un espíritu en que ambas pasiones tenían hondas raíces y en un ingenio más bien pronto que perspicaz. Necesitaba más poder y más dinero; más poder, sólo podía obtenerlo á expensas de Rochester, y el camino más fácil de alcanzar el poder á costa de Rochester era aumentar el disgusto que al Rey inspiraban los moderados consejos de aquél. En cuanto al dinero, con más facilidad y largueza podía obtenerse de la corte de Versalles, y Sunderland tenía grandes deseos de venderse á aquella corte. No tenía vicios alegres y generosos. Era poco aficionado al vino y á las mujeres, pero tenía por las riquezas pasión insaciable y desenfrenada. El amor al juego le tenía completamente avasallado, sin que bastasen pérdidas ruinosas á corregirlo. La fortuna que había heredado era bastante cuantiosa; por mucho tiempo había tenido empleos lucrativos, y no había descuidado cuantos medios pudieran hacerlos producir más todavía; pero su mala suerte en el juego era tal, que su hacienda se encontraba diariamente más y más reducida. En la esperanza de poder salir de apuros, confió á Barillon cuantos proyectos contrarios á Francia se habían tratado en el Gabinete inglés, indicándole que en tales ocasiones podía un secretario de Estado prestar servicios á Luis XIV, que la discreción ordenaba pa-

gar con largueza. El Embajador manifestó á su amo que la más corta gratificación que podía ofrecerse á ministro tan importante, no debía bajar de seis mil guineas, y Luis consintió en llegar hasta veinticinco mil coronas, cantidad que próximamente equivale á cinco mil seiscientas libras esterlinas. Convínose en que Sunderland recibiría esta suma anualmente, debiendo en cambio hacer valer toda su influencia para evitar que el Parlamento volviera á reunirse (1).

Unióse, pues, á la cábala de los jesuitas, y con tal destreza supo manejar la influencia de sus asociados, que se le indicó para suceder á Halifax en la alta dignidad de lord Presidente, sin tener que renunciar al puesto mucho más activo y lucrativo de Secretario (2). No desconocía, sin embargo, que no podía esperar mayor influencia en la Corte mientras fuese tenido por miembro de la Iglesia anglicana. Todas las religiones eran para él lo mismo, y en reuniones privadas acostumbraba á hablar con profano desprecio de las cosas más sagradas. Determinó, por tanto, dejar al Rey la satisfacción y la gloria de convertirlo. Era preciso, sin embargo, emplear gran habilidad. No hay hombre que mire con completa indiferencia la opinión de sus semejantes, y aun el mismo Sunderland, á pesar de su falta de pudor, temía la infamia, compañera de la pública apostasía. Desem-

---

(1) Barillon, nov. 16 (26), 1685; Luis XIV á Barillon, nov. 26 (diciembre 6). En un documento curiosísimo, escrito en 1687, obra á no dudar de Bonrepaux, que existe actualmente en los archivos de Francia, Sunderland aparece descrito de este modo: «La passion qu'il a pour le jeu, et les pertes considérables qu'il y fait, incommodent fort ses affaires. Il n'aime pas le vin; et il hait les femmes.»

(2) Resulta del *Libro del Consejo* que tomó posesión de la presidencia en 4 de diciembre de 1685.

peñó su papel con rara habilidad: para el mundo seguía siendo protestante; en el gabinete del Rey fingía gran ardor por investigar la verdad, y casi siempre la persuasión le obligaba á declararse católico, lo cual no se oponía á que mientras no viese en todo su esplendor la verdad, se mostrase dispuesto á hacer cuanto estaba en su poder en pro de los que profesaban la antigua fe. Jacobo, que nunca había sido muy perspicaz, y era completamente ciego en materias religiosas, á pesar de su experiencia de la perversión humana, de la perversión de los cortesanos como clase y de la de Sunderland en particular, se dejaba engañar, creyendo que la Divina gracia había por fin tocado al más falso y endurecido de los humanos corazones. Por espacio de muchos meses el vil Ministro fué tenido en la Corte por catecúmeno, sin que por eso, á los ojos del público, pasase por renegado (1).

Sugirió ante todo al Rey la idea de organizar una comisión secreta de católicos que informasen en todo lo relativo á los intereses de su religión. Reuníase algunas veces esta comisión en las habitaciones de Chiffinch y otras en el aposento oficial de Sunderland, el cual, á pesar de seguir llamándose protestante, tomaba parte en todas las deliberaciones, logrando muy pronto gran ascendiente sobre los demás miembros. Los viernes comían los de la cábala jesuítica con el Secretario. La conversación en la mesa era completamente libre, y sin el menor escrúpulo se citaban las

(1) Bonrepaux no se dejaba engañar tan fácilmente como Jacobo. «En son particulier il (Sunderland) n'en professe aucune (religion), et en parle fort librement. Ces sortes de discours seroient en exécration en France. Ici ils sont ordinaires parmi un certain nombre de gens du pays.»—Bonrepaux á Seignelay, mayo 25 (junio 4), 1687.

debilidades del Príncipe, á quien los confederados esperaban manejar á su gusto. Sunderland prometió al P. Petre el capelo cardenalicio, á Castelmaine una espléndida embajada en Roma, á Dover un mando lucrativo en la Guardia Real y á Tyrconnel un alto empleo en Irlanda. Unidos de este modo por los más fuertes lazos de interés, pusieron manos á la obra para dar en tierra con el poder del lord Tesorero (1).

XXXI.

PERFIDIA DE JEFFREYS.

Había dos protestantes en el Gabinete que no tomaron parte activa en la contienda. Hallábase acometido por este tiempo Jeffreys de una cruel enfermedad, agravada por la intemperancia. En una comida que dió un rico alderman á algunos de los principales jefes del Gobierno, de tal modo se embriagaron el lord Tesorero y el lord Canciller que, despojándose de los vestidos, se quedaron casi en cueros, y con dificultad pudo evitarse que, encaramándose sobre un poste que sostenía una muestra, no brindasen á la salud de S. M. El piadoso Tesorero pudo escapar sin más que el escándalo de la orgía, pero el Canciller experimentó, de resultas de tal exceso, un violento ataque de su dolencia. Por algún tiempo su vida estuvo en peligro, y Jacobo manifestaba gran disgusto á la idea de perder un Ministro tan adecuado y propio para él, diciendo, y en

(1) Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 74, 77. *Memorias originales*; MS. de Sheridan; Barillon, marzo 19 (29), 1686.

parte no mentía, que no sería fácil reparar la pérdida de tal hombre. Cuando ya Jeffreys se encontró convaleciente prometió ayudar á los dos partidos rivales, esperando á ver cuál de los dos saldría victorioso. Aun existen algunas pruebas curiosas de este doble trato. Ya se ha dicho que los dos agentes franceses, á la sazón residentes en Londres, se habían repartido la corte de Inglaterra. Bonrepaux estaba constantemente con Rochester, al paso que Barillon vivia con Sunderland; y de este modo Luis XIV, en la misma semana, era informado por Bonrepaux de que el Canciller estaba unido al Tesorero, y por Barillon de que el Canciller había formado liga con el Secretario (1).

XXXII.

GODOLPHIN Y LA REINA.—AMORÍOS DEL REY.

Godolphin, precavido y taciturno, hacía lo posible por mantenerse neutral. Sus opiniones y deseos estaban indudablemente con Rochester; pero los deberes de su empleo le obligaban á estar constantemente cerca de la Reina, y, como es natural, no quería por nada del mundo indisponerse con ella. Hay, sin embargo, algún fundamento para creer que la miraba con adhesión más romántica de la que suele encontrarse en el corazón de los políticos veteranos, y las circunstancias que es ahora preciso relatar, habían

(1) Reresby, *Memorias*; Luttrell, *Diario*, febrero 2, 1685-86; Barillon, febrero 4 (14), enero 28 (febrero 7); Bonrepaux, enero 25 (febrero 4).

arrojado á la Reina completamente en brazos de la cábala jesuítica (1).

A pesar del carácter serio del Rey y de la gravedad de su porte, era casi tan susceptible á la influencia de los atractivos femeniles como su alegre y amable hermano. Cierto que no necesitaba Jacobo aquella perfecta belleza que distinguía á las favoritas de Carlos. Bárbara Palmer, Leonor Gwyn y Luisa de Querouaille, eran contadas entre las mujeres más hermosas de su tiempo. Jacobo, cuando joven, había perdido su libertad, había descendido de su rango é incurrido en el disgusto de su familia á causa de las vulgares facciones de Ana Hyde. Muy pronto, sin embargo, con gran diversión de toda la Corte, había sido infiel á su no muy bella consorte por una favorita aún más fea, Arabella Churchill. Su segunda esposa, aunque veinte años más joven que él, y de agradable rostro y simpática figura, tenía razón para quejarse con frecuencia de su infidelidad. Pero de todas sus relaciones ilícitas, ninguna alcanzó la importancia de sus amores con Catalina Sedley.

XXXIII.

CATALINA SEDLEY.

Era hija de sir Carlos Sedley, uno de los ingenios más brillantes y de los hombres más disolutos de la

(1) Véase la nota de Darmouth sobre Burnet, I, 621. En una sátira de la época hácese notar que Godolphin

Beats time with politic head, andall approves,
Pleased with the charge of the quen's muff and gloves.

Lleva el compás con su cabeza de político, y da á todo su aprobación, contentándose con tener á su cargo el manguito y los guantes de la Reina.

Restauración. No basta á excusar la licencia de sus escritos la gracia y vivacidad de que dan muestra; pero el mágico encanto de su conversación era reconocido aun por personas graves que le censuraban por su conducta. Sentarse cerca de él en el teatro y oir sus ocurrencias en los estrenos, era mirado como un privilegio (1). Dryden le había honrado haciéndole el interlocutor principal en su *Diálogo sobre la poesía dramática*. La inmoralidad de Sedley era tal, que aun en aquel siglo producía gran escándalo. En una ocasión, después de una espantosa orgía, se presentó completamente desnudo en el balcón de una taberna cerca de Covent-Garden, arengando á los transeuntes en lenguaje tan indecente y profano, que descargaron sobre él una lluvia de piedras, y tuvo que meterse dentro en seguida. Fué perseguido luégo por desacato, sentenciado á pagar una multa cuantiosa y reprendido por el tribunal del Banco del Rey en los términos más duros (2). Su hija había heredado las prendas de su ingenio, juntamente con su falta de decoro. No tenía atractivos personales, á excepción de la extraordinaria brillantez de sus ojos, que á personas de gusto delicado parecía salvaje y varonil. Era delgada, y su fisonomía dura y nada amable. Carlos, aunque gustaba de su conversación, se burlaba de su fealdad, y decía que los curas debían habérsela recomendado á su hermano por vía de penitencia. Bien sabía ella que no era hermosa, y con gran desenfado hacía donaire de su falta de belleza, á pesar de lo cual por una extraña contradicción gustaba de adornarse magníficamente, y muchas veces era objeto de las más picantes burlas al presentarse en el teatro y en la corte

(1) Pepys, oct. 4, 1664.
(2) Pepys, jul. 1.°, 1663.

muy pintada y compuesta, vestida de encajes de Bruselas, resplandeciente de diamantes y afectando la gracia de los diez y ocho años (1).

No es fácil explicar la índole de la gran influencia que ejerció sobre Jacobo. El Rey no era ya joven, era además muy religioso, ó al menos mostrábase siempre dispuesto á hacer ejercicios piadosos y penitencias que la gran mayoría de cuantos se llaman devotos no se atreverían á hacer. Extraño parece que haya habido atractivos capaces de hacerle abrazar un método de vida que debía ser á sus ojos muy criminal, y esta es precisamente la dificultad, porque nadie sabía en qué podía consistir tan gran atractivo. La misma Catalina estaba asombrada de la violencia de su pasión. «*No puede ser mi belleza,* decía, *pues debe haber visto que no soy hermosa; y tampoco puede ser mi ingenio, porque no tiene él bastante para conocer que lo tengo.*»

En el momento de subir al trono, la idea de la nueva responsabilidad que pesaba sobre él inclinó su mente por algún tiempo tan sólo á las ideas religiosas: formó y anunció muy buenas resoluciones; habló con gran energía en público de las impías y licenciosas costumbres de la época, y en particular aseguró á la Reina y á su confesor que no volvería á ver á Catalina Sedley. Escribió á su dama suplicándole abandonase las habitaciones que ocupaba en Whitehall, y se fuese á vivir á Saint James Square á una casa que había hecho amueblar lujosamente á sus expensas, al mismo tiempo que le prometía una espléndida pensión de su bolsillo particular. Catalina, que era mujer de talento, enérgica, intrépida, y que tenía conciencia de su poder, se negó á salir de la corte. Algunos meses después empezó á

(1) Véanse los versos satíricos que le dedica Dorset.

susurrarse que nuevamente se acudía á los servicios de Chiffinch, y que la favorita pasaba con frecuencia por la puerta secreta que había servido al padre Huddleston para llevar la hostia al lecho de muerte de Carlos II. Los Ministros protestantes del Rey, según parece, esperaban que el capricho de su amo por aquella mujer sería tal vez parte á distraerle de otro empeño más pernicioso, cual era atacar la religión anglicana. Tenía Catalina todos los talentos necesarios para jugar con los sentimientos del Rey, para ridiculizar sus escrúpulos y hacerle ver con toda claridad las dificultades y peligros á que corría ciegamente.

XXXIV.

INTRIGAS DE ROCHESTER EN FAVOR DE CATALINA SEDLEY.

Rochester, campeón de la Iglesia anglicana, trataba de asegurar la influencia de la favorita, y Ormond, á quien vulgarmente se mira como personificación de cuanto hay de más puro y elevado en el caballero inglés, le alentaba en sus designios. Ni aun lady Rochester se avergonzaba de cooperar, empleando para ello los peores medios. Reducíase su papel á encaminar los celos de la ofendida esposa contra una joven dama que era completamente inocente. Toda la Corte advirtió la frialdad y dureza con que trataba la Reina á la pobre doncella en quien habían recaído sus sospechas, pero la causa del mal humor de S. M. era para todos un misterio. Por algún tiempo continuó la intriga prósperamente en medio del más profundo secreto. Catalina con frecuencia decía al Rey con la mayor naturalidad

lo que los lores protestantes del Consejo solo se atrevían á indicar de un modo encubierto. Su corona estaba en peligro; el viejo chocho de Arundell y el charlatán de Tyrconnel le llevarían á su ruina. Es posible que las caricias de la favorita hubieran conseguido más que las exhortaciones de los Lores y los Comunes, de la casa de Austria y la Santa Sede, á no ser por un extraño suceso que cambió por completo el aspecto de los negocios. Jacobo en un arrebato de ternura determinó hacer á su dama condesa de Dorchester por derecho propio. Catalina, á quien no se ocultaba el peligro de tal medida, renunció al envidiado honor; pero su amante era obstinado y la obligó á aceptar, poniéndole en las manos el título. Ella por fin se decidio á complacerle con una condición, que muestra hasta dónde llegaba la confianza que tenía en su poder y en la debilidad del Rey. Hízole, pues, prometer solemnemente, no que nunca la abandonaría, sino que caso de hacerlo, él mismo le anunciaría su resolución y le concedería una entrevista de despedida.

Tan pronto cundieron las nuevas de su elevación, todos en palacio se escandalizaron. La ardiente sangre de Italia hervía en las venas de la Reina. Orgullosa de su juventud y sus encantos, de su alto rango é inmaculada castidad, no podía sin que la ahogasen la angustia y el furor verse abandonada é insultada por semejante rival. Rochester, recordando tal vez cuán pacientemente, tras una breve lucha, había consentido Catalina de Braganza en tratar á las damas de Carlos con cortesía, no dudaba que, después de algún tiempo consagrado á las quejas y lamentos, María de Módena aparecería igualmente sumisa. Mas no fué así: ni siquiera intentó ocultar á los ojos del mundo la violencia de sus emociones. Día tras día, los cortesanos que asistían á su cámara durante la comida

observaban que los platos volvían de la mesa sin que la Reina los hubiese gustado. Corría el llanto por sus mejillas, sin que ella tratase de ocultarlo, á presencia de todo el círculo de Ministros y Embajadores, y al Rey le hablaba con extraña vehemencia. «Dejadme ir; habéis hecho condesa á vuestra manceba; hacedla también Reina. Colocad mi corona en su cabeza; yo solo quiero ir á ocultarme en un convento donde nunca más vuelva á verla.» Y entonces, serenándose un tanto, le preguntaba cómo podía conciliar su conducta con los principios religiosos de que hacía alarde. «Estáis pronto, le decía, á arriesgar vuestro reino por atender á la salvación de vuestra alma, y sin embargo no teméis arriesgarla y perderla por esa mujer.» El padre Petre, postrado de hinojos, secundaba las quejas de la Reina. Su deber le ordenaba hacerlo así, y ciertamente no mostraba la menor negligencia en su cumplimiento, porque en esta ocasión su deber y sus intereses estaban de acuerdo. El Rey continuó por algún tiempo sucesivamente pecando y arrepintiéndose. En las horas de remordimiento se imponía severas penitencias. María conservó hasta el fin de su vida, y al morir lo legó al convento de Chaillot, el azote con que el Rey la vengaba rigurosamente de sus infidelidades en las propias espaldas. Sólo la ausencia de Catalina podía poner término á esta lucha entre un amor innoble y una innoble superstición. Jacobo le escribió implorándola y suplicándola que se fuese. Declaraba que había prometido despedirla en persona; «pero sé muy bien, añadía, el poder que tenéis sobre mí. No tengo bastante fuerza de voluntad para llevar á cabo mi resolución si llego á veros.» Ofrecíale también un yacht para conducirla dignamente y con toda comodidad á Flandes, amenazándola que si por buenas no quería irse, sería expulsada

por la fuerza. Excusóse ella al principio, con el fin de ganar tiempo, diciendo que estaba enferma. Luego, echándoselas de mártir, se proclamaba con la mayor desvergüenza víctima por defender la religión protestante; y continuando en su nuevo papel, adoptó nuevamente el estilo de Juan Hampden, desafiando al Rey á que la hiciese partir, dispuesta á sostener su derecho contra él. Mientras la Magna Carta y el *Habeas Corpus* continuasen siendo el Código del país, viviría donde fuese su voluntad, «y en Flandes, exclamaba, nunca. He aprendido de mi amiga la Duquesa de Mazarino una máxima, y es no fiarme nunca de un país donde haya conventos.» Por fin eligió Irlanda como lugar de su destierro, probablemente por estar allí de virrey el hermano de su protector Rochester. Últimamente, después de muchas dilaciones, se puso en marcha, dejando la victoria á la Reina (1).

La historia de tan extraordinaria intriga quedaría incompleta si no agregáramos que aun existe una meditación religiosa de puño y letra del Tesorero, escrita en el mismo día en que el proyecto de su tentativa de gobernar al Soberano, valiéndose de la concubina, era comunicado por Bonrepaux á la corte de Versalles. No hay composición de Ken ó Leighton donde respire más ferviente espíritu y exaltada piedad que en esta expansión de su alma. Ni puede atribuirse á hipocresía, porque el papel evidentemente

(1) Los principales materiales para la historia de esta intriga son los despachos de Barillon y Bonrepaux de principios de 1686. Véase Barillon enero 25 (feb. 4), enero 28 (feb. 7), feb. 1.° (11), febrero 8 (18), 19 (29) y Bonrepaux en las cuatro primeras fechas. Evelyn, *Diario*, enero 19; Reresby, *Memorias;* Burnet, I, 682; MS. de Sheridan; MS. de Chaillot; *Despachos* de Adda, de enero 22 (febrero 1.°) y enero 29 (feb. 8), 1686. Los escritos de Adda revelan en él al hombre piadoso, pero débil é ignorante. Según parece, no conocía la vida anterior de Jacobo.

iba encaminado á servir al propio autor, y, en efecto, no se publicó hasta más de cien años después de su muerte. Hasta tal punto es la historia más extravagante y rara que la ficción, y tan cierto es que la naturaleza tiene caprichos que el arte no se atreve á imitar. Casi puede asegurarse que ningún autor dramático se atrevería á presentar en la escena un príncipe de carácter grave, pasada ya la juventud, pronto á sacrificar su corona á fin de servir los intereses de su religión, infatigable en hacer prosélitos, y, sin embargo, abandonando é insultando á su esposa resplandeciente de juventud y belleza, por una despreciable manceba vieja y fea; y menos aún, si es posible, se atrevería un autor á presentar un hombre de Estado que se rebajara hasta el infame y vergonzoso oficio de tercero, que solicitase ayuda de su esposa en tan vil empresa, y que, sin embargo, en sus horas de ocio, retirándose á su gabinete y levantando allí secretamente su alma á Dios, dejase correr por sus mejillas el llanto del penitente al mismo tiempo que de sus labios brotaban súplicas piadosas (1).

---

(1) La meditación está fechada á 25 de enero (4 de febrero) de 1685-86. Bonrepaux, en su despacho del mismo día, dice: «L'intrigue avoit été conduite par milord Rochester et sa femme... Leur projet étoit de faire gouverner le Roy d'Angleterre par la nouvelle comtesse. Ils s'étoient assurés d'elle.» Mientras Bonrepaux se expresaba de este modo, Rochester escribía lo que sigue: «Oh Dios, enséñame á contar mis días, á fin de que pueda inclinar mi corazón á la sabiduría. Enséñame á contar los días que he pasado en vanidad y ocio, y los que consagré al pecado y la maldad. Enséñame también, oh Dios, á contar los días de mi aflicción y á darte gracias por cuanto he recibido de tu mano. Enséñame también á contar los días de mundana grandeza, de la cual me ha tocado tan gran parte, y enséñame á mirarlos como días de vanidad y tormento para mi espíritu.»

XXXV.

ROCHESTER EN DESGRACIA.

Pronto vió el Tesorero que, al acudir á escandalosos medios para llegar á un fin laudable, había cometido no sólo un crimen, sino una locura. La Reina era actualmente su enemiga. Cierto que aun afectaba escuchar con cortesía á los Hydes, cuando éstos trataban de excusar lo mejor que podían su conducta reciente, y aun, si la ocasión se ofrecía, no reparaba en emplear su influencia en favor de ellos. Pero no hubiera sido mujer, si realmente hubiera perdonado la conspiración tramada contra su dignidad y la dicha de su hogar por la familia de la primera esposa de su marido. Los jesuitas hacían presente al Rey, con gran vehemencia, el peligro de que tan difícilmente había logrado escapar. Su reputación, decían, la paz de su espíritu, la salvación de su alma, habían estado en peligro por las maquinaciones de su primer Ministro. El Nuncio, que de buena gana hubiera contrarrestado la influencia del partido violento cooperando con los individuos del Gabinete, no podía honrada y decorosamente separarse en esta ocasión del P. Petre; y el mismo Jacobo, cuando ya el mar le separaba de los encantos que con tal fuerza le habían fascinado, no podía menos de mirar con resentimiento y desprecio á aquellos que intentaron gobernarle valiéndose para ello de sus vicios. Lo que había pasado debía contribuir á aumentar su estimación por la Iglesia católica, rebajando á sus ojos la anglicana. Los jesuitas, á quien era entonces moda repre-

sentar como los guías más perniciosos y hábiles, como sofistas que habían llevado al último grado de refinamiento todo el sistema de la moral evangélica, como vividores que principalmente debían su poderío á la indulgencia con que trataban los pecados de los grandes, le habían apartado de la senda de perdición acudiendo á reprensiones tan duras y atrevidas, como las que David había oído de boca de Natán y Herodes de la del Bautista. Por otra parte, los celosos protestantes, cuyo tema favorito era la laxitud de los casuistas católicos, y la infamia de aquel principio que permite hacer el mal para que pueda venir el bien, habían intentado obtener ventajas para su Iglesia de una manera que todos los cristianos consideraban altamente criminal. Era, pues, completa la victoria de la cábala de los malos consejeros. El Rey empezó á tratar con frialdad á Rochester. Pronto advirtieron los cortesanos y los ministros extranjeros que el lord Tesorero era sólo de nombre primer ministro. Continuaba asistiendo al Consejo diariamente, y tenía la mortificación de ver que diariamente eran rechazados sus consejos. Y, sin embargo, no se decidía á renunciar á la exterior apariencia de poder y á los emolumentos que directa é indirectamente derivaba de su alto empleo. Hizo, pues, lo posible por ocultar á los ojos del público los desprecios de que era objeto. Pero la violencia de sus pasiones y su habitual intemperancia no le hacían apto para el disimulo. Sus tristes miradas al salir de la cámara del Consejo mostraban cuán disgustado debía estar por lo que había pasado en la mesa, y cuando las botellas corrían libremente, se le escapaban algunas palabras que indicaban su desazón (1).

---

(1) «Je vis milord Rochester comme il sortoit du conseil fort

Y bien podía estar descontento: unas á otras, sin interrupción, sucedíanse indiscretas é impopulares medidas con gran rapidez. Habíase abandonado toda idea de volver á la política de la triple alianza. El Rey declaró explícitamente á los embajadores de las potencias que últimamente habían tratado de hacerle su aliado, que sus opiniones habían sufrido gran cambio y que Inglaterra continuaría del mismo modo que en tiempo de su abuelo, de su padre y de su hermano, sin tomar parte en la política europea. «*Las circunstancias no me permiten,* decía al embajador español, *ocuparme de lo que suceda en el exterior. Estoy resuelto á dejar que los asuntos extranjeros sigan su curso, á establecer mi autoridad en el Reino y hacer algo en favor de mi religión.*» Algunos días después anunciaba las mismas intenciones á los Estados Generales (1). Desde aquel tiempo hasta el final de su ignominioso reinado no hizo ningún esfuerzo digno de nota por sacudir el yugo del vasallaje, aunque hasta lo último no pudo nunca oir sin sentirse arrebatado de furor que la gente le llamase vasallo. Los dos acontecimientos que públicamente demostraron que Sunderland y su partido habían quedado victoriosos, fueron la suspensión de las sesiones del Parlamento desde febrero hasta mayo, y la salida de Castelmaine para Roma con el sueldo de embajador de primera clase (2).



Hasta aquí, todos los asuntos del Gobierno inglés en la corte pontificia habían estado á cargo de Juan

---

chagrin; et, sur la fin du souper il lui en échappe quelque chose.» Bonrepaux, febrero 18 (28), 1686. Véase también Barillon, marzo 1.º (11) y 4 (14).

(1) Barillon, marzo 22 (abril 1.º), abril 12 (22), 1686.

(2) *Gaceta de Londres* de 11 de febrero de 1685-86; Luttrell, *Diario*, 8 de febrero; Leeuwen, febrero 9 (19); Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 75. *Memorias originales*.

Caryl. Era conocido este caballero entre sus contemporáneos por sus riquezas y elegancia, y era además autor de dos piezas, que habían sido muy bien recibidas; de una tragedia en verso, que había hecho muy popular el representarla Betterton; y una comedia, que debe todo su valor á escenas tomadas de Moliére. Hace ya mucho tiempo que nadie se acuerda de estas piezas; pero lo que Caryl no pudo hacer por sí mismo, lo hizo por él un genio mucho más poderoso. Medio verso en el *Bucle robado* ha hecho su nombre inmortal.

Caryl, que, como todos los demás católicos de cuenta, era enemigo de medidas extremas, había desempeñado su delicada misión en Roma con muy buen sentido y laudables deseos. Cumplió bien la misión que le fuera confiada; pero no tenía carácter oficial, y cuidadosamente evitaba toda ocasión de presentarse con aparato. Su embajada, por tanto, costaba muy poco al Gobierno, y apenas excitó leves murmullos. En cambio, actualmente, y obrando con la mayor indiscreción, iba á ser reemplazado por una costosísima y ostentosa embajada, ofensiva en el más alto grado al pueblo inglés y en manera alguna bien recibida por la corte de Roma. Castelmaine llevaba también el encargo de solicitar el capelo cardenalicio para su confederado el Padre Petre.

XXXVI.

CONDUCTA DE JACOBO II CON LOS HUGONOTES.

Por este mismo tiempo empezó el Rey á dar inequívocas muestras de los sentimientos que realmente le animaban para con los desterrados hugonotes. Mien-

tras aun había esperado atraer el Parlamento á la sumisión y llegar á ser jefe de una coalición europea contra Francia, había fingido censurar la revocación del edicto de Nantes y compadecer á los infelices á quienes la persecución había arrojado de su patria. Había hecho anunciar que en todas las iglesias del Reino se haría una colecta bajo su protección para socorrer á los desterrados, y con tal objeto se había publicado una proclama, redactada en términos que hubieran lastimado el orgullo de cualquier soberano menos sensible y vanaglorioso que Luis XIV. Mas al presente se operó un cambio completo. Los principios del tratado de Dover fueron nuevamente la base de la política extranjera de Inglaterra. Hubo además vehementes disculpas por la descortesía con que el Gobierno inglés había obrado respecto de Francia al acoger favorablemente á los desterrados franceses (1). Recogióse la proclama que había disgustado á Luis XIV, se amonestó á los ministros hugonotes á hablar con reverencia de su opresor, en el púlpito, amenazándoles con que, de no hacerlo así, su seguridad corría peligro. Jacobo, no sólo cesó de manifestar conmiseración por aquellos infelices, antes bien declaró creerlos capaces de albergar los peores designios, confesando que había cometido error al tratarlos bien anteriormente. Uno de los refugiados más eminentes, Juan Claude, había publicado en el Continente un pequeño volumen, donde se describían con gran energía los sufrimientos de sus hermanos. Barillon pidió que se entregase el libro á la pública execración, y Jacobo, deseoso de complacerle, declaró en pleno Consejo ser su voluntad que el libelo de Claude fuera quemado por mano del verdugo frente á la Bol-

(1) Leeuwen, feb. 23 (marzo 5), 1686.

sa. Al mismo Jeffreys sorprendió el empeño de su amo y se atrevió á hacerle presente que tal proceder era sin ejemplo; que el libro estaba escrito en lengua extraña, había salido de prensa extranjera, se refería enteramente á sucesos pasados en otra nación, y ningún Gobierno inglés había persegnido nunca tales obras. Jacobo no permitió siquiera que la cuestión se discutiese. «*Mi resolución*, dijo, *está tomada. Hase puesto en uso tratar á los Reyes con poco respeto, y nosotros debemos ayudarnos mutuamente. Un Rey debe tomar siempre la defensa de otro, y yo tengo razones particulares para mostrar tal respeto al Rey de Francia.*» Ninguno de los del Consejo se atrevió á objetar; publicóse la orden, y el libelo de Claude fué entregado á las llamas, no sin que tal medida fuese censurada por muchos, reputados hasta entonces entre los más leales (1).

La prometida colecta fué aplazada con vanos pretextos. De buena gana hubiera faltado el Rey á su palabra; pero habíala empeñado tan solemnemente, que de vergüenza no pudo retractarse (2). Nada, sin embargo, se omitió de cuanto pudiera enfriar el celo de las congregaciones. Esperábase que, según práctica constante en tales casos, el pueblo sería exhortado desde el púlpito á mostrar su liberalidad con los desterrados. Pero Jacobo estaba resuelto á no tolerar declamaciones contra su religión y su aliado. El Arzobispo de Canterbury recibió orden de informar al clero que no debía hacer más que leer el breve, sin

(1) Barillon, abril 26 (mayo 6), mayo 3 (13), 1686; Citters, mayo 7 (17); Evelyn, *Diario*, mayo 5, Luttrell, *Diario* en la misma fecha; Libro del Consejo Privado, 2 de mayo.

(2) Lady Russell al Dr. Fitzwilliam, enero 22, 1686; Barillon feb. 15 (25), feb. 22 (marzo 4) 1686. «Ce prince témoigne, dice Barillon, une grande aversion pour eux, et aurait bien voulu se dispenser de la collecte, qui est ordonnée en leur faveur: mais il n'a pas cru que cela fut possible.»

atreverse á predicar sobre los sufrimientos de los protestantes franceses (1). Sin embargo, la suma recogida fué tan cuantiosa, que después de hechas todas las deducciones, se entregaron cuarenta mil libras en la caja de la ciudad de Londres. Tal vez ninguna de las magníficas suscriciones de nuestro tiempo ha producido suma tan crecida, proporcionalmente á la riqueza de la nación (2).

Mucho mortificó al Rey el importe de la colecta que se había hecho obedeciendo á su propio llamamiento. Sabía, dijo, lo que significaba tan gran liberalidad; era muestra de la enemiga de los whigs á él y á su religión (3). Había resuelto ya que el dinero no aprovechase á aquellos á quienes estaba destinado. Por espacio de algunas semanas había estado en estrecha comunicación con la embajada francesa con motivo de este asunto; y con aprobación de la corte de Versalles se determinó á llevar á cabo una medida que no es muy fácil conciliar con los principios de tolerancia que posteriormente pretendía haber profesado. Los refugiados eran celosos partidarios de la disciplina y el culto calvinista. Jacobo, pues, ordenó que á ninguno se entregase un pedazo de pan ni una cesta de carbón sin recibir antes la comunión según el rito anglicano (4). Extraño parece que orden tan inhospi-

---

(1) Barillon, feb. 22 (marzo 4), 1686.

(2) Informe de la comisión, de 15 de marzo, 1686.

(3) «Le Roi d'Angleterre connoit bien que les gens mal intentionés pour lui sont les plus prompts et les plus disposés á donner considérablement... Sa Majesté Britannique connoit bien qu'il auroit été á propos de ne point ordonner de collecte, et que les gens mal intentionnés contre la religion catholique et contre lui se servent de cette occasion pour témoigner leur zele.» Barillon abril 19 (29), 1686.

(4) Barillon, feb. 15 (25), feb. 22 (marzo 4), abril 19 (29), 1686; Luis XIV á Barillon, marzo 5 (15).

talaria pudiese emanar de un príncipe que consideraba la ley del *Test* como un ultraje á los derechos de la conciencia; porque aunque parezca injustificable establecer un juramento religioso á fin de asegurarse si un individuo es apto para el desempeño de los empleos civiles y militares, injusticia mucho mayor es seguramente exigir tal juramento para saber si en los momentos de mayor angustia merece un hombre la caridad de los demás: ni podía invocar Jacobo en su defensa el argumento con que generalmente se disculpan todos los perseguidores, porque la religión que trataba de imponer á los refugiados, so pena de morirse de hambre, no era la suya. Menos excusa tiene, por tanto, su conducta que la de Luis XIV, pues éste, al perseguir á los hugonotes, hacíalo con la esperanza de apartarlos del camino de la herejía, trayéndolos al gremio de la verdadera Iglesia. Jacobo los oprimía tan sólo con el propósito de hacerles apostatar de una herejía para abrazar otra.

Nombráronse varios comisionados, entre los cuales se contaba el Canciller, para la distribución del dinero recogido. En la primera reunión Jeffreys les anunció la voluntad del Rey. Los refugiados, dijo, eran en general enemigos de la monarquía y de la Iglesia anglicana. Si deseaban, pues, recibir los socorros, debían hacerse miembros de la Iglesia de Inglaterra, recibiendo la Eucaristía de manos de su mismo capellán. Muchos desterrados, que llenos de gratitud y esperanza habían venido en busca de socorros, oyeron su sentencia, y sin aguardar más partieron con el corazón lleno de amargura (1).

(1) Barillon, abril 19 (29), 1686 y Lady Russell al Dr. Fitzwilliam, abril 14. «Ha despedido á muchos, dice, que salían con el corazón angustiado.»

XXXVII.

LA PRERROGATIVA DE DISPENSA.

Se acercaba el mes de mayo, que era el fijado para la reunión de las Cámaras; pero dándose un nuevo plazo, se extendió la prórroga hasta noviembre (1). No era extraño que el Rey no desease la reunión del Parlamento, porque estaba resuelto á adoptar una política que ya sabía que les era odiosa en el más alto grado. De sus predecesores había heredado dos prerrogativas cuyos límites no fueron nunca definidos con estricta exactitud, y que, á ejercerse sin ninguna limitación, bastarían por sí solas á cambiar de raíz la constitución de la Iglesia y del Estado. Eran éstas la prerrogativa de dispensa y la supremacía eclesiástica. Por medio de la primera proponíase el Rey admitir á los católicos no sólo en los empleos civiles y militares, sino en los beneficios eclesiásticos. Por medio de la supremacía esperaba hacer del clero anglicano instrumento de destrucción de su misma Iglesia.

Desarrolló este plan gradualmente. No consideró seguro empezar concediendo á todos los católicos exención ó dispensa de los estatutos que imponían penas ó juramentos. Nada más claro que la ilegalidad de tal medida. En 1672 la Cábala había publicado una declaración general de indulgencia, contra la cual protestaron los Comunes tan pronto como se reunió la Cámara. Carlos II habíala hecho inutilizar á su presencia, asegurando de palabra y por escrito á las

(1) *Gaceta de Londres* de 13 de mayo, 1686.

Cámaras que la medida, causa de tantas quejas, no se llevaría nunca á efecto. Difícil hubiera sido encontrar un abogado de fama en todos los tribunales de justicia que se prestase á defender una prerrogativa á que el Soberano, algunos años antes, en pleno Parlamento y desde el trono, había renunciado. Pero no era en modo alguno tan claro que el Rey no pudiese, en casos excepcionales, conceder exención á algunos individuos haciendo mención expresa de sus nombres. El primer objeto, pues, de Jacobo fué obtener de los tribunales de causas comunes *(Common Pleas)* una declaración de que al menos en esta parte podía ejercer la prerrogativa de dispensa.

XXXVIII.

SEPARACIÓN DE LOS JUECES QUE SE OPONEN Á LA PRERROGATIVA DE DISPENSA.

Pero aunque sus pretensiones eran moderadas atendiendo á las que expuso algunos meses después, pronto encontró que tenía en contra suya la opinión casi en masa de todos los jueces de Westminster, y aun hubo cuatro que le dieron á entender que en esta ocasión no podían prestarse á sus deseos; siendo de notar que los cuatro eran exaltados toríes, y entre ellos había algunos compañeros de Jeffreys en el Tribunal Sangriento que habían consentido en la muerte de Cornish y de Isabel Gaunt. Jones, Chief Justice del Tribunal de causas comunes, hombre que nunca había retrocedido ante ninguna infamia, por cruel ó servil que fuese, se expresó en el gabinete del Rey

en términos que hubieran sentado bien en boca de los más íntegros y severos magistrados de nuestra historia. Dijósele sencillamente que tendría que dar su opinión ó su empleo. «*En cuanto á mi empleo,* contestó, *me importa poco. Soy viejo y he empleado mi vida en el servicio de la Corona; pero me mortifica que V. M. me crea capaz de emitir un juicio digno sólo de un ignorante ó de un hombre sin honor.* — *Estoy resuelto,* dijo el Rey, *á tener doce jueces que estén completamente de acuerdo conmigo en esta cuestión.*—*Vuestra Majestad,* contestó Jones, *podrá encontrar doce jueces de su misma opinión, pero difícilmente encontrará doce abogados*» (1). Fué separado de su empleo, juntamente con Montague, primer Barón del Tesoro, y otros dos jueces subalternos, Neville y Charlton. Uno de los nuevos jueces fué Cristóbal Milton, hermano menor del gran poeta. De Cristóbal no se sabe más sino que en tiempo de la guerra civil había sido realista, y ahora, ya viejo, se inclinaba al catolicismo. No resulta que se haya reconciliado formalmente con la Iglesia de Roma, pero es cierto que tenía grandes escrúpulos de comunicarse con la Iglesia anglicana, mostrando, por tanto, mucho interés en sostener la prerrogativa de dispensa (2).

Encontró el Rey en su Consejo igual oposición que en los jueces. El primer abogado, á quien se anunció que se esperaba de él la defensa de la prerrogativa, fué el *Solicitor general* (3), Heneage Finch, el cual se apresuró á rehusar, privándole de su empleo al día siguiente (4). El fiscal general Sawyer recibió aviso

(1) *Memorias* de Reresby; Eachard, III, 797; Kennet, III, 451.

(2) *Gaceta de Londres* de 22 y 29 de abril, 1686; Barillon, abril 19 (29); Evelyn, *Diario*, 2 de junio; Luttrell, junio, 8; Dodd, *Historia de la Iglesia.*

(3) Véase el Apéndice al tomo IV.—N. del T.

(4) North, *Vida de Guildford*, 288.

de redactar las órdenes que autorizaban á los católicos á disfrutar beneficios que pertenecían á la Iglesia anglicana. Sawyer había tomado parte en algunas de las más duras é injustificadas persecuciones de aquel tiempo, y los whigs le aborrecían, creyéndole manchado con la sangre de Russell y Sidney; mas en esta ocasión no mostró falta de energía y honradez. «*Señor*, dijo: *no se trata aquí tan sólo de una simple exención del cumplimiento de la ley; esto equivale á anular por completo el Estatuto que desde el tiempo de Isabel ha regido hasta el día. Yo no me atrevo á hacerlo, y suplico á V. M. se pare á considerar si tal ataque á los derechos de la Iglesia está en concordancia con las promesas que recientemente se ha dignado hacer*» (1). Sawyer hubiera sido inmediatamente separado de su empleo como lo había sido Finch, si el Gobierno hubiera podido encontrarle sucesor; pero esto no era fácil. Era preciso para proteger los derechos de la Corona que al menos uno de los abogados del Trono fuese hombre de ciencia, hábil y experimentado, y ninguno de cuantos reunían estas condiciones estaba dispuesto á defender la prerrogativa de exención. El Fiscal general quedó aún en su puesto durante algunos meses. Tomás Powis, hombre insignificante, que no reunía otra condición para tan alto empleo que su servilismo, fué nombrado *Solicitor*.

XXXIX.

SIR EDUARDO HALES.

Estaban, pues, terminados los arreglos preliminares. Había un *Solicitor general* para sostener la prerro-

(1) Reresby, *Memorias*.

gativa de exención, y doce jueces dispuestos á ayudarle. Muy pronto se llegó, pues, á discutir la cuestión. Sir Euardo Hales, caballero de Kent, habíase convertido al catolicismo cuando no podía ninguna persona de cuenta declararse abiertamente partidaria de la Iglesia de Roma. Había guardado el mayor secreto sobre su conversión; y siempre que se le preguntaba, respondía que era protestante, con una solemnidad que no hacía mucho honor á sus principios. Cuando Jacobo subió al trono, no fué preciso disimular por más tiempo. Sir Eduardo apostató públicamente, obteniendo en recompensa, el mando de un regimiento de infantería. Llevaba tres meses en este empleo sin haber recibido los sacramentos como miembro de la Iglesia anglicana. Había, pues, incurrido en la multa de quinientas libras esterlinas, que cualquiera que le delatase podía exigir á título de deuda. Un criado se encargó de demandarlo por pago de la suma ante el Tribunal del Banco del Rey. Sir Eduardo no puso en duda los hechos de que se le acusaba; pero se defendió diciendo que tenía cartas credenciales autorizándole á continuar en su empleo, á pesar de la ley del *Test.* El delator admitió que la defensa de sir Eduardo fuese realmente cierta, pero se opuso á que su respuesta bastara á resolver la cuestión, lo cual originó una competencia que debía ser resuelta por el tribunal. Un abogado á quien todos conocían como instrumento del Gobierno, defendió al fingido delator é hizo algunas objeciones insignificantes á la defensa del acusado. Respondióle el nuevo *Solicitor general.* El Fiscal de la Corona no tomó cartas en el asunto, y pronunció la sentencia el lord Chief Justice, sir Eduardo Herbert. Anunció que había sometido la cuestión á los doce jueces, y que once eran de opinión que el Rey podía legalmente eximir de la

aplicación de las leyes penales en casos determinados y atendiendo á razones particulares de gran importancia. El único disidente Barón Street, no fué separado de su empleo. Era hombre de moral tan corrompida, que hasta sus parientes rehuían su trato, y el Príncipe de Orange en tiempo de la revolución no quiso verle, por habérselo aconsejado así. El carácter de Street hace casi completamente imposible la creencia de que fuese más escrupuloso que sus colegas; y por otra parte, el carácter de Jacobo no permite creer que un alto empleado de Hacienda, después de oponerse á sus deseos, hubiera continuado en su puesto. No debe, pues, ponerse en duda que el juez disidente, así como el delator y su abogado, obraban en connivencia. Importaba que hubiese gran preponderancia en favor de la prerrogativa de exención; pero no era menos importante que los jueces, que tan cuidadosamente fueran elegidos para el caso, pareciesen obrar con libertad. A un juez, por tanto, y al menos respetable de los doce, se le permitió, ó lo que es más probable, se le dió orden de votar contra la prerrogativa (1).

El poder que los tribunales de justicia habían reconocido y proclamado de este modo, tuvo inmediata aplicación. Aun no había trascurrido un mes desde que el Tribunal del Banco del Rey había pronunciado su decisión, cuando ya cuatro lores católicos, previo juramento, fueron admitidos en el Consejo privado. Dos de los nombrados, Powis y Bellasyse, eran del partido moderado, y probablemente ocuparon sus

---

(1) Véase la relación del proceso en la *Colección de causas de Estado;* Citters, mayo 4 (14), junio 22 (julio 2), 1686; Evelyn, *Diario* junio 27; Luttrell, *Diario*, junio 21. Cuanto á Street, véase el *Diario* de Clarendon, dic. 27, 1688.

puestos con repugnancia y llenos de tristes presentimientos. Los otros, Arundell y Dover, no abrigaban tales recelos (1).

XL.

AUTORÍZASE Á LOS CATÓLICOS Á DISFRUTAR BENEFICIOS ECLESIÁSTICOS.

Por este tiempo empezó á aplicarse la prerrogativa de exención á fin de que los católicos pudiesen también participar de los beneficios eclesiásticos. Pronto redactó el nuevo *Solicitor general* las ordenanzas en que Sawyer no había querido tener parte. Una de éstas era en favor de un malvado, por nombre Eduardo Sclater, el cual disfrutaba dos beneficios que estaba dispuesto á conservar á toda costa y á pesar de todos los cambios políticos. Administraba los sacramentos á sus feligreses según el ritual de la Iglesia anglicana el Domingo de Ramos de 1686; y el Domingo de Pascua, tan sólo una semana después, asistía á misa en una iglesia católica. Las reales dispensas le autorizaron á conservar el producto de sus beneficios. A las reclamaciones de los patronos de quienes había recibido los beneficios replicaba con la mayor insolencia, y mientras se mantuvo próspera la causa católica publicó un absurdo tratado en defensa de su apostasía. Pero muy pocas semanas después de la revolución, reuníase una gran multitud en Santa María del Savoy, para verle ingresar nuevamente en la Iglesia que había abandonado. Leyó su reconciliación con lágri-

(1) *Gaceta de Londres*, de 19 de julio, 1686.

mas en los ojos y pronunciando acerbas invectivas contra los sacerdotes católicos cuyas artes, decía, le habían seducido (1).

No fué menos infame la conducta de Obadiah Walker, anciano sacerdote de la Iglesia anglicana muy conocido por su ciencia en la Universidad de Oxford. Durante el reinado de Carlos II fuera sospechoso de aficionado á la doctrina católica, pero en su conducta exterior estaba conforme con la religión anglicana, siendo al fin elegido maestro del colegio de la Universidad. Poco después del advenimiento de Jacobo decidió Walker arrojar el disfraz con que hasta entonces se había presentado. Ausentóse del culto público de la Iglesia anglicana, y en unión de algunos compañeros y graduados á quienes había convertido oía misa todos los días en sus habitaciones. Uno de los primeros actos que llevó á cabo el nuevo *Solicitor general* fué autorizar á Walker y á sus prosélitos á seguir en el goce de sus beneficios, no obstante haber apostatado. Empleáronse inmediatamente albañiles y carpinteros en trasformar sus habitaciones en oratorio, y al cabo de algunas semanas celebrábanse públicamente las ceremonias del culto católico en el Colegio de la Universidad. Dióse alojamiento á un jesuita en calidad de capellán; fundóse una imprenta con licencia real para la publicación de obras católicas, y por espacio de dos años y medio continuó Walker haciendo la guerra al protestantismo con todo el furor de un renegado; mas no bien cambió la fortuna pudo

(1) Véanse las cartas credenciales en Gutch, *Collectanea Curiosa*. La fecha es el 3 de mayo de 1686. Sclater, *Consensus Veterum*; Réplica de Gee, titulada *Veteris Vindicati*; Dr. Antonio Horneck, *Relación de cómo abjuró Mr. Sclater los errores del catolicismo el 5 de mayo*, 1689; Dodd, *Historia de la Iglesia*, part. VIII, lib. II, art. 3.

verse que carecía del valor del mártir. Llevado ante la barra de la Cámara de los Comunes á dar cuenta de su conducta, tuvo la bajeza de protestar que nunca había cambiado de religión, que en su interior nunca había aprobado las doctrinas de la Iglesia de Roma y no había inducido nunca á otras personas á formar parte de aquella Iglesia. Ciertamente no merecía la pena de violar los más sagrados deberes que imponían la ley y la fe empeñada, sólo para adquirir prosélitos de esta laya (1).

XLI.

NOMBRAMIENTO DE UN CATÓLICO PARA DEÁN DE CHRISTCHURCH.

Al poco tiempo el Rey dió un paso más en la nueva senda. Sclater y Walker sólo habían conseguido después de hacerse católicos seguir disfrutando los beneficios que les fueron concedidos cuando aun pasaban por protestantes. Mucho más atrevida violación de la ley y de la real palabra era conceder un empleo de gran importancia en la Iglesia anglicana á uno de sus enemigos declarados. Mas para Jacobo nada había demasiado atrevido. Hallábase vacante la plaza de deán de Christchurch, la cual en dignidad y honorarios era de las más importantes en la universidad de Oxford. Tenía á su cargo el deán mucho mayor número de jóvenes de ilustres familias y de grandes es-

(1) Gutch, *Collectanea Curiosa*; Dodd, VIII, 2, 3; Wood, *Athenæ Oxonienses; Correspondencia de Ellis,* feb. 27, 1686; *Commons' Journals*, oct. 26, 1689.

peranzas que en ningún otro colegio, y era además la autoridad superior en la catedral. Requeríase, así por su carácter profesional como eclesiástico, que fuese miembro de la Iglesia anglicana. A pesar de todo esto, Juan Massey, á quien todos conocían como católico, y el cual no tenía en su abono otra recomendación que pertenecer á la iglesia de Roma, fué nombrado por virtud de la prerrogativa de dispensa; y no bien recibió su nombramiento, erigió un altar en el interior de Christchurch, donde diariamente se decía misa (1). El Rey dijo al Nuncio que muy pronto se llevaría á cabo en Cambridge lo ya hecho en Oxford (2).

Y aun esto tenía poca importancia comparado con los males que fundadamente temían los protestantes. Pronto pareció á todos probable que el gobierno de la Iglesia anglicana pasaría muy en breve á manos de sus mortales enemigos. Habían vacado recientemente tres sedes de gran importancia: la de York, la de Chester y la de Oxford. El obispado de Oxford fué concedido á Samuel Parker, parásito cuya religión, caso de tener alguna, era la de Roma, y que se llamaba protestante sólo porque estaba casado. «*Hubiera preferido*, decía el Rey á Adda, *haber nombrado un católico declarado, pero aun no es tiempo. Parker se inclina hacia nosotros; sus opiniones son las nuestras, y gradualmente arrastrará consigo al clero de su diócesis*» (3). El obispado de Chester, que la muerte de Juan Pearson, nombre ilustre en la filología y teología, había dejado vacante, fué concedido á Tomás Cast Wright, vividor aun más despreciable que Parker. El arzobis-

---

(1) Gutch, *Collectanea curiosa;* Wood, *Athenæ Oxonienses; Diálogo entre un anglicano y un disidente*, 1689.

(2) Adda, julio 9 (19), 1686.

(3) Adda, julio 30 (agosto 9), 1686.

pado de York permaneció vacante por espacio de algunos años; y como no había razón para dejar en tal estado puesto de tan gran importancia, sospechóse que el Rey había dilatado el nombrar arzobispo para conceder aquella mitra á un católico. Es realmente muy probable que el buen sentido y leales sentimientos del Papa librasen á la Iglesia anglicana de tal ultraje. Sin dispensa especial de Roma, ningún jesuita podía ser obispo, é Inocencio no se sentía inclinado á conceder tal dispensa al Padre Petre.

XLII.

DECIDE JACOBO EMPLEAR SU SUPREMACÍA ECLESIÁSTICA EN CONTRA DE LA IGLESIA ANGLICANA.

Ni siquiera se le ocurrió á Jacobo ocultar su intención de emplear vigorosa y sitemáticamente en perjuicio de la Iglesia anglicana la influencia y poder de que, como su jefe, disponía. Decía con la mayor naturalidad, que merced á la sabia previsión de la Providencia, la misma ley de supremacía le daría los medios de curar la fatal herida que había hecho. Enrique é Isabel habían usurpado á la Santa Sede un poder que de derecho le correspondía. Aquel poder en el curso de la sucesión había sido heredado por un príncipe ortodoxo, el cual lo tendría á manera de depósito concedido por la Santa Sede. La ley le autorizaba á reprimir los abusos espirituales, y el primero que él cortaría había de ser la libertad que se arrogaba el clero anglicano de difundir su religión y atacar las doctrinas de Roma (1).

---

(1) «Ce prince m'a dit que Dieu avoit permis que toutes les

Mas tropezaba con una gran dificultad. La supremacia eclesiástica heredada con la corona, en modo alguno era aquella grande y terrible prerrogativa que habían poseído Isabel, Jacobo I y Carlos I. La ley que concedía á la Corona autoridad casi ilimitada en la Iglesia, aunque no había sido nunca formalmente revocada, en realidad había perdido gran parte de su fuerza. La letra de la ley aun subsistía, pero sin ir acompañada de ninguna sanción formidable, ni de ningún sólido sistema de procedimiento, siendo por lo mismo poco más que letra muerta.

El estatuto que devolvió á Isabel el poder espiritual que había asumido su padre y á que su hermana habia renunciado, contenía una cláusula que autorizaba al soberano á nombrar un tribunal para investigar, reformar y castigar los delitos eclesiásticos. Por virtud de la autorización contenida en esta cláusula se creó el Tribunal Supremo de Inspección.

Aquel tribunal fué por espacio de muchos años terror de los disidentes, y en tiempo de la cruel administración de Laud llegó á ser objeto de temor y odio de los más decididos partidarios de la Iglesia anglicana. Cuando empezaron las sesiones del Parlamento largo, fué considerado generalmente el Tribunal de Inspección como una de las instituciones más vejatorias entre las muchas que á la sazón agobiaban

---

loix qui ont été faites pour établir la réligion protestante, et détruire la réligion catholique, servent présentement de fondement á ce qu'il veut faire, pour l'etablissement de la vraie réligion, et le mettent en droit d'exercer un pouvoir encore plus grand que celui qu'ont les rois Catholiques sur les affaires ecclesiástiques dans les autres pays.»—Barillon, julio 12 (22), 1686.—Algunos días después decía S. M. á Adda, «che l'autoritá concessale del Parlamento sopra l'Ecclesiastico senza alcun limite con fine contrario fosse adesso per servire al vantaggio de'medesimi cattolici.» Julio 23 (agosto 2).

al país. Aprobóse, pues, tal vez con excesivo apresuramiento, una ley que no sólo quitaba á la Corona el poder de nombrar comisarios para la dirección de la Iglesia, sino que abolía sin distinción todos los tribunales eclesiásticos.

Después de la Restauración, los *Caballeros* que formaban la gran mayoría de la Cámara de los Comunes, á pesar de su celo por la regia prerrogativa, aun recordaban con pesar la creación del Tribunal de Inspección, y en modo alguno estaban dispuestos á resucitar institución tan odiosa. Creían al mismo tiempo, y no sin razón, que la ley que había suprimido todos los tribunales eclesiásticos del reino, sin nombrar ninguno que los reemplazase, se prestaba á graves objeciones. Derogaron, pues, aquella ley, á excepción de lo relativo al Tribunal de Inspección. De este modo, los Tribunales de arcedianos, los Consistoriales, el de los Arcos, el de Privilegios y el de Delegados, fueron instituídos nuevamente; pero la autorización por virtud de la cual se concedía á Isabel y á sus sucesores el nombramiento de comisarios que pudieran inspeccionar la Iglesia anglicana, no sólo quedó sin reconstituirse, antes fué declarada, empleando el más enérgico lenguaje, absolutamente suprimida. Es, pues, tan claro como cualquier otro punto del derecho constitucional, que Jacobo II no era competente para nombrar una comisión con poder de inspeccionar y dirigir la Iglesia anglicana (1). Pero, de ser esto así, poco importaba que la ley de supremacía, le facultase en términos pomposos

(1) Trátase esta cuestión con toda lucidez y argumentos incontestables en un folleto contemporáneo, titulado: *El poder del Rey en materias eclesiásticas presentado con toda claridad*. Véase también la concisa pero irrefutable argumentación del Arzobispo Sancroft en Doyly, *Vida de Sancroft*, I, 229.

para enmendar y corregir los errores de la Iglesia nacional. Sólo un instrumento tan poderoso como el que destruyera el Parlamento largo podía haber hecho que el clero anglicano ayudase á la destrucción de las doctrinas y de la disciplina de su propia Iglesia. Así, pues, determinó el Rey, no bien llegó el mes de abril de 1686, crear un nuevo Tribunal Supremo de Inspección. No se llevó á cabo inmediatamente su plan, por tener que luchar con la oposición de todos los Ministros que no estaban por Francia ó por los jesuitas. Consideraban los legistas la nueva disposición como violación ultrajante de la ley, y los protestantes como un ataque directo á la Iglesia anglicana. Tal vez hubiera durado más tiempo la contienda á no ser por un acontecimiento que lastimó el orgullo del Monarca encendiendo aún más su rabia. Había publicado, en su calidad de Jefe supremo de la Iglesia, circulares en que encargaba al clero que se abstuviese de tocar en sus sermones puntos controvertidos de la doctrina, y de este modo, mientras que todos los domingos y días festivos se pronunciaban sermones en defensa del catolicismo dentro del recinto de los palacios reales, la Iglesia de la gran mayoría de la nación tenía que permanecer silenciosa sin poder explicar ni vindicar sus principios. El clero en masa se levantó contra esta injusticia. Guillermo Sherlock, teólogo muy distinguido que con gran ingenio había escrito contra whigs y disidentes, recibiendo del Gobierno como recompensa el nombramiento de maestro de la Facultad de Derecho, además de una pensión, fué de los primeros á incurrir en el desagrado del Rey. Quitáronle la pensión y fué severamente reprendido (1). Juan Sharp, deán de Norwich y rector de San Gil del

(1) *Carta de Jacobo á Clarendon*, feb. 18, 1685-86.

campo, pronto cometió falta de mucha más importancia. Era hombre de ciencia y de ferviente piedad, predicador de gran fama y ejemplarísimo cura párroco. En política era, como la mayoría de sus colegas, tory, y acababa de ser nombrado para una de las capellanías reales. Recibió un anónimo en el que uno que se decía feligrés suyo, y que fuera vencido por los argumentos de los teólogos católicos, deseaba convencerse de que la Iglesia anglicana era una rama de la verdadera Iglesia de Cristo. Ningún teólogo, á no haber perdido por completo toda idea de sus deberes religiosos y de su honor profesional, podía negarse á responder á tal llamamiento. El domingo siguiente, Sharp pronunció un entusiasta sermón contra las principales pretensiones de la Santa Sede. Algunas de sus expresiones, exagerándolas y alterándolas maliciosamente, fueron repetidas por algunos charlatanes en Whitehall. Decíase falsamente que había hablado con desdén de las disquisiciones teológicas encontradas en el arca de hierro de Carlos II y publicadas por el Rey. Compton, obispo de Londres, recibió orden de Sunderland para suspender á Sharp en sus funciones, hasta que el Rey manifestase su opinión en el asunto. El Obispo se encontró en la mayor perplejidad. Su conducta reciente en la Cámara de los Lores habíale indispuesto con la Corte; ya había sido borrado su nombre de la lista de consejeros privados; ya se le había quitado su empleo en la real capilla, y no quería provocar nuevamente al Monarca, pero el acto que ahora se exigía de él era meramente judicial. Conocía que era injusto, y los más peritos consejeros le decían también que era ilegal castigar sin dar al reo tiempo ni ocasión para la defensa. Así, pues, hizo presente al Rey en los términos más humildes las dificultades de su situación,

y al mismo tiempo solicitó privadamente de Sharp que por de pronto no se presentase en el púlpito. A pesar de ser tan razonables los escrúpulos de Compton y tan humildes sus excusas, Jacobo se sintió gravemente irritado. ¿Cómo se había atrevido á oponer insolentemente la justicia natural ó el derecho positivo á un mandato expreso del Soberano? El Rey ya no se acordaba de Sharp, y el Gobierno se preparó á descargar toda su venganza sobre el Obispo (1).

XLIII.

CREACIÓN DE UN NUEVO TRIBUNAL ECLESIÁSTICO.

Más que nunca sintió el Rey la falta de aquella máquina tremenda que en otro tiempo servía á imponer la obediencia á los eclesiásticos rebeldes. Probablemente sabía que por algunas palabras duras pronunciadas contra el gobierno de su padre, el Obispo Williams fuera suspendido por el Tribunal eclesiástico de todas las dignidades y funciones de su sagrada profesión. El designio de instituir nuevamente aquel formidable Tribunal se apoderó entonces más que nunca del espíritu del Monarca. En el mes de julio súpose en Londres con general alarma la noticia de que el Rey, infringiendo dos leyes del Parlamento de las más claras y terminantes, había confiado á siete comisarios el gobierno de la Iglesia anglicana (2). No

(1) Hállase la mejor relación de estos sucesos en la *Vida de Sharp*, escrita por su hijo. Citters, junio 29 (julio 9), 1686.

(2) Barillon, julio 21 (agosto 1.°), 1686. Citters, julio 16 (26). *Libro del Consejo privado*, julio 17; *Correspondencia de Ellis*, julio 17. Evelyn, *Diario*, julio 14; Luttrell, *Diario*, agosto, 5 y 6.

se precisaba de manera clara y definida la jurisdicción de estos comisarios, en el decreto de reconstitución del Tribunal, prestándose, por tanto, á hacerla casi tan extensa como se juzgara conveniente. Todos los colegios, las escuelas de instrucción primaria, y aun los establecimientos de enseñanza fundados por la liberalidad de bienhechores privados, quedaban sujetos á la autoridad del nuevo Consejo. Todos los empleados en la Iglesia ó en los establecimientos de enseñanza, desde el Primado de Inglaterra hasta el cura más joven; desde los vicecancilleres de Oxford y Cambridge hasta el más humilde pedagogo que enseñaba el Corderius, quedaban á merced del Rey. Si algún individuo de aquella inmensa multitud era sospechoso de hacer ó decir algo que disgustase al Gobierno, los comisarios podían hacerle comparecer ante su Tribunal. No había reglas ni ordenanzas que estableciesen ó limitasen la conducta del nuevo Consejo en sus relaciones con los acusados. Eran al mismo tiempo jueces y acusadores. No se daba copia de la acusación al interesado, sino que se le examinaba cuantas veces era preciso. Si sus respuestas no eran satisfactorias, podía ser suspendido en su empleo, ó privársele de él, ó ser declarado incapaz de todo empleo público para lo sucesivo. Si resultaba contumaz, podía ser excomulgado, es decir, privado de todos los derechos civiles y condenado á prisión perpetua. Podía también el acusado, á discreción del Tribunal, ser condenado á pagar las costas del proceso, lo cual valía tanto como reducirle á la miseria. No había apelación. Los comisarios podían pronunciar sentencia á pesar de cuantas leyes pudieran oponerse á su fallo. Por último, á fin de que nadie dudase que se había reorganizado el terrible Tribunal de que había librado á la nación el Parlamento largo, el nuevo usaría un sello con la

misma divisa é idéntica inscripción que la antigua Comisión eclesiástica (1).

El presidente del Tribunal ó primer comisario era el Canciller, cuya presencia y asentimiento eran necesarios en todos los casos. Nadie ignoraba cuán injusta, bárbara é insolente había sido la conducta de Jeffreys en cuantos tribunales había tomado parte; tribunales en los que en cierto modo ponían freno á su autoridad las leyes conocidas de Inglaterra. No era, pues, difícil prever cómo se conduciría ahora que tenía entera libertad para hacer por sí mismo las formas del procedimiento y establecer la validez de los testimonios. En cuanto á los otros seis comisarios, tres eran prelados y los otros tres laicos. Figuraba en primera línea el nombre del arzobispo Sancroft; pero él estaba plenamente convencido de la ilegalidad del Tribunal, cuyos juicios serían completamente nulos, y tampoco ignoraba que al sentarse entre sus miembros incurría en muy seria responsabilidad. Determinó, por tanto, no cumplir el regio mandato. No mostró, sin embargo, en esta ocasión aquel valor y firmeza de que hizo gala dos años después cuando se vió reducido á la última extremidad. Se excusó alegando sus ocupaciones y su falta de salud. Los demás miembros del Tribunal, añadía, eran personas de extraordinarias facultades, y en modo alguno necesitaban su asistencia. Mal se avenían disculpas tan infundadas con lo que se debía esperar del primado de Inglaterra en ocasión semejante, á pesar de lo cual no le libraron de incurrir en el desagrado del Monarca. Cierto que no se borró el nombre de San-

(1) Consistía la divisa en una rosa y una corona. Delante de la divisa, la letra inicial del nombre del soberano seguida de una R. En derredor del sello se leía esta inscripción: «*Sigillum commissariorum regiæ majestatis ad causas ecclesiasticas.*»

croft del libro de los consejeros privados, pero, con gran mortificación de los amigos de la Iglesia anglicana, ya no se le citó los días de Consejo. «*Si está enfermo ó muy ocupado para ir á la Comisión*, dijo el Rey, *será hacerle un bien librarle de asistir al Consejo*» (1).

No encontró el Gobierno la misma dificultad en Nataniel Crewe, obispo de la grande y opulenta sede de Durham, hombre de noble cuna, que había subido tan alto en su profesión, que casi no podía aspirar á más, pero bajo, vano y cobarde. Fué nombrado deán de la Real capilla al ser expulsado de Palacio el Obispo de Londres. El honor de ser también nombrado comisario eclesiástico le volvió el seso. En vano le hicieron presente algunos de sus amigos el riesgo que corría al formar parte de un tribunal ilegal: no se avergonzó de contestar que le era imposible vivir sin la gracia del Monarca, expresando lleno de entusiasmo la esperanza de que su nombre aparecería en la historia; esperanza que en parte no salió fallida (2).

Tomás Sprat, obispo de Rochester, era el tercer comisario eclesiástico. La posteridad no ha hecho justicia á su talento, pues desgraciadamente para su fama, casi siempre se han impreso sus versos en las colecciones de poetas británicos, y quien le juzgue por sus poesías, le tendrá por servil imitador, que sin una chispa del admirable genio de Cowley, imitaba lo menos recomendable de la manera especial de aquel poeta. Pero cuantos conocen los escritos en prosa de Sprat formarán muy distinta idea de sus facultades. Era en verdad uno de los más grandes maestros de nuestra lengua, y poseía juntamente la elo-

---

(1) Apéndice del *Diario* de Clarendon; Citters, oct. 8 (18), 1686; Barillon, oct. 11 (21); Doyly, *Vida de Sancroft*.

(2) Burnet, I, 676.

cuencia del orador, del historiador y del polemista. Su carácter moral no hubiera merecido grandes censuras á haber sido otra su profesión, porque lo peor que de él puede decirse es que era indolente, lujurioso y mundano; y si bien tales defectos no se consideran capitales en los laicos, en un prelado son siempre escandalosos. Estaba vacante el arzobispado de York; Sprat deseaba obtenerlo, y por tanto aceptó un puesto en la Comisión eclesiástica. Pero era de muy buen natural para portarse cruelmente, y tenía demasiada inteligencia para no saber que en lo futuro podría ser llamado ante el Parlamento á responder de su conducta. Así, pues, aunque consintió en formar parte de la Comisión, trató de hacer el menor daño y de crearse el menor número de enemigos posible (2).

Los otros tres comisarios eran el lord Tesorero, el lord Presidente y el Chief Justice del Banco del Rey. Rochester, descontento y murmurando, consintió en servir al Rey, y á pesar de cuanto tenía que sufrir en el Tribunal, no tuvo valor de renunciar á su puesto: no obstante su amor á la Iglesia anglicana, no se decidió á sacrificarle su vara blanca, su patronato, las ocho mil libras que cobraba anualmente, y los emolumentos indirectos de su empleo, que ascendían á mucho más. Se excusó con los demás, y tal vez consigo mismo, diciendo que en su puesto de comisario podía evitar muchos males, al paso que de no aceptarlo podría ir á reemplazarle cualquier otro no tan afecto á la religión protestante. Surderland representaba en la Comisión la cábala jesuítica. La reciente decisión de Herbert en lo relativo á la prerrogativa de dispensa parecía demostrar que no retrocedería ante cualquier servicio que el Rey le exigiese.

---

(1) Burnet, I, 675; II, 629; *Cartas de Sprat á Dorset*.

XLIV.

PROCESO DEL OBISPO DE LONDRES.

Tan pronto se constituyó la Comisión eclesiástica, el Obispo de Londres fué citado ante el nuevo Tribunal. Al presentarse, Jeffreys le dijo: «*Exijo de vos respuesta clara y terminante. ¿Por qué no habéis suspendido al doctor Sharp?*»

El Obispo pidió copia de los poderes de la Comisión, á fin de saber con qué autoridad se le interrogaba de aquel modo. «*Si tratáis*, dijo Jeffreys, *de discutir nuestra autoridad, adoptaré con vos otra línea de conducta. En cuanto á los poderes de la Comisión, no dudo que ya los habréis visto. Por lo demás, en cualquier café podéis verlos por un penique.*» La insolente réplica del Canciller parece haber disgustado á los otros consejeros, pues trató de disculparse torpemente. Volviendo entonces al punto de que se había apartado, dijo: «*En este tribunal los cargos no se formulan por escrito. Aquí el procedimiento es sumario y de palabra. La cuestión es bien sencilla. ¿Por qué no habéis obedecido al Rey?*» No sin algún trabajo consiguió Compton que se le concediera algún tiempo para la respuesta y la asistencia de un abogado. Enterados los del Consejo de lo que se trataba, á ninguno se ocultó que el Obispo había cumplido con un deber, y el Tesorero, el Chief Justice y Sprat votaron su absolución. Esto sólo sirvió á encender aún más la cólera del Rey, pues parecía que el Tribunal eclesiástico iba á faltarle como ya lo había hecho el Parlamento tory. Puso á Rochester en la sencilla alternativa de declarar al Obispo culpable ó salir de la Tesorería, y Rochester

fué tan bajo, que cedió. Compton fué suspendido de las funciones de su ministerio, dejando el cuidado de su gran diócesis á cargo de Sprat y Crewe. Continuó, sin embargo, residiendo en el palacio obispal y disfrutando de sus rentas, porque se sabía que si intentaban privarle de los bienes temporales, se pondría bajo la protección del tribunal de causas comunes (Court of Common Law) (1), y el mismo Herbet declaró que en tal caso la sentencia sería contraria á la Corona. Esta consideración indujo al Rey á proceder con cautela. Sólo algunas semanas habían transcurrido desde que para obtener una decisión favorable á su prerrogativa de exención había renovado casi por completo los tribunales de Westminster, y ahora se encontraba con que, á menos de renovar también el personal, no podría obtener sentencia favorable á las decisiones de la Comisión eclesiástica. Resolvióse, pues, á aplazar por algún tiempo la confiscación de bienes pertenecientes á los clérigos rebeldes (2).

XLV.

DESCONTENTO CAUSADO POR LA CELEBRACIÓN PÚBLICA DE LAS CEREMONIAS DEL CULTO CATÓLICO.

El estado de la opinión explicaba cumplidamente sus vacilaciones. Por espacio de algunos meses el descontento había crecido, extendiéndose con gran rapidez. Por mucho tiempo la celebración del culto católico había estado prohibida por una ley del Parlamen-

(1) Véase el Apéndice al tomo IV.—N. del T.

(2) Burnet, I, 677; Barillon, set. 6 (16), 1686. La vista pública de la causa puede verse en la *Colección de causas de Estado*.

to. Durante varias generaciones ningún cura católico se había atrevido á presentarse en público con el distintivo de su profesión. Habíase publicado una serie de rigurosos estatutos contra el clero regular, y más especialmente contra los revoltosos y sutiles jesuitas. Todo jesuita cogido en territorio inglés era condenado á la horca y á ser arrastrado y descuartizado. Ofrecíase una recompensa al que lo descubriese, y no podían los jesuitas aprovecharse de la regla general en que se establece que no es obligatoria la acusación. Aquel de quien se sospechase que fuera jesuita podía ser interrogado, y si se negaba á contestar, podían enviarle á prisión por toda la vida (1). A pesar de no haberse cumplido estas leyes, excepto cuando se temía un gran peligro, y aun cuando nunca habían impedido que los jesuitas viniesen á Inglaterra, habíase hecho necesario el uso del disfraz en todos los de la orden. Pero actualmente el disfraz había desaparecido. Algunos correligionarios del Rey, animados por él mismo, tenían orgullo en infringir los estatutos, cuya validez era aún indubitable, y en insultar la opinión nacional, más arraigada entonces que en ninguna época anterior. Erigiéronse capillas católicas en toda la nación, y en las calles veíanse constantemente cogullas, cuerdas y rosarios con gran admiración del pueblo, entre el cual aun los más ancianos no habían visto los hábitos monacales como no fuese en la escena. Construyóse un convento en Clerkenwell, en el lugar que había ocupado el antiguo claustro de San Juan. Los franciscanos ocupaban una gran casa en Lincoln's Inn Fields. Los carmelitas se alojaron en la City. Una comunidad de monjes benedictinos recibió alojamiento en el palacio de Saint James, y en el ba-

(1) 27 Elizabeth, c. 2.; 2 Jac. 1, c. 4.; 3 Jac. 1, c. 5.

rrio de Saboya se construyó especialmente una gran casa con iglesia y escuela para los jesuitas (1). La habilidad y esmero que los discípulos de San Ignacio habían desplegado por varias generaciones en la educación de la juventud, habíales valido elogios, que á su pesar les tributaran los más sabios protestantes. Bacon había declarado que el método seguido por los jesuitas en sus colegios era el mejor del mundo, expresando con gran vehemencia su pesar porque tan admirable sistema de disciplina moral é intelectual estuviese subordinado á los intereses de una religión corrompida (2). Era probable que la nueva academia del barrio de Saboya, contando con el patrocinio del Rey, fuese formidable rival de los grandes establecimientos de Eton, Westminster y Winchester. Y en efecto, poco después de abrirse la escuela contábanse en las clases cuatrocientos alumnos; de los que próximamente la mitad eran protestantes. A estos últimos no se les obligaba á asistir á misa; mas no podía dudarse que la influencia de hábiles preceptores consagrados á la causa de Roma y versados en todas las artes que sirven para granjearse la confianza y afecto de los jóvenes, haría muchos prosélitos.

XLVI.

TUMULTOS.—CONCENTRACIÓN DE FUERZAS EN HOUNSLOW.

Estos sucesos produjeron gran excitación en el populacho, en quien siempre ejerce mayor influencia

(1) Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 79, 80. *Mem. Orig.*
(2) *De Augmentis*, I, VI, 4.

cuanto impresiona los sentidos que lo que se dirige á la razón. Millares de hombres rudos é ignorantes, para quienes la prerrogativa de dispensa y la comisión eclesiástica eran palabras sin sentido, veían con disgusto é indignación el colegio de los jesuitas que se construía á orillas del Támesis, los hábitos y capuchas de los frailes que transitaban por el Strand (la Ribera) y la multitud de devotos agrupados á la puerta de los templos donde se rendía adoración á las imágenes. Estallaron tumultos en distintas partes del Reino. En Coventry y Worcester el culto católico fué interrumpido violentamente (1). En Bristol el populacho, presidido, según se decía, por los magistrados, representó una farsa indecente y profana, en la cual un bufón hacía la parte de la Virgen María, y una hostia de burlas era llevada en procesión. Acudió la guarnición á dispersar el populacho; pero éste, que como siempre era entonces el más feroz de todo el Reino, se resistió y sobrevino un conflicto en el que hubo desgracias de una y otra parte (2). Grande era la agitación en la capital, y mayor aún en la City, propiamente dicha, que en Westminster. Porque la gente de Westminster tenía costumbre de ver las capillas privadas de los embajadores católicos; pero la City, al menos nadie lo recordaba, no se había manchado nunca con ninguna exhibición idólatra; á pesar de lo cual el Ministro residente del Elector Palatino, animado por el Rey, estableció una capilla católica en Lime Street. Los jefes del Municipio, aunque expresamente elegidos por su amor al partido tory, protestaron contra esta medida, que, según ellos decían, los más respetables entre cuantos arrastran larga toga calificaban de ilegal. El

(1) Citters, mayo 14 (24), 1686.

(2) Citters, mayo 18 (28), 1686; Adda, mayo 19 (29).

Lord Mayor recibió orden de presentarse ante el Consejo privado. «*Tened cuidado con lo que hacéis*, le dijo el Rey. *Obedecedme y no os inquietéis por lo que digan los caballeros de larga toga ó los de toga corta.*» El Canciller tomó la palabra y reprendió al infortunado magistrado con la genuina elocuencia del tribunal de Old Bailey. Abrióse la capilla, y muy pronto toda la vecindad estaba en conmoción. Reuniéronse numerosos grupos en Cheapside para atacar la nueva iglesia. Los sacerdotes fueron insultados, y un Crucifijo que había en el templo fué rociado con la bomba de la parroquia. Acudió el Lord Mayor á calmar el tumulto, mas fué recibido á los gritos de «*¡No queremos dioses de madera!*» La Milicia recibió orden de dispersar las turbas; pero los milicianos opinaban como el pueblo, y entre las filas se oyó murmurar: «*Nosotros no podemos, en conciencia, pelear en defensa del papismo*» (1).

El Elector Palatino era, como Jacobo, sincero y celoso católico, y, semejante en esto también al Rey de Inglaterra, su pueblo era protestante. Pero ambos Príncipes se parecían muy poco, así en carácter como en inteligencia. Había prometido el Elector respetar los derechos de la Iglesia que encontró establecida en sus dominios, y tan fielmente cumplió su palabra, que ni aun se dejó arrebatar hasta la violencia por la indiscreción de aquellos predicadores cuya antipatía por la fe del Soberano les hacía á veces olvidar el respeto debido á su persona (2). Con gran sorpresa tuvo noticia del insulto hecho al pueblo de Londres por la impremeditación de su representante, y con

(1) Ellis, *Correspondencia*, abril 27, 1686; Barillon, abril 19 (29); Citters, abril 20 (30); *Libro del Consejo Privado*, marzo 26; Lutrell, *Diario;* Adda, feb. 26 (marzo 8), marzo 26 (abril 5), abril 2 (12), abril 23 (mayo 2).

(2) *Viajes de Burnet.*

diligencia que le honra declaró que no vacilaría en renunciar al privilegio á que como príncipe soberano tenía derecho, antes de poner en peligro la paz de una gran ciudad. «También yo, escribía á Jacobo, tengo súbditos protestantes, y no ignoro cuántas precauciones y delicado tacto deben presidir á la conducta de un príncipe católico en tal situación.» En vez de manifestar Jacobo agradecimiento por tan humanitaria y considerada conducta, se burló de la carta á presencia de los Ministros extranjeros. Determinóse, pues, que el Elector, pluguiérale ó no, tuviese una capilla en la City, y que si los milicianos se negaban á cumplir con su deber, fuesen reemplazados con las tropas de la Guardia (1).

Todos estos disturbios influyeron muy seriamente en las transacciones mercantiles. El Ministro holandés informó á los Estados Generales que en la Bolsa los negocios se habían paralizado; los comisarios de aduanas refirieron al Rey que durante el mes siguiente á la apertura de la capilla de Lime Street, el importe de los derechos en el puerto del Támesis había disminuído en algunos miles de libras esterlinas (2). Algunos *aldermen*, que aunque celosos realistas nombrados bajo la nueva carta, estaban muy interesados en la prosperidad comercial de su ciudad, y que por tanto, aborrecían igualmente el catolicismo y la ley marcial, presentaron sus dimisiones. Pero el Rey estaba resuelto á no ceder. Formó un campamento en la pradera de Hounslow y reunió allí, en una circunferencia de dos millas y media, catorce batallones de infantería y treinta y dos escuadrones; en junto, trece mil hombres dispuestos á la pelea. Al mismo tiempo

(1) Barillon, mayo 27 (junio 6), 1686.
(2) Citters, mayo 25 (junio 4), 1686.

salían de la Torre y atravesaban la City con dirección á Hounslow veintiseis piezas de artillería y multitud de carros cargados de armas y municiones (1). Los londonenses vieron reunida en su vecindad tan formidable fuerza con gran terror, que muy pronto disminuyó la familiaridad, llegando á ser diversión favorita de los habitantes de la ciudad, los días festivos, hacer una expedición á Hounslow. El campamento presentaba el aspecto de una vasta feria. Veíanse entre los mosqueteros y dragones una multitud compuesta de elegantes caballeros y damas de Soho Square, rateros y pintadas mujerzuelas de Whitefriars, inválidos conducidos en carretones, frailes de luengos hábitos y blancas capuchas, lacayos ostentando ricas libreas, vendedores ambulantes, naranjeras, revoltosos aprendices y admirados gañanes que constantemente pasaban y volvían á pasar las largas calles de tiendas. Oíase el ruido de banquetes y orgías que se celebraban en algunos pabellones, mientras se jugaba, pudiéndose oir desde fuera las maldiciones de los jugadores. Era, en fin, el campamento un alegre arrabal de la gran ciudad, y el Rey, como pudo probarse con toda evidencia dos años más tarde, se había equivocado grandemente. Había olvidado la gran influencia que en tales casos suele ejercer la vecindad, y así, miéntras esperaba que su ejército llenase de terror á los londonenses, el resultado de su política fué que los sentimientos y opiniones de los habitantes de Londres tomasen completa posesión de su ejército (2).

---

(1) *Correspondencia* de Ellis, junio 26, 1686; Citters, julio 2 (12); Luttrell, *Diario*, julio 19.

(2) Véanse los poemas contemporáneos titulados: *La Pradera de Hounslow* y el *Fantasma de César; Diario de Evelyn*, junio 2, 1686. En una balada de la colección de Pepys se leen los siguientes versos:

Apenas acabado de formarse el campamento empezó á hablarse de escaramuzas ocurridas entre los soldados protestantes y los soldados católicos (1). Un folleto titulado: «Humilde y sincera advertencia á los protestantes ingleses que forman parte del ejército,» había circulado de mano en mano entre las filas. Exhortaba su autor con gran vehemencia á las tropas á emplear sus armas en defensa, no del libro de misa, sino de la Biblia, de la Magna Carta y de la Petición de derechos. El autor del folleto había ya incurrido en el desagrado del Gobierno; era su carácter notable, y su historia no deja de ser instructiva.

XLVII.

SAMUEL JOHNSON.

Llamábase Samuel Johnson, era sacerdote de la Iglesia anglicana y había sido capellán de lord Russell. Era Johnson de aquellas personas á quienes sus enemigos profesan odio mortal y que sus amigos suelen mirar con más respeto que cariño. Su conducta era intachable, ardiente y sincero su celo por la religión, no despreciables su saber y talento, débil su juicio y su carácter agrio, turbulento é invencible-

---

«I liked the place beyond expressing,
I ne'er saw a camp so fine,
Not a maid in a plain dressing,
But might taste a glass of wine.»

(Gustábame aquel sitio sobre toda ponderación; nunca vi campo más hermoso; ni una sola doncella había mal vestida, y á todas se podía ofrecer un vaso de vino.)

(1) Luttrell, *Diario*, junio 18, 1686.

mente obstinado. Su profesión le señaló como objeto especial del odio de los celosos defensores de la monarquía, pues un eclesiástico republicano era un sér extraño y casi sobrenatural. Durante el reinado anterior, había publicado Johnson un libro con el título de *Juliano el Apóstata*, en el cual se proponía demostrar que los cristianos del siglo IV no profesaban la doctrina que prohibe la resistencia al Príncipe. Fácil era citar pasajes de San Juan Crisóstomo y de San Jerónimo, informados de espíritu muy distinto del que se notaba en las obras de los teólogos anglicanos que predicaban contra el *bill* de exclusión. Pero Johnson fué aún más lejos. Intentó renovar la odiosa imputación que por razones fáciles de comprender había arrojado Libanio á los soldados cristianos de Juliano insinuando que el dardo que mató al imperial renegado no había salido de las filas enemigas, sino del arco de algún Rumbold ó Ferguson que formaba en las filas romanas. Siguió á esta afirmación una animada controversia, y whigs y toríes disputaron con furor acerca de un oscuro pasaje en que Gregorio Nacianceno elogia la piedad de un Obispo que se había ido á dar una paliza á una persona cuyo nombre no se dice. Los whigs sostenían que el sujeto á quien iba á apalear el santo hombre era el Emperador, y los toríes, que cuando más á quien únicamente zurraría sería á un capitán de la guardia. Johnson preparó una réplica á sus contrarios, en la que establecía un paralelo entre Juliano y Jacobo, á la sazón Duque de York. Durante muchos años, Juliano había fingido aborrecer la idolatría siendo idólatra de corazón. Había fingido también, para servir á sus intereses, respetar los derechos de conciencia; había castigado ciudades partidarias de la verdadera religión, quitándoles los privilegios municipales; y en fin, sus

aduladores le habían dado el sobrenombre de «Justo.» Tal provocación puso á Jacobo fuera de sí. Johnson fué perseguido por libelista, declarado convicto y condenado á una multa que en modo alguno podía pagar. Redújosele por tanto á prisión, y parecía probable que en toda su vida se viese libre del encierro (1).

XLVIII.

HUGO SPEKE.

En la habitación situada sobre la que ocupaba Johnson en la prisión del Banco del Rey, había otro acusado, cuyo carácter es muy digno de estudio: era el tal, Hugo Speke, joven de buena familia, pero de natural singularmente bajo y corrompido. Su amor al mal y á todo lo que fuera deshonroso é infame rayaba casi en locura. Era su pasatiempo favorito excitar á los demás á la revuelta, sin que ostensiblemente apareciera él para nada, y tenía rara habilidad para hacer servir el honrado entusiasmo de los otros de instrumento á su fría malicia. Había intentado, valiéndose de uno de éstos á quienes manejaba como muñecos, culpar á Carlos y á Jacobo de haber asesinado á Essex en la Torre; mas á pesar de sus artificios pudo descubrirse su intervención, y aunque consiguió echar casi toda la culpa á su infeliz víctima, no por eso salió impune. Hallábase actualmente preso:

(1) Véanse las *Memorias* de Johnson, al frente de la edición en folio de su vida, su *Juliano* y las respuestas á sus contrincantes. Véase también el *Joviano* de Hickes.

pero gracias á su hacienda, vivía con comodidad, y había tal descuido en su vigilancia, que podía comunicarse regularmente con uno de sus confederados que tenía una imprenta clandestina.

Johnson era el hombre más á propósito para los planes de Speke, intrépido y entusiasta, polemista erudito y experimentado, y sin embargo cándido como un niño. Muy pronto unió á ambos compañeros de prisión la más estrecha intimidad. Johnson escribió una serie de vehementes y enconados folletos que Speke envió á la imprenta. Cuando se formó el campamento en Hounslow, Speke solicitó de Johnson que compusiese un folleto á fin de excitar las tropas á la revuelta. Muy pronto vió satisfecho su deseo, y muchos miles de ejemplares fueron impresos y llevados á la habitación de Speke, de donde salían para ser distribuídos por el país, y especialmente entre los soldados. Cualquier Gobierno más benigno que el que á la sazón regía en Inglaterra, hubiera experimentado los más grandes deseos de venganza á tal provocación; y en efecto, hiciéronse las más minuciosas pesquisas, y uno de los agentes que habían hecho circular el folleto, se salvó acusando á Johnson, y Johnson no pensaba ciertamente salvarse delatando á Speke. Hízose una información, y sin gran trabajo se probó la culpabilidad del reo.

XLIX.

SENTENCIA DE JOHNSON.

Juliano Johnson, como vulgarmente se le llamaba, fué sentenciado á ser expuesto por tres veces en la picota y á ser azotado desde Newgate hasta Tyburn.

El juez, sir Francisco Whithins, dijo al acusado que podía estar agradecido á la bondad del Fiscal general, que hubiera podido tratarle como reo de alta traición. «*Yo no le debo el menor agradecimiento*, contestó Johnson con altivez: *¿he de dar las gracias cuando por el solo crimen de haber defendido la Iglesia y las leyes, me mandan azotar como un perro, mientras se permite á infames papistas insultar diariamente la Iglesia y violar las leyes con toda impunidad?*» La energía con que se expresaba era tal, que los jueces y los abogados de la Corona creyeron necesario vindicarse, y protestaron no conocer ninguna de las publicaciones católicas á que el preso aludía. Entonces Johnson sacó del bolsillo algunos libros y juguetes católicos de los que entonces se exponían á la venta con entera libertad, gracias á la real protección; leyó en alta voz los títulos de los libros, y arrojó un rosario por sobre la mesa al abogado del Rey. «*Y ahora*, exclamó en alta voz, *deposito estas pruebas ante Dios, ante este Tribunal y ante el pueblo inglés. Pronto veremos cómo el señor Fiscal cumple con su deber.*»

Resolvióse que antes de sufrir el castigo, Johnson fuese degradado de la dignidad sacerdotal. Los Prelados á quienes la Comisión eclesiástica había encomendado la diócesis de Londres, le citaron para que compareciese en la sala capitular de la catedral de San Pablo. La conducta del acusado en toda la ceremonia causó honda impresión en muchos de los espectadores. Al ser despojado de la sagrada túnica, exclamó: «*Me estáis despojando de esa vestidura sólo por haber tratado de hacer que no perdierais las vuestras.*» La única formalidad que parece haberle angustiado, fué el acto de quitarle la Biblia de la mano. Hizo un débil esfuerzo para retener el sagrado libro, le besó y rompió á llorar, diciendo, «*No podéis privarme de las esperanzas de que le soy deudor.*» Hiciéronse algunas tentativas para que se le

dispensase de la pena de azotes, y un sacerdote católico comprometióse á interceder si se le daban doscientas libras esterlinas. Reunióse el dinero, y el sacerdote hizo lo que pudo; mas todo fué en vano. «*Mister Johnson*, dijo el Rey, *tiene alma de mártir, y es por tanto muy regular hacer que lo sea.*» Algunos años después decía Guillermo III de uno de los más intrépidos y acérrimos Jacobistas: «*Se ha empeñado en ser mártir, y yo estoy empeñado en que no lo sea.*» Estas dos frases bastarían, sin más, á explicar la radical diferencia en la fortuna de ambos príncipes.

Llegó por fin el día en que Johnson debía ser azotado; empleóse un azote de nueve disciplinas, que trescientas diez y siete veces fué descargado sobre el reo, el cual ni por un momento se dejó abatir. Posteriormente refirió que el dolor había sido cruel, pero que cuando le conducían atado detrás del carro recordó con cuánta paciencia había llevado el Señor la Cruz hasta el Calvario, y esta idea de tal modo le alentó, que á no ser el temor de que lo tomasen á vanagloria, hubiera cantado un salmo con voz tan firme y regocijada como si estuviera rindiendo culto á Dios en medio de los fieles. Imposible es no desear que tanto heroísmo no fuese acompañado de mayor tolerancia y dulzura (1).

---

(1) *Vida de Johnson*, al principio de sus obras; *Historia secreta de la bienhadada revolución*, por Hugo Speke; *Causas de Estado*; Citters, nov. 23 (dic. 3), 1686. Citters trae la mejor relación del proceso. He visto un *in-plano* que confirma su narración.

L.

CELO DESPLEGADO POR EL CLERO ANGLICANO CONTRA LOS CATÓLICOS.—OBRAS DE CONTROVERSIA RELIGIOSA.

No encontró Johnson simpatías en el clero de la Iglesia anglicana. Había intentado justificar la rebelión; habíase mostrado favorable al regicidio, y á pesar de las continuas provocaciones del Monarca, aun seguía el clero firme en la doctrina de la obediencia. Pero veían con inquietud y alarma los progresos de la que ellos creían odiosa superstición, y al mismo tiempo que rechazaban toda idea de defender la religión con la espada, acudían valerosamente en su auxilio con armas de muy distinta especie. El predicar contra los errores del catolicismo, fué entonces para ellos deber sagrado y cuestión de honor. El clero de Londres, que en ilustración é influencia se hallaba entonces á la cabeza del de todo el reino, dió el ejemplo que bravamente siguieron sus más atrasados colegas de toda la nación. Si sólo se tratase de un puñado de atrevidos, quizá los hubieran citado ante el Tribunal eclesiástico; pero no había medio de castigar una falta cometida todos los domingos por millares de clérigos desde Berwick hasta Penzance. Las prensas de la capital, de Oxford y de Cambridge no cesaban un momento. La ley que sujetaba los trabajos literarios á la censura, no podía impedir á las publicaciones de los polemistas protestantes, por contener una excepción en favor de ambas Universidades, además de autorizar la publicación de cuantas obras teológicas, obtuvieron licencia del Arzobispo de Canterbury. No

estaba, pues, en mano del Gobierno imponer silencio á los defensores de la religión anglicana, los cuales formaban una numerosa, intrépida y bien escogida banda de combatientes. Contábanse entre ellos oradores elocuentes, hábiles dialécticos, eruditos profundamente versados en los escritos de los Padres de la Iglesia y en cuanto á la historia eclesiástica se refería. Algunos de ellos en época posterior volvieron unos contra otros las formidables armas que juntos habían esgrimido contra el enemigo común, y por sus sañudas contiendas é insolentes triunfos deshonraron la Iglesia que antes habían salvado. Pero en aquella ocasión formaban una sola y unida falange. En la vanguardia aparecía una fila de intrépidos y hábiles veteranos: Tillotson, Stillingfleet, Sherlock, Prideaux, Whitby, Patrick, Tenison y Wake. Formaban la retaguardia los bachilleres en artes más distinguidos que seguían los estudios para ordenarse de diáconos. Notable entre los reclutas que Cambridge mandó al campo era un ilustre discípulo del gran Newton, Enrique Wharton, el cual algunos meses antes había llevado el primer premio entre todos los del curso, y cuya temprana muerte lloraban poco después hombres de todos los partidos como pérdida irreparable para las letras (1). No menos orgullosa estaba Oxford de un mancebo cuya gran inteligencia, ensayada por vez primera en esta lucha, fué más tarde causa de disturbios en la Iglesia y el Estado por espacio de cuarenta años: Francisco Atterbury. Tales eran los hombres encargados de discutir cuantos principios eran objeto de controversia entre protestantes y católicos, empleando á veces en la polémica estilo llano

(1) Véase el prefacio de los *Sermones póstumos* de Enrique Wharton.

y popular, inteligible á las mujeres y á los niños, acudiendo otras á las mayores sutilezas de la lógica, y desplegando en otras ocasiones inmenso caudal de ciencia. Las pretensiones de la Santa Sede, el valor de la tradición, el purgatorio, la doctrina de la transustanciación, el sacrificio de la misa, la adoración de la hostia, la supresión del vino en la comunión de los láicos, la confesión, la penitencia, las indulgencias, la extremaunción, la invocación de los santos, la adoración de las imágenes, el celibato de los clérigos, los votos monásticos, la costumbre de celebrar el culto público en una lengua ignorada de la multitud, la corrupción de la corte de Roma, la historia de la Reforma y la vida de sus hombres principales; todo fué largamente discutido. Tradujéronse del italiano gran número de absurdas leyendas donde se referían milagros de santos y reliquias, y se publicaban como muestra de las artes empleadas por los curas católicos á cuyo influjo se debía el embrutecimiento de la mayor parte de la cristiandad. De las obras publicadas sobre estas materias por teólogos anglicanos en el corto reinado de Jacobo II, muchas tal vez habrán desaparecido, pero las que aún se encuentran en nuestras grandes bibliotecas llenan próximamente veinte mil páginas (1).

(1) Puedo certificar la verdad de este aserto con mis propias investigaciones. Consérvase en el Museo Británico una excelente colección. Birch nos dice, en su *Vida de Tillotson*, que el Arzobispo Wake no había sido capáz de formar un catálogo completo de todos los folletos publicados con motivo de esta controversia.

LI.

DERROTA DE LOS TEÓLOGOS CATÓLICOS.

No cedieron los católicos la victoria sin combatir. Uno de ellos, llamado Enrique Hills, había sido nombrado impresor de Palacio y de la Capilla Real, siendo puesto por el Rey al frente de una gran imprenta de Londres, de donde salían á centenares las obras teológicas. La imprenta de Obadiah Walker, en Oxford, no desplegaba menos actividad. Pero si se exceptúan algunas malas traducciones de las admirables obras de Bossuet, no salieron de estos establecimientos obras de importancia. No era posible á ningún católico inteligente y sincero negar que los campeones de su Iglesia eran inferiores en talento y saber á los de la Iglesia anglicana. Los escritores católicos de más nota, apenas si merecían formar en tercera fila entre sus contrarios, y muchos de ellos, aun teniendo qué decir, no hallaban medio hábil de hacerlo. Por su religión viéronse excluídos de las escuelas y universidades inglesas, y hasta el advenimiento de Jacobo II no les había ofrecido Inglaterra residencia agradable ni aun segura. Esto fué causa de que pasasen en el Continente la mayor parte de su vida, sin estudiar casi la lengua patria. Cuando predicaban, su acento extranjero movía á risa al auditorio; su ortografía semejaba la de las lavanderas; su dicción mostraba claramente la influencia de otros idiomas, y cuando querían ser elocuentes, imitaban como mejor podían, lo que entonces se consideraba último refinamiento y primor en aquellas academias italianas donde la retórica había llegado entonces al más alto

grado de perfección. En tales condiciones y luchando con tan grandes desventajas, aun cuando la verdad estuviera de su parte, no hubieran podido hacer frente á sus contrarios, cuyo estilo se distingue especialmente por su sencillez, pureza y gracia (1).

---

(1) El cardenal Howard habló á Burnet del asunto con gran calor, en ocasión de hallarse este último en Roma. Burnet, I, 662. Hay también un curioso pasaje sobre esto mismo en un despacho de Barillon, pero se me ha extraviado la nota.

Uno de los teólogos católicos que tomaron parte en la controversia, el jesuita Andrés Pulton, á quien Mr. Oliver en su *Biografía de la Orden* declara hombre de talento, confiesa con toda franqueza su deficiencia en este punto: «A. P., por haber estado diez y ocho años fuera de su patria, se declara incapaz de llegar al dominio completo de la lengua y de la ortografía inglesa.» Su ortografía es, en verdad, deplorable. En una de sus cartas escribe *wright* en vez de *write*, y *woed* por *would*. Retó á Tenison á discutir en latín, para de ese modo luchar con armas iguales. En una sátira del tiempo, titulada «El Consejo,» encontramos el siguiente pareado:

Send Pulton to be lashed at Busby's school,
That he in print no longer play the fool.

(Enviad á Pulton á que lo azoten en la escuela de Busby, para que no haga más el tonto en letras de molde).

Otro católico, llamado Guillermo Clench, escribió un tratado acerca de la supremacía del Papa, y se lo dedicó á la Reina en italiano. Bastará el siguiente párrafo para muestra de su estilo:

«O del sagro marito fortunata consorte! O dolce alleviamento d'affari alti! O grato ristoro di pensieri noiosi, nel cui petto latteo, lucente specchio d'illibata matronal pudicizia, nel cui seno odorato, come in porto d'amor, si ritira il Giacomo! O beata regia coppia! O felice inserto tra l'invincibil leoni e le candide aquile!»

El inglés de Clench corre parejas con su toscano, por ejemplo: «Peter signifies an inexpugnable rock, able to evacuate all the plots of hell's divan, and naufragate all the lurid designs of empoisoned heretics.»

Otro tratado católico, titulado *La Iglesia de Inglaterra presentada con toda verdad*, empieza por informarnos que «el *ignis fatuus* (fuego fatuo) de la Reforma, convertido en cometa por multitud de despojos y rapiñas, fuera introducido en Inglaterra, purificado de las manchas recogidas entre los lagos de los Alpes.»

No puede darse mejor descripción de Inglaterra en 1686, que las siguientes palabras del Embajador francés: «El descontento, escribia, es grande y general, pero el temor de que sobrevengan aún mayores males contiene á todos los que tienen algo que perder. El Rey manifiesta abiertamente su alegría por hallarse en situación de descargar golpes atrevidos, y gusta de que le feliciten en tal sentido. Ha hablado conmigo del asunto, y me ha asegurado que no está dispuesto á ceder» (1).

LII.

ESTADO DE ESCOCIA.

En tanto, en otras comarcas del reino habían sucedido acontecimientos de gran importancia. La situación de los presbiterianos escoceses difería completamente de la de sus hermanos en Inglaterra. Al Mediodía de la Isla la religión del Estado era también la del pueblo, contando con fuerza propia independientemente de la que derivaba del apoyo gubernamental. Los presbiterianos sinceros eran mucho más numerosos que los católicos y disidentes juntos. La Iglesia nacional, en Escocia, era sólo seguida por muy pequeña parte de la población. La mayor parte de los habitantes de las tierras bajas profesaban firme adhesión á la disciplina presbiteriana. Los prelados eran aborrecidos por la gran mayoría de los protestantes escoceses como institución extranjera y contraria á la Escritura. Considerábanla los discípulos de

(1) Barillon, julio 19 (29), 1686.

Knox como reliquia de las abominaciones de la gran Babilonia. Recordaba tristemente aquel pueblo, orgulloso de la memoria de Wallace y Bruce, que Escocia desde que sus soberanos fueran llamados á disfrutar más rica herencia, había sido independiente sólo de nombre. La política episcopal asociábase también íntimamente en la memoria del pueblo á todos los males producidos por veinticinco años de administración corrompida. Sin embargo, esta política continuaba, aunque asentada en débil base y combatida de terribles tempestades, vacilante sí, mas sostenida por los magistrados civiles é implorando ayuda, cuando el peligro arreciaba, del Gobierno de Inglaterra. Los archivos del Parlamento escocés están llenos de leyes que entregan á la venganza de los Tribunales á los que en cualquier sentido se apartasen de la religión prescrita. Según una ley sancionada en tiempo de Knox, é informada por su espíritu, considerábase un gran crimen oir misa, y la reincidencia se castigaba á la tercera vez con la pena capital (1). Una ley aprobada recientemente á instancias de Jacobo, castigaba con la muerte á todo el que predicase en cualquier congregación presbiteriana, y aun á los que concurrieran á tales reuniones al aire libre (2). La Eucaristía no se vió degradada como en Inglaterra, hasta servir de testimonio civil; pero nadie podía desempeñar empleos públicos, ni sentarse en el Parlamento, ni aun votar en las elecciones parlamentarias sin suscribir, previo juramento, una declaración condenando en los términos más enérgicos las doctrinas de católicos y covenantarios (3).

(1) Act Parl., agosto 24, 1560; dic. 15, 1567.
(2) Act. Parl., mayo 8, 1685.
(3) Act. Parl., agosto 31, 1681.

LIII.

QUEENSBERRY, PERTH Y MELFORT.—SU APOSTASÍA.

Estaba dividido el Consejo privado de Escocia en dos partidos correspondientes á los que por entonces sostenían encarnizada lucha en Whitehall. Guillermo Douglas, duque de Queensberry, era lord tesorero, y durante algunos años fuera considerado como primer Ministro. Tenía muchos puntos de conexión por sus opiniones, por su carácter y aun por parentesco con el Tesorero de Inglaterra. Ambos eran toríes; ambos tenían carácter arrebatado y arraigadas preocupaciones; ambos estaban dispuestos á secundar cualquier ataque de su amo á las libertades civiles del pueblo, pero ambos profesaban sincera adhesión á la Iglesia anglicana. Queensberry había anunciado anticipadamente á la Corte que si se intentaba cualquier innovación contraria á los intereses de la Iglesia, él no estaba dispuesto á prestar su concurso; pero entre sus colegas había algunos tan poco escrupulosos como Sunderland. En verdad el Consejo de Edimburgo había sido durante veinticinco años escuela de todo linaje de vicios públicos y privados, y algunos políticos que se habían formado allí tenían especial dureza de corazón y atrevido descaro con que ni Westminster aun en tan malos tiempos podía rivalizar. El Canciller Jacobo Drummond, conde de Perth, y su hermano, el secretario de Estado, Juan, lord Melfort, deseaban suplantar á Queensberry. El Canciller había adquirido incuestionable derecho al favor del Soberano. Había puesto en uso un pequeño dedal de acero que producía

dolor tan agudo, que hubiera hecho confesar aun á cuantos resistiesen á la tortura del borceguí, que era tan del gusto de S. M. (1). Pero todos sabían que la misma barbarie no conducía tan fácilmente al favor de Jacobo como la apostasía. Decidieron, pues, Perth y Melfort apostatar, desplegando para ello tan audaz bajeza como nunca ningún político inglés soñó siquiera en emular. Declararon que los papeles encontrados en el arca de hierro de Carlos II les habían convertido á la verdadera fe, y desde entonces se les vió asistir á misa y á la confesión (2). De la amplitud de conciencia de Perth y del valor que para él podría tener el cambiar de religión, da buena muestra el haber tomado por esposa, algunas semanas después, á pesar de lo prevenido en las leyes de la Iglesia cuya doctrina acababa de abrazar, una prima hermana suya, sin aguardar á que viniese la dispensa de Roma. Cuando el bueno del Papa se enteró, dijo, con ira é indignación que sentaban muy bien á su carácter, que era aquélla una extraña conversión (3). Pero Jacobo era más fácil de contentar. Cuando los apóstatas se presentaron en Whitehall, al ver las muestras de favor con que eran acogidos, se aventuraron á acusar sin ambajes al Tesorero. Sus cargos eran, sin embargo, tan frívolos, que Jacobo no se consideró autorizado á castigarle, y aun muchos creyeron que el Canciller había trabajado en la propia ruina por el maligno celo con que había intentado la caida de su rival. Algunos había, sin embargo, que juzgaban más acertadamente. Halifax, á quien Perth manifestó sus temores, le contestó con ironía que no había peligro.

(1) Burnet, I, 584.
(2) Burnet, I, 652, 653.
(3) Ibid., I, 678.

«No te inquietes, milord; tu fe te ha salvado.» La predicción resultó cierta. Perth y Melfort regresaron á Edimburgo, siendo realmente jefes del Gobierno de Escocia (1). Otro individuo del Consejo privado de Escocia, Alejandro Stuart, conde de Murray, descendiente y heredero del Regente, abjuró la religión cuyo paladín más valeroso había sido su ilustre antecesor, y se declaró miembro de la Iglesia de Roma. A pesar de la gran devoción que siempre había demostrado Queensberry por la causa de la regia prerrogativa, no pudo sostener la lucha contra competidores que no vacilaban en pagar á tal precio el favor de la Corte. Hubo, pues, de sufrir una serie de mortificaciones y disgustos, semejantes á los que por el mismo tiempo empezaron á amargar la vida de su amigo Rochester.

LIV.

MEDIDAS EN FAVOR DE LOS CATÓLICOS.

Recibiéronse por este tiempo cartas del Rey autorizando á los católicos á entrar en los empleos, á pesar de lo prevenido en la ley del *Test*. Dióse al clero orden terminante de no aludir á la religión católica en sus pláticas y sermones. El Canciller se encargó de enviar los maceros del Consejo privado á los pocos libreros é impresores que había á la sazón en Edimburgo, encargándoles no publicar ninguna obra sin su licencia. A nadie se ocultaba que el objeto de esta orden era prohibir la circulación de libros protestantes, y un hon-

(1) Ibid., I, 653.

rado librero dijo á los encargados de comunicar la nueva orden que tenía en su tienda un libro donde se hablaba en términos muy duros del catolicismo y que deseaba saber si podía venderlo. Dijéronle que lo enseñase, y entonces él les mostró la Biblia (1). Un cargamento de imágenes, rosarios, cruces é incensarios llegó á Leith dirigido á lord Perth. La importación de tales artículos habíase considerado por mucho tiempo como ilegal. Pero á la sazón los empleados de aduanas dejaban pasar libremente los adornos y chucherías de la superstición (2).

LV.

TUMULTOS EN EDIMBURGO.

Súpose al poco tiempo que se había dispuesto una capilla católica en casa del Canciller, en la cual con toda regularidad se decía misa. Amotinóse el populacho, y la casa donde se celebraban los ritos idólatras fué atacada con furor. Arrancaron las barras de hierro que protegían las ventanas, y lady Perth y algunas de sus amigas fueron cubiertas de lodo por la plebe. Uno de los amotinados á quien lograron echar mano, fué condenado por el Consejo á la pena de azotes, pero sus compañeros lograron rescatarle y en su lugar zurraron al verdugo. Durante toda la noche reinó en la ciudad la mayor confusión. Los estudiantes de la Universidad, mezclándose entre la multitud, contribuían á aumentar el tumulto. Edimburgueses entusiastas brindaban por los escolares y por la derrota de los pa-

(1) Fountainhall, enero 28, 1685-86.
(2) Ibid., enero 11, 1865-86.

pistas, y unos á otros se animaban á hacer frente á las tropas. Los soldados estaban ya sobre las armas, y entre ellos se distinguían los dragones de Claverhouse, objeto de terror y odio de toda Escocia. Recibiólos la multitud en medio de una lluvia de piedras, que hirieron á un oficial; dióse la voz de fuego, y algunos ciudadanos cayeron muertos. El alboroto fué serio, pero los Drummonds, inflamados por el resentimiento y la ambición, lo exageraron sobremanera .Queensberry observó que todo el que sin haber presenciado el tumulto leyese las relaciones publicadas, creería que había estallado en Edimburgo sedición tan formidable como la de Masaniello. Los Drummonds, en cambio, acusaban al Tesorero, no sólo de atenuar el crimen de los insurgentes, sino de haberlos incitado á la rebelión, y trataron por cuantos medios les fué posible de probar su culpabilidad. Ofrecióse á uno de los jefes de la revuelta que estaba en poder de la justicia, completo perdón, si declaraba que Queensberry le había excitado á levantarse; pero el mismo entusiasmo religioso que había impelido al infeliz preso á cometer criminal violencia, le libró de comprar la vida con una calumnia. Él y algunos de sus cómplices fueron ahorcados; un soldado á quien se acusaba de haber dicho durante la refriega que de buena gana atravesaría con su espada á un católico, fué arcabuceado; y Edimburgo volvió de nuevo á su estado normal. Pero los muertos fueron tenidos por mártires, y el Canciller católico se hizo objeto de odio mortal, que antes de mucho tiempo había el pueblo de satisfacer cumplidamente (1).

---

(1) Fountainhall, enero 31 y feb. 1, 1685-86; Burnet, I, 678; Procesos de David Mowbray y Alejandro Keith, en la *Colección de causas de Estado*; Bonrepaux, feb. 11 (21).

LVI.

ENOJO DEL REY.—SUS PLANES RESPECTO DE ESCOCIA.—DIPUTACIÓN DE CONSEJEROS ESCOCESES ENVIADOS Á LONDRES.

El Rey estaba muy irritado. Recibió las nuevas del motín cuando la Reina, ayudada de los jesuitas, acababa de triunfar de lady Dorchester y de sus aliados protestantes. Los descontentos, declaró el Monarca, se convencerían de que el único efecto de la resistencia á su voluntad sería afirmarle cada vez más en sus planes (1). Envió órdenes al Consejo de Escocia para que mostrase la mayor severidad en el castigo de los culpables, exhortando á los Consejeros á emplear sin piedad el tormento del borceguí (2). Fingía estar plenamente convencido de la inocencia del Tesorero, y aun le escribió en términos afectuosos; pero á las palabras de amigo acompañaban obras de enemigo. El Tesorero de Escocia debía ser inspeccionado por una comisión, á pesar del empeño con que se opuso á tal medida Rochester, quien probablemente leía la propia sentencia en la de su pariente (3). Queensberry fué sin embargo nombrado jefe de la comisión y presidente del Consejo privado, pero su caída era indudable. Quitósele también el gobierno del castillo de

(1) Luis XIV á Barillon, feb. 18 (28), 1686.

(2) Fountainhall, feb. 16; Wodrow, lib. III, cap. x, sec. 3.ª «Deseamos, escribía magnánimemente S. M., que no descuidéis ninguno de cuantos medios os ofrece la ley, sea la tortura ú otro cualquiera.»

(3) Bonrepaux, feb. 18 (28), 1686.

Edimburgo, y fué designado para sucederle en aquel puesto de confianza el Duque de Gordon, que profesaba la religión del Rey (1).

Recibióse entonces una carta de Londres en la que el Rey explicaba extensamente al Consejo de Escocia sus intenciones respecto á aquel país. Quería que se eximiese á los católicos de cuantas leyes les imponían penalidad ó incapacidad civil á causa de sus creencias religiosas, sin que por eso cesase ni disminuyese la persecución de los covenantarios (2). Encontró en el Consejo este proyecto la más ruda oposición. Algunos consejeros no podían ver que de tal modo se infringiesen las leyes vigentes; otros, que en modo alguno se oponían á la infracción de la ley, consideraban monstruoso el admitir á los católicos á los más altos honores del Estado, mientras se dejaba en vigor la ley que condenaba á muerte á todo el que asistía á una reunión presbiteriana. La respuesta del Consejo no fué, pues, tan obsequiosa como de ordinario. El Rey, al contestarles, reprendía severamente á los consejeros rebeldes, ordenando á tres de ellos, el Duque de Hamilton, sir Jorge Lockhart y el General Drummond, presentarse ante él en Westminster. El talento é ilustración de Hamilton, si bien no hubieran bastado á sacar de la oscuridad á un hombre humilde, eran muy respetables en el primer lord de Escocia. Lockhart durante mucho tiempo fué mirado como uno de los primeros juristas, dialécticos y oradores que había producido su patria, á lo cual agregaba la respetabilidad que da siempre la mucha hacienda, en lo cual aventajaba á casi todos los nobles escoceses de

(1) Fountainhall, marzo 11, 1686; Adda, marzo 1 (11).
(2) Va fechada esta carta á 4 de marzo, 1686.

aquel tiempo (1). Había sido nombrado últimamente Presidente del *Tribunal de Sesiones*. Drummond, hermano menor de Perth y Melfort, era general del ejército de Escocia, y á pesar de ser hombre profano y de costumbres corrompidas, cierta idea del honor que no tenían sus hermanos le libró de apostatar públicamente. Vivió y murió, según la ingeniosa frase de un compatriota suyo, siendo mal cristiano, pero buen protestante (2).

Agradó á Jacobo el respetuoso lenguaje empleado por los tres consejeros al comparecer en su presencia. Habló muy bien de ellos á Barillon, elogiando en particular á Lockhart como el escocés más elocuente y de más talento de su época. Pronto, sin embargo, le parecieron menos tratables que al principio, y se murmuraba en la Corte que las malas compañías de Londres los habían pervertido. Hamilton se trataba mucho con celosos protestantes, y podía temerse que Lockhart, por estar emparentado con la familia de Wharton, frecuentase el trato de sociedad todavía peor. Nada más natural que hombres de Estado recién venidos de un país donde por mucho tiempo no se había conocido otra forma de oposición que el puñal y la revuelta, y donde todo lo que no era desenfrenado furor era sumisión abyecta, fuesen sorprendidos del entusiasta y obstinado, aunque digno y firme descontento que se notaba en toda Inglaterra, alentándoles tan gran ejemplo á poner á prueba la resistencia constitucional contra la voluntad del Rey. En realidad deseaban hacer grandes concesiones á los católicos, pero con dos condiciones: primera, que la misma in-

(1) Barillon, abril 19 (29), 1686; Burnet, I, 370.

(2) Hállase esta frase en una carta de Johnstone de Waristoun.

dulgencia alcanzase también á los sectarios calvinistas; y segunda, que el Rey se había de comprometer solemnemente á no intentar nada contra la religión protestante.

LVII.

NEGOCIACIONES DE LOS ENVIADOS ESCOCESES CON EL REY.—REUNIÓN DE LOS ESTADOS DE ESCOCIA.—OPÓNENSE Á LOS DESEOS DE JACOBO.

Ambas condiciones disgustaron en extremo á Jacobo. Convino, sin embargo, aunque de mala gana, después de resistirse durante varios días, en que se mostraría alguna indulgencia á los presbiterianos, pero en modo alguno consintió en concederles la plena libertad que pedía para los católicos (1). En cuanto á la segunda condición propuesta por los tres consejeros escoceses, no quiso ni siquiera escucharla. La religión protestante, decía, era falsa, y por tanto no había de exigírsele ninguna seguridad de no emplear su poder en perjuicio de una religión falsa. La disputa duró largo tiempo sin que por ambas partes se llegase á una conclusión satisfactoria (2).

(1) Algunas palabras de Barillon merecen ser trasladadas aquí. Por sí solas bastarían á resolver una cuestión que la ignorancia y el espíritu de partido habían llegado á hacer dudosa. «Cette liberté accordée aux nonconformistes a faite une grande difficulté, et a été debattue pendant plusieurs jours. Le Roi d'Angleterre avoit fort envie que les catholiques eussent seuls la liberté de l'exercice de leur réligion.» Abril 19 (29), 1686.

(2) Barillon, abril 19 (29), 1686; Citters, abril 13 (23), 20 (30), mayo 9 (19).

Acercábase el tiempo fijado para la reunión de las Cámaras escocesas, y los tres consejeros tenían que partir de Londres á fin de atender á sus deberes parlamentarios en Edimburgo. Ofreció esta ocasión favorable oportunidad para hacer una nueva afrenta á Queensberry. En la legislatura anterior había desempeñado el cargo de gran comisario regio, y en calidad de tal representaba la persona del Rey ausente. Esta dignidad, la mayor á que podía aspirar un noble escocés, fué actualmente concedida al renegado Murray.

El 20 de Abril inauguró sus sesiones el Parlamento de Edimburgo. Leyóse una carta del Rey en que exhortaba á los Estados á prestar ayuda á los súbditos católicos, ofreciendo en cambio á los Escoceses libertad de comercio con Inglaterra y amnistía por delitos políticos. Nombróse una comisión encargada de redactar la respuesta al Soberano, y aunque elegida por Murray y compuesta de consejeros privados y amigos de la Corte, redactaron una respuesta donde abundaban las expresiones de respeto y acatamiento, pero en la cual se veía claramente la negativa á la petición del Rey. Los Estados, decía la respuesta, harían cuanto les fuera lícito por complacer á S. M. en lo que pedía para sus súbditos católicos. Aunque estas frases distaban mucho de satisfacer al Canciller, hubo de contentarse con ellas, y aun le costó trabajo lograr que el Parlamento las aprobase. Objetaron algunos protestantes exaltados respecto á la mención que se hacía en la respuesta de la religión católica. Tal religión dijeron que no existía, siendo únicamente una apostasía idólatra que las leyes castigaban con la horca, y á la cual ningún buen cristiano debía halagar dándole nobles títulos. Llamar á tal superstición, religión católica, era dar por resuelta

la gran cuestión que existía entre Roma y las Iglesias reformadas. En cuanto al ofrecimiento de libertad de comercio con Inglaterra, fué mirado como un insulto. «*Nuestros padres*, dijo un orador, *vendieron su rey al oro inglés, y aun pesa sobre nosotros la vergüenza de aquel infame comercio. Que no se diga de nosotros que hemos vendido á nuestro Dios.*» Sir Juan Lander de Fountainhall, senador del Colegio de Justicia, propuso que en vez de religión católica se dijese: «*Las personas llamadas comunmente católicos romanos;*» á lo cual replicó el Canciller: «*¿Queréis poner motes á Su Majestad?*» Por fin se aprobó la respuesta presentada por la comisión; pero una respetable y numerosa minoría votó en contra, calificando la respuesta de excesivamente cortés (1). Notóse que los representantes de las ciudades, casi sin excepción, eran contrarios al Gobierno. Hasta entonces habían tenido poca importancia en el Parlamento estos diputados, considerándoseles generalmente como instrumentos de poderosos aristócratas, pero en esta ocasión mostraron por vez primera tal resolución, independencia y disciplina, que realmente llevaron la alarma á la Corte (2).

Tanto disgustó á Jacobo la respuesta del Parlamento escocés, que no consintió su publicación en la *Gaceta*. Pronto llegó á su noticia que ni siquiera llegaría á redactarse la ley que él quería ver aprobada. Los lores de artículos, ó sea los encargados de redactar las leyes que después discutían los Estados, eran de nombramiento real. Pues bien; hasta los lores de artículos se negaron á prestarse á sus deseos. Cuando se reunieron, los tres consejeros privados que acababan de llegar de Londres se pusieron al frente de la

(1) Fountainhall, mayo 6, 1686.
(2) Ibid., junio 15, 1686.

oposición, y Hamilton declaró con toda franqueza no hallarse dispuesto á acceder á los deseos del Rey. Era súbdito fiel y leal, pero su obediencia no podía ir más allá del límite impuesto por la conciencia. «*¡La conciencia!*—dijo el Canciller.—*La conciencia es una palabra vaga que apenas si tiene significado.*» Al oir esto Lockhart, que representaba en el Parlamento el gran condado de Lanask, exclamó: «*Si la conciencia es una palabra sin significado pondremos en su lugar otra frase que sin duda significa algo. En vez de conciencia, pondremos: leyes fundamentales de Escocia.*» Estas palabras fueron causa de un animado debate. El general Drummond, representante de Perth, declaró estar conforme con Hamilton y Lockhart, y la mayor parte de los obispos fueron de la misma opinión (1).

---

(1) Citters, mayo 11 (21), 1686. Citters aseguró á los Estados que sus noticias eran de muy buena tinta. Copiaré parte de su narración. Es al mismo tiempo muestra curiosa del extravagante dialecto que empleaban en sus correspondencias los diplomáticos holandeses de la época.

«Des Konigs missive, boven en behalven den Hoog Commissaris aensprake, aen het parlement afgesonden gelyck dat altoos gebruyckelyck is, waerby Sine Majesteit nu in genere versocht hieft de mitigatie der rigoureuse ofte sanglante wetten van het Ryck jegens het Pausdom, in het Generale Comitée des Articles (soo men het daer naemt) na ordre gestelt en gelesen synde, in't voteren, den Hertog van Hamilton onder anderen klaer uyt seyde dat hy daertoe niet soude verstaen, dat hy anders genegen was den Konig in allen voorval getrouw te dienen volgens hes dictamen syner conscientie: «t gene reden gaf aen de lord Cancelier de Grave Perts te seggen dat het woort conscientie niets en beduyde, en alleen een individuum vagum was, waerop der Chevalier Locquard dan verder gingh; wil man niet verstaen de betyckenis van het woordt conscientie, soo sal ik in fortioribus seggen dat wy meynen volgens de fondamentale wetten van het ryck.»

En la *Cierva suelta* hay un curioso pasaje, á que no hubiera dado crédito á no ser por este despacho de Citters: «Háceseles in-

Era evidente que, aun en la comisión de artículos, no podía contar Jacobo con mayoría. Tales nuevas le mortificaban y hacían crecer su furor. Expresábase con gran vehemencia, y sus frases iban acompañadas de amenazas, y castigó á algunos de sus revoltosos súbditos, esperando que el ejemplo serviría de advertencia á los demás. Algunos consejeros fueron privados de su empleo, á otros se les suprimieron las pensiones que constituían parte no despreciable de su renta. Sir Jorge Mackenzie de Rosehaugh figuraba entre las víctimas de más cuenta. Por mucho tiempo había sido abogado de la Corona, tomando parte tan activa en la persecución de los covenantarios, que aun hoy los austeros y fervorosos aldeanos de Escocia le miran casi como digno de figurar al lado de Claverhouse. No era Mackenzie jurisconsulto de primer orden, pero su erudición, ingenio y elocuencia eran tenidas en muy alto aprecio por sus compatriotas, y su fama había llegado hasta los cafés de Londres y los claustros de Oxford. Lo que nos queda de sus oraciones forenses, basta para probar que debe haber sido hombre de talento, si bien deslucía sus buenas facultades aquello mismo que á no dudar eran para él gracias ciceronianas, interjecciones en que hay más arte que pasión, y amplificaciones elaboradas en que los epítetos se suceden con pesada monotonía. Por vez primera había mostrado ahora algunos escrúpulos, por lo cual, á pesar de sus títulos á la gratitud del Gobierno, tuvo que dejar su empleo. Retiróse al

---

soportable sólo el escuchar la palabra conciencia.» Uno que conocía muy bien la disposición del Consejo en este punto, decia á un caballero que debia comparecer ante ellos: «Os suplico, suceda lo que quiera, no mencionar para nada la conciencia, por ser esa palabra tenida en especial aborrecimiento por los lores.»

campo, de donde al poco tiempo se encaminó á Londres, resuelto á justificar su conducta; pero el Rey se negó á recibirlo (1). Mientras de este modo trataba el Rey de imponer por el terror la sumisión á los lores de artículos, la voz popular les alentaba más y más á la resistencia. Todos los esfuerzos del Canciller no pudieron impedir que la opinión nacional se manifestase en el púlpito y en la prensa. Un folleto escrito con tal valentía y acritud que no hubo impresor que se atreviese á darlo á la estampa, circulaba manuscrito con gran profusión. No ejercían tan gran influencia las publicaciones que salían en sentido contrario, á pesar de repartirse á expensas del gobierno y de contar los defensores de éste, en Escocia, con el auxilio de un inglés de gran cuenta, Lestrange, que había sido enviado á Edimburgo y estaba alojado en el palacio de Holyrood (2).

Por fin, después de un debate que duró tres semanas, los lores de artículos llegaron á ponerse de acuerdo. Propusieron tan sólo que se permitiese a los católicos celebrar en casas particulares las ceremonías del culto; y muy pronto se advirtió que no obstante distar mucho esta medida de colmar los deseos y esperanzas del Rey, el Parlamento, ó la rechazaría en absoluto, ó si consentía en aprobarla, sería con grandes modificaciones y restricciones.

Grande era la ansiedad en Londres en todo el tiempo que duró la contienda, y todo rumor, toda noticia de Edimburgo eran acogidas con avidez. Díjose un día que Hamilton había cedido, y que la victoria del Gobierno sería completa; esparcióse luégo el rumor de que la oposición, reuniendo sus fuerzas, se mostraba

(1) Fountainhall, mayo 17, 1686.
(2) Wodrow, III, X, 3.

más obstinada que nunca. En el momento más crítico dióse orden al correo que los sacos de la correspondencia de Escocia fuesen enviados á Whitehall. Por espacio de una semana, ni una sola carta particular que viniese de allende el Tweed, llegó en Londres á su destino. En nuestros días, interrupción semejante en las comunicaciones bastaría á sembrar la mayor confusión en toda la Isla; pero en aquel tiempo era tan poco importante el tráfico entre Inglaterra y Escocia y tan escasa la correspondencia, que los perjuicios que entonces se siguieron fueron probablemente de menor cuenta que los que con frecuencia ocasiona en nuestros días una corta dilación en la llegada del correo de la India. Mientras de este modo se interrumpía el conducto ordinario de comunicaciones entre ambos países, la multitud que llenaba las galerías de Whitehall observaba con atención el rostro del Rey y de sus Ministros. Notóse con gran satisfacción que, después de la llegada de los correos del Norte, los enemigos de la religión protestante parecían mucho más preocupados. Por fin anuncióse con general alegría que la lucha había terminado, que no había podido el Gobierno llevar á cabo sus medidas, y que el lord Comisario había suspendido las sesiones del Parlamento (1).

(1) Citters, mayo 28 (junio 7), junio 1 (11), 4 (14), 1686; Fountainhall, junio 15; Luttrell, *Diario*, junio 2 y 16.

LVIII.

SISTEMA ARBITRARIO ADOPTADO EN EL GOBIERNO DE ESCOCIA.

Si Jacobo no estuviera á prueba de toda advertencia, estos acontecimientos le hubieran servido de saludable aviso. Algunos meses antes, el más obsequioso de todos los Parlamentos ingleses se había negado á prestarse á sus deseos. Pero aún aquella Cámara podía considerarse como una asamblea independiente, animada de los más levantados propósitos, si se la comparaba con cualquier Parlamento escocés, cuyo servil espíritu había tenido siempre su representación más genuina y acabada en los lores de artículos. Sin embargo, en esta ocasión aun los lores de artículos se habían negado á secundar los planes del Rey. Claro era que todas aquellas clases é instituciones que hasta entonces fueran consideradas como el más firme apoyo del poder monárquico, de continuar el Rey en tan insana política, deberían contarse como otras tantas fuerzas de que disponía la oposición. Todo esto, sin embargo, pasó inadvertido á los ojos del Rey. A todas las advertencias é insinuaciones daba siempre la misma respuesta. Esto es, que nunca cedería, que las concesiones habían causado la ruina de su padre; y su obstinada resistencia le valía los mayores elogios de la embajada francesa y de la cábala de los jesuitas.

Declaró entonces haber dado muestras tan sólo de excesiva bondad al solicitar que las Cámaras escocesas asintiesen á sus deseos. La regia prerrogativa le autorizaba no sólo á proteger á los que había favore-

cido, sino á castigar á cuantos se habían opuesto á su voluntad. Abrigaba la confianza de que en Escocia ningún tribunal de justicia discutiría su prerrogativa de dispensa. Había una ley escocesa relativa á la supremacía del poder real en materias eclesiásticas que daba al soberano influencia tan grande sobre la Iglesia, que ni al mismo Enrique VIII habría dejado que desear. A consecuencia de esto entraron los papistas á centenares en los honores y empleos de que antes estaban excluídos. El Obispo de Dunkeld, quien en su calidad de lord del Parlamento había hecho oposición al Gobierno, vióse arbitrariamente privado de su Sede, é inmediatamente se le nombró sucesor. Queensberry fué despojado de todos sus empleos y se le ordenó permanecer en Edimburgo hasta que las cuentas del Tesoro, en todo el tiempo que había durado su administración, fuesen examinadas y aprobadas (1). Como los representantes de las ciudades habían sido la sección más difícil de manejar en el Parlamento, se resolvió cambiar por completo todos los distritos municipales de Escocia. Cambio semejante se había efectuado recientemente en Inglaterra por medio de sentencias judiciales, pero en Escocia se creyó suficiente una simple orden del Príncipe. Prohibiéronse las elecciones de magistrados y ayuntamientos, asumiendo el Rey el derecho de proveer los cargos más importantes de los municipios (2). En una carta oficial dirigida al Consejo privado de Escocia, anunciaba su intención de establecer una capilla católica en su Palacio de Holyrood, y dió orden que se anunciase á los jueces que en lo sucesivo considerasen como nulas todas las leyes en contra de los católicos, so pena de incurrir

(1) Fountainhall, junio 21, 1686.
(2) Ibid., set. 16, 1686.

en el real desagrado. Consolaba, sin embargo, á los protestantes episcopales, asegurándoles que aun cuando estaba resuelto á proteger á los católicos en contra de ellos, tenía también igual designio de protegerlos á ellos contra toda pretensión de los fanáticos disidentes. A esto propuso Perth una respuesta concebida en los términos más bajos y serviles. Había entonces en el Consejo de Escocia muchos católicos, y los protestantes que aun conservaban sus puestos estaban atemorizados por la obstinación y severidad del Rey; y así fué que á la proposición de Perth, sólo opusieron débiles murmullos. Hamilton hizo algunas indicaciones contra la prerrogativa de dispensa que él mismo se apresuró á desvanecer. Lockhart dijo que antes perdería la cabeza que poner su firma en la carta del Canciller, pero tuvo buen cuidado de decir esto en voz muy baja, de modo que no lo oyesen sino sus amigos. La respuesta de Perth fué adoptada con muy ligeras modificaciones. Obedeciéronse las órdenes del Rey, pero un sordo descontento empezó entonces á cundir entre aquella minoría de la nación escocesa, con cuya ayuda había podido el Gobierno hasta aquí imponerse á la mayoría (1).

LIX.

IRLANDA.—ESTADO DE LA LEY EN LO TOCANTE Á LA RELIGIÓN.

Cuando el historiador de este reinado turbulento vuelve la vista hacia Irlanda, su tarea se hace peculiarmente delicada y difícil. Sus pasos, según la bella

(1) Fountainhall, set. 16; Wodrow, III, X, 3.

imagen empleada en ocasión semejante por un poeta latino, se encaminan por sendero cubierto de leve capa de ceniza, bajo la cual arde resplandeciente la lava. El siglo XVII ha dejado al XIX, en aquel infeliz país, triste herencia de malignas pasiones. Nunca fueron perdonados desde lo íntimo del corazón de ambas razas los mutuos daños causados por los defensores sajones de Londonderry y los defensores celtas de Limerick. Aun en nuestros días, únese á las nobilísimas cualidades que caracterizan á los hijos de los vencedores, altivez mayor aún que la de los antiguos Espartanos mientras un sentimiento propio de Ilotas, mezcla de temor y odio, se descubre con gran frecuencia en los hijos de los vencidos. Ninguna de las dos razas hostiles puede en justicia ser absuelta de toda culpa. Pero el error principal ha de atribuirse á aquel Príncipe torpe y obstinado, que hallándose en situación que le hubiera permitido reconciliarlos, empleó todo su poder en inflamar su mutua animosidad, obligándoles al fin á emprender lucha encarnizada á vida ó muerte.

Las vejaciones á que se hallaban sujetos en Irlanda los católicos diferían en gran manera de las que el Rey trataba á la sazón de suprimir en Inglaterra y Escocia. El Libro de Estatutos de Irlanda manchado más tarde por intolerancia comparable tan solo á las bárbaras leyes de la Edad media, apenas contenía entonces ninguna disposición en que se castigase á los católicos por el solo delito de serlo. De este lado del Canal de San Jorge, todo sacerdote que recibía á un neófito en el seno de la Iglesia de Roma, incurría en la pena de muerte, pudiendo ser ahorcado y descuartizado; pero allende el Canal se hallaba libre de tal peligro. El jesuita que desembarcaba en Dover corría inminente peligro de muerte, al paso que con toda

seguridad podía recorrer las calles de Dublín. En Inglaterra no se podía desempeñar ningún empleo, ni aun ganarse la vida en el foro ó en la enseñanza, sin previo juramento de reconocer la supremacía eclesiástica del soberano; pero en Irlanda ningún funcionario público tenía que pronunciar tal juramento, á menos que por cualquier razón se le exigiese (1). No excluía, pues, la ley, de los empleos á ninguna persona á quien el Gobierno quisiese favorecer. La obligación de comulgar según el ritual anglicano y la declaración contra la transustanciación eran desconocidas en Irlanda, y ninguna de las dos cámaras del Parlamento tenía cerradas sus puertas á determinada secta religiosa.

LX.

HOSTILIDAD DE RAZAS.

Pudiera parecer, pues, que la situación de los católicos irlandeses sería mirada con envidia por sus hermanos en Inglaterra y Escocia. Lo cierto es que á pesar de estas ventajas su situación era mucho más triste y lamentable que la de aquellos, pues si bien

---

(1) Véase lo dispuesto en el *Acta de supremacía en Irlanda*, 2 Eliz, c. I. viene á ser en sustancia igual al *Acta de supremacía en Inglatera*, 1 Isabel, cap. I; pero el acta inglesa resultó muy pronto defectuosa, lo cual se enmendó con otra ley más severa, 5 Isabel, cap. I. En Irlanda no se llegó á hacer ley suplementaria. Sabemos por el Arzobispo King que la interpretación dada en el texto era la corriente para el acta de supremacía en Irlanda. *Estado de Irlanda*, c. II, sec. 9. Califica tal interpretación de jesuítica, lo cual no me parece exacto.

no les perseguían como católicos, tenían que sufrir mil vejaciones por ser Irlandeses. En su país, la misma línea que separaba las distintas religiones, servía de barrera entre las razas, y el Irlandés pertenecía á la raza vencida, subyugada, degradada. Habitaban en la misma comarca dos poblaciones mezcladas localmente, moral y políticamente separadas. La diferencia de religión no era en modo alguno la única, ni tal vez la principal que existía entre ambas. Descendían de dos distintas razas, hablaban distintas lenguas, y la diferencia de su carácter nacional era tan marcada como la que puede existir entre dos naciones cualesquiera de Europa. Su estado de adelanto difería también grandemente. Entre dos pueblos semejantes poca simpatía podía existir, y luengos siglos de calamidades y mutuas ofensas habían engendrado la más honda antipatía. Las relaciones entre ambos pueblos, recordaban las que anteriormente habían existido entre las gentes de Guillermo el Conquistador y los paisanos sajones, ó la relación en que estaban los soldados de Hernan Cortés con los Indios de Méjico.

Dábase entonces exclusivamente el nombre de Irlandeses á los Celtas y á aquellas familias que sin ser de origen céltico habían adoptado en la sucesión de los siglos los usos y costumbres de aquel pueblo. Esta población, cuyo número no llegaba á un millón de habitantes, seguía, con muy contadas excepciones, la religión católica. Entre ellos vivían unos doscientos mil colonos, orgullosos de su origen sajón y de profesar la religión protestante (1).

La gran mayoría de población por una parte estaba más que compensada por la gran superioridad de in-

---

(1) *Political Anatomy of Ireland.*

teligencia, vigor y organización de la contraria. Los colonos ingleses eran, según parece, superiores en instrucción, energía y perseverancia á sus compatriotas en Inglaterra. El paisanaje irlandés, por el contrario, hallábase casi en estado salvaje. No trabajaban como no fuesen obligados por el hambre, y se contentaban con pasar aún con menos comodidades de las que en países más felices se conceden al ganado doméstico. La patata, raíz que puede cultivarse casi sin arte, industria ni capital, y que no puede conservarse mucho tiempo, había llegado á ser el alimento más común del pueblo (1). De una población alimentada de este modo, poca diligencia y previsión había que esperar, y á algunas millas de Dublín el viajero en un país de los más ricos y feraces del mundo contemplaba con disgusto las miserables chozas, en cuyas puertas escuálidos y medio desnudos bárbaros le contemplaban llenos de salvaje asombro (2).

LXI.

LA ARISTOCRACIA INDÍGENA.

La aristocracia indígena conservaba en grado no común el orgullo de cuna, pero había perdido la influencia que se deriva de la riqueza y poderío. Cromwell había dividido entre sus secuaces las tierras de la aristocracia irlandesa, y aunque una parte del vasto

(1) *Political Anatomy of Ireland*, 1672; *El Hudibras Irlandés*, 1689; Juan Dunton, *Descripción de Irlanda*, 1699.

(2) Clarendon á Rochester, 4 de mayo, 1686.

territorio que les fuera confiscado, después de la restauración de los Estuardos volvió á los antiguos propietarios, una parte mucho mayor todavía había quedado en poder de los emigrados ingleses, que invocaban en defensa de su derecho una ley del Parlamento. Había estado en vigor esta ley durante veinticinco años, en cuyo tiempo se habían hecho hipotecas, arrendamientos, ventas y cesiones sin número. La antigua *gentry* irlandesa se había esparcido por todo el mundo, y en todas las cortes y campamentos del continente se encontraban multitud de descendientes de los caudillos milesianos. Los propietarios despojados, que aun habitaban su tierra natal, lloraban tristemente sus pérdidas, suspiraban por la opulencia y dignidad de que fueran privados, y aún alimentaban la esperanza de que al cabo vendría otra revolución. Al decir de sus paisanos todo el que pertenecía á esta clase era un caballero que sería rico si hubiera de hacerse justicia, ó que tendría muy buena hacienda si tan sólo pudiera recobrar lo suyo (1). Rara vez se dedicaban los tales á ninguna ocupación pacífica, considerando el comercio como profesión mucho más deshonrosa que el merodeo. Algunas veces se hacían ladrones; otras trataban, en contra de la ley, de vivir á expensas de los antiguos arrendatarios de su familia, los cuales á pesar de su triste condición no podían negar parte de su pitanza á aquel á quien aun miraban como legítimo señor (2). El caballero irlandés que había tenido la fortuna de conservar ó recobrar parte de su tierra, vivía casi siempre como un reyezuelo de una tribu salvaje, buscando compensa-

(1) *Carta del Obispo Malony al Obispo Tyrrel,* marzo 8, 1689.

(2) Estatuto 10 y 11, Carlos I, cap. XVI; King, *Estado de los Protestantes de Inglaterra,* cap. II, sec. 8.ª

ción á las humillaciones que le hacía sufrir la raza dominante en el despotismo con que gobernaba sus vasallos, en las delicias de un harén y en la locura ó estupidez producidas por el abuso diario de las bebidas fuertes (1). Políticamente carecía de importancia, pues aunque ningún estatuto le excluía de la Cámara de los Comunes, tenía casi las mismas probabilidades de llegar á diputado que un hombre de color de ser elegido miembro del Senado en los Estados Unidos. Desde la restauración, sólo un católico había entrado en el Parlamento irlandés. La máquina toda del poder legislativo y ejecutivo estaba en manos de los colonos, contribuyendo á hacer más efectivo el ascendiente de la casta dominadora un ejército de siete mil hombres, cuyo celo por lo que se llamaba los intereses de Inglaterra inspiraba la mayor confianza (2).

Entrando en examen minucioso, se encontraría que la fusión de las dos razas aborígenes de Irlandeses é Ingleses no formaba un cuerpo perfectamente homogéneo. No había desaparecido por completo la distinción entre los Irlandeses de sangre céltica y los que descendían de los soldados de Strongbow y De Burgh. Los Fitz se permitían algunas veces hablar con desprecio de los Os y los Macs; y éstos á su vez pagaban con odio aquel desprecio. En la generación precedente, uno de los más poderosos de la familia de O'Neill, se había negado á mostrar el menor respeto á un caballero católico de antigua estirpe normanda. «*Dicen que su familia lleva aquí cuatrocientos años. No importa. Yo*

(1) King, cap. II, sec. 8.ª—*El Rey Corny* de Miss Edgeworth pertenece á generación muy posterior y mucho más civilizada; pero todo el que haya estudiado tan admirable retrato podrá tener idea de lo que debe haber sido el bisabuelo del Rey Corny.

(2) King, cap. III, sec. 2.ª

aborrezco al mozo ése como si hubiera venido ayer» (1). Parece, sin embargo, que tales ideas ya eran raras y la contienda que por mucho tiempo había separado á los Celtas indígenas y á los Ingleses degenerados, había desaparecido para dejar lugar al odio más arraigado y profundo que separaba á ambas razas de la moderna colonia protestante.

LXII.

ESTADO DE LA COLONIA INGLESA.

Había también divisiones internas, así nacionales como religiosas, entre los habitantes de la colonia. Eran en su gran mayoría Ingleses, pero había una respetable minoría procedente del Mediodía de Escocia. La mitad de los colonos pertenecían á la Iglesia anglicana; la otra mitad eran disidentes; pero en Irlanda, Escoceses y naturales del Mediodía de Inglaterra se hallaban estrechamente unidos por la comunidad de su origen sajón, y anglicanos y presbiterianos se unían igualmente á causa de la comunidad de su protestantismo. Todos los colonos hablaban la misma lengua, y eran también idénticos sus intereses pecuniarios; rodeábales el enemigo común, y sólo podían asegurarse por medio de precauciones y trabajos hechos en comunidad. Y así, las pocas leyes penales promulgadas en Irlanda contra los protestantes disidentes eran letra muerta (2). El fanatismo del más

(1) *MS. de Sheridan:* Prefacio del tomo I de la *Hibernia Anglicana*, 1690; *Consultas secretas del partido católico en Irlanda*, 1689.

(2) «Tolerábase la libertad de conciencia, aunque la ley no la permitía.»—King, cap. III, sec. 1.ª

obstinado anglicano desaparecía al atravesar el canal de San Jorge. Tan pronto llegaba el *Caballero* á Irlanda y hallaba que sin la animosa y valiente ayuda de sus vecinos puritanos él y toda su familia corrían riesgo inminente de ser asesinados por merodeadores católicos, su odio al puritanismo, á pesar suyo, empezaba á languidecer, y al cabo desaparecía. Hombres eminentes de ambos partidos hicieron notar que el protestante que en Irlanda era tenido por acérrimo tory hubiera pasado en Inglaterra por whig de los más moderados (1).

Por su parte, los protestantes disidentes sufrían con más paciencia de la que hubiera sido de esperar el espectáculo de la organización eclesiástica más absurda que jamás se ha visto en el mundo. Cuatro Arzobispos y diez y ocho Obispos tenían á su cargo velar por los intereses espirituales de un número de feligreses que no llegaba á la quinta parte de los que componían la sola diócesis de Londres. Gran parte del clero parroquial tenían á la vez varias parroquias y residían á alguna distancia de sus curatos, y había algunos que reunían una renta con sus beneficios casi de mil libras al año, sin cumplir nunca los deberes de su profesión. Y sin embargo, organización tan monstruosa no disgustaba tanto á los puritanos estableci-

(1) En una carta dirigida á Jacobo, encontrada entre los papeles del Obispo Tyrrel, y fechada á 14 de agosto 1686, hállanse algunas frases notables. «Hay en ese país muy pocos protestantes ó ninguno, como no sean los que se han unido á los whigs en contra del enemigo común.» Y en otra parte: «Los que aquí pasaban por tories (en Inglaterra), abrazaban públicamente la causa de los whigs al otro lado del mar.» Algunos años después decía Swift lo mismo al rey Guillermo. «Recuerdo haberle dicho al Rey la última vez que estuve en Inglaterra, que nuestros tories más exaltados serían ahí de la sección más templada de los whigs.» —*Carta relativa á la prueba sacramental.*

dos en Irlanda, como la Iglesia anglicana á los sectarios ingleses, porque en Irlanda las divisiones religiosas estaban subordinadas á las divisiones nacionales; y mientras los presbiterianos condenaban según sus principios religiosos la organización de la Iglesia anglicana, mirábanla, sin embargo, con cierta complacencia al considerarla como suntuoso y soberbio trofeo de la victoria obtenida por la gran raza de que formaban parte (1).

De este modo las quejas de los católicos de Irlanda tenían muy poco ó nada de común con las de los ingleses. Los católicos del Lancashire ó del Staffordshire no tenían más que hacerse protestantes para hallarse repentinamente y en todos respectos al igual de sus vecinos; pero si los católicos de Munster y Connaught se hacían protestantes, continuarían lo mismo siendo un pueblo subyugado. Todos los males que sufrían los católicos en Inglaterra eran resultado de duras leyes y podían remediarse con una legislación más liberal. Pero entre las dos poblaciones que habitaban la Irlanda existía una desigualdad que no dimanaba de las leyes, y que por tanto no podrían las leyes hacer desaparecer. La dominación que ejercía una de las poblaciones sobre la otra, era la dominación del rico sobre el pobre, del saber sobre la ignorancia, de la civilización sobre la barbarie.

---

(1) De la riqueza y negligencia del clero anglicano de Irlanda hace mención en los términos más enérgicos el lord Lugarteniente Clarendon, testigo de mayor excepción.

LXIII.

CONDUCTA QUE DEBÍA HABER SEGUIDO JACOBO.

Parecía que el mismo Jacobo tuviese perfecto conocimiento de estas verdades en los principios de su reinado. Los disturbios de Irlanda, decía, eran producidos no por diferencias entre católicos y protestantes, sino entre Irlandeses é Ingleses (1). Las consecuencias que debía haber deducido de proposición tan cierta, eran bastante obvias; mas, desgraciadamente para él y para Irlanda, no llegó á advertirlas.

Puesto que sólo existía en Irlanda animosidad nacional, no había duda que no existiendo odios religiosos como en Inglaterra mantenidos por leyes crueles y por todo linaje de vejaciones, las diferencias religiosas al cabo llegarían á desaparecer. No era obra de algunos años extinguir por completo odios nacionales como el que separaba las dos razas establecidas en Irlanda; pero sí merecía empresa tan noble que un Príncipe sabio y bueno contribuyese á ella con todas sus fuerzas, y esta empresa hubiera podido acometerla Jacobo con muchas más ventajas que ninguno de cuantos le precedieron ó le siguieron en el trono. En su calidad de inglés y católico pertenecía á un tiempo á la raza dominadora y á la vencida, hallándose por tanto en especialísimas circunstancias para servir de mediador entre ambas. Ni es difícil trazar la línea de conducta que en ocasión semejante debía haber se-

(1) Clarendon recuerda esto al Rey en una carta de 14 de marzo, 1685-86. «Es seguramente, añade, un hecho ciertísimo.»

guido. Ante todo debía resolver que el estado actual de la propiedad territorial fuese inviolable, y debía haber anunciado aquella determinación de tal manera, que calmase la ansiedad de los nuevos propietarios y quitase toda esperanza de nuevo arreglo á los antiguos. Que en el gran trastorno y mudanza que había sufrido la propiedad se hubiese cometido injusticia, no era cuestión del momento. Aquella trasmisión justa ó injusta se había llevado á cabo hacía ya tanto tiempo, que el invalidarla ahora volviendo las cosas á su primitivo estado equivaldría á alterar los fundamentos de la sociedad. Debe haber un plazo que limite la duración de todos los derechos. Después de treinta y cinco años de posesión efectiva, de veinticinco años de posesión solemnemente afianzada por la ley; después de innumerables arriendos é hipotecas, ventas y cesiones, era ya demasiado tarde para volver por la justicia de antiguos títulos. Sin embargo, algo podría hacerse para curar los lacerados sentimientos y reparar la quebrantada fortuna de la *gentry* irlandesa. Los colonos se hallaban en situación próspera. Habían aumentado grandemente sus haciendas con nuevos edificios, plantíos y cercados. Habíase casi duplicado el rendimiento de las tierras en algunos años. El tráfico era cada vez más activo, y los impuestos, que ascendían á unas trescientas mil libras, bastaban á cubrir todos los gastos del gobierno local, dejando aún un sobrante que se remitía á Inglaterra. Nadie dudaba que el primer Parlamento que debía reunirse en Dublín, aunque representaba casi exclusivamente los intereses de la colonia inglesa, concedería al Soberano, á trueque de la promesa que aquél haría de mantener todos los derechos legales de la colonia británica, una suma muy considerable, á fin de indemnizar, siquiera en parte, á las familias irlan-

desas injustamente privadas de sus haciendas. No de otro modo en nuestros días puso término el Gobierno francés á las disputas que originó la confiscación de más importancia de cuantas se llevaron á cabo en Europa; y así también, si Jacobo se dejase guiar de la opinión de sus leales consejeros protestantes, hubiera al menos mitigado en gran manera uno de los males más importantes que afligían á Irlanda (1).

Hecho esto, debería ocuparse en reconciliar las razas hostiles, protegiendo imparcialmente los derechos y poniendo freno á los excesos de ambas. Debería castigar con igual severidad al irlandés que se entregaba á la licencia de la barbarie y al colono que abusaba de la fuerza de la civilización. Hasta donde alcanzase la legítima autoridad de la Corona, que en Irlanda era muy considerable, debería establecerse que todo aquel que por su integridad y talento fuese juzgado apto para el desempeño de un empleo, no tuviese impedimento para desempeñar cargos del Estado ni por su religión ni por su raza. Es probable que un rey católico con una gran renta de que podía disponer á su arbitrio conseguiría sin mucha dificultad asegurar la cooperación de los prelados y sacerdotes católicos para la gran obra de la reconciliación. Mucho, sin embargo, habría de dejar á la bienhechora influencia del tiempo. Los indígenas tendrían aún que aprender de los colonos á ser industriosos y previsores, el conocimiento de las artes de la vida y la lengua inglesa. No podía haber igualdad entre hombres que vivían en casas y hombres que vivían en barracas, entre hombres que se alimentaban de pan, y hombres

(1) Recomendaba Clarendon con gran empeño que se adoptase esta medida, á la cual, en su opinión, debía contribuir el Parlamento de Irlanda. Véase su carta á Ormond de agosto 28, 1686.

que se alimentaban de patatas, entre hombres que hablaban la noble lengua de grandes filósofos y poetas, y hombres que con mal entendido orgullo se jactaban de no poder obligar la lengua á hablar aquella jerga en que se habían escrito *Los progresos del saber* y *El Paraíso perdido* (1). Y sin embargo, nada se opone á creer que si la blanda política que se ha descrito fuese adoptada y seguida constantemente por el Gobierno, desaparecerían gradualmente todas las distinciones, y no existiría actualmente más huella de la hostilidad que ha sido la maldición de Irlanda, que de la hostilidad igualmente mortal que un tiempo ensañó sus iras entre Sajones y Normandos en Inglaterra.

LXIV.

SUS ERRORES.

Desgraciadamente Jacobo, en vez de convertirse en mediador entre los más fanáticos y atroces sectarios; en vez de apaciguar la animosidad de ambas poblaciones, contribuyó á encenderla más y más, llegando entonces á situación anteriormente desconocida. Determinó cambiar radicalmente sus posiciones respectivas, poniendo los colonos protestantes á los pies de los católicos celtas. Pertenecer á la religión anglicana ó ser de raza inglesa, era en su opinión bastante á incapacitar para los empleos civiles y militares. Medita-

(1) También fué un O 'Neill muy eminente el que decía que no le parecía propio ni decoroso torcer la boca para pronunciar el inglés. Prefacio al tomo I de la *Hibernia anglicana*.

ba el designio de confiscar nuevamente y dividir en nuevas porciones el suelo de la mitad de la Isla, y tan claras muestras daba de su inclinación, que muy pronto toda una clase social se sintió agitada por terrores que vanamente quiso más tarde calmar el Rey, al paso que la otra daba pábulo á nuevas esperanzas á que en vano intentó el Monarca poner freno. Pero esta era aún la parte más insignificante de su error y su locura. Resolvió deliberadamente no sólo dar á los indigenas de Irlanda la entera posesión de su patria, sino también valerse de ellos como de instrumento para establecer el gobierno arbitrario en Inglaterra. El resultado fué tal como hubiera podido preverse. Los colonos se resistieron con la obstinada valentía propia de su raza. La madre patria consideraba con justicia como causa propia la causa de los colonos; y entonces sobrevino una lucha desesperada en que se jugaba cuanto hay de más caro y sagrado. Por ambas partes el resultado iba á decidir de sus más queridos sentimientos; ni puede en justicia censurarse á Irlandeses ni á Ingleses por obedecer en aquel caso extremo la ley de la propia conservación. La lucha fué terrible, pero breve; los más débiles fueron vencidos. Su suerte fué cruel, y sin embargo, para la crueldad con que se les trató había, si no defensa, excusa, pues si bien sufrieron todos los males de la tiranía, nada se les hizo sufrir que ellos mismos no hubieran impuesto á sus contrarios á haber sido otro el término de la lucha. El efecto de la insana tentativa de subyugar á Inglaterra con ayuda de Irlanda, fué convertir á los Irlandeses en leñadores y aguadores de los Ingleses. Los antiguos propietarios, en su lucha por recobrar lo que habían perdido, viéronse privados de la mayor parte de lo que aún les quedaba. El ascendiente momentáneo del catolicismo produjo una

serie de bárbaras leyes contra los católicos que hicieron proverbial la infamia del Código de Irlanda en toda la cristiandad. Tales fueron los amargos frutos de la política de Jacobo.

Hemos visto que uno de sus primeros actos al subir al trono había sido separar á Ormond del gobierno de Irlanda. Era Ormond jefe del partido inglés en el antiguo reino; profesaba firme adhesión á las doctrinas protestantes, y su poder excedía en mucho al que ordinariamente solían tener los Lugartenientes, primero, por ser en rango y riqueza el principal de todos los colonos, y luego porque no sólo era jefe de la administración civil, sino que también tenía el mando de las fuerzas. En aquella sazón no estaba el Rey dispuesto á dejar por completo el gobierno en manos de un Irlandés, pues habia oído decir que un virrey del país con facilidad se convierte en soberano independiente (1). En aquella ocasión, por tanto, resolvió dividir el poder que había poseído Ormond, confiando la administración civil á un lugarteniente inglés y protestante, y poniendo al frente del ejército á un general irlandés y católico. El lord lugarteniente fué Clarendon; el general fué Tyrconnel.

Tyrconnel descendía, como ya se ha dicho, de una de aquellas familias degeneradas que vulgarmente se clasificaban entre la población indígena de Irlanda. Es cierto que algunas veces, en sus momentos de expansión, hablaba con altivez normanda de los bárbaros

---

(1) *MS. de Sheridan* en los *Papeles de los Estuardos.* Debo hacer aquí presente la cortesía con que Mr. Glover me ayudó en el examen de tan valioso manuscrito. Según resulta de las instrucciones redactadas por Jacobo para su hijo, en 1692, se mantuvo el Rey, hasta el último instante, fijo en la idea que no podía sin peligro confiarse el gobierno de Irlanda á un Lugarteniente irlandés.

celtas (1); pero en realidad sus simpatías eran para los indígenas. A los colonos protestantes los aborrecía, y ellos le pagaban en la misma moneda. Muy diferentes eran las inclinaciones de Clarendon, pero por temperamento, por interés y por principios era obsequioso cortesano. Su espíritu era bajo, no muy lisonjero el estado de su fortuna, y su mente profesaba las doctrinas políticas que con asiduidad excesiva enseñaba entonces la Iglesia anglicana. Su talento, sin embargo, no era despreciable, y á haber gobernado bajo un buen rey, hubiera sido probablemente un virrey digno de respeto.



LXV.

LLEGADA DE CLARENDON Á IRLANDA.

Nueve meses trascurrieron próximamente entre la salida de Ormond y la llegada de Clarendon á Dublín. En todo aquel tiempo representaba al Rey un Consejo de lores *Justicias*; pero la administración militar estaba en manos de Tyrconnel. Ya empezaba la Corte á manifestar gradualmente sus designios. Una Real orden vino de Whitehall mandando desarmar á los paisanos, orden que ejecutó estrictamente Tyrconnel respecto de los Ingleses. Aunque el país estaba infestado de bandas de ladrones, difícilmente podía un caballero protestante obtener permiso para conservar un par de pistolas. A los indígenas, por el con-

(1) *Manuscrito de Sheridan.*

trario, se les permitió conservar las armas (1). Grande fué, pues, la alegría de los colonos cuando, al fin, en diciembre de 1685 Tyrconnel fué llamado á Londres, y Clarendon se puso en camino para Dublín. Mas pronto pudo verse que en realidad la dirección del gobierno no estaba en Dublín sino en Londres. Todos los correos que atravesaban el Canal de San Jorge traían nuevas de la ilimitada influencia ejercida por Tyrconnel en los asuntos de Irlanda. Decíase que lo iban á hacer marqués; que lo iban á nombrar duque; que se le iba á encargar del mando de las fuerzas; que se le confiaría la tarea de reorganizar el ejército y los tribunales de justicia (2). Mucho mortificaba á Clarendon el verse reducido al papel de mero subordinado en aquella administración donde había esperado ser jefe. Quejábase de que todos sus actos eran mal interpretados por sus detractores, y que las más graves resoluciones tocante al país que gobernaba eran adoptadas en Westminster, conocidas del público, discutidas en los cafés, comunicadas en centenares de cartas particulares, algunas semanas antes de que se indicase nada al lord Lugarteniente. Poco importaba su dignidad personal, decía Clarendon; pero no era cosa insignificante que el encargado de representar la majestad del trono, se convirtiese en objeto de desprecio á los ojos del pueblo (3).

---

(1) *Clarendon á Rochester*, enero 19, 1685-86; *Consejos secretos al partido católico en Irlanda*, 1690.

(2) *Clarendon á Rochester*, feb. 27, 1685-86.

(3) *Clarendon á Rochester y á Sunderland*, marzo 2, 1685-86; y *á Rochester*, marzo 14.

LXVI.

CUNDE EL PÁNICO ENTRE LOS COLONOS.

Pronto cundió el pánico entre los Ingleses al ver que el Virrey su compatriota y correligionario no podía protegerles, como habían esperado. Empezaron entonces á conocer por amarga experiencia lo que es pertenecer á una raza subyugada. Continuamente se veían acusados por los indígenas de traición y sedición. Este protestante había estado en correspondencia con Monmouth; aquél había hablado con poco respeto del Rey cuatro ó cinco años antes, cuando se discutía el *bill* de exclusión; y las declaraciones de los hombres más infames venían en seguida á sostener todas estas acusaciones. El lord Lugarteniente manifestó sus temores de que si no se ponía término á tal estado de cosas, pronto habría en Dublin un reinado de terror, semejante al que había presenciado Londres cuando la vida y la honra de todos estaban á merced de Oates y Bedloe (1).

Pronto supo Clarendon, por un conciso despacho de Sunderland, que se había resuelto introducir sin dilación un cambio completo en el gobierno civil y militar de Irlanda, nombrando en seguida gran número de católicos para los cargos públicos; y añadía Clarendon con rara crueldad, que S. M. había tomado consejo en este asunto, con personas más competentes para ilustrarle, que su inexperto lord Lugarteniente (2).

---

(1) *Clarendon á Sunderland*, feb. 26, 1685-86.
(2) *Sunderland á Clarendon*, marzo 11, 1685-86.

Antes de que esta carta llegase á manos del Virrey, la noticia de su contenido había llegado á Irlanda por muchos conductos. Grande fué entonces el terror de los colonos, pues, siendo muy inferiores en número á los naturales, su condición sería en realidad lamentable si se armaba á los indígenas contra ellos de todo el poder del Estado. Y este era precisamente el mal de que se veían amenazados. Los habitantes ingleses de Dublín se contemplaban llenos de abatimiento al encontrarse en las calles de la ciudad. Suspendiéronse las negociaciones en la Bolsa. Los propietarios se apresuraban á vender sus fincas á cualquier precio, remitiendo á Inglaterra el importe de la venta. Empezaron los comerciantes á hacer efectivas sus deudas, y se preparaban á retirarse de los negocios y muy pronto se sintieron los efectos de la alarma en la Hacienda pública (1). Clarendon intentaba inspirar á los desalentados colonos una confianza que él estaba muy lejos de sentir. Asegurábales que sus haciendas eran sagradas, y que sabía con toda certeza que el Rey estaba decidido á mantener la ley de colonización (*Settlement*) que garantizaba sus derechos al suelo. Pero las cartas que el Virrey dirigía á Inglaterra iban en tono muy diferente. Aventuróse á hacer objeciones al mismo Rey, y sin censurar la intención de S. M. de confiar los cargos públicos á católicos, expresaba el más vivo deseo de que los católicos que se empleasen fuesen ingleses (2).

La respuesta de Jacobo fué breve y fría. Declaró que no era su intención privar á los colonos ingleses de sus tierras; pero que miraba como enemigos á gran parte de ellos, y puesto que consentía en dejar pro-

---

(1) *Clarendon á Rochester*, marzo 14, 1685-86.
(2) *Clarendon á Jacobo*, marzo 4, 1685-86.

piedades de tanta consideración en manos de sus enemigos, por lo mismo hacíase más necesario que la administración civil y militar estuviese en poder de sus amigos (1).

A consecuencia de esto algunos católicos entraron en el Consejo privado, dándose orden á los ayuntamientos de admitir á los católicos en los cargos municipales (2). Muchos oficiales del ejército fueron arbitrariamente privados de sus empleos, y por tanto de los medios de subsistir. En vano intentó el Lugarteniente defender á algunos á quienes conocía por buenos soldados y leales súbditos; entre ellos había viejos *Caballeros* que habían peleado bravamente por la monarquía, y que podían presentar las cicatrices de honrosas heridas. Para reemplazarlos se nombraron otros sin más título que su religión. Entre los nuevos capitanes y alféreces, decíase que algunos habían sido pastores, otros lacayos, otros bandidos; algunos, acostumbrados al uso de las abarcas, tropezaban y no sabían andar con las altas botas militares. No pocos de los oficiales separados del servicio entraron en el ejército holandés, gozando cuatro años más tarde el placer de hacer huir á sus sucesores en ignominiosa derrota á través de las aguas del Boyne (3).

Aumentaban la ansiedad y alarma de Clarendon las noticias que particularmente llegaban hasta él. Sin contar con su aprobación, sin que él tuviera el menor conocimiento, se hacían preparativos para armar y disciplinar toda la población céltica del país que sólo

---

(1) *Jacobo á Clarendon*, abril 6, 1686.

(2) *Sunderland á Clarendon*, mayo 22, 1686; *Clarendon á Ormond*, mayo 30; *Clarendon á Sunderland*, julio 6 y 11.

(3) *Clarendon á Rochester y Sunderland*, junio 1.°, 1686; *á Rochester*, junio 12; King, *Estado de los protestantes de Irlanda*, cap. II, sec. 6 y 7; *Apología de los protestantes de Irlanda*, 1689.

de nombre gobernaba. Dirigía Tyrconnel, desde Londres, esta maniobra, sirviéndole de agentes los Prelados de su Iglesia. Habíase dado orden á los párrocos de hacer una lista exacta de todos los feligreses aptos para el servicio de las armas, y entregarla enseguida á sus Obispos (1).

Ya empezaba á correr el rumor que pronto volvería Tyrconnel á Dublín con poderes extraordinarios é independientes; y este rumor adquiría diariamente nueva fuerza. El lord Lugarteniente, al cual no había insulto capaz de hacerle abandonar la pompa y emolumentos de su empleo, declaró que con gran placer secundaría los regios deseos, declarándose en todas las cosas fiel y obediente vasallo. En toda su vida, decía, había tenido la menor diferencia con Tyrconnel, y confiaba en que ahora pasaría lo mismo (2). Parece que Clarendon olvidaba el complot fraguado en otro tiempo para manchar la fama de su inocente hermana, y que en tan infame designio Tyrconnel había desempeñado el papel principal. No es esta precisamente de aquellas injurias que los hombres de nobles sentimientos perdonan más fácilmente; pero en la corrompida Corte, donde los Hydes habían hecho fortuna por largo tiempo, tales injurias encontraban fácilmente perdón y olvido, no por magnanimidad ó caridad cristiana, sino por mera bajeza y falta de sentido moral.

---

(1) *Clarendon á Rochester*, mayo 15, 1686.
(2) *Clarendon á Rochester*, mayo 11, 1686.

LXVII.

LLEGADA DE TYRCONNEL Á DUBLÍN.

En junio de 1686 llegó Tyrconnel á la capital de Irlanda. Autorizábale su nombramiento tan sólo á tomar el mando de las fuerzas; pero traía, además, instrucciones del Rey relativamente á todos los ramos de la administración, de modo que en realidad se halló en sus manos todo el gobierno de la Isla. Al día siguiente de llegar dijo explícitamente, que las vacantes de oficiales habían de proveerse con católicos, y que para los que no hubiese plaza se crearía separando á los protestantes. Aplicóse con infatigable celo á la organización del ejército en cuanto al nombramiento de nuevos oficiales se refería, única de todas las funciones de general en jefe en que podía mostrar competencia; porque aunque era hombre de valor para los duelos y disputas, desconocía por completo el arte de la guerra. En la primera revista que pasó en Irlanda, á ninguno de cuantos estaban cerca de él pasó inadvertido que no sabía siquiera mandar un regimiento (1). Separar los oficiales ingleses, nombrando irlandeses para ocupar sus puestos, era, en su opinión, el principio y el fin del arte de la guerra. Llegó su insolencia hasta despedir ignominiosamente al capitán de la guardia del lord Lugarteniente, sin que el mismo Clarendon tuviera noticia de lo que pasaba, hasta que vió un católico cuyo rostro le era completamente desconocido escoltando el

(1) Ibid, junio 8, 1686.

carruaje oficial (1). Y no se limitó el cambio á los oficiales solamente; notóse también completa mudanza en las filas. Fueron despedidos sólo de un regimiento cuatrocientos ó quinientos soldados, fundándose en el trivial pretexto de que no llegaban á la talla, á pesar de que á la vista del menos experimentado no se ocultaba que eran más altos y más propios para el servicio que los que vinieron á reemplazarles, cuyo aspecto salvaje y demacrada apariencia disgustaban á los espectadores (2). Dióse orden á los nuevos oficiales de no alistar á ningún protestante. Los destacamentos que salían en busca de reclutas, en vez de hacer oir los tambores en ferias y mercados, como de antiguo se venía practicando, acudían á los lugares frecuentados de los católicos en sus peregrinaciones devotas. Al cabo de algunas semanas, el General había hecho ingresar en las filas más de dos mil indígenas, y la gente que le rodeaba afirmaba con toda certeza que para Navidad no se encontraría en todo el ejército un soldado de raza inglesa (3).

Igual parcialidad y violencia mostraba Tyrconnel en todas las cuestiones sometidas al Consejo privado. Juan Keating, Chief Justice del Tribunal de causas comunes *(Common Pleas)*, hombre distinguido por su inteligencia, integridad y lealtad, hizo presente con gran comedimiento que lo más que podía pretender el General para su Iglesia era perfecta igualdad ante la ley. La intención del Rey, decía el Justicia, era evidentemente que ningún hombre digno de desempeñar empleos del Estado fuese excluído sólo por ser

(1) *Consejos secretos del partido católico en Irlanda.*

(2) *Clarendon á Rochester*, junio 26 y julio 4, 1686; *Apología de los protestantes de Irlanda*, 1689.

(3) *Clarendon á Rochester*, julio 4 y 22, 1686; *á Sunderland*, julio 6; *al Rey*, agosto 14.

católico, y que tampoco se admitiese á nadie sólo por ser protestante. Tyrconnel empezó á maldecir y á jurar, añadiendo: «*Yo no sé qué decir á eso; mi deseo es que todos los empleados sean católicos*» (1). Los más templados entre los Irlandeses que seguían su misma religión, atemorizados por su conducta, se aventuraron á hacerle algunas advertencias, pero él se desembarazaba de ellos, contestándoles con imprecaciones (2). Su brutalidad llegó hasta el punto de que muchos le creyesen loco; y, sin embargo, aun era menos extraña su conducta en esta parte, que la desvergonzada ligereza con que cometía todo género de falsedades. Habíase granjeado mucho antes el sobrenombre de *Lying Dick Talbot*, esto es, Ricardito Talbot el embustero, y en Whitehall toda gran mentira se designaba comúnmente diciendo que era una de las verdades de Dick Talbot. A la sazón, diariamente demostraba tener pleno derecho á tan poco envidiable fama. Es indudable que el mentir era casi en él una enfermedad. Después de ordenar la separación de los oficiales ingleses los llamaba á su gabinete, y allí les aseguraba que podían tener confianza en su amistad, invocando al cielo que le confundiese y exterminase, que le tragase la tierra si no se interesaba mucho por ellos; y acontecía á veces que los mismos que le habían oído jurar de esta manera, sabían el mismo día su destitución (3).

---

(1) *Clarendon á Rochester*, junio 19, 1686.

(2) *Clarendon á Rochester*, junio 22, 1686.

(3) *MS. de Sheridan;* King, *Estado de los protestantes de Irlanda*, cap. III, sec. 3.ª y sec. 8.ª Puede verse un notabilísimo ejemplo del desvergonzado mentir de Tyrconnel en la carta de Clarendon á Rochester de 22 de julio, 1686.

LXVIII.

DECLÁRASE PARTIDARIO DE LA REVOCACIÓN DE LA LEY DEL «SETTLEMENT.»

A su llegada, aunque juró salvajemente contra la ley de colonización *(settlement)*, y trataba de abominables los intereses de la colonia, diciendo que aquello era una infamia y tratándola de obra del infierno, aun sostenía su convencimiento de que la distribución de la propiedad no podía haberse alterado en el trascurso de tantos años (1). Pero á las pocas semanas de permanecer en Dublín, ya se expresaba de otro modo. Empezó á arengar con gran vehemencia en el Consejo acerca de la necesidad de devolver las tierras á sus antiguos poseedores; hasta entonces, sin embargo, aun no había alcanzado la sanción de su amo para llevar á cabo tan fatal proyecto. Aun luchaba débilmente con la superstición el sentimiento nacional en la mente de Jacobo. Él era inglés y rey inglés, y no podía, sin algunos recelos, consentir en la destrucción de la colonia más importante de cuantas hasta entonces fundara Inglaterra. Los católicos ingleses con quienes generalmente se aconsejaba, estaban casi unánimemente en favor de que se conservase la ley actual de división de la propiedad. No sólo el honrado y moderado Powis, sino el disoluto y testarudo Dover, dieron en aquella ocasión consejos patrióticos y juiciosos. No podía casi esperar Tyrconnel contrarrestar á tan gran distancia el efecto que tales consejos debían

(1) *Clarendon á Rochester*, junio 8, 1686.

producir en el Monarca. Decidido á defender, en persona, los intereses de su raza, á fines de agosto se puso en camino para Inglaterra. Igual temor inspiraban su presencia y su ausencia al lord Lugarteniente. Era, en verdad, penoso verse diariamente atropellado por un enemigo, pero no era menos penoso saber que diariamente murmuraba calumnias y malos consejos en los oídos del Rey. Clarendon vióse sujeto á multitud de mortificaciones. Hizo un viaje por el campo, y encontró que por doquiera la población irlandesa le trataba con desprecio. Los sacerdotes católicos exhortaban á sus oyentes á no concederle la menor muestra de respeto. La *gentry* irlandesa, en vez de acudir á rendirle homenaje, permanecía en sus casas, y los paisanos por todas partes entonaban en lengua erse canciones en alabanza de Tyrconnel, el cual, según ellos, pronto volvería para completar la humillación de sus opresores (1).

LXIX.

INCURRE CLARENDON EN EL DESAGRADO DE JACOBO.

Apenas había regresado el Virey á Dublín de su malhadado viaje, cuando recibió cartas informándole que había incurrido muy seriamente en el desagrado del Monarca. S. M., decían las cartas, esperaba que sus servidores no sólo harían lo que les mandase, sino que lo harían de todo corazón, con buena cara y alegre continente. Cierto que el lord Lugarteniente no había negado su cooperación á las reformas introducidas en

(1) *Clarendon á Rochester*, setiembre 23 y octubre 2, 1686; *Consejos secretos del partido católico en Irlanda*, 1690.

el ejército y en la administración civil; pero había prestado su cooperación como forzado y con repugnancia: sus miradas habían manifestado cuáles eran sus verdaderos sentimientos, y á todos era notorio que desaprobaba la política que estaba encargado de llevar á efecto (1). Angustiadamente trató el Virey de defenderse, pero se le contestó con gran frialdad que su defensa no era satisfactoria. Entonces, apelando a los términos más abyectos, declaró que no intentaría justificarse; que desde luego asentía á la opinión del Rey, cualquiera que fuese; que se prosternaba en el polvo; que imploraba perdón; que de todos los penitentes él era el más sincero; que para él no había mayor gloria que morir por la causa de su soberano, pero que no le era posible vivir si el Rey le privaba de su gracia. Y no era esto mera hipocresía dictada por el interés, sino que acusaba, en parte al menos, servilismo sincero y pobreza de espíritu, porque en cartas confidenciales que no había de ver el Rey lamentábase con su familia en el mismo tono. Decía en estas cartas que era un miserable, que estaba perdido, que no podría soportar el enojo del Rey; y si aquel enojo no se mitigaba, la vida le sería indiferente (2). El terror del pobre hombre aumentó cuando supo que en Whitehall se había dispuesto llamarle, nombrando en su lugar á Tyrconnel, su calumniador y rival (3). Sin embargo, por algún tiempo el cielo pareció serenarse; el Rey estaba de mejor humor, y durante algunos días Clarendon se lisonjeó de que al fin la intercesión de su hermano había prevalecido poniendo á la crisis término feliz (4).

---

(1) *Clarendon á Rochester*, oct. 6, 1686.

(2) *Clarendon al Rey y á Rochester*, oct. 23, 1686.

(3) *Clarendon á Rochester*, oct. 29 y 3°, 1686.

(4) Ibid., nov. 27, 1686.

LXX.

ROCHESTER ATACADO POR LA CÁBALA.

Lo cierto es que la crisis estaba empezando. Mientras Clarendon trataba de sostenerse con el apoyo de Rochester, éste apenas podía sostenerse á sí mismo. Así como el hermano mayor en Irlanda, no obstante conservar todavía la guardia de honor, la espada de ceremonia y el título de excelencia, había sido en realidad suplantado por el jefe del ejército, del mismo modo en Inglaterra, el más joven, aunque conservaba la vara blanca, y marchaba, por virtud de su alto empleo, delante de los más grandes nobles de cuna, declinaba con tal rapidez que casi se reducían sus funciones á ser un mero escribiente de hacienda. El Parlamento se prorrogó nuevamente para un día lejano, en contra de los conocidos deseos del Tesorero; ni siquiera se le dijo que iba á haber nueva prórroga, dejándole que supiese la noticia por la *Gaceta*. La dirección efectiva de los negocios había pasado á los de la Cábala, que comían con Sunderland los viernes. El Gabinete se reunía tan solo, á oir leer los despachos de las cortes extranjeras, en los cuales no se contenía nada que no fuese ya conocido en la Bolsa; porque todos los embajadores ingleses tenían orden de comunicar en las cartas oficiales lo que era asunto general de conversación en las antecámaras, dando parte reservadamente de los secretos de importancia á Jacobo, á Sunderland ó al padre Petre (1). A pesar de esto no estaba contenta la facción victoriosa. Los que más

(1) Barillon, set. 13 (23), 1686; Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 99.

confianza inspiraban al Rey le aseguraban que la obstinada oposición que encontraban en el país sus designios debía atribuirse á Rochester. ¿Cómo podía el pueblo creer que su Soberano estaba firmemente resuelto á continuar en la nueva senda, cuando veían á su derecha, siendo al parecer el primero en poderío y confianza entre sus consejeros, un hombre que, según todos sabían, reprobaba de todo corazón la conducta seguida por el monarca? Cuantas medidas se habían adoptado con objeto de humillar la Iglesia anglicana y elevar la religión católica, habían encontrado oposición en el Tesorero. Cierto que cuando consideraba inútil la oposición se sometía, aunque con repugnancia, llegando algunas veces hasta prestar su ayuda para la ejecución de los mismos proyectos que con más calor había combatido. Era también cierto que siendo contrario á la Comisión eclesiástica, había consentido en ser uno de sus miembros, y al mismo tiempo que declaraba no encontrar nada censurable en la conducta del Obispo de Londres, había votado á pesar suyo y con repugnancia la sentencia del Prelado. Pero esto no bastaba. Un príncipe decidido á terminar empresa tan importante y ardua como la acometida por Jacobo, tenía derecho á esperar de su primer Ministro, no aquiescencia forzada, sino celosa y entusiasta cooperación. Al mismo tiempo que tales consejos escuchaba diariamente Jacobo de los depositarios de su confianza, recibía por el correo interior multitud de cartas anónimas llenas de calumnias contra el lord Tesorero. El inventor de este sistema de ataque había sido Tyrconnel, y á la verdad no dejaba de estar en perfecta armonía con todos los actos de su infame vida (1).

(1) *MS. de Sheridan.*

El Rey vacilaba; y en verdad parece que realmente miraba á su cuñado con algún cariño, efecto del parentesco, de la familiaridad que por mucho tiempo había reinado entre ambos, y de los muchos y muy buenos servicios que se habían prestado mutuamente. Es probable que mientras Rochester continuase sometiéndose, aunque murmurando y con poca diligencia, á los regios deseos, continuaría siendo de nombre primer Ministro. Sunderland, por tanto, con gran astucia sugirió á su amo la idea de pedir á Rochester la única prueba de obediencia que era completamente seguro no daría nunca el Tesorero. Actualmente,—tal era el lenguaje del astuto secretario,—era imposible consultar al primer servidor del Rey respecto á lo que principalmente ocupaba la atención del Soberano. Era en realidad lamentable pensar que las preocupaciones religiosas privasen en tal coyuntura al Gobierno de ayuda tan valiosa. Tal vez aquellas preocupaciones no fuesen completamente invencibles. Y aquí el sagaz consejero indicaba que, según él sabía, Rochester hacía ya tiempo abrigaba algunas dudas acerca de los puntos discutidos entre católicos y protestantes (1).

LXXI.

INTENTA EL REY CONVERTIR Á ROCHESTER.

Nada más era preciso para que el Rey acogiese la idea con entusiasmo. Lisonjeábase ya de poder al mismo tiempo evitar el disgusto de privarse de un amigo y asegurar un hábil partidario para la gran

(1) Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 100.

obra emprendida. Animábale también la esperanza de que muy bien podía alcanzar el mérito y la gloria de salvar á un semejante de la perdición eterna. Por este tiempo, á lo que parece notábase en el Rey inusitado y extraordinario celo por su religión, lo cual es aún más digno de nota por haber incurrido precisamente entonces, después de breve intervalo de continencia, en los desórdenes que todos los teólogos cristianos condenan, y que en un hombre de edad, casado con una mujer joven y agradable, apenas tienen excusa, aun á los ojos de la gente de mundo. Lady Dorchester había regresado de Dublín y era nuevamente la dama del Rey. Su regreso políticamente carecía de importancia, pues sabía ella por experiencia que era locura pretender salvar á su amante de la ruina á que ciegamente corría. Dejó, pues, que los jesuitas dirigiesen la conducta política del Rey, y ellos en cambio dejaron que ella le sacase cuanto dinero pudiese. Por lo demás, Lady Dorchester no era la única mujer que por este tiempo compartía con su amada Iglesia la posesión del alma del Soberano (1). A lo que parece, estaba resuelto á imponerse algunas penitencias por el abandono en que tenía el bienestar de su alma, y éstas consistían en trabajar por la salvación de las almas de los demás. Puso, pues, manos á la obra de convertir á su pariente, con sincero buen deseo, pero con el buen deseo de un espíritu inculto, cruel y arbitrario. Cuantas audiencias obtenía el Tesorero, se empleaban en discutir acerca de la autoridad de la Iglesia y del culto de las imágenes. Rochester estaba firmemente resuelto á no abjurar de su religión, pero no tenía el menor escrúpulo en recurrir, para defenderse, á artificios tan cen-

(1) Barillon, set. 13 (23), 1686; Bonrepaux, junio 4, 1687.

surables como los empleados en contra suya. Su lenguaje era el de aquel que no está seguro de su fe, manifestándose deseoso de ser ilustrado si estaba en error, pidiendo libros católicos y escuchando con atención á los teólogos de la Iglesia de Roma. Tuvo varias entrevistas con Leyburn, vicario apostólico, con Godden, capellán y limosnero de la Reina viuda, y con Buenaventura Giffard, teólogo habituado á la polémica en las escuelas de Douay. Convínose en celebrar una controversia formal entre estos doctores y algunos clérigos protestantes, y el Rey dijo á Rochester que podía elegir entre todos los ministros de la Iglesia anglicana, á excepción tan solo de dos personas. Los proscritos eran Tillotson y Stillingfleet. Tillotson, el predicador más popular de la época y el hombre de carácter más inofensivo, había estado en íntima relación con algunos caudillos whigs, y Stillingfleet, que tenía fama de consumado maestro en el manejo de todas las armas de la controversia, había cometido delito de más consideración al publicar una respuesta á los papeles encontrados en el cofre de Carlos II. Rochester eligió los dos capellanes reales que á la sazón estaban de servicio. Era uno de ellos Simón Patrick, cuyos comentarios á la Biblia aún figuran en las librerías religiosas; el otro era Jane, ardentísimo tory que había ayudado á la redacción de aquel decreto por el cual la Universidad de Oxford adoptaba solemnemente las más extravagantes locuras de Filmer. Verificóse la conferencia en Whitehall el 13 de noviembre. Rochester, no queriendo que se supiese que había consentido ni aun en oir los argumentos de los sacerdotes católicos, impuso como condición que todo se llevase á cabo en secreto; y en efecto, el único oyente fué el Rey. El asunto de la discusión era la presencia real, y los teólogos católicos habían-

se encargado de la prueba. Patrick y Jane hablaron poco, y no fué preciso que hablasen más, porque el mismo Conde tomó la defensa de la doctrina de su Iglesia, y como siempre le pasaba, pronto se acaloró con la disputa y, no siendo dueño de sí, preguntó con gran vehemencia si acaso esperaban que con tan triviales argumentos cambiase de religión. Entonces, recordando cuánto arriesgaba con tal conducta, mudó nuevamente de parecer, cumplimentó á los teólogos por su habilidad y ciencia, y pidió tiempo para reflexionar en lo que había oído (1).

A pesar de los cortos alcances de Jacobo, no se le ocultó que todo esto era mero fingimiento, y dijo á Barillon que el lenguaje de Rochester no era propio de un hombre sinceramente deseoso de conocer la verdad. Sin embargo, no agradaba al Rey proponer directamente á su cuñado la única alternativa posible, esto es, apostatar ó salir del Gobierno; pero tres días después de la conferencia, Barillon, visitando al Tesorero, tras muchos circunloquios y protestas de amistad le dió la triste nueva. «*¿Creéis*, dijo Rochester, aturdido por los rodeos y frases ceremoniosas en que iba envuelta la intimación, *que si no me hago católico la consecuencia será tener que dejar mi puesto?—Yo no digo nada de consecuencias*, contestó el astuto diplomático, *vengo solamente como amigo á advertiros que debéis cuidar de no perder el puesto.—Pero con seguridad*, dijo Rochester, *lo que sencillamente significa todo esto es que ó me hago católico, ó tengo que irme.*» Hizo muchas preguntas

---

(1) Barillon, dic. 2 (12), 1686; Burnet, I, 684; Clarke, *Vida de Jacobo II*, 100; Dodd, *Historia de la Iglesia*. He intentado componer una relación verdadera con tan contradictorios materiales. En mi opinión, dedúcese claramente de los papeles de Rochester que en esta ocasión no se mostró en manera alguna tan testarudo como nos le representan Burnet y el biógrafo de Jacobo.

á fin de asegurarse de la procedencia de la noticia, pero sólo pudo obtener vagas y misteriosas respuestas. Al fin, afectando una confianza que estaba lejos de sentir, declaró que Barillon debía estar engañado ó dar crédito á falsos y maliciosos rumores. «*Os digo,* añadió, *que el Rey no me hará salir, y yo no estoy dispuesto á presentar la dimisión. Yo le conozco, él me conoce, y no temo á nadie.*» El francés contestó que se alegraba muchísimo, que le complacía en extremo encontrarle tan confiado, y que la única causa de haber mediado él en el asunto era lo mucho que deseaba la prosperidad y dignidad de su excelente amigo el Tesorero. Y de este modo se separaron los dos hombres de Estado, lisonjeándose cada uno de haber engañado al otro (1).

Entre tanto, á pesar de todas las recomendaciones para que se guardase el secreto, la noticia de que el lord Tesorero había consentido en dejarse instruir en las doctrinas de la religión católica habíase esparcido rápidamente por toda la ciudad. Habían visto á Patrick y á Jane al dirigirse á la misteriosa puerta que conducía á los aposentos de Chiffinch. Algunos católicos de la Corte, fuese indiscreción ó astucia, habían dicho todo y aun más de lo que sabían. Los tories anglicanos esperaban ansiosamente noticias más minuciosas. Mortificábales en extremo pensar que su jefe hubiera podido vacilar siquiera en sus opiniones, pero en modo alguno creían que hubiese descendido hasta la apostasía. El infortunado Ministro, torturado á un tiempo por fogosas pasiones y bajos deseos, irritado por la pública censura, lleno de enojo por las indicaciones que le hiciera Barillon, temiendo perder el decoro y temiendo perder el empleo, acudió al gabinete del Rey. Estaba dispuesto, para mantenerse en su

(1) De las *Minutas* de Rochester, fechada el 3 de dic. 1686.

puesto, á cometer todas las villanías, á excepción de una sola. Fingiría dudar de sus creencias religiosas y estar ya medio convertido; prometería ayuda decidida á la política á que hasta entonces se había opuesto, pero si las cosas llegaban á la última extremidad, se negaría á cambiar de religión. Empezó, pues, diciendo al Rey que el asunto que tanto interesaba á S. M. no estaba dormido; que Jane y Giffard se ocupaban en consultar libros sobre los puntos discutidos entre ambas Iglesias, y que una vez terminadas estas investigaciones, sería conveniente celebrar una nueva conferencia. Quejóse en seguida amargamente de que toda la ciudad supiese lo que debía haberse ocultado cuidadosamente, añadiendo que algunas personas, que á juzgar por su situación debían estar bien informadas, referían cosas extrañas respecto á las intenciones del Rey. «*Corre el rumor*, decía, *que si no hago lo que V. M. desea, no podré continuar en mi puesto.*» El Rey dijo, entre frases cariñosas, que era difícil poner coto á las hablillas de la gente, y que no debía darse importancia á rumores sin fundamento. No bastaban frases tan vagas á calmar la perturbada inteligencia del Ministro. Su agitación llegó á hacerse violenta, y comenzó á defender su empleo con igual calor que si se tratase de la vida. «*Vuestra Majestad ve que hago lo que puedo por complacerle, y en lo sucesivo haré cuanto esté en mi mano por obedecerle en todo. Yo serviré á V. M. á medida de su deseo y aun haré cuanto pueda*, exclamó llegando al último grado de bajeza, *por tener las creencias que sean del gusto de V. M. Mas que no vengan, Señor, á decirme, mientras yo me esfuerzo porque mi mente llegue al conocimiento de la verdad, que si en esto sólo no os complazco, habré de perderlo todo. Por que debo decir á V. M. que hay además otra consideración.—¡Oh! ¡debéis decirme!*» exclamó el Rey con una imprecación. Porque una sola

palabra honrada y viril que se escapase en medio de tan abyectas súplicas, bastaba á mover su enojo. «*Espero, Señor,* dijo el pobre Rochester, *que V. M. no se habrá ofendido, y que al contrario, no podría pensar bien de mí á no expresarme de este modo.*» El Rey, dominándose, protestó que no se había ofendido, y aconsejó al Tesorero no hacer caso de vanos rumores, y conferenciar otra vez con Jane y Giffard (1).



LXXII.

CAÍDA DE ROCHESTER.

Después de esta conversación trascurrieron dos semanas sin que se descargase el golpe decisivo. Empleó Rochester aquel tiempo en intrigar y suplicar. Trató de interesar en su favor á los católicos más influyentes en la Corte. Él no podía, les dijo, renunciar á su religión, pero á excepción de esto haría cuanto se le pidiese, y con sólo dejarle su empleo verían que podría serles mucho más útil en su calidad de protestante que siendo miembro de la Iglesia de Roma (2). Decíase que su esposa, á quien la enfermedad retenía en el lecho, había solicitado el honor de ser visitada por la ofendida Reina, tratando de inclinar á S. M. á la compasión (3). Pero en vano se rebajaban de este modo los Hydes. El P. Petre los miraba con especial malevolencia, y había decidido su ruina (4). En la tar-

(1) *Minutas* de Rochester, dic. 4, 1686.
(2) Barillon, dic. 20 (30), 1686.
(3) Burnet, I, 684.
(4) Bonrepaux, mayo 25 (junio 4), 1687.

de del día 17 de diciembre el Conde fué llamado al gabinete del Rey. Jacobo estaba extrañamente alterado, llegando hasta el punto de derramar lágrimas. La ocasión, ciertamente, debía despertar algunos recuerdos capaces de ablandar el corazón más duro. Dijo al Ministro cuán grande era su pesar de que el deber no le permitiese llevarse de los movimientos de su corazón. Era absolutamente necesario, añadió, que cuantos estaban al frente de los negocios participasen de sus opiniones y sentimientos. Declaró deber importantes servicios personales á Rochester, y le aseguró que no se le haría la menor observación acerca de cómo había manejado los caudales últimamente. Pero el puesto de lord Tesorero era de tan alta importancia, que en general no debiera confiarse á una sola persona, y mucho menos podía un Rey católico confiarlo á un protestante cuyo celo por la Iglesia anglicana era notorio. «*Pensadlo más despacio, milord*, continuó el Monarca; *leed nuevamente los papeles encontrados en el cofre de mi hermano; yo os concederé, si queréis, algún tiempo más para meditarlo.*» Rochester comprendió que todo estaba perdido, y que lo mejor que podía hacer era retirarse con cuanto dinero y crédito le fuese posible, y ambas cosas le salieron bien. Obtuvo una pensión reversible de cuatro mil libras al año sobre el impuesto del correo. Había reunido grandes sumas de las haciendas de los rebeldes, y pudo llevarse el rescate de Grey, que ascendía á cuarenta mil libras, y una concesión de todos los derechos que tenía la Corona sobre las extensas propiedades de aquel lord (1). Nadie ha salido nunca del gobierno en condiciones tan ventajosas.

---

(1) *Minutas* de Rochester, dic. 19, 1686; Barillon, dic. 30 (enero 9), 1686-87; Burnet, I, 695; Clarke, *Vida de Jacobo II*, II, 102; *Libro de mandamientos del Tesoro*, dic. 29, 1686.

Pocos títulos tenía Rochester á los aplausos de los amigos sinceros de la Iglesia anglicana. Por salvar su empleo había formado parte de aquel tribunal creado ilegalmente para perseguirla. Por salvar su empleo había dado un voto deshonroso para degradar á uno de sus ministros más eminentes. Había fingido dudar de su ortodoxia, había escuchado con aparente docilidad á los doctores que la llamaban cismática y herética, y había ofrecido ayudar con todas sus fuerzas á sus mortales enemigos en sus planes contra ella. La mayor alabanza que podía reclamar era ésta: que había retrocedido ante la infamia y la bajeza de abjurar públicamente, por interés, la religión en que había sido educado, que tenía por verdadera, y que por mucho tiempo había hecho alarde de profesar. No obstante, la mayor parte de los anglicanos le elogiaban y ensalzaban como si fuera el más valeroso é inmaculado de todos los mártires. Registrábanse el Antiguo y Nuevo Testamento, los Martirologios de Eusebio y de Fox, para hallar paralelos á su heroica piedad. Comparábasele con Daniel en la cueva de los leones, con Shadrach en el horno encendido, con Pedro en el calabozo de Herodes, con Pablo ante el tribunal de Nerón, con Ignacio en el anfiteatro, con Latimer en el potro. Entre los muchos hechos que demuestran cuán bajo estaba el nivel del honor y la virtud entre los hombres públicos de aquel tiempo, la admiración excitada por la constancia de Rochester es tal vez el más importante.

LXXIII.

CAÍDA DE CLARENDON.—TYRCONNEL LORD DIPUTADO.

En su caída arrastró consigo á Clarendon. El día 7 de enero de 1687 anunciaba la *Gaceta* al pueblo de Londres, que la dirección del Tesoro había sido encomendada á una comisión. Al día siguiente se recibió en Dublín un despacho en el que se indicaba oficialmente que de allí á un mes Tyrconnel se encargaría del gobierno de Irlanda. No sin gran dificultad había vencido éste los numerosos obstáculos que se oponían á la realización de sus ambiciosos planes. Era de todos bien conocido que el objeto principal, el fin último de sus aspiraciones, era la destrucción de la colonia inglesa en Irlanda. Tenía, pues, que vencer algunos escrúpulos que aun hacían vacilar al Monarca. Erale preciso dominar la oposición, no sólo de todos los protestantes del Gobierno y de los jefes más respetables de los católicos moderados, sino también de algunos individuos de la cábala jesuítica (1). Sunderland se asustaba á la idea de una revolución religiosa, política y social en Ir-

(1) Dice el Obispo Malony en una carta al Obispo Tyrrel: «A ningún inglés, aunque sea católico, se le ocurrirá nunca dar el menor paso, ni permitiría que el Rey lo diese en pro de vuestra restauración, antes al contrario, todos desean dejaros como hasta aquí, rendidos á los pies de vuestros enemigos. Y no hay un solo Inglés, católico ó protestante, sea cualquiera su clase ó condición, que no sacrificase toda Irlanda con tal de salvar la más insignificante hacienda suya en Inglaterra, y que no prefiriese ver habitada Irlanda por Ingleses de cualquier religión, á verla poblada de sus naturales hijos.»

landa. A la Reina inspiraba Tyrconnel especial antipatía, y así fué que Powis era el mencionado como más á propósito para virrey. Era de ilustre cuna, y á pesar de ser sincero católico, los protestantes ingenuos declaraban generalmente que era hombre honrado y buen inglés. Toda oposición, sin embargo, cedió ante la energía y habilidad de Tyrconnel. Amenazó, suplicó y sobornó infatigablemente. Gracias á la adulación, logró asegurarse la ayuda del P. Petre. Sunderland fué vencido juntamente con promesas y amenazas. Ofreciósele una suma inmensa por su asistencia, nada menos que una renta anual de cinco mil libras, que se pagarían del virreinato de Irlanda, ó en lugar de esto cincuenta mil libras pagadas de una vez. Si esta proposición era rechazada, Tyrconnel amenazaba con decir al Rey que el lord Presidente, en sus comidas de los viernes, había dicho que Su Majestad era un necio que siempre sería gobernado por una mujer ó por un cura. Sunderland, pálido y tembloroso, se ofreció á conseguir para Tyrconnel el mando militar supremo, enorme sueldo y todo cuanto quisiera, menos el virreinato; mas como Tyrconnel se negase á todo arreglo, Sunderland al cabo hubo de ceder. La misma María de Módena no pudo librarse de las sospechas de corrupción. Había en Londres un famoso collar de perlas, valuado en diez mil libras esterlinas, que había pertenecido al Príncipe Ruperto, el cual se lo había dejado á Margarita Hughes, cortesana que en los últimos años de la vida del Príncipe había ejercido absoluto imperio sobre él. Tyrconnel se alababa públicamente de haber comprado con este collar la influencia de la Reina. Algunos había, sin embargo, que tenían el cuento por una de las verdades de *Ricardito Talbot*, para los cuales no tenía más fundamento que las calumnias que veinti-

seis años antes había inventado para manchar la fama de Ana Hyde. En general, con los cortesanos católicos hablaba Tyrconnel de la poca seguridad de sus empleos, honores y beneficios. El Rey podía morir el día de mañana, dejándolos á merced de un Gobierno hostil y de un populacho que los aborrecía. Pero si la antigua fe llegaba á dominar en Irlanda, si la influencia protestante en aquel país se hacía desaparecer, podían contar, aun en el peor caso, con un asilo bien cercano donde podrían retirarse, y desde el cual podrían tratar ó defenderse con ventaja. Había ganado á un sacerdote católico, prometiéndole la mitra de Waterford para que predicase en Saint-James contra la ley de colonización, vigente en Irlanda; y aunque el sermón causó gran disgusto á los Ingleses que formaban parte del auditorio, no dejó de producir su efecto. La lucha que por algún tiempo había sostenido el patriotismo contra la superstición en la mente del Rey, había terminado. «*Lo que ha de hacerse en Irlanda*, dijo Jacobo, *ningún Inglés puede llevarlo á cabo* (1).

Por fin desaparecieron todos los obstáculos, y en febrero de 1687 Tyrconnel empezó á gobernar su país natal con poder y sueldo de lord Lugarteniente, si bien con el título más humilde de lord Diputado.

LXXIV.

DESALIENTO DE LOS COLONOS INGLESES EN IRLANDA.

A su llegada cundió el desaliento entre toda la población inglesa. Acompañaron á Clarendon ó le si-

---

(1) Hállase la mejor descripción de estos sucesos en el MS. de Sheridan.

guieron inmediatamente, allende el canal de San Jorge, gran parte de los habitantes de más cuenta de Dublín, caballeros, comerciantes y artífices. Díjose que habían emigrado en pocos días mil quinientas familias, y el pánico estaba plenamente justificado. Llevábase rápidamente á cabo la obra de poner los colonos á los pies de los indígenas, y al poco tiempo casi todos los consejeros privados, jueces, sheriffs mayores, aldermen y justicias de paz eran Celtas y católicos. Parecía que pronto sería ocasión oportuna para hacer las elecciones generales y que sin gran trabajo se reuniría una Cámara de los Comunes, que derogase la ley de colonización *(settlement)* por cuya virtud se habían legalizado los despojos de los antiguos propietarios (1). Los que no ha mucho eran señores de la Isla, quejábanse amargamente de ser presa y objeto de burla de sus propios siervos y criados; de que les incendiaban las casas y robaban el ganado con toda impunidad; que los nuevos soldados recorrían el país pillando, saqueando, insultando, atropellando; ya manteaban á un protestante, ya suspendían á otro de los cabellos y le apaleaban; que era inútil invocar la autoridad de la ley; que los jueces, sheriffs, jurados y testigos irlandeses estaban unidos para salvar á sus criminales compatriotas, y que, aun sin ley del Parlamento, todas las propiedades cambiarían pronto de dueño, porque en cuantas cuestiones fueran sometidas á los tribunales mientras durase la administración de Tyrconnel, los indígenas sentenciarían siempre contra los Ingleses (2).

---

(1) *MS. de Sheridan*; Oldmixon, *Memorias de Irlanda*; King, *Estado de los protestantes de Irlanda*, en particular el cap. III; *Apología de los protestantes de Irlanda*, 1689.

(2) *Consejos secretos del partido católico en Irlanda*, 1690.

Mientras Clarendon permaneció en Dublín, el sello privado había estado en manos de los comisarios. Sus amigos esperaban que á su regreso á Londres le sería devuelto; pero el Rey y la cábala habían resuelto que la desgracia de los Hydes fuese completa. Lord Arundell de Wardour, católico, fué nombrado canciller privado; Bellasyse, también católico, fué nombrado primer lord del Tesoro, y Dover, otro católico, entró á formar parte del Consejo. El nombramiento de un jugador arruinado para un puesto de tal importancia, bastaría á disgustar al público. El disoluto Etherege, que á la sazón residía en Ratisbona en calidad de Ministro inglés, no pudo menos de manifestar con ironía que esperaba de su antiguo compañero de disipación que guardaría el dinero del Rey mejor que el suyo. A fin de que la Hacienda no se arruinase por la incapacidad é inexperiencia de los católicos, el obsequioso, diligente y reservado Godolphin fué nombrado comisario del Tesoro, sin dejar su puesto de chambelán de la Reina (1).

LXXV.

EFECTO DE LA CAIDA DE LOS HYDES.

La caída de los dos hermanos forma época en el reinado de Jacobo II. A partir de aquel momento, á nadie se ocultó que lo que en realidad deseaba el Monarca, no era libertad de conciencia para los miem-

---

(1) *Gaceta de Londres*, enero 6 y marzo 14, 1686-87; Evelyn, *Diario*, marzo 10. En el Museo Británico se conserva la carta de Etherege á Dover.

bros de su Iglesia, sino libertad de perseguir á los que profesaban distinta creencia. Fingiendo aborrecer el juramento religioso, había impuesto uno que no existía. Consideraba cruel, consideraba monstruoso que súbditos aptos y leales fuesen excluídos de los cargos públicos sin más delito que ser católicos, y, sin embargo, él había separado de su empleo á un Tesorero á quien declaraba apto y leal, solamente por ser protestante. Empezó á correr la voz de que iba á haber una proscripción general, y que todos los funcionarios públicos tendrían que optar entre perder su empleo ó perder su alma (1). ¿Ni quién podía esperar que le respetasen, cuando los Hydes habían caído? Eran cuñados del Rey, tíos y guardianes naturales de sus hijos, sus amigos de la juventud, sus fieles partidarios en la adversidad y en el peligro, sus obsequiosos servidores desde que había subido al trono. Su solo crimen era su religión, y por este crimen habían perdido sus empleos. Llenos de alarma y turbación, los protestantes volvían los ojos á todas partes en busca de ayuda, y muy pronto se fijaron todas las miradas en aquel á quien, rara concurrencia de cualidades personales y circunstancias fortuitas, señalaban como su libertador.

---

(2) «Pare che gli animi sono inaspriti della voce che corre per il popolo, d'esser cacciato il detto ministro per non essere cattolico perció tirarsi al esterminio de' protestanti.»—Adda, diciembre 31 (enero 10), 1687.

[illegible]

[illegible] de sus iglesias, [illegible] que [illegible] de [illegible] los cargos públicos [illegible] que [illegible] caballos, y [illegible] el mismo [illegible] de su [illegible] á su [illegible] á [illegible] á correr la [illegible] de que los [illegible] y que [illegible] las [illegible] su [illegible] ó perdió la [illegible] (1). [illegible] que [illegible]. Cuando los [illegible] del Rey [illegible] y [illegible] de sus [illegible] de la [illegible] y en el [illegible] servidores [illegible] de su [illegible] y [illegible] de [illegible] los [illegible] á todas partes en busca de ayuda, y muy pronto se [illegible] en aquel [illegible] para concurrencia de [illegible] personajes y [illegible] señalaban como el [illegible].

(1) [illegible]

CAPÍTULO VII.

Guillermo de Orange y los partidos ingleses.

1687.

I. Guillermo, Príncipe de Orange. Sus primeros años y su educación. — II. Sus opiniones religiosas. — III. Sus dotes militares. — IV. Su amor al peligro. Su aparente frialdad y fuerza de sus emociones. — V. Su amistad con Bentinck. — VI. María, Princesa de Orange. — VII. Gilberto Burnet. — VIII. Logra reconciliar á los Príncipes. — IX. Relaciones de Guillermo con los partidos ingleses. — X. Unidad de su política. — XI. Guillermo, jefe de la oposición en Inglaterra. — XII. Propone Mordaunt á Guillermo un desembarco en Inglaterra. — XIII. Descontento general producido por la caída de los Hydes. — XIV. Conversiones al catolicismo. — XV. Juan Dryden. — XVI. *La Cierva y la Pantera.* — XVII. Cambio en la política de la corte respecto á los puritanos. — XVIII. Tolerancia del Rey con los disidentes escoceses. — XIX. Conferencias en Palacio. El almirante Herbert. — XX. *Declaracion de Indulgencia.* — XXI. Actitud de los protestantes disidentes. — XXII. Actitud de la Iglesia anglicana. — XXIII. La Corte y la Iglesia anglicana. — XXIX. La *Carta á un disidente.* — XXV. Conducta de los disidentes. — XXVI. Pónense algunos del lado de la corte. — XXVII. La mayoría de los puritanos contraria á Jacobo. Baxter, Howe. — XXVIII. Juan Bunyan. — XXIX. Guillermo Kiffin. — XXX. Hostilidad de los Príncipes de Orange á la *Declaración de Indulgencia.* — XXXI. Sus opiniones tocante á la reivindicación de los católicos ingleses. — XXXII. Enemistad de Jacobo con Burnet. — XXXIII. Embajada extraordinaria de Dykvelt á Inglaterra. — XXXIV. Negociaciones de Dykvelt con los estadistas ingleses. — XXXV. Danby y Nottingham. — XXXVI. Halifax. — XXXVII. El Conde de Devonshire. — XXXVIII. Eduardo Russell. — XXXIX. Churchill. — XL. Lady Churchill y la Princesa Ana. — XLI. Regresa Dykvelt al Haya, con cartas de algunos ingleses de los más eminentes. — XLII. Zulestein

enviado á Inglaterra en reemplazo de Dykvelt.—XLIII. Crece la enemistad de Guillermo con Jacobo.—XLIV. Influencia de la prensa holandesa.—XLV. Correspondencia de Stewart con Fagel.—XLVI. Embajada de Castelmaine á Roma.

I.

GUILLERMO, PRÍNCIPE DE ORANGE.—SUS PRIMEROS AÑOS Y SU EDUCACIÓN.

Es tan importante el lugar que ocupa Guillermo Enrique, príncipe de Orange Nassau, en la historia de Inglaterra y de la humanidad, que habremos de describir con alguna minuciosidad los rasgos más salientes de su carácter (1).

Tenía á la sazón treinta y siete años, pero así de alma como de cuerpo era más viejo que otros hombres de la misma edad, y aun pudiera decirse que nunca había sido joven. Su aspecto exterior nos es casi tan familiar como á sus generales y consejeros. Pintores, escultores y medallistas echaron mano de todos los recursos del arte á fin de trasmitir sus facciones á la posteridad; y sus facciones eran de tal suerte que ningún artista podía reproducirlas sino con exacto

(1) Los principales materiales de que me he valido para esta descripción del Príncipe de Orange se hallarán en la *Historia* de Burnet y en las *Memorias* de Temple y Gourville, en las *Negociaciones* de los Condes de Estrades y Avaux, en las *Cartas de sir Jorge Downing al lord Canciller Clarendon*, en la voluminosa *Historia* de Wagenaar, en Van Kamper, *Karaktekrunde der Vaderlandsche Geschiedenis*, y sobre todo en la correspondencia confidencial del mismo Guillermo, de la cual permitió sacar copia el Duque de Portland á sir Jacobo Mackintosh.

parecido, y tales que una vez vistas, no se olvidaban jamás. Su nombre presenta en seguida ante nosotros un hombre de cuerpo débil y delgado, ancha y altiva frente, nariz encorvada como pico de águila, ojos que en brillantez y perspicacia rivalizaban con los del águila, aspecto pensativo y algo triste, boca revelando firmeza y un si es no es burlona, pálidas y delgadas mejillas que la enfermedad y los cuidados redujeran á triste estado de demacración. Aquel aspecto solemne, pensativo y severo no puede haber sido el de un hombre feliz ó de humor alegre, antes es indicio cierto y seguro de capacidad no superada por las más arduas empresas y de fortaleza inquebrantable ante todos los peligros y reveses.

La naturaleza había dotado pródigamente á Guillermo de todas las cualidades que hacen el gran gobernante, y la educación había desarrollado en grado no común aquellas cualidades. Dotado de gran sentido y rara fuerza de voluntad, se encontró al despuntar su inteligencia huérfano de padre y madre, jefe de un gran partido presa ya del desaliento y el descrédito, y heredero de vastas é indefinidas pretensiones que excitaban temor y aversión á la oligarquía, cuyo poder era entonces soberano en las Provincias Unidas. El pueblo llano, que por espacio de una centuria había dado muestras de cariñosa adhesión á su familia, donde quiera que le veía indicaba, de manera que no dejaba lugar á duda, que le miraban como su legítimo jefe. Los hábiles y experimentados Ministros de la República diariamente acudían á rendirle fingidos homenajes, y en realidad á observar el desarrollo de su inteligencia. Los primeros movimientos de su ambición eran vigilados cuidadosamente; anotábase toda palabra imprudente que se escapaba de sus labios, y cerca de él no había un solo consejero en quien

pudiera confiar. Aun no tenía quince años cuando todos los de su servidumbre, afectos á su causa ó admitidos á su confianza, fueron apartados de su lado por el receloso Gobierno. En vano protestó contra tal medida con energía impropia de sus años. Más de una vez pudieron ver correr el llanto de sus ojos, vigilantes espías colocados cerca del joven prisionero de Estado. Su salud, naturalmente delicada, cedió por algún tiempo á las emociones producidas por su triste situación. Pero los infortunios que desalientan y enervan á los débiles, hacen que con mayor brío desplieguen los fuertes toda su energía. Rodeado de asechanzas en donde hubiera perecido cualquier otro joven, Guillermo aprendió á caminar con paso á la vez canteloso y seguro. Mucho antes de haber entrado en la edad viril sabía guardar los secretos, burlar la ajena curiosidad con breves y sagaces respuestas y ocultar sus sentimientos bajo la misma invariable apariencia de grave tranquilidad. En tanto progresaba muy lentamente así en los estudios como en las demás prendas necesarias al caballero cortesano. Los modales de la nobleza holandesa de aquel tiempo carecían de la gracia que en su más alto grado de perfección distinguía á los caballeros franceses, y que si bien en grado inferior adornaba la corte de Inglaterra; y sus modales eran completamente los de un holandés. Aun entre sus paisanos pasaba plaza de brusco, y á los extranjeros generalmente parecía rudo y descortés. En el trato social parecía las más veces ignorante ó negligente de aquellas artes que doblan el valor de un favor y hacen perdonar el disgusto de una negativa. Las ciencias y las letras apenas le llamaban la atención, y así, desconocía por completo los descubrimientos de Newton y Leibnitz, y los poemas de Dryden y Boileau. El teatro

le cansaba, y de muy buena gana, apartando la atención del escenario, se ponía á hablar de asuntos políticos mientras Orestes se irritaba ó Tartuffe estrechaba la mano de Elmira. No le faltaba talento para el sarcasmo, y con frecuencia empleaba sin darse cuenta de ello una retórica natural y extravagante sin duda, pero original y vigorosa. Sin embargo, no hacía el menor alarde de ingenio ni oratoria. Su atención se fijaba principalmente en aquellos estudios que forman al sagaz y astuto hombre de negocios. Desde niño escuchaba con interés siempre que se discutían altas cuestiones de hacienda, guerra y alianzas de naciones. Sus conocimientos en geometría no iban más allá de lo necesario para la construcción de un rebellín ó un hornabeque. En cuanto á las lenguas, con ayuda de una memoria singularmente feliz, aprendió lo suficiente para comprender y contestar á cuanto se le dijese y á todas las cartas que recibía. El holandés era su lengua nativa, y además comprendía el latín, el italiano y el español. Hablaba y escribía también el francés, el inglés y el alemán, cierto que sin elegancia ni corrección, pero con afluencia é inteligiblemente. Nada más importante para un hombre que había de pasar la vida organizando grandes alianzas, y al frente de ejércitos formados de tropas de distintos países.

II.

SUS OPINIONES RELIGIOSAS.

Las circunstancias le obligaron á fijar la atención en algunas cuestiones filosóficas de índole especial, que, según parece, le interesaron más de lo que fuera

de esperar, dadas sus condiciones de carácter. Había entre los protestantes de las Provincias Unidas, como entre los de nuestra isla, dos grandes partidos religiosos que casi coincidian exactamente con dos grandes partidos políticos. Los jefes de la oligarquía municipal eran arminianos, siendo en general mirados por la multitud poco menos que como católicos. Los Príncipes de Orange habían figurado siempre como patronos de la religión calvinista, y debían gran parte de su popularidad al celo que siempre habían mostrado por la doctrina de la elección y la perseverancia final, celo no siempre ilustrado por el saber ni templado por la humanidad. Guillermo había sido educado desde niño con gran esmero en la religión de su familia, por la cual mostraba aún celo más entusiasta que el que generalmente despliegan los hombres por la fe que heredaron de sus mayores. Había meditado en los grandes enigmas discutidos en el sínodo de Dort, encontrando que la austera é inflexible lógica de la escuela ginebrina era muy adecuada á su inteligencia y á su carácter. Cierto que nunca imitó los ejemplos de intolerancia dados por algunos de sus antecesores. Sentía decidida aversión por toda suerte de persecuciones, declarándolo así no sólo cuando tal confesión parecía exigida por su política, sino aun en ocasiones en que el silencio ó el disimulo en esta parte hubieran favorecido más sus intereses. Eran, sin embargo, sus opiniones religiosas más firmes que las de sus mayores. El dogma de la predestinación era la base fundamental de sus creencias, y con frecuencia declaraba que si hubiera de abandonar aquel dogma tendría igualmente que abandonar la fe en una Providencia que todo lo dirige, convirtiéndose de este modo al epicureísmo. Excepto en este solo ejemplo, toda la savia de su vi-

goroso entendimiento, apartándose de la especulación, se había dedicado desde muy temprana edad á la práctica. Las dotes necesarias para la dirección de importantes negocios habían llegado en él á su madurez á la edad en que apenas dan muestras de florescencia en los demás hombres. Desde el tiempo de Octavio no había visto el mundo ejemplo semejante de precocidad para los negocios de Estado. Los más hábiles diplomáticos quedaban sorprendidos al escuchar las importantes observaciones que á los diez y siete años inspiraban al Príncipe los asuntos públicos, y más aún les sorprendía el ver á un mancebo que en circunstancias en que debía mostrar al exterior la tormenta de pasiones que ardía en su pecho, conservaba tan serena é imperturbable compostura como ellos mismos. A los diez y ocho años tomaba asiento entre los padres de la república, tan grave, tan sereno y tan discreto como el más viejo de todos ellos. Tenía veintiun años, cuando en un día de angustias y terrores fué colocado al frente de la administración, y á los veintitres era famoso en toda Europa como soldado y como político. Había arrojado á sus plantas las facciones domésticas; era el alma de una poderosa coalición, y había peleado honrosamente en el campo contra algunos de los más grandes generales de su tiempo.

III.

SUS DOTES MILITARES.

Sus aficiones eran más propias de guerrero que de hombre de Estado; pero él, como su bisabuelo, el taciturno príncipe que fundó la república bátava, ocupa puesto más eminente entre los hombres de Estado

que entre los guerreros. El éxito de las batallas no es ciertamente prueba indudable de los talentos militares de un caudillo; y sería por todo extremo injusto sujetar á Guillermo á tal prueba, pues casi siempre le tocó luchar con generales que eran maestros consumados en el arte de la guerra y con tropas muy superiores á las suyas en disciplina. Sin embargo, debemos creer que en modo alguno igualaba, como general en el campo, á algunos que le eran muy inferiores en inteligencia y talento. A los que eran admitidos á su confianza, hablaba de esto con la magnánima franqueza de quien habiendo terminado grandes cosas podía sin desdoro confesar algunos defectos. Nunca había hecho el aprendizaje de la milicia, según él mismo decía. Cuando aun era niño había tenido que ponerse á la cabeza de un ejército, y entre sus oficiales no había ninguno bastante competente para instruirle. De ese modo no había tenido otros maestros que los propios desatinos, ni más lecciones que sus consecuencias. Y así exclamaba en una ocasión: *«Daría con gusto buena parte de mis estados por haber servido algunas campañas á las órdenes del Príncipe de Condé, antes de tener que mandar contra él.»* Es probable que la misma circunstancia que impidió que Guillermo llegase á ser gran estratégico, haya ayudado al desarrollo de su poderosa inteligencia. Si sus batallas no le acreditan de gran táctico, por lo menos le dan derecho á la calificación de grande hombre. No hubo desastre que por un momento le privase de su serena firmeza ó de la entera posesión de todas sus facultades. Acudía á reparar sus derrotas con tan maravillosa celeridad, que antes que sus enemigos hubieran tenido tiempo de cantar el *Te Deum*, ya estaba otra vez pronto para la pelea; ni la adversa fortuna le privó nunca del respeto y confianza de sus soldados. Aquel respeto y

confianza eran debidos principalmente á su valor personal. La gran mayoría de los hombres poseen ó pueden adquirir con ayuda de circunstancias propicias el valor necesario para mandar sin deshonra al soldado durante la campaña. Pero valor como el de Guillermo, es ciertamente raro. Vióse sujeto á todo linaje de pruebas: la guerra, las heridas, enfermedades penosas acompañadas de terribles dolores, mares tempestuosos, constante é inminente riesgo de ser asesinado, riesgo que ha hecho temblar los nervios más fuertes, y que logró impresionar vivamente la diamantina fortaleza de Cromwell. Sin embargo, á nadie fué dado descubrir si podría haber algo capaz de intimidar al Príncipe de Orange. Difícilmente podían sus consejeros hacerle tomar precauciones contra las pistolas y las dagas de los conspiradores (1). Viejos marineros quedaban sorprendidos al ver la grave compostura que conservaba en medio del bramar de la rompiente en una costa peligrosa. En la pelea su bravura le hacía distinguir entre millares de valientes guerreros; le valía el generoso aplauso de ejércitos enemigos, y nunca fué puesta en duda por la injusticia de hostiles facciones. En las primeras campañas exponía su persona semejante á un hombre que buscase la muerte; era siempre el primero en la acometida y el último en retirarse; peleaba espada

(1) Después de la paz de Ryswick, suplicaban á Guillermo sus amigos con grandes instancias que hablase seriamente al Embajador francés acerca de los planes de asesinato que sin cesar urdían los jacobistas de San Germán. Es por todo extremo característica la indiferente magnanimidad con que recibió estas intimaciones de peligro. A Bentinck, que había mandado de París noticias muy alarmantes, solo contestó al final de una larga carta de negocios: «*Pour les assasins je ne luy en ay pas voulu parler croiant que c'etoit au desous de moy.*» Mayo 2 (12), 1698. Conservo la ortografía del original, si así puede llamarse.

en mano, en lo más recio de la batalla, y herido en un brazo de una bala de mosquete, corriéndole la sangre por la coraza, se mantenía firme y hacía rostro al más vivo fuego del enemigo. Conjurábanle sus amigos á que mirase más por su vida, que era inapreciable para la patria; y su más ilustre antagonista, el gran Condé, observaba, después de la sangrienta jornada de Seneff, que el Príncipe de Orange en todo se había portado como un general veterano, excepto en haber arriesgado su vida como un recluta. Guillermo negaba que pecase de temerario. La conciencia de su deber, decía, y el frío cálculo de lo que convenía al bien público, era lo que siempre le hacía acudir al puesto de peligro. No eran muy aguerridas las tropas que mandaba, y rehuían el encuentro con los veteranos del ejército francés. Fué preciso que su caudillo les enseñase cómo se ganan las batallas. Y en realidad más de una jornada que parecía irremisiblemente perdida se ganaba al fin, merced al inquebrantable esfuerzo con que reunía sus dispersos batallones, castigando severamente por su mano á los cobardes que daban el ejemplo de la fuga. A veces, sin embargo, parecía como si tuviese extraño placer en aventurar su persona. Notábase que nunca parecía más contento, ni era mayor su amabilidad y cortesía, que en medio del tumulto y carnicería de la batalla. Aun en sus pasatiempos necesitaba el acicate del peligro. Los naipes, el ajedrez y el billar no le divertían; su recreo favorito era la caza, y le gustaba tanto más, cuanto era más peligrosa. Aconteciale en la caza encontrar obstáculos en el camino, que solía vencer con saltos tan formidables, que sus más atrevidos compañeros apenas se aventuraban á seguirle. Según parece, encontraba buenas para entretenimiento de mujeres las más arriesgadas cacerías de Inglaterra, y suspi-

raba en el gran parque de Windsor por las fieras que acostumbraba á perseguir en las selvas de Gueldres, lobos, jabalíes y enormes ciervos cuyas astas no contaban menos de diez y seis mogotes (1).

IV.

SU AMOR AL PELIGRO.—SU APARENTE FRIALDAD Y FUERZA DE SUS EMOCIONES.

Hacíase tanto más notable su temeraria audacia á causa de la extremada delicadeza de su organización física. Desde niño había sido débil y enfermizo, y en los primeros años de la juventud sus dolencias se habían agravado, efecto de un terrible ataque de viruela. Padecía de asma y consunción, y constantemente agitaba su débil cuerpo la incesante fatiga de la tos. No podía dormir si no reposaba su cabeza sobre varias almohadas, y apenas podía respirar donde el aire no fuese purísimo. Torturábanle continuamente terribles dolores de cabeza, y el ejercicio le fatigaba en seguida. Los médicos alimentaban constantemente las esperanzas de sus enemigos, fijando la fecha en que, á haber algo de cierto en la ciencia médica, era imposible que su constitución pudiese resistir por más

---

(1) De Windsor escribía á Bentinck, á la sazón embajador en París: «J'ay pris avant hier un cerf dans la forest avec les chains du Pr. de Denm. et ay fait un assez jolie chasse, autant que ce vilain paiis le permest.» Marzo 20 (abril 1.°), 1698. Mala es la ortografía, si bien no peor que la de Napoleón. De Loo escribía Guillermo más contento: «Nous avons pris deux gros cerfs, le premier dans Dorewaert, qui est un des plus gros que je sache avoir jamais pris. Il porte seize.» 25 de oct. (4 de nov.) 1697.

tiempo. Sin embargo, durante toda una existencia que se redujo á una larga enfermedad, la fuerza de su espíritu no le abandonó nunca, sobreponiéndose en las grandes ocasiones á los sufrimientos y á la debilidad física.

Había nacido con violentas pasiones y exquisita sensibilidad; pero la fuerza de sus emociones jamás se traslucía al exterior. Ocultaba á los ojos de la multitud sus alegrías y sus penas, su resentimiento y su afecto bajo la más flemática serenidad que le daba fama de ser el hombre más frío del mundo. Raras veces los portadores de buenas nuevas descubrían en su rostro la más leve señal de regocijo, y en vano buscaban muestras de disgusto en su aspecto los que le veían después de una derrota. Elogiaba y reprendía, recompensaba y castigaba con la serena tranquilidad de un jefe Mohawk; pero los que le conocían bien y le veían de cerca, sabían que bajo aquel hielo ardía constantemente el fuego más abrasador. Muy rara vez la ira le ponía fuera de sí; pero cuando en realidad se enfurecía, el primer desahogo de su enojo era terrible, no pudiendo con seguridad ni aun acercársele. En tan raras ocasiones, sin embargo, no bien volvía á ser dueño de sí, daba reparación tan cumplida á los que había ofendido, que casi les hacía desear nuevamente otro arrebato de furia. Su cariño era tan impetuoso como su odio. Cuando amaba hacíalo con toda la energía de su alma, y si la muerte le privaba del objeto de su cariño, los pocos que presenciaban su dolor temblaban por su razón y por su vida. Para un pequeño círculo de amigos íntimos en cuya fidelidad y discreción podía tener completa confianza, era un hombre distinto de aquel estoico y reservado Guillermo, á quien la multitud suponía destituído de humanos sentimientos. Era bondadoso, cordial, franco y hasta ale-

gre y chistoso; permanecía á la mesa horas enteras, y tomaba parte como cualquier otro en la festiva y bulliciosa charla.

V.

SU AMISTAD CON BENTINCK.

Ocupaba el primer lugar en su afecto un caballero al servicio de su casa llamado Bentinck, descendiente de una noble familia bátava, y destinado á ser el fundador de una de las grandes familias patricias de Inglaterra. La fidelidad de Bentinck había estado sujeta á pruebas no comunes. Cuando las Provincias Unidas luchaban por la independencia contra el poderío de Francia, el joven Príncipe, en quien todos tenían puesta la esperanza, fué atacado por la viruela, enfermedad que había sido fatal á muchos individuos de su familia, y que al principio se presentó en él con muy mal aspecto. Grande fué la consternación del pueblo. Las calles del Haya estaban llenas de la mañana á la noche de personas que ansiosamente preguntaban cómo se hallaba S. A. Por fin, tomó la enfermedad carácter más benigno, y la gente atribuía su salvación no sólo á la singular serenidad de su espíritu, sino también á la intrépida é infatigable amistad de Bentinck. Sólo de sus manos tomaba Guillermo el alimento y las medicinas. Bentinck sólo era quien levantaba á Guillermo del lecho y quien le acostaba. «*Yo no sé,* decía Guillermo á Temple, lleno de emoción, *si Bentinck durmió ó no mientras estuve enfermo. Lo único que sé es que en diez y seis días con sus noches, ni una sola vez se me ocurrió pedir algo sin que Bentinck acudiese*

inmediatamente á mi lado.» No había terminado por completo su tarea el fiel servidor, cuando se sintió él mismo atacado del contagio, y, sin embargo, con fiebre y malestar continuó en pie hasta que su amo entró en la convalecencia. Entonces, por fin, solicitó Bentinck permiso para retirarse á su casa. Era ya tiempo, pues las piernas se negaban á sostenerle. Estuvo en gran peligro, pero sanó; y no bien dejó el lecho corrió á las filas del ejército, donde en muy terribles campañas se le encontraba siempre, en igual sitio que cuando el peligro fuera muy diferente, al lado de Guillermo.

Tal fué el origen de aquella amistad entusiasta y pura, como ninguna de cuantas recuerdan las historias antigua y moderna. Los descendientes de Bentink aun conservan muchas cartas escritas por Guillermo á su antecesor, y no parecerá atrevimiento afirmar que quien no haya estudiado esas cartas no puede tener idea exacta del carácter del Príncipe. Aquel á quien aun sus admiradores designan en general como el más indiferente de los hombres, olvida aquí todas las distinciones de rango y da libre expansión á sus pensamientos con la ingenuidad de un niño. Comunica á su amigo sin reserva secretos de la más alta importancia; desarrolla con la mayor sencillez vastos designios que interesaban á todos los Gobiernos de Europa, y á estas noticias y confianzas se mezclaban otras de índole muy diferente, aunque tal vez de no menor interés. Todas sus aventuras, todos sus sentimientos personales, sus largas carreras persiguiendo enormes ciervos, la francachela del día de San Huberto, el estado de sus plantas, la desgracia que le había sucedido con los melones, el estado de la yeguada, su deseo de procurar á su esposa una cómoda jaca, su disgusto al saber que uno de sus servi-

dores, después de deshonrar á una muchacha de buena familia, se negaba á casarse con ella, sus enfermedades, los dolores de cabeza; los mareos, la tos, sus prácticas religiosas, su gratitud á la divina protección después de un gran peligro, sus esfuerzos por someterse á la voluntad divina después de una desgracia; todo esto descrito en medio de la más amable garrulidad que nadie hubiera sospechado en el político más discreto y grave de su tiempo. Más notable aún es el abandono con que da suelta á su ternura y el fraternal interés con que mira la felicidad doméstica de su amigo. Cuando le nace un hijo á Bentinck, exclama Guillermo: «Espero que vivirá para ser tan bueno como vos, y si yo tuviera un hijo se profesarían el mismo cariño que á nosotros nos ha unido» (1). Siempre miró con paternal ternura á los hijos de Bentinck. Les llamaba por los más cariñosos diminutivos. Se encargaba de ellos en la ausencia de su padre, y aunque le dolía verse obligado á privarles de cualquier placer, no les dejaba ir á las partidas de caza en que pudieran correr peligro de ser lastimados por un ciervo, ó tuvieran que aguardar hasta muy tarde á compartir la bulliciosa cena de los cazadores (2). Cuando la esposa de Bentinck caía enferma en ausencia de su marido, Guillermo, en medio de los negocios de mayor importancia, tenía tiempo de enviar diariamente varios correos portadores de noticias relativas á su estado (3).

(1) Marzo 3, 1679.

(2) «Voilá en peu de mot le détail de nostre Saint Hubert. Et j'ay eu soin que M. Woodstoc (el hijo mayor de Bentinck) n'apoint esté á la chasse, bien moin au soupé, quoy qu'il fut icy. Vous pouvez pourtant croire que de n'avoir pas chassé l'a un peu mortifié, mais je ne l' ay pas ausé prendre sur moy, puisque vous m'aviez dit que vous ne le souhatiez pas.» En Loo á 4 de noviembre 1697.

(3) El 15 de junio, 1688.

En una ocasión, cuando la declararon fuera de peligro después de una grave enfermedad, prorrumpió el Príncipe en fervientes expresiones de gratitud al Criador. «*Escribo*, dice, *derramando lágrimas de alegría* (1). Tienen singular encanto estas cartas, escritas por un hombre cuya irresistible energía é inflexible firmeza imponían respeto á sus enemigos, cuya frialdad y modales poco corteses le enajenaban la adhesión de casi todos sus partidarios, y cuya mente ocupaban gigantescos proyectos que hubieran cambiado la faz de la tierra.

El objeto de tan gran cariño no era indigno de él. Bentinck, según desde el principio había declarado Temple, era el mejor y más fiel servidor que jamás príncipe alguno tuvo la suerte de poseer, y en toda su vida ni un momento dejó de merecer tan honrosa calificación. Ambos amigos habían nacido en realidad para quererse mutuamente. Guillermo no necesitaba guía ni adulador: lleno de firme y justificada confianza en el propio juicio, no era partidario de los consejeros que gustan mucho de sugestiones y réplicas. Al mismo tiempo tenía demasiado discernimiento y elevación de espíritu para que le gustase la adulación. El confidente de tal Príncipe debía ser un hombre no de inventiva y de carácter dominante, sino bravo y fiel, capaz de ejecutar puntualmente las órdenes recibidas, de guardar inviolablemente los secretos, de observar con diligencia los hechos y referirlos con toda fidelidad, y así precisamente era Bentinck.

(1) Set. 6, 1679.

VI.

MARÍA, PRINCESA DE ORANGE.

No fué Guillermo menos afortunado en el matrimonio que en la amistad. Y, sin embargo, no pareció al principio que su casamiento había de proporcionarle la dicha del hogar. Su elección había obedecido principalmente á consideraciones políticas, y no parecía probable que llegase á existir gran cariño entre una hermosa doncella de diez y seis años, de buen natural sin duda, y no desprovista de inteligencia, pero ignorante y sencilla, y un marido que si bien aun no contaba veintiocho años, á causa de su mala salud parecía más viejo que el padre de la novia, tenía maneras glaciales, y sólo pensaba en cacerías ó en los asuntos públicos. Durante algún tiempo no se mostró Guillermo marido muy solícito. Apartábanle de su esposa otras mujeres, especialmente una de las damas de honor de la Princesa, llamada Isabel Villiers, la cual, si bien carecía de atractivos personales, aumentando su fealdad el ser horriblemente bizca, poseía gran talento que la hacía digna de compartir los cuidados de Guillermo (1). Avergozábase el Príncipe de sus errores, y hacía cuanto estaba en su mano por ocultarlos; pero á pesar de todas sus precauciones, María estaba enterada de que su marido le era infiel. Espías y chismosos alentados por su padre hacían lo posible por in-

(1) Véase lo que relativamente á ella dice Swift en el *Diario de Stella*.

flamar su resentimiento. Un hombre de muy distinto carácter, el excelente Ken, el cual por algunos meses fué capellán de María en el Haya, de tal modo se irritó por las infidelidades de Guillermo, que con más celo que discreción amenazó reprenderle severamente (1). Ella, sin embargo, llevaba las ofensas de su marido con resignación y paciencia que merecían, y gradualmente alcanzaron la estimación del Príncipe. Sin embargo, aun quedaba otra causa que se oponía al complemento de su dicha. Llegaría el tiempo probablemente en que la Princesa, que sólo sabía bordar, tocar el clavicordio, leer la Biblia y los *Deberes del hombre*, se vería al frente de una gran monarquía, siendo árbitra de toda Europa, al paso que su marido, ambicioso, versado en los negocios y aficionado á grandes empresas, no encontraría en el gobierno inglés lugar que de derecho le perteneciese, derivando su poder de las bondades y mercedes de su esposa. No es extraño que un hombre tan amante de la autoridad como Guillermo, teniendo conciencia de sus aptitudes para el mando, hubiera sentido hondamente aquella mortificación que en el breve espacio de algunas horas de monarquía bastó á arrojar la discordia entre Guildford Dudley y lady Juana, y que produjo rompimiento aun más trágico entre Darnley y la Reina de Escocia. La Princesa de Orange no tenía la más leve sospecha de lo que pasaba en el alma de su esposo. Su preceptor, el Obispo Compton, la había instruído con esmero en la religión, procurando en especial precaver su espíritu contra las artes de los teólogos católicos, pero la había dejado en la más pro-

(1) *Diario de Enrique Sidney*, marzo 31, 1680, en la interesante colección de Mr. Blencowe.

funda ignorancia de la constitución inglesa y de su posición. Ella sabía únicamente que su matrimonio la obligaba á obedecer á su marido, y nunca se le había ocurrido que podría llegar el día en que la posición de ambos se invirtiese. Nueve años llevaba de casada cuando descubrió la causa del descontento de Guillermo, el cual por su parte nunca se la hubiera dado á conocer, pues en general era por naturaleza inclinado más bien á guardar dentro de sí sus penas que á comunicarlas á los demás, y en este caso particular, como fácilmente se comprende, la delicadeza sellaba sus labios. Por fin llegaron ambos cónyuges á una explicación franca, seguida de completa reconciliación, gracias á haber intervenido Gilberto Burnet.

VII.

GILBERTO BURNET.

Hase atacado con singular malicia y pertinacia la fama de Burnet. Empezaron los ataques ya en vida de Burnet, y aun continúan con el mismo encarnizamiento, á pesar de haber trascurrido más de ciento veinticinco años desde que bajó al sepulcro. Es, por sus especiales circunstancias, fácil blanco en que á su sabor pueden ejercitarse la animosidad de los partidos y los ingenios superficiales y petulantes. Los defectos de su entendimiento y de su carácter se encuentran en la superficie, y no pueden por tanto pasar inadvertidos. No eran los defectos que generalmente se consideran como propios y peculiares de su país. De todos los Escoceses que han llegado á las más altas distinciones, con próspera fortuna, en Ingla-

terra, sólamente Burnet tenía aquel carácter que los poetas satíricos, novelistas y dramáticos han convenido en atribuir á los aventureros Irlandeses. Sus fanfarronadas, su continua jactancia, su vanidad sin igual, su afición á la sátira, su provocativa indiscreción, su pertinaz audacia, fueron tesoro inagotable de que para ridiculizarlo se sirvieron los *toríes*. Ni dejaban sus enemigos de cumplimentarle algunas veces, con más donaire que delicadeza, con motivo de sus anchos hombros, de sus robustas pantorrillas y del buen resultado de sus proyectos de matrimonio con enamoradas y opulentas viudas. Sin embargo, aunque en muchos respectos se prestaba Burnet al ridículo y aun se hacía acreedor á seria censura, distaba mucho de ser hombre vulgar. Era de pronto entendimiento, de inagotable ingenio, de extensa y variada cultura. Era á un tiempo historiador, anticuario, teólogo, predicador, libelista, polemista y activo caudillo político. Y en cada una de estas distintas materias logró hacerse notable luchando con entendidos competidores. Los ingeniosos folletos que escribía sobre los acontecimientos de actualidad son hoy conocidos sólo de los curiosos; pero la *Historia de su tiempo*, la *Historia de la Reforma*, la *Exposición de los Artículos*, el *Discurso acerca de los deberes pastorales*, su *Vida de Hale* y la *Vida de Wilmot*, se reimprimen todavía y figuran en toda buena biblioteca. Contra hechos como éste, son inútiles todos los esfuerzos de sus detractores. Un escritor cuyas voluminosas obras, en distintos ramos de la literatura, encuentran numerosos lectores, ciento treinta años después de su muerte, podrá haber cometido grandes faltas, pero también habrá tenido grandes méritos. Y Burnet tenía grandes méritos, entendimiento fecundo y vigoroso, y un estilo que si bien dista mucho

de irreprochable pureza, es siempre claro, á menudo ingenioso y á veces llega hasta la más solemne y férvida elocuencia. En el púlpito contribuían al efecto de sus discursos, que pronunciaba siempre sin la ayuda de notas, su noble figura y su patética acción. Con frecuencia era interrumpido por murmullos de aprobación del auditorio; y cuando después de predicar hasta que había corrido toda la arena del reloj, que en aquellos días figuraba siempre en el púlpito, lo levantaba como para terminar, los oyentes con grandes clamores le suplicaban que continuase hasta que la arena hubiese corrido una vez más (1). En cuanto á su moralidad, como respecto de su entendimiento, grandes defectos encontraban amplia compensación en excelentes cualidades. Aunque con frecuencia se dejaba extraviar por las preocupaciones y la pasión, puede decirse que era un hombre honrado; y si bien no era insensible á las seducciones de la vanidad, su espíritu estaba muy por encima de la influencia de la avaricia ó el temor. Era de natural benévolo, generoso, agradecido y perdonador de las injurias (2). Su celo religioso, aunque inquebrantable y

(1) Véase la nota del Presidente Onslow en Burnet, I, 596; Johnson, *Vida de Sprat.*

(2) Nadie contradijo á Burnet más á menudo ni con más aspereza que Dartmouth. Y sin embargo, Dartmouth escribía: «No creo que de intento haya publicado nada que en su opinión fuese falso.» Posteriormente Dartmouth, provocado por algunas observaciones que respecto á su persona hacía el Obispo en el tomo segundo de la *Historia*, se retractaba de su anterior elogio; pero claro es que tal retractación no merece la menor importancia. Hasta el mismo Swift le hace á Burnet la justicia de reconocer que «después de todo, era hombre de natural benévolo y generoso.»—*Breves observaciones á la Historia del Obispo Burnet.*

Es costumbre acusar á Burnet de historiador inexacto, cargo que yo creo completamente injusto. Si parece singularmente inexacto, es tan solo porque su narración hubo de sufrir el más

ardiente, era en general refrenado por sus sentimientos humanitarios y su respeto á los derechos de la conciencia. Fuertemente adherido á lo que se miraba como el espíritu del cristianismo, inspirábanle completa indiferencia los ritos, nombres y formas de la política eclesiástica, y en modo alguno se sentía inclinado á la severidad aun con infieles y herejes, con tal que su vida fuese honrada y que sus errores proviniesen más bien de perversión del entendimiento que de depravación del corazón. Pero, como otros muchos hombres bondadosos de aquel tiempo, consideraba la Iglesia de Roma como exceptuada de toda regla general.

Por espacio de algunos años alcanzó Burnet reputación europea. Su *Historia de la Reforma* había sido recibida con gran aplauso por todos los protestantes, y había producido en los católicos el efecto del más rudo ataque. El más ilustre doctor que ha producido la Iglesia de Roma desde el cisma del siglo XVI, Bossuet, Obispo de Meaux, se ocupaba en escribir una elaborada respuesta. Burnet había sido honrado con un voto de gracias con que le obsequió uno de los celosos Parlamentos del período de efervescencia de la conjuración católica, siendo exhortado, en nombre de la Cámara de los Comunes, á continuar sus trabajos históricos. Fué admitido á conversar familiarmente con Carlos y Jacobo. Había vivido en estrecha intimidad con insignes hombres de Estado, particularmente con Halifax, y había sido director espiritual de personajes de gran cuenta. Había apartado del ateís-

---

severo y malévolo examen. Si cualquier whig se tomase el trabajo de sujetar á igual prueba las *Memorias* de Reresby, el *Examen* de North, la *Reseña de la Revolución* de Mulgrave, ó la *Vida de Jacobo II*, editada por Clarke, pronto vería cuánto dista Burnet de ser el escritor más inexacto de su tiempo.

mo y de la vida licenciosa á uno de los más brillantes libertinos de la época, Juan Wilmot, Conde de Rochester. Lord Stafford, el que fué víctima de Oates, á pesar de ser católico, había sido edificado en sus últimas horas por las exhortaciones de Burnet, respecto á aquellos puntos en que todos los cristianos convienen. Algunos años después, un reo más ilustre, lord Russell, fué acompañado por Burnet desde la Torre hasta el cadalso en Lincoln's Inn Fields. La Corte no había descuidado medio alguno para ganar á tan activo y sabio teólogo. Ni las regias amenazas ni las promesas de gran fortuna se habían olvidado; pero Burnet, aunque corrompido en los principios de su juventud por aquellas serviles doctrinas tan comunes en el clero de su tiempo, era whig por convicción, y permaneció firme en sus principios á través de todas las vicisitudes. No había tomado parte, sin embargo, en aquella conspiración que fué causa de tan gran deshonra y tantas calamidades trajo sobre el partido whig, y no sólo detestaba los homicidas intentos de Goodenough y Ferguson, sino era de opinión que aun su amado é ilustre amigo Russell había apelado á injustificables medidas contra el Gobierno. Por fin vino un tiempo en que la inocencia no era suficiente salvaguardia, y Burnet, á pesar de no haber incurrido en la más leve infracción de la ley, fué perseguido por la venganza de la Corte. Retiróse al Continente, y después de pasar un año en aquellas excursiones por Suiza, Italia y Alemania de que nos ha dejado tan agradable narración, llegó al Haya el verano de 1686 y fué recibido con benevolencia y respeto. Conversaba con toda libertad con la Princesa sobre religión y política, y pronto llegó á ser su director espiritual y consejero de confianza. Guillermo se mostró huésped mucho más amable de lo

que nadie hubiera esperado, porque de todos los defectos la oficiosidad y la indiscreción eran los que más aborrecía, y Burnet, aun en opinión de sus amigos y admiradores, era el hombre más oficioso é indiscreto del mundo; pero el sagaz Príncipe observó que aquel entrometido y charlatán teólogo que siempre estaba refiriendo secretos, haciendo preguntas impertinentes y dando consejos que nadie le pedía, tenía, sin embargo, recto juicio y era hombre animoso y entendido, y conocía muy bien el carácter y designios de las sectas y partidos que dividían la Gran Bretaña. Además, la fama de la elocuencia y erudición de Burnet se hallaba muy extendida. Guillermo no era aficionado á la lectura, pero llevaba muchos años al frente de la administración holandesa, en una época en que la prensa de Holanda era una de las máquinas más formidables para mover la opinión pública en Europa, y era demasiado discreto y observador para que aun cuando no tuviese afición á las letras, ignorase de cuán gran importancia es la asistencia de la literatura. Sabía que un libelo popular prestaba á veces tan gran servicio como una victoria en el campo. Conocía también la importancia de tener siempre cerca de sí alguna persona bien informada de la administración civil y eclesiástica de nuestra isla, y Burnet era un diccionario andando para cuanto se refería á la Gran Bretaña. Porque sus conocimientos, aunque no siempre eran profundos, tenían inmensa extensión, y había en Inglaterra y Escocia pocos hombres eminentes en religión y en política á quienes él no hubiera tratado. Tuvo, pues, tan gran parte en el favor y confianza del Príncipe como el que más, aventajándole en esto tan sólo los que componían el pequeño círculo de amigos íntimos de Guillermo. Cuando el doctor se tomaba alguna

libertad, lo cual era bastante frecuente, su amo se ponía más serio y adusto que de ordinario, y aun á veces soltaba alguna punzante burla capaz de hacer enmudecer á cualquiera. A pesar, sin embargo, de tales incidentes y de alguna que otra ruptura, que nunca era de larga duración, la amistad entre tan singular pareja no terminó sino cuando la misma muerte le puso término. Cierto que era difícil lastimar los sentimientos de Burnet; su vanidad, su fatuidad y su falta de tacto eran tales, que á pesar de ofender con frecuencia á los demás, él en cambio nunca se daba por ofendido.

VIII.

LOGRA RECONCILIAR Á LOS PRÍNCIPES.

Todas las peculiaridades del carácter de Burnet le hacían apto para ser el reconciliador de Guillermo y María. Cuando personas que deben profesarse mutuo amor y estima no pueden avenirse, como frecuentemente acontece, por cualquier causa que desaparecería con cuatro palabras de franca explicación, pueden considerar como una dicha tener un amigo indiscreto que pone en claro toda la verdad. Burnet dijo á la Princesa con toda claridad cuál era la idea que constantemente atormentaba á su marido. Entonces supo María por primera vez, con no pequeño asombro, que cuando llegase á ser reina de Inglaterra, Guillermo no compartiría el trono con ella. Declaró entonces llena de entusiasmo que estaba dispuesta á someterse á todas las pruebas de sumisión y afecto conyugal. Burnet, tras muchas disculpas y solemnes protestas de que

nadie en el mundo le había hablado de esto, la informó de que el remedio estaba en su mano. Podía ella fácilmente, al heredar la corona, inducir al Parlamento inglés, no solo á dar el título de rey á su marido, sino á transferirle, por medio de una ley, la administración del gobierno. Pero añadió: «*V. A. R. debe considerarlo bien antes de anunciar ninguna resolución en este asunto, porque es resolución que una vez anunciada, no se puede ni es fácil retirar.*» «*Yo no necesito tiempo para pensarlo,* contestó María. *Me basta tener ocasión de demostrar mi cariño al Príncipe. Decidle cuál es mi deseo, y hacedle venir para que lo oiga de mis labios.*» Burnet fué en busca de Guillermo; pero Guillermo estaba á muchas millas de distancia persiguiendo á un ciervo en la caza. Hasta el día siguiente no pudo verificarse la entrevista decisiva. «*Hasta ayer no supe,* dijo María, *que había tan gran diferencia entre las leyes de Inglaterra y las leyes de Dios. Pero ahora os prometo que siempre seréis el amo, y en cambio sólo os pido que así como yo observaré el precepto que ordena á la esposa obedecer á su marido, observéis vos el que ordena al marido amar á su mujer.*» Tan generoso afecto ganó por completo el corazón de Guillermo. Desde entonces hasta el triste día en que le sacaron loco de dolor de la cabecera del lecho de muerte de su esposa, reinó entre ambos la más completa amistad y confianza. Aun se conservan muchas cartas escritas por María á Guillermo, y en ellas se demuestra plenamente que aquel hombre tan poco amable á los ojos de la multitud, había conseguido inspirar á una mujer bella y virtuosa, que le era superior en rango, una pasión que rayaba casi en idolatría.

De gran importancia fué el servicio prestado en esta ocasión por Burnet á su patria. Era ya llegado el tiempo en que interesaba á toda la nación que reinase entera concordia entre ambos Príncipes.

IX.

RELACIONES DE GUILLERMO CON LOS PARTIDOS INGLESES.

Hasta terminada la insurrección del Oeste, graves disensiones habían mantenido á Guillermo apartado igualmente de whigs y toríes. Había visto con disgusto las tentativas de los whigs para privar al Gobierno ejecutivo de algunos poderes que él creía necesarios á su importancia y dignidad, y aún más le había disgustado la actitud de una fracción de aquel partido respecto á las pretensiones de Monmouth. Parecía que la oposición deseaba primero privar de todo valor é importancia á la corona de Inglaterra, y colocarla después en la cabeza de un bastardo impostor. Al mismo tiempo las opiniones religiosas del Príncipe diferían radicalmente de lo que constituía el símbolo de los toríes, los cuales eran arminianos y partidarios de los obispos, miraban con desprecio las Iglesias protestantes del Continente, y los más insignificantes detalles de la liturgia y culto de su Iglesia, eran para ellos tan sagrados como los Evangelios. En metafísica teológica, las opiniones del Príncipe eran calvinistas, y en cuanto á la organización eclesiástica y á las ceremonias del culto profesaba la más amplia tolerancia. Declaraba que el obispado era una institución legal y conveniente para el Gobierno de la Iglesia; pero hablaba con desdén y burla del fanatismo de cuantos consideran la institución de los prelados como cosa esencial para el cristianismo. No se preocupaba en lo más mínimo acerca de las vestiduras y ceremonias prescritas en el libro

de oraciones *(Prayer Book)*; pero declaraba que le hubieran gustado más los ritos de la Iglesia anglicana si no tuviesen tan gran parecido con los de los católicos. Le habían oído expresar su disgusto cuando vió por primera vez, en la capilla privada de su esposa, un altar construído según la usanza anglicana, y tan poco pareció contentarle mucho encontrarla con el libro de *Política eclesiástica* de Hooker entre las manos (1).

Observó, pues, atentamente durante mucho tiempo la contienda sostenida por las distintas facciones inglesas sin mostrar decidida predilección por ninguna. Ni en toda su vida llegó á ser decididamente whig ó tory. Carecía de lo que sirve de común fundamento á ambos partidos, que es la patria, y él nunca llegó á ser Inglés. Es cierto que salvó á Inglaterra, pero nunca la amó ni alcanzó nunca su cariño. Para él siempre fué como un destierro donde se vive á disgusto, y que se abandona con placer. Y aun cuando le prestó aquellos servicios cuyas felices consecuencias llegan hasta hoy, su principal objeto no había sido el bienestar de Inglaterra. Su amor patrio fué siempre para Holanda; allí estaba la soberbia tumba donde dormía el gran político cuya sangre, cuyo nombre, cuyo carácter y cuyo genio había heredado. En aquel país, el solo nombre de su título era mágico hechizo, que por espacio de tres generaciones despertaba el afectuoso entusiasmo de artesanos y campesinos. La lengua holandesa era la lengua de su infancia. Entre la nobleza holandesa había elegido sus primeros amigos. Las diversiones, la arquitectura, el paisaje de su tierra natal estaban por siempre impresos en su corazón.

(1) Relación manuscrita del Dr. Hooper, publicada en el Apéndice á la *Vida de Guillermo*, de Dungannon.

A Holanda volvía los ojos con incesante ternura desde una rival más orgullosa y bella. En la Galería de Whitehall suspiraba por la humilde *Casa del Bosque* del Haya, y nunca era tan feliz como cuando podía abandonar la magnificencia de Windsor por su modesta residencia de Loo. En todo el tiempo que duró su espléndido destierro, se consolaba rodeándose de edificios, plantas y lagunas cuyo aspecto le recordase las inmensas pilas de ladrillo rojo, los largos canales y los simétricos jardines del país en que había pasado sus primeros años. Sin embargo, aún su amor á la tierra que le viera nacer estaba subordinado á otro sentimiento, que muy pronto se había apoderado de su alma, que se mezcló á todas su pasiones, que le arrojó á maravillosas empresas, que le sostenía y le reanimaba al sentirse abatido por los disgustos, por la enfermedad, el dolor y la tristeza; que cerca ya del término de su carrera, pareció por breve tiempo languidecer, pero que cobrando nuevos bríos apareció otra vez más que nunca avasallador y continuaba animándole aún, mientras al lado de su lecho leían las preces de los agonizantes. Aquel sentimiento era su odio á Francia y al magnífico Rey que en muchos respectos la representaba, el cual á virtudes y cualidades eminentemente francesas unía en gran medida aquella ambición inquieta, poco escrupulosa y amante de la vanagloria que tantas veces ha valido á Francia el resentimiento de toda Europa.

No es difícil trazar los progresos del sentimiento que gradualmente fué apoderándose del alma de Guillermo. Era casi un niño cuando su patria fué atacada por Luis XIV, faltando escandalosamente á la justicia y al derecho público, é invadida por todas partes, había sido entregada á la devastación y á

todos los excesos de la rapacidad, la crueldad y la licencia. Los Holandeses llenos de desaliento, se humillaron ante el vencedor implorando merced. Dióseles por respuesta, que si deseaban la paz debían renunciar á la independencia, y rendir anualmente homenaje á la Casa de Borbón. La afrentada nación, desesperada y furiosa, había roto sus diques pidiendo ayuda al mar contra la tiranía francesa. En medio de la angustia de tan atroz conflicto; cuando los aldeanos llenos de terror huían delante de los invasores; cuando centenares de hermosos jardines y casas de recreo eran sepultados por las olas; cuando interrumpían las deliberaciones de los Estados las quejas y el llanto de los ancianos senadores, que no podían soportar la idea de sobrevivir á la libertad y á la gloria de su tierra natal, Guillermo fué llamado para ponerse al frente de los negocios. Por algún tiempo consideró imposible la resistencia. Miraba en torno suyo en busca de socorro, y miraba en vano. España estaba enervada, Alemania distraída, Inglaterra llena de corrupción. Nada restaba al joven Estatuder, como no fuese perecer con la espada en la mano, ó ser el Eneas de una gran emigración y fundar otra Holanda en comarcas á donde no llegase la tiranía francesa. Ningún obstáculo se opondría entonces á los triunfos de la Casa de Borbón. Algunos años tan sólo, y podría agregar á sus dominios Flandes y Lorena, Aragón y Castilla, Nápoles y Milán, Méjico y el Perú. Luis XIV podría ceñir la corona imperial, colocar un príncipe de su familia en el trono de Polonia, ser en Europa único dueño, desde los desiertos de Escitia hasta el Océano Atlántico, y en América, desde las regiones al Norte del trópico de Cáncer hasta las regiones que se extienden al Sur del trópico de Capricornio. Tal era la perspectiva que se ofrecía á los ojos

de Guillermo cuando por vez primera entró en la vida pública, y este pensamiento ni un instante cesó de atormentarle hasta el fin de su vida. Era para él la Monarquía francesa lo que para Annibal la República romana, lo que el Imperio otomano para Scanderberg, lo que el poderío meridional para Wallace. La religión sancionaba y alentaba aquel odio intenso é inextinguible. Centenares de predicadores calvinistas declaraban que el mismo poder que había preservado á Sansón de la epidemia para ser azote de los filisteos, y había hecho abandonar á Gedeón las faenas campestres para dar muerte á los madianitas, había reservado á Guillermo de Orange para campeón de todas las naciones libres y de todas las Iglesias no corrompidas, y esta idea no dejaba de influir en su mente. Suele atribuirse la singular indiferencia con que miran el peligro los heroicos fatalistas á la confianza en sus altos destinos y á lo sagrado de su causa. También él tenía que terminar una gran empresa, y hasta llevarla á cabo ningún daño podía sucederle; y por eso logró escapar de enfermedades que parecían irremediables, á pesar de los pronósticos de la medicina; y en vano conspiraron contra su vida bandas de asesinos, y el ligero esquife en quien se confiaba en noche oscura, en medio de un mar tempestuoso, cerca de una costa escarpada, lo llevaba salvo á la orilla, y en veinte campos de batalla las balas de cañón sembraban á su lado la muerte dejándole á él ileso. Apenas se encontrará en la historia ardor y perseverancia comparables á los que él desplegó al consagrarse á su misión. Atendiendo á tan grande objeto, eran á sus ojos las vidas de los demás hombres de tan escasa importancia como la suya. En aquel tiempo era general, aun entre los soldados más humanos y generosos, dar poca importancia á la devasta-

ción y derramamiento de sangre que irremisiblemente acompañan á los grandes hechos de armas, y el corazón de Guillermo era de acero, no sólo á causa de la insensibilidad inherente á la profesión militar, sino por aquella otra, aún más cruel, que siempre engendra la idea del deber. Tres grandes coaliciones, tres largas y sangrientas guerras, á que toda Europa acudió en armas, desde el Vístula al Océano Atlántico, han de atribuirse á su inquebrantable energía. Cuando en 1678 los Estados Generales, exhaustos y desalentados, deseaban ansiosamente el reposo, su voto aun se oponía á que la espada volviese á la vaina. Si al cabo se hizo la paz, debióse tan sólo á no poder él comunicar á los demás la resolución y fiereza de su espíritu. En el último momento, esperando romper las negociaciones que como no ignoraba estaban á punto de terminar, dió una de las batallas más sangrientas y obstinadas de la época, y desde el día en que se firmó la paz de Nimega empezó á meditar una segunda coalición. Su lucha con Luis XIV, pasando del campo al gabinete, fué pronto exasperada por una contienda particular. En talento, carácter, costumbres y opiniones, eran diametralmente opuestos ambos rivales. Cortés y lleno de dignidad Luis XIV, espléndido y voluptuoso, amante del lujo y enemigo del peligro, magnífico protector de las artes y las letras y cruel perseguidor de calvinistas, presentaba notable contraste con Guillermo, de gustos sencillos, poco elegante en su porte, infatigable é intrépido en la guerra, indiferente á todo conocimiento de mero adorno, y firme é inquebrantable adepto de la teología de Ginebra. Los enemigos no observaron por mucho tiempo aquellas cortesías que rara vez olvidan los de su rango, aun al combatir uno contra otro á la cabeza de sus ejércitos. Cierto que Guillermo ofreció

primero sus servicios á Luis XIV, el cual, no dando á esta cortesía más que su verdadero valor, le pagó con una severa reprimenda. El gran Rey afectaba el mayor desprecio por aquel principillo que estaba al servicio de una confederación de ciudades mercantiles, y á cada muestra de desprecio, el indómable Estatuder replicaba con un nuevo desafío. Guillermo tomó su título, título que los acontecimientos del siglo anterior habían hecho de los más ilustres de Europa, en una ciudad situada á orillas del Ródano, no lejos de Avignon, y que aunque enclavada en territorio francés, pertenecía propiamente no á Francia, sino á la Corona imperial. Luis XIV, con aquel altivo desprecio del derecho público que le caracteriza, ocupó á Orange, desmanteló las fortificaciones, y se apoderó de los impuestos. Guillermo declaró en voz alta, hallándose á la mesa delante de muchas personas, que el Rey Cristianísimo había de arrepentirse de aquel ultraje; y cuando el Conde de Avaux le pidió cuenta de sus palabras, se negó resueltamente á retirarlas ó á dar explicaciones. La querella se agrió en términos de que el Ministro francés no se aventuró á presentarse en el salón de la Princesa por miedo de recibir alguna afrenta (1).

El odio con que Guillermo miraba á Francia puede explicar toda su política respecto á Inglaterra. Sus planes se referían y abarcaban toda Europa. Lo que principalmente le preocupaba no era nuestra Isla, ni siquiera Holanda su patria, sino la gran comunidad de naciones amenazadas del yugo de una sola, excesivamente poderosa. Cuantos cometen el error de considerarle como político inglés, necesariamente deben

(1) Avaux, *Negociaciones*, agosto 10 (20); set. 14 (24), set. 28 (oct. 8), dic. 7 (17), 1682-83.

tener falsa idea de todos sus actos, y no podrán descubrir ningún principio general bueno ó malo, whig ó tory, á que referir los hechos más importantes de su vida. Pero cuando le consideramos como un hombre cuya misión especial fué unir una multitud de débiles, divididas y desalentadas naciones en alianza firme é inquebrantable contra el enemigo común; cuando le consideramos como el hombre á cuyos ojos la principal importancia de Inglaterra consistía en que sin ella la gran coalición que proyectaba sería incompleta, habremos de admitir que no hay larga carrera, de cuantas recuerda la historia, que haya sido más uniforme, desde el principio al fin, que la de este gran Príncipe (1).

X.

UNIDAD DE SU POLÍTICA.

La clave que actualmente poseemos nos permitirá trazar sin dificultad el curso, en realidad consistente y lógico, si bien en apariencia es á veces tortuoso, de su conducta, con respecto á nuestros partidos domés-

---

(1) No puedo privarme del placer de trasladar aquí el retrato, nada benévolo en verdad, pero profundo y noble, que traza Massillon del carácter de Guillermo. «Un prince profond dan ses vues; habile á former des ligues et á réunir les esprits; plus heureux á exciter les guerres qu'á combattre; plus á craindre encore dans le secret du cabinet, qu'á la tête des armées; un ennemi que la haine du nom Français avoit rendu capable d'imaginer de grandes choses, et de les exécuter; un de ces génies qui semblent etre nés pour mouvoir a leur gré les peuples et les souverains; un grand homme, s'il n'avoit jamais voulu être roi.» —*Oraison funebre de M. le Dauphin.*

ticos. Vió claramente lo que no se había escapado á personas que le eran muy inferiores en sagacidad, esto es, que la empresa á que consagraba todos sus esfuerzos, probablemente tendría feliz término si Inglaterra estaba de su parte; sería de incierto resultado si Inglaterra permanecía neutral, y estaba irremisiblemente perdida si continuaba Inglaterra la misma política seguida en tiempo de la Cábala. Vió con igual claridad la íntima conexión que existía entre la política exterior y la política interna del Gobierno inglés; que el Soberano, estando en armonía con las Cámaras, podía siempre influir en gran manera en los negocios de la cristiandad, teniendo por lo mismo gran interés en oponerse al excesivo engrandecimiento de cualquier potencia del Continente; y que por otra parte el Soberano que no contase con la confianza y ayuda del Parlamento, podría influir muy poco en la política europea, y aun la influencia que de este modo llegase á alcanzar sería opuesta y contraria á los intereses de la nación. El primer deseo del Príncipe fué, pues, hacer que entre el Parlamento y el Trono reinase la mayor concordia. En cuanto á los medios de establecerla y de las concesiones que habría que hacer para llegar á ella, eran cuestiones para él de secundaria importancia. No hay duda que nada le agradaría tanto como llegar á completa reconciliación sin tener que sacrificar ni una coma de la regia prerrogativa, porque en la integridad del poder supremo tenía él gran interés, siendo por naturaleza tan codicioso, por lo menos, del poder, y enemigo de toda traba, como cualquiera de los Estuardos. Pero no había florón de la corona que no se hallase dispuesto á sacrificar, aun después de colocada sobre su cabeza, con solo tener el convencimiento de que tal sacrificio era necesario é indispensable para llevar á cabo su gran designio. De aquí su conducta

cuando la conjuración católica, pues aunque censuraba la violencia con que la oposición atacaba la autoridad real, exhortaba al Gobierno á que cediese. La conducta de la Cámara de los Comunes, decía, en lo relativo á la política interna, carecía por completo de razón, pero mientras los Comunes estuvieran descontentos, las libertades de Europa perecerían, y ante consideración de tal monta debían ceder todas las demás. Consecuencia de estos principios, fué su conducta, cuando el *bill* de exclusión traía revuelta y alterada la nación británica. Nada nos induce á creer que él animase á la oposición á llevar adelante aquel *bill*, ó á rechazar los ofrecimientos que repetidas veces les hizo el Trono. Mas cuando pudo verse claramente que si el *bill* no se aprobaba habría seria ruptura entre el Parlamento y la Corte, indicó muy inteligiblemente, si bien con decorosa reserva, su opinión de no enemistarse con los representantes del pueblo, antes tenerlos amigos á cualquier precio. Cuando á efecto de una rápida y violenta reacción de la opinión pública el partido whig quedó por algún tiempo abandonado y solo, intentó Guillermo llegar á su gran objeto, por otro camino, tal vez más conforme á su carácter que el anteriormente emprendido. En el estado de desorden en que se hallaba la nación, no era probable que se formase un Parlamento dispuesto á oponerse á los deseos del Soberano. Carlos por algún tiempo fué dueño absoluto, y por tanto, el primer deseo del Príncipe fué granjearse la voluntad de Carlos. En el verano de 1683, casi al mismo tiempo que el descubrimiento de la conjuración de Rye House completaba la derrota de los whigs y el triunfo del Monarca, sucedían en el Continente algunos acontecimientos que no podían menos de inspirar á Guillermo la mayor ansiedad y alarma. Los

ejércitos turcos llegaban ya á los arrabales de Viena. La gran monarquía austriaca, con cuya ayuda había contado el Príncipe, parecía hallarse al borde de su ruina. Fué, pues, enviado Bentinck á toda prisa del Haya á Londres con encargo de no omitir cuanto fuese preciso á tener propicia la corte de Inglaterra, llevando instrucciones especiales para expresar en los términos más vehementes el horror con que había visto su amo la conspiración whig.

Durante los diez y ocho meses siguientes, hubo alguna esperanza de que la influencia de Halifax prevalecería, volviendo la corte de Whitehall á la política de la triple alianza. Aquella esperanza fué tiernamente acariciada por Guillermo, el cual no omitió esfuerzo alguno para tener propicio á Carlos. La hospitalidad que encontró Monmouth en el Haya, ha de atribuirse principalmente al vivo afán que tenía Guillermo de hacerse agradable á los ojos del padre de Monmouth. Tan prontro murió Carlos II, Guillermo, que invariablemente seguía acariciando aquel proyecto, cambió nuevamente de política. Había dado asilo á Monmouth para congraciarse al Rey difunto, y á fin de que el actual no tuviera razon de queja, obligó á Monmouth á salir de Holanda. Hemos visto que cuando estalló la insurrección del Oeste, los regimientos británicos al servicio de Holanda fueron enviados á su patria á la primera indicación, gracias á la actividad desplegada por el Príncipe, el cual llegó hasta ofrecerse á mandar en persona contra los rebeldes: y de la sinceridad de su oferta no podrán dudar cuantos hayan leído su correspondencia confidencial con Bentinck (1).

---

(1) Por ejemplo: «Je crois M. Feversham un trés brave et honeste homme. Mais je doute s'il a assez d' experience á diriger une si grande affaire que' il a sur le bras. Dieu lui donne un succés

En aquella sazón el Príncipe evidentemente esperaba que el gran plan á que todo lo demas estaba subordinado en su mente, obtendría la aprobación y ayuda de su suegro. El tono altanero que empleaba entonces Jacobo en sus relaciones con Francia, la prontitud con que consintió en una alianza defensiva con las Provincias Unidas, los deseos que mostraba de enlazarse con la Casa de Austria, servían de confirmación á sus esperanzas. Mas al poco tiempo se cubrió el cielo de nubes. La caída de Halifax, la desavenencia entre Jacobo y el Parlamento, la suspensión de las sesiones y la opinión manifestada con toda claridad por el Rey á los enviados extranjeros, que la política continental no distraería en lo sucesivo su atención de cuantas medidas internas tendiesen á fortificar su prerrogativa y promover los intereses de su Iglesia, pusieron término á las esperanzas del Príncipe. Era ya claro que al sobrevenir la crisis europea, Inglaterra, de seguir Jacobo en el trono, permanecería inactiva ó bien obraría de acuerdo con Francia; y la crisis europea estaba ya muy próxima. La Casa de Austria, merced á una serie de victorias, había logrado asegurarse de todo peligro por parte de Turquía, no viéndose ya precisada á sufrir pacientemente los despóticos insultos de Luis XIV. A consecuencia de esto, firmóse un tratado en Augsburgo en julio de 1686, por el cual los Príncipes del Imperio formaban estrecha alianza con el fin de atender á su mutua defensa. Los Reyes de España y Suecia entraban también en la

---

prompt et heureux. Mais je ne suis pas hors de inquiétude.» Julio 7 (17), 1685. Y nuevamente, al saber el resultado de la batalla de Sedgemoor: «Dieu soit loué du bon succés que les troupes du Roy ont eu contre les rebelles. Je ne doute pas que cette affaire ne soit entiérement assoupie, et que le régne du Roy sera heureux, ce que Dieu veuille.» Julio, 10 (20).

alianza: el Rey de España, como soberano de las provincias contenidas en el círculo de Borgoña, y el Rey de Suecia en su calidad de Duque de Pomerania. Declaraban los confederados que no tenían intención de atacar ni deseos de ofender á ninguna potencia, pero que estaban resueltos á no tolerar la más leve infracción de cuantos privilegios disfrutaba la Confederación Germánica, privilegios sancionados por el derecho público y la pública fe. Se comprometían á acudir todos en defensa de cualquiera de los contratantes en caso de necesidad, y fijaban el contingente que debía presentar cada uno de los de la liga, si era preciso rechazar la fuerza con la fuerza (1). No aparece el nombre de Guillermo en este documento; pero todos sabían que era obra suya, y preveían que antes de mucho sería nuevamente jefe de una coalición contra Francia. En tales circunstancias, no podían ser muy cordiales sus relaciones con el vasallo de Luis XIV; sin embargo, no hubo franca ruptura, ni se cambiaron censuras ni amenazas. Pero el suegro y el yerno quedaban separados completamente y para siempre.

XI.

GUILLERMO, JEFE DE LA OPOSICIÓN EN INGLATERRA.

En la misma época en que el Príncipe quedaba de este modo alejado de la corte de Inglaterra, desaparecían las causas que hasta entonces habían motivado cierta frialdad entre él y los grandes partidos ingleses. Una gran parte, tal vez la mayoría, de los

(1) Puede verse el tratado en el *Recueil des Traités*, IV, n.º 209.

whigs habían favorecido las pretensiones de Monmouth; pero Monmouth ya no existía. Por otra parte, los toríes habían abrigado algunos temores de que los intereses de la Iglesia anglicana no estarían seguros sometidos á un hombre educado entre los presbiterianos holandeses, y de quien se sabía que profesaba la más alta tolerancia respecto á vestiduras, ceremonias y Obispos. Pero desde que la idolatrada Iglesia se vió amenazada de peligros mucho más formidables que provenían de otra parte, aquellos temores desaparecieron por completo. Y de este modo, en el mismo momento los dos grandes partidos pusieron sus esperanzas y afectos en el mismo jefe. Los republicanos viejos no podían rehusar su confianza á quien por muchos años había ocupado dignamente la magistratura suprema de una república. Los realistas viejos no creían obrar contra sus principios al tratar con profundo respeto á un Príncipe tan próximo al Trono. En esta ocasión era de suprema importancia que reinase la más completa unión entre Guillermo y María. Cualquier desavenencia entre la presunta heredera de la Corona y su marido hubiera producido un cisma en aquella inmensa multitud que de todas partes se reunía en torno á un punto que á todos inspiraba el mismo interés. Felizmente, la intervención de Burnet hizo desaparecer todo peligro de discordia en el momento crítico, y el Príncipe llegó á ser incuestionablemente jefe de todo el partido que se oponía al Gobierno, partido que comprendía casi á toda la nación.

No hay el menor fundamento para creer que ya por esta época meditase la gran empresa á que la dura necesidad había de impulsarle más tarde. Sabía que la opinión pública en Inglaterra, si bien muy irritada por los abusos, no estaba en modo alguno dispuesta á la revolución. Es, además, indudable que deseaba

evitar el escándalo que irremisiblemente produciría una lucha mortal entre personas unidas por los más estrechos lazos de afinidad y parentesco. Su misma ambición se oponía á que acudiese á la violencia para alcanzar aquella grandeza, á que llegaría siguiendo el curso ordinario de la naturaleza y de la ley. Porque no ignoraba que de heredar su esposa regularmente la Corona, todas las prerrogativas reales vendrían íntegras con ella, mientras que subiendo al Trono por elección, no había sino sujetarse á las condiciones que á los electores pluguiese imponer. Intentaba, pues, según parece, aguardar prudentemente el día en que pudiese gobernar con indiscutible derecho, contentándose, en tanto, con ejercer gran influencia en la política inglesa, como primer Príncipe de la sangre y como jefe del partido más poderoso de la Nación, el cual, siempre que se reuniese el Parlamento, prevalecería seguramente en ambas Cámaras.

XII.

PROPONE MORDAUNT Á GUILLERMO HACER UN DESEMBARCO EN INGLATERRA.

Cierto que ya le había instado un consejero, no tan sagaz como él, pero mucho más impetuoso, á dar un golpe atrevido. Era éste el joven Vizconde de Mordaunt. No ha producido aquel siglo genio de más fecunda inventiva ni espíritu más atrevido que el de este lord. Pero si fácilmente trazaba los más atrevidos planes, rara vez se paraba á considerar si serían practicables. Su vida fué una novela extraordinaria llena

de misteriosas intrigas políticas y galantes, de rápidos y violentos cambios de escena y fortuna, y de victorias más semejantes á las de Amadís y Lanzarote que á las de Luxemburgo y Eugenio. Los episodios que se mezclan á tan extraña historia están en perfecta armonía con la acción capital. Hállanse entre ellos encuentros á media noche con bandidos generosos y rescates de nobles y bellas damas, á quienes libra de manos de sus raptores. Mordaunt, después de haberse distinguido por la elocuencia y audacia con que en la Cámara de los Comunes combatió á los partidarios de la Corte, se puso en marcha, poco después de suspenderse las sesiones, dirigiéndose al Haya, donde con gran vehemencia recomendaba al Príncipe un desembarco inmediato en Inglaterra. Creía cosa tan fácil sorprender tres grandes Reinos como andando el tiempo le fué á él tomar por sorpresa á Barcelona. Guillermo le escuchó, meditó, y en términos generales dió por respuesta que seguía con gran interés la marcha de los negocios en Inglaterra y que no apartaría un punto su atención de cuanto allí sucediese (1). Cualquiera que fuese su propósito, no es probable que eligiese por confidente á un aturdido y vanaglorioso caballero andante. Entre ambos nada había de común, como no fuese el valor personal, que en los dos rayaba en el más fabuloso heroismo. Mordaunt aspiraba tan sólo á disfrutar la excitación de la batalla y asombrar con sus hazañas á las gentes. Guillermo veía constantemente un gran fin, al cual se sentía impelido por una pasión avasalladora que tomaba á sus ojos aspecto de deber sagrado. Por llegar á aquel fin, trabajaba con paciencia semejante, como él mismo dijo una vez, á la de un marinero á

(1) Burnet, I, 762.

quien había visto en el Canal luchando contra la adversa corriente sin desmayar porque no obstante sus esfuerzos le hiciese á veces retroceder, pero bogando siempre con vigor, y contento si al cabo de algunas horas lograba adelantar una pequeña distancia (1). Cuantas hazañas no le acercasen al fin á que aspiraba, por gloriosas que pareciesen á los ojos del vulgo, eran para él vanidad infantil, y no formaban parte del verdadero objeto de la vida.

Determinó rechazar el consejo de Mordaunt, y no puede dudarse que su resolución fué acertada. Si Guillermo hubiera intentado hacer en 1686 ó aun en 1687 lo que con tan gran fortuna llevó á cabo en 1688, es probable que muchos whigs se hubieran levantado en armas acudiendo á su llamamiento; pero hubiera visto que la Nación no estaba aún preparada á dar la bienvenida á un libertador armado que llegaba de país extranjero, y que la Iglesia no había sido provocada é insultada lo suficiente á hacerla olvidar aquel dogma que por largo tiempo había sido su orgullo. Los viejos *Caballeros* se hubieran agrupado en torno del estandarte real, y es probable que en los tres Reinos empezase una guerra civil tan larga y sangrienta como la de la generación precedente. Mientras aquélla devastaba las Islas Británicas, ¿qué no hubiera hecho Luis XIV en el Continente? ¿Y qué hubiera sido entonces de Holanda, privada de sus tropas y abandonada de su Estatuder?

---

(1) *Memorias de Temple.*

XIII.

DESCONTENTO GENERAL PRODUCIDO POR LA CAÍDA DE LOS HYDES.

Contentóse, pues, Guillermo en aquella sazón con tomar cuantas medidas juzgó oportunas para unir y animar la formidable oposición de que era caudillo. No era esto difícil: la caída de los Hydes había excitado en toda Inglaterra extraordinaria alarma é indignación. Á nadie se ocultaba que la principal causa de la preocupación del Gobierno era, no determinar si el protestantismo había de ser la religión dominante, sino si debería tolerarse. Había sucedido al Tesorero un Consejo cuyo presidente era católico. Habíase confiado igualmente á un católico el sello privado. El lord Lugarteniente de Irlanda había sido reemplazado por quien no tenía más recomendación ni otros títulos á ocupar tan alto puesto que ser católico. La última persona á quien un Gobierno que mirase por los intereses de la Nación hubiera enviado á Dublín para representarle, era Tyrconnel. Sus brutales maneras le hacían desde luego incapaz de representar la majestad de la Corona. Su corto entendimiento y la violencia de su carácter le incapacitaban para dirigir los graves negocios del Estado. La mortal animosidad que sentía contra los propietarios de la mayor parte del suelo en Irlanda, era circunstancia especialísima para que no pudiese gobernar aquel Reino. Pero su intemperante fanatismo pareció compensar ampliamente la intemperancia de sus demás pasiones; y atendiendo al odio que le inspiraba la religión refor-

mada, se le permitió satisfacer á sus anchas el odio que tenía al nombre inglés. Este era, pues, el verdadero significado del respeto del Rey á los derechos de conciencia. Deseaba que su Parlamento aboliese todas las trabas impuestas á los católicos, sólo con el objeto de poder á su vez imponérselas á los protestantes. Claro era que bajo tal Príncipe la apostasía era el único camino para llegar á la grandeza, camino que, á pesar de esto, pocos se atrevieron á recorrer, porque la Nación entera se hallaba como nunca indignada, y el renegado se veía expuesto á tales muestras de desprecio y aborrecimiento por parte del pueblo, que aun á los más encallecidos é insensibles inspiraban temor.

XIV.

CONVERSIONES AL CATOLICISMO.

Verdad es que recientemente había habido algunas conversiones notables, que, sin embargo, poco contribuían al crédito de la Iglesia de Roma. Dos aristócratas habían ingresado en la comunión católica, Enrique Mordaunt, conde de Peterborough, y Jacobo Cecil, conde de Salisbury. Pero Peterborough, que había sido activo soldado, cortesano y diplomático, estaba ahora agobiado por las enfermedades y los años, y cuantos le veían recorrer con paso vacilante las galerías de Whitehall apoyado en un bastón y envuelto en emplastos y franelas, se consolaban de su defección observando que no había cambiado de religión sino cuando le abandonó el entendimien-

to (1). La necedad de Salisbury era proverbial. Merced al abuso de los placeres sensuales, su cuerpo había adquirido tal obesidad, que apenas podía moverse, y aquel cuerpo inerte albergaba un espíritu inerte también. Las sátiras populares le representaban como el hombre más á propósito para ser engañado, el cual hasta entonces había sido víctima de los jugadores, y que igualmente podía serlo ahora de los frailes. Un pasquín que por el tiempo que salió Rochester del Ministerio apareció á la puerta del palacio de Salisbury en el Strand, describía en términos groseros el horror con que el discreto Roberto Cecil, si pudiera levantarse de la tumba, vería la persona que había heredado sus honores (2).

Estos eran, de todos los prosélitos de Jacobo, los de más alto rango. Había otros renegados de clase muy distinta, hombres de talento, pero sin fortuna, destituídos de principios y de toda idea de dignidad personal. Entre éstos puede contarse á Guillermo Wycherley, el escritor más licencioso y cínico de una escuela singularmente dada al cinismo y á la licencia (3). Tambien es cierto que Mateo Tindal, el cual en época posterior adquirió gran notoriedad por sus escritos contra el cristianismo, fué recibido por este tiempo en el seno de la Iglesia infalible, hecho que, como puede suponerse, no echaron en olvido los teólogos con quienes posteriormente sostuvo tan viva controversia (4). Más infame apóstata fué todavía José Hai-

---

(1) Véanse los poemas titulados *Los Conversos* y *La Decepción*.

(2) Hállanse estos versos en la *Colección de poemas políticos*

(3) Son muy escasas nuestras noticias acerca de Wycherley; pero dos cosas hay completamente averiguadas: que en sus últimos años se hizo papista, y que recibia dinero de Jacobo. No dudo sino que fuese converso asalariado.

(4) Véase el artículo que le dedica la *Biographia Britannica*.

nes, cuyo nombre casi se ha olvidado, pero que en su tiempo se hizo famoso por las mil aventuras de su varia fortuna, pues fué sucesivamente estafador, monedero falso, falso testigo, maestro de baile, bufón, poeta y comediante. Algunos de sus prólogos y epílogos fueron muy admirados por sus contemporáneos, y universalmente se reconocía su gran mérito como actor. Este, pues, se convirtió al catolicismo, y fué á Italia en el séquito de Castelmaine; mas pronto tuvieron que despedirle por su mala conducta. Si hemos de dar crédito á una tradición que por largo tiempo se conservó en el teatro, Haines tuvo la desvergüenza de afirmar que se le había aparecido la Virgen María excitándole al arrepentimiento. Después de la revolución quiso reconciliarse con la ciudad, para lo cual hizo una penitencia más escandalosa que su delito. Una noche que tenía que representar, antes de empezar la función se presentó en el escenario envuelto en una sábana, con una antorcha en la mano, y recitó unos versos indecentes y profanos, á que él llamaba su retractación (1).

XV.

JUAN DRYDEN.

Al nombre de Haines iba unido en algunos libelos el de un renegado mucho más ilustre, Juan Dryden. Acercábase ya Dryden al término de su vida: después

(1) Véase la noticia sobre Haines por Jacobo Quin en las *Misceláneas* de Davies; *Obras de Tomás Brown*; *Vidas de estafadores*; Epílogo de Dryden á la *Máscara Secular*.

de muchos triunfos y muchas caídas había conseguido al fin que la opinión general le concediese el primer puesto entre los poetas ingleses de su tiempo. Más que ningún otro literato de Inglaterra era Dryden acreedor á la gratitud de Jacobo. Pero Jacobo se ocupaba poco de los versos y mucho del dinero. Desde el día de su advenimiento habíase propuesto introducir pequeñas reformas económicas que valieron á su Gobierno ser tachado de mezquindad sin producir ningún alivio perceptible en la Hacienda. Una de las víctimas de tan irracional tacañería fué el poeta laureado. Dióse orden que en el nuevo presupuesto se suprimiese el tonel de vino de Jerez que anualmente se concedía á Johnson y que continuaban recibiendo sus sucesores (1). Este fué el solo recuerdo que el primer año de su reinado se dignó conceder al gran satírico, que en el momento crítico de la gran lucha del *bill* de exclusión había esparcido el terror entre las filas de los whigs. Dryden era pobre, y no llevaba con paciencia su pobreza. Sabía muy poco y apenas se ocupaba de las contiendas religiosas. Si algún sentimiento había hondamente arraigado en él, era aversión decidida á todo linaje de sacerdotes, levitas, augures, muftis, sacerdotes católicos, presbiterianos, anglicanos. No era por naturaleza hombre de levantado espíritu, y sus trabajos no podían en modo alguno haber contribuído á dar mayor elevación ó delicadeza á su entendimiento. Durante muchos años había ganado el pan cotidiano adulando el corrompido gusto del público y halagando bajamente á ricos y nobles protectores. No había de pedirse propio decoro ni conducta delicada á quien había llevado una

---

(1) Resulta este hecho, que escapó á las minuciosas investigaciones de Malone, del *Treasury Letter Book* de 1685.

vida de mendigo y adulador. Al ver que si continuaba llamándose protestante ya no se solicitarían sus servicios, se declaró católico. Entonces instantáneamente desapareció la tacañería del Rey. Asignóse á Dryden una pensión de cien libras anuales, y él se ocupó en defender su nueva religión en prosa y verso.

Dos hombres eminentes, Samuel Johnson y Walter Scott, hicieron los mayores esfuerzos para persuadirse y persuadir á los demás de que tan memorable conversión había sido sincera. Era natural que deseasen borrar mancha tan deshonrosa de la memoria de un hombre cuyo ingenio con justicia admiraban, y cuyas opiniones políticas les inspiraban la más viva simpatía; pero el historiador imparcial debe, con pesar, emitir fallo muy diferente. Siempre inspirará gran desconfianza la sinceridad de una conversión en que el converso obtiene inmediata ganancia, y en el caso de Dryden nada hay que pueda desvanecer esta suposición. Sus escritos teológicos prueban plenamente que nunca había buscado con afán y diligencia la verdad, y que su conocimiento, así de la Iglesia que abandonó como de aquella cuya doctrina abrazara, era lo más superficial que puede darse. Ni su conducta posterior hace ver en él al hombre á quien la conciencia de su deber ha obligado á dar un paso de capital importancia. Á obrar él de esta suerte, la misma convicción que le había hecho ingresar en la Iglesia de Roma, le hubiera impedido infringir grosera y habitualmente los preceptos que aquella Iglesia, lo mismo que todas las cristianas, proclama como obligatorios. Además se hubiera notado gran diferencia entre las composiciones anteriores y posteriores á su conversión. Hubiera mirado con remordimiento su vida literaria de casi treinta años, en los

cuales había empleado constantemente sus raras dotes de hablista y versificador en propagar la corrupción moral. Ni un verso que pretendiese hacer despreciable la virtud ó inflamar licenciosos deseos debía salir en adelante de su pluma: por desgracia, la verdad es que los dramas que escribió después de su pretendida conversión son tan impuros y profanos como los de su juventud. Hasta cuando se dedicaba á traducir, buscaba constantemente y rebuscaba en los autores originales hasta encontrar imágenes que, no sólo no debía haber buscado, sino que aun cuando las hallase debía haberlas pasado por alto ó al menos atenuar su colorido; pero lo que era malo, resultaba peor en sus versiones; lo que era inocente se hacía picaresco al pasar por su inteligencia: hizo aún más groseras las sátiras de Juvenal que tradujo; intercaló descripciones indecentes en los cuentos de Boccaccio, y manchó la dulce y limpia poesía de las *Geórgicas* con fango inmundo, que hubiera excitado la indignación de Virgilio.

El refuerzo de Dryden fué saludado con entusiasmo por los teólogos católicos, que sostenían con trabajo la lucha con los más ilustres campeones de la Iglesia anglicana. No se les ocultaba que su estilo, desfigurado por las lenguas extrañas que habían practicado en Roma y en Douay, no podía presentarse con ventaja al lado de la elocuencia de Tillotson y Sherlok. Parecía que no era cosa de poca importancia haber conseguido la cooperación del gran maestro de la lengua en aquel tiempo. El primer servicio que se reclamó de Dryden, en cambio de su pensión, fué una defensa del catolicismo, en prosa, contra Stillingfleet. Pero el arte de bien decir es completamente inútil cuando lo que se tiene que decir es insignificante, y en este caso se hallaba Dryden. Pronto advirtió cuán inferior

era á su antagonista, cuya vida entera había sido una larga escuela de controversia. El gladiador veterano desarmó al novicio, infiriéndole desdeñosamente algún que otro arañazo, y dejándolo en seguida para acudir al encuentro de enemigos más formidables.

XVI.

LA CIERVA Y LA PANTERA.

Echó mano entonces Dryden de un arma en que seguramente no tenía rival. Huyó por algún tiempo del bullicio de cafés y teatros á un tranquilo retiro en el condado de Huntindong, y allí compuso con inusitado esmero y laboriosidad su célebre poema sobre los puntos discutidos entre católicos y anglicanos. La Iglesia de Roma estaba representada por una cierva de nívea blancura siempre en peligro de muerte, pero no condenada á morir. Las fieras del bosque intentaban darle muerte. La medrosa liebre observaba tímida neutralidad; pero el zorro sofiniano, el lobo presbiteriano, el oso, que representaba á los independientes, y el jabalí anabaptista, esperaban, dispuestos á arrojarse sobre ella, á la inmaculada cierva. Sin embargo, gracias á estar protegida de su amigo el regio león, podía arriesgarse á beber con ellos en el mismo arroyo. Personificaba la Iglesia anglicana una pantera de manchada piel es cierto, pero hermosa, excesivamente hermosa para una fiera. La cierva y la pantera, igualmente aborrecidas de las bestias de la selva, conferenciaron aparte acerca del común peligro. Luégo se pusieron á discutir los puntos en que disentían, y al mismo tiempo que jugueteaban con la cola y pa-

seaban la lengua por el hocico, conversaban largamente sobre la real presencia, la autoridad de Papas y Concilios, las leyes penales, la ley del *Test*, los perjurios de Oates, los servicios de Butler, que tan mal habían pagado los *Caballeros*, los folletos de Stillingfleet y los anchos hombros y proyectos matrimoniales de Burnet.

Fácilmente se comprende lo absurdo de este plan. En verdad, la alegoría no podía mantenerse sin interrupción ni diez versos seguidos. El arte de composición no podía evitar los escollos del plan que se había propuesto. Sin embargo, la fábula de la cierva y la pantera es, á no dudar, la obra más importante que produjo la literatura inglesa durante el breve y turbulento reinado de Jacobo II. En ninguna de las obras de Dryden se hallarán pasajes de mayor magnificencia, ni más patéticos, ni tan notable fluidez y energía en el lenguaje, ni más agradable y variada música.

El poema se publicó con todas las ventajas que puede conceder la regia protección. Imprimióse una soberbia edición para Escocia en la Imprenta Católica, en el palacio de Holyrood; pero la gente no estaba de humor de dejarse seducir por los encantos del transparente estilo y melodioso ritmo del apóstata. El disgusto excitado por su venalidad, la creciente alarma que inspiraba la política que él elogiaba no podían dejar de manifestarse. Inflamaban la justa indignación del público muchos á quienes el poeta había puesto en ridículo, sin contar todos aquellos que envidiaban su fama. No obstante las restricciones que pesaban sobre la prensa, diariamente aparecían escritos en que se atacaban su vida y sus obras. Ya le comparaban con Bayes, ya con el poeta Squab, ya le recordaban que en su juventud había hecho á Cromwell la

misma servil corte que ahora hacía á los Estuardos. Algunos de sus enemigos hicieron reimprimir con toda malicia los versos que había escrito Dryden burlándose del catolicismo cuando no esperaba ganar nada con ser católico. Entre las muchas sátiras que en esta ocasión salieron á luz, la que alcanzó mayor popularidad era obra de dos jovenes que acababan de terminar sus estudios en Cambridge, siendo acogidos en los cafés literarios de Londres como novicios de quienes se podía esperar mucho. Llamábanse Carlos Montague y Mateo Prior. Montague era de noble cuna, al paso que el origen de Prior era tan oscuro, que ningún biógrafo ha podido encontrarlo; pero ambos aventureros eran pobres y ambiciosos; ambos estaban dotados de ingenio agudo y poderosa inteligencia; ambos llegaron después á los más altos puestos, y ambos unían en grado eminente al amor á las letras gran conocimiento en aquella parte de los negocios que más suele disgustar á los literatos. Entre los cincuenta poetas cuyas vidas escribió Johnson, Montague y Prior son los dos únicos que se distinguieron por su profundo conocimiento de la hacienda y el tráfico. Muy pronto habían de separarse, siguiendo cada uno dirección contraria. Disolvióse su antigua amistad, y uno de ellos, que llegó á ser jefe del partido whig, fué acusado ante la Alta Cámara por los toríes. El otro, iniciado en todos los misterios de la diplomacia tory, estuvo mucho tiempo encarcelado por los whigs. Por fin, después de muchos años fecundos en acontecimientos, ambos amigos, por tanto tiempo separados, vinieron á reunirse en la abadía de Westminster.

XVII.

CAMBIO EN LA POLÍTICA DE LA CORTE RESPECTO Á LOS PURITANOS.

Todo el que haya leído con atención el cuento de *La Cierva y la Pantera* habrá advertido que, á medida que se adelanta en la obra, se notan grandes diferencias en el modo de pensar de los personajes empleados por el poeta. Menciónase al principio la Iglesia anglicana con cariño y respeto, exhortándola á aliarse con los católicos en contra de las sectas puritanas; pero al final del poema, y en el prefacio, que fué escrito después de terminada la obra, se invita á los protestantes disidentes á hacer causa común con los católicos, en contra de la Iglesia anglicana.

Este cambio en el lenguaje del poeta cortesano indicaba un gran cambio en la política de la Corte. La primera intención de Jacobo había sido obtener para la Iglesia católica, no sólo completa inmunidad de todas las leyes penales é incapacidades civiles impuestas á los católicos, sino amplia participación en los beneficios eclesiásticos y académicos, y al mismo tiempo hacer cumplir con rigor las leyes contra las sectas puritanas. Todas las exenciones especiales concedidas por el Rey habían sido otorgadas á católicos, al paso que durante algún tiempo hizo cumplir con toda severidad las más duras leyes sancionadas contra los presbiterianos, independientes y baptistas. Mientras Hales iba á mandar un regimiento; mientras Powis entraba á formar parte del Consejo; cuando Massey era nombrado deán, y breviarios y libros de misa se imprimían con Real licencia en Oxford; al mismo tiempo que se exponía públicamente la Hos-

tia en Londres bajo la protección de las picas y mosquetes de los guardias de á pie; mientras frailes y monjes vistiendo los hábitos de sus Ordenes recorrían las calles de la capital, Baxter estaba encarcelado, Howe vivía en el destierro, la ley de las *Cinco Millas* y la de *Reuniones* estaban en pleno vigor, y los escritores puritanos tenían que valerse de imprentas extranjeras ó clandestinas. Las congregaciones puritanas sólo se podían reunir de noche ó en sitios apartados, y los ministros tenían que predicar cubiertos con el disfraz de marineros ó mozos de cuerda. En Escocia, el Rey, al mismo tiempo que no omitía esfuerzo alguno para hacer que los Estados se mostrasen favorables á los católicos, había pedido, y ya fueran sancionados, nuevos estatutos de severidad sin ejemplo contra los presbiterianos. Su conducta con los desterrados hugonotes habia mostrado bien á las claras cuáles eran sus designios. Ya hemos visto que cuando la pública munificencia había colocado en sus manos una gran suma para socorrer á aquellos infelices, él, faltando á todas las leyes de la hospitalidad y de la buena fe, les exigió renunciar al ritual calvinista de que eran tan partidarios, y les obligaba á adoptar el rito anglicano antes de entregarles la más mínima parte de la limosna confiada á su cuidado.

Tal había sido su política mientras aun conservó alguna esperanza de que la Iglesia anglicana consentiría en compartir su ascendiente con la Iglesia de Roma. Hubo un momento en que llegó á confiar en aquella esperanza con toda seguridad. El entusiasmo con que los toríes habían saludado su advenimiento, las elecciones, el respetuoso lenguaje y espléndidas concesiones del Parlamento, el fin de la insurrección del Oeste, el completo abatimiento y postración del partido que había intentado excluirle

de la Corona, exaltaron su mente y extraviaron su razón. Parecíale seguro é indudable que todos los obstáculos cederían ante su poder y firmeza. El Parlamento intentó resistírsele, y él entonces quiso probar el efecto de las reprensiones y amenazas; y como reprensiones y amenazas fuesen inútiles, quiso probar el efecto de la suspensión. Desde el día en que se suspendieran las sesiones, había ido creciendo y se había hecho más general la oposición á sus designios. Claramente se veía que de poner por obra su propósito, incurriría en el desagrado de aquel gran partido que en todo tiempo había dado pruebas de tan singular fidelidad á la regia prerrogativa, á su familia y á su persona. Todo el clero anglicano, todos los caballeros de la *gentry* se pondrían en contra suya. En vano había pretendido, por virtud de la supremacía eclesiástica inherente á la autoridad Real, obligar al clero á abstenerse de discutir los puntos de controversia. En todas las parroquias de la nación exhortaba el pastor á los fieles, en las pláticas del domingo, á estar prevenidos contra los errores de Roma, y estas exhortaciones producían tanto mayor efecto, cuanto iban acompañadas de protestas de adhesión al Soberano, y del firme propósito de sufrir con paciencia cuantos males intentara el Rey descargar sobre el clero anglicano. Los nobles y caballeros realistas que durante cuarenta y cinco años de guerras y discordias habían sostenido tan valerosamente la causa del trono, manifestaban ahora en entusiastas frases su resolución de desplegar igual valor y constancia en defensa de la Iglesia. A pesar de lo limitado del entendimiento de Jacobo y de su despótico carácter, comprendió que debía cambiar de política. No podía, sin peligro, aventurarse á ultrajar á todos sus súbditos protestantes al mismo

tiempo. Si pudiera contentarse con hacer concesiones al partido predominante en ambas Cámaras; si le fuera posible dejar á la religión establecida todas sus dignidades, emolumentos y privilegios, íntegros y cabales, podría también disolver las congregaciones presbiterianas y llenar las cárceles de predicadores baptistas. Pero si se resolvía á despojar á la Iglesia anglicana, tendría que renunciar al placer de perseguir las sectas disidentes. Si había de luchar en adelante contra sus antiguos amigos, tendría que hacer treguas con sus antiguos enemigos. Sólo podría vencer á la Iglesia anglicana formando contra ella una gran coalición, en la que habían de entrar sectas que si bien en doctrina y organización diferían más una de otra que de la Iglesia establecida, movidas de la común envidia de su grandeza y del común temor á su intolerancia, podrían tal vez ser inducidas á dar treguas á sus mutuas animosidades hasta que aquella Iglesia no estuviese ya en situación de oprimirlas.

Este plan tenía á sus ojos una gran ventaja. Si conseguía tan sólo conciliarse los protestantes disidentes, podía juzgarse al abrigo de toda tentativa de rebelión. Según los teólogos anglicanos, ningún súbdito podría justificar la resistencia y acudir á las armas so protexto de defender la voluntad divina. Muy diferente era la teoría de la secta puritana. No tenían estos sectarios el menor escrúpulo en dar muerte á los tiranos con la espada de Gedeón, y hasta muchos de ellos no rehusarían emplear la daga de Ehud. Tal vez aun meditaban otra insurrección del Oeste, ó bien otra conspiración de Rye House. Así, pues, creía Jacobo poder con toda seguridad perseguir á la Iglesia anglicana, á condición tan sólo de no tener que luchar con los disidentes. El partido cuyos principios

no le ofrecían la menor garantía haría alianza con él, en interés propio, mientras, por el contrario, aquel otro partido cuyos intereses se proponía atacar, no acudiría nunca á la insurrección, que terminantemente condenaban sus principios.

Cediendo á estas consideraciones, empezó Jacobo á meditar, desde el tiempo en que lleno de ira había disuelto el Parlamento, en una liga general de todos los disidentes católicos y protestantes contra la religión anglicana. Ya en 1685 los agentes de las Provincias Unidas anunciaban á los Estados Generales que el Gobierno había trazado un plan de tolerancia general, el cual muy pronto se haría público (1). Los rumores de que se había hecho eco la embajada holandesa resultaron prematuros. Parece, sin embargo, que se trató con más blandura á los separatistas, durante el año de 1686 que en el anterior de 1685. Pero sólo lenta y gradualmente, y después de muchas vacilaciones, se resolvió el Monarca á formar alianza con aquellos á quienes más aborrecía. Tuvo que vencer una animosidad, no ligera ó caprichosa, no de origen reciente ó fruto de un arrebato del momento, sino hereditaria en su familia, fortalecida por graves ofensas inferidas y sufridas por espacio de ciento veinte años, y estrechamente unida á todos sus sentimientos, religioso, político, doméstico y personal. Cuatro generaciones de Estuardos habían sostenido guerra á muerte con cuatro generaciones de puritanos; y en todo el tiempo que duró tan larga guerra, no había habido un Estuardo que odiase tan profundamente á los puritanos, ó á quien los puritanos odiasen tanto, como Jacobo II. Ellos habían intentado manchar su honor y despojarle de la herencia á que su nacimiento le daba de-

(1) Leeuwen, diciembre 25 (enero 4), 1685-86.

recho; ellos le habían acusado de incendiario, asesino y envenenador; ellos le habían arrojado del Almirantazgo y del Consejo privado; repetidas veces le habían mandado al destierro, habían tratado de asesinarle y se habían levantado en masa contra él. Él se había vengado de ellos por matanza tan horrible como nunca se había visto en Inglaterra. Las cabezas y los miembros de los rebeldes aún entonces se estaban pudriendo en todas las plazas del Somersetshire y del Dorsetshire. Míseras ancianas, muy respetadas y tenidas en alta estima entre los sectarios, por su religiosidad y corazón caritativo, fueran decapitadas y quemadas vivas, por delitos que ningún buen Príncipe hubiera considerado dignos siquiera de severa reprimenda. Tales habían sido aun en Inglaterra las relaciones entre el Rey y los puritanos; pues en Escocia, la tiranía del Rey y la furia de los puritanos habían llegado á extremos que apenas podían concebir los Ingleses. Olvidar enemistad tan larga y mortal, no era empresa fácil para un hombre de carácter tan singularmente duro é implacable.

No se ocultó á la perspicacia de Barillon la lucha que agitaba la mente del Monarca. A fines de enero de 1687 escribió una carta muy notable á Versalles, en la cual decía, en sustancia, lo siguiente: El Rey estaba casi convencido de no poder alcanzar entera libertad para los católicos mientras dejase en pie las leyes contra los protestantes disidentes. Inclinábase, por tanto, á la idea de mostrar igual indulgencia para todos; pero en su interior hubiera preferido seguramente, aun entonces, dividir su protección y favor entre católicos y anglicanos, con exclusión de todas las demás sectas religiosas (1).

(1) Barillon, enero 31 (febrero 10), 1686-87. «Je crois que, dans le

XVIII.

TOLERANCIA CONCEDIDA Á LOS DISIDENTES ESCOCESES.

Muy pocos días después de escrito este despacho, vacilante, y aun lleno de repugnancia, hizo Jacobo las primeras indicaciones á los puritanos. Había resuelto empezar por Escocia, donde su prerrogativa de exención del cumplimiento de leyes aprobadas por las Cámaras, fuera admitida por los obsequiosos Estados. En 12 de febrero, pues, se publicó en Edimburgo una proclama, por cuya virtud se mejoraba la condición de los devotos disidentes (1). Plenamente prueba la proclama cuan exactas eran las observaciones de Barillon. Aun en el mismo momento de hacer concesiones á los presbiterianos, no pudo Jacobo ocultar el odio que les profesaba. Á los católicos otorgóse completa tolerancia. Los cuáqueros no tenían casi razón de queja. Pero la indulgencia prometida á los presbiterianos que formaban la gran mayoría del pueblo escocés, iba acompañada de tales restricciones, que le quitaban casi todo valor. Al antiguo juramento, que excluía igualmente á católicos y presbiterianos de los empleos, sustituyóse otro nuevo que admitía á los católicos, pero excluía á la mayor parte de los presbiterianos. Permitióse á los católicos construir capillas y aun llevar en procesión la hostia, á excep-

---

fond, si on ne pouvoit laisser que la réligion anglicane et la catholique établies par les loix, le Roi d'Angleterre en seroit bien plus content.»

(1) Puede verse en Wodrow, Apéndice, tomo II, núm. 129.

ción tan sólo de las calles principales de las circunscripciones regias: á los cuáqueros se les permitía congregarse en edificios públicos; pero á los presbiterianos se prohibía adorar á Dios, como no fuese privadamente. Tampoco se les permitía construir casas para sus reuniones, ni aun podían ejercer las prácticas de su religión en las granjas y galerías exteriores, estableciéndose con toda claridad que, si se atrevían á celebrar sus reuniones al aire libre, se aplicaría con todo rigor la ley que imponía pena de la vida al predicador y á los oyentes. Los sacerdotes católicos podían decir misa, los cuáqueros arengar á sus hermanos; pero al mismo tiempo se ordenaba al Consejo privado no permitir la predicación á ningún ministro presbiteriano como no tuviese licencia especial del Gobierno. En cada línea de este documento y de las cartas que le acompañaban se ve cuánto costaba al Rey disminuir en lo más mínimo el rigor con que siempre había tratado á los antiguos enemigos de su casa (1).

Es probable que cuando publicaba esta proclama, no se hallase en modo alguno dispuesto á formar alianza con los puritanos, siendo únicamente su objeto favorecerlos tan sólo lo suficiente á despertar el temor entre los partidarios de la Iglesia anglicana y obligarles de este modo á someterse. Esperó, pues, un mes con el fin de observar qué efecto produciría en Inglaterra el edicto publicado en Edimburgo.

(1) Wodrow, Apéndice, tomo II, núms. 128, 129 y 132.



XIX.

CONFERENCIAS EN PALACIO.—EL ALMIRANTE HERBERT.

Empleó aquel mes con gran asiduidad, por consejo del P. Petre, en conferencias privadas en su gabinete *(Closet)*, á que se dió el nombre de *Closeting*. Estaba la capital llena de gente. Esperábase que el Parlamento se reuniría pronto para el despacho de los negocios, y muchos diputados habían acudido á Londres. El Rey se dedicó á ganarlos uno a uno. Lisonjeábase de que los celosos toríes, con muy contadas excepciones (y de tales miembros se componía la Cámara de los Comunes), tendrían gran dificultad en resistir á sus instancias, dirigiéndose á ellos no colectivamente, sino en la familiaridad de la conversación. Así, pues, los diputados que venían á Whitehall á ofrecer sus respetos al Soberano, eran llamados aparte y honrados con largas conferencias privadas. El Rey les instaba para que, á fuer de leales caballeros, le satisficiesen en la única cosa en que ponía todo su corazón. Tratábase, les decía, de una cuestión en que estaba interesado su honor personal. Las leyes promulgadas en el reinado de su hermano, por Parlamentos parciales contra los católicos, iban en realidad dirigas contra él. Aquellas leyes le habían estigmatizado, le habían hecho salir del Almirantazgo, le arrojaran del Consejo privado. Tenía derecho á esperar la ayuda de cuantos le amaban y respetaban, para la revocación de aquellas leyes. Cuando sus oyentes eran sordos á tales exhortaciones recurría al temor y á la corrupción. Á cuantos se negaban á complacerle

en este asunto, decíales muy claramente que no debían esperar ni la menor muestra de favor por parte de la Corte, y no obstante su avaricia, abría sus cofres y distribuía sus ahorros. Muchos de los invitados á conferenciar con él salían de su dormitorio llevando el dinero recibido de mano del mismo Rey. Los jueces que por este tiempo se ocupaban en efectuar la visita de primavera á sus distritos, recibieron orden del Rey de ver á los diputados que aun permanecían en sus casas y enterarse de las intenciones de cada uno. El resultado de esta investigación fué que la gran mayoría de la Cámara de los Comunes parecía firmemente resuelta á oponerse á los planes de la Corte (1).

Excitó general admiración, entre los que más se distinguieron por su firmeza, Arturo Herbert, hermano del Chief Justice, diputado por Dover, jefe del guardarropa y contralmirante de Inglaterra. Era Arturo Herbert muy querido de los marinos, y estaba reputado como uno de los mejores oficiales de la nobleza que servían en la armada. Todos habían supuesto que sin dificultad se prestaría á los regios deseos, porque era indiferente en materias religiosas, amaba los placeres y el lujo, no tenía hacienda propia, sus empleos le producían cuatro mil libras anuales, y por mucho tiempo había sido contado entre los más devotos partidarios de Jacobo. Sin embargo, cuando el contralmirante fué llamado al gabinete del Rey y se le pidió la promesa de votar la revocación de la ley del *Test*, contestó que ni su honor ni su conciencia le permitían comprometerse á semejante cosa. «*Nadie pone en duda vuestro honor*, dijo el Rey, *pero quien vive*

---

(1) Barillón, febrero 28 (marzo 10), 1686-87; Citters, febrero 15 (25); *Memorias de Reresby;* Bonrepaux, mayo 25 (junio 4), 1687.

como vos, no debe mencionar para nada su conciencia.» A tal reconvención, que sentaba muy mal en boca del amante de Catalina Sedley, Herbert replicó animosamente: *«Señor, yo tengo mis faltas, pero podría nombrar algunos que hablan de su conciencia mucho más de lo que yo acostumbro á hacerlo, y sin embargo, llevan una vida tan libre como la mía.»* Priváronle de todos sus empleos, examinando con grande é injusta severidad, como él mismo se quejó, las cuentas de lo que había recibido y gastado en su calidad de jefe del guardarropa (1).

Era, pues, evidente que debía abandonarse toda esperanza de unión entre las Iglesias de Inglaterra y Roma, para repartirse los beneficios y emolumentos y concluir con las sectas puritanas. No quedaba otro recurso que intentar una coalición entre los católicos y puritanos contra la Iglesia nacional.

XX.

LA DECLARACIÓN DE INDULGENCIA.

El 18 de marzo de 1687 anunció el Rey al Consejo privado su resolución de aplazar las sesiones del Parlamento hasta fines de noviembre, y conceder, de propia autoridad, completa libertad de conciencia á todos sus súbditos (2). El 4 de abril apareció la memorable *Declaración de Indulgencia.*

---

(1) Barillon, marzo 14 (24), 1687; lady Russell al Dr. Fitz William, abril 1; Burnet, I, 671, 762. Difiere algo el relato que de la conversación trae la *Vida de Jacobo II*, de Clarke, tomo II, 204, pero este pasaje no forma parte de las *Memorias* del Rey.

(2) *Gaceta de Londres*, marzo 21, 1686-87.

En esta Declaración manifestaba el Rey el más vivo deseo de ver al pueblo inglés ingresar en la Iglesia de Roma, á que él pertenecía; mas ya que esto no fuese posible, anunciaba su designio de proteger á todos en el libre ejercicio de su religión. Repetía todas aquellas frases que ocho años antes, cuando se hallaba en la opresión, salían con tanta frecuencia de sus labios, mas que había cesado de emplear desde el día en que la fortuna, por uno de sus frecuentes cambios, había puesto en sus manos el poder del opresor. Por mucho tiempo, decía, había abrigado el convencimiento de que la conciencia no se puede dirigir por la fuerza, que las persecuciones eran dañosas á la población y al tráfico, y no conducían nunca al fin anhelado por los perseguidores. Repetía su promesa, que ya había hecho tantas veces y tantas veces violado, de proteger la Iglesia anglicana en el goce de sus derechos legales. De aquí pasaba á anular, sin más título que la propia autoridad, una larga serie de estatutos. Suspendía todas las leyes penales, en vigor á la sazón, contra toda suerte de disidentes. Autorizaba á los católicos y á los protestantes disidentes á celebrar en público las ceremonias del culto. Prohibía á sus súbditos, so pena de incurrir en su más profundo desagrado, molestar á cualquier congregación religiosa, y abolía también cuantas leyes imponían el juramento religioso como requisito indispensable para los empleos civiles ó militares (1).

Que la *Declaración de Indulgencia* era contraria á la Constitución, es un punto en que siempre han estado completamente de acuerdo los dos grandes partidos ingleses. Toda persona capaz de razonar en cuestiones políticas, advertiría que el Monarca cuyo

(1) *Gaceta de Londres*, abril 7, 1687.

poder llega hasta ordenar una declaración como la de indulgencia, es ni más ni menos que un Monarca absoluto. Ni es posible alegar en defensa de este acto de Jacobo lo que ha servido para vindicación ó excusa á tantas arbitrariedades cometidas por los Estuardos. No puede decirse que equivocase los límites de su prerrogativa por no haberse fijado con toda exactitud; pues la verdad es que, teniendo á la vista y bien reciente el límite de su poder, no vaciló en ir más allá. Quince años antes, su hermano, obedeciendo á las sugestiones de la Cábala, había publicado también una *Declaración*, que comparada con la de Jacobo, podría calificarse de templada y prudente. La *Declaración* de Carlos abolía tan sólo las leyes penales: la de Jacobo suprimía al mismo tiempo las pruebas religiosas. La *Declaración* de Carlos permitía á los católicos celebrar sólo en edificios privados las ceremonias de su culto. Según la *Declaración* de Jacobo, podían construir y decorar templos, y aun recorrer en procesión las calles principales con todo el aparato de cruces, imágenes é incensarios. Y sin embargo, á pesar de tan grandes diferencias, la *Declaración* de Carlos fuera declarada ilegal de la manera más solemne, habiendo manifestado que el Rey no tenía poder para suprimir estatutos referentes á cuestiones eclesiásticas. Carlos había ordenado que el odioso documento fuese cancelado en su presencia. Le había arrancado el sello con su propia mano, y por medio de un Mensaje firmado, y de viva voz desde el trono, en pleno Parlamento, había prometido en ambas Cámaras que la medida, causa de tan gran resentimiento no serviría nunca de precedente para lo sucesivo. Entonces las dos Cámaras por unanimidad, sin que una sola voz se levantase en contra, le dieron las gracias por su complacencia. Ninguna cuestión constitucional se había resuel-

to con más claridad, con más fijeza ni con mayor armonía.

Los defensores de Jacobo han invocado con frecuencia, como excusa á su conducta, el fallo del Tribunal del Banco del Rey en la información establecida solemnemente contra sir Eduardo Hales; pero tal defensa carece de valor, pues era notorio que para obtener aquel fallo había empleado Jacobo súplicas y amenazas, no vacilando en separar los magistrados escrupulosos y colocar en su lugar otros más cortesanos. Por lo demás, aquel fallo, considerado generalmente por el foro y por la Nación como anticonstitucional, se limitaba á declarar que el Soberano podía, obedeciendo á poderosas razones de Estado, eximir á individuos determinados del cumplimiento de aquellas leyes que establecen incapacidad civil. Pero ningún tribunal se hubiera atrevido á autorizarle, á que por un edicto, facultase á sus súbditos á desobedecer á lo prescrito en volúmenes enteros de leyes, contraviniendo la solemne decisión parlamentaria de 1673.

XXI.

ACTITUD DE LOS PROTESTANTES DISIDENTES.

Tal era, sin embargo, la situación de los partidos, que la *Declaración de Indulgencia*, con ser el ataque más audaz de cuantos hicieron los Estuardos contra las libertades públicas, estaba bien calculada para agradar á aquella fracción que con más pertinacia había resistido todos los ataques de los Estuardos contra aquellas libertades. Apenas era de esperar que los protestantes disidentes, á quienes separaba de sus

compatriotas un código cruel, cumplido cruelmente, se sintiesen inclinados á discutir la validez de un decreto que los libraba de intolerables vejaciones. A los ojos de todo observador discreto é imparcial, el daño producido por cuantas leyes intolerantes pudieran emanar de las Cámaras, no era comparable á los males que irremisiblemente engendraría el conceder al Soberano el poder legislativo del Parlamento. Pero fuera en vano esperar tal filosofía y serenidad de juicio de los que sufrían agobiados bajo el peso del dolor presente, y á los cuales se tentaba con el ofrecimiento de inmediato alivio. Un teólogo puritano no podría negar ciertamente que la prerrogativa de dispensa, invocada ahora por la Corona, era contraria á los principios fundamentales de la Constitución. Pero tal vez se le encontraría excusa preguntándole qué era para él la Constitución. La ley de *Uniformidad* le había privado, á despecho de las regias promesas, de un beneficio á que debía su libertad, reduciéndole á la miseria y á la dependencia. La ley de las *Cinco millas* le había desterrado de su hogar, le había apartado de sus parientes, de sus amigos, casi de todos los sitios públicos. Según la ley de *Reuniones* había perdido la hacienda y se había visto arrojado de una en otra cárcel entre salteadores y ladrones. Fuera de la prisión, se hallaba constantemente sujeto á la vigilancia de la justicia; habíase visto obligado á tapar con dádivas la boca de los espías; había tenido que acudir á disfraces ignominiosos, saliendo por puertas ocultas y saltando ventanas para ir al encuentro de sus feligreses, y al mismo tiempo que derramaba el agua bautismal ó distribuía el pan eucarístico, había escuchado atentamente la señal de que la justicia se acercaba. ¿No era, pües, irrisorio llamar á un hombre así despojado y oprimido á sufrir el martirio por la libertad y

la hacienda de los que le despojaban y oprimían? Aun cuando pareciese despótica á sus prósperos vecinos, la *Declaración de Indulgencia* significaba para él la libertad. Llamábasele á elegir no entre la libertad y la servidumbre, sino entre dos distintos yugos, y no era extraño que juzgase el yugo del Rey más ligero que el de la Iglesia.

XXII.

ACTITUD DE LA IGLESIA ANGLICANA.

Mientras tales pensamientos ocupaban la mente de muchos disidentes, el partido anglicano estaba lleno de sorpresa y terror. El nuevo cambio en la marcha de las cosas era, en verdad, alarmante. La Casa de Estuardo, unida con sectas republicanas y regicidas contra los antiguos *Caballeros* de Inglaterra; papistas y puritanos unidos contra un sistema eclesiástico cuyo solo defecto, á juicio de los puritanos, era los puntos de semejanza que aun conservaba con la Iglesia de Roma. Todo esto era, en verdad, tan portentoso que confundía y anulaba los cálculos de los estadistas. La Iglesia iba, pues, á verse atacada á un tiempo por todas partes, y el ataque sería dirigido por aquel que, según la Constitución, era su jefe y cabeza. No es, pues, extraño que la sorpresa y el desaliento se apoderasen de sus miembros. Y mezclábanse á la natural sorpresa y temor sentimientos aún más dolorosos, cuales eran el resentimiento contra el Príncipe perjuro á quien había servido con tanta lealtad, y el remordimiento de las crueldades en que él fuera su cómplice y por las que, al parecer, se aprestaba aho-

ra á castigarla. Y su castigo era justo. Recogía lo que había sembrado. Después de la restauración, cuando se halló en el apogeo del poder, sólo había respirado venganza. Ella había incitado, instado, casi obligado á los Estuardos á pagar con pérfida ingratitud los recientes servicios de los presbiterianos. Si entonces, en la época de prosperidad, hubiera hecho la causa de sus enemigos, como era su deber, podría ahora, en la presente angustia, haberlos tenido de su parte. Tal vez aun era tiempo: tal vez aun podría acudir á la táctica de su infiel opresor y emplearla contra él mismo. Había entre el clero anglicano un partido moderado que siempre había mirado con benevolencia á los protestantes disidentes. Aquel partido no era muy numeroso; pero la ciencia, talentos y virtudes de sus miembros lo hacían muy respetable. No habían gozado apenas el favor de las más altas dignidades eclesiásticas, siendo perseguidos sin piedad por los fanáticos de la escuela de Laud; pero desde el día que se publicó la *Declaración de indulgencia* hasta que el poder de Jacobo cesó de inspirar terror, toda la Iglesia anglicana parecía animada del espíritu y guiada por los consejos del calumniado grupo de los *tolerantes*.

XXIII.

LA CORTE Y LA IGLESIA ANGLICANA.

Entonces se siguió la más extraña subasta de cuantas recuerda la historia. De una parte el Rey y de otra la Iglesia, empezaron á disputarse con saña el favor de aquellos que hasta entonces el Rey y la

Iglesia habían perseguido de común acuerdo. Los protestantes disidentes, que algunos meses antes formaban una clase despreciada y proscrita, tenían ahora la balanza del poder. Universalmente se condenaba la dureza con que hasta entonces fueran tratados. La Corte arrojaba toda la culpa sobre la Iglesia, y la Iglesia á su vez se la atribuía á la Corte. El Rey declaró haber perseguido contra su voluntad á los separatistas, cediendo sólo á las circunstancias, que no le permitían enemistarse con el clero anglicano. El clero anglicano á su vez protestaba haber manifestado severidad contraria á sus sentimientos sólo por deferencia á la autoridad del Rey. El Monarca reunió una colección de historias de rectores y vicarios que por medio de amenazas habían sacado dinero á los protestantes disidentes. Hablaba con frecuencia y en público de este asunto, amenazando con ordenar una información en la que todo el mundo pudiese apreciar el verdadero carácter de los párrocos, y por de pronto dió varias disposiciones facultando á agentes que le inspiraban confianza para que fijasen el importe de las sumas pagadas en diferentes partes del país por los disidentes al clero anglicano. Por otra parte, los defensores de la Iglesia citaban ejemplos de honrados párrocos reprendidos y amenazados por la Corte á causa de haber recomendado la tolerancia desde el púlpito y de negarse á espiar y perseguir pequeñas congregaciones de disidentes. El Rey aseguraba que algunos miembros de la Iglesia anglicana que habían conferenciado con él, le habían ofrecido hacer grandes concesiones á los católicos sólo con tal que la persecución de los puritanos fuese adelante. Los acusados negaban con vehemencia la verdad de este cargo, alegando que de haber accedido á los deseos del Rey en favor de los

católicos, se hubiera prestado de bonísima gana á permitirles saquear y oprimir á los protestantes disidentes (1).

El aspecto de la corte había cambiado por completo. La vista de las bandas y sotanas excitaba casi siempre burlas y maliciosos cuchicheos. Las damas de honor se mostraban ahora graves y reservadas, y los gentileshombres de cámara se inclinaban hasta el suelo no bien aparecían en las galerías el rostro ó el traje puritano, por tanto tiempo tema favorito de burlas y cuchufletas en los círculos elegantes. La ciudad de Taunton, que por espacio de dos generaciones fuera el baluarte de los cabezas redondas en el Oeste, que por dos veces había rechazado valerosamente los ejércitos de Carlos I, que se había levantado como un solo hombre en defensa de Monmouth y había sido convertida en matadero por Kirke y Jeffreys, parecía haber reemplazado súbitamente á Oxford en el favor real (2). El Rey llegó hasta mostrar amable cortesía á los más eminentes separatistas. A algunos ofreció dinero, á otros honores municipales, á otros el perdón de parientes y amigos que por haber entrado en la conspiración de Rye House ó haberse unido al estandarte de Monmouth andaban ahora errantes en el Continente ó trabajaban la caña de azúcar en las Barbadas. Hasta fingió simpatizar con la benevolen-

(1) *Libro de mandamientos del Tesoro*. Véanse especialmente las instrucciones fechadas á 8 de marzo, 1687-88; Burnet, I, 715; *Reflexiones sobre la Proclamación de tolerancia hecha en Escocia de orden de S. M.; Cartas que contienen algunas reflexiones acerca de la declaración de S. M. en favor de la libertad de conciencia; Vindicación de la Iglesia anglicana del espíritu de persecución de que se la acusa*, 1687-88. Pero me sería imposible citar todos los folletos que me sirvieron para describir la situación de los partidos en esta época.

(2) *Carta á un disidente.*

cia que los puritanos ingleses mostraban á sus hermanos de fuera. Publicáronse una segunda y tercera proclama en Edimburgo, las cuales aumentaban en gran manera la tolerancia concedida á los presbiterianos por el edicto de febrero (1). Los emigrados hugonotes, tan mal mirados por el Rey durante muchos meses, y á quienes había defraudado de la limosna, encontraron también socorros y halagos. El Consejo publicó una orden implorando nuevamente en su favor la liberalidad pública, y la ordenanza que les obligaba á probar su aptitud para recibir la caridad, demostrando seguir el culto anglicano, parece haberse derogado por entonces secretamente; y los defensores de la política del Rey tuvieron el descaro de afirmar que este reglamento, que según sabemos por el más fidedigno testimonio, había sido en realidad redactado por él de concierto con Barillon, se había adoptado á instancias de los Prelados de la Iglesia anglicana (2).

No se descuidaban los amigos de la Iglesia mientras de este modo cortejaba el Rey á sus antiguos adversarios. Apenas quedaba la más leve huella de la acritud y desdén que habitualmente demostraban sacerdotes y prelados á los protestantes disidentes. Aquellos mismos á quienes recientemente calificaban de cismáticos y fanáticos, eran ahora carísimos compañeros protestantes, débiles hermanos tal vez, pero hermanos al cabo, cuyos escrúpulos eran dignos de consideración. Si en la crisis actual se mostraban leales á la causa de la constitución inglesa y de la

---

(1) Wodrow, Apéndice, t. II, núms. 132 y 134.

(2) *Gaceta de Londres*, abril 21, 1687; *Crítica de una hoja reciente titulada: Carta á un disidente*, por H. C. (Henry Care), 1687.

religión reformada, su generosidad obtendría pronta y cumplida recompensa. Alcanzarían, en vez de la indulgencia que carece de valor legal, indulgencia real y verdadera asegurada por una ley del Parlamento; y lo que aun era más importante, muchos individuos de la Iglesia anglicana que hasta aquí se habían distinguido por su inflexible apego á todos las actitudes y palabras prescritas en el *Libro de oraciones* (*Book of Common Prayer*) se declaraban ahora favorables no sólo á la tolerancia sino á la asimilación. La disputa, decían, acerca de ceremonias y actitudes había dividido bastante tiempo á los que estaban de acuerdo en lo esencial de la religión. Cuando la lucha á vida ó muerte contra el común enemigo hubiese terminado, verían cómo el clero anglicano estaba pronto á las más amplias concesiones. Si lo que pedían los disidentes era razonable, tendrían abiertas no sólo las dignidades civiles sino las eclesiásticas, y Baxter y Howe podrían sin la más leve mancha en su honor ni en su conciencia tomar asiento en el banco de los obispos.

XXIV.

LA CARTA Á UN DISIDENTE.

De los numerosos folletos en que por este tiempo se discutían con gran calor la causa de la Corte y la de la Iglesia, siendo jueces los puritanos, que por un extraño cambio de fortuna se veían ahora árbitros del destino de sus perseguidores, sólo uno se recuerda todavía, la *Carta á un disidente*. En tan magistral tratado, cuantos argumentos podrían convencer á un

disidente de que su deber y su interés le ordenaban preferir la alianza de la Iglesia á la de la Corte, estaban condensados en el más breve espacio, arreglados de la manera más hábil, ilustrados con resplandores de ingenio y sostenidos con elocuencia exaltada, es cierto, pero que nunca, ni aun en el más alto grado de vehemencia pasaba los límites del buen sentido ó de la buena crianza. El efecto producido por la publicación de este papel fué inmenso, pues como no pasaba de una sola hoja se enviaron por correo más de veinte mil ejemplares, y no hubo rincón en todo el reino donde no se hiciera sentir su efecto. Publicáronse veinticuatro respuestas, pero el pueblo las calificó todas de malas, y la de Lestrange fué la peor de las veinticuatro (1). El Gobierno estaba grandemente irritado, y no perdonó medio de llegar á descubrir quién fuese el autor de la carta; mas fué imposible obtener prueba legal contra él. Algunos pretendían reconocer el estilo y opiniones de Temple (2). Pero en realidad aquella amplitud y perspicacia de entendimiento, aquella viveza de imaginación, aquel terso y enérgico estilo, aquella plácida dignidad á la vez cortesana y filosófica que la mayor excitación de la lucha no le hacía olvidar ni un momento, pertenecían á Halifax y sólo á Halifax.

---

(1) Lestrange, *Respuesta á la Carta á un disidente;* Care, *Crítica de la Carta á un disidente; Diálogo entre Enrique y Rogerio:* es decir, Enrique Care y Rogerio Lestrange.

(2) La carta iba firmada por T. W. Dice Care en su *Crítica:* «Este señor político T. W. ó W. T., pues en opinión de algunos críticos debe leerse así.»

XXV.

CONDUCTA DE LOS DISIDENTES.

Los disidentes vacilaban, y no han de echárseles en cara sus vacilaciones. Hallábanse perseguidos, y el Rey había venido á mejorar su suerte. Algunos pastores eminentes habían salido de la prisión. Otros se habían aventurado á volver del destierro. Las congregaciones que hasta ahora sólo podían reunirse furtivamente y á favor de las tinieblas, en la actualidad se reunían á mediodía y entonaban salmos á toda voz, siendo oídos de magistrados, constables y mayordomos de las iglesias protestantes. Modestos edificios consagrados al culto de Dios según la moda puritana, empezaron á levantarse en toda Inglaterra, y el viajero amante de la observación puede aún ver la fecha de 1687 en algunas de las más antiguas casas religiosas. Sin embargo, los ofrecimientos de la Iglesia anglicana tenían á los ojos de todo separatista prudente muchos más atractivos que los del Rey. La *Declaración de Indulgencia* era ante la ley completamente nula. Suspendía los estatutos penales contra los disidentes, tan sólo, mientras los principios fundamentales de la Constitución y la autoridad que de derecho correspondía á la legislatura permaneciesen en suspenso. ¿Cuál era, pues, el valor de un privilegio, fundado en prenda á un tiempo tan ignominiosa é insegura? Pronto pasaría la corona á las sienes de otro monarca, y muy bien podía subir al trono un soberano afecto á la religión anglicana. Podría también reunirse un Parlamento compuesto sólo de partidarios

de aquella Iglesia. ¡Cuán deplorable sería entonces la situación de los disidentes que habían formado alianza con los jesuitas contra la Constitución! La Iglesia ofrecía indulgencia muy diferente de la concedida por Jacobo; indulgencia tan válida y tan sagrada como la Magna Carta. Los dos partidos rivales prometían libertad religiosa á los separatistas; pero uno de ellos les obligaba á comprarla á costa de la libertad civil, mientras el otro les invitaba á disfrutar á un tiempo de la libertad civil y religiosa.

Por esta razón, aun admitiendo que las promesas de la Corte fueran sinceras, los disidentes podían razonablemente resolverse á unir su suerte á la de la Iglesia. Pero ¿qué prenda tenían de la sinceridad de la Corte? Todos sabían cuál había sido hasta aquel mismo instante la conducta de Jacobo. No era imposible, ciertamente, que los argumentos y la experiencia convenciesen á un perseguidor de las ventajas de la tolerancia. Pero Jacobo no pretendía haber llegado recientemente á convencerse de tal verdad, y al contrario, no perdonaba ocasión de protestar que durante muchos años había sido, en principio, enemigo de toda intolerancia. Sin embargo, aun no habían transcurrido muchos meses desde que había perseguido y enviado á la muerte hombres, mujeres y doncellas, tan sólo por sus creencias religiosas. ¿Había obrado entonces contra la luz y contra las convicciones de su conciencia? ¿Ó era un falsario al expresarse ahora de este modo? Este dilema era irrefutable, y fuese cualquiera la suposición que se aceptase, resultaba fatal para el carácter y honradez del Rey. Era además notorio que se había dejado dominar completamente por los jesuitas. Sólo algunos días antes de publicarse la *Declaración de Indulgencia* había dado á la Orden de Jesús, aun sabiendo cuánto dis-

gustaría á la Santa Sede, una nueva prueba de su amor y confianza. Había despedido á su confesor, el Padre Mansueto, religioso franciscano que por su blando carácter y vida irreprensible era respetado de todos, mas que desde hacía mucho tiempo era odiado por Tyrconnel y el Padre Petre. Nombróse para ocupar la vacante al inglés Warner, que había apostatado de la religión de su patria, entrando luego en la Orden de Jesús. Distaba mucho el nuevo nombramiento de agradar á los católicos moderados y al Nuncio, y en concepto de todos los protestantes fué considerado como prueba indudable de que el dominio de los jesuitas en el ánimo del Rey era absoluto (1). A pesar de cuantos elogios pudieran reclamar con justicia los célebres Padres, la misma lisonja no llegaba á atribuirles amplia liberalidad ni prohibición absoluta de emplear el engaño. Que nunca habían mostrado el más leve escrúpulo, cuando los intereses de su fe ó de su Orden estaban de por medio, de llamar en su ayuda la espada del poder secular ó de violar las leyes de la verdad y de la buena fe, había sido proclamado ante el mundo entero no sólo per sus acusadores protestantes, sino por hombres cuya virtud y genio eran gloria de la Iglesia de Roma. No era creíble que un devoto discípulo de los jesuitas fuese, en principio, celoso partidario de la libertad de conciencia; mientras no sólo era creíble, sino probable, que se creyese plenamente justificado de disfrazar sus verdaderos sentimientos con tal de hacerlo en servicio de su religión. Era cierto que el Rey en su interior prefería la Iglesia anglicana á los puritanos. Cier-

(1) Ellis, *Correspondencia*, marzo 15, julio 27, 1686; Barillon, febrero 28 (marzo 10), marzo 3 (13), 6 (16), 1687; Ronquillo, marzo 9 (19), 1687, en la *Colección Mackintosh*.

to era también que mientras conservó alguna esperanza de ganar á la Iglesia anglicana no había dado la más leve muestra de bondad á los puritanos. ¿Cómo dudar, pues, que si aun ahora la Iglesia se mostrase dispuesta á complacerle no sacrificaría de muy buena gana á los puritanos? Su palabra empeñada repetidas veces no le había impedido conculcar los derechos legales de aquel clero que tan señaladas pruebas de afecto y fidelidad había dado á su casa. ¿Qué seguridad podía, pues, ofrecer su palabra á sectas separadas de él por la memoria de mil sangrientos ultrajes?

XXVI.

DISIDENTES PARTIDARIOS DE LA CORTE.

Pasados los primeros momentos de la agitación producida por la publicación de la *Indulgencia*, pareció como si un cisma hubiese dividido el partido puritano. La minoría, á cuyo frente figuraban negociantes de inteligencia estrecha ó extraviada por el interés, sostenía la causa del Rey. Enrique Care, por mucho tiempo el más formidable y activo libelista de los disidentes, el cual en tiempo de la conspiración papista atacó á Jacobo con la más terrible furia en un periódico semanal titulado el *Correo de avisos de Roma*, mostrábase ahora tan exaltado en la adulación como antes lo fuera en la calumnia y el insulto (1). El principal agente empleado por el Gobierno en sus nego-

(1) Wood, *Athenæ Oxonienses; El Observador; Heraclitus Ridens, passim*. Pero los escritos del propio Care son los mejores materiales para el estudio de su carácter.

ciaciones con los presbiterianos era Vicente Alsop, teólogo de cierta nota por su elocuencia y sus escritos. Su hijo, no obstante haber incurrido en la pena de traición, fué perdonado, y de este modo toda la influencia del padre pasó al servicio de la Corte (1). Con Alsop estaba unido Tomás Rosewell, el cual, durante aquella persecución de disidentes que siguió al descubrimiento de la conjura de Rye House, fuera falsamente acusado de predicar contra el Gobierno. Jeffreys lo había condenado á muerte, y á pesar de los más claros testimonios en contrario, se declaró probada la acusación por ser el jurado elegido por los opresores. La injusticia del veredicto era tan notoria, que los mismos cortesanos lo calificaban de vergonzoso. Un caballero tory que había asistido al juicio fué inmediatamente á ver á Carlos, haciéndole presente que si Rosewell era condenado no se podría conceptuar segura la cabeza del súbdito más leal de Inglaterra. Los mismos individuos del jurado, acosados por los remordimientos al pensar en lo que habían hecho, trataron de salvar la vida del acusado. Por fin se le concedió el perdón, pero á condición de presentar las más fuertes fianzas de que observaría buena conducta durante el resto de su vida, y obligándole además á presentarse de cuando en cuando en el Tribunal del Banco del Rey. De orden de Jacobo se le eximió de las fianzas, y de este modo logró la Corte granjearse sus servicios (2).

La misión de ganar miembros de la Iglesia independiente á la causa del Rey, fuera confiada princi-

(1) Calamy, *Historia de los ministros expulsados ú obligados á callar, después de la Restauración*, Nothamptonshire; Wood, *Athenæ Oxonienses; Biographia Britannica*.

(2) *Causas de Estado*; Samuel Rosewell, *Vida de Tomás Rosewell*. 1818; *Relación* de Calamy.

palmente á uno de sus ministros, llamado Esteban Lobb. Era este Lobb de carácter voluble, arrebatado y ambicioso. Habíase distinguido al hacer la guerra al Gobierno, en términos de que en algunas proclamas se le proscribiera, haciendo especial mención de su nombre. En la actualidad hizo las paces con su antiguo enemigo, llevando su servilismo tan allá como antes su odio. Unióse á la cábala jesuítica, y con gran calor recomendaba medidas que los más discretos y honrados católicos rechazaban con energía. Notóse que constantemente estaba en palacio, y con frecuencia en el gabinete del Rey, y que vivía con un lujo á que los teólogos puritanos estaban poco acostumbrados, viéndosele siempre rodeado de pretendientes que solicitaban su influencia para obtener empleos ó indultos (1).

En estrecha relación con Lobb estaba Guillermo Penn. Nunca había dado Penn muestras de ser hombre obstinado: la vida que llevaba desde hacía dos años había afectado en gran manera su sensibilidad moral, y si la conciencia alguna vez le remordía, se consolaba repitiendo que el fin á que tendían sus esfuerzos era bueno y noble y que no había recibido dinero á cambio de sus servicios.

Merced á la influencia de estos personajes y de otros de menos cuenta, habíanse redactado y presentado al Rey memoriales de gratitud por algunas sectas disidentes. Escritores tories han notado con justicia que el estilo de estas proposiciones era tan bajamente servil, que aventajaba á los más floridos elogios prodigados por los Obispos á los Estuardos. Mas parándose á examinarlas más detenidamente, parecerá que la

(1) *Gaceta de Londres*, 15 de marzo, 1685-86; Nichol, *Defensa de la Iglesia anglicana*; Pierce, *Vindicación de los Disidentes*.

deshonra alcanza á muy pequeña parte de la secta puritana. Apenas había una sola ciudad de mercado en Inglaterra donde no hubiese un pequeño grupo de separatistas. No se perdonó ningún esfuerzo para inducirles á manifestar su gratitud por la *Declaración de Indulgencia.* Envióse tan gran número de maletas llenas de circulares á todos los rincones del Reino pidiéndoles que las firmasen, que se decía familiarmente que los caballos de posta apenas podían trasportarlas. Sin embargo, cuantas pudieron obtener de todos los presbiterianos independientes y baptistas esparcidos por Inglaterra, en seis meses, no llegaron á sesenta, y no es probable que aun éstas fueran autorizadas por gran número de firmas (1).

XXVII.

LA MAYORÍA DE LOS PURITANOS CONTRARIA Á JACOBO. BAXTER, HOWE.

La gran masa de protestantes disidentes firmemente reclamaban la libertad civil, y desconfiando de las promesas del Rey y de los jesuitas, negáronse resueltamente á dar gracias por un favor que, según sospechaban, podría ocultar una asechanza. Tal era la opinión de los más ilustres jefes del partido. Entre éstos se encotraba Baxter, quien, como hemos visto, fuera procesado poco después del advenimiento de Jacobo, siendo insultado brutalmente por Jeffreys y declarado convicto por un jurado como los que acostumbraban á elegir los Sheriffs cortesanos de aquellos tiempos.

(1) Se hallarán en los números de la *Gaceta de Londres.*

Año y medio llevaba Baxter en la prisión cuando la Corte empezó á pensar seriamente en ganarse disidentes. No sólo fué puesto en libertad, sino que se le hizo saber que, si prefería residir en Londres, podía hacerlo sin temor á que la ley de las *Cinco millas* se invocase en su daño. Esperaba tal vez el Gobierno que la comparación entre los pasados sufrimientos y el bienestar presente produciría en Baxter el mismo efecto que en Rosewell y Lobb. La esperanza le salió completamente fallida. Baxter no se dejó corromper ni engañar; negóse á dar gracias por la *Declaración de Indulgencia* y empleó todo su valimiento en traer á buen acuerdo á la Iglesia anglicana y á los presbiterianos (1).

Si alguien ocupaba lugar más alto que Baxter en la estimación de los protestantes disidentes, era indudablemente Juan Howe. Como Baxter, había ganado personalmente en el último cambio de política; la misma tiranía que había arrojado á Baxter en la cárcel, había enviado á Howe al destierro; y poco después de haber salido Baxter de la cárcel del Banco del Rey había regresado Juan Howe de Utretch á Inglaterra. Esperábase en Whitehall que Howe emplearía en favor de la Corte la gran autoridad que ejercía sobre sus hermanos. El mismo Rey no vaciló en solicitar la ayuda del súbdito á quien había oprimido. Howe parece haber dudado un momento; pero la influencia de los Hampdems, con quien le unía la más estrecha intimidad, le mantuvo firme á la causa de la Constitución. Celebróse en su casa una reunión de ministros presbiteranos para examinar el estado de los negocios y determinar la línea de conducta que debía adoptarse. En Palacio reinaba gran ansiedad por conocer el resultado. Dos mensajeros reales asis-

(2) Calamy, *Vida de Baxter*.

tían á la discusión, y una vez terminada, llevaron la mala nueva de que Howe se había declarado resueltamente contra la prerrogativa de Dispensa, y tras largo debate lograra imponer su opinión á la mayoría de la asamblea (1).

XXVIII.

JUAN BUNYAN.

A los nombres de Baxter y Howe debe agregarse el de un hombre muy inferior á ellos en rango y saber, mas que en virtud les igualaba y les era superior en genio. Era éste Juan Bunyan. Bunyan había sido calderero y había servido de soldado raso en el ejército parlamentario. Muy pronto fuera terriblemente torturado por los remordimientos de los pecados de su juventud, el peor de los cuales parece sin embargo haber sido de los que el mundo califica de veniales. Su extremada sensibilidad y poderosa imaginación habían hecho singularmente terrible esta lucha interna. Imaginaba hallarse bajo la sentencia de los réprobos, haber blasfemado del Espíritu Santo, haber vendido á Cristo, y hallarse actualmente poseído por el demonio. Algunas veces parecíale oir voces con que el cielo le advertía de su situación. Otras, el enemigo murmuraba impías sugestiones en su oído. Parecíale ver la distante cima de una montaña donde el sol brillaba con todo su esplendor y de la cual estaba separado por una gran extensión cubierta de nieve.

---

(1) Calamy, *Vida de Howe*. Por una carta de Johnstone de Waristoun, fechada á 13 de junio de 1683, he sabido la participación que tuvo en el asunto la familia de Hampden.

A veces parecíale que el diablo le tiraba de la ropa. Imaginaba que la marca de Caín había caído sobre su frente, y temía reventar de pronto como Judas. Su agonía mental llegó á afectar su salud. Un día temblaba como un paralítico, y al siguiente le abrasaba el pecho fuego devorador. Es difícil comprender cómo pudo resistir á sufrimientos tan intensos y continuados. Por fin, el cielo se serenó, y de los abismos de la desesperación pasó el penitente á la más tranquila felicidad. Sentíase irresistiblemente impulsado á hacer á los demás partícipes de su dicha (1). Unióse á los baptistas y se hizo predicador y escritor. Su educación fuera ni más ni menos que la de un menestral; no conocía otra lengua que el inglés tal como le hablaba el pueblo llano. No había estudiado los grandes modelos de composición, excepto tan sólo, y la excepción es sin duda importante, nuestra hermosa traducción de la Biblia. No sabía ortografía, y á menudo infringía las reglas gramaticales. Sin embargo, su genio natural y la experiencia en el conocimiento de las pasiones religiosas, desde la desesperación al éxtasis, suplieron ampliamente la falta de instrucción. Su ruda oratoria suspendía y llenaba de emoción á un auditorio que escuchaba sin interés los elaborados discursos de grandes dialécticos y hebraístas. Sus obras circulaban con profusión entre la clase humilde y una de ellas el *Pilgrim's Progress (Peregrinación del cristiano)*, fué en vida de su autor traducida á varias lenguas extranjeras, á pesar de lo cual apenas fué conocida de la gente culta y letrada, y casi hacía ya un siglo que era delicia de piadosos campesinos y artesanos antes de ser públicamente elogiada por ninguna eminencia literaria. Por fin los críticos se resolvieron

---

(1) Bunyan, *Grace Abounding*.

á inquirir la causa de tan grande y duradera popularidad. Y hubieron de confesar que la ignorante multitud había juzgado con más acierto que los literatos, y que el despreciado librillo era en realidad una obra maestra. Bunyan es á no dudar el primer escritor de alegorías, como Demóstenes es el primer orador y Shakespeare el primer dramático. Otros alegoristas han dado muestras de igual ingenuidad, pero ninguno ha llegado á mover el corazón y á inspirar terror, amor y lástima con puras abstracciones (1).

No puede asegurarse que haya habido otro disidente inglés á quien más duramente se haya hecho sufrir el rigor de las leyes penales que á Juan Bunyan. De los veintisiete años trascurridos desde la restauración, había pasado doce en la carcel. Continuó aún obstinado en predicar, mas si había de poder hacerlo veíase en la precisión de disfrazarse de carretero. Con frecuencia entraba en las reuniones de disidentes por puertas ocultas, con la blusa al hombro y un látigo en la mano. Si no pensase más que en la propia seguridad y bienestar, hubiera saludado lleno de contento la *Declaración de Indulgencia*. Por fin era ya libre de orar y exhortar en pleno dia á las gentes. Su congregación aumentó rápidamente; millares de fieles estaban pendientes de sus labios, y en Bedford, su residencia ordinaria, se reunió una gran cantidad de dinero para construir una casa religiosa á su con-

---

(1) Young iguala la prosa de Bunyan á los versos de Durfey. Los elegantes del *Quijote espiritual* ponen el *Pilgrim's Progress* á la altura de *Jack el Matador de gigantes*. A fines del siglo XVIII, apenas se atrevía Cowper á aludir al gran alegorista.

«I name thee not, lest so despis'd a name
Should move a sneer at thy deserved fame.»

(No he de nombrarte, no sea que el desprecio que acompaña á tu nombre sea motivo de escarnio á tu merecida fama.)

gregación. Ejercía tan gran influencia en el pueblo, que el Gobierno de buena gana le hubiera conferido algún empleo municipal; pero su vigoroso entendimiento y su entusiasta corazón inglés le ponían al abrigo de todo engaño y tentación. Tenía completa seguridad de que la decantada tolerancia del Gobierno era sólo una añagaza que había de conducir al partido puritano á su destrucción, y no quería, aceptando un puesto para el que carecía de aptitud legal, reconocer la validez de la prerrogativa de Dispensa. Uno de los últimos actos de su virtuosa vida, fué negarse á asistir á una entrevista á que le había invitado un agente del Gobierno (1).

XXIX.

GUILLERMO KIFFIN.

Si grande era la autoridad de Bunyan con los baptistas, la de Guillermo Kiffin era todavía mayor. De todos los individuos de aquella secta era éste el primero en rango y fortuna. Acostumbraba á contribuir con las luces de su inteligencia al mayor esplendor de sus reuniones, mas no vivía de la predicación. Era gran comerciante, gozaba envidiable crédito en la Bolsa de Londres, y había adquirido pingüe fortuna. Nadie tal vez en aquella sazón podría haber prestado más valiosos servicios á la Corte que Guillermo Kiffin, pero entre él y la Corte hallábase interpuesta la memoria de un terrible suceso. Era abuelo

(1) Véase la continuación de la *Vida de Bunyan* en el Apéndice á su *Grace Abounding*.

de los dos Hewlings, aquellos valerosos mancebos cuya muerte fuera la más llorada de todas las víctimas del *Tribunal Sangriento.* Del triste destino de uno de ellos, era especialmente responsable Jacobo. Jeffreys había aplazado la ejecución del más joven. La hermana del pobre mancebo fuera introducida por Churchill á presencia del Rey, y había implorado gracia para su hermano; mas el corazón del monarca no se había ablandado. Grande fué la desolación de toda la familia, mas ninguno inspiraba tanta lástima como Kiffin. Tenía setenta años cuando tan terrible golpe vino á privarle de los que según las leyes naturales debían haberle sobrevivido. Los insensibles y venales parásitos de Whitehall, juzgando por sí mismos, creían poder fácilmente granjearse la buena voluntad del anciano, con una toga de aldermán ó por medio de una compensación pecuniaria, en pago de la hacienda de sus nietos. Penn fué el encargado de la obra de seducción, mas todos sus esfuerzos fueron inútiles.

El Rey determinó probar el efecto que producían sus halagos, para lo cual se dió orden á Kiffin de presentarse en Palacio. Hallóse en un brillante círculo de grandes y caballeros. Acercóse á él Jacobo inmediatamente y le habló con gran amabilidad, concluyendo por decir: «*Mr. Kiffin, os he designado para aldermán de Londres.*» El anciano miró fijamente al Rey, y prorrumpiendo en llanto contestó: «*Señor, yo estoy muy acabado, y no soy apto para servir á V. M. ni á la City. Y luego, la muerte de mis pobres niños me ha destrozado el corazón. La herida está hoy abierta como el primer día, y conmigo la llevaré á la tumba.*» El Rey, algo confuso, permaneció un momento en silencio, y luego dijo: «*Mr. Kiffin, yo encontraré bálsamo para ese mal.*» Seguramente no intentaba Jacobo, con estas frases, hacer alarde de

crueldad ó insolencia: al contrario, parece ser que en aquella ocasión se mostró inusitadamente benévolo y compasivo. Sin embargo, ninguna de cuantas frases suyas recuerda la historia, da idea tan desfavorable de su carácter como estas pocas palabras. Son propias de un hombre de corazón endurecido y bajo entendimiento, incapaz de concebir ninguna afección dolorosa á la cual un empleo ó una pensión no pudiese compensar ampliamente (1).

La sección del partido disidente favorable á la nueva política del Rey había estado desde el principio en minoría y muy pronto empezó á disminuir, porque los disidentes advirtieron que antes de mucho tiempo sus privilegios espirituales se verían reducidos más bien que ampliados por la *Declaración de Indulgencia*. Distinguía pricipalmente á los puritanos el odio á las ceremonias del culto católico; habíanse separado de la Iglesia anglicana sólo por guardar aún gran semejanza con su soberbia y voluptuosa hermana, la hechicera de la copa de oro y la túnica de escarlata. Veían ahora que una de las condiciones de la alianza formada por algunos de sus pastores con la Corte, era que debía tratarse con respeto y cariño la religión del Monarca. Pronto hubieron de echar de menos los días de la persecución. Mientras estaban sujetos á las leyes penales, podían oir las palabras de vida en secreto y rodeados de peligros, mas al cabo las oían. Cuando los hermanos se reunían en habitaciones interiores dejando fuera apostados los centinelas; cuando se habían cerrado las puertas, y el predicador en traje de carnicero ó cervecero subía al púlpito, entonces á lo menos recibía Dios verdadero culto. Nada se

(1) *Memorias de Kiffin*; *Carta de Luson á Brooke* de 11 de mayo de 1773 en la *Correspondencia de Hughes*.

omitía de la divina verdad ni se desfiguraba por atender á mundanas complacencias. Todas las doctrinas peculiares de la teología puritana eran expuestas plenamente y aun con ruda franqueza. No había cuartel para la Iglesia de Roma. La Bestia, el Antecristo, el hombre del pecado, la mística Jezabel, la mística Babilonia, eran las frases empleadas de ordinario para designar aquella augusta y fascinadora superstición. Tal había sido un tiempo el estilo de Alsop, de Lobb, de Rosewell y otros ministros que recientemente obtuvieran buena acogida en Palacio; mas ya hoy habían olvidado su antiguo estilo. Cuantos teólogos aspiraban á ocupar alto puesto en el favor y confianza real, no se atrevían á criticar duramente la religión del Rey. Quejábanse, por tanto, las congregaciones, y en alta voz declaraban que desde la aparición de la Indulgencia, que les concedía entera libertad religiosa, no habían oído una sola vez predicar el Evangelio con fidelidad y valentía. Antes veíanse obligados á buscar furtivamente el alimento espiritual; mas una vez encontrado, hallábanle sazonado á gusto de su paladar. Ahora que con libertad podían saciarse de los manjares espirituales, el manjar había perdido su sabor. Reuníanse en pleno día y en edificios cómodos; mas los discursos que allí escuchaban eran tan de su gusto como los que hubiera podido pronunciar un rector anglicano. En la iglesia parroquial el culto é idolatría de Roma eran atacados con energía todos los domingos; pero en las reuniones disidentes, el pastor que algunos meses antes insultaba al clero anglicano, tratándole poco menos que de papista, absteníase ahora cuidadosamente de censurar el papismo, ó si lo hacía, empleaba lenguaje tan mesurado que al mismo P. Petre llenaría de admiración. Y no era posible encontrar causa racional para este cambio. Las doc-

trinas católicas no habían sufrido alteración; nadie recordaba haber visto nunca á los sacerdotes católicos desplegar mayor actividad en la obra de hacer prosélitos; nunca habían salido de las prensas tan gran número de publicaciones católicas, y nunca habían seguido con más atención, cuantos se interesaban por los asuntos religiosos, la contienda entre católicos y protestantes. ¿Qué se pensaría de la sinceridad de aquellos teólogos que no se cansaran de hacer mofa y escarnio del catolicismo cuando relativamente era inofensivo é indefenso, y que ahora, al llegar un momento de verdadero peligro para la fe reformada, evitaban estudiadamente toda palabra que pudiera lastimar los oídos de un jesuita? Su conducta, sin embargo, tenía bien fácil explicación: sabíase de algunos que habían sido indultados; de otros se sospechaba que habían recibido dinero, y en general, su prototipo podría hallarse en el débil apóstol que por temor negó al Maestro, á quien con grandes alardes había hecho las más firmes protestas de adhesión, ó en aquel otro, más bajo todavía, que vendió á su Señor por un puñado de plata (1).

De este modo los ministros disidentes perdían con gran rapidez la influencia que un tiempo habían ejercido sobre sus hermanos. Por otra parte, los sectarios sentíanse atraídos por poderosa simpatía religiosa hacia aquellos prelados y sacerdotes de la Iglesia anglicana que á despecho de Reales órdenes, amenazas y promesas hacían vigorosa guerra al catolicismo. Los anglicanos y puritanos, á quienes por tanto tiempo había separado mortal enemistad, acercá-

---

(1) Véase entre otros libelos contemporáneos el titulado: *Representación de los peligros que amenazan concluir con los protestantes.*

banse más de día en día, y cada paso que daban hacia la unión aumentaba la influencia de su jefe común. Guillermo se hallaba como nadie en circunstancias de mediar entre los dos grandes partidos ingleses. No podía decirse en rigor que perteneciese al uno ó al otro, lo cual no era obstáculo á que ambos, en cierto modo, le mirasen como amigo.

Sus creencias religiosas eran conformes á la doctrina puritana, y al mismo tiempo miraba al episcopado no en verdad como institución divina, sino como forma perfectamente legal, y útil en grado eminente, al gobierno de la Iglesia. No atribuía importancia vital á todas las cuestiones relativas á actitudes, vestiduras, funciones religiosas y detalles litúrgicos. Es indudable que el culto sencillo en que fuera educado hubiera sido más de su gusto; pero estaba dispuesto á conformarse con cualquier ritual agradable á la nación, é insistía tan sólo en que no se le exigiese perseguir á sus hermanos, los otros protestantes, que por escrúpulos de conciencia se negaban á seguir su ejemplo. Dos años antes, los numerosos fanáticos de ambas partes no hubieran vacilado en calificarle de mero lacodicense, es decir, indiferente, ni arrebatado ni frío, y amigo sólo de dejar correr el tiempo. Pero el celo que había inflamado á los de la Iglesia anglicana contra los disidentes y á los disidentes contra los anglicanos, de tal modo se había templado por la común adversidad y peligro, que la benevolencia que entonces le hubieran censurado como un crimen, era ahora contada entre sus principales virtudes.

XXX.

HOSTILIDAD DE LOS PRÍNCIPES DE ORANGE Á LA DECLARACIÓN DE INDULGENCIA.

Era general el deseo de conocer la opinión de Guillermo de Orange sobre la *Declaración de Indulgencia.* Por algún tiempo abrigóse la esperanza en Whitehall. que el bien conocido respeto del Príncipe á los derechos de conciencia, serviría, al menos, á impedir que públicamente se mostrase contrario á una política principalmente basada en la doctrina liberal, Penn envió al Haya numerosas disquisiciones, y por si esto no bastaba, él mismo fué allá, esperando que su elocuencia, de la cual tenía gran opinión, vencería todos los obstáculos. Pero, aunque habló de su tema favorito tan extensamente que llegó á cansar al auditorio, y aunque les aseguraba que la aproximación de una edad de oro de libertad religiosa le fuera revelada por uno que tenía el especial privilegio de conversar con los ángeles, no logró hacer en el Príncipe la más leve impresión (1). «*Me pedís,* decía Guillermo á uno de los agentes del Rey, *que mire con indiferencia el ataque hecho á mi religión. Yo no puedo hacerlo con tranquilidad de conciencia, y no lo haré ni por la corona de Inglaterra ni por el Imperio del mundo.*» Estas palabras, que fueron repetidas al Rey, le inquietaron grandemente (2). Escribió con toda urgencia cartas de su

(1) Burnet, I, 693 y 694.

(2) «Le Prince d'Orange, qui avoit éludé jusqu' alors de faire une réponse positive, dit..... qu'il ne consentira jamais à la suppression de ces loix qui avoient été établies pour le maintien et la

puño y letra. Á veces tomaba el tono de hombre ofendido. Él era jefe de la familia Real, y por tanto, tenía derecho á esperar obediencia de sus otros parientes; y era en verdad muy duro que fueran á oponérsele en un asunto en que tenía el mayor empeño. Otras veces ponía un cebo que, en su opinión, era irresistible. Si Guillermo cedía sólo en este punto, el Gobierno inglés, en cambio, le ayudaría con todas sus fuerzas contra Francia. Pero nada de esto bastó á engañar á Guillermo. Sabía que aun cuando Jacobo estuviese animado de los mejores deseos, no podía, sin la asistencia del Parlamento, servir á la causa común de Europa, y no había la menor duda que si se reunía el Parlamento la primera petición de ambas Cámaras sería la anulación de la Indulgencia.

La Princesa asintió de todo en todo á las ideas de su marido, y la opinión de ambos fué manifestada al Rey en lenguaje firme, pero templado. Declaraban cuán hondo era su sentimiento por la medida adoptada por S. M. Tenían el convencimiento de que al obrar así había usurpado una prerrogativa que legalmente no le pertenecía. Protestaban contra aquella usurpación, no sólo por su amor á la libertad civil, sino como miembros de la Casa Real, que tenían el mayor interés en mantener los derechos de la corona que un día podía pertenecerles; pues la experiencia había mostrado, que en Inglaterra, el gobierno arbitrario, siempre había producido una reacción aun más perniciosa, y hasta parecía razonable que la nación, alarmada y encendida en cólera á la idea del despotis-

---

sureté de la réligion protestante, et que sa conscience ne le lui permettoit point, non seulement pour la succession du royaume d'Angleterre, mais méme pour l'empire du monde; en sorte que le Roi d'Angleterre est plus aigri contre lui qu'il n' a jamais été.» —Bonrepaux, junio 11 (21), 1687.

mo, llegara á disgustarse también de la monarquía constitucional. El consejo, pues, que daban al Rey era de no apartarse en ninguna cosa del gobierno de lo prescrito por la ley. No quería esto decir que en su opinión no pudiera la ley alterarse con ventaja, merced al ejercicio de la autoridad real, y aun en la misma *Declaración de Indulgencia* había prescripciones que bien merecían entrar en una ley del Parlamento. Ellos no eran partidarios de la persecución, y verían con placer que se aboliesen los estatutos penales así para los católicos como para los protestantes disidentes. Agradábales también que los protestantes disidentes fuesen admitidos en los empleos civiles. Pero en aquel punto debían SS. AA. detenerse. Abrigaban los más graves temores de que si se declaraba á los católicos dignos de la confianza pública, podrían seguirse grandes males, indicando bien á las claras que la principal causa de tales temores era la conducta de Jacobo (1).

XXXI.

SUS OPINIONES TOCANTE Á LA REIVINDICACIÓN DE LOS CATÓLICOS INGLESES.

La opinión expresada por los Príncipes respecto á la incapacidad civil á que estaban sujetos los católicos coincidía con las de casi todos los estadistas y filósofos que con mayor celo defendían entonces la libertad política y religiosa. En nuestro tiempo, al contrario, varones eminentes han declarado á menudo con pesar que en este punto Guillermo se mos-

(1) Burnet, I, 710; Bonrepaux, mayo 24 (junio 4), 1687.

tró inferior á su suegro. Lo cierto es, no obstante, que algunas consideraciones, necesarias si se ha de formar juicio exacto, parecen haberse ocultado á muchos escritores del siglo XIX.

Hay dos errores opuestos, en los que cuantos estudian los anales de nuestro país corren peligro inminente de caer: el error de juzgar el presente por el pasado, y el error de juzgar el pasado por el presente. Es el primero frecuente en aquellas personas inclinadas á reverenciar todo lo antiguo; el último es propio de inteligencias que se sienten vivamente atraídas por todo lo nuevo. El primer error se observa constantemente en los razonamientos de que se valen los políticos conservadores para discutir los asuntos del día. El último afea lastimosamente las especulaciones de los escritores liberales cuando discuten los sucesos de pasadas edades. El primer error es el más pernicioso en un hombre de estado, y el último en un historiador. No es fácil á nadie que en nuestro tiempo se proponga tratar de la revolución que derribó á los Estuardos, mostrarse imparcial guardando el justo medio entre ambos extremos. La cuestión de si los miembros de la Iglesia católica podrían, sin perjuicio para el país, ser admitidos en el Parlamento y en los empleos, agitó á nuestra patria durante el reinado de Jacobo II, dejóse en olvido á su caída, y después de haber dormido durante un siglo, renació á impulsos de aquella gran sacudida del espíritu humano que siguió á la reunión de la Asamblea nacional francesa. Durante treinta años siguió la lucha en ambas Cámaras, en todos los cuerpos constituyentes, en todos los círculos sociales. Produjo cambios de Ministerios, disidencias en los partidos; hizo imposible todo gobierno en una parte del Imperio, y, por último, estuvo á punto de producir la gue-

rra civil. Aun después de terminada la lucha, continuaron en todo vigor las pasiones á que había dado origen, y casi no es posible á ninguno cuya mente se halle bajo la influencia de aquellas pasiones, ver con entera imparcialidad los sucesos de 1687 y 1688.

Una clase de políticos, partiendo del principio verdadero que la revolución había sido un gran beneficio para nuestro país, llegaba á la conclusión falsa que ninguna de cuantas leyes juzgaron necesarias los estadistas de la revolución para proteger nuestra religión y nuestra libertad, podían abolirse, sin que esto produjera grandes daños. Otra clase, partiendo de la proposición igualmente cierta, que las incapacidades impuestas á los católicos en mucho tiempo no habían producido sino daños, llegaban á la conclusión falsa que en ningún tiempo aquellas incapacidades podían haber sido útiles y necesarias. El primer error se advierte en los discursos del sabio y perspicaz Eldon. La influencia del último llegó á imponerse aun á entendimientos tan serenos y profundos como el de Mackintosh.

Sin embargo, si nos paramos á examinar la cuestión detenidamente, tal vez podamos explicar la línea de conducta que contó con la aprobación unánime de todos los grandes estadistas ingleses del siglo XVII, sin poner en duda, por eso, la sabiduría del proceder unánimemente aprobado por todos los grandes estadistas de nuestro tiempo.

Es indudablemente un mal que cualquier ciudadano se vea excluído de los empleos civiles á causa de sus opiniones religiosas; pero algunas veces no es dado á la humana sabiduría sino elegir entre males distintos. Tal puede ser el estado de una nación, que la mayoría se vea en el caso de imponer incapacidades ó someterse á ellas, y lo que en circunstancias

ordinarias sería justamente condenado como medida opresora y tiránica, se halle entonces meramente dentro de los límites de la legítima defensa; y tal era la situación de Inglaterra en 1687.

Según la Constitución del Reino, Jacobo tenía derecho de nombrar casi todos los funcionarios públicos, políticos, judiciales, eclesiásticos, militares y navales. En el ejercicio de este derecho no se hallaba, como nuestros soberanos actuales, sujeto á obrar de conformidad con la opinión de los Ministros aprobados por la Cámara de los Comunes. Era, pues, evidente que á menos de hallarse el Monarca estrechamente sujeto por la ley á no conceder empleos sino á los protestantes, tendría el derecho de hacerlo sólo á los católicos. Eran éstos poco numerosos, y entre ellos no había uno solo, cuyos servicios pudieran ser en rigor necesarios al país. La proporción en que se hallaban respecto al número total de habitantes en Inglaterra era mucho menor que al presente. Porque hoy existe una corriente perpetua de emigración entre Irlanda y nuestras grandes ciudades, mientras en el siglo XVII ni aun en Londres había colonia irlandesa. De cincuenta habitantes, cuarenta y nueve seguían la religión reformada, y los hacendados y casi todos los políticos, jurisconsultos, militares y hombres de ciencia del Reino, eran protestantes. El Rey, sin embargo, infatuado sobre toda ponderación, había resuelto valerse de su vasto patronazgo como de un medio de hacer prosélitos. El pertenecer á su Iglesia constituía á sus ojos la aptitud principal para el desempeño de cualquier empleo. El pertenecer á la Iglesia nacional constituía incapacidad positiva. Reprobaba, es cierto, el lenguaje que ha merecido el aplauso de algunos crédulos partidarios de la libertad religiosa, la monstruosa injusticia de aquella ley que ex-

cluía de la pública confianza una pequeña minoría de la nación; pero al mismo tiempo que se expresaba en estos términos, instituía una ley que excluía positivamente á la mayoría. Parecíale muy duro que un buen hacendista y súbdito leal fuese excluído del puesto de lord Tesorero, sólo por ser católico; pero había hecho caer á un lord Tesorero, á quien reconocía como buen hacendista y leal súbdito, sólo por ser protestante. Repetidas veces había manifestado con toda claridad su resolución de no poner nunca la vara blanca en manos de ningún hereje, expresándose de igual modo respecto á muchos otros puestos importantísimos del Estado. El lord Presidente, el lord Canciller privado, el lord Chambelán, el primer Gentilhombre de Cámara, el primer lord de la Tesorería, uno de los Secretarios de Estado, el lord Gran Comisario de Escocia, el Canciller de Escocia y el Secretario eran ó se fingían católicos.

La mayor parte de estos funcionarios se habían educado en las doctrinas de la Iglesia anglicana, y se habían hecho reos de apostasía, pública ó secretamente, por obtener ó conservar sus altos puestos. Todo protestante que aun tenía algún empleo de importancia en el gobierno, vivía en constante incertidumbre y temor. Sería no acabar nunca enumerar los empleos de menor cuenta desempeñados por la clase favorecida. Los católicos hormigueaban ya en todos los departamentos del servicio público. Eran lores lugartenientes, diputados lugartenientes, jueces, jueces de paz, comisarios de aduanas, embajadores en las cortes extranjeras, coroneles de regimientos, gobernadores de fortalezas. La participación que en pocos meses llegaron á tener en los empleos públicos, gracias al patronazgo de la Corona, era mucho mayor que el décuplo de lo que les hubiera correspondido bajo un Go-

bierno imparcial. Y, sin embargo, aun no era esto lo peor. Hízoseles árbitros de la Iglesia anglicana. Hombres que aseguraban al Rey profesar las doctrinas católicas formaban parte de la Comisión eclesiástica, y ejercían jurisdicción suprema en materias espirituales sobre todos los prelados y sacerdotes de la religión nacional. Beneficios eclesiásticos de gran cuenta fueron concedidos á papistas declarados ó encubiertos. Y todo esto se había llevado á cabo mientras continuaban en vigor las leyes contra el papismo, y mientras aun Jacobo tenía gran interés en afectar el mayor respeto á los derechos de conciencia. ¿Cuál sería, pues, su conducta cuando sus súbditos consintiesen por una ley del Parlamento en librarle hasta de la sombra de toda restricción? ¿Es posible dudar que los protestantes se verían positivamente excluídos de los empleos, con solo el ejercicio estrictamente legal de la regia prerrogativa, más que nunca lo habían sido los católicos por una ley del Parlamento?

Cuán obstinadamente estuviese Jacobo resuelto á conceder á los miembros de su Iglesia participación en el regio patronazgo completamente desproporcionada á su número é importancia, vese por las instrucciones que en el destierro, ya anciano, redactó para gobierno de su hijo. Es imposible leer sin lástima y desprecio á un tiempo, aquellas efusiones de un espíritu en el cual la experiencia y la adversidad habían agotado en vano sus más duras lecciones. Aconsejaba al pretendiente, si algún día llegaba á reinar en Inglaterra, hacer una división de los empleos, reservando cuidadosamente para los católicos, parte tan considerable que les hubiera bastado, aun cuando fuesen la mitad, en vez de la cincuentava parte de la nación. Un secretario de Estado, un comisario del Te-

soro, el ministro de la Guerra, la mayoría de los grandes dignatarios de la casa Real, la mayor parte de los oficiales del ejército siempre habían de ser católicos. Tales eran los designios de Jacobo después que su perverso fanatismo había traído sobre su cabeza un castigo que horrorizó al mundo entero. ¿Cómo dudar cuál hubiera sido su conducta si el pueblo, dejándose engañar por el hueco nombre de libertad religiosa, le hubiera permitido continuar libremente sin oponer dique á sus planes?

Aun el mismo Penn, no obstante lo inmoderado y ciego que se mostraba en su celo por la *Declaración de Indulgencia*, advirtió que la parcialidad con que se acumulaban honores y beneficios sobre los católicos podría excitar naturalmente la envidia de la nación. Declaró que si se revocaba la ley del *Test*, los protestantes tenían derecho á una compensación á que él llamaba *equivalente*, y aun llegó á indicar varias. Durante algunas semanas la palabra *equivalente*, recién importada de Francia, estuvo en boca de todos los oradores de café, hasta que al fin algunas páginas de incontrastable lógica y refinado sarcasmo escritas por Halifax vinieron á poner término á tan ociosos planes. Uno de los proyectos de Penn era que se hiciese una ley dividiendo el patronazgo de la Corona en tres partes iguales, una de las cuales tan solo correspondería á los católicos. Aun con tal arreglo, los miembros de la Iglesia de Roma hubieran alcanzado una parte casi veinte veces mayor, en los empleos públicos, de la que les correspondía, á pesar de lo cual, no puede asegurarse que el Rey consintiese en ponerlo por obra. Pero aun dado caso que lo aceptase, ¿qué prenda podría dar de cumplir fielmente el convenio? El dilema propuesto por Halifax era irrefutable. Si las leyes os obligan, observad la ley exis-



tente; pero si las leyes no tienen fuerza á obligaros, es ocioso ofrecernos una ley como prenda de seguridad (1).

Claro es, pues, que el punto discutido no era saber si los empleos seculares quedaban igualmente al alcance de todas las sectas. Mientras Jacobo fuese Rey la exclusión era inevitable, y toda la cuestión se reducía á saber quiénes habían de ser los excluídos, los papistas ó los protestantes, los pocos ó los muchos, cien mil Ingleses ó cinco millones.

Tales eran los poderosos argumentos que pueden reconciliar la conducta del Príncipe de Orange, respecto á los católicos ingleses, con los principios de libertad religiosa. Estos argumentos, según se habrá observado, no hacen referencia á ninguna parte de la teología católica. También se observará que perdían toda su fuerza no bien hubiese pasado la corona á una dinastía de soberanos protestantes, y cuando el poder de la Cámara de los Comunes llegase á preponderar de tal modo en el Estado que ningún soberano, fuesen cualesquiera sus gustos y opiniones, se hallase en situación de imitar el ejemplo de Jacobo. La nación, sin embargo, después de tantos terrores, luchas é incertidumbres, se halló en estado de ánimo ocasionado á la sospecha y á la venganza. Y así los medios de defensa que la necesidad justificara un tiempo, y que sólo la necesidad podía justificar, continuaron empleándose aun mucho después que aquella había desaparecido, y no se abandonaron hasta después de una lucha de muchos años entre las preocupaciones vulgares y la razón. Pero en tiempo de Jacobo, la razón y las preocupaciones del vulgo estaban del mismo

---

(1) Johnstone, enero 13, 1688; Halifax, *Anatomia de un Equivalente.*

lado. Los fanáticos é ignorantes querían excluir á los católicos de los empleos porque rendían culto á maderos y piedras, por llevar la marca de la bestia, por haber incendiado á Londres, porque habían estrangulado á sir Edmondsbury Godfrey; y el más juicioso y tolerante estadista, al mismo tiempo que sonreía á los errores que de tal modo lograban imponerse á la multitud, llegaba por muy distinto camino á idéntica conclusión.

El gran objeto de Guillermo, actualmente, era unir en un solo cuerpo las numerosas fracciones de la sociedad que le miraba como jefe. En esta obra tuvo muy hábiles y fieles auxiliares, entre los cuales dos había que le fueron especialmente útiles: Burnet y Dykvelt.

XXXII.

ENEMISTAD DE JACOBO CON BURNET.

Era preciso emplear los servicios de Burnet con alguna precaución. La benévola acogida que había obtenido en el Haya había excitado el enojo de Jacobo. María recibió de su padre dos cartas llenas de invectivas contra el insolente y sedicioso teólogo á quien protegía. Pero estas acusaciones produjeron tan poco efecto en la Princesa, que hizo dictar al mismo Burnet las respuestas. Por fin en enero de 1687 el Rey se decidió á emplear medidas más eficaces. Skelton, representante del Gobierno inglés en las Provincias Unidas, fué trasladado á París, siendo reemplazado por Albeville, el más débil y bajo de todos los miembros

de la Cábala jesuítica. El dinero era el único objeto de Albeville, y lo tomaba sin vacilar de cuantos se lo ofrecían. Estaba subvencionado al mismo tiempo por Francia y por Holanda, y no reparaba en descender al último grado de corrupción, aceptando donativos de tan escasa cuantía, que más parecían adecuados á un portero ó á un lacayo que á un enviado diplomático, honrado con una baronía inglesa y un marquesado extranjero. En una ocasión embolsó con gran complacencia un donativo de cincuenta pistolas en premio de un servicio prestado á los Estados Generales. Este era, pues, el encargado de pedir á los Príncipes la inmediata expulsión de Burnet del Haya. Guillermo, que no estaba dispuesto á privarse de amistad tan preciosa, contestó al principio con su acostumbrada frialdad: «*No sé yo que el Doctor, desde que está aquí, haya hecho ó dicho nada de que S. M. pueda estar quejoso.*» Pero Jacobo no admitía la menor dilación, y aun no era tiempo de romper abiertamente con él: fué, pues, necesario ceder. Durante más de año y medio, Burnet no se presentó á los Príncipes; pero residía cerca de ellos, estaba plenamente informado de cuanto sucedía: solicitaban constantemente su opinión, acudían á su pluma en todas las ocasiones importantes y gran número de los más punzantes y eficaces folletos publicados por este tiempo en Londres, éranle justamente atribuídos por la opinión general.

El furor de Jacobo no conoció límites. Siempre se había dejado dominar de la ira; pero ninguno de sus enemigos, ni aun los que habían conspirado contra su vida, ni los que valiéndose del perjurio habían intentado deshonrarle con los crímenes de traición y asesinato, le habían inspirado jamás tan gran aversión como la que ahora sentía por Burnet. Su Ma-

jestad se desataba diariamente contra el doctor en lenguaje impropio de un rey, y meditaba planes de venganza aun á despecho de las leyes. La misma muerte no bastaba á satisfacer su frenético odio. Era preciso que el insolente teólogo muriese en medio de los más terribles tormentos. Afortunadamente había nacido escocés, y en Escocia antes de ahorcarle en Grassmarket, podía hacerle dislocar las piernas en la tortura del borceguí. Instruyósele, pues, un proceso en Edimburgo; pero Burnet había tomado carta de naturaleza en Holanda. Estaba casado con una holandesa muy rica, y era seguro que su patria adoptiva no le había de entregar. Decidió, pues, Jacobo apoderarse de él por medio de un golpe de mano. Alquiláronse rufianes á costa de grandes sumas para el peligroso é infame servicio. Presentóse á la firma en la oficina del Secretario de Estado una orden de pago por valor de tres mil libras esterlinas destinadas á este objeto. Luis XIV, al tener noticia del nuevo plan, manifestó el más vivo interés en que tuviese feliz término, ofreciendo su ayuda más eficaz para trasladar el villano á Inglaterra y para que los ministros de la venganza de Jacobo encontrasen asilo seguro en Francia. Burnet estaba al tanto del nuevo peligro que le amenazaba, pero entre sus faltas no figuraba la cobardía. Publicó una valiente respuesta á los cargos formulados contra él en Edimburgo. Sabía, dijo, que pensaban ejecutarle sin formación de causa; pero confiaba plenamente en el Rey de los Reyes, á quien la sangre inocente no clamaría en vano aun contra el Príncipe más poderoso de la tierra. Dió un banquete de despedida á algunos amigos, y terminada la comida se despidió de ellos con toda solemnidad, como el condenado á muerte con quien en lo sucesivo no se podía tratar sin peligro. Sin embargo, continuó presentán-

dose en todos los sitios públicos del Haya, con tal atrevimiento, que sus amigos censuraban duramente su temeridad (1).

XXXIII.

EMBAJADA EXTRAORDINARIA DE DYKVELT Á INGLATERRA.

Mientras Burnet, en Holanda, servía á Guillermo de secretario para lo relativo á Inglaterra, se acudía á los servicios de Dykvelt, con no menor utilidad, en Londres. Dykvelt pertenecía á aquel notable grupo de hombres públicos, que habiendo estudiado la ciencia

---

(1) Burnet, I, 726-731; *Respuesta á las cartas criminales publicadas contra el doctor Burnet*; Avaux, *Negociaciones*, julio 7 (17), 14 (24), julio 28 (agosto 7), 1687, enero 19 (29), 1688; Luis XIV á Barillon, diciembre 30, 1687, (enero 9, 1688); Johnstone de Waristoun, febrero 21, 1688; Lady Russell al doctor Fitzwilliam, octubre 5, 1687. Como se ha sospechado que Burnet, quien ciertamente no acostumbraba á disminuir la propia importancia, exageraba el peligro á que se veía expuesto, trasladaré aquí las mismas palabras de Luis XIV y de Johnstone. «Qui que ce soit, dice Luis XIV, qui entreprenne de l'enlever en Hollande trouvera non seulement une retraite assurée et une entière protection dans mes états, mais aussi toute l'assistance qu'il pourra désirer pour faire conduire surement ce scélérat en Angleterre.» Johnstone, dice: «Lo relativo á Bamfield es realmente cierto. Nadie aquí lo pone en duda, y aun algunos de los complicados en la cuestión no lo niegan. Sus amigos refieren haber oído que no toma la menor precaución, sino que lleno de vanidad, queriendo dar muestra de valor, lo que hace es ostentar su locura, en términos que si llega á sucederle alguna desgracia, todo el mundo se reirá de él. Decídselo asi, os lo ruego, de parte de Jones (Johnstone). Si pudiera cogerse á alguno en el momento de intentar algo contra él, tal vez se conseguiría amedrentar á los demás y hacerles desistir de toda tentativa contra Ogle (el Príncipe.)»

política en la noble escuela de Juan De Witt, después de la caída de aquel gran ministro, habían creído cumplir fielmente su deber para con la República, reuniéndose en torno del Príncipe de Orange. Entre los diplomáticos al servicio de las Provincias Unidas, ninguno era en habilidad, carácter y maneras superior á Dykvelt. En conocer la política inglesa ninguno parece haberle igualado. Hallóse un pretexto, á principios de 1687, para enviarle á Inglaterra, como encargado de una misión especial de los Estados Generales; pero, en realidad, no era su embajada para el Gobierno, sino para la oposición, y su conducta debía ajustarse á instrucciones secretas redactadas por Burnet y aprobadas por Guillermo (1).

XXXIV.

NEGOCIACIONES DE DYKVELT CON LOS ESTADISTAS INGLESES.

Refirió Dykvelt que Jacobo estaba muy resentido de la conducta de los Príncipes. «*El deber de mi sobrino es apoyarme. Sin embargo, parece que siempre ha tenido empeño en llevarme la contra.*» Contestaba Dykvelt que en todos los asuntos privados S. A. había mostrado y estaba pronto á mostrar la mayor deferencia á los deseos del Rey, mas que tampoco era razonable esperar la ayuda de un Príncipe protestante contra su propia

---

(1) Burnet, I, 708; Avaux, *Negociaciones*, enero 3 (13), febrero 6 (16), 1687; Van Kampen, *Karakterkunde der Vaderlandsche Geschiedenis*.

religión (1). El Rey tuvo que callarse, mas no por eso había pasado su enojo. Vió con mal disimulada ira cómo Dykvelt organizaba y disciplinaba las distintas fracciones de la oposición, desplegando una habilidad que hubiera acreditado al más sabio estadista inglés y que en un extranjero era maravillosa. Á los clérigos decía que en el Príncipe encontrarían un fiel amigo de la dignidad episcopal y del libro de rezo común *(Book of Common Prayer)*. Al mismo tiempo alentaba á los disidentes, haciéndoles esperar no sólo tolerancia, sino asimilación á la Iglesia anglicana. Hasta á los mismos católicos intentaba contentar, y algunos de los de más cuenta declararon á presencia del Rey que las proposiciones de Dykvelt les satisfacían, y que preferían la tolerancia asegurada por la ley, á un ascendiente precario é ilegal (2).

XXXV.

DANBY Y NOTTINGHAM.

Los jefes de todos los partidos importantes de la nación celebraban frecuentes conferencias á que asistía el hábil enviado. En estas reuniones llevaban generalmente la voz, por el partido tory, los Condes de Danby y Nottingham. Aunque habían transcurrido más de ocho años desde la caída de Danby, su nombre seguía gozando gran prestigio entre los antiguos

(1) Burnet, I, 711. Los despachos de Dykvelt á los Estados Generales no contienen, que yo sepa, una palabra respecto al verdadero objeto de su viaje. Su correspondencia con el Príncipe de Orange era secreta.

(2) Bonrepaux, setiembre 12 (22), 1687.

Caballeros de Inglaterra, y aun muchos de aquellos whigs que anteriormente le habían perseguido, disculpaban ahora su conducta, diciendo que había pagado culpas ajenas y que su celo por la regia prerrogativa, si bien con frecuencia le había extraviado, había sido templado por dos sentimientos que le hacían honor: celo por la religión establecida, y celo por la dignidad é independencia de su país. Gozaba de gran estimación en el Haya, donde nunca se olvidaba que él fuera quien, á despecho de la influencia de Francia y de los católicos, había inducido á Carlos á conceder la mano de lady María á su primo.

Daniel Finch, conde de Nottingham, aristócrata cuyo nombre ocurrirá con frecuencia en la historia de tres reinados fecundos en acontecimientos, descendía de una familia sin rival en grandeza forense. Uno de sus parientes había sido Canciller de Carlos I, había prostituído, consagrándolas á infames proyectos, las facultades eminentes de su inteligencia y saber, y fuera perseguido por la venganza de los Comunes acaudillados por Falkland. Más honrosa fama alcanzó en la generación siguiente Heneage Finch, el cual, á raiz de la Restauración, había sido nombrado Solicitor general, ascendiendo posteriormente á fiscal del Tribunal Supremo, lord Guardasellos, lord Canciller, Barón Finch y Conde de Nottingham. En toda su próspera carrera había defendido siempre la prerrogativa hasta donde el honor y el decoro permiten, pero nunca había entrado en ninguna maquinación contra las leyes fundamentales del Reino. En medio de una corte corrompida había conservado sin mancha su integridad personal. Había alcanzado gran fama de orador, si bien su estilo, formado en modelos anteriores á la guerra civil, era hacia el fin de su vida, calificado de pedantesco por los ingenios de la nueva generación.

Su nombre aun se menciona con respeto en Westminster Hall, donde le consideran como el primero que del caos á que daban antiguamente el nombre de *equidad*, dedujo un nuevo sistema de jurisprudencia tan regular y completo como el administrado por los jueces del Tribunal de causas comunes (1). Gran parte del carácter moral é intelectual de este gran magistrado fuera heredado con el título de Nottingham por su hijo mayor. Llamábase éste el Conde Daniel, y era honrado y virtuoso. Aunque esclavo de algunas absurdas preocupaciones y dado á los más extravagantes caprichos, no puede acusársele de haber abandonado la senda de la justicia en busca de ilícita ganancia ó placeres ilícitos. Era como su padre distinguido orador, de gran claridad de conceptos, pero prolijo y solemne en demasía. La persona del orador estaba en perfecta armonía con su oratoria. Veíasele siempre rígido y tieso; era tan moreno, que parecía haber nacido en China ó en cualquier otro país más cálido que el nuestro, y sus duras facciones conservaban invariablemente expresión muy semejante á la del presidente del duelo en un funeral. Decíase comúnmente que más bien parecía un grande de España que un *gentleman* inglés. Aun no han caído en el olvido los apodos que sobre él acumuló la gente de buen humor que le llamaba *Dismal* (el Melancólico), *Don Dismallo* y *Don Diego*. Había estudiado con gran detenimiento la ciencia que había hecho la grandeza de su familia, y si se atiende á su elevado rango y opulencia, era maravillosamente versado en las leyes de su país. Era hijo devoto de la Iglesia anglicana y daba muestras de su respeto hacia ella de dos maneras no usadas entre aquellos lores que en

(1) Véase su Vida, escrita por lord Campbell.

su tiempo alardeaban de ser especiales partidarios de sus doctrinas; es decir, escribiendo tratados en defensa de sus dogmas, y ajustando su vida privada á sus preceptos. Como muchos otros anglicanos, habíase mostrado hasta hacía muy poco tiempo firme sostenedor de la autoridad monárquica. Pero la política adoptada desde el fin de la insurrección del Oeste había encontrado en él enemistad implacable, á lo cual también contribuía el haberse privado á su hermano menor, Heneage, del empleo de Solicitor general, por negarse á defender la prerogativa de Dispensa (1).

XXXVI.

HALIFAX.

Hallábase unido á los dos Condes toríes Halifax, el entendido jefe de los *equilibristas*. Parece que por este tiempo ejercía Halifax gran ascendiente en el espíritu de Nottingham. Separaba á Halifax y Danby antigua enemistad que empezara en la corte de Carlos, y que en época posterior alteró la corte de Guillermo, pero que, semejante á otras muchas enemistades, se dió al olvido durante la tiranía de Jacobo. Con gran frecuencia se encontraban ambos enemigos en las conferencias de Dykvelt, conviniendo en expresar su disgusto por la política del Gobierno y su respeto hacia la persona del Príncipe de Orange. La diferencia

(1) *Correspondencia de Johnstone; Memorias de Mackay;* Arbuthnot, *John Bull;* Escritos de Swift de 1710 á 1714, *passim; Carta de Whiston al Conde de Nottingham,* y la respuesta del Conde.

de carácter de ambos estadistas aparecía con toda claridad en sus relaciones con el diplomático holandés. Halifax mostraba admirable talento para penetrar el fondo de las cosas, pero retrocedía siempre á la idea de cualquier decisión irrevocable y atrevida. Danby, muy inferior en elocuencia y sutileza, desplegaba mayor energía, resolución y sagacidad práctica.

XXXVII.

EL CONDE DE DEVONSHIRE.

Algunos whigs de los más eminentes estaban en constante comunicación con Dykvelt; pero los jefes de las grandes casas de Cavendish y Russell no podían tomar parte tan activa y distinguida como era de esperar atendido su rango y opiniones. La fama y la fortuna de Devonshire, se hallaban en aquel momento oscurecidas por una nube. Tenía una infortunada contienda con la Corte, originada no por causa pública y honrosa, sino por una querella privada, en la cual aun sus más íntimos amigos no le declaraban del todo inocente. Había ido á Whitehall á ofrecer sus respetos al Soberano, y allí fuera insultado por un tal Colepepper, uno de los bravos que infestaban las antecámaras de la Corte, y que pretendía granjearse el favor del Gobierno insultando á los miembros de la oposición. El mismo Rey mostró gran indignación por la manera como fuera tratado uno de sus más ilustres pares bajo el techo real, acallando el resentimiento de Devonshire con la promesa de que el ofensor no volvería á ser admitido en Palacio. La prohibición, sin embargo, se levantó bien pronto; re-

nació el resentimiento del Conde; sus servidores acudieron á la defensa de su causa, y hostilidades que parecían propias de épocas más atrasadas vinieron á alterar la paz en las calles de Westminster. El Consejo privado no se ocupaba más que en las acusaciones y descargos de los partidos contrarios. La mujer de Colepepper declaró que su vida así como la de su esposo estaban en peligro, y que su casa fuera asaltada por una banda de rufianes que vestían la librea de Cavendish. A esto replicó Devonshire que desde las ventanas de Colepepper habían hecho fuego sobre él. La parte contraria negaba con vehemencia la verdad del hecho, confesando tan sólo haber descargado una pistola cargada con pólvora, lo cual habían hecho en un momento de terror, sin otro objeto que dar la voz de alarma á los guardias. Cuando esta infeliz contienda estaba en su apogeo, aconteció encontrar el Conde á Colepepper en el salón de Whitehall, y le pareció ver en el rostro del bravo una expresión de triunfo y reto. A presencia del Rey nada ocurrió impropio de aquel sitio; pero no bien salieron los enemigos de la Real Cámara, propuso Devonshire que la espada decidiese inmediatamente la contienda. El duelo fué rechazado por su contrario. Entonces el altivo lord, olvidando el respeto debido al lugar en que se hallaba y á la propia dignidad, hirió en el rostro á Colepepper con un bastón. Todos convienen en condenar esta acción como inoportuna é indecorosa, y el mismo Devonshire, una vez pasado el primer arrebato, no pudo menos de sentir pesar y vergüenza por lo que había hecho. El Gobierno, sin embargo, con su acostumbrada torpeza, desplegó contra él tal severidad que al poco tiempo las públicas simpatías estaban de su parte. Abrióse una información criminal en el Tribunal del Banco del Rey. El acusado in-

vocó en su defensa los privilegios de los pares, pero en este punto dióse en seguida decisión contra él, y no es posible negar que tal decisión, estuviera ó no conforme con las reglas técnicas de derecho inglés, estaba en completo acuerdo con los grandes principios que deben servir de base á todas las leyes. No le quedó, pues, otro recurso que defenderse en calidad de reo. El Tribunal, á efecto de reformas sucesivas, habíase reducido á tan completa sumisión que el Gobierno que ordenaba el proceso pudo también prescribir el castigo. Los jueces secundaban como un solo hombre las opiniones de Jeffreys, el cual insistía en que se le impusiese una multa que no debía bajar de treinta mil libras. Si se atiende á las rentas de los magnates ingleses de la época, puede considerarse equivalente en el siglo XIX á ciento cincuenta mil libras. Mientras el Canciller estuvo presente nadie pronunció una palabra de desaprobación, pero no bien los jueces se retiraron, sir Juan Powell, en quien se había concentrado la poca honradez del tribunal, dijo que la multa propuesta era enorme, y que con la décima parte se tendría más de lo suficiente. Sus colegas no convinieron con él, ni en esta ocasión mostró el valor que algunos meses después, en un día memorable, levantó señaladamente su fama. El Conde fué, pues, condenado á una multa de treinta mil libras, y á encarcelamiento hasta el pago de la cantidad. Suma tan exorbitante no podía entonces reunirse en un día ni por el primero de nuestros aristócratas. La sentencia de encarcelamiento, sin embargo, era más fácil de dictar que de poner por obra. Devonshire se había retirado á Chatsworth, donde se ocupaba en convertir la antigua residencia gótica de su familia en un edificio digno de Palladio. Era en aquel tiempo tan salvaje aquel distrito como

lo es actualmente el de Connemara, y el Sheriff dijo que era muy difícil arrestar al señor de región tan vasta en medio de servidores y colonos fieles. De este modo se ganaron algunos días, pero al fin el Conde y el Sheriff fueron reducidos á prisión. En tanto una multitud de intercesores ponía en juego toda su influencia. Díjose que la Condesa viuda de Devonshire había sido admitida en el gabinete del Rey; que había recordado á Jacobo la muerte de su cuñado, el valiente Carlos Cavendish, el cual cayó en Gainsborough peleando en defensa de la Corona, y que había presentado notas escritas por Carlos I y Carlos II donde se declaraban deudores de grandes sumas prestadas por su marido durante las discordias civiles. Aquellas cantidades no se habían pagado nunca, y con los intereses decíase que ascendían á más aún de la inmensa multa impuesta por el Tribunal del Banco del Rey. Había otra consideración que debía pesar más en el ánimo del Rey que la memoria de antiguos servicios. Podría ser preciso convocar el Parlamento, y siempre que esto llegara á suceder, creíase que Devonshire reclamaría ante las Cámaras. El punto en que apoyaría su apelación contra el fallo del Tribunal del Banco del Rey, estribaba en los privilegios de los pares. El que debería entender en su apelación sería compuesto de individuos de la alta Cámara, y cuando esto sucediese no podía la Corte confiar en la ayuda ni aun de los nobles más cortesanos. Nadie dudaba que la sentencia se anularía y que aun en las peores circunstancias el Gobierno lo perdería todo. Jacobo se mostraba, pues, dispuesto á admitir una transacción. Anuncióse á Devonshire, que si se comprometía al pago de toda la multa, renunciando de este modo á la ventaja que podría derivar de la apelación, sería puesto en libertad. De su

conducta en lo sucesivo dependía que se le exigiese ó no el cumplimiento del pago. Si defendía la prerrogativa de Dispensa no se le exigiría nada; mas si aspiraba á la popularidad había de costarle treinta mil libras esterlinas. Rechazó por algún tiempo estas condiciones, pero la prisión se le hacía insoportable. Firmó al cabo la obligación de pago, y fué puesto en libertad. Pero si bien consintió en echar tan gran carga sobre su hacienda, nada pudo inducirle á abandonar sus principios y su partido. Siguió como antes iniciado en todos los secretos de la oposición, si bien durante algunos meses, sus amigos políticos consideraron más útil para él y para su causa que no apareciese en primer término (1).

XXXVIII.

EDUARDO RUSSELL.

El Conde de Bedford no logró nunca consolarse por completo de la gran calamidad que cuatro años antes había destrozado su corazón. Pública y privadamente era enemigo de la Corte, pero no tomaba parte activa en concertar medidas contra ella. Reemplazóle en las

(1) Kennet, *Sermón funeral en la muerte del Duque de Devonshire, y Memorias de la familia de Cavendish*: *Causas de Estado*; *Libro del Consejo Privado*, 5 de marzo, 1685-86; Barillon, junio 30 (julio 10), 1687; Johnstone, dic. 8 (18), 1687; *Sesiones de los Lores*, mayo 6, 1683. «Ses amis et ses proches, dice Barillon, lui conseillent de prendre le bon parti, mais il persiste jusqu'á présent á ne se point soumettre. S'il vouloit se bien conduire et renoncer á être populaire, il ne payeroit pas l'amende, mais s'il opiniatre, il lui en coutera trente mille pièces, et il demeurera prisonnier jusqu'á l'actuel payement.»

reuniones de los descontentos su sobrino. Era éste el célebre Eduardo Russell, hombre de indudable valor y talento, pero de moral corrompida y turbulento carácter. Era marino, y ya se había distinguido en su profesión, y durante el reinado anterior había desempeñado un empleo en Palacio; pero cuantos lazos le sujetaban á la real familia fueron quebrantados por la muerte de su primo Guillermo. El atrevido, inquieto y vengativo marino tomaba parte en las conferencias organizadas por el enviado holandés, representando la fracción más atrevida y exaltada de la oposición, de aquellos hombres que bajo el nombre de Cabezas Redondas, exclusionistas y whigs habían mantenido con varia fortuna una lucha de cuarenta y cinco años contra tres monarcas sucesivos. Este partido, postrado últimamente y casi muerto, pero ahora lleno otra vez de vida y prosperando rápidamente, no se veía contenido por ninguno de cuantos escrúpulos aún entorpecián los movimientos de *tories* y *equilibristas*, preparándose á desnudar la espada contra el tirano el primer día que con alguna esperanza de éxito pudiera hacerse.

Aun resta mencionar tres personajes con quienes se hallaba Dykvelt en confidencial comunicación, y por cuya ayuda esperaba granjearse la buena voluntad de tres grandes clases. El obispo Compton era el agente encargado de entenderse con el clero; el almirante Herbert puso en juego toda su influencia en la Armada, y con el ejército, Churchill decidió hacer valer todo su ascendiente.

La conducta de Compton y Herbert no requiere explicación. Habían servido á la Corona con celo y fidelidad en todos los asuntos seculares, pero incurrieran en el desagrado del Monarca por negarse á servir de instrumentos para la ruina de su religión.

Ambos sabían por experiencia cuán pronto olvidaba Jacobo los favores, y cuán vivos se mantenían en su memoria los que él consideraba como perjuicios. El Obispo había sido suspendido, por virtud de una sentencia ilegal, de sus funciones episcopales, y el Almirante, en una hora, se había visto reducido de la opulencia á la miseria.

XXXIX.

CHURCHILL.

Muy distinta era la situación de Churchill. Merced al favor real, viérase levantado de la oscuridad á la eminencia y de la miseria á la riqueza. De humilde abanderado encontrábase ahora, á los treinta y siete años, convertido en mayor general, par de Escocia y par de Inglaterra: estaba al frente de una compañía de guardias de Corps, había désempeñado varios empleos honrosos y lucrativos, y aun no había la más leve muestra de que hubiese perdido nada del favor á que tanto debía. Estaba unido á Jacobo no sólo por las obligaciones ordinarias de vasallaje, sino por honor militar, por gratitud personal, y, según parecía á observadores superficiales, por los más fuertes lazos de interés. Pero Churchill no era observador superficial y conocía sus verdaderos intereses. Si su amo llegaba á verse en plena libertad de poder emplear á los católicos, ni un solo protestante seguiría en su puesto. Por algún tiempo, algunos de los más fieles servidores de la corona serían, tal vez, exceptuados de la proscripción general, en la esperanza de que esto les obligaría á cambiar de religión. Pero aun estos pocos, al cabo de

algún tiempo caerían uno á uno, como ya Rochester había caído. Churchill podría, en verdad, asegurarse de este peligro y subir aún más en el favor real sólo con ingresar en la Iglesia de Roma; y no parecía extraordinario que hombre igualmente distinguido por su avaricia y bajeza que por su talento y valor, no sintiese el menor escrúpulo á la idea de tener que oir misa. Pero tales son las contradicciones de la naturaleza humana, que aun en las conciencias más encallecidas se encuentran sitios vulnerables. Y así sucedió con Churchill. Debía su elevación al deshonor de su hermana; había vivido á expensas de la cortesana más pródiga, desvergonzada é insolente, y su vida pública, á cuantos puedan verla con claridad á través del esplendente brillo del genio y de la gloria, parecerá un prodigio de infamia, y, sin embargo, creía á ojos cerrados en la religión que había aprendido cuando niño, y temblaba á la idea de abjurarla solemnemente. Hallábase en una terrible alternativa. De todos los males de la tierra, ninguno le causaba terror tan grande como la pobreza, y el solo crimen para que le faltaba valor era la apostasía. Si la Corte veía cumplidos sus designios, no podía dudar de que muy pronto habría de elegir entre la pobreza y la apostasía. Resolvió, pues, combatir aquellos designios, y muy luego pudo verse que no había crimen ni deshonra á que no estuviera pronto á descender antes que renunciar á sus empleos ó á su religión (1).

(1) En la *Vindicación de la Duquesa de Marlborough*, puede verse expuesto brevemente y con toda claridad el motivo de la conducta de los Churchills en esta ocasión. «Todo el mundo sabía, dice la Duquesa, que por el camino que iban las cosas con el Rey Jacobo, tarde ó temprano todo el que no se hiciese católico, presenciaría la propia ruina. Esta consideración me hizo aplaudir la empresa del Príncipe de Orange, que trataba de librarnos de tal esclavitud.»

XL.

LADY CHURCHILL Y LA PRINCESA ANA.

No era sólo como caudillo militar de alto rango, é igualmente distinguido por su pericia y valor, como Churchill podía prestar útiles servicios á la oposición. Era, si no absolutamente esencial, importantísimo para el buen éxito de los planes de Guillermo, que su cuñada, la cual en el orden de sucesión á la corona se hallaba entre su esposa y él, obrase en consonancia con sus proyectos. Aumentarían en gran manera los obstáculos que se oponían á sus planes si Ana se declaraba favorable á la *Declaración de Indulgencia*. El partido que hubiera de adoptar la Princesa dependía de la voluntad de otros, pues su entendimiento era más que nada indolente, y aun cuando había en su carácter aquella obstinación y fuerza de voluntad hereditarias, que muchos años después se desarrollaron, merced á su gran poderío y á lo extraordinario de las circunstancias, era todavía al presente esclava voluntaria de un carácter mucho más vivo é imperioso que el suyo. La persona que en absoluto la gobernaba era la esposa de Churchill, la cual, andando el tiempo, había de ejercer tan grande influencia en los destinos de Inglaterra y de Europa.

Llamábase esta célebre favorita Sara Jennings. Su hermana mayor, Francisca, habíase distinguido por su belleza y frivolidad de carácter, aun entre la multitud de rostros bellos y caracteres ligeros que fueron ornamento y deshonra de la corte de Whitehall, mien-

tras duró el desenfrenado carnaval de la Restauración. En una ocasión, Francisca se vistió de naranjera y se fué por las calles pregonando la fruta (1). La gente grave decía que una muchacha de tan escasa discreción y delicadeza no encontraría fácilmente marido. Sin embargo, por dos veces se casó y actualmente era esposa de Tyrconnell. No era Sara tan bella como su hermana, pero tal vez era más agradable. Era su rostro expresivo; sus formas no carecían de femenil encanto, y la abundante profusión de sus hermosos cabellos, que aun no ocultaba el polvo, según los preceptos de aquella bárbara moda que andando el tiempo había de ver introducir, era principal causa de los elogios de sus numerosos admiradores. Entre los galanes que se disputaban su corazón alcanzó la preferencia el coronel Churchill, joven bello, agraciado, insinuante, elocuente y bravo. También él debía amarla sinceramente, porque, á excepción de la anualidad que había comprado con la infame recompensa de la Duquesa de Cleveland, su hacienda era escasa é insaciable su afán de riquezas. Sara era pobre, y Churchill hubiera podido casarse con una muchacha fea, pero de gran fortuna. Su amor después de alguna lucha prevaleció sobre su avaricia: el matrimonio hizo crecer aún su pasión, y hasta la última hora de su vida tuvo Sara el placer y la honra de ser la única criatura humana capaz de extraviar aquel perspicaz y seguro entendimiento, la única que pudo inspirar amor ferviente á aquel frío corazón y servil temor á tan intrépido espíritu.

La fidelidad de Churchill fué ampliamente recompensada en bienes materiales. Su novia, aunque pobre por su casa, traía sin embargo una dote que discreta-

(1) *Memorias de Grammont; Diario de Pepys*, 21 febrero 1685-86.

mente empleada hizo llegar á su marido á duque de Inglaterra, príncipe del imperio, capitán general de una gran coalición, árbitro entre Príncipes poderosos, y lo que aun él estimaba más, á ser el vasallo más rico de Europa. Desde la niñez fuera educada Sara con la Princesa Ana, dando esto origen á la más íntima amistad entre ambas. En carácter se parecían muy poco. Ana era indolente y taciturna; benévola é indulgente con los que merecían su cariño; displicente y airada con cuantos excitaban su enojo. Era en extremo piadosa, y su adhesión á los ritos y jerarquías de la Iglesia anglicana llegaba hasta el fanatismo. Sara era vivaracha y voluble, amiga de dominar á os que más quería, y cuando se sentía ofendida desahogaba su rabia con lágrimas y tempestuosos reproches. No aspiraba á la santidad, y con trabajo escapó á la imputación de irreligiosa. Aun no era lo que andando el tiempo, cuando la prosperidad engendró en ella una clase de vicios y otra distinta la desgracia, cuando el triunfo y la elevación hubieron trastornado su cabeza, cuando su corazón fué ulcerado por mortificaciones y desastres. Vivió para ser la más odiosa criatura de la naturaleza humana, una infame vieja en guerra contra toda su especie, en guerra con sus hijas y sus nietos. Gran señora y rica, es cierto, pero apreciando la grandeza y la fortuna sólo porque le permitían desafiar la opinión pública y satisfacer sin freno su odio contra los vivos y los muertos. En el reinado de Jacobo pasaba por una bella e ingeniosa joven que de cuando en cuando daba muestras de carácter iracundo y caprichoso, mas cuyos arrebatos podían muy bien perdonarse en gracia á sus encantos.

Es, por demás, sabido que las diferencias de gusto, entendimiento y carácter no son obstáculo á la amis-

tad, y que suele existir la más íntima relación entre inteligencias cuyas cualidades mutuamente se suplen y compensan. Lady Churchill era amada y hasta idolatrada por Ana. La Princesa no podía vivir lejos del objeto de su romántica ternura: cuando se casó fué esposa fiel y cariñosa; pero el Príncipe Jorge, hombre sin inteligencia, que fundaba sus principales placeres en los manjares y en el vino, no ejerció sobre su esposa influencia comparable á la de su amiga, y pronto se entregó con estúpida paciencia al dominio de aquel vehemente é imperioso espíritu que gobernaba en absoluto á su esposa. Nacieron hijos á la real pareja, y Ana en modo alguno carecía de los sentimientos de madre; pero el cariño que sentía por sus hijos no podía compararse con la devoción que le inspiraba su compañera de la infancia. Por fin la Princesa llegó á impacientarse de las restricciones á que la sujetaba la etiqueta. Hacíasele insoportable oir las palabras *Señora* y *Alteza Real* en boca de la que para ella era más que hermana. Tales palabras eran necesarias en la galería ó en el salón, pero una vez en el gabinete desaparecía el tratamiento. Ana era mistress Morley; lady Churchill se llamaba mistress Freeman, y con estos nombres infantiles mantuvieron por espacio de veinte años una correspondencia de la cual al cabo hubieron de depender ministros y dinastías. Pero actualmente aun no tenía Ana poder político y apenas disfrutaba protección. Su amiga la acompañaba en calidad de camarera, sin tener más sueldo que cuatrocientas libras anuales. Sin embargo, puede sospecharse que ya por entonces Churchill, merced á la influencia de su esposa, podía satisfacer su pasión dominante. La Princesa, aunque sus rentas eran crecidas y modestas sus aficiones, contraía deudas que su padre pagaba no sin murmurar, y se decía que la

causa de estos dispendios era su prodigalidad con la favorita (1).

Por fin había llegado el tiempo en que amistad tan singular iba á ejercer gran influencia en los asuntos públicos. Era objeto de general ansiedad saber qué partido obtendría la ayuda de Ana, en la contienda que dividía á Inglaterra. De una parte estaba el deber filial, de la otra los intereses de la religión cuyas doctrinas profesaba sinceramente. Un carácter más activo hubiera podido muy bien permanecer largo tiempo sin decidirse al sentirse atraído en opuestas direcciones por causas tan poderosas y respetables. Mas al cabo, la influencia de los Churchills decidió la cuestión, y su señora vino á ser uno de los miembros más importantes de aquella formidable liga á cuya cabeza se hallaba el Príncipe de Orange.

XLI.

REGRESA DYKVELT AL HAYA CON CARTAS DE LOS INGLESES MÁS EMINENTES.

En junio de 1687 regresó Dykvelt al Haya y presentó á los Estados Generales una carta del Rey en que se hacían los mayores elogios de su conducta durante el tiempo que había residido en Londres. Estos elogios, sin embargo, eran mera fórmula. Jacobo, en comunicaciones privadas de su puño y letra, quejábase amargamente de que el diplomático hubiera vivido en

(1) No acabaría nunca si hubiera de citar todos los libros de que me he valido para este juicio del carácter de la Duquesa. Sus cartas, su vindicación y las réplicas á que dió origen han sido los materiales de más importancia.

estrecha intimidad con los mayores revoltosos del reino, alentándoles en todos sus malos propósitos. Llevaba también Dykvelt un paquete de cartas de los hombres más eminentes, entre cuantos habían conferenciado con él, durante su permanencia en Inglaterra. En general, los autores de estas cartas manifestaban el mayor respeto y cariño á Guillermo, aludiendo al portador para más extensas noticias en todo lo relativo á sus planes. Halifax discutía el estado actual y el porvenir del país, con su acostumbrado ingenio y perspicacia; pero tenía cuidado de no comprometerse á adoptar una línea de conducta que pudiera ser peligrosa. Danby se expresaba en tono más atrevido y resuelto, y aun llegaba á burlarse astutamente de los temores y escrúpulos de su entendido rival. Pero la carta de Churchill era la más notable: campeaba en toda ella la natural elocuencia que á pesar de no ser literato mostraba siempre en las grandes ocasiones, y cierto aire de magnanimidad que, no obstante ser fingido, sabía imprimir con singular habilidad á sus palabras. La Princesa Ana, decía, le había ordenado asegurar á sus ilustres parientes del Haya que estaba completamente resuelta á perder la vida en defensa de la causa de Dios antes que descender al crimen de apostasía. En cuanto á él, sus empleos y el favor real carecían de valor á sus ojos cuando se trataba de los intereses de la religión. Concluía declarando en entusiasta lenguaje, que si bien no pretendía haber hecho vida de santo se le encontraría dispuesto, cuando llegase la ocasión, á morir como un mártir (1).

---

(1) En los archivos del Haya se conserva la carta oficial que á su regreso presentó Dykvelt á los Estados Generales. Las demás cartas mencionadas en este párrafo pueden verse en Dalrymple. Apéndice al libro v.



XLII.

ZULESTEIN ENVIADO Á LONDRES EN REEMPLAZO DE DYKVELT.

La misión de Dykvelt había producido tan buen resultado, que pronto se halló pretexto para enviar un nuevo agente á continuar la obra comenzada con tan buenos auspicios. El nuevo enviado, fundador más adelante de una noble casa inglesa que duró hasta nuestros días, era primo hermano ilegítimo de Guillermo y derivaba su título del señorío de Zulestein. El parentesco que le unía á la casa de Orange contribuía á darle más importancia á los ojos del público. Era su porte de valiente soldado: verdad es que en talentos diplomáticos y saber era muy inferior á Dykvelt; pero aun esta inferioridad no dejaba de tener sus ventajas. Gracias á su aspecto de rudo militar que parecía no haberse ocupado nunca de política, podía, sin despertar la más leve sospecha, tener con la aristocracia inglesa trato frecuente, que de ser conocido como maestro en la ciencia del Estado, sería objeto de la más recelosa vigilancia. Zulestein tras breve ausencia regresó á su patria con multitud de cartas y mensajes verbales no menos importantes que los confiados á su predecesor. Desde entonces se estableció una correspondencia regular entre el Príncipe y la oposición. Agentes de distintos rangos iban y venían del Támesis al Haya, distinguiéndose por sus útiles servicios un escocés de algún talento y gran actividad llamado Johnstone. Era primo de Burnet é hijo de uno de los más eminentes covenantarios, quien al poco

tiempo de la vuelta de los Estuardos fuera condenado á muerte por traición, recibiendo de su partido honores de mártir.

XLIII.

AUMENTA LA ENEMISTAD ENTRE JACOBO Y GUILLERMO.

La enemistad entre el Rey de Inglaterra y el Príncipe de Orange era de dia en día mayor. Habían llegado á disputar seriamente con motivo de los seis regimientos ingleses que estaban á sueldo de las Provincias Unidas. Deseaba el Rey entregar el mando de los regimientos á oficiales católicos, y como el Príncipe se opusiese resueltamente, el Rey había acudido á sus vulgaridades favoritas acerca de la tolerancia. Replicó el Príncipe que él no hacía sino seguir el ejemplo de S. M. Era notorio que en Inglaterra fueran privados de sus empleos súbditos leales y entendidos solamente por ser protestantes. Era, pues, justo á todas luces que en compensación, el Estatuder y los Estados Generales retirasen todo cargo de confianza de los católicos. De tal manera provocó esta respuesta la ira de Jacobo, que llegó á olvidar hasta la más trivial apariencia de veracidad y sentido común. Era falso, decía con gran vehemencia, que hubiera privado nunca á nadie de su empleo por causas religiosas; y aun cuando lo hubiera hecho, ¿qué importaba eso al Príncipe ó á los Estados Generales? ¿Por ventura eran ellos sus amos? ¿Iban á constituirse en jueces de la conducta de los soberanos extranjeros? Á partir de aquel momento deseó llamar á aquellos de sus súbditos que estaban al servicio de Holanda, imaginando

que al hacerlos regresar á Inglaterra, al mismo tiempo que aumentaba sus fuerzas, disminuía las de sus peores enemigos. Pero había dificultades financieras que no podía pasar por alto. El número de tropas á su servicio era ya tan grande, que apenas si la Hacienda pública, mucho mayor que en todas las épocas anteriores y administrada con gran economía, bastaba á sostenerlas. Si ahora se agregaban al ejército existente los batallones de Holanda, el Tesoro tendría que declararse en bancarrota. Tal vez Luis XIV se inclinase á tomarlos á su servicio; en ese caso serían trasladados de un país donde se hallaban expuestos á la corruptora influencia de un gobierno republicano y del culto calvinista, para ir á habitar una nación donde nadie se atrevía á discutir las órdenes del soberano ó las doctrinas de la verdadera Iglesia. Pronto olvidarían los soldados toda herejía política y religiosa; su señor natural podría siempre, en muy breve plazo, obtener su ayuda, y en cualquier circunstancia podría confiar en su fidelidad.

Abrióse con tal objeto una negociación entre Whitehall y Versalles. Luis XIV tenía cuantos soldados pudiera necesitar, y aun cuando así no fuese, no se decidiría á tomar Ingleses á su servicio, porque los sueldos del ejército inglés en aquella época, por más que en nuestros días parezcan mezquinos, eran mucho más crecidos que los de Francia. Al mismo tiempo, llevábase como principal mira privar á Guillermo de tan brillante división. Después de algunas semanas de correspondencia, Barillon fué autorizado para prometer que si Jacobo quería retirar las tropas inglesas de Holanda, Luis XIV se encargaba de sostener dos mil soldados en Inglaterra. Este ofrecimiento fué aceptado por Jacobo con las más calurosas protestas de gratitud. Terminados estos arreglos, solicitó el Rey de los Esta-

dos Generales el envío de los seis regimientos. Los Estados Generales, donde la influencia de Guillermo era omnímoda, contestaron que tal petición en las actuales circunstancias no estaba autorizada por los tratados existentes, negándose positivamente á acceder á los deseos del Rey. Es circunstancia digna de nota que Amsterdam, que se había opuesto al envío de estas tropas cuando Jacobo necesitó su ayuda contra los insurgentes del Oeste, mostrábase ahora vehemente partidaria del envío solicitado por el Rey. En ambas ocasiones, el único objeto de los magistrados de aquella gran ciudad había sido oponerse á los deseos del Príncipe de Orange (1).

XLIV.

INFLUENCIA DE LA PRENSA HOLANDESA..

Las armas de Holanda, sin embargo, apenas eran tan formidables para Jacobo como la prensa holandesa. Diariamente se imprimían en el Haya libros y folletos en inglés contra su gobierno, y no podía la más diligente vigilancia impedir que circulasen á millares en los condados del litoral del mar del Norte. Entre estas publicaciones una llamó especialmente la atención por su importancia y por el inmenso efecto

(1) Sunderland á Guillermo, agosto 24, 1686; Guillermo á Sunderland, setiembre 2 (12), 1686; Barillon, mayo 6 (16), mayo 26 (junio 5), octubre 3 (13), noviembre 28 (diciembre 8), 1687; Luis XIV á Barillon, octubre 14 (24), 1687; Memorial de Albeville, diciembre 15 (25), 1687; Jacobo á Guillermo, enero 17, febrero 16, marzo 2 y 13, 1688, Avaux, *Negociaciones*, marzo 1 (11), 6 (16), 8 (18) y 22 (abril 1.°), 1688.

que produjo. Cuantos seguían con atención la marcha de los negocios públicos, estaban al corriente de la opinión sustentada por los Príncipes de Orange respecto á la *Indulgencia*. Mas como no se había publicado oficialmente aquella opinión, multitud de personas que no podían informarse particularmente de los sucesos en buenas fuentes, habían sido engañadas, ó al menos les hacía dudar, la confianza con que los partidarios de la Corte afirmaban que Sus Altezas habían dado su aprobación á los últimos actos del Rey. Si la intención de Guillermo hubiera sido afianzar sus intereses en Inglaterra, lo más natural y sencillo hubiera sido desmentir públicamente tales aserciones; pero á sus ojos era Inglaterra principalmente instrumento necesario para la ejecución de sus grandes planes de política europea. Para la realización de sus designios esperaba alcanzar la ayuda de las dos ramas de la Casa de Austria, de los Príncipes italianos y hasta del Sumo Pontífice. Era, pues, de temer que si hacía alguna declaración favorable á los protestantes ingleses, no podría menos de excitar desconfianza y disgusto en las Cortes de Madrid, Viena, Turín y Roma. Por esta razón se abstuvo el Príncipe largo tiempo de manifestar públicamente sus opiniones. Por fin, hiciéronle presente que tan continuado silencio había inspirado gran inquietud y desconfianza á todos sus amigos, y que era ya tiempo de hablar claro. Obedeciendo, pues, á tales razones determinó explicarse.

XLV.

CORRESPONDENCIA DE STEWART CON FAGEL.

Algunos años antes un whig escocés llamado Jacobo Stewart se había refugiado en Holanda huyendo de la tortura y de la horca, y había llegado á ser íntimo amigo del gran pensionario Fagel, el cual ocupaba lugar eminente en el favor y confianza del Estatuder. Obra de Stewart había sido el violento y acerbo manifiesto publicado por Argyle. Cuando apareció la *Declaración de Indulgencia* juzgó Stewart que aquella era ocasión oportuna de alcanzar no sólo perdón, sino también recompensa. Ofreció, pues, sus servicios al Gobierno que antes había combatido. Aceptóse el ofrecimiento, y entonces dirigió á Fagel una carta que figuraba escrita de orden de Jacobo. Exhortábase allí al pensionario á hacer valer toda su influencia con los Príncipes á fin de inducirles á apoyar la política de su padre. Después de algún tiempo envió Fagel su respuesta, profundamente meditada y redactada con gran arte. Cuantos han estudiado tan notable documento no han podido menos de advertir que, no obstante estar redactado con el fin de tranquilizar y alentar á los protestantes ingleses, no contiene una sola palabra que pudiera parecer ofensiva ni aun en el Vaticano. Anunciaba que Guillermo y María contribuirían con placer á abolir toda ley que impusiese penalidad á los súbditos ingleses por sus opiniones religiosas. Pero establecía una distinción entre las penas y la incapacidad civil. Admitir los católicos en los empleos no hubiera sido, en opinión de SS. AA., ventajoso para los intereses

generales de Inglaterra, ni aun para los mismos católicos. Tradújose este manifiesto á varias lenguas y circuló con profusión en el Continente. De la versión inglesa, hecha con todo esmero por Burnet, lograron introducir unos cincuenta mil ejemplares en las provincias de Oriente, de donde con gran rapidez se extendieron por todo el reino. Ningún documento político ha alcanzado nunca triunfo tan completo. Los protestantes de nuestra Isla aplaudían la varonil firmeza con que declaraba Guillermo no poder confiar á los católicos la menor participación en el gobierno; y por otra parte, los Príncipes católicos elogiaban el blando y templado estilo en que expresaba su resolución, y se congratulaban con la esperanza de que bajo la administración de Guillermo ningún católico sería molestado por sus opiniones religiosas.

XLVI.

EMBAJADA DE CASTELMAINE Á ROMA.

Es probable que el mismo Pontífice fuese de los que leyeron con placer la célebre carta. Algunos meses antes había despedido á Castelmaine de una manera que mostraba poco respeto á los sentimientos de Jacobo. Inocencio reprobaba en absoluto la política interior y extranjera del Gobierno inglés. Veía que las injustas é impolíticas medidas de la cábala jesuítica antes contribuirían á perpetuar las leyes penales que á abolir la del *Test*. Su querella con la Corte de Versalles hacíase cada día más seria, y no podía ni como Príncipe temporal ni en su calidad de Sumo Pontífice, profesar amistad sincera á un vasallo de aquella Corte. Castelmaine no tenía condicio-

nes para hacer desaparecer estos disgustos, no obstante su conocimiento de la Corte de Roma y de estar muy al corriente, dado su carácter de laico, de las controversias teológicas (1). Pero faltábanle las aptitudes especiales que su puesto requería; y aun cuando hubiese sido habilísimo diplomático, había una circunstancia que le hubiera incapacitado para la misión especial que llevaba á Roma. Sabíase en toda Europa que estaba casado con la más desvergonzada de todas las mujeres, y no se le conocía más que por esto. No era posible tratarle ó hablar de él sin recordar cómo había adquirido hasta el título que llevaba. Esta circunstancia hubiera importado poco si se le hubiera enviado á cualquier Corte corrompida, como aquella en que recientemente había dominado la Duquesa de Montespan. Pero á nadie se ocultaba lo impropio de enviarle á una embajada de carácter religioso más bien que secular, donde iba á encontrarse con un Pontífice cuya austeridad recordaba los primeros tiempos de la Iglesia. Como era natural, esto excitó las burlas de los protestantes de toda Europa, é Inocencio, que ya no estaba muy bien dispuesto con respecto al Gobierno inglés, consideró como una afrenta el nuevo homenaje que á tan gran costa y con tanto peligro se tributaba á su autoridad. Habíase fijado el sueldo del Embajador en cien libras semanales. Castelmaine se quejaba de que era muy poco y de que apenas tendría bastante con tres veces aquella cantidad. Porque en Roma los Ministros de todas las grandes potencias continentales competían en lujo y esplendor, aventajándose mútuamente á los ojos de un pueblo á quien el hábito de ver edificios magníficos, soberbios decorados y fastuosas ceremonias había

(1) Adda, noviembre 9, (19), 1685.

hecho casi indiferente á tales espectáculos. Castelmaine declaró siempre que la embajada le había costado dinero. Acompañábanle algunos jóvenes de las mejores familias católicas de Inglaterra, de los Ratcliff, Arundell y Tichborne. En Roma se alojó en el palacio Pamfili, al Mediodía de la soberbia plaza de Navona. Obtuvo muy pronto audiencia privada de Inocencio; pero la pública se dilató bastante tiempo. Los preparativos de Castelmaine para la gran ceremonia fueron tan suntuosos, que no obstante haberlos comenzado en el verano de 1686, en noviembre aun no habían concluído, y en aquella fecha el Papa pretextó un ataque de gota que fué causa de nuevo aplazamiento. Por fin en enero de 1687 verificóse la solemne presentación y homenaje, con pompa inusitada. Las carrozas, construídas en Roma para la ceremonia, eran tan suntuosas que se las consideró dignas de pasar á la posteridad, reproduciéndolas en hermosos grabados y siendo celebradas en varias lenguas por los poetas (1).

---

(1) El profesor de griego del Colegio de Propaganda Fide manifestó su admiración en algunos hexámetros y pentámetros detestables, de los que bastarán á dar idea los siguientes:

Ῥωγερίον δὴ σκεψόμενος λαμπροτο δριαμβον,
Ὦκα μαλ᾽ἤΐσσεν καὶ δίεν ὄχλ ς ἅπας
Θανμαζονσα δὲ τὴν πομπὴν παγχούσεά τ᾽αὐτοῦ
Ἅρματα, τούς δ᾽ἴκκους, τοίαδε᾽ Ῥωμη εφη.

Algo mejores son los versos latinos. Nahum Tate respondió en inglés:

«His glorious train and passing pomp to view,
A pomp that even to Rome itself was new,
Each age, each sex, the Latian turrets filled,
Each age and sex in tears of joy distilled.»

«Para ver desfilar su séquito glorioso y magnífica pompa, pompa que para la misma Roma era nueva, todos los sexos y edades llenaban los torreones latinos y cuantos allí había derramaban lágrimas de alegría.»

La fachada del palacio del Embajador ostentaba en aquel día absurdas composiciones alegóricas de tamaño gigantesco. Representábase allí á San Jorge, con el pie en el cuello de Tito Oates, y á Hércules con la maza aplastando á College, el tapicero protestante, que en vano intentaba defenderse con su garrote de puño de plomo. Después de la procesión, Castelmaine invitó á todas las personas de cuenta que había entonces en Roma á un banquete en aquella alegre y espléndida galería adornada con pinturas de Peter y Cortona que representan asuntos tomados de la *Eneida*. La ciudad entera acudió á presenciar el espectáculo, y costó trabajo á una compañía de guardias suizos mantener el orden entre la concurrencia. Los nobles pontificios obsequiaron en cambio al Embajador con espléndidos banquetes, y poetas y escritores le tributaron á porfía á él y á su amo insípidas é hiperbólicas lisonjas, de las que siempre llegan á su mayor florecimiento cuando es más completa la decadencia del genio y del buen gusto. En primera fila entre los aduladores figuraba un testa coronada. Más de treinta años habían transcurrido desde que Cristina, hija del gran Gustavo, había descendido voluntariamente del trono de Suecia. Tras largos viajes, en el curso de los cuales había cometido multitud de crímenes y locuras, había fijado últimamente su residencia en Roma, donde pasaba el tiempo en hacer cálculos astrológicos y en intrigas con el Cónclave, divirtiéndose con pinturas, joyas, manuscritos y medallas. Compuso en la ocasión presente algunas *stanze* en italiano á honra del Príncipe inglés, el cual descendía como ella de una raza de reyes considerados como campeones de la Reforma, y que, como ella, se había reconciliado con la antigua Iglesia. Reunióse una brillante sociedad en su palacio: los

versos, puestos en música, se cantaron con aplauso universal, y uno de los literatos de su séquito pronunció una oración sobre el mismo asunto, empleando estilo tan florido, que disgustó á cuantos Ingleses había en el auditorio. Los jesuitas, enemigos del Papa, fieles á la causa de Francia y dispuestos á tributar á Jacobo toda suerte de homenajes, recibieron la embajada inglesa con la mayor pompa en aquel palacio digno de un soberano, donde se conservan los restos de Ignacio de Loyola guardados religiosamente entre oro y lapislázuli. La escultura, la pintura, la poesía y la elocuencia desplegaron á porfía sus galas para cumplimentar á los extranjeros; pero todas estas artes habían degenerado lastimosamente. Hízose también gran ostentación de impura latinidad, en estilo hinchado y pomposo que desdecía de Orden tan erudita, y algunas de las inscripciones que adornaban los muros tenían aún faltas más graves que su mal estilo. Decíase en una de ellas que Jacobo había enviado al cielo á su hermano como mensajero, y en otra que á Jacobo se debían las alas con que su hermano se había remontado á las alturas. Había aún otro dístico más infortunado que por entonces apenas llamó la atención, si bien pocos meses después se citaba, interpretándolo maliciosamente. «*¡Oh Rey!* decía el poeta, *cesa de suspirar por un hijo. Si la naturaleza se niega á satisfacer tu deseo, las estrellas encontrarán medio de realizarlo.*»

En medio de todas estas fiestas, Castelmaine hubo de sufrir crueles mortificaciones y humillaciones. El Papa le trataba con marcada frialdad y reserva. Cuantas veces el Embajador solicitaba respuesta á la petición de que venía encargado en favor del P. Petre, Inocencio se sentía acometido de un violento ataque de tos que ponía término á la conversación. Pronto cundió por toda Roma la fama de tan singulares au-

diencias. Los pasquines empezaron á hablar del asunto. Toda la población murmuradora y curiosa de la más desocupada de todas las ciudades, á excepción tan sólo de los jesuitas y de los prelados del partido francés, se reían de las gestiones de Castelmaine. Su carácter naturalmente irritable llegó entonces á la más violenta exasperación, é hizo circular una Memoria sobre la conducta del Papa. Esto era evidentemente una gran torpeza. El sagaz italiano, una vez conseguida la ventaja, tuvo buen cuidado de conservarla. Declaró positivamente no estar dispuesto á infringir en favor del P. Petre la regla que excluía á los jesuitas de todos los empleos eclesiásticos. Castelmaine, no pudiendo contener su ira, amenazó con irse de Roma. Inocencio replicó con suave ironía, tanto más irritante cuanto que iba disfrazada con la apariencia de la ingenuidad, que S. E. podía irse si tal era su gusto. «*Pero si hemos de perderos,* añadió el venerable Pontífice, *espero que miréis por vuestra salud. Los Ingleses no saben cuán peligroso es en este país viajar durante las horas de calor. Lo mejor es partir antes del alba y descansar luego á mediodía.*» Con tan saludable aviso y una ristra de rosarios, fué despedido el infortunado embajador. Algunos meses después apareció en italiano y en inglés una pomposa historia de la embajada, magníficamente impresa, en folio, é ilustrada con láminas. En la portada, con gran escándalo de todos los protestantes, estaba representado Castelmaine vistiento el manto de par, con su corona de conde en la mano, besándole la sandalia á Inocencio (1).

(1) *Correspondencia de Jacobo con Inocencio*, en el Museo Británico; Burnet, I, 703-705; *Memorias de Welwood; Commons' Journals*, octubre, 23, 1689. *Relación de la embajada de S. E. el Conde de Castelmaine*, por Miguel Wright, mayordomo mayor de la casa de S. E. en Roma, 1688.


BIBLIOTECA
PÚBLICA
SORIA


BIBLIOTECA PROVINCIAL
SORIA

ÍNDICE.

CAPÍTULO V.

Rebelión del Duque de Monmouth.

CAPÍTULO VI.

Reacción católica y absolutista.—1685 1686.

CAPÍTULO VII.

Guillermo de Orange y los partidos ingleses.—(1687.)





Lord
Macaulay

HISTORIA
de la
REVOLUCIÓN
DE
INGLATERRA

